A CIEN AÑOS DE ANNUAL

La guerra de Marruecos

Daniel Macías Fernández (ed.) - Epílogo de Lorenzo Silva



La guerra de Marruecos, que se extendió durante casi dos décadas, entre 1909 y 1927, marcó indeleblemente la historia de España durante el siglo XX. Miles de soldados españoles hubieron de combatir en durísimas condiciones en las abruptas regiones del norte del Magreb, el Rif, en un rosario de intermitentes operaciones y choques que incluyeron horribles desastres como el del barranco del Lobo o el de Annual, del que se cumplen ahora cien años. Las consecuencias de esta debacle fueron mucho más allá de las terribles pérdidas humanas, ya que puso la semilla para el golpe de Estado del general Primo de Rivera de 1923, siendo las campañas de Marruecos la incubadora de los militares africanistas, cuyo papel fue clave en la sublevación de 1936 que dio origen a la guerra civil. El presente volumen, coordinado por Daniel Macías, aborda este crucial episodio de la mano de los principales especialistas en la materia, para ofrecer un fresco coral y completo. Como guinda, un epílogo con las reflexiones de Lorenzo Silva sobre unos acontecimientos cuya sombra sigue proyectándose sobre la España actual.

AA. VV.

A cien años de Annual

La guerra de Marruecos

ePub r1.0
Titivillus 01.12.2021

Título original: *A cien años de Annual*
AA. VV., 2021
Co-Escritores: Julio Albi de la Cuesta & José Carlos Aránguez Aránguez & Mercedes Cabrera Calvo Sotelo & María Rosa de Madariaga Álvarez-Prida & Ramón Díez Rioja & Francisco Escribano Bernal & José Vicente Herrero Pérez & Alfonso Iglesias Amorín & Daniel Macías Fernández & Roberto Muñoz Bolaños & Juan Carlos Pereira Castañares & Fernando Puell de la Villa & Juan Miguel Sánchez Vigil
Epílogo: Lorenzo Silva
Edición: Daniel Macías Fernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Ilustración incluida en *Intervenciones militares de Yebala Central. Kabilas de Beni Hassan y Beni Lait*, 1932. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

La Tierra es un pavo real y Marruecos es su cola, reza un proverbio árabe. No destrocemos los españoles semejante hermosura en el ideal mahometano; no aspire el partido africanista a arrancar violentamente alguna de esas bellas plumas; aspire no más a tomarlas cuando ellas se inclinen, cuando en ellas se columbre el dolor; contemple y acaricie ese penacho rico y variado[1].

Capitán Antonio García Pérez

Introducción

Sorbos de hiel: Annual y las campañas de Marruecos

Daniel Macías Fernández

Todo empezó con una derrota y el fin de un viejo imperio: 1898. En un periodo de soldadura entre siglos, una época de enormes cambios tecnológicos, sociales, culturales, económicos… En una etapa de la historia en la que las viejas potencias dejaban paso a nuevas naciones imperiales, España era derrotada por Estados Unidos. La primera se convertía en una nación moribunda a ojos del mundo —civilizado— y la segunda aceptaba la llamada del imperio: la diosa Fortuna era caprichosa, quien fuese potencia hegemónica se convertiría en un país encerrado en una Península y unas escasas islas adyacentes… Pero había algo más, las plazas de soberanía en el norte de África. No fueron pocos los que pensaron en la providencia: estaba ahí por algo ¿señalaban el camino? El condecorado —en la Guerra de Independencia de Cuba— capitán Antonio García Pérez escribió en 1908, antes del comienzo de las campañas de Marruecos, un texto que se adivina profético en algunas de sus sentencias:

> La rota portentosa de 1898 redujo considerablemente los dominios de nuestra Patria; siglos enteros nos hicieron heroicos y desprendidos, hidalgos y despreocupados; fuimos el cetro de la civilización a Oceanía y América y regresamos con la aureola del valor esplendoroso; nos admiró el mundo entre nubes nacarinas, entre celajes sanguíneos, entre vítores y palmas.
>
> La Providencia nos empuja hoy hacia África, como ayer nos impulsara hacia selváticas e ignoradas tierras; nuestro destino, ¡triste es decirlo! Parece un remedo de las amarguras del mártir del Gólgota; redimimos a los pueblos y ellos más tarde nos crucifican.
>
> ¡Bendito sea, pues, ese secreto designio que nos toma por campeón y luego nos hace probar el cáliz de la amargura! Marruecos será nuestra ilusión y nuestra tumba; y felices los que hoy caminamos en brazos de esa esperanza conduciendo la enseña patria […][2]

Y la enseña patria se paseó por Marruecos, al menos por el minúsculo trozo de sultanato que le fue asignado al Gobierno de Madrid en los acuerdos internacionales. Aunque ese destino manifiesto que algunos creyeron ver en el Magreb eran más cantos de sirena, de esos que llevaban a los barcos al

naufragio. Las mentes preclaras de Isabel la Católica, Carlos III, Floridablanca, O'Donnell, Cánovas del Castillo o Maura, aquellos que, de una u otra forma, señalaron, o actuaron, para situar la frontera de España en el Atlas o quién sabe si más allá —*plus ultra*— no adivinaron la cantidad de tragos que la patria iba a dar al «cáliz de la amargura».

Las ansias imperiales de finales del siglo XIX se explican por la propia visión del mundo que se tenía en ese momento. Apetitos que, por cierto, no incluían al común del pueblo español, cansado de guerras y derrotas. La creencia *científica* en la existencia de razas, cada cual dotada de ciertos atributos biológicos que la hacía superior o inferior. Lo dicho se mezclaba con ideas nacionalistas, muchas veces basadas en el odio al «otro» —francés, otomano, inglés, alemán, ruso…— o, cuando menos, en la desconfianza, habitualmente aderezada con algún toque de revancha por alguna afrenta histórica, ya fuera real o imaginada. Era un periodo de fuerte eurocentrismo, la *civilización* había de extenderse por el mundo de los *salvajes*. Esta era la «carga del hombre blanco», la cual consistía en enviar a los mejores de entre los europeos a colonizar pueblos primitivos, calificados como entes a medio camino entre niños y demonios.

Racismo, nacionalismo agresivo y superioridad moral eran los ingredientes principales del cóctel imperial. A través de ese prisma es cómo hay que entender las guerras coloniales. Las potencias en expansión y sus agentes colonizadores se mostraron incrédulos ante algunas resistencias indígenas; la pregunta que les debió de cruzar la mente se parecería a: ¿cómo es posible que rechacen la civilización, la modernidad, el avance? Debió de ser algo similar a lo que hoy piensan algunos Gobiernos democráticos cuando tratan de llevar las bondades de tal régimen político a todos los rincones del mundo y son rechazados. ¿Cómo es posible? La respuesta es válida para ambos casos: resisten ante el invasor y rechazan las señas de identidad de este. Supongo que la célebre frase de la película *Gladiator* viene al caso; el protagonista —Máximo— contesta a la afirmación de su camarada de armas Quinto acerca de la resistencia de los germanos: «¡Hay que saber cuándo se es conquistado!» con un: «¿Tú lo sabrías? ¿Y yo?». Se suele decir que la historia la escriben los vencedores; lo cierto es que todo es cuestión de perspectiva. Napoleón Bonaparte, gran vencedor y derrotado —dos veces—, se acordaba de los españoles el día 6 de mayo de 1816. El exilio en la isla de Santa Elena hace recapacitar a cualquiera. La pregunta que brotaba de la mente del estratega corso era la siguiente: ¿por qué los españoles rechazaban la modernidad liberal que se les ofrecía —imponía, en realidad— y se aferraban

al oscuro absolutismo y sus rémoras? Dejemos que el genio de la estrategia militar se explique:

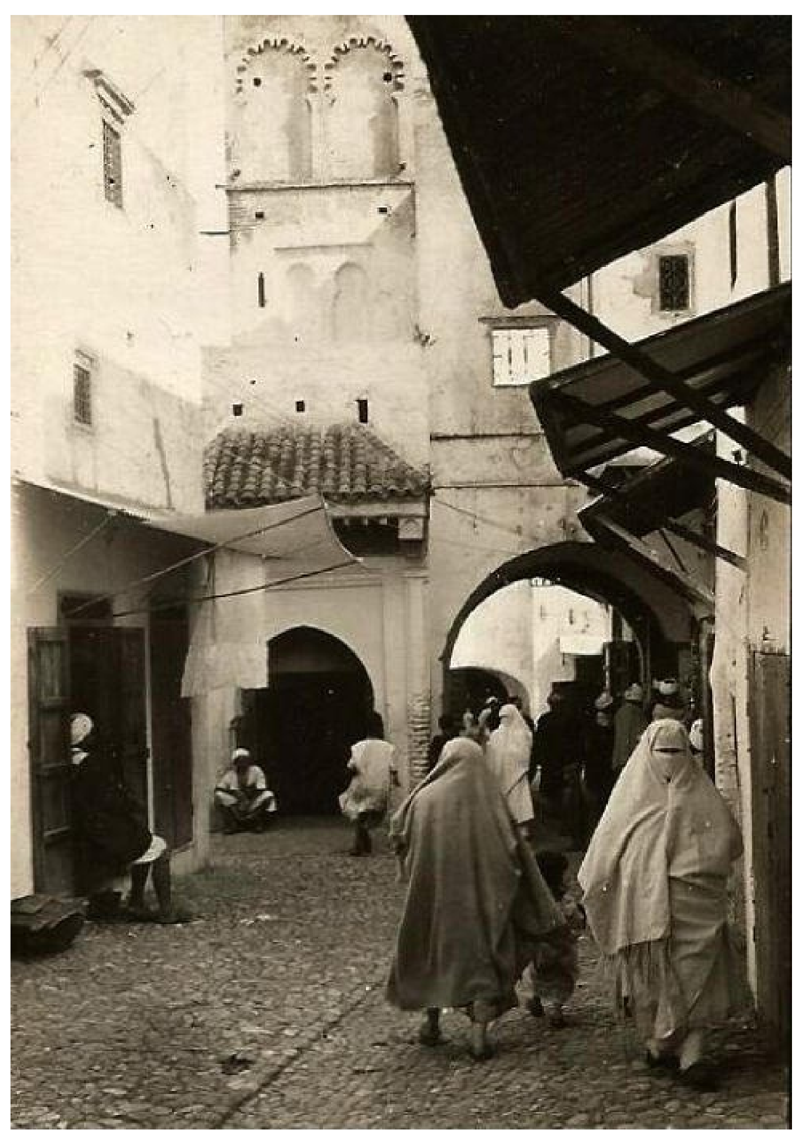
> Mis tropas iban a retirarse; me dije entonces, y me digo todavía, que brindé el mayor beneficio que jamás se ha ofrecido a pueblo alguno. […] Yo esperaba sus bendiciones, pero resultó lo contrario: desdeñaron sus propios intereses para no ocuparse más que de la afrenta; se indignaron por la idea de la injuria, se rebelaron contra el uso de la fuerza y todos se alzaron en armas[3].

Los españoles se opusieron a los franceses con ferocidad, aun cuando estos traían los dones del liberalismo y, en definitiva, de la modernidad. Casi cien años después, los resistentes indígenas a la causa española también se resistían a los presentes civilizatorios que las fuerzas europeas les llevaban y no fueron fácilmente sometidos. Las campañas de Marruecos duraron casi dos décadas (1909-1927) y los miles de hombres que hubieron de combatir en los campos de África, que murieron en tal escenario y que mataron en el mismo —a eso se va a la guerra—, se llevaron de ese continente recuerdos indelebles que los acompañaron el resto de su vida. Muchos también regresaron con secuelas físicas y psicológicas. En las campañas norteafricanas hubo héroes y villanos pero, sobre todo, hubo personas empujadas por las circunstancias o el deber para dar lo mejor y lo peor de sí mismas.

En el centenario del Desastre de Annual, catalizador de heroicidades y felonías patrias, el libro que el lector tiene en sus manos explica, desde múltiples puntos de vista y diversos enfoques, un complejo, y todavía desconocido, acontecimiento histórico. Lo cierto es que el calado de aquella derrota militar, en la que no menos de 7000 soldados españoles perecieron y que algunos cifran en 14 000, fue más allá de lo estrictamente castrense. Hubo serias consecuencias políticas que enlazan con el golpe de Primo de Rivera e, incluso, con el golpe de Estado de 1936 y el estallido de la Guerra Civil. La figura del rey Alfonso XIII fue apuntada por algunos sectores críticos como último culpable de la debacle imperial. Annual impactó en la conciencia de los españoles y un habitualmente *pacífico* pueblo, en general contrario a la expansión imperial y a la guerra, clamó venganza. El año de 1921 tuvo una importancia manifiesta para la historia de España. En verdad, las propias campañas de Marruecos donde se inserta fueron acontecimientos claves y se anclaron en la memoria colectiva nacional. No existe una ciudad en nuestro país que no tenga una plaza, calle, barrio, monumento, monolito, placa o similar que aluda a las guerras norteafricanas: el cabo Noval, África, Tetuán, Alcántara, Gurugú… Incluso Francisco Franco —estatua de comandante del Tercio en Melilla hasta hace unos días—. A pesar de ello, muchos no recuerdan hoy las andanzas patrias en lo que fue el Protectorado. ¿Cómo es

posible? Puede ser porque al pueblo español aún le quedaban por sorber los peores tragos de ese «cáliz amargo» del que hablaba el capitán García Pérez: la Guerra Civil española. Brutal conflicto bélico fratricida que, quizá, hizo relativizar las miserias, sufrimientos y muertes de Marruecos.

Daniel Macías Fernández,
Santander, 28 de febrero de 2021



Vista cotidiana de una de las calles de la capital española del Protectorado: Tetuán. Fotografía de Fernando Puell Sancho. Colección Fernando Puell de la Villa.

África es el camino y el sentido de la política exterior española más auténtica[1].

Anónimo

1

LA LLAMADA DEL IMPERIO: LA «CUESTIÓN MARROQUÍ» EN LA POLÍTICA EXTERIOR ESPAÑOLA (1859-1912)[2]

Juan Carlos Pereira Castañares y José Carlos Aránguez Aránguez

Hablar de Marruecos y España sigue siendo hoy un tema de actualidad. Por razones geográficas, estratégicas, históricas, económicas, culturales y sociales, los dos Estados, los dos pueblos, han mantenido una estrecha relación desde el siglo XV. La presencia española en territorio marroquí se fue ampliando con el paso del tiempo y llegó su punto culminante en 1912, con la creación del Protectorado español. Tras un difícil proceso de conquista y control, con importantes repercusiones en la política interior española, en el que se inserta el Desastre de Annual, objeto central de este libro, los españoles se asentaron de manera definitiva en el norte del territorio marroquí. Y así siguieron hasta que, en 1956, por presiones externas más que por deseos propios, tuvieron que conceder la independencia a Marruecos.

Marruecos, por tanto, ocupa un papel central en la historia contemporánea de España y, desde luego, en su política exterior y colonial. De tal forma que no dudamos en afirmar que, por mucho tiempo, el «africanismo español» se identificó con el «marroquismo español».

Ahora bien, en todo este proceso histórico, la actuación de España, potencia periférica en el sistema internacional central, estuvo fuertemente condicionada por el curso de la evolución de las relaciones internacionales en los distintos periodos; por los intereses de otras potencias europeas, en especial de Francia, Gran Bretaña y Alemania; así como por la importancia que fueron adquiriendo el Mediterráneo occidental y el estrecho de Gibraltar.

Estos serán, pues, los ejes sobre los que vamos a desarrollar el trabajo que aquí presentamos. En primer lugar, nos acercaremos a las relaciones entre España y el territorio marroquí desde mediados del siglo XIX y a la génesis del movimiento africanista español. En segundo lugar, nos introduciremos en el área mediterránea, desde el surgimiento y desarrollo de los sistemas

bismarckianos hasta la época de la denominada Paz Armada, para analizar el papel creciente que fue desempeñando Marruecos en esta Europa dividida progresivamente en dos bloques, cada vez más antagónicos. Posteriormente, nos adentraremos de forma más concreta en el periodo comprendido entre la creación de la Entente Cordiale en 1904 y el establecimiento del Protectorado español en noviembre de 1912. Por último, situaremos a los lectores en el camino que conducirá al Desastre de Annual.

MARRUECOS Y LA ACCIÓN EXTERIOR DE ESPAÑA

Una aproximación a la génesis del movimiento africanista español intersecular

Con la pérdida definitiva en 1824 de las posesiones coloniales en la América continental, parecía que a España no le quedaba más opción que expandirse —si quería seguir manteniendo su estatus de potencia, aunque fuera de segundo rango— por el continente africano. La conquista de Argelia por parte de Francia a principios de 1830, y su creciente interés por extenderse por la costa norteafricana marroquí a lo largo de los siguientes años, fue lo que terminó precipitando que, en 1848, España se decidiera a ocupar el archipiélago de las Chafarinas, posición geoestratégica en el estrecho de Gibraltar como línea de comunicación entre la península ibérica y Melilla. A medida que desde Madrid se percibía cómo se consolidaba la expansión francesa por Argelia —y cada vez se ponía mayor interés en el Imperio alauí — y que la influencia británica sobre el Majzén jerifiano era cada vez más creciente, en 1859 —aprovechando una circunstancia coyuntural de enfrentamiento entre marroquíes y españoles en las inmediaciones de Ceuta— el Gobierno del general Leopoldo O'Donnell consideró que había llegado el momento de hacer valer sus intereses expansionistas en el norte de África.

Ante esta coyuntura favorable a los intereses de España, desde Madrid se exigió al sultán Muley Mohammed, recién entronizado, condenar los ataques realizados por súbditos marroquíes a soldados españoles que se encontraban desempeñando labores de fortificación en torno a Ceuta. Ante la negativa del sultán, que, con su actitud, optó por la guerra, el conflicto entre España y Marruecos terminó por estallar. Si bien este podía haberse resuelto por la vía de la diplomacia, desde Madrid sirvió como pretexto para iniciar la ocupación del territorio alauí. De este modo, daba comienzo la Guerra de África o Guerra Hispano-Marroquí, que abarcó de octubre de 1859 a abril de 1860. El enfrentamiento fue desigual, pues la superioridad militar española era

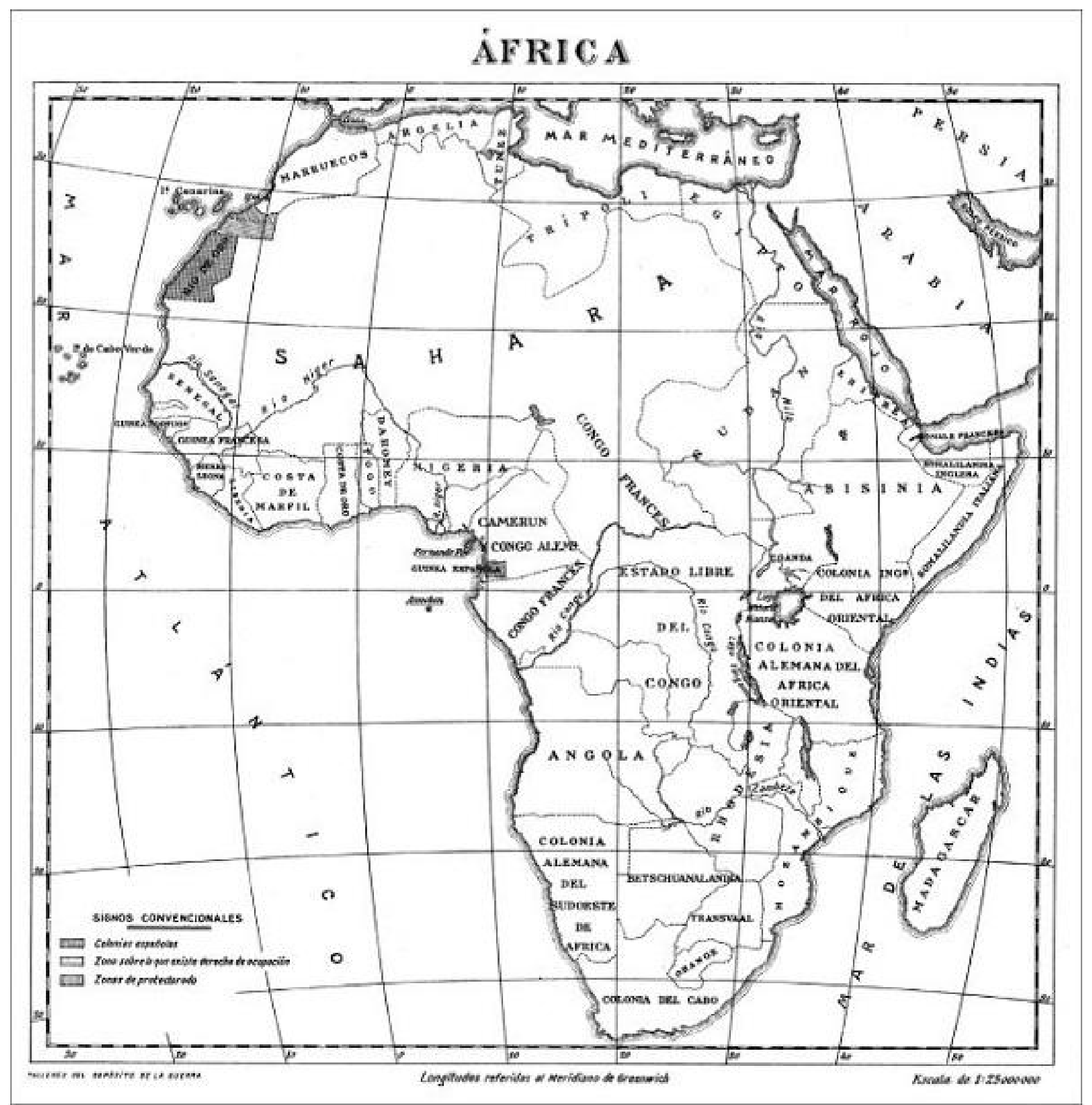
evidente, y terminó saldándose con un acuerdo de paz deshonroso para Marruecos: el Tratado de Wad Ras del 26 de abril de 1860 firmado en Tetuán. En realidad, esta campaña obedecía a las intenciones del Gobierno de O'Donnell de desviar la atención de los problemas internos en el país, y emprender una política exterior activa que se vio complementada con la participación española en la expedición francesa a la Cochinchina (1858-1862), y con la ocupación del antiguo territorio colonial ultramarino de la República Dominicana (1861-1865).

En este contexto, el interés por conocer y explorar los secretos que albergaba el continente africano —separado de España por tan solo 14 kilómetros— comenzó a cobrar cada vez un mayor interés entre los científicos e intelectuales de la época. A partir de entonces, como señala Víctor Morales Lezcano, el africanismo español empezó a actuar desde dentro de las instituciones, con vocación científica, constituidas con el objeto de fomentar el estudio del exótico, a la par que inhóspito, continente vecino. A diferencia del africanismo europeo, el español respondía a condicionamientos geoestratégicos, culturales y económicos determinados por la geografía y, sobre todo, por un pasado común de más de siete siglos de historia.

De este modo, durante el primer periodo de la Restauración canovista en España (1876-1898), comenzaron a aflorar algunas instituciones y asociaciones africanistas de gran relevancia, en su mayoría no gubernamentales, aunque sí con estrechos lazos con el poder establecido. Entre estas se encontraban la Sociedad Geográfica de Madrid (1876) —desde 1901 Real Sociedad Geográfica de Madrid—; la Asociación Española para la Exploración de África (1877) —filial de la Asociación Internacional para la Exploración de África, fundada un año antes en Bélgica—; la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas (1883); y la Sociedad Española de Geografía Comercial (1885) —como continuadora de la de Africanistas y Colonialistas—, que contribuyeron de manera notable al auge del africanismo español de finales de siglo.

Por iniciativa del botánico Miguel Colmeiro, cabe destacar la fundación en 1871 de la Real Sociedad Española de Historia Natural, la cual participó activamente desde finales de siglo —y sobre todo a partir de 1905 por mediación de la Comisión de Estudios del Noroeste de África— en el apadrinamiento de expediciones científicas enviadas al noroeste del continente africano —al Rif, al Sáhara, a Fernando Poo o al río Muni, entre otros destinos—. En líneas generales, el continente africano siempre gozó de un tratamiento privilegiado en los órganos de publicación de estas

instituciones, como fue el caso del *Boletín de la Sociedad Geográfica* o la *Revista de Geografía Colonial y Mercantil*, publicación esta última de la Sociedad Española de Geografía Comercial.



Mapa del periodo con los territorios destinados a España en las negociaciones internacionales. Archivo Cartográfico de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército. Sig. MAR-C.4-082.

A consecuencia de la pérdida de las colonias y territorios españoles de ultramar en el Caribe y el Pacífico, entre el «desastre del 98» y el establecimiento del Protectorado sobre Marruecos en 1912, el africanismo español vivió un gran impulso. Durante este periodo, se asistió a la constitución de numerosas instituciones africanistas, como los Centros Comerciales Hispano-Marroquíes de Barcelona, Madrid y Tánger, que, a partir de 1904, comenzaron a publicar la revista *España en África*, en la que se recogía el clima de «penetración pacífica» en el continente africano. En este sentido, es evidente que la creación de estos Centros estuvo motivada por la firma de la Declaración franco-británica de 1904 —la Entente Cordiale— y el Convenio franco-español del mismo año por el que España se adhería al anterior. Cabe advertir que el Convenio incluía una serie de artículos por los que quedaba establecida un área de influencia española en Marruecos, así

como reconocido su derecho y obligación a intervenir en la misma. En este sentido, el Artículo III rezaba:

> En el caso de que el estado político de Marruecos y el Gobierno Jerifiano no pudieran ya subsistir o si por la debilidad de ese Gobierno y por su impotencia persistente para afirmar la seguridad y el orden públicos, o por cualquier otra causa que se haga constar de común acuerdo, el mantenimiento del *statu quo* fuese imposible, España podrá ejercitar libremente su acción en la región delimitada en el presente artículo, que constituye desde ahora su zona de influencia.

De manera coetánea, prácticamente, comenzaron a proliferar los congresos africanistas, como los celebrados en Madrid (1907 y 1910), Zaragoza (1908) y Valencia (1909). Sus antecedentes más remotos se remontaban a la celebración en Madrid del I Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil en 1883, a iniciativa del regeneracionista Joaquín Costa; y del I Congreso Español de Africanistas, celebrado en Granada en 1892. Por otro lado, la organización de la Conferencia Internacional de Algeciras en 1906, y la consiguiente firma del acta final, supuso un paso trascendental en la política exterior de España de comienzos de siglo —volver a la escena internacional—, mientras que para los africanistas este acontecimiento significó poner, por fin, un pie en firme al otro lado del estrecho de Gibraltar.

En este orden de cosas, desde principios del siglo XX las instituciones oficiales del Estado comenzaron a tomar conciencia de manera progresiva de la necesidad de dotarse de secciones especializadas para organizar sus servicios en África. Así, en la Sección Colonial del Ministerio de Estado —Real Orden de 15 de febrero de 1909— se constituyó un subnegociado para los asuntos de «Justicia, Instrucción y Fomento» de las posesiones coloniales, en tanto que en el Ministerio de Educación —en la Dirección General de Enseñanza Primaria— se creó una sección titulada «de Marruecos» que, además de los servicios escolares de Ceuta y Melilla, integró los de la enseñanza española para el Protectorado. Con posterioridad, por Real Decreto de 21 de diciembre de 1911, se constituyó el Instituto Libre de Enseñanza de las Carreras Diplomática y Consular y Centro de Estudios Marroquíes. Este Instituto, creado por iniciativa del ministro de Estado, Manuel García Prieto, y dirigido por el político y jurista Joaquín Fernández Prida, fue concebido con la finalidad de ofrecer un centro de formación a los potenciales aspirantes a diplomáticos o cónsules, así como a los futuros funcionarios de la administración española en la zona del Protectorado de Marruecos.

Entre la firma del Convenio Hispano-Francés a finales de 1912, por el que se dotaba a España de una zona de influencia en el norte de Marruecos, y hasta la pacificación de la zona española del Protectorado en 1927, se

constituyeron nuevas sociedades, como fue el caso de la Liga Africanista Española, a comienzos de 1913 en Madrid; y volvieron a impulsarse nuevos encuentros africanistas, como el II Congreso de Geografía Colonial y Mercantil, celebrado a finales de 1913 en Barcelona. Como órganos de difusión con el objetivo de influir en la opinión pública y en los poderes públicos, la Liga Africanista Española se valió entre 1913 y 1917 de la revista *África Española*, dirigida por Augusto Vivero, y, a partir de 1923 y hasta 1932, de la *Revista Hispano-Africana*, dirigida por José Antonio de Sangróniz. A iniciativa del antropólogo y geógrafo Luis de Hoyos, en 1915 se fundó la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, que participó activamente en multitud de expediciones científicas al África española, todas después de 1927; y un año después fue creada —por Real Decreto de 30 de abril de 1916— la Junta Superior de Geografía e Historia de Marruecos, que, en 1927 —por Real Decreto de 23 de marzo—, se transformó en Junta Superior de Investigaciones Científicas de Marruecos y Colonias hasta cesar en sus funciones con la llegada de la Segunda República en 1931. En líneas generales, la Guerra del Rif y los sucesivos contratiempos de la penetración española en el hostil territorio marroquí —como el desastre del barranco del Lobo (julio de 1909) o el Desastre de Annual (agosto de 1921)— coparon mayoritariamente el interés del africanismo español durante este periodo.

No obstante, y a pesar de la instauración, a finales de 1912, del Protectorado español sobre la zona norte de Marruecos, cabría advertir que durante los siguientes once años, prácticamente, no se creó ningún órgano específico en la administración central del Estado español que concentrara los asuntos relativos a Marruecos. En la práctica, siguió imperando un modelo de dispersión de las competencias entre los diferentes Ministerios, en particular entre los de Estado y de la Guerra. Es más, pareciera como si el Estado hubiera optado por confiar en poder solucionar los problemas administrativos que pudiera plantear el Protectorado con las estructuras que ya se habían creado en distintos departamentos ministeriales.

Sin embargo, tras el Desastre de Annual, y con el establecimiento de la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1930), se vio como una necesidad ineludible la creación de un órgano director integrado en el aparato central del Estado. En consecuencia, por Real Decreto-Ley de 18 de enero de 1924 se creó la Oficina de Marruecos —encuadrada en la Presidencia del Consejo de Ministros—, que sustituía de manera definitiva a los restantes órganos de los Ministerios de Estado —Sección de Marruecos— y de la Guerra —

Negociado de Marruecos—, que, hasta entonces, habían intervenido en la gestión de los asuntos relacionados con Marruecos y su Protectorado. En realidad, se trató más bien de una Oficina que, en esencia, desempeñó las funciones de órgano asesor y consultivo, con una reducida labor burocrática y escaso o nulo poder de decisión. Su cometido consistía en mejorar el proceso de toma de decisiones y agilizar la tramitación burocrática de los asuntos marroquíes, por lo que, en cierto modo, no podría ser considerado como un verdadero órgano de gobierno o de toma de decisiones para el Protectorado.

Por lo que respecta a su funcionamiento, la Oficina de Marruecos se mantuvo en activo hasta que, por Real Decreto de 15 de diciembre de 1925, se decidió crear la Dirección General de Marruecos y Colonias, también dependiente de la Presidencia del Consejo de Ministros. Como su propio nombre indica, esta Dirección terminó subsumiendo no solo las labores de la Oficina con respecto a Marruecos y su Protectorado, sino que, además, se le confirió unidad de mando sobre los demás dominios coloniales españoles en África, si bien es cierto que los asuntos marroquíes fueron claramente los dominantes. Con todo, por Real Orden de 4 de enero de 1926 se le dieron atribuciones especiales en materia diplomática, por tanto, en adelante, tuvo la capacidad de entenderse directamente con los diplomáticos españoles en el extranjero en lo relativo a asuntos concernientes a la zona española de Protectorado. Un hecho que resultó trascendental tras la pacificación de la zona en 1927 pero, sobre todo, a partir de la década de 1930 en lo referente al tratamiento que tuvo que hacerse en el país alauí de la eclosión y consolidación del elemento nacionalista marroquí.

EL ÁREA MEDITERRÁNEA COMO ZONA DE CONFLICTO Y LA COOPERACIÓN EN EL SISTEMA INTERNACIONAL

Entre los Sistemas bismarckianos y la Paz Armada

A principios del año 1871, el político británico Benjamin Disraeli pronunció un sombrío discurso en la Cámara de los Comunes en el que analizó el impacto que iba a tener la Guerra Franco-Prusiana, que en ese momento aún no había terminado, para las relaciones internacionales:

> Todas las tradiciones diplomáticas han caducado. Amanece un mundo nuevo, nuevas influencias entran en acción, aparecen nuevas realidades y nuevos peligros con los que es preciso contar.

Esa nueva realidad de la que hablaba Disraeli pareció exagerada en el momento en el que se anunció. Pero, a la altura de la última década del

siglo XIX, nadie podía dudar que fuera una realidad.

Ese mismo año nacía Alemania, con su canciller, Otto von Bismarck, como gran protagonista del juego de la nueva diplomacia. En 1873, con la firma de la Entente de los Tres Emperadores, comenzaban los sistemas bismarckianos, que iban a ser las alianzas europeas, con implicaciones hacia otras áreas, que condicionarían las relaciones internacionales hasta su descomposición con la alianza franco-rusa de 1891-1893. Mientras tanto, Estados Unidos se mantenía en su «espléndido aislamiento» y aplicaba su «Doctrina Monroe» hasta las últimas consecuencias. Asia entró en acción después de que Japón, en plena era Meiji desde 1868, comenzara a querer expandirse por el continente asiático, donde se encontró con la milenaria China y los ambiciosos intereses europeos. ¿Y África?

África ya se había convertido en objetivo de los europeos desde el siglo XV por motivos económicos: utilizar el continente como vía de paso esencial para llegar a los países asiáticos. España y Portugal fueron los primeros países en asentarse en el continente. España, de forma más limitada que los portugueses, se centraron en el norte de África (1497 en Melilla) y en la costa occidental. En el siglo XVII se incorporaron nuevas potencias, y así hasta principios del XIX, cuando se inició el gran impulso colonizador.

La actitud de España estuvo condicionada en este contexto por la constante inestabilidad interna desde 1812, el «conflicto interior» permanente, la pérdida del imperio continental americano en 1824, el atraso económico, el carácter de «pequeña potencia» que tuvo entre 1815 y 1834, así como la debilidad del Ejército español, que convirtió a España en una potencia periférica en el nuevo orden internacional. A pesar de todo ello, el «sur», como hemos visto, empezó a convertirse en un área geoestratégica de creciente interés para los diferentes Gobiernos, impulsada por dos razones: por un lado, los constantes incidentes fronterizos en Ceuta y Melilla, que culminaron en la Guerra de África y en el mencionado Tratado de Wad Ras (1860), con lo que se reafirmaba a escala internacional que Marruecos continuaba siendo un asunto vinculado de forma predominante a los intereses de España; por otro, la creciente presencia de otras potencias y especialmente de Francia en el Magreb —que extendió su influencia sobre Marruecos, Argelia y Túnez— a finales de siglo obligó a abandonar el tradicional «recogimiento canovista» y a comenzar a actuar en la zona.



Casa convertida en blocao a las afueras de Nador durante la campaña del Rif de 1921. Serie de tarjetas postales de la época de Postal-Expres.

En la Conferencia de Madrid en 1880 se decidió regular el sistema de protecciones consulares y garantizar la integridad e independencia de Marruecos bajo la soberanía de la dinastía alauí reinante. Tal acuerdo no se respetó, en gran parte, pero dio cierta seguridad al Gobierno español. Esta España que buscaba un lugar en el nuevo sistema internacional bismarckiano pudo acceder a él, precisamente, a través del área mediterránea. Por ello, accedió a la firma de los Acuerdos Mediterráneos, establecidos en 1887 por Gran Bretaña, Italia y Austria-Hungría, a través de un intercambio de Notas con Italia. Con ello, se garantizaba el *statu quo* en el Mediterráneo occidental y se fortalecía la conexión tanto con Gran Bretaña como con la Triple Alianza. Por último, la participación española en la Conferencia de Berlín de 1885, para abordar el reparto de África, le permitió también ocupar una amplia franja litoral frente a las islas Canarias y el golfo de Guinea.

Sin embargo, en 1890, el canciller Von Bismarck fue obligado a presentar su dimisión ante el nuevo káiser, Guillermo II. Este acontecimiento interno comenzó de inmediato a tener una gran repercusión europea y mundial. El emperador afirmó que exigía para Alemania «un lugar en el sol» en la nueva era del imperialismo y que debía actuarse a partir de ahora bajo el siguiente principio: «política mundial como misión, potencia mundial como meta, poder naval como instrumento». Todo ello alentó el agresivo imperialismo entre viejas y nuevas potencias durante la última década del siglo XIX. Fue en el contexto de esta nueva realidad internacional en el que empezaron a

emplearse algunos conceptos nuevos en el ámbito de las relaciones internacionales, que tuvieron importantes consecuencias en el siguiente siglo.

El concepto de *Weltpolitik* se comenzó a aplicar para definir la nueva política exterior alemana impulsada por Guillermo II. Se sustentaba en un gran poder económico gracias a las dos décadas anteriores de desarrollo industrial, en un creciente poder militar, incluido el naval, así como en el ejercicio de una política de prestigio y poder global. En este sentido, el emperador dijo que del «Imperio alemán ha nacido un Imperio mundial». Este concepto también fue unido a otra variante del poder, el *poder naval*, inspirado en la obra del almirante norteamericano Alfred Thayer Mahan, titulada *The Influence of Sea Power Upon History: 1660-1783*, publicada en 1890, en la que analizaba con detalle la relación entre potencia marítima y grandeza y superioridad nacional. Ello llevó a que nuevas y viejas potencias como Estados Unidos, Japón, Alemania o la propia Gran Bretaña —la gran potencia naval hasta ese momento—, se lanzaran a invertir elevados recursos para la creación, ampliación o modernización de sus flotas que, a su vez, exigía contar con bases navales en sus países y en otras partes del mundo. El objetivo ahora era convertirse en una talasocracia, una potencia fundada en el dominio del mar.

La aparición de nuevas potencias en el escenario internacional, unida a las profundas transformaciones económicas y tecnológicas, a la carrera por obtener y ampliar colonias o a la necesidad de materias primas, hizo que comenzara a relacionarse la política y los espacios con las respectivas políticas exteriores de los Estados. Esta relación dio lugar al nacimiento de la *Geopolítica*, término acuñado por el politólogo sueco Rudolf Kjellén, y que vendría a definirse, entre las diferentes interpretaciones que se pueden encontrar, como «la relación que existe entre la política internacional de poder y las correspondientes características de la geografía». Muy pronto, alemanes como Friedrich Ratzel o Karl Haushofer; británicos como Halford John Mackinder; o norteamericanos como A. T. Mahan desarrollaron entre 1897 y 1904 sus teorías acerca del «pivote del mundo», la «isla mundial» o el concepto de «espacio».

Por último, pero no menos importante para nuestro tema, en pleno contexto imperialista surgió el paradigma de la *decadencia* unida a una *raza* concreta, la *latina*, ante la superioridad de los pueblos nórdicos, anglosajones y germanos. Era un argumento necesario para resolver una contradicción: unos crecientes impulsos imperialistas frente a unos límites espaciales que bloqueaban esa expansión. Ese argumento —hoy lo llamaríamos «relato»—

puso en marcha un *proceso de redistribución colonial*, en el que se enmarcaron «*los 98*». El secretario del Foreign Office, lord Salisbury, lo explicó muy bien en su célebre discurso del 4 de mayo de 1898 y que constituye, en nuestra opinión, el texto que marcó el fin de una época y el inicio de un nuevo orden internacional, cuando, ante un enfervorizado público afirmó:

> Podemos dividir las naciones del mundo en vivas y moribundas. Por un lado, tenemos grandes países cuyo enorme poder aumenta de año en año, aumentando su riqueza, aumentando su poder, aumentado la perfección de su organización —pero, por otro lado—, junto con estas espléndidas organizaciones, cuya fuerza nada parece capaz de disminuir y que sostienen ambiciones encontradas que únicamente el futuro podrá dirimir a través de un arbitraje sangriento, junto a estas, existen un número de comunidades que solo puedo describir como moribundas, […] en estos Estados, la desorganización y la decadencia avanzan casi con tanta rapidez como la concentración y aumento de poder en las naciones vivas […] Década tras década, cada vez son más débiles, más pobres y poseen menos hombres destacados e instituciones en que poder confiar […].

Por todo ello, estableció claramente el objetivo que conseguir: «Por necesidades políticas o bajo presiones filantrópicas, las naciones vivas se irán apropiando gradualmente de los territorios de las moribundas».

Este principio ofensivo internacional que introdujo Salisbury se aplicó, principalmente, a naciones débiles y latinas como Portugal y su Crisis del Ultimátum en 1890 —el *Mapa cor-de-rosa*—; a Italia en Adua (Etiopía/Abisinia) en 1896; y a España en 1898 en Cuba y Filipinas. No obstante, también se vieron afectadas grandes potencias o potencias emergentes como China en 1895 a consecuencia de la Guerra Sino-Japonesa y la consiguiente firma del Tratado de Shimonoseki; Gran Bretaña en Venezuela en 1898; la Crisis de Fachoda entre Gran Bretaña y Francia —esta última tuvo finalmente que ceder— en 1898; e incluso, si lo alargamos en el tiempo, la derrota de Rusia en la guerra contra Japón entre 1904-1905 y la ulterior firma del Tratado de Portsmouth, la primera gran derrota de una potencia occidental ante una potencia emergente asiática. Fue en este interesante periodo intersecular cuando las potencias principales utilizaron instrumentos que, sin ser nuevos, adquirieron una notable relevancia para el futuro de las relaciones internacionales: el ultimátum, el acuerdo de reparto, el tratado de garantía o la cláusula de nación más favorecida. Sin olvidar, naturalmente, la diplomacia secreta.

El resultado lógico de este proceso fue que, en 1900, más de 71 millones de kilómetros cuadrados y 528 millones de habitantes en todo el mundo estaban sometidos a un régimen colonial, entre los que destacaba sobremanera África, en donde el 88,9 por ciento de su territorio estaba controlado por las

potencias colonialistas. Entre estas sobresalían: Gran Bretaña, con más de 31,4 millones de kilómetros cuadrados, formando un vasto imperio colonial; Francia, con 11 millones de kilómetros cuadrados; Alemania, con 2,6 millones de kilómetros cuadrados; o Bélgica, con 2,3 millones de kilómetros cuadrados. Frente a ellas, España, con poco más de 200 000 kilómetros cuadrados. Así pues, a la altura de 1914, tan solo dos territorios del vasto continente africano resistían al reparto colonial: Liberia y Etiopía.

En los inicios del siglo XX, y condicionado en gran parte por los factores a los que hemos aludido anteriormente, recobró mucha importancia el Mediterráneo occidental y, de forma más concreta, el área del estrecho de Gibraltar y Marruecos. África, en su conjunto, se convirtió en centro de interés y disputas de viejas y nuevas potencias coloniales y pasó de ser una periferia para usos económicos y militares a convertirse en un objetivo prioritario de una nueva política de poder, de un nuevo imperialismo capitalista, apoyado por empresarios, comerciantes, militares y, en buena medida, por la sociedad, orgullosa de sus dirigentes que querían extender el idioma, el comercio y plantar la bandera en sus respectivos imperios. Quizá quien mejor representó esta nueva época fue el periodista inglés John Hobson, quien, en 1902, escribió el libro *Imperialism: A Study*, después de su experiencia en las Guerras de los Bóers, que se convirtió en el primer análisis teórico del imperialismo capitalista. El resultado final fue que, en los albores del inicio de la Gran Guerra, el mapa de África se encontraba, prácticamente en su totalidad, dividido, repartido y sometido a los intereses europeos.

En este contexto, el panorama de España era muy distinto. Con la firma del Tratado de París de 10 de diciembre de 1898, por el que reconocía la independencia de Cuba y cedía a Estados Unidos sus posesiones de ultramar de Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam, más el Tratado Germano-Español de 1899, por el que le cedía a los alemanes las Marianas (excepto Guam), las Carolinas y Palaos —previo pago de 25 millones de marcos—, nuestro país dejaba de ser un imperio —en plena expansión imperialista, recordémoslo— y representaba con bastante acierto a esas «naciones moribundas» de las que habló Salisbury. Como bien señaló el profesor José María Jover, a diferencia de otros pueblos, el español en esta coyuntura se caracterizaba, de cara a la política exterior, por su rechazo a todo compromiso continental, un sentimiento puntilloso del honor y del prestigio nacional, un pesimismo consolidado y una demanda a sus dirigentes después del impacto del «98»: no debían abandonar ni una pulgada del territorio sobre el cual se seguía

ejerciendo la soberanía. En el mapa del mundo, solo parecía haber un territorio: África y, de forma especial, Marruecos.

ESPAÑA, DE LA ENTENTE CORDIALE A LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS

Cambio de rumbo en la política exterior

Por lo dicho, a principios del siglo XX, los Gobiernos españoles reorientaron la política exterior hacia dos ejes: por un lado, Europa, en especial hacia Francia y Gran Bretaña y, por otro, Marruecos, donde iba a comenzar un «nuevo africanismo» identificado con el «marroquismo». La aproximación a Francia sin duda era necesaria, de ahí la firma del Tratado Hispano-Francés de junio de 1900 en torno al Sáhara occidental y Guinea Ecuatorial. Igualmente, unas negociaciones bilaterales con París, ante la inestabilidad del *statu quo* marroquí, condujo a la firma del Tratado Hispano-Francés de 1902, por el cual ambas potencias se reconocían sendas zonas de influencia y por el que España obtuvo un área de expansión mucho más amplia que la que luego le correspondió. A pesar de ello, el Gobierno español se negó a firmarlo por temor a la reacción británica y por las excesivas obligaciones que recogía el acuerdo. Una oportunidad perdida, sin duda, que demostraba la pasividad gubernamental, el papel secundario de nuestro país en el nuevo juego de ententes y la dependencia del eje París-Londres.

En efecto, fueron estas dos potencias las que pusieron de manifiesto de nuevo el interés por el eje Gibraltar-Estrecho-Marruecos en 1904 con la firma de la Entente Cordiale. Ya Francia había llegado a un acuerdo con Italia en 1901 en relación con sus mutuas ambiciones en el norte África y el Gobierno español consideraba que debía conseguir algún apoyo francés en su nueva ofensiva marroquí. Por su parte, la Gran Bretaña de Eduardo VII consideraba un peligro que Francia ocupara una posición privilegiada en Marruecos y en el Estrecho, lo que podía amenazar sus intereses navales y comerciales si, además, los franceses construían un ferrocarril a través del Sáhara. La inestabilidad en el territorio marroquí desde 1902 aceleró también la toma de decisiones y, en términos del propio monarca británico expresados al embajador francés: «Debemos limitar el asunto de Marruecos a Inglaterra, Francia y España, así no habrá problemas».

De este modo, el 8 de abril de 1904 se firmaba la Entente Cordiale. Por este acuerdo, los británicos dejaban Marruecos en manos francesas, si bien

Francia se comprometía a dejar a los británicos libertad de actuación en Egipto; a tener en cuenta —y esto es importante para nosotros— los «legítimos derechos» de España en la costa norte de Marruecos; a dotar a Tánger de un régimen especial y a no construir fortificaciones frente a la colonia de Gibraltar. Tales negociaciones, cabe tener presente, fueron llevadas a cabo a espaldas de España aunque, ante sus reclamaciones, obligó a París a iniciar conversaciones con Madrid, lo que dio lugar al Acuerdo Hispano-Francés de octubre de 1904. Mediante este acuerdo, España se adhería a lo acordado entre Francia y Gran Bretaña, acompañado de una delimitación de zonas de influencia que, para el caso español, fue mucho más reducida que la proyectada en 1902 (sin Fez ni Tánger). Por último, ambas potencias reconocían el principio de independencia e integridad del territorio marroquí, así como el derecho de intervención en sus respectivas áreas e incluso, en el caso de desaparición del sultán, el derecho a la plena posesión de las mismas.

De esta forma, España se incorporaba al sistema de acuerdos y ententes de este llamado periodo de Paz Armada. Aunque, como señala la mayoría de los autores, lo hizo como actor pasivo y contrapeso a los intereses franceses, pero también a los deseos británicos de no tener a una gran potencia frente a Gibraltar y controlando el eje estratégico gibraltareño. A pesar de ello, podemos afirmar que para un Estado como el español, que venía de una enorme derrota imperial y de una crisis global, este logro le permitió definir el estatus internacional en Europa durante las primeras décadas del siglo XX, alinearse con las potencias de la Entente y también reactivar la acción exterior en un espacio clave de cooperación y conflicto. A partir de ahora, y en tres fases sucesivas, Marruecos se convirtió en la representación más destacada del africanismo español:

a. negociación diplomática (1904-1912)
b. ocupación militar de su Zona norte del Protectorado (1912-1927)
c. una fase de colonización efectiva desde 1927.

En esta fase de negociación iniciada en 1904, los obstáculos para España no desaparecieron tan pronto. La Alemania imperial de la *Weltpolitik* también quiso representar su papel en la zona, alentada por el poder económico, la capacidad de los exportadores alemanes para conquistar mercados, el poderío militar y el papel desempeñado por personajes como Gustav von Schmoller, Friedrich Ratzel o el almirante Alfred von Tirpitz para desarrollar un pangermanismo creciente, una política exterior en todas las direcciones

posibles y un deseo de estar presente en las negociaciones más importantes que se estaban llevando a cabo. Esta agresiva política exterior llevó, precisamente, a que Alemania protagonizara el primer genocidio del siglo XX en Namibia, entre 1904 y 1907, sobre las etnias *herero* y *namaqua* (unas 75 000 personas[3]).

Es en ese contexto en el que cabe explicar la «primera crisis marroquí» de 1905 provocada por Alemania. El reparto franco-español en Marruecos disgustó a Berlín y, como demostración de fuerza, el káiser Guillermo II, a bordo del barco *Hohenzollern*, se presentó en Tánger. Esta especie de «diplomacia de la cañonera» que habían inaugurado los norteamericanos en 1853 en Japón no obtuvo los resultados esperados de forma inmediata, aunque sí obligó a convocar una conferencia internacional en Algeciras en 1906.

La Conferencia de Algeciras, que se celebró en la ciudad española homónima entre el 16 de enero y el 7 de abril de 1906, pudo constituir un antes y un después en la cuestión marroquí. Pero, como hoy sabemos, confirmó el triunfo de los planteamientos franceses —apoyados por España y Gran Bretaña— ante lo que defendía Alemania. Cabe recordar que franceses y españoles habían acordado en septiembre de 1905 apoyarse mutuamente y, con el aval de Gran Bretaña, se estableció el mantenimiento de las zonas de influencia y la internacionalización de aquellas cuestiones que afectaron a intereses económicos generales.

Desde el desembarco del káiser el 31 de marzo de 1905 en Tánger, que había pronunciado un discurso vibrante para garantizar la unidad e independencia del país alauí de cualquier pretensión colonialista, la presión alemana sobre la autoridad del sultán de Marruecos no había hecho más que crecer y había tratado especialmente de apaciguar la creciente influencia de Francia en la región norteafricana. Al final, constreñido por la presión internacional, el sultán Abd el-Aziz se vio abocado a proponer a principios de 1906 la apertura de una conferencia internacional a semejanza de la que se había celebrado en Madrid en 1880. Es por ello por lo que, lejos de lo que cabía esperar, además de la asistencia de los principales interesados en la región, es decir, Marruecos, Francia, España, Gran Bretaña y Alemania, también participaron en la misma representantes de Austria-Hungría, Bélgica, Países Bajos, Estados Unidos, Italia, Portugal, Rusia y Suecia.

Ante este escenario favorable para sus intereses, Alemania creyó que había llegado el momento preciso para hacer valer su peso en el panorama internacional, pues la convocatoria de dicha conferencia no podía haberse

producido en un momento más oportuno para sus intereses: en septiembre de 1905 Rusia reconocía su derrota ante Japón con la firma del Tratado de Portsmouth; en Gran Bretaña, en diciembre de 1905, el Gobierno conservador del *premier* Arthur Balfour era reemplazado por el Gobierno Liberal en minoría de Henry Campbell-Bannerman; y en Francia, la derrota de Rusia y el cambio de gabinete en Gran Bretaña agitaban los fantasmas del aislamiento internacional por los que había pasado en las postrimerías del siglo pasado. Como señala José Manuel Allendesalazar, ante esta coyuntura, el Gobierno alemán del canciller Bernhard von Bülow había creído firmemente que su éxito estaba asegurado, pues:

> La Triple Alianza le aseguraba el apoyo de Austria-Hungría y de Italia. Los Estados Unidos, junto con las naciones pequeñas de Europa se adherirían a la política de «puerta abierta» que pedía Von Bülow. España, notando el aislamiento de Francia caería hacia el campo alemán, en tanto que el apoyo británico a Francia se revelaría puramente «platónico».

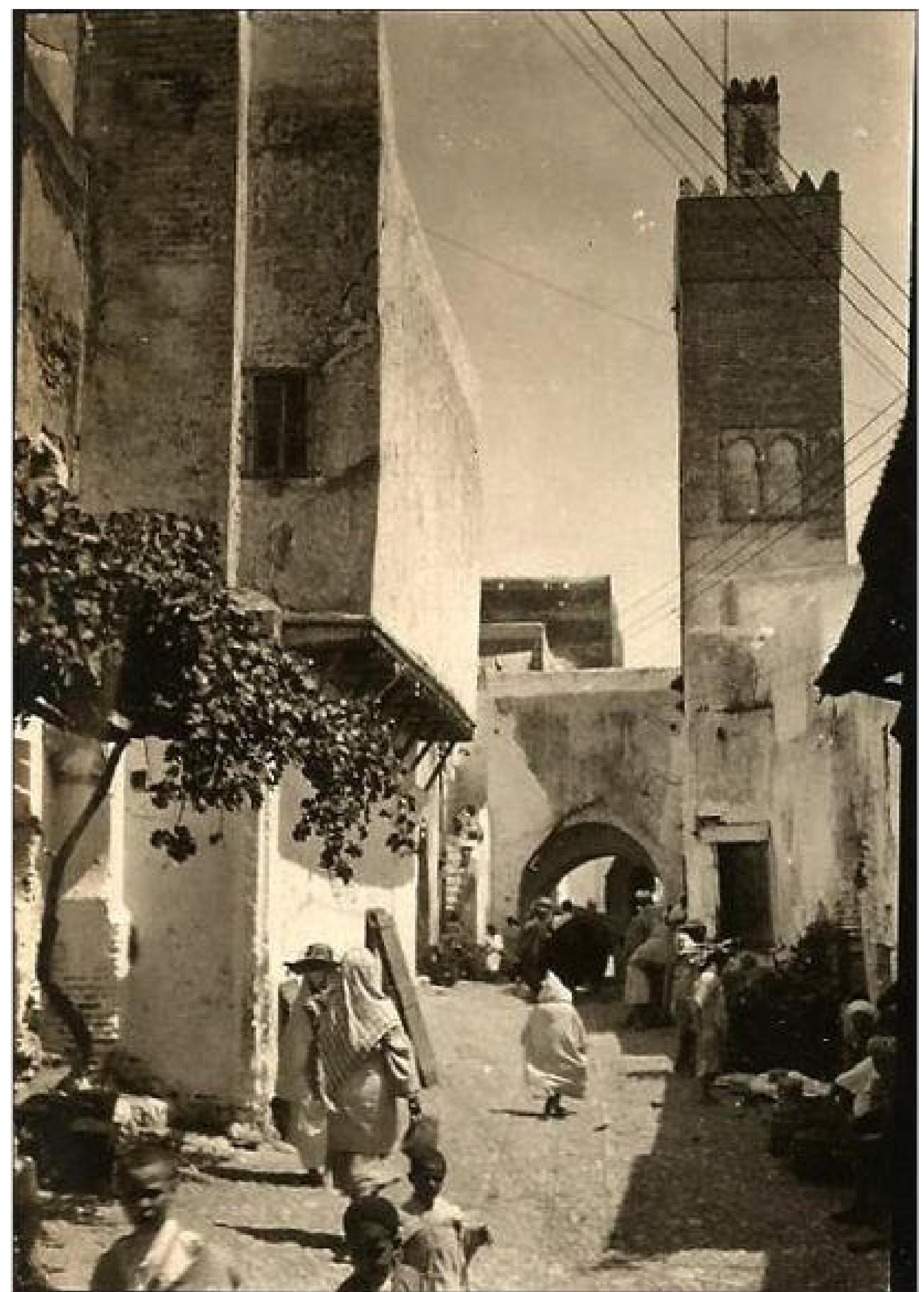
Sin embargo, la celebración de la Conferencia de Algeciras pronto dejó patente a los alemanes lo contraproducente que había sido forzar la convocatoria. Más allá del tibio apoyo de Austria-Hungría, el resto de potencias manifestó su alineamiento con los intereses en la región de España y Francia. Trascendental resultó ser la labor diplomática llevada a cabo durante aquellos meses de invierno por parte del plenipotenciario galo Paul Révoil, sobre todo al ganarse el favor de Estados Unidos. Es más, incluso antes de iniciarse la conferencia tanto Francia como Gran Bretaña mantenían conversaciones diplomáticas al más alto nivel —entre los estados mayores— para responder de forma conjunta ante una agresión militar por parte de Alemania, más que presumible, si no veía satisfechos sus anhelos.

Cuando el 7 de abril de 1906 finalmente se llegó a la redacción del acta final de la conferencia, era más que evidente que Alemania se había quedado sola en la mayoría de las cuestiones de fondo, además de hacerse patente en el texto que su objetivo oficial de garantizar la unidad e independencia del país alauí, como había manifestado el káiser apenas un año atrás, estaba muy lejos de la realidad. En definitiva, ante el revés diplomático germano, el camino para la ocupación, reparto y pacificación del país alauí quedaba expedito para los intereses compartidos de franceses y españoles.

Por lo que respecta al contenido del texto del acta final de la Conferencia de Algeciras, que, cabe recordar, no entró en vigor hasta el 18 de junio, cuando fue ratificado por el sultán de Marruecos, lo que se recogía en sus 123 artículos distribuidos en 7 capítulos —además de un protocolo adicional— era, sobre todo, disposiciones tanto de índole económico-comercial como de

seguridad. En lo referente al comercio, en líneas generales, quedaba garantizado el derecho de los extranjeros a adquirir propiedades en los 8 puertos abiertos a tal efecto y en un radio de 10 kilómetros; la fundación en el país alauí del bautizado como Banco de Estado de Marruecos, que desempeñó tanto las funciones de tesorería-pagador del imperio como de agente financiero del Gobierno, ya fuera dentro o fuera del territorio jerifiano, además de seguir aceptándose la peseta como moneda en circulación con fuerza liberatoria en todo el Imperio jerifiano; el diseño de una política fiscal y financiera eficiente con la regularización de las aduanas, el comercio y determinados impuestos —como el *tertib*, que gravaba la propiedad agrícola y ganadera—; o la ordenación de los servicios y obras públicas, que, en la medida de lo posible, trataría de garantizarse su control por parte del Gobierno jerifiano. En cuanto a la seguridad, lo más relevante era la organización de un cuerpo de policía, de al menos 2000 hombres, puesto bajo la autoridad del sultán y reclutado por el Majzén —Gobierno jerifiano— entre los súbditos musulmanes marroquíes e instruido por oficiales franceses y españoles, para que operase en las ciudades y puertos abiertos al comercio; y la regulación de la importación y el comercio de armas de guerra, en el que procedían a su control y a la represión del tráfico ilegal.

En cuanto a las repercusiones inmediatas de la Conferencia de Algeciras en el panorama internacional, indudablemente, tanto Francia como España fueron las grandes beneficiadas, pues más allá de consolidar su influencia sobre el país alauí, además eran las dos únicas potencias que aparecían mencionadas de manera explícita en el articulado del acta final. Asimismo, en su Artículo CXXIII se estipulaba que «todos los tratados, arreglos y convenios de las potencias signatarias con Marruecos siguen en vigor. Sin embargo, se entiende que, en caso de conflicto entre sus disposiciones y las del presente protocolo, prevalecerán las estipulaciones de este último», lo que, en la práctica, significaba que tanto Francia como España disfrutasen de esa cláusula tan manida en las relaciones internacionales como era la de «nación más favorecida».



Vista cotidiana de una de las calles de la capital del Protectorado español: Tetuán. Fotografía de Fernando Puell Sancho. Colección Fernando Puell de la Villa.

Con respecto a Alemania, a duras penas pudo salvar su orgullo herido al aducir que el acuerdo alcanzado en Algeciras en ningún caso prohibía el libre comercio al resto de potencias con el país alauí. Es más, desde el Ministerio de Asuntos Exteriores se jugó la baza de que gracias a su habilidad diplomática se había conseguido dar satisfacción a las promesas hechas por el

káiser durante su visita a Tánger en 1905, es decir, salvaguardar la unidad e independencia del territorio alauí y garantizar la soberanía del sultán.

La estabilidad en el panorama internacional con respecto a Marruecos en lo concerniente a Francia, España y Alemania no se alcanzó definitivamente hasta que franceses y alemanes concretaron la firma del Acuerdo de Schoen-Cambon el 8 de febrero de 1909. Un acuerdo por el cual Alemania, al entender que la lucha por ganar influencia en aquella región norteafricana era estéril, accedía a dejar actuar libremente a Francia sobre el país alauí, aunque sin salirse de lo estipulado en el acta final de Algeciras. Mientras que, por parte de Francia, se le daría facilidades al país germano para que participase en las grandes empresas económicas del Imperio jerifiano. Cabe recordar que, previamente a este acontecimiento, el 16 de mayo de 1907 había tenido lugar la firma de los denominados Acuerdos de Cartagena —en realidad, su alcance se limitaba a un intercambio de notas diplomáticas— entre Francia, Gran Bretaña y España. Tal hecho, a ojos de Alemania, denotaba que la Entente Cordiale no se había deteriorado ni un solo ápice tras las negociaciones de la Conferencia de Algeciras, todo lo contrario, había salido más fortalecida en lo que concernía a sus intereses geoestratégicos en el norte de África, el estrecho de Gibraltar y el Mediterráneo.

Si bien con la Conferencia de Algeciras se había conseguido amortiguar, al menos por el momento, la posibilidad de un conflicto europeo a consecuencia de los intereses imperialistas de las principales potencias europeas por el reparto de África, el problema marroquí, sin embargo, siguió latente al menos hasta 1912, fecha en la que se instauró de manera definitiva por parte de Francia y España un régimen de Protectorado sobre Marruecos. En el caso español, si algo había dejado en evidencia tanto el desarrollo como el resultado cosechado en la Conferencia de Algeciras, a pesar de haber ejercido como potencia anfitriona del encuentro internacional, era su total dependencia de las decisiones adoptadas por Londres y París.

Por otro lado, la celebración de la conferencia, no lo olvidemos, tuvo una serie de consecuencias colaterales que para la evolución de las relaciones internacionales previas a 1914 deberíamos tener en cuenta y que se pueden sintetizar con brevedad en los siguientes puntos: los alemanes se vieron obligados a buscar nuevos aliados, para lo cual miraron a Rusia y trataron de firmar un proyecto de alianza defensiva que los franceses lograron neutralizar; los anglo-franceses inauguraron una serie de conversaciones militares para prepararse ante una posible conflagración general; se incrementaron los gastos militares por parte de las grandes potencias y se

puso en marcha el establecimiento del segundo bloque de alianzas, tras el establecido por Alemania, Austria-Hungría e Italia, que se plasmó en 1907 con la formación de la Triple Entente, integrada por Francia, Gran Bretaña y Rusia.

Como señaló el historiador francés Jules Isaac al analizar la crisis de 1905:

> […] antes se hablaba de la paz y de la guerra, pero (al menos nosotros, los de las generaciones nacidas después de 1870) no sabíamos de qué se hablaba: la paz era un hábito, el aire que respirábamos sin pensarlo; la guerra era una palabra, un concepto puramente teórico. Cuando, de repente, tuvimos la revelación de que este concepto podía transformarse en realidad.

Tal ambiente bélico se trató de amortiguar con la convocatoria de la Segunda Conferencia de la Paz de La Haya (1907) tras el fracaso de la primera, que se había convocado por iniciativa de Rusia en 1899, que no pudo evitar el estallido de la Gran Guerra en 1914, a pesar de algunos avances en el ámbito de la resolución pacífica de los conflictos.

Una Conferencia, no lo olvidemos, que se reunió ya en pleno periodo de la denominada Paz Armada. Convocada por los escasos resultados logrados en la de 1899, la Unión Parlamentaria, fundada ese mismo año para el fomento de la cooperación entre los parlamentos y la defensa de la paz, comenzó a manifestar un renovado interés por la convocatoria de un nuevo encuentro. Se instó al presidente de Estados Unidos a que se ocupara de la misma y así lo hizo a través de su secretario de Estado, aunque por razones diplomáticas fue el zar el protagonista final de la invitación. Es importante destacar esta reunión internacional a la que acudieron 44 Estados de todo el mundo, por cuanto, de una u otra manera, afectó también al tema que nos ocupa en este trabajo.

No vamos a entrar en el desarrollo de la conferencia ni en la debatida agenda de temas de la misma, que se fueron cambiando en función de los intereses de las partes representadas en ella, sino en los resultados. Se alcanzaron notables resultados en el ámbito del derecho de la guerra, pero los relativos al desarme y al arreglo pacífico de las controversias fueron muy limitados. Para lo que a nosotros nos interesa, de cara a la cuestión marroquí, quedó claro que el principio de soberanía nacional era intocable, al igual que el derecho a decidir acerca de sus gastos militares, anteponiendo sus propios intereses a los de la comunidad internacional a favor de la paz. Pero también el derecho a la guerra que no se eliminó, aunque sí se trató de regular, tal y como se estableció con la obligación de hacer una declaración de guerra o

bien un ultimátum, como paso previo al inicio del conflicto. Aspectos todos ellos que se apreciaron realmente en la posterior Guerra de Marruecos.

Por otro lado, una debilitada España en la periferia del sistema central obligaba a sus dirigentes a intentar resolver la cuestión marroquí de la forma más rápida posible, ante las crecientes amenazas que se percibían en este periodo de Paz Armada. De ahí, la firma de los llamados Acuerdos de Cartagena de 1907, con gran protagonismo de los respectivos monarcas, por los que España se comprometía a concertarse con Francia y Gran Bretaña en caso de amenaza al *statu quo* en Marruecos o en el área mediterránea occidental. Una consecuencia de este compromiso —cabe recordar— fue el Acuerdo Franco-Alemán de 1909 por el que Alemania reconoció a Francia toda libertad de acción para el mantenimiento del orden en Marruecos, a condición de compartir los beneficios de la explotación económica de la zona, lo que no ocurrió.

No obstante, la cuestión marroquí volvió a tensar las relaciones internacionales del periodo cuando se produjo en 1911 la «segunda crisis marroquí» con protagonismo, de nuevo, de Alemania. Por cuestiones de política interna —en previsión de elecciones generales—, para buscar una compensación por los fracasos anteriores y también con el objetivo colateral de tensar la Entente, el Gobierno alemán envió un pequeño buque de guerra, el *Panther*, al puerto marroquí de Agadir, justificado por la entrada de tropas francesas en Fez ante la inestabilidad interna y las unidades españolas en Larache y Alcazarquivir, que incumplía lo establecido en Algeciras. Esta decisión alemana abrió una crisis que se prolongó durante cuatro meses, incluso con amenazas del uso de la fuerza, lo que demostraba la creciente tensión en este periodo prebélico europeo. La solución se encontró otorgando a Alemania determinados territorios en el centro de África a cambio del reconocimiento de los derechos franceses en Marruecos.

Como indican varios especialistas, a pesar de estos resultados, ni en París ni en Berlín lo conseguido por ambas partes era lo esperado. Los medios nacionalistas y militaristas de los dos países consideraron traidores a algunos de los protagonistas, como al presidente galo Joseph Caillaux o al ministro de Colonias y Asuntos Exteriores alemán Alfred von Kiderlen-Waechter; tergiversadores a otros, como el káiser Guillermo II y de débiles a ambos Gobiernos. Todo ello provocó que, a partir de ese momento, Alemania se mostrara más firme y agresiva ante las siguientes crisis y eso alentó aún más la tensión internacional, como muy pronto se pudo constatar en la zona de los Balcanes.

De la misma forma, Francia decidió poner fin tanto a esta inestabilidad interna como a las amenazas externas hacia Marruecos. El objetivo fue entonces establecer un protectorado como el que se había establecido en Túnez en 1881. En marzo de 1912, el sultán de Marruecos, Muley Hafid, hubo de aceptar el protectorado, lo que propició su abdicación poco después en su hermano, Muley Yúsuf. Ante esta iniciativa, el Gobierno español, en reivindicación de sus derechos y de los acuerdos establecidos en 1904, pero utilizando a su vez la mediación británica, consiguió que Francia aceptara sus demandas.

De este modo, el Convenio Hispano-Francés de 27 de noviembre de 1912 reconoció una «Zona de Protectorado Español en Marruecos». Mientras las cuartas quintas partes de Marruecos fueron controladas por Francia, a España le correspondieron sendos territorios periféricos en el norte (Rif, Yebala y Lucus), fronterizos con sus plazas de soberanía (Ceuta, Melilla, los peñones de Vélez de la Gomera y Alhucemas, así como el pequeño archipiélago de Chafarinas, este en el límite marítimo de Marruecos y Argelia) y, por el sur, el país o territorio de Tekna (Tarfaya). En ese mismo año, y por iniciativa de Gran Bretaña, la ciudad de Tánger se sometió a una administración internacional. Al mismo tiempo, España veía garantizado el territorio de Ifni, con consecuencias positivas para las Canarias, aunque no podría ocuparlo de forma efectiva hasta que Francia lograra controlar de manera precisa su zona de Protectorado (acontecimiento que no ocurrió hasta 1934). A partir de ese momento, se inició la segunda etapa en la acción colonial española en Marruecos, como hemos señalado, la de la ocupación militar (1912-1927), en la que se inserta el llamado Desastre de Annual.

ESPAÑA Y LA ACEPTACIÓN DEL TRATADO DE PROTECTORADO SOBRE MARRUECOS

Una cesión envenenada por parte de Francia

Desde finales del siglo XVI España controlaba enclaves estratégicos en el norte de África, los denominados presidios. En el contexto de las postrimerías del siglo XIX, en el que se asistió al reparto de África, desde Madrid, los sucesivos Gobiernos de conservadores y liberales —consolidación del turnismo (*vid*. Capítulo 9)— veían en la región minera del Rif el área de expansión natural de España, lo que contaba como ventaja ante otras potencias coloniales con los enclaves estratégicos de Ceuta o Melilla. De este

modo, la explotación minera del Rif se convirtió en un objetivo en sí mismo para los intereses de España, por lo que fue necesario consolidar su presencia en aquella agreste región. Un anhelo perseguido en múltiples y dilatadas negociaciones internacionales, sobre todo durante la primera década del siglo XX, hasta que, por fin, en 1912 vio satisfechas sus demandas. No obstante, el Tratado de Fez de 1912, por el que se le reconocía a España la ocupación de la zona norte del país alauí —además de la franja de Tarfaya al sur—, pronto se tornó en quebradero de cabeza para los intereses españoles en el norte de África. Más allá de los continuos enfrentamientos con las cabilas rifeñas, que terminaron cristalizando en la Guerra del Rif, y hasta la pacificación de la región en 1927, de forma *sui generis* durante su presencia en aquel territorio durante más de cuarenta años tuvo siempre que enfrentarse al continuo cuestionamiento en torno a su legitimidad en la región. Tal circunstancia, cabe advertir, se vio agravada a partir de la década de 1930, cuando comenzó a cobrar gran influencia en ciudades como Tetuán, la capital del Protectorado español, el movimiento nacionalista marroquí.


El reparto de Marruecos
1902-1912
mar Mediterráneo
océano Atlántico
Ceuta
Tánger
Tetuán
Arcila
Larache
Garga
Mehassan
Yebala
Lau
Chauen
Alcazarquivir
cordillera del Rif
Ouezzane
El Garb
Senhaya
El Rif
peñón de Vélez de la Gomera
peñón de Albucemas
Axdir
Melilla
Nador
Chafarinas
Kert
Berkane
Muluya
Sebou
Uarga
Taourirt
Sidi Kacem
Innanovene
Taza
Fez
Atlas Medio
Límite de la zona asignada a España según el proyecto de acuerdo de 1902
Límite de la zona asignada a España según el tratado de 1904
Límite de la zona asignada a España según el convenio de 1912
Límite del control efectivo de las autoridades españolas en 1928
N
0
20
40 km

La realidad que subyacía tras la firma del Tratado de Fez del 30 de marzo de 1912 (*Traité conclu entre la France et le Maroc le 30 Mars 1912, pour l'Organisation du Protectorat Français dans l'Empire Chérifien*) entre el sultán de Marruecos Muley Hafid y el Gobierno francés de Armand Fallières era que la verdadera titularidad del Protectorado había recaído en Francia. En este sentido, con la firma del Tratado Hispano-Francés del 27 de noviembre de 1912, lo que Francia le cedía a España era la zona norte de Marruecos, como una suerte de subarriendo o Protectorado *sui generis*, por lo que, desde el punto de vista jurídico, se asemejaba más a una demarcación administrativa. En virtud del referido Tratado, las zonas de influencia entre ambas potencias quedaron definidas de la siguiente forma: el Medio y Alto Atlas bajo control francés y la región rifeña del norte de Marruecos, salvo la ciudad internacional de Tánger, bajo el control de España.

En la medida en que Francia era la verdadera contrayente, la legitimación de su acción protectora desde el principio fue más sencilla de argumentar, pues tenía el pretexto de proteger al sultán y de velar ante la comunidad internacional por los intereses del Imperio jerifiano. Sin embargo, en el caso de España, concurrió la necesidad de tener que crear un relato con el que justificar ante la población nativa su presencia y a quién iba dirigida la acción protectora. En el referido acuerdo, se estipulaba que en la zona norte se instalaría un delegado del sultán, el jalifa, que ayudaría a España en la implementación del Protectorado.

Esta dualidad sociopolítica desde 1912 del Marruecos precolonial, a ojos de franceses y españoles, entre *bled el-majzén* y *bled es-siba*, supuso un difícil reto para ambas potencias protectoras, las cuales tuvieron que enfrentarse al mismo en su afán por establecer los principios sobre los que, en adelante, se rigieron sus políticas de actuación para ejercer una administración efectiva del Protectorado. En el caso de Francia, en su zona de influencia se encontraban asentadas de forma mayoritaria las cabilas apegadas a la hegemonía del sultán —*bled el-majzén*—, lo que suponía la existencia de poderosos caídes —gobernantes— cuya sumisión al poder colonial conllevaba la de toda la región en la que ejercían su autoridad. La administración francesa, siempre que se le brindó la oportunidad, no dudó en acometer esta práctica, y persuadió a los diferentes notables nativos mediante la compra de voluntades para atraerlos a su proyecto colonial.



Soldados españoles posan en la explotación de la CEMR (Compañía Española de Minas del Rif), en la cabila de Beni Buifrur. Archivo de Jorge Bosch Díaz. Colección Sánchez Vigil.

En cambio, en la zona española se encontraban mayoritariamente las cabilas alejadas tanto de la autoridad del sultán —*bled es-siba*— como de la del jalifa y, además, tampoco se sentían en la obligación moral de acatar los acuerdos suscritos por el sultán o entre las potencias protectoras. Igualmente, la ausencia de grandes caídes o jefes de prestigio entre las cabilas rifeñas dificultó que se pudiera llegar a acuerdos que lograran atraerlos hacia la esfera de influencia de la administración protectora en su acción colonizadora. En consecuencia, la belicosidad de las tribus rifeñas y la falta de experiencia en la acción colonial contemporánea —cuyas últimas reminiscencias se remontaban a su aciago pasado antillano— condujeron a que la tendencia colonizadora española para el ejercicio del control efectivo de su zona se orientase, en un principio, hacia el emprendimiento de acciones bélicas. La ausencia de una política colonial definida por parte de España se hizo más que evidente cuando, en apenas doce años, se sucedieron al frente de la administración protectora hasta nueve altos comisarios, lo que, en la práctica, desembocó en el ejercicio de lo que podría definirse como «política circunstancial» con la que encarar las necesidades y contratiempos que pudieran ir aflorando sobre la marcha.

En este orden de cosas, cabe tener presente que, a diferencia del sistema colonial, en el que las autoridades metropolitanas ejercen el gobierno directo, el sistema de protectorado se fundamenta en el principio de la intervención de las autoridades autóctonas por las extranjeras. En este sentido, podría

afirmarse que la intervención como tal no existió en el Protectorado de Marruecos durante los primeros quince años, en realidad, tampoco después de la pacificación, sino que predominó la fórmula del gobierno directo. De este modo, hasta el anuncio oficial del final de la Guerra del Rif en Bad Taza el 10 de julio de 1927 por el teniente general José Sanjurjo, no fue posible para España comenzar la implementación del régimen de Protectorado en los términos que se habían acordado en el Tratado de Fez de 1912 y en sintonía con la concepción que acerca de este régimen expresó el mariscal Louis Lyautey —residente general de Francia en su zona de Protectorado entre 1912 y 1925— en una circular publicada el 18 de noviembre de 1920. En esta, el mariscal Lyautey incidía en que:

> […] el concepto de Protectorado es el de un país que mantiene sus instituciones, gobernándose y administrándose con sus propios órganos, bajo el simple control de una potencia europea, que lo sustituye por la representación externa, tomando generalmente la administración de su ejército, de sus finanzas, y le dirige en su desarrollo económico.

Para completar esta reflexión, Lyautey sostenía que «lo que domina y caracteriza esta concepción es la fórmula del control, opuesta a la fórmula de administración directa».

En realidad, se trataba de una noción de protectorado no muy alejada de la que pudieran tener los tratadistas de Derecho público o Derecho político internacional españoles de la época pero que, a diferencia de la concepción francesa, introdujo un matiz significativo: el del carácter transitorio. Si se toma en consideración la definición de protectorado ofrecida por el tratadista Manuel Llord O'Lawlor, este afirmaba que:

> Protectorado, conforme a los principios de derecho político internacional, es aquella situación a que llega un Estado por la cual otro más fuerte y más adelantado lo protege, lo tutela como a una persona individual, lo enseña a gobernarse y lo va, altruistamente, colocando en forma de que por sí solo se pueda gobernar, regir y administrar, y cuando esto ocurre se dice que ha llegado a la mayor edad y que puede manejarse por sí mismo, y habiendo adquirido la plenitud de capacidad se independiza del tutor.

En cualquier caso, el pecado original en la forma en la que España se estableció en la región del Rif, y haber asumido la administración del Protectorado de la zona norte del país alauí, radicó en que aquel Tratado concertado con Francia, aunque le otorgaba legitimidad internacional a ojos del resto de potencias, no había sido suscrito con Marruecos. Por ende, lo que España estaba ejerciendo en aquella zona de la región era una suerte de subarriendo que emanaba del acuerdo contraído con Francia. Por consiguiente, era de esperar que en el caso de que Francia se decidiera en un futuro a resolver el Tratado de Fez de 1912 y a abandonar Marruecos, España

tendría que seguir sus pasos. Una circunstancia con la que la diplomacia española se vio obligada a lidiar, sobre todo a partir de 1930, cuando el nacionalismo marroquí esgrimió tal coyuntura para reivindicar la independencia del territorio y que terminó por materializarse en abril de 1956.



Varios soldados posan con un par de perros y con una ametralladora ligera Hotchkiss de 7 mm. Archivo de Jorge Bosch Díaz. Colección Sánchez Vigil.

Abandonados de todos, solo Dios y los machetes, nos abrieron paso hasta la loma[1].

Luys Santa Marina, escritor

2

EL «PROTECTOR»: EL EJÉRCITO ESPAÑOL DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

José Vicente Herrero Pérez y Fernando Puell de la Villa

España combatió una guerra de casi veinte años de duración —de 1909 a 1927— para establecer su presencia en las regiones más septentrionales de Marruecos. Pero si los pobladores ya eran reacios a someterse a la autoridad del sultán —y, desde luego, mucho menos a la autoridad española—, también siguieron siéndolo a la del jalifa, que debía gobernarlas en su nombre a partir del establecimiento del Protectorado en 1912.

La actuación de las unidades allí proyectadas estuvo muy condicionada por la imprecisión y la vacilación de los sucesivos Gobiernos de Alfonso XIII a la hora de formular y aplicar la política y la estrategia a seguir con respecto a la forma de implantar y gestionar su misión protectora, a lo que también contribuyeron las características del propio Ejército. Cuando se inició el conflicto, en modo alguno era una fuerza militar preparada para una guerra colonial. Era un ejército cuya organización y doctrina estaban orientadas hacia un hipotético conflicto en el ámbito europeo y con especial dedicación a la instrucción de los reemplazos anuales de tropa de reclutamiento forzoso.

Mostrar con qué recursos humanos y materiales abordó este Ejército las campañas de Marruecos, al final concluidas con éxito, describir y analizar su organización, su doctrina operacional, sus cuadros de mando, sus clases de tropa y sus medios materiales serán los principales objetos de este capítulo.

ESTRUCTURA, ORGANIZACIÓN Y DOCTRINA

En 1912, cuando se creó el Protectorado de Marruecos, el Ejército español se distinguía poco del que había configurado Narváez hacia 1845. Su estructura tampoco se diferenciaba demasiado de la predominante en la Europa continental que, en líneas generales, se mantenía fiel al modelo establecido tras las Guerras Napoleónicas. Solo se había avanzado en la universalización del servicio militar y en la organización de las reservas, pero las restricciones

presupuestarias impedían realizar prácticas de movilización. Las unidades de infantería no habían cambiado, prácticamente; su único armamento era el Mauser de 7 mm, adquirido con precipitación durante la Guerra de Cuba, y seguía pendiente que los artilleros renunciaran a calificar la ametralladora como pieza de artillería. Las de caballería no disponían de vehículos y continuaban aferradas a los sables y las lanzas. Artillería contaba con cañones más modernos, de distintos usos y calibres, e incluso con algunos vehículos de motor para remolcarlos. El Cuerpo de Ingenieros sí había realizado notables progresos; cuarteles generales y planas mayores se comunicaban habitualmente gracias a las unidades de telégrafos, el teléfono de campaña aseguraba el enlace entre las unidades combatientes y comenzaba a utilizarse la radio, conocida todavía como «telegrafía sin hilos». También disponía de una unidad de dirigibles para reconocimientos aéreos sobre territorio enemigo y de unos cuantos aeroplanos, cuyas aplicaciones bélicas eran objeto de controvertidos debates.



Un Lafite de 60 mm de una sección de máquinas de la Legión en acción. Se emplearon tres versiones de este mortero de acompañamiento de batallón francés hasta la introducción en 1926 del Valero de 60 mm de diseño español. Archivo Fotográfico del Tercio Don Juan de Austria 3.º de la Legión.



Un dirigible S. C. A. pierde altura debido a los impactos rifeños en su envuelta. Tenía una capacidad de 1500 m^3, una longitud de 39,3 m y 12 m de altura. Estos globos observaban de forma continuada el fuego de artillería naval y permitían las comunicaciones con tierra. Archivo Histórico del Ejército del Aire.

Sin duda, debido a la situación descrita, los generales españoles se afanaron con peculiar ahínco en reformar el Ejército y en que los jefes y oficiales hicieran propuestas para modificar la estructura, funcionamiento y la organización de sus respectivas armas y cuerpos. Al principio, tal dinamismo obedeció a la incidencia de las victorias prusianas sobre austríacos y franceses o a las lecciones aprendidas en conflictos más recientes, como los del Reino Unido en Sudáfrica o el librado entre Japón y Rusia en la lejana Manchuria. La cruda realidad de los combates en el solar marroquí avivó estos debates, la incidencia de la Gran Guerra los atemperó y, cuando esta acabó, volvieron a resurgir con más fuerza.

Nunca antes ni después de este periodo los militares habían escrito tanto acerca del Ejército. De los cientos de títulos editados, de los miles de artículos aparecidos en los dos o tres periódicos militares que se publicaban a diario y en la docena de revistas profesionales mensuales, una notable proporción trataba de reformas. Sus autores comentaban, alababan o criticaban las propuestas por algún ministro y también desarrollaban variopintos proyectos o relataban experiencias reformistas en países extranjeros.

Líderes y grupos políticos sumaron su voz a esta algarabía general. Manifiestos y programas incluían siempre un apartado para definir el modelo de ejército preferido por cada uno de ellos y dedicaban varios párrafos a explicar qué cambios implantarían cuando llegaran al poder. En general, los

partidos con posibilidades de gobernar prometían potenciar la fuerza armada y aumentar su presupuesto. Los extraparlamentarios, mucho más radicales, planteaban desde la sustitución por una milicia popular hasta la supresión del servicio militar.

No obstante, su evolución organizativa y tecnológica estuvo siempre condicionada por las estrecheces financieras, lo que se reflejaba, a menudo, en que los planes y propuestas de modernización no llegasen a buen puerto o que se desarrollasen con tremenda parsimonia. La causa endémica de esta situación eran unos presupuestos militares desequilibrados por los gastos salariales, y el origen de ese desequilibrio radicaba en un problema estructural que se venía arrastrando desde el final de la Primera Guerra Carlista: una oficialidad profesional de efectivos desmesurados.

Reformas estructurales y planes de reforma fallidos

Aquel estado de cosas obedecía, en parte, a que los Gobiernos de la Restauración nunca se preocuparon demasiado por definir su política militar y también a la ausencia de una dirección clara por parte del Ministerio de la Guerra. Que los ministros fuesen siempre generales hasta finales de 1917, cuando el nombramiento de Juan de la Cierva rompió con una práctica que se remontaba al siglo XVIII, no debe considerarse determinante. De hecho, los empleos medios e inferiores de la oficialidad habían comenzado a mostrar cierto desafecto hacia los «generales políticos» integrados en la élite gobernante, que, a sus ojos, solo parecían interesados en complacer a un poder civil que se despreocupaba de las necesidades del Ejército. Como luego se verá, la crisis de las Juntas de Defensa de 1917 acabó convirtiendo esa desafección en abierto desafío.

En buena medida, la ineficacia de los ministros obedecía a su transitoriedad en el cargo. Entre 1899 y 1928 tuvieron lugar, y sin contar las interinidades, 41 relevos en el sillón ministerial, de los cuales 23 se produjeron antes de junio de 1917, inicio de la citada crisis, y 15 en los seis años transcurridos desde entonces hasta el golpe de Estado de Primo de Rivera en septiembre de 1923. Esto también explica la abundancia de proyectos de reforma de mayor o menor calado y el que tan a menudo acabasen en nada al cesar en el cargo sus promotores antes de poder sacarlos adelante[2].

La primera reforma estructural de cierta importancia fue la promovida en 1904 por el general Linares, ministro de la Guerra del Gobierno conservador de Antonio Maura, que afectó básicamente a la organización de su propio

departamento. Hacía años que, por influencia prusiana, se barajaba la necesidad de crear un organismo que diese continuidad a la política militar y que esta no estuviese supeditada a los frecuentes cambios de ejecutivo. A tal efecto, Linares segregó las cuestiones administrativas de las operativas y encomendó las primeras al general subsecretario y las segundas a un organismo técnico de nueva creación —Estado Mayor Central (EMC)—, concebido para dar estabilidad y continuidad a los planes de defensa, supervisar la preparación de las unidades armadas y formar a la oficialidad del Cuerpo de Estado Mayor. Y también aprovechó el momento para consolidar la organización territorial, por lo que asignó a cada una de las 8 regiones militares peninsulares un cuerpo de ejército, integrado por dos divisiones con sus correspondientes tropas de infantería, caballería, artillería, ingenieros, intendencia y sanidad[3].

La relación del EMC con el ministro y con el resto de departamentos ministeriales, así como la delimitación de sus respectivos ámbitos competenciales, fueron enseguida objeto de controversia e incluso se cuestionó su constitucionalidad ante la posibilidad de que su jefe pudiera arrogarse la función de comandante en jefe del Ejército, función que la Constitución de 1876 atribuía al rey. Los políticos jugaron a dos bandas en este debate; por un lado, la supremacía del ministro les facilitaba el control del Ejército, pero, por otro, se servían del EMC para cortocircuitar determinadas propuestas de reforma, con el argumento de que era el instrumento apropiado para resolver este tipo de cuestiones[4].



Nativos al servicio de España y soldados metropolitanos en un puesto de socorro, en 1922. En primer plano se aprecia cómo un indígena aprovecha el tiempo de un presumible descanso para que le afeiten la cabeza. Álbum del coronel Rafael Tejero Saurina. Museo del Ejército. Sig. MUE-204770.

Tras la dimisión de Maura a consecuencia de los graves sucesos en Barcelona y Melilla de 1909, Canalejas fue nombrado presidente del Consejo de Ministros y el general Luque se hizo cargo del Ministerio de la Guerra. Al principio, Luque se dedicó por entero a sacar adelante la ley de Reclutamiento y Reemplazo, de la que se hablará más adelante, y, resuelto este tema, presentó a las Cortes tres Proyectos de Ley con los que pretendía resolver los problemas de personal: exceso de generales, ingreso y formación de las clases de tropa y reglamento de recompensas. El primero y el tercero fueron desestimados y solo el segundo, dirigido a dignificar la figura del sargento, fue aprobado. Al ver que la vía parlamentaria dificultada resolver estas cuestiones, utilizó la ley de Presupuestos Generales del Estado para 1913 para, alegando que era necesario disminuir la burocracia ministerial, suprimir una serie de organismos, entre los que se encontraba el EMC, cuyas competencias asumió un nuevo departamento de rango bastante modesto: la Sección de Estado Mayor y Campaña[5].

El 12 de noviembre de 1912, mientras se debatían los citados presupuestos en el Congreso, el presidente Canalejas fue asesinado por un anarquista en la Puerta del Sol y el conde de Romanones se impuso como sucesor en contra de García Prieto, lo que provocó la quiebra del Partido Liberal[6]. El nuevo Gobierno, con las Cortes cerradas, difundió una declaración programática a finales de enero de 1913 en la que anunciaba su intención de reorganizar el Ejército en profundidad.

A tal efecto, al reanudarse las sesiones parlamentarias en octubre, Luque envió al Congreso un proyecto de ley orgánica militar, que establecía un contingente de 445 000 hombres, encuadrados en dos Ejércitos, denominados Peninsular y Colonial. El primero se estructuraba en tres líneas: la Primera articulada en 8 divisiones —una por región militar— con un total de 215 000 efectivos; la Segunda, compuesta por el mismo número de divisiones, agruparía 90 000; y la Tercera, concebida como Ejército Territorial, dotada con 60 000. Y el segundo, encargado de la defensa y operaciones del recién creado Protectorado y Plazas de Soberanía, encuadraría 80 000 efectivos, incluyendo indígenas y voluntarios. Como Romanones dimitió a los dos días, el proyecto fue retirado[7].

A los nueve meses de constituirse el gabinete conservador presidido por Dato se rompieron las hostilidades en Europa, debido a lo cual se consideró necesario poner en marcha un conjunto de medidas que garantizase el que, en caso de que España se viera obligada a entrar en guerra, existiese la infraestructura defensiva imprescindible para hacer frente a la situación. Como primera medida, Dato reestructuró por decreto la Junta de Defensa Nacional (JDN), organismo que había creado Maura en 1907 para coordinar la actuación del Ejército y de la Armada, integrado por el presidente del Consejo de Ministros y los ministros, subsecretarios y jefes de Estado Mayor de ambos ramos, y el general Echagüe, al que se le había confiado la cartera de Guerra, creó un Gabinete Militar en su ministerio para intentar paliar la desaparición del EMC[8]. El nuevo paquete de reformas fue elaborado por este gabinete y, en esencia, consistía en restaurar el EMC, definido como «centro donde radique la resolución de todas las cuestiones puramente técnicas, en nada referidas al mando, gobierno y administración de las tropas», con objeto de corregir las causas que condujeron a su supresión; crear un Consejo Superior del Ejército, para unificar criterios entre el ministro y el jefe del EMC; reestructurar la reserva; aumentar el contingente y el material de artillería, configurar un Servicio de Aviación y habilitar campos de tiro[9]. La oposición de los liberales a la reforma fue de tal calibre que provocó la caída del ejecutivo y, con ella, todos aquellos proyectos.

El 9 de diciembre de 1915, el mismo día en que Romanones volvía a hacerse cargo de la Presidencia del Consejo de Ministros, declaró que trataría de dar cima a las reformas militares pendientes. Y Luque, que se presentaba como «reformador radical», anunció que restablecería el EMC de modo inmediato y que le encargaría un amplio plan de reformas. Pero antes, decretó que todos los generales, jefes y oficiales debían superar determinados

ejercicios físicos y teóricos para cumplir las condiciones de aptitud para el ascenso; la implementación de esta disposición fue la espoleta que desencadenó la crisis de las Juntas de Defensa (*vid*. Capítulo 9[10]). A continuación, y también por decreto, Romanones incorporó a la JDN a los expresidentes del Consejo de Ministros y Luque restableció el EMC, concebido esta vez como órgano eminentemente consultivo y encargado de la preparación y dirección de la guerra. La mayor innovación consistió en que su jefe, en el momento de iniciarse las operaciones bélicas, se constituiría en comandante general del Ejército y el EMC pasaría a ser su Estado Mayor de Operaciones (EMO); también se le atribuía un cometido inspector de las unidades armadas en tiempo de paz. La coordinación de funciones entre la JDN y el EMC pivotaba en la figura del ministro, del que partían las iniciativas legislativas, que sometía para su estudio y aprobación a la JDN y, en función de su dictamen, pasaban al EMC para que este las desarrollara y remitiese de nuevo al ministro[11].



La artillería fue una de las bazas del Ejército español desplegado en Melilla durante las operaciones de la Comandancia, a pesar de la disparidad de modelos y carecer de medio de transporte propio. En julio de 1921, estaba organizada en dos mandos: el Regimiento Mixto de Artillería y la Comandancia de Artillería. AGMM, Iconografía, SIG. F-05329.

En agosto de 1916, Luque dio publicidad a sus proyectos de reforma en un pequeño folleto[12]. Aunque esta iniciativa fue muy aplaudida por la prensa, irritó a la oposición y, en parte debido a ello, aquellos planes terminaron tan mal como los de Echagüe. La reforma consistía, básicamente,

en una reorganización territorial, la reestructuración del Ejército Operativo y la consabida reducción de plantillas. Con respecto a lo primero, pretendía equilibrar los contingentes movilizables, atendiendo a razones demográficas, sin modificar las sedes y demarcaciones de las regiones militares, pero poniendo bajo la dependencia de los gobernadores militares provinciales un nuevo organismo, denominado Zona de Reclutamiento y Movilización, capaz de movilizar con rapidez a los reservistas y de requisar el material automóvil, para el que, en caso de guerra, se preveía organizar un servicio de conductores voluntarios. El Ejército de Operaciones se organizaba de la misma forma que en 1913 y en el Protectorado de Marruecos se creaba, en vía de ensayo, una Legión Extranjera[13].

Como se ha visto, ninguno de los grandes proyectos de Luque y de Echagüe tuvo buen fin, debido, en parte, a la corta duración de las legislaturas. Pero la indefinición y titubeos en torno a los objetivos de política de defensa y la falta de interés por abordar con seriedad la reforma militar llevaron a la mayoría de los oficiales a adoptar posturas victimistas y a la inacción. Sin embargo, una minoría magnificó los problemas existentes —realmente graves en materia de política de personal— y decidió pasar a la acción, para lo que se organizó pseudosindicalmente en Juntas de Defensa, tema que se abordará con más detenimiento cuando se hable de los cuadros de mando (*vid. infra*).

La prepotencia de los promotores de aquellas Juntas y la debilidad del sistema político de la Restauración, ya muy desgastado, se llevaron por delante los Gobiernos de García Prieto y de Dato durante el verano de 1917 y en noviembre, al volver al ejecutivo García Prieto, los dirigentes de las Juntas exigieron que la cartera de Guerra fuera ocupada por un político civil y los generales impusieron el nombre de Juan de la Cierva. Este abordó por Real Decreto una reforma estructural, pretendidamente ambiciosa, que, a renglón seguido, el general Marina, ministro de la Guerra del llamado Gobierno de Concentración Nacional, presidido por Antonio Maura, dio rango de ley, sin variar su contenido[14].

La que ha pasado a la historia de forma impropia con el nombre de ley de De la Cierva concibió el Ejército como «escuela permanente de mando, instrucción y preparación para la guerra» y su principal objetivo fue estabilizar las plantillas, reducir la exagerada cifra de cuadros de mando existente y aumentar de manera sustanciosa las retribuciones, mediante la introducción de los quinquenios, primer antecedente de los actuales trienios de antigüedad en el servicio.

Para ello consolidó la división territorial de la Península en 8 regiones militares y asignó 2 divisiones orgánicas a cada una de ellas, integradas por otras tantas brigadas de infantería y una de artillería. Con la pretensión de amortizar el excedente de personal, concedió el pase voluntario a la situación de reserva a los coroneles, con el sueldo completo y la categoría de generales honoríficos, y a los tenientes coroneles con categoría y sueldo de coronel. Para el resto de los empleos, estableció topes de edad, al cumplir los cuales todo oficial pasaba a la denominada Escala de Reserva Retribuida, si conservaba determinadas condiciones de aptitud, o a la situación de retirado, en caso contrario. También reformó la Escala de Reserva Gratuita, que pasó a denominarse de Complemento. Por último, reguló las categorías de las clases de tropa —cabo, sargento y suboficial—, a los que se ofreció la posibilidad de alcanzar el grado de capitán de la Escala de Reserva Retribuida, previa superación de un curso en una academia especial. Es decir, en plena Guerra Mundial, las únicas reformas que llegaron a buen término fueron las dirigidas a regular temas de personal. Cualquier plan dirigido a modernizar aquel obsoleto Ejército solo fue a engrosar el archivo de las Cortes.

Las unidades armadas

Durante el reinado de Alfonso XIII, la orgánica castrense fluctuó con relativa frecuencia, reflejo de las vicisitudes de la institución castrense en el periodo y de la necesidad de reajustarla a una nueva situación en los años inmediatamente posteriores a la pérdida del imperio en 1898, a las demandas de las campañas en Marruecos y a los conflictos internos de los propios militares, manifestados primero en la crisis de las Juntas de Defensa y después durante la dictadura de Primo de Rivera.

Al iniciarse el reinado, el territorio peninsular estaba compartimentado en 8 regiones militares, con cabeceras en Madrid, Sevilla, Valencia, Barcelona, Zaragoza, Burgos, Valladolid y La Coruña. Al frente de cada una de ellas estaba un teniente general, que recibía el título de capitán general, por lo que, así como por tradición, a veces también se las denominaba oficiosamente capitanías generales. De él dependían las unidades activas que guarnecían la demarcación y era el responsable del alistamiento anual de los nuevos reclutas y de la movilización de los reservistas, efectivos con los que, en teoría, debía organizarse un cuerpo de ejército en tiempo de guerra. Las islas Baleares y las Canarias constituían sendas capitanías generales, que desempeñaban cometidos similares a los de las regiones peninsulares en materia de reclutamiento y movilización. Las plazas de Ceuta y Melilla eran dos mandos

territoriales independientes denominados, según la época, comandancias generales o gobiernos militares y, en 1913, se creó una nueva comandancia general en el recién creado Protectorado de Marruecos, con cabecera en Larache.

La columna vertebral operativa del Ejército era la división. Salvo alguna alteración de corta duración, las 8 regiones peninsulares estaban guarnecidas por 14 divisiones de infantería de línea y 3 brigadas de cazadores, 1 división y 3 brigadas de caballería y unas 50 pequeñas unidades independientes adscritas a la reserva general. Las divisiones encuadraban 2 brigadas de 2 regimientos de infantería, 1 regimiento de artillería a pie (montado en la de caballería), 1 batallón de zapadores minadores, 1 compañía de intendencia y 1 de sanidad. Aparte, en Baleares y Canarias había otras 2 divisiones y en Ceuta y Melilla 2 brigadas, en ambos casos, reforzadas con tropas de las otras armas[15].

En cuanto a pequeñas unidades, en 1909 existían 70 regimientos de infantería de línea, 28 batallones de cazadores, 28 regimientos de caballería, 17 regimientos de artillería de campaña, incluyendo 1 ligero, 1 de sitio y 3 de montaña, más un grupo independiente de artillería de montaña, 7 regimientos mixtos de zapadores y telégrafos, 1 de pontoneros y 1 batallón de ferrocarriles. En los archipiélagos y las plazas africanas las tropas de caballería estaban organizadas en escuadrones independientes y las de artillería e ingenieros en comandancias territoriales con efectivos de grupo o batallón.

Veinte años después, aunque el número de regiones militares y de grandes unidades apenas había variado, la reserva general había experimentado un notable crecimiento: 50 regimientos independientes (11 de infantería, 9 de cazadores, 3 de alta montaña, 1 de caballería, 2 de cazadores de caballería, 8 de artillería de línea, 2 mixtos de artillería, 3 de artillería de costa, 7 de zapadores-minadores, 1 de transmisiones, 1 de pontoneros y 2 de ferrocarriles) y 20 batallones también independientes (4 de montaña, 5 de cazadores, 1 de caballería ligera, 1 de artillería antiaérea, 6 mixtos de ingenieros y 3 de aviación), además de 10 compañías de intendencia y otras tantas de sanidad[16].

Las brigadas de cazadores, que encuadraban 6 batallones independientes, repartidos entre 2 medias brigadas, presentan cierto interés por dos razones. Por un lado, fueron creadas para que actuasen como fuerzas de intervención rápida, por lo que sus plantillas y dotación de material en tiempo de paz eran algo superiores a las de las demás unidades, aunque, de hecho, los efectivos de los batallones no superaban la mitad de los que debían tener en pie de

guerra. Por otro, también incluían elementos destacados de unidades de otras armas y servicios, por lo que se las podría considerar, hasta cierto punto, antecesoras de la brigada mixta. Para la campaña de 1909 en Melilla, las 3 brigadas, reforzadas con 2 secciones de ametralladoras, 1 escuadrón de caballería, 1 grupo de artillería de campaña y sendas compañías de zapadores, telégrafos e intendencia, podrían ser consideradas a todos los efectos como unidades mixtas. Sin embargo, la naturaleza del conflicto en Marruecos llevó pronto al empleo de columnas formadas con elementos reunidos temporalmente para una operación concreta y al margen de cualquier encuadramiento orgánico previo. De hecho, las brigadas de cazadores volvieron a ser meras unidades de infantería a mediados de la década siguiente[17].

Aunque estas cifras puedan dar la sensación de que España mantenía un Ejército desmesurado para un país carente de amenazas externas, la realidad era muy distinta. La plantilla de los regimientos de infantería, que constituían el grueso de la fuerza disponible, establecía que cada uno de ellos encuadrara unos 80 oficiales y 1200 clases de tropa en pie de paz, articulados en plana mayor, 2 batallones en armas y 1 en cuadro, y estos, a su vez, en 4 compañías. Sin embargo, aunque los cuadros de mando solían estar al completo, los efectivos de tropa rara vez estaban por encima de la mitad de lo previsto. Por otra parte, el nivel de adiestramiento de las unidades era muy deficiente, debido, entre otras cosas, a que los cuarteles estaban en el centro de las ciudades y a que en pocas de ellas había campos de tiro y de maniobras cercanos. Para más inri, las compañías debían aportar el personal para los servicios de armas y de cuartel —guardias de prevención y de plaza, vigilancia, limpieza, cocina, etc.—, lo cual, sumado a las ausencias por permiso y enfermedad, hacía que no fuese inusitado que una compañía se encontrase con solo dos o tres hombres disponibles para la instrucción diaria[18].



Oficial español al mando de fuerzas regulares a caballo en conversación con nativos montados. Aunque existían «oficiales moros», el peso del mando de estas fuerzas al servicio de España estaba en los europeos. AGMM, Iconografía, SIG. F-05302.

La triste realidad era que la única razón de existir de muchos regimientos y batallones no era otra que acomodar el desmesurado número de cuadros de mando, muchos de los cuales estaban desencantados con su profesión y tenían escasas expectativas de promoción:

> La mayor parte del cuerpo de oficiales dejó de amar la guerra —razón principal de su existencia — e insensiblemente llegó al convencimiento de que su misión no era otra que vegetar tranquilamente en las guarniciones —cuando no en destinos sedentarios— formando parte de la complicada y abundante burocracia oficial[19].

El Ejército de África

A partir del establecimiento del Protectorado de Marruecos en 1912, y de los distintos ciclos de operaciones desarrollados en aquel territorio hasta 1927, el llamado Ejército de África se incrementó de manera notable, unas veces ubicando en él unidades peninsulares completas o bien trasladando fuerzas expedicionarias en otras, detraídas habitualmente de diversas guarniciones peninsulares. Aunque nunca llegó a cuajar el intento de constituir un ejército colonial, similar a los mantenidos por Francia y el Reino Unido, sí se impulsó la recluta de indígenas para reducir la factura en sangre española que aquella guerra se cobraba y que tanto malestar social generaba, hasta llegar, en

algunos casos, a tener consecuencias tan graves como las de la Semana Trágica barcelonesa de julio de 1909 (*vid*. Capítulo 9).[20]

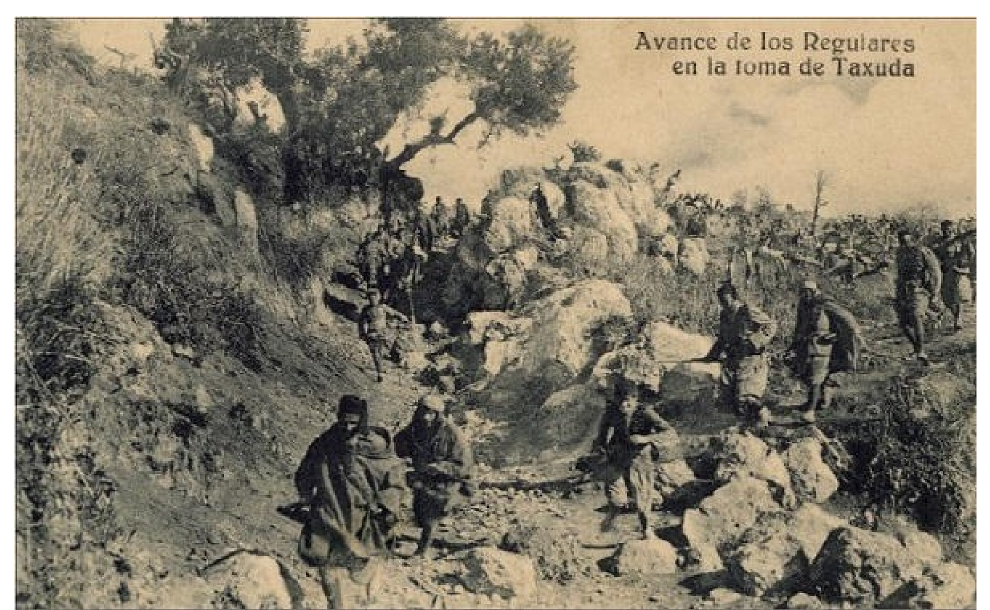
A partir de los incidentes melillenses de 1893, se comenzó a reforzar la guarnición de las plazas de soberanía, hasta entonces llamadas presidios, en las que las únicas tropas permanentes eran las disciplinarias. Ceuta se guarneció con 2 regimientos de infantería y se organizó la Milicia Voluntaria, compuesta por la Compañía de Moros Tiradores del Rif y una Compañía de Mar. Y Melilla, aparte del tradicional Batallón Disciplinario, con otros 2 regimientos de infantería y 1 Compañía de Mar. No obstante, estas unidades demostraron ser insuficientes en 1909 para proteger las concesiones mineras en los alrededores de Melilla, cuando las cabilas comenzaron a dificultar los trabajos del ferrocarril que las unía con la ciudad. El general Marina pidió refuerzos y el presidente Maura ordenó movilizar varios batallones de cazadores para hacerles frente.

Marina llegó a tener a su mando 45 000 hombres y, en enero de 1910, se dieron por finalizadas las operaciones. Melilla obtuvo rango de Capitanía General y su guarnición permanente se elevó a los 20 000 soldados. En el verano de 1911, el Mizzian proclamó la guerra santa contra los españoles y se reprodujeron los combates al oeste de la plaza, seguidos de oleadas de protestas en la Península contra el servicio militar. Las principales consecuencias de estas campañas, derivadas de la muerte de unos 4000 hombres en poco más de seis meses de combates, y de las airadas manifestaciones antiquintas provocadas por las movilizaciones de reservistas, fueron la abolición de las injusticias en la prestación del servicio militar y la creación de unidades indígenas en Marruecos.

La primera unidad de esta naturaleza había sido la Policía Indígena, constituida en 1908 con el propósito de ampliar la influencia española en torno a Melilla. Su organización se basaba en la mía (compañía), con efectivos de algo más de un centenar de hombres; aunque las hubo a pie y a caballo, acabaron adoptando una composición mixta. Su número aumentó a medida que lo hacía el territorio sometido, hasta llegar a haber 30 mías en 1921. Aunque su principal cometido era de carácter policial, podían emplearse en operaciones militares y, en realidad, lo eran. Como la labor policial de estas fuerzas requería un buen conocimiento del entorno y de sus pobladores, su personal se reclutaba en el área de actuación de cada mía. El mando lo ejercían oficiales españoles de infantería y caballería, secundados por un oficial subalterno nativo. En 1919, las mías fueron clasificadas en tres categorías: de Contacto, llamadas así las que operaban en zonas en proceso de

pacificación; de Apoyo, las que lo hacían en zonas recientemente pacificadas; y de Retaguardia, desplegadas en las zonas totalmente sometidas. En 1922, se decidió disolver todas las unidades de la Policía Indígena e incorporar sus efectivos a la Mehala Jalifiana.

En junio de 1911 se organizó el Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla, popularmente llamadas simplemente «Regulares», formado por marroquíes voluntarios de las cabilas rivales del Mizzian, puestos bajo el mando de oficiales españoles. La decisión fue muy acertada en relación con el reclutamiento peninsular y muy eficaz para la lucha irregular que caracterizaba aquel tipo de operaciones. Así, al convertirse el territorio en Protectorado, el 30 de marzo de 1912, y alzarse en armas el Raisuni en Yebala, las tropas indígenas se mostraron mucho más efectivas que las peninsulares. En 1914, el general Echagüe creó tres nuevos grupos de Regulares en Ceuta, Tetuán y Larache y fijó la composición y plantilla que perduraron, a grandes rasgos, hasta 1927. Además, se decidió que el personal nativo pudiera ser oriundo de cualquier cabila del Protectorado español, incluso de las del francés, pero que un 20 por ciento de la plantilla de tropa y la mitad de la de suboficiales fuera personal voluntario español (europeo, en la terminología de la época), más idóneo para tareas que requerían una mayor preparación técnica; también debían ser españoles todos los oficiales, salvo algunos subalternos nativos, y todos los integrantes de las compañías de ametralladoras[21]. En 1917, cuando se reorganizó el Ejército de África, se dio absoluta prioridad a los efectivos indígenas, reforzados en 1922 con la constitución de un quinto grupo denominado de Alhucemas, de composición similar a los anteriores.



Operación de avance de las tropas durante la toma de Taxuda. Campaña del Rif de 1909. Tarjeta postal de la época.

Todos ellos estaban compuestos por 2 tabores de infantería y 1 de caballería, respectivamente, de entidad similar a la de un batallón o grupo de escuadrones. Poco a poco, el número de tabores de infantería fue aumentando, hasta llegar, en algún momento, a 4 por grupo. En 1919, se dotó a cada uno de ellos con 1 compañía de ametralladoras y, más adelante, se asignó una unidad de estas características a cada tabor de infantería.

Uno de los pretendidos fines del Protectorado era organizar y adiestrar a las tropas que constituirían el núcleo del futuro Ejército de Marruecos cuando este país recuperase de nuevo su total soberanía. A tal efecto, en 1913 se creó la Mehala Jalifiana, jurídicamente, «propiedad» del sultanato de Marruecos y no del Ejército español[22]. Inicialmente, su entidad fue similar a la de un batallón de infantería, más una sección de caballería. Su jefe y su cuadro de instructores eran españoles y el resto de sus efectivos marroquíes. Pero, en la práctica, el mando efectivo fue siempre ejercido por aquellos. La unidad simultaneaba la misión de proteger al jalifa con la participación en operaciones de pacificación. Como se ha dicho antes, en 1922 se disolvió la Policía Indígena y con sus efectivos se crearon nuevas mehalas. Al año siguiente, se encomendó el servicio de seguridad del jalifa a su Guardia Personal, una unidad tipo compañía de nueva creación. A la expandida mehala original se añadieron otras 5 hasta la finalización de la guerra. Todas ellas contaban con 3 tabores de infantería y 1 de caballería. Sin embargo, sus plantillas eran inferiores a las de los grupos de Regulares: las 6 mehalas sumaban 5500 hombres, incluidos los cuadros españoles, carecían de armas

de apoyo orgánicas, indicio de que el mando español desconfiaba de su lealtad, y fueron preferentemente empleadas en terreno montañoso, más propicio para unidades ligeras.

Las harcas también eran unidades nutridas por nativos del Protectorado, pero tenían carácter irregular y se creaban de forma temporal para operaciones concretas, y se desmovilizaban al finalizar estas, aunque algunas alcanzaron un alto grado de continuidad. Reclutadas normalmente en una misma cabila, podían estar dirigidas tanto por sus propios líderes tribales como por mandos españoles y marroquíes, procedentes de Regulares o de las mehalas. Cada harca tomaba el nombre de su jefe o el de la cabila o región en la que se formaban. Sus efectivos podían variar desde un centenar de hombres a más de un millar. Al principio, las harcas eran poco más que bandas armadas en cuanto a organización y disciplina, por lo que se empleaban preferentemente en misiones de reconocimiento y cobertura a vanguardia de las columnas y en razias contra poblados hostiles. Sin embargo, hacia mediados de la década de 1920, varias harcas se habían convertido a efectos prácticos en unidades estables, muy disciplinadas y con sus efectivos organizados en mías y tabores. Tales mejoras permitieron que pudiesen emplearse en varias ocasiones como si fueran tropas regulares.

En 1921, en vísperas de Annual, el Ejército de África estaba compuesto por 6 regimientos de infantería de línea, 12 batallones de cazadores, 3 regimientos de caballería, 2 regimientos mixtos de artillería, 4 grupos de Regulares y la Mehala Jalifiana, cuyos efectivos nutrían las columnas que protagonizaban las operaciones que se desarrollaban en las zonas del Rif y de Yebala[23]. En septiembre del año anterior, a las anteriores se había sumado una unidad de nueva creación, que recibió el nombre de Tercio de Extranjeros y que estaba nutrida por tropa voluntaria europea[24]. Su organización fue impulsada por el coronel José Millán Astray y pretendía ser el equivalente español de la Legión Extranjera francesa. Sin embargo, desde sus primeros días, la mayoría de sus efectivos fue de nacionalidad española. Encuadrando inicialmente a los voluntarios en tres banderas (batallones de infantería), al final del conflicto el cuerpo contaba con 8 de ellas más 1 escuadrón de caballería, llamado de «Lanceros». En mayo de 1925, el cuerpo pasó a llamarse simplemente el «Tercio» y se crearon 2 «legiones», con sede en Melilla y Ceuta, con 4 banderas cada una de ellas[25].

CUADROS DE MANDO

Durante la época de la Restauración, los militares profesionales que, junto con la pequeña burguesía, habían abanderado la revolución liberal, se replegaron hacia el conservadurismo en las ideas y hacia el reaccionarismo en las actitudes sociales, en parte debido a las convulsiones del llamado «Sexenio Democrático» para unos y «Revolucionario» para otros. Y, a cambio del compromiso de desentenderse de los asuntos públicos, adquirieron el monopolio de la gestión militar y convirtieron la institución castrense en un coto cerrado que no admitía interferencias del Gobierno. La ley Constitutiva del Ejército de 1878 y su Adicional de 1889 les encomendó la defensa del orden constitucional, pero no atribuyó a ningún organismo la evaluación de las posibles contingencias justificativas de una intervención militar, como tampoco designó a la autoridad responsable de tomar la iniciativa para que la fuerza armada comenzara a actuar. De forma simultánea, se desarrolló un complejo entramado burocrático que, a la vez que permitía la autosuficiencia del Ejército en todos los campos —del jurídico al docente y de la panificación a la farmacia—, permitía asegurar puestos de trabajo a un gran número de oficiales.

A principios del siglo XX, la oficialidad pasó del conservadurismo político al reaccionarismo ideológico —en un segundo repliegue corporativo—, en respuesta a su subjetiva apreciación de que los políticos y la opinión pública eran injustos al atribuirles toda la responsabilidad del desastre ultramarino, incluso hasta llegar a acusarlos colectivamente de tibieza ante el enemigo. Sus bochornosos asaltos a la redacción de algunos periódicos y su injustificable presión sobre el Gobierno para hacerse con el control judicial de los delitos de opinión solo pueden llegar a entenderse si se tiene en cuenta que aquellos hombres llevaban combatiendo muchos meses en la adversa geografía tropical, que habían estado al borde de dominar, aun asumiendo el caos organizativo del Ejército ultramarino, a los insurrectos cubanos y filipinos y que las tropas estadounidenses no habían sido capaces de derrotarlos en el campo de batalla.

La carrera de la oficialidad durante esta época se vio muy afectada por la macrocefalia del Ejército. La causa de este endémico fenómeno era que, si bien resultaba relativamente sencillo satisfacer la demanda de nuevos oficiales durante un conflicto bélico, llegada la paz resultaba mucho más fácil desmovilizar a la tropa que a sus mandos. Sin dejar de tener en cuenta el legítimo deseo de cualquier oficial de seguir su vocación castrense, diversos factores socioeconómicos —pocas alternativas laborales atractivas en el ámbito civil, la costumbre de considerar la carrera militar como un medio de

ascenso social o la seguridad salarial como funcionarios del Estado— contribuían a que fuesen muy reacios a dejar de forma prematura el servicio activo y, dado el peso —manifiesto o latente— que tenían los militares en la vida política española, los gobiernos no podían o no se atrevían a imponer medidas enérgicas para eliminar o reducir el excedente de cuadros de mando[26].

A pesar de todos esos problemas, aquella oficialidad logró completar el proceso de aprendizaje que permitió concluir con éxito la guerra en Marruecos en el periodo 1925-1927. Un legado del conflicto fue la hornada de mandos que aportó o dejó a las puertas del generalato, muchos de los cuales desempeñaron puestos de responsabilidad en la Guerra Civil. Sus integrantes pueden clasificarse, si se sigue la tipología utilizada por Alonso Baquer, en cuatro grupos. Uno lo constituyeron los jefes más destacados de las unidades de Regulares y de la Legión —Franco, Mola y Varela—, que es el que más suele identificarse con el marchamo de «africanistas». Otro lo formaron oficiales diplomados de Estado Mayor que combinaban aptitud para el mando operativo con capacidad para tareas de planificación: Asensio Torrado y Goded. Un tercer grupo era el de los mandos con experiencia como oficiales de asuntos indígenas y que combinaban competencia militar con un conocimiento profundo de los problemas políticos y administrativos en Marruecos: Capaz, Pozas y Riquelme. Por último, estaban los mandos que sirvieron en las campañas marroquíes, pero sin que estas fueran tan decisivas en sus carreras como en las de los integrantes de los grupos anteriores: Cabanellas, Miaja y Saliquet[27].

Formación y salarios

La mayor parte de los oficiales que combatieron en Marruecos se había formado en el sistema de enseñanza militar implantado por el general López Domínguez en 1893, que se mantuvo vigente hasta 1927[28]. Su reforma clausuró la Academia General Militar establecida en Toledo diez años antes y restauró las academias específicas para cada arma: de Infantería en Toledo, de Caballería en Valladolid, de Artillería en Segovia y de Ingenieros en Guadalajara. El ingreso se hacía por oposición en cada una de ellas y el plan de estudios duraba tres años en las de las Armas Generales (Infantería y Caballería) y cinco en las de los Cuerpos Facultativos (Artillería e Ingenieros). En estas últimas, los alumnos recibían una excelente formación científica y técnica con objeto de capacitarlos para ocupar destinos en las fábricas e industrias militares o elaborar todo tipo de proyectos

arquitectónicos y viarios, además de terminar su carrera con la titulación civil de ingeniero industrial o de ingeniero de caminos. La diferencia cuantitativa y cualitativa en la formación básica de los cuadros de mando supuso una continua fuente de problemas y disfunciones durante este periodo.

Aquel currículo fue blanco de muchas críticas en la literatura profesional de la época. Entre los aspectos más controvertidos destacaban los ataques a un plan de estudios con excesivo contenido técnico-científico y teórico y basado en la memorización libresca, en detrimento de una formación más práctica, más orientada hacia los cometidos castrenses del oficial subalterno y que daba poca importancia a la educación física[29].

Como reacción a esas críticas y a las recientes experiencias bélicas en Melilla, en el bienio 1911-1913 se intentaron corregir algunas de estas deficiencias. En esa línea, se reformaron los procedimientos de selección para el ingreso en las academias y la metodología de la enseñanza impartida en ellas, cuyos resultados no han sido valorados de igual forma por quienes han abordado la cuestión[30].

Otro rasgo singular de aquel currículo, común a todos los Ejércitos europeos de la época, era que la asignatura de táctica únicamente prestaba atención a la guerra regular, es decir, a la librada entre dos contingentes similares que combatían con arreglo a la doctrina imperante en Europa y ninguna a la entonces denominada guerra de guerrillas, que hoy llamaríamos guerra asimétrica o guerra híbrida[31]. Sorprende el desmedido interés por estudiar e intentar extraer conclusiones de la Guerra Franco-Prusiana o de la Ruso-Japonesa en un Ejército cuyas últimas experiencias bélicas se habían caracterizado por su irregularidad, tanto en el escenario peninsular contra los carlistas entre 1868 y 1876, como en el ultramarino entre 1868 y 1878 y mucho más recientemente entre 1895 y 1898. En su descargo, cabría decir que tampoco en Sandhurst se prestaba atención alguna a la Guerra de los Bóers ni a los descalabros sufridos en Afganistán, en la India, en Sudán y en Zululandia. La obsesión por las maniobras magistrales y por las batallas decisivas hacía que, mientras en Marruecos comenzaba a librarse una nueva guerra netamente irregular, se hubiesen olvidado por completo las lecciones aprendidas en Cuba y Filipinas, de las cuales no quedaba rastro alguno en los planes de estudios de Toledo, Valladolid, Segovia y Guadalajara, ni tampoco en los de la Escuela de Estado Mayor de Madrid.

Una vez egresados de la academia, con el empleo de segundo teniente —alférez a partir de 1918— en las Armas Generales y con el de teniente en los Cuerpos Facultativos, los flamantes oficiales percibían sueldos realmente

modestos, apenas por encima de los de un obrero especializado[32]. Sin embargo, debido a lo abultado de los escalafones, los gastos salariales desequilibraban totalmente el presupuesto del Ministerio de la Guerra. Para hacerse una idea del problema, casi dos tercios del mismo se dedicaban a cubrir una partida que en Alemania y en Francia apenas alcanzaba el 20 por ciento.

Y aunque las quejas acerca la penuria retributiva, problema tratado con asiduidad en la prensa militar, no deben aceptarse sin más, el excesivo número de oficiales impedía poder mejorar sus sueldos: entre el comienzo de siglo y la Guerra Civil, el único aumento salarial significativo se produjo en 1918. Ante tal panorama, no pocos oficiales complementaban sus ingresos con una segunda ocupación en el ámbito civil, en la que a veces acababan poniendo más celo que en su quehacer castrense. Y no debería sorprender que, una vez iniciadas las operaciones bélicas en Marruecos, otros buscasen con avidez en ellas dar un impulso a sus carreras, algo que era imposible lograr en la sombría condición de la profesión militar en las guarniciones peninsulares, ya fuese por la vía del ascenso por méritos de guerra, con el consiguiente aumento de retribuciones, o por la de obtener alguna de las condecoraciones que llevaban aneja una pensión vitalicia: Cruz Laureada de San Fernando, Medalla Militar individual o Cruz del Mérito Militar con distintivo rojo, respectivamente pensionadas con el 50, el 20 y el 10 por ciento del sueldo[33].

Por lógica, lo que se dedicaba a costes de personal iba en perjuicio de los gastos en instrucción, armamento, equipamiento e infraestructuras, lo que se reflejaba a menudo en que los planes de modernización se implementaran con desesperante parsimonia. Por ejemplo, en los primeros años de la Restauración se decidió construir varias fortificaciones permanentes para defender la frontera pirenaica, pero los trabajos se dilataron tanto en el tiempo que los avances en la artillería ya las habían dejado obsoletas cuando por fin se concluyeron a principios del siglo XX. Las limitaciones presupuestarias eran también causa de la escasez de grandes maniobras y de lugares adecuados para poder realizarlas, o de que la proporción entre el número de efectivos y el de piezas de artillería fuese una de las más bajas de Europa. Por ejemplo, en 1909, mientras que en España la citada proporción era de 3,9 por cada 1000 hombres, la de otros países con menor peso era bastante superior: Bulgaria, 4,6; Portugal, 5; o Grecia, 6,9[34].

Ascensos y destinos

Este estado de cosas también repercutía en las expectativas de carrera de la oficialidad, particularmente desde que, al término de las campañas de Cuba y Filipinas, se decidiera amortizar el 50 por ciento de las vacantes que se produjeran en el generalato y el 25 en la oficialidad**[35]**. Además, la llamada «escala cerrada», es decir, el ascenso por rigurosa antigüedad en el empleo, era la única vía de promoción en tiempo de paz desde 1889, lo que acarreaba una sobresaturación de mandos intermedios, y obligaba, además, a crear una inmensa superestructura burocrática para mantenerlos ocupados y que más de la mitad de los 536 generales y 23 940 oficiales existentes en 1904 vivieran al margen de unas unidades donde vegetaban menos de 80 000 soldados:

> Causa profunda pena, que hace decaer el espíritu militar y el amor al servicio, el ver esos batallones y regimientos en cuadro; […] esos regimientos de reserva sin personal alguno de tropa, sólo nutridos por un contingente excesivo de jefes y oficiales que a nada responden**[36]**.

La situación expuesta afectó al Arma de Infantería en especial. Los 2000 oficiales existentes, aproximadamente, hacia 1830 se habían multiplicado por seis en 1912, en tanto que el número de soldados en filas solo había pasado de 50 000 a 57 600, con la consecuencia de que el 60 por ciento de los coroneles, el 50 de los tenientes coroneles, el 75 de los comandantes, el 50 de los capitanes, el 30 de los tenientes y el 50 de los segundos tenientes permanecieran en las situaciones de reemplazo o de reserva u ocuparan destinos, más o menos burocráticos, pero siempre sin efectivos a su mando: Ministerio, Subsecretaría, Estados Mayores, Gobiernos, Comandancias, Academias, Escuelas, Zonas y Cajas de Reclutamiento, etc., es decir, en cualesquiera de los numerosísimos organismos castrenses creados durante la Restauración**[37]**.

Como antes se ha apuntado, la única salida para los militares que no se resignaban a una carrera gris era el ascenso por méritos de guerra y, al haberse producido tantas irregularidades en su aplicación a finales del siglo XIX, muchos oficiales recelaban profundamente de la ecuanimidad del sistema. Aunque se habían tomado medidas para concederlos con más rigor, la reintroducción de los ascensos por méritos en las campañas marroquíes avivó de nuevo entre la oficialidad peninsular las sospechas de favoritismo, pues quien más parecía beneficiarse de ellos era un grupo relativamente limitado de cuadros de mando, que servían, sobre todo, en las unidades indígenas y que acabaron siendo conocidos como «africanistas»**[38]**.

Como también se ha anticipado, en 1889 se estableció que solo se podría ascender al empleo inmediato superior en tiempo de paz con ocasión de vacante —por rigurosa antigüedad hasta el empleo de coronel y por elección,

a general— y que, en el de guerra, se pudieran conceder ascensos cuando concurrieran circunstancias excepcionales de valor y merecimientos en un determinado individuo[39]. La norma, aplicable tanto a los oficiales de las Armas Generales como a los de los Cuerpos Facultativos, vulneraba la tradición de que estos ascendiesen únicamente por antigüedad, por lo que se les autorizó a permutar el ascenso por méritos de guerra por una condecoración pensionada, autorización que eliminó Primo de Rivera y que dio origen a su enfrentamiento con el Cuerpo de Artillería en los años finales de la dictadura[40].

Tras la pérdida de Cuba y Filipinas, se suspendieron los ascensos por méritos de guerra, concedidos, sin duda, con excesiva prodigalidad, pero en 1910 Luque los volvió a implantar para recompensar a los oficiales que habían combatido el año anterior en Melilla y también con la idea de favorecer la afluencia de voluntarios para la recién iniciada campaña del Kert[41]. El reparto de ascensos y condecoraciones, aparte de pródigo, fue muy controvertido, pues se premió más a quienes tenían conexiones con el poder que el mérito personal y profesional. Tampoco se logró inicialmente que afluyeran voluntarios a Marruecos, pese a los sustanciosos complementos de sueldo que cobraban los destinados en Ceuta y Melilla desde 1908[42]. Pero cuando comenzó a trascender que allí se podían hacer carreras fulgurantes con relativa facilidad, la situación revirtió y se hizo muy difícil obtener destino en aquellas guarniciones sin estar muy bien recomendado.

La necesidad de agenciarse una recomendación para obtener el destino apetecido obedecía a la arbitraria normativa que regulaba su adjudicación, pues la ley Constitutiva del Ejército de 1878 había establecido que, si bien el empleo era «una propiedad con todos los derechos y goces que las leyes y reglamentos consignan» y ningún oficial podía ser desposeído del mismo salvo por sentencia judicial, el destino era de la «libre voluntad del Rey a propuesta de su Ministro responsable»[43].

Aunque tanto Luque como Echagüe intentaron paliar el descontento que ocasionaban estas cuestiones con diversas medidas, aquel fue creciendo hasta eclosionar en la crisis de las Juntas de Defensa. Sin embargo, cuando en el Ministerio de la Guerra ya se conocía que se estaban incoando, se decidió solucionar, al menos, el que originaba la arbitraria provisión de destinos. A tal efecto, en mayo de 1917, una comisión presidida por el general Aguilera, ministro de la Guerra del Gobierno de García Prieto, elaboró la norma que regularía la adjudicación de destinos en el Ejército nada menos que hasta 1989 y que inspiró toda la normativa relacionada con esta cuestión en los

diversos cuerpos funcionariales de la Administración General del Estado hasta hoy.

La citada norma establecía que las vacantes que se produjeran en cualquier unidad o dependencia militar debían anunciarse en el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* y podían solicitarse en un determinado plazo de tiempo por cuantos oficiales cumpliesen las condiciones de empleo y de tiempo mínimo de permanencia en el destino anterior, así como que su adjudicación se haría por riguroso orden de antigüedad en el empleo de los peticionarios. Esta regla general tenía dos excepciones: las vacantes de profesorado y del EMC se adjudicarían por concurso de méritos, basado en un baremo específico al que se daría publicidad; y por libre designación del ministro de la Guerra, las de los considerados puestos de confianza: Casa del Rey, Secretaría del Ministro, jefes de unidad armada independiente, agregados militares y ayudantes de campo[44].

El 1 de junio de 1917, solo dos días después de que se resolviese ese asunto, en plena Primera Guerra Mundial y mientras en Marruecos se estaba combatiendo, se produjo la primera intervención de carácter corporativo y con afanes militaristas del Ejército español, intervención que torció el rumbo de la institución e inauguró un largo periodo militarista[45]. La crisis de 1917 demostró, además, que el régimen canovista era un instrumento obsoleto e inservible, que los partidos catalanista y socialista habían alcanzado la mayoría de edad y que ambos estaban decididos a intervenir activa y decisivamente en la política nacional.



Fuerzas españolas en el río Kert posan con un «moro amigo» en la Guerra del Rif en la década de 1920. Se aprecia un puente que lo cruza, que en la actualidad ha sido destruido, y, al fondo, un blocao que hacía las veces de puesto de control para la Policía Indígena. Los soldados, a pie en la imagen, realizan la aguada con los aperos necesarios para la tarea. Archivo de Jorge Bosch Díaz. Colección Sánchez Vigil.

La causa primigenia de la aparición de las Juntas de Defensa fueron los privilegios económicos y profesionales obtenidos por la oficialidad del Ejército marroquí. A consecuencia de ello, el Ejército se dividió y se abrió una brecha entre los llamados «africanistas» y los que estaban destinados en las unidades peninsulares que, mayoritariamente adheridos a las Juntas, recibieron el apelativo de «junteros». Cuestionada por ambos grupos, existía otra facción, los denominados «palatinos», cuya estrecha relación con el monarca se recompensaba con prebendas y condecoraciones, a pesar de sus muy discutibles méritos personales y profesionales, y que además tenían bastante expedita la senda hacia el generalato.

El antagonismo entre peninsulares y africanistas alcanzó su apogeo cuando Luque impuso las pruebas de aptitud para el ascenso; eclosionó en junio de 1917 y no se resolvió hasta 1922, debido, en parte, a la catástrofe de Annual. Muchos meses antes de que trascendiera a la opinión pública la existencia de Juntas Militares de Defensa, el ministro de la Guerra tenía conocimiento de que las mismas se estaban organizando en Barcelona, que sus actividades se toleraban e incluso que se escuchaban sus demandas con cierta comprensión en la Corte y en el Ministerio de la Guerra. No obstante, sus desmesuradas demandas, presentadas de tal forma que vulneraban abiertamente la disciplina al descalificar al propio ministro de la Guerra, obligaron a detener y encausar a sus promotores. Pero al solidarizarse con

ellos la práctica totalidad de la oficialidad peninsular, el Gobierno cedió y los puso en libertad. Aquellos se crecieron y llevaron sus pretensiones a extremos que de ninguna manera podían ser aceptables por el ejecutivo, lo que provocó tres crisis gubernamentales sucesivas, hasta forzar a la Corona a solicitar el apoyo de las diversas fuerzas políticas para que un ejecutivo de concentración solucionara el problema. Este entró en vías de solución al decretarse la suspensión de los ascensos por méritos de guerra a comienzos de 1918, lo que supuso un duro revés moral para los africanistas, que se vieron privados de lo que consideraban un derecho a ser legítimamente recompensados por los riesgos y penalidades a los que se exponían en tierras africanas.

La situación dio un giro de 180 grados tras la desaparición de las Juntas a finales de 1922 y la toma del poder por el general Miguel Primo de Rivera un año después. En un inicio contrario a proseguir la ocupación militar del Protectorado, el dictador al final decidió completarla y, al mismo tiempo, reintrodujo los ascensos por méritos de guerra. Los africanistas fueron los grandes beneficiados por ambas decisiones y su prestigio los convirtió en punto de referencia para las nuevas generaciones de oficiales formadas en las academias militares a partir de ese momento, lo que dio lugar así a una cultura militar que valoraba más el mero comportamiento heroico que el perfecto dominio de las materias propias de la profesión militar, tales como las dotes de liderazgo, la capacidad de organización y la conducción de las operaciones.

La conducción de las operaciones en Marruecos

La forma de combatir de los rifeños desconcertó durante bastante tiempo a los responsables de conducir las operaciones en Marruecos, cuya única experiencia bélica la habían adquirido en Cuba y Filipinas, también contra un enemigo irregular, pero de rasgos muy distintos y en un terreno totalmente diferente —una estrecha franja de unos 26 000 kilómetros cuadrados, muy abrupta, sin vías de comunicación ni núcleos de población importantes— y formados académicamente conforme a los estándares de la guerra convencional practicada en Europa. En Marruecos no era posible compartimentar el territorio, como se había hecho en Cuba, ni separar a la población afecta de la insurrecta, pues era difícil precisar el grado de lealtad de cada cabileño. Por otra parte, mientras que en Cuba y Filipinas se operaba en suelo legalmente español, Marruecos era, a efectos prácticos, un país por conquistar.

Además, la forma de combatir de los cabileños, de carácter individualista y basada en la movilidad y en el conocimiento del terreno, tenía tres principales variantes: simular repliegues para separar del grueso a alguna unidad y caer sobre ella después; emboscar a las que prestaban apoyo logístico y hostigar a las que estaban en marcha o acampadas por los denominados «pacos», francotiradores emboscados que causaban cientos de bajas. La capacidad de los cabileños para infiltrarse y emboscarse impedía maniobrar con soltura y exigía controlar el territorio mediante una red de posiciones fortificadas bien guarnecidas, que, en realidad, solo dominaban su campo de tiro. Además, su logística era elemental —«llevaban la intendencia en la capucha de sus chilabas»[46]— y su resiliencia muy superior a la de unas tropas necesitadas de todo tipo de servicios para poder moverse, abastecerse y recuperarse de sus heridas y enfermedades.

Ante esta situación, el general Berenguer llegó a la conclusión de que era necesario adecuar los procedimientos tácticos tradicionales a la situación con la que se enfrentaban —«renunciar a ellos es abdicar de las ventajas del arte y de la inteligencia cultivadas»[47]— y encuadrar los efectivos en una o varias agrupaciones mixtas a las que marcar objetivos claramente delimitados, con objeto de que, desde ellos y una vez bien asegurados mediante una línea de puestos fortificados, pudieran emprenderse nuevas acciones sobre otros, de forma que se fuera controlando paulatinamente el territorio. Esta forma de conducir las operaciones, llamada de «mancha de aceite», había sido forjada por el mariscal Lyautey y se empleó por primera vez en el bienio 1919-1921, con éxito en la zona occidental del Protectorado y todo lo contrario en la oriental, donde, mal aplicada y con objetivos demasiado ambiciosos, condujo al Desastre de Annual. A partir de 1925, esta táctica se generalizó y perfeccionó, pero aumentando el número de agrupaciones lanzadas sobre el mismo objetivo, de forma que pudiera maniobrarse de frente y de flanco e incluso realizar operaciones de envolvimiento o de embolsamiento, protagonizadas por tropas de Regulares indígenas y de la Legión con el apoyo de algunas harcas.



Posición con soldados de Sanidad, un capitán de la Policía Indígena, el capitán Bosch y varios nativos. Un soldado a la derecha de la imagen porta dos canecas de ginebra. Archivo de Jorge Bosch Díaz. Colección Sánchez Vigil.

CLASES DE TROPA

El reclutamiento militar se universalizó desde 1912, al eliminarse la redención en metálico y la sustitución, procedimientos que eximían de quintas a los hijos de las clases alta y burguesa. Aunque estos siguieran exentos de hacer vida cuartelera gracias al pago de una cuota, empezaron a compartir instrucción, servicios y locales de trabajo con los que procedían del proletariado. Los señoritos andaluces formaron por primera vez codo a codo con los jornaleros extremeños, los universitarios madrileños podían relevar a un albañil levantino en un puesto de centinela o un obrero vasco o catalán compartir tareas burocráticas u hospitalarias con el hijo de un cerealista castellano. Sin embargo, la inmensa mayoría de los soldados se continuó caracterizando por su baja extracción social, alta tasa de analfabetismo, escasísimo nivel de adiestramiento y, como novedad, por adoptar comportamientos y actitudes cada vez más similares a las mantenidas por su grupo social de procedencia. Por primera vez, podía afirmarse que la tropa comenzaba a llegar al cuartel con conciencia de clase.

Extracción social

Durante este periodo, la población española rondó los 20 millones, de los que menos de la mitad eran hombres con una esperanza de vida asombrosamente baja: 27,04 años. Además, la población masculina era muy joven: unos 5 millones no llegaban a los 25 años, algo menos de 3 tenía entre 25 y 50 y solo 1,5 millones más de 50[48]. Entre 1912 y 1921, cerca de 1 600 000 jóvenes fueron llamados a filas, pero alrededor de un tercio de ellos no llegó a pisar el cuartel por haber sido declarado «inútil para el servicio», por medir menos de 1,54 metros o presentar algún defecto físico. Y ya fuera por sus dolencias congénitas, por carencias alimenticias, por falta de asistencia médica o de condiciones higiénicas, más de 1000 muchachos, en edades comprendidas entre los 20 y los 22 años, morían cada año mientras prestaban su servicio militar y otros 5000 no podían reincorporarse al trabajo cuando se licenciaban. Resulta bochornoso comparar estos datos con los de otros países europeos y constatar que, mientras en España morían 15 de cada 1000 hospitalizados, solo un soldado alemán fallecía en las mismas circunstancias o que la cifra de no aptos para el servicio estuviera dos veces y media por encima de las de Francia e Italia[49].



Legionarios de la 26.ª Compañía posan tras la toma de Morro Nuevo junto a un cañón Schneider de 75 mm, capturado a los defensores rifeños en la posición. Portan el guion de la VII Bandera del Tercio, con la cruz de la Orden de Santiago. Archivo Fotográfico del Tercio Don Juan de Austria 3.º de la Legión.

El éxodo del campo a la ciudad y el fenómeno migratorio ultramarino ejercieron mucha influencia sobre el reclutamiento. Se calcula que unos 26 000 campesinos abandonaron su aldea entre 1910 y 1920 para establecerse en una ciudad o pueblo importante, con lo que el número de los de más

10 000 habitantes pasó de 169 a 234; con más de 50 000, de 17 a 22; con más de 10 000, de 8 a 11 y 2 sobrepasaron por primera vez el medio millón. El establecimiento de los futuros soldados en los míseros cinturones que iban creciendo alrededor de las grandes ciudades, sometidos a la influencia de la propaganda anarquista o socialista y en contacto cotidiano con los lujosos barrios residenciales de los ensanches urbanos, modificó sensiblemente la resignada actitud que, hasta entonces, habían mantenido cuando se incorporaban a filas desde un entorno rural.

Los que se decidían a emigrar a Sudamérica —cerca de 1 millón de jóvenes entre 1900 y 1920[50]— lo hacían obligados por un futuro sin esperanza y no para eludir sus deberes militares. Aunque, tomada esa determinación, era habitual que emprendieran viaje antes de su alistamiento o, más menudo, a raíz de recibir el aviso municipal de haber entrado en edad de quintas, suficiente acicate para no posponer por más tiempo una idea más o menos acariciada de antemano.

Pese al crecimiento urbano, la inmensa mayoría de los soldados continuó procediendo del medio rural —campesinos asalariados o hijos de pequeños propietarios y arrendatarios— y muchos llegaban a los cuarteles sin haber pisado jamás una escuela, al haber comenzado a trabajar la tierra desde niños, cuando no permanecido aislados en los montes a cargo de un hato de ovejas o de cabras. Pero también comenzó a entrar en filas un número significativo y progresivamente creciente de obreros y albañiles, así como de trabajadores del sector servicios, todos ellos mejor formados que los anteriores gracias a que en las ciudades había más escuelas que en las aldeas. No obstante, al no estar dimensionadas para acoger aquella avalancha de niños, anarquistas y socialistas, se afanaron por escolarizar a los hijos del proletariado, al igual que la Iglesia católica hacía con respecto a los de las clases altas. A consecuencia de ello, se alzaron voces en el Ejército para señalar el riesgo que entrañaba para la supervivencia del régimen canovista encomendar su defensa a unos soldados más proclives a identificarse con los planteamientos revolucionarios que con los de la tradición liberal-burguesa[51].

Reclutamiento

El sistema de reclutamiento instaurado por la Revolución francesa, vigente en España desde 1812, proporcionaba cada año por sorteo un determinado cupo de hombres para reemplazar a los que se reintegraban a sus hogares tras permanecer en el cuartel varios años. Este sistema preveía que los hijos de las familias pudientes se libraran de ser alistados mediante el pago de una

importante cantidad de dinero a la Hacienda pública, procedimiento denominado redención en metálico, o pagando a un sustituto que ocupara su lugar cuando fueran llamados a filas. Sin embargo, por influencia prusiana, a principios del siglo XX la mayoría de los países sustituyó ese sistema por otro, consistente en alistar a cuantos cumplieran 20 años sin excepción alguna, instruirlos durante dos o tres años y devolverlos a sus casas en situación de reservistas movilizables.

En España, la redención y la sustitución eran objeto de controversia en el seno del Ejército y causa del creciente antibelicismo y antimilitarismo de la sociedad, particularmente agudo entre sus capas más desfavorecidas[52]. Debido a ello, entre 1890 y 1908 se hicieron varios intentos para erradicar tan injustos privilegios, sin que ninguno de ellos prosperara, y hubo que esperar a que las trágicas secuelas de la Guerra de Melilla y de la Semana Trágica barcelonesa de 1909 hicieran que políticos y militares se decidieran a eliminarlos.

Seguramente, el presidente Maura no fue consciente del huracán que iba a desencadenarse al llamar a filas a los soldados en situación de Reserva Activa para marchar a Melilla. La mayoría de ellos se plegó con resignación a lo inevitable, pero existen suficientes indicios de que el rechazo fue de muchísima entidad. Nada más conocerse el decreto de movilización comenzó la desbandada de los que pretendían eludirla. Los gobernadores civiles recibieron orden de vigilar puertos marítimos y pasos fronterizos para evitar evasiones y se decretó la suspensión de las ayudas previstas para los emigrantes. Las columnas de soldados en su marcha hacia los puntos de embarque tuvieron que ser escoltadas por guardias civiles para evitar fugas y se crearon empresas para proporcionar papeles y pasajes hacia América. El ministro de la Guerra, al hacer balance ante el Congreso de los Diputados, declaró que más de 4000 reservistas no acudieron al llamamiento, casi el 18 por ciento de los convocados[53].

Lo sucedido en Melilla le costó el puesto a Maura y Canalejas se hizo cargo del Gobierno. Encomendó la cartera de Guerra al general Luque, tándem que dio un impulso definitivo a la reforma del sistema de reclutamiento. El proyecto presentado al Senado establecía un servicio militar de tres años en activo y quince en la reserva y, sobre todo, derogaba la redención y la sustitución, aunque, con la excusa de compensar la pérdida de los ingresos procedentes de la redención, creaba «un impuesto, pagadero por años completos, que deben satisfacer aquellos mozos que, por causa legal, dejen de prestar una parte del servicio militar, o disfruten prórroga de

incorporación a filas o algunas otras ventajas». Dicho impuesto se materializaba en una «cuota» anual, pagadera por los jóvenes que no ingresaran efectivamente en filas —exceptuados por circunstancias familiares, números altos en el sorteo, prófugos y solicitantes de prórrogas (otra de las novedades del proyecto)—, cuya cuantía iba en proporción directa a la renta individual o familiar del sujeto afectado, desde una tasa máxima de 2000 pesetas, asignada a las rentas superiores a las 10 000, hasta las 5 exigidas a sirvientes y jornaleros. Se establecía también otra cuota, llamada «de permanencia», cifrada en 500 pesetas para quienes desearan prestar solo diez meses de servicio activo y de 1000 para el caso de optar por cinco meses[54].

A pesar de la oposición de muchos senadores, poco conscientes del clima de indignación que la cuestión suscitaba, el proyecto fue aprobado y pasó al Congreso con la única enmienda de duplicar las cuotas de permanencia. La Comisión que lo dictaminó eliminó la cuota anual, al considerarla un «impuesto global injusto», e incrementó las de permanencia a 1500 pesetas para servir diez meses y 3000 para cinco. El texto fue remitido a la Comisión Mixta Congreso-Senado y, consensuado por liberales y conservadores, se aprobó definitivamente el 29 de junio de 1911 en forma de ley de Bases. Autorizado Luque por una de sus Disposiciones Finales a redactar la ley de Reclutamiento y Reemplazo, su articulado definitivo vio la luz el 19 de enero de 1912[55].

Otra notable novedad de esta ley fue la creación de la Escala de Reserva Gratuita, a la que se ha hecho antes referencia, con el fin de disponer de cuadros de mando movilizables en caso de guerra, a coste muy reducido en tiempo de paz. Dado el ínfimo nivel cultural de la tropa de la que se debía nutrir, se optó por integrarla únicamente con soldados de cuota, que, aparte de pagar esta, pasaban por un examen para que acreditasen poseer una formación cultural y militar básica. Y como estos podían fraccionar la prestación de su servicio activo en tres periodos, se previó que en el primero ascendiesen a cabos, a sargentos en el segundo y a segundos tenientes en el tercero, con la condición de superar nuevas pruebas de aptitud y realizar ciertos ejercicios tácticos los que aspiraban a llegar a oficiales. También podían acceder a este rango sin necesidad de examinarse los universitarios que hubiesen completado la mitad de su carrera y obtenido previamente los empleos de cabo y de sargento.

En 1918, De la Cierva transformó la Escala de Reserva Gratuita en Escala de Complemento, nombre que ha perdurado hasta hoy. Además, introdujo

algunos cambios en los requisitos para que los soldados de cuota accedieran a ella, de los que el más relevante era un aumento de su tiempo de servicio activo. Por ello, las clases altas y medias renunciaron a ingresar en la Escala de Complemento y la plantilla de este tipo de mandos nunca se completó: en 1918 se había previsto que hubiera 30 000 segundos tenientes de complemento, pero en 1931 solo se contaba con 2117[56].

Es evidente que la ley de Reclutamiento de 1912 nació a remolque de los acontecimientos de Barcelona y de Melilla. Desde la perspectiva actual, puede cuestionarse la ecuanimidad de la aparición del soldado de cuota, pero entonces significó un verdadero revulsivo social que colmó las aspiraciones de los que venían clamando por la desaparición de las injusticias. También mitigó las reivindicaciones populares, al desaparecer parcialmente el agravio comparativo. Por otro lado, la presencia de este tipo de soldados en los cuarteles estimuló mejoras en la vida cotidiana de la tropa, impulsó la construcción y acondicionamiento de las instalaciones y, evidentemente, forzó la organización de cuerpos voluntarios en el Protectorado de Marruecos.

Instrucción y servicios

La implantación del servicio militar obligatorio hizo que casi todos los muchachos al cumplir los 20 años fuesen llevados a primeros de abril desde su pueblo a la caja de reclutamiento de la capital de su provincia para ingresar en el Ejército. De allí, pasaban a un cuartel y se convertían en «reclutas», término aplicado al soldado durante su etapa de instrucción. Durante este periodo, dedicaban dos horas y media por la mañana y tres por la tarde a hacer instrucción de orden cerrado: saludos, marchas, giros y evoluciones, primero sin armas y luego con ellas. Y todos los días, durante otra hora, escuchaban una charla acerca de la organización del Ejército o la teoría del tiro, complementada a veces con una conferencia de agricultura, de moral o de religión. En junio, después de pasar varias semanas en el patio del cuartel aprendiendo a marchar con un fusil Máuser y dedicar una mañana a disparar cinco cartuchos, su coronel les tomaba el juramento a la bandera en el mismo lugar y accedían al título de «soldado». En otoño, hacían instrucción de compañía y batallón, o algún ejercicio de tiro en el cuartel. De forma esporádica, las compañías realizaban una marcha hasta cualquier descampado de las afueras para realizar un simulacro bélico y, en muy contadas ocasiones, participaban en unas maniobras a pequeña escala. En resumen, su vida militar propiamente dicha se limitaba a un máximo de ocho meses de instrucción, no demasiado intensa[57].

En realidad, poco más podía hacerse cuando en toda España solo existían tres campos de tiro de propiedad estatal —Carabanchel en Madrid, Paterna en Valencia y San Gregorio en Zaragoza— y otros dos arrendados en Burgos y Valladolid, ambos con limitaciones de uso en función de las labores agrícolas. De ellos, solo San Gregorio tenía capacidad para que pudiera desplegar una brigada de tres batallones y profundidad suficiente para el tiro de artillería. A título orientativo, mientras la superficie total de los cinco campos españoles no llegaba a las 4000 hectáreas, Alemania dedicaba más de 150 000 a esta misma función y los militares franceses consideraban que las 50 000 existentes en su país no garantizaban el nivel mínimo de instrucción, por lo que auguraban los mayores riesgos para la supervivencia nacional[58].

Finalizada la instrucción, los servicios pasaban a ocupar toda la vida del soldado. Además de la «guardia de prevención» para dar seguridad al cuartel y la de «plaza», reliquia de un pasado en el que la seguridad del reino dependía de un cordón fronterizo de fortificaciones, debían atender a la conservación y mantenimiento de los cuarteles. A diario, cada compañía designaba cuatro «aguadores» para limpiar y abastecer las cubas de la cocina y los dormitorios, dos soldados de «compra» que acompañaban al cabo furriel al mercado y otros dos de «provisiones» para distribuir el pan y el combustible de cocinas y lámparas. Cuando su capitán se hacía cargo de la cocina del regimiento, nombraba un cierto número de «rancheros» fijos para cocinar y atender los fuegos, ayudados por los que considerase precisos cada día. Aparte, en el dormitorio, un «cuartelero» se encargaba de mantener el orden, impedir sustracciones de prendas y equipos y conservar limpio el local durante el día y, por la noche, el llamado servicio de «imaginarias» velaba el sueño de sus compañeros, atendía a los enfermos y mantenía ardiendo las lámparas de aceite o encendía y apagaba la luz cuando se fue instalando la electricidad.

Muchos oficiales opinaban que era preciso rentabilizar de alguna forma el tiempo que pasaban los soldados en el cuartel, pues, debido a su contacto cotidiano con ellos, conocían de primera mano su lamentable situación cultural, así como su empatía con la conflictividad social. Y para contribuir a solventar ambos problemas, se propusieron regenerar al pueblo durante su servicio militar y que la tropa se licenciara más instruida. A estos efectos, se desarrolló una importante labor educativa en los cuarteles con el principal objetivo de erradicar el analfabetismo y también el de contrarrestar la influencia de las organizaciones obreras sobre el soldado[59].

CAMBIOS DE DOCTRINA Y NOVEDADES ARMAMENTÍSTICAS

A mediados del siglo XIX el campo de batalla empezó a transformarse de forma radical por la generalización de los fusiles y cañones de ánima rayada, que incrementaban de forma significativa el alcance eficaz de los fuegos de infantería y artillería. En las siguientes décadas fueron apareciendo fusiles y cañones de retrocarga, fusiles de repetición, artillería de tiro rápido, pólvora sin humo y ametralladoras. Los Ejércitos constataron que los ataques frontales contra un enemigo que dispusiera de este tipo de armamento y se protegiera en el terreno mediante fortificaciones ligeras de campaña constituían una operación cuyo éxito era cada vez más problemático y en la que podían sufrir un número de bajas desorbitado. Esto obligó a una profunda revisión de los procedimientos tácticos. A título de ejemplo, en los albores del siglo XX, un prestigioso tratadista militar español describía así la situación:

> La extraordinaria precisión del tiro y su energía destructora obligan a desenfilar las masas y a buscar protecciones que no pueden encontrarse ya en el peto de metal ni tras la cerca de madera. Los atrincheramientos han tenido que abandonar sus artísticos perfiles […]; la hueste se oculta en los pliegues del terreno, y la línea de tiradores desaparece de las vistas[60].

Fuego *versus* movimiento y choque

Se dice que la infantería es la reina de las batallas y, desde los más remotos tiempos, su actuación se ha caracterizado por el «movimiento» y por el «choque», vectores a los que, tras la generalización del uso de la pólvora y del armamento portátil en el siglo XVI, se sumó un tercero, el «fuego», que se vio extraordinariamente potenciado por los avances científicos y tecnológicos que revolucionaron la industria armamentística durante el siglo XIX. La creciente potencia de fuego obligó, además, a dispersar y soterrar a las tropas, así como a uniformarlas de forma menos llamativa. A consecuencia de todo ello, se abrió un debate en torno al orden de prioridades que debía darse a cada uno de los citados vectores a la hora de reglamentar los procedimientos tácticos y la instrucción de las tropas.

Los militares españoles se enfrentaron por primera vez a las nuevas condiciones de combate derivadas de la revolución armamentística en el teatro de operaciones vasco-navarro durante la Tercera Guerra Carlista. Desde finales de 1873, las fuerzas gubernamentales habían comprobado la dificultad

de atacar con éxito a las tropas carlistas, que habían inventado un nuevo tipo de fortificación de campaña —la llamada «trinchera carlista»[61]— para protegerse de los fuegos de la artillería enemiga, que era superior. Esta experiencia inspiró la redacción del Reglamento Táctico de 1881, que zanjó los agrios debates mantenidos en los años previos y se decantó a favor del «fuego» y en perjuicio del «choque»[62]. Esta doctrina se aplicó para formar a los mandos y adiestrar a la tropa de las unidades a pie que combatieron en Cuba y Filipinas en los años postreros del siglo. Aquel cambio hizo que algunos tratadistas achacaran la supuesta falta de espíritu ofensivo de las tropas precisamente al énfasis puesto en el vector fuego, lo que, a su juicio, impedía explotar cualquier éxito táctico sobre los insurgentes y, por ende, alcanzar la victoria final. Sin embargo, otros disentían de tal interpretación[63].



Un obús de bronce Mata de 150 mm abre fuego. Al fondo de la fotografía pueden apreciarse a los sirvientes, que corren a recargar la pieza. En primer plano, un único sirviente está preparado para ejecutar el disparo. Colección Ángel Sanset.

El final de las guerras ultramarinas coincidió con la entrada en vigor del Reglamento de 1898, fruto de la revisión de los procedimientos operativos tras la adopción del fusil de repetición Mauser modelo 1893, adquirido precipitadamente para dichas guerras y que fue el arma individual básica de las fuerzas españolas en las campañas marroquíes[64]. El Máuser era un arma de primera clase y otro tanto puede decirse del posterior mosquetón modelo 1916, una versión acortada del anterior, más ligera y manejable[65]. El Reglamento de 1898 mantenía los principios esenciales de su predecesor sobre la primacía del fuego en el combate de la infantería y fue también

objeto de críticas por, supuestamente, menoscabar el espíritu ofensivo de las tropas.

La postura de quienes postulaban por una doctrina más ofensiva, es decir, los partidarios de volver a dar primacía al movimiento y al choque, terminó imponiéndose a principios del siglo XX. El cambio de orientación no fue fruto, por extraño que parezca, de ninguna experiencia propia, sino de la de un conflicto disputado casi al otro extremo del mundo: la Guerra Ruso-Japonesa. La lección que los estados mayores prefirieron extraer de ella fue que el bando que mostrase una actitud más ofensiva, producto de una moral más elevada, lograba decidir la batalla a su favor. El fuego se consideró importante por el apoyo moral que proporcionaba al atacante, que lo animaba a avanzar y a buscar el choque, y por la desmoralización que producía en el defensor, pues mermaba la eficacia de su propio fuego. Este cambio de óptica se vio reflejado en un tercer Reglamento, aprobado de manera provisional en 1908, cuyo articulado, aunque continuara prescribiendo que el avance se realizara con la combinación de fuego y movimiento por secciones, estimulaba de modo muy patente la búsqueda de la victoria mediante la ofensiva y el choque[66].

Aunque este Reglamento entró en vigor solo un año antes de la campaña de Melilla, es plausible que las unidades implicadas, dadas sus limitadas oportunidades de instrucción de combate en condiciones reales, no estuviesen suficientemente familiarizadas con la nueva doctrina, lo que explicaría, en parte, sus reveses durante la campaña. Estos también se atribuyeron a no haber sabido adaptarse a los métodos de guerra irregular de los cabileños. Sin embargo y desde un punto de vista estrictamente táctico, la campaña de Melilla debe considerarse, de hecho, como una campaña regular, ya que se libró fundamentalmente a través de una serie de avances para conquistar el terreno defendido por el enemigo. La única diferencia estriba en que, en lugar de enfrentarse a un ejército regular moderno, el del adversario estaba nutrido por nativos armados de anticuados fusiles adquiridos para su uso particular. Y lo más destacable es que, a pesar de su penuria de medios, los cabileños fueron capaces de infligir bajas significativas cuando las unidades españolas atacaban sin una preparación artillera adecuada.

En cualquier caso, y pese a las deficiencias observadas, el alto mando no consideró necesario alterar los procedimientos tácticos. Al Reglamento provisional de 1908 le siguió el de 1914, una versión del anterior que hacía más hincapié, si cabe, en la acción ofensiva a ultranza, sostenida por una moral elevada y sin reparar en bajas con tal de asegurar la victoria[67]. Este

Reglamento permaneció oficialmente en vigor durante el resto de las campañas marroquíes, pero la experiencia propia y la observada en los beligerantes de la Gran Guerra llevaron a buscar y emplear métodos que se adaptasen mejor a las realidades del combate[68].

Tras la primera conflagración mundial, se emprendió el proceso para adaptar la doctrina a los cambios que ese conflicto había provocado en los procedimientos de combate. El paso más lógico era tomar como referencia los métodos de los vencedores, especialmente los del Ejército francés, por razones de proximidad geográfica y cultural, aunque no faltaron quienes advirtieron de los riesgos que entrañaría incurrir en una imitación excesivamente servil. La doctrina gala para el combate ofensivo se basó, a partir de 1918, en operaciones con abundancia de medios humanos y materiales, en especial apoyo artillero, planificadas con meticulosidad por fases estrechamente controladas en su desarrollo por el mando superior. El mariscal Pétain aplicó esta doctrina en el Marruecos francés durante sus campañas contra Abd el-Krim en 1925 y 1926.

Por su parte, el Ejército español recogió los mismos principios en el Reglamento de Grandes Unidades de 1925, y el Estado Mayor de la Alta Comisaría de Marruecos, apenas se hubo familiarizado con la nueva doctrina, la aplicó en cuantas operaciones planificó a partir de ese momento[69]. Las unidades comenzaron a atacar simultáneamente por varios ejes de avance, organizadas en potentes agrupaciones tácticas con nutrido apoyo artillero y respaldadas por una logística mejorada que les permitía sostener la ofensiva hasta alcanzar su objetivo. Algunos oficiales de estado mayor, veteranos de esas campañas, como Manuel Goded y José Díaz de Villegas, concluyeron que la guerra en Marruecos no tenía nada de «especial» y que, al margen de las operaciones a cargo de las pequeñas unidades, la victoria se alcanzó al aplicar medios de combate y principios clásicos del arte militar, que habían demostrado ser eficaces por igual en tierras africanas y europeas.

La introducción de la ametralladora

La Guerra de Marruecos también está asociada a la definitiva adopción de la ametralladora por el Ejército español[70]. Este había mostrado interés por las ametralladoras desde finales de la década de 1860, probando y adquiriendo en años posteriores un pequeño número de los modelos Gatling, Cristophe-Montigny y Palkrantz-Nordenfelt. Su limitada fiabilidad mecánica y su indefinición táctica, es decir, la polémica, común a todos los países, en torno a si debían considerarse armas de infantería o de artillería, hizo que quedasen

relegadas al papel de armamento únicamente útil para la defensa de plazas fortificadas. Aunque en el inicio de la última Guerra de Cuba, se adquirió a toda prisa una docena de ametralladoras Maxim, su utilidad fue escasa por los frecuentes encasquillamientos, en buena parte debidos a no haber sido adaptadas al cartucho de fusil reglamentario español, lo que no se hizo hasta concluido el conflicto. Por otra parte, los militares españoles no parecieron impresionados por la actuación de las Gatling empleadas por los estadounidenses en la batalla de las lomas de San Juan.

No obstante, la ametralladora había llegado para quedarse y, como los demás Ejércitos, el español siguió experimentando con los nuevos modelos disponibles en el mercado durante los primeros años del siglo XX, pero sin acabar de decidirse por uno determinado. Dicha indecisión es muy posible que tuviera que ver con que la tarea corría a cargo del Arma de Artillería, que sentía poco entusiasmo hacia la ametralladora y se escudó en la búsqueda de la excelencia mecánica para prolongar las pruebas. Tal vez el punto de inflexión lo marcó la iniciativa comercial del representante en España del fabricante de armas francés Hotchkiss, quien, a mediados de 1907, logró que el Ministerio de la Guerra aceptase la oferta de entregar rápidamente una veintena de ametralladoras de su firma. Tal decisión pareció desatascar el proceso de introducción de la ametralladora, con la posterior adquisición de más Hotchkiss, que acabaron siendo fabricadas con licencia para las unidades de infantería y, varios años después, de la Colt modelo 1895, considerada más idónea para las de caballería. Aun así, el proceso fue lento: a mediados de 1908 existían 12 secciones, a cargo cada una de ellas de dos «máquinas» —nombre dado a la ametralladora en la jerga castrense—, unas equipadas con las Maxim cubanas y otras con las 22 Hotchkiss adquiridas a principios de 1910.



Miembros de la 28.ª Compañía de Ametralladoras y Morteros de la VII Bandera con dos ametralladoras Hotchkiss de una de sus secciones en primer término. Archivo Fotográfico del Tercio Don Juan de Austria 3.º de la Legión.

La campaña de 1909 supuso el bautismo de fuego de las nuevas unidades de ametralladoras. La práctica mostró los efectos positivos, tanto de carácter material como moral, de apoyar los ataques con su fuego, aunque eso significase una utilización más frecuente y continuada que la contemplada en la doctrina oficial, que prescribía su empleo en combate de forma ocasional y por sorpresa. No obstante, quedó patente que las tropas avanzaban con más resolución bajo su fuego de cobertura, incluso cuando los blancos no fueran los más idóneos para este tipo de armas. Pese a ello, en los años inmediatamente posteriores persistieron en la doctrina oficial las ideas previas acerca del empleo limitado de la ametralladora. Resultaba poco congruente que, con tanta preocupación por la moral de las tropas durante el ataque, se prescindiese de un medio que había demostrado que podía contribuir a sostenerla. Pero en una institución empeñada en caracterizar la guerra en términos psicológicos, la naturaleza mecánica de la ametralladora jugaba en contra de esta.

Sin embargo, al cabo de un decenio, el general Berenguer asignó un papel relevante a la ametralladora en los nuevos procedimientos tácticos que proponía para la guerra en Marruecos. Según él, era el arma adecuada para poder cubrir frentes discontinuos con menores efectivos en primera línea, lo que permitía efectuar despliegues de tiradores menos densos que los empleados hasta entonces. Además, su fuego tenía un alcance efectivo superior al de fusil, lo que hacía tangible la superioridad tecnológica del

Ejército español sobre los cabileños. Berenguer también argumentaba que el mando de las ametralladoras debía ser descentralizado en beneficio de las pequeñas unidades subordinadas[71]. Es posible que las ideas de un oficial tan avezado en el conflicto marroquí como Berenguer contribuyeran a que, en 1919, se constituyesen compañías de ametralladoras, dotadas con cuatro «máquinas», en cada batallón de infantería desplegado en Marruecos y un escuadrón con seis «máquinas» en cada regimiento de caballería[72].

La artillería y los vehículos blindados

La actuación de la artillería también reflejó las transformaciones en la forma de combatir derivadas del incremento de la potencia de fuego. En las campañas de la década de 1910, la artillería veía mermada su eficacia al operar desperdigada en baterías e incluso en secciones afectas a las columnas. Por otra parte, el énfasis en la acción ofensiva a ultranza del que antes se ha hablado llevaba a que no se diese a la artillería tiempo suficiente para situarse en emplazamientos idóneos ni para que su fuego alcanzase toda su eficacia. La rebelión de Abd el-Krim puso de manifiesto la insuficiencia de los procedimientos empleados hasta entonces, ya que los españoles se enfrentaron por primera vez a un enemigo que disponía de artillería y que era capaz de emplear fortificaciones de campaña. A consecuencia de ello, la artillería española se vio obligada a realizar fuego de contrabatería y a efectuar bombardeos capaces de destruir o neutralizar obras defensivas. Para atender mejor a sus nuevos cometidos, se creó la llamada «masa de artillería», es decir, una agrupación de unidades no afectas a las columnas durante una operación y bajo un solo mando artillero que dirigía fuegos de apoyo a la acción de conjunto[73].

Marruecos también estuvo estrechamente vinculado a los inicios de la historia de los medios acorazados en el Ejército español[74]. Desde el inicio mismo de la guerra, el mando había reconocido la utilidad de los vehículos blindados. El EMC, tras la campaña de 1909, recomendó que se dotase a las fuerzas allí destacadas de vehículos automóviles con un blindaje ligero y armados con una ametralladora para poder desplazarse por zonas expuestas al fuego enemigo. Al año siguiente, se fabricó el primero de los llamados «camiones protegidos», utilizados en Marruecos, muy apreciados por los responsables del Ministerio de la Guerra y por el mando del Ejército de África, porque su construcción no requería complejas instalaciones fabriles. El blindaje de la mayoría de ellos era de hierro o acero ordinarios, no específicos para un uso militar, pero proporcionaba una protección razonable

contra el fuego de fusil. Los camiones protegidos carecían de movilidad fuera de la carretera, por lo que su empleo quedaba limitado a misiones de escolta de convoyes o para realizar patrullas y descubiertas por las vías de comunicación.

Mucho más prometedor parecía el carro de combate, aparecido en los campos de batalla de la Gran Guerra en 1916. En septiembre de 1921, España compró a Francia 6 «carros de asalto» Schneider CA 1 y 11 Renault FT, de cuya custodia se encargó la Escuela Central de Tiro. Como solía ser habitual, de inmediato surgieron disputas corporativas acerca de quién debía hacerse cargo de su control y manejo, en este caso entre las Armas de Infantería y Artillería; en cambio, la oficialidad de caballería en principio no quiso saber nada de aquellos «engendros mecánicos». El debate se zanjó con una solución salomónica basada en su armamento: los Schneider, dotados de un cañón de 75 mm, quedarían a cargo de artillería y los Renault, provistos de una ametralladora, de infantería. Una vez resuelto esto, partieron rumbo a Marruecos a primeros de marzo de 1922.

Su bautismo de fuego tuvo lugar el 15 del mismo mes, a los tres días de su llegada a Melilla, y fue protagonizado por los Schneider de la Batería de Carros de Asalto, para prestar apoyo a la unidad de infantería encargada de tomar la posición de Sbuch Sba. La operación se desarrolló con éxito, pero solo dos de sus seis carros continuaban operativos al final; los demás resultaron averiados. Poco después, el día 19, le llegó el turno a los Renault de infantería, que junto con los Schneider y a unos cuantos camiones protegidos de ingenieros, apoyaron a las tropas legionarias que atacaban el poblado de Ambar. La acción se desarrolló bien hasta que Ambar fue ocupado, pero, a partir de ahí, la inexperiencia en el empleo de estos vehículos llevó a que los Renault se adelantaran demasiado y acabasen aislados y acosados por los rifeños, mucho menos intimidados por su presencia de lo que se había supuesto. Los carros tuvieron que replegarse hasta las posiciones legionarias y dejar atrás dos averiados, posteriormente dinamitados por los rifeños.

El combate de Ambar fue un jarro de agua fría para las expectativas puestas en los carros, pero no para prescindir de ellos. La literatura profesional española de la época acerca del empleo del carro en las campañas marroquíes valoró siempre su utilidad, a condición de que se tuvieran en cuenta las limitaciones técnicas propias de aquel medio y las impuestas por el terreno donde operaba. Francisco Franco, entonces comandante, que había asistido al medio descalabro de Ambar, argumentaba además que, empleado

en mayor número, permitiría reducir el contingente de soldados destacados a Marruecos «y no hay que olvidar que lo más caro en esta guerra no es el material, sino los hombres»[75].



Columna de camiones protegidos para el fuego de fusil. Fotografía de Fernando Puell Sancho. Colección Fernando Puell de la Villa.

Las unidades de carros siguieron combatiendo durante los tres años siguientes, pero su empleo fue más cuidadoso y en concierto con la infantería. La confianza adquirida en ese periodo hasta llegó a hacer del Ejército español pionero en grado de tentativa de su empleo en un asalto anfibio. El plan para el desembarco en Alhucemas de septiembre de 1925 preveía que la Compañía de Carros de Asalto de Infantería, a bordo de barcazas «K» adaptadas, formase parte de la primera oleada. Pero el día de la operación estas embarrancaron en un bajío demasiado alejado de la playa para que los carros pudiesen desembarcar.

El desembarco de Alhucemas pudo ser un anticlímax para el arma acorazada, pero, visto desde una perspectiva más amplia, se podría considerar, por la planificación meticulosa y el despliegue de medios, el acto inaugural de una nueva concepción de la acción bélica que, pese a tener sus raíces en el Frente Occidental de la Primera Guerra Mundial, iba a conducir a los militares españoles a la victoria en la guerra colonial de Marruecos[76].



Carro ligero Renault FT-17. Uno de los modelos de carros empleados en la reconquista de las posiciones perdidas a raíz del Desastre pocos meses después de la rendición de Monte Arruit y que no habían hecho aún acto de presencia en combate. Archivo General Militar de Ávila. Dominio público.

CONCLUSIÓN

Desde el punto de vista de la evolución profesional del Ejército español, puede interpretarse que la Guerra de Marruecos de 1909 a 1927 tuvo dos dimensiones. Por un lado, fue la última contienda colonial española de conquista, ya que el posterior conflicto de Ifni-Sáhara de 1957-1958 fue de naturaleza defensiva. Por otro, coincidió en el tiempo con una aceleración —plasmada de forma mayúscula en la Primera Guerra Mundial— de la preponderancia de la potencia de fuego en el campo de batalla, consecuencia de los progresos en la tecnología del armamento desde mediados del siglo XIX. Los cabileños que se opusieron a la presencia española también se beneficiaron de dichos progresos, de forma muy limitada, desde luego, pero suficiente para cobrar en ocasiones un elevado peaje en sangre a las tropas españolas. Esto se hizo más tangible, si cabe, durante la rebelión de Abd el-Krim, cuyas fuerzas llegaron a disponer de ametralladoras y artillería de campaña.

La dimensión colonial de la guerra tuvo su reflejo más notorio en la creación de unidades permanentes nativas y europeas de reclutamiento voluntario para el servicio en Marruecos. Aparte de su función original, la existencia de dichas unidades también significó para el futuro la

disponibilidad de una fuerza libre de las servidumbres que condicionaba el empleo de tropas de reemplazo.

De otra parte, la dimensión tecnológico-militar se reflejó en que Marruecos se convirtió para los militares españoles, de hecho, en un campo de experimentación donde se probaron, aunque fuese a pequeña escala, las innovaciones tecnológicas de la época, como la ametralladora, la aviación, el carro de combate o los gases venenosos, por mencionar solo las más llamativas. También fue en Marruecos donde los oficiales españoles se iniciaron en procedimientos de empleo de la artillería desarrollados por los beligerantes de la Gran Guerra, y en cómo planificar un asalto anfibio de envergadura.

Por sí solo esto refuta la idea de que el Ejército del primer tercio del siglo XX fuera una institución intelectualmente anquilosada, de ideas anticuadas o retrógradas ante los avances en medios y procedimientos de combate, de los cuales sí estaba al corriente. Aunque también es cierto que, dadas las condiciones de la carrera castrense, poco estimulantes, muchos oficiales acababan relegando cualesquiera inquietudes profesionales más allá del cumplimiento de las rutinas cuarteleras. Una cuestión diferente es que la oficialidad sacase las conclusiones más correctas del empleo de las nuevas armas, pero su historial en este aspecto no es peor que el de los demás ejércitos contemporáneos. Y también es una cuestión distinta que, por desgracia, la falta de recursos económicos no permitiera que el Ejército se dotase de esos nuevos medios a un ritmo decoroso.

Sin embargo, del conflicto marroquí no salió una escuela o un estilo de guerra «africanista». Es cierto que la contienda hizo sobresalir a cierto número de oficiales que, más adelante, desempeñaron papeles muy relevantes en la historia de España, pero no llegaron a constituir un foco intelectual que discrepase de la doctrina oficial y propusiera una alternativa. Más bien acabó sucediendo lo contrario: la aplicación en el nivel operacional de métodos de la guerra regular europea fue la clave del triunfo sobre Abd el-Krim, lo que condujo, finalmente, a la pacificación del Protectorado. Esa fue, desde luego, la conclusión de los militares que, desde una perspectiva profesional, reflexionaron más a fondo acerca del conflicto. Así pues, de forma un tanto paradójica, puede concluirse que la victoria de 1927 no se debió a que el Ejército español se «africanizase». La victoria se obtuvo porque se «europeizó» el esfuerzo bélico en el Protectorado.



Harqueños rifeños en la Yebala, región occidental del Protectorado. Díaz Casariego. *La Esfera*, 21-2-1925, 24. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

De Alhucemas, de su campo, vinieron siempre las insurrecciones. Mientras no se pacifique Alhucemas, el Rif no vivirá en paz[1].

Tebib Arrumi, periodista

3

«REBELDES», CONTRABANDISTAS Y AVENTUREROS: LAS HARCAS RIFEÑAS Y SUS ALIADOS

María Rosa de Madariaga Álvarez-Prida

Los españoles se internaron en el territorio que les había sido asignado en los tratados internacionales sin más conocimiento del mismo que lo que veían desde los muros de sus plazas de soberanía en el norte de África. El desconocimiento del territorio y de las gentes que lo habitaban iba a ser un buen contratiempo para la tarea colonial. Muchos africanistas decimonónicos pensaban en la ribera sur del Mediterráneo como una cercana Turquía y no es raro encontrar ensoñaciones del partido colonial imaginando las riquezas y el exotismo desbordado de aquel territorio que en los mapas del reparto de África se había asignado al Gobierno de Madrid. La realidad impactó sobre la línea de flotación de este orientalismo romántico. El Protectorado era un duro y pobre territorio poblado por gentes ásperas para los «civilizados» europeos. Los nativos pronto mostraron que tenían poco de exóticos y mucho de rudos combatientes. Las resistencias espontáneas, los llamamientos a la guerra santa y, por descontado, la oposición rifeña del temible caudillo Abd el-Krim el Jatabi jalonaron de disgustos y de sangre la tarea imperial —trasnochada— de una España declinante en el panorama internacional.

Los 18 años de operaciones y campañas militares necesarias para la «pacificación» (1909-1927) fueron una losa para la metrópoli en varios aspectos: el significado para el soldado común y sus implicaciones en la política serán tratados en posteriores capítulos. Líderes salteadores, caudillos tribales, santones o descendientes del Profeta se turnaron para presentar batalla a la causa colonial. En cualquier caso, si un nombre se ha de asociar a las guerras norteafricanas en este primer tercio del siglo XX es el del ya citado Abd el-Krim, miembro de una familia ilustre de la importante cabila de los Beni Urriaguel. Tribu y líder constituyeron el núcleo central de la resistencia nativa contra la causa española en el conflicto bélico más sangriento de todos

los que conforman las denominadas campañas de Marruecos, a saber: la Guerra del Rif (1921-1927).

A lo largo del presente capítulo se tratarán algunos de los puntos más interesantes en relación con la correosa lucha de los indígenas, al menos de los que no militaban en el denominado Partido Español —los «moros amigos»— que tan buen servicio hicieron a la causa de Madrid.

LA HARCA O GRUPO DE COMBATIENTES IRREGULARES

Indisociables de la resistencia a la ocupación extranjera eran las harcas o agrupaciones de combatientes aportadas por cada tribu o por cada fracción de tribu. Del árabe clásico *haraka*, literalmente «movimiento», el término harca se aplicaba en Marruecos a la expedición militar en la que participaban contingentes irregulares suministrados por las tribus o, por extensión, a estos propios contingentes, así como a las partidas de combatientes en las luchas intertribales o contra la ocupación colonial. Eran cuerpos organizados de manera provisional, no permanente, cuyos efectivos de la misma tribu o de varias se renovaban constantemente. Las harcas existían mientras perdurasen las circunstancias que habían originado su aparición, pero si esas circunstancias desaparecían, entonces podían debilitarse o incluso disolverse. En este último caso, se mantenían guardas apostados en puntos estratégicos del territorio, cuya misión era la de vigilar los movimientos del enemigo que necesitaran la organización de una nueva harca o la reactivación de una ya existente. Las razones que llevaban a la formación de harcas estaban, como ya se ha dicho, relacionadas con la defensa del territorio frente a la penetración extranjera. Para movilizar a los cabileños, se lanzaban proclamas en los zocos con llamamientos a la yihad contra la ocupación extranjera y cada jefe de fracción acudía con un número de combatientes que variaba según las circunstancias, como también variaban los contingentes que las componían. El número de combatientes de una harca variaba, por lo general, de unos 100 hombres hasta 3000. Cuando la harca era excesivamente numerosa podía dividirse en dos o más agrupaciones, que operaban mandadas por distintos jefes en dos o más frentes[2].



Harca de rifeños. La harca mezclaba los conceptos de expedición militar y movimiento y en ellas podían participar una o varias tribus. Para formarlas, se enviaban emisarios a los puntos de concentración de población con promesas de botín y enemigos fáciles de derrotar. *L'Humanité*, 1922. Dominio público.



Retrato de Abd el-Krim hecho al principio de su actuación amistosa con España, incluido en A. Muñoz Bosque, *Alhucemas*, Madrid, Imprenta Anguiano, 1922, 9.

Si durante mucho tiempo la oposición a la ocupación extranjera fue por razones religiosas de defensa del islam frente al invasor cristiano y se expresó en términos de yihad, a partir de la instalación de empresas mineras en el Rif oriental (cabila de Beni Buifrur) a principios del siglo XX, la resistencia rifeña, dirigida por el jerife Mohamed Amezian, adquiere una nueva dimensión: la defensa del territorio frente a los que venían a explotar las riquezas del subsuelo y solo dejaban a los rifeños las migajas. En 1909, la movilización de los cabileños contra la penetración extranjera revistió este carácter[3].

Abd el-Krim, que se declaró «nacionalista» y pronunció aquellas palabras de «el tiempo de las guerras santas ha pasado —y— no estamos ya en la Edad Media o en los tiempos de las Cruzadas», recurrió, no obstante, a la yihad como medio de movilizar a la población. La opción de Abd el-Krim nos recuerda la que habían tomado algunos españoles partidarios de las nuevas ideas políticas y sociales proclamadas por la Revolución francesa, pero que, cuando se produjo la invasión napoleónica en 1808, antepusieron la lucha

contra el invasor extranjero a esas ideas[4]. «Con el fin de fomentar el espíritu patriótico del pueblo, la minoría revolucionaria no vaciló en apelar a los prejuicios nacionales de la vieja fe popular», como dijo Karl Marx en referencia a la unión de los sectores más ilustrados de las clases altas y medias con los elementos más reaccionarios de la población, enemigos acérrimos de los principios de la Revolución francesa, para oponerse juntos al invasor[5]. El intenso trabajo político realizado por Abd el-Krim entre las tribus consistía, entre otras cosas, en presentarse como adalid de la fe que libraba la yihad contra los infieles. En este sentido, dado que tradicionalmente era el zoco el lugar en el que los jefes de las cabilas celebraban asambleas para la constitución de harcas que intervenían en las luchas intertribales contra otras cabilas consideradas enemigas, es muy probable que la decisión de Abd el-Krim de que el llamamiento se realizara no en el zoco, sino en la mezquita, obedeciera a que consideraba este método como factor de «unificación» por encima de las diferencias tribales[6].

Según testimonios orales recogidos en el Rif por la autora de estas líneas, Abd el-Krim enviaba una carta a la mezquita del pueblo, que anunciaba la llegada de sus representantes para obtener dinero u otras formas de ayuda. Después de la oración, el alfaquí leía la carta. El emisario enviado por Abd el-Krim era un buen orador y, en su llamamiento, pedía al pueblo que se uniera a aquel, para librarse del colonialismo, ya que la tierra del Rif era rica, pero eran los colonialistas quienes la explotaban. Se lanzaban entonces llamamientos a la yihad. Las gentes cotizaban y cada uno aportaba lo que podía. Cada pueblo se comprometía a mantener por turnos a las tropas de Abd el-Krim. Se establecían entonces listas de cabileños dispuestos a incorporarse a la lucha y se formaban harcas de 600 a 700 combatientes[7].


Cabilas en el Protectorado español
1922
N
0 20 40 km
mar Mediterráneo
océano Atlántico
Ceuta
Tánger
Tetuán
Arcila
Larache
Alcazarquivir
Chauen
Ouezzane
Yebala
El Garb
Beni Zerual
Sebou
Lau
peñón de Vélez de la Gomera
peñón de Albucemas
Alhucemas
El Rif
Melilla
Nador
Chafarinas
El Kert
Kert
Muluya
Berkane
PROTECTORADO FRANCÉS
1) Fahs, 2) Anyera, 3) El Haus, 4) Wad Ras, 5) Beni Mesauar, 6) Yebel Hebid, 7) Garbia, 8) Mzora, 9) Bedaura, 10) Arrar, 11) Bedot, 12) Sahel, 13) Jolot, 14) Jolot y Tilig, 15) Ahl Sherif, 16) Beni Ider, 17) Beni Hozmar, 18) Beni Said, 19) Beni Ziat, 20) Beni Zeyyel, 21) El Ajmás, 22) Sumata, 23) Beni Isef, 24) Beni Scar, 25) Beni Arós, 26) Beni Gorfet, 27) Beni Hasán, 28) Beni Busera, 29) Beni Selman, 30) Beni Mansor, 31) Beni Jaled, 32) Beni Ahmed, 33) Guezama, 34) Beni Guerir, 35) Beni Esmih, 36) Beni Enzín, 37) Metiva, 38) Ketama, 39) Mestasa, 40) Beni Guemil, 41) Beni Seddar, 42) Beni Jennús, 43) Beni Ensar, 44) Tagsur, 45) Beni Hamed, 46) Beni Buchibet, 47) Beni Bechir, 48) Beni Amman, 49) Beni Mezdui, 50) Zarkat, 51) Targuist, 52) Beni Bu Frah, 53) Beni Itef, 54) Beni Urriaguel, 55) Bocoya, 56) Tensaman, 57) Tafersit, 58) Beni Tuzin, 59) Beni Ulichek, 60) Metalza, 61) Beni Buyahi, 62) Beni Said, 63) Beni Sidel, 64) Ulad Settut, 65) Beni Buifrur, 66) Beni Bugafar, 67) Beni Sicar, 68) Mazuza, 69) Quebdana



Cañón francés Schneider de 75 mm reventado. La pieza fue capturada por Abd el-Krim a las fuerzas francesas en las acciones de 1925 y recuperada por los españoles en su zona. Fotografía de Fernando Puell Sancho. Colección Fernando Puell de la Villa.

Cuando Abd el-Krim rehusó proseguir la colaboración con España y se retiró a su cabila a mediados de diciembre de 1918, no dio muestras de hostilidad hacia España hasta febrero de 1920, en que él y su tío Abd es-Selam habían salido de Axdir para unirse a la harca que combatía contra los españoles[8]. Y hacia mediados de junio del mismo año, numerosos contingentes de Beni Urriaguel, capitaneados por Abd el-Krim y su padre, se trasladaron a la cabila de Tafersit para engrosar la harca apostada en el territorio de esta cabila[9]. A mediados de julio, el padre, al sentirse enfermo, tuvo que regresar, acompañado de su hijo, a Axdir, donde murió el 7 de agosto[10]. La partida de Abd el-Krim y de su padre a mediados de julio de 1920 debilitó de manera considerable la harca y el 5 de agosto las tropas españolas ocupaban Tafersit. No obstante, la harca volvió a reforzarse en el Yub (cabila de Tensaman) y opuso una fuerte resistencia al avance de las tropas españolas. Desde la muerte de su padre, Abd el-Krim se había vuelto a incorporar a la harca y aparecía cada vez más como jefe indiscutible de los Beni Urriaguel, mientras su prestigio y autoridad iban en aumento en las cabilas no sometidas.

El armamento de las harcas de resistentes rifeños, compuesto fundamentalmente por fusiles de diferentes tipos, algunos muy obsoletos, era bastante elemental. En Dar Abarrán, puesto ocupado al amanecer del 1.º de junio de 1921 y perdido hacia las cinco de la tarde del mismo día, todo el

material —fusiles, ametralladoras, cajas de municiones y batería de montaña — quedó en manos de los rifeños. Se dijo que la pérdida de la posición se debía a la defección de la «harca auxiliar», es decir, la «harca amiga». En cualquier caso, la caída de la posición tuvo importantes consecuencias: los cabileños de Tensaman pasaron a engrosar la harca rifeña, cuyo triunfo contribuyó a elevar la moral de los resistentes. Era la primera vez que estos se hacían con una posición dotada de artillería. Ahora ya disponían de cañones, cosa de la que hasta entonces carecían. Otra consecuencia importante fue que por primera vez la harca tomaba la ofensiva. En efecto, si habían existido siempre harcas formadas por cabileños de los territorios inmediatos a la línea de contacto, su actuación se había limitado hasta entonces a defender su territorio sin tomar la ofensiva sino para agresiones puntuales sin ninguna continuidad. El ataque a Abarrán y, luego, a Sidi Dris, en la costa, demostraba que la resistencia rifeña había cambiado sus procedimientos de acción y que empezaba a estar dotada de organización, dirección, más recursos y mejor armamento[11].

El sistema de las harcas estaba tan arraigado en el Rif que las autoridades españolas recurrieron a la formación de «harcas amigas», compuestas por «moros adictos» que luchaban contra los resistentes rifeños bajo el mando de oficiales españoles en general. En septiembre de 1925 se hizo famosa la harca Varela por haber participado en el desembarco de Alhucemas, encabezada por el entonces comandante de mismo nombre.

No obstante, las harcas tenían sus limitaciones. Las celadas, las caídas por sorpresa sobre el enemigo eran eficaces y podían infligir grandes pérdidas, pero no bastaban para enfrentarse a un ejército europeo dispuesto a ocupar el territorio. Abd el-Krim no tardó en darse cuenta de la necesidad de que los rifeños se dotasen de un ejército. Las fuerzas armadas para la defensa del territorio frente a una agresión exterior eran, además, inherentes a la soberanía de los Estados.

Sin embargo, la base del ejército formado por grupos de combatientes irregulares era la harca, que empezaba a ser muy distinta «en su organización, táctica, dirección y elementos de combate»[12] a lo que, hasta entonces, los españoles habían conocido. Y es que la harca se había transformado y había pasado de constituir grupos de combatientes desorganizados, que abandonaban el combate cuando les placía, a ser una fuerza disciplinada, que obedecía a sus jefes y no se retiraba a su aduar cuando le venía en gana. En este sentido, merece la pena mencionar las palabras de un militar español, el

teniente Luis Casado y Escudero, para quien esa transformación no pasó desapercibida, pues le inspiró las siguientes reflexiones:

> Ya no eran aquellas organizaciones que en los comienzos de esta dura campaña se presentaban ante nosotros, fuerzas sin organización y tan faltas de moral, que al primer choque abandonaban el campo, dominadas por el terror, no era el moro aquel que, al abrigo de los accidentes del terreno, hostilizaba una posición; moro de guerrilla, que todo lo fía a un descuido del adversario, que busca en la sorpresa el camino que ha de llevarle al triunfo; prototipo del clásico guerrillero marroquí, que no sabe de disciplinas y cuyo altivo espíritu de indiferencia le lleva a no reconocer más mandato que su voluntad libre. No eran, en fin, aquellas jarkas que se lanzaban al combate con el ciego furor del fanatismo, y entre una infernal algarabía, llegaban hasta las bocas de los cañones, perdida, por la embriaguez del odio, la noción del peligro. El moro aquel que acudía a engrosar las filas de las jarkas cuando le placía y se reintegraba a la vida tranquila de su aduar cuando le venía en gana, había desaparecido para dar paso al guerrero a la moderna, hábilmente adiestrado en los novísimos métodos de combate, sujeto a los dictados de la disciplina y espléndidamente dotado de cuantos elementos constituyen el complemento de un ejército de campaña**[13]**.

HACIA LA FORMACIÓN DE UN EJÉRCITO RIFEÑO

Acerca de la formación de un ejército rifeño contamos con el testimonio del teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz, preso de Abd el-Krim tras la caída de Monte Arruit el 10 de agosto de 1921, quien, preso en Nador, antes de ser trasladado a Axdir, cuenta que fue a visitarlo un «exoficial moro», es decir, un desertor del Ejército español, que le explicó la «organización del ejército al que pertenece» en los siguientes términos: «Ya no están los moros como antes […]. Se han formado compañías y batallones con sargentos y cabos, a los que se obedece. La disciplina es grande y se castiga severamente a quien comete faltas. […] Todos los días se hace instrucción al mando de oficiales, y no tardaremos en tener un ejército como cualquier nación. Pronto se les dotará de uniforme»**[14]**. Aunque es evidente que en agosto de 1921 ese ejército no existía aún, las palabras de «exoficial moro», como lo designa el teniente coronel Pérez Ortiz, son ilustrativas de las intenciones de Abd el-Krim en cuanto a la necesidad de dotarse de un ejército regular capaz de hacer frente a un ejército europeo. Los jefes de la rebelión le daban el título de Ejército de la Libertad del Rif**[15]**.

Era el caíd de cada tribu el encargado de organizar ese ejército regular en grupos de 25, 50 y 100 hombres, cuyos jefes tomaban el nombre de caíd *jamsa u ‘ashrin* (25), caíd *jamsin* (50) y caíd *mía* (100). En cada tribu había, pues, varios jefes militares, según el número de hombres que mandasen. Cada combatiente disponía de un arma, que el caíd de la tribu anotaba cuidadosamente en un registro. Era un tipo de organización bastante flexible,

ya que permitía reclutar con rapidez en los momentos graves contingentes de hombres válidos, o bien, si los contingentes operaban lejos de su tribu, organizar un relevo regular. En este último caso, los contingentes podían considerarse como rehenes, puesto que respondían de la fidelidad de su tribu. Esta era una precaución que se tomaba, dado que algunas tribus, de Yebala en particular, eran de dudosa fidelidad. Las tropas regulares se reclutaban únicamente en las seis cabilas del Rif central, a saber, Beni Urriaguel, Bocoya, Tensaman, Beni Tuzin, Tafersit y Beni Ulichek, que constituían todas ellas el núcleo duro de la resistencia rifeña[16].

Las fuerzas regulares cobraban un sueldo, estaban armadas de fusiles de tiro rápido y recibían instrucciones a la europea. Eran, al mismo tiempo, una fuerza de policía o guardia fiel. Muchos de ellos, al haber combatido durante años en el frente español de Melilla y, más adelante, en el frente del Uerga y el frente occidental español, tenían también una larga experiencia adquirida en el Ejército español, del que habían desertado para unirse a la resistencia rifeña[17]. Las deserciones entre los Regulares del Ejército español, aunque no tan masivas como en la Policía Indígena, fueron numerosas en 1921. De los escuadrones de Regulares alojados en Zeluán, el 3.º se sublevó en la madrugada del 24 de julio y unos 100 hombres desertaron, llevándose caballos y armamento, aunque según el teniente coronel Núñez de Prado, jefe de esas fuerzas, solo un pequeño núcleo habría desertado y «hecho armas» contra el resto de las fuerzas que se encontraba en la Alcazaba. En cualquier caso, dado que el comportamiento de los Regulares parecía cada vez más sospechoso e inspiraba poca confianza, se tomó la decisión de mandarlos a Melilla, adonde nunca llegaron: en el camino, cuando ya era de noche, los españoles atrincherados en la fábrica de Nador, al confundirlos con la harca enemiga los dispararon y causaron entre ellos numerosos muertos y heridos, lo que terminó por decidirlos a desertar. Los que eran de la región, para dirigirse a sus poblados y proteger a sus familias de posibles represalias; otros, para unirse a la resistencia rifeña[18]. Las deserciones de Regulares no solo fueron importantes durante el Desastre de Annual, sino que continuaron produciéndose en años posteriores. Según un informe confidencial del agregado militar de la Embajada de Francia en Madrid al ministro francés de la Guerra, de fecha 11 de mayo de 1923, en las tropas indígenas reinaba un «espíritu deplorable» a causa de los malos tratos de los mandos[19]. En el sector de Drius, 200 Regulares se habían pasado al «enemigo» con todas sus pertenencias y los robos de fusiles se multiplicaban con una «facilidad desconcertante». De un regimiento habían robado 27 fusiles en 48 horas. Abd

el-Krim contó con numerosos desertores de las fuerzas regulares, que, por sus conocimientos y capacidad combativa, le fueron muy útiles.

El número de Regulares del ejército rifeño ascendía a unos 1500 hombres, cuya misión consistía, fundamentalmente, en sostener en el combate a los contingentes de las tribus que pudieran flaquear, o, llegado el caso, en encuadrar. Eran tropas que, sin intervenir en la lucha más que en las circunstancias más graves, desempeñaban un papel de vanguardia. Según los servicios franceses de inteligencia, estas fuerzas regulares se limitaban a vigilar el combate y a «masacrar sin piedad a los que flaqueaban, o bien a circular entre las tribus para ejecutar a los adversarios políticos designados por su amo»[20]. Sin descartar, ni mucho menos, que estas tropas no hubiesen cometido a veces excesos, su cometido consistía, sobre todo, en encuadrar a los contingentes irregulares para arengarlos, evitar que desertasen e imponer una estricta disciplina en el combate. A pesar de ello, hubo caídes como el de los Beni Bachir, una pequeña tribu al sur del Protectorado español, fronteriza de la zona francesa, que cobró varias sumas de dinero de numerosos hombres de la tribu a cambio de autorizarlos a no ir a la línea de fuego[21]. El mismo caíd había tomado una gran cantidad de cartuchos para distribuirlos a sus administrados, pero solo había entregado 300, pues se había quedado con el resto que luego vendió en la zona francesa. Si se tiene en cuenta que este no era el único caso, la retención de rehenes por Abd el-Krim era un medio de presión para impedir que estos comportamientos cundiesen. Así, tan pronto como era ocupada una tribu, se elegían de inmediato a los rehenes, a los que se enviaba después a un lugar seguro.

El ejército rifeño seguía, no obstante, formado fundamentalmente por combatientes irregulares, es decir los muyahidines, que comprendían a todos los hombres válidos de cada tribu en edad de hacer el ayuno de Ramadán. A principios de octubre de 1924, Abd el-Krim contaba con unos 10 000 combatientes, de los cuales, de 6000 a 8000 en el frente de Tetuán y 2000 en el de Melilla, a los que había que sumar unos 1000 más en el frente norte de la zona francesa, aunque, en caso de ataque en uno de los frentes, los efectivos podían incrementarse con una parte de los situados en los otros dos y reforzarse con los fusiles de las tribus disidentes vecinas[22]. Frente a este ejército, las tropas españolas ascendían a unos 150 000 hombres, 100 000 en la región occidental y 50 000 en la oriental.

Las cabilas estaban obligadas a la *muna*, es decir, a mantener a los contingentes acantonados en su territorio. Como las cabilas eran, en general, pobres, los víveres escaseaban, sobre todo en épocas de malas cosechas, muy

frecuentes, aunque aquellos aguerridos combatientes con poco se contentaban: podían sustentarse durante 24 o 48 horas con solo un pan de cebada y cebollas. Algunos testimonios hablan de que podían estar dos días de operaciones militares con un pan y varios higos secos. Esto y frutas del tiempo era lo que tenían de ordinario como alimento. Con todo, la presencia en el territorio de una tribu, de combatientes con los que existía la obligación de mantener, podía crear malestar y originar tensiones entre la población, sobre todo en periodos de penuria y escasez después de una mala cosecha[23].

Fuentes españolas atribuían a Abd el-Krim en la primavera de 1926, antes de su rendición a las autoridades francesas, un ejército de 60 000 hombres, aproximadamente[24], cifra, sin duda, exagerada, si los efectivos que cada tribu aportaba ascendían a unos 600 o 700 hombres. Abd el-Krim contaba entonces con la sumisión incondicional de 40 cabilas y parte de otras 10, de las 66 que formaban parte del Protectorado español, es decir que más de dos terceras partes de la zona permanecían bajo el poder de Abd el-Krim. Eso, sin olvidar que no todas las fuerzas movilizadas estaban en los frentes de guerra al mismo tiempo, sino que había relevos. De las 66 cabilas del Protectorado español, solo estaban sometidas al comienzo de las operaciones 14 completas y 11 incompletamente; y al terminar las operaciones quedaban sometidas por completo 55 y, en parte, 7, es decir que durante ese tiempo se habían ocupado 37 cabilas completas y parte de otras 4.[25] El armamento recogido al enemigo había sido de 28 488 fusiles, 135 cañones, 8 morteros, 240 ametralladoras y una enorme cantidad de municiones y material de guerra[26].

Además de combatir, el ejército rifeño construía trincheras, precedidas de espacios minados en los accesos más peligrosos. Asimismo, acondicionó profundas cuevas o abrigos subterráneos para resguardarse de la artillería y de los aviones españoles[27]. A estos abrigos, que también servían para esconder cañones y provisiones, se refirió Hô Chí Minh como precedente de los construidos por el Vietcong durante la Guerra de Vietnam.

Armamento del ejército rifeño y tráfico de armas

Aunque los cabileños que acudían a engrosar los efectivos que cada tribu aportaba a la resistencia rifeña solían llevar consigo su fusil, el combate que se libraba allí exigía armas más potentes. Además de hacerse con el armamento tomado a los españoles cada vez que caía una posición —solo en la región oriental fueron cayendo una tras otra unas 130 posiciones—, en el Rif era ya tradicional el contrabando de armas, ya fuera desde la zona francesa, desde Tánger o por mar. De los cuatro millones de pesetas, uno en

plata y tres en billetes del Banco de España que recibió Abd el-Krim por el rescate de los prisioneros, después del Desastre de Annual, el jefe rifeño repartió parte de esa cantidad entre los jefes de las facciones de Beni Urriaguel y de otras cabilas del Rif que formaban parte del bloque de la resistencia, y el resto lo dedicó, entre otras cosas, a crear y reorganizar algunas fuerzas, así como a comprar armamento[28]. Otro dinero dedicado a la adquisición de armas era el procedente de los bienes habices (*habus*, plural *ahbâs*, en árabe) o fundaciones piadosas. Abd el-Krim, como jefe de la harca de Beni Urriaguel, pregonaba una orden a todos los administradores de los bienes habices de las cabilas para que entregasen a la harca los productos de aquellos, con objeto de dedicarlos a comprar municiones[29].

El armamento de los combatientes rifeños estaba compuesto sobre todo por fusiles, ametralladoras, granadas de mano, morteros y cañones. Los rifeños fabricaban bombas construidas con botes de conservas cargadas de explosivos y metralla. La mayor parte del material de guerra, particularmente los fusiles y las municiones, provenía del contrabando. Así, no tardaron en proliferar los traficantes de armas, de los que se llevó la palma el británico Alfred Percy Gardiner, en el que vamos a detenernos, pues es representativo de cierta clase de aventureros dedicados a este tráfico. Gardiner, excapitán del Ejército británico, inició sus contactos con los rifeños en la primavera de 1923, con ocasión del viaje de M'hamed, el hermano de Abd el-Krim, a París, adonde se había trasladado con el objetivo de comprar armas. Gardiner poseía un yate, el *Sylvia*, dedicado al contrabando de guerra, que permanecía en diciembre de 1923 atracado en el Quai de Tokio, en el Sena, y que había salido de París el 16 de diciembre y viajado por los canales hasta Marsella. Desde aquí, emprendió viaje al Rif, supuestamente con contrabando de guerra. El excapitán Gardiner había dejado luego el *Sylvia* en Gibraltar y viajado con frecuencia a París, donde mantuvo contactos con diversas personas[30]. Posteriormente, el *Sylvia*, que no reunía las condiciones para dedicarse a este tipo de tráfico, permaneció atracado en el puerto de Gibraltar[31], mientras que Gardiner adquiría un barco más potente, el *Star of the Orient*, que llegaba a Amberes en julio de 1924, y en el que cargó de forma clandestina cajas que contenían armas. Gardiner partió luego a Cherburgo y, desde allí, al Rif. El 26 de agosto el *Star of the Orient* llegó a Marsella, donde aún permanecía a finales de diciembre, mientras Gardiner hacía numerosos viajes de Marsella a París[32].

Los embajadores de España en París y Londres, Quiñones de León y Merry del Val, respectivamente, vigilaban estrechamente cada paso de

Gardiner y de sus socios en los territorios francés y británico a través de una red de confidentes, particularmente eficaces algunos de ellos. Los despachos de Londres acerca de «agentes enemigos en el exterior de nuestra zona», del 30 de diciembre de 1924, contenían extensas informaciones de un tal Mathews, «aviador eficaz», que había estado al servicio de Gardiner, que le habría prometido 100 libras cuando hubiese recibido el dinero de Abd el-Krim, aunque no llegó a recibir más de 10. Al sentirse engañado por Gardiner, a Mathews no le costó demasiado irse de la lengua. Contó el viaje al Rif que había realizado con Gardiner en el *Star of the Orient*, en el que transportaban 500 fusiles procedentes de Alemania y Holanda. Cuando llegaron cerca de la bahía de Alhucemas, tuvieron que burlar la vigilancia de los cañones españoles hasta lograr entrar en la bahía y desembarcar el cargamento. Habían pasado nueve días con los rifeños antes de regresar a París con Gardiner, que habría recibido de Mohamed Hitmi, cuñado de Abd el-Krim, 1500 libras en pago por los fusiles. Mathews manifestó que luego había regresado a Londres y cortado sus relaciones con Gardiner, para entablar tratos con un tal Thomas Israel Parrot, que le había ofrecido un contrato firmado por el que se comprometía a pagarle 1000 libras por llevar a Hitmi a Londres. Parrot, otro traficante de armas, esperaba poder comprar el *Star of the Orient* para utilizarlo después, con el pretexto de llevar medicamentos a los rifeños amparado por Cruz Roja, en el contrabando de armas**[33]**.

Las informaciones de la embajada española en Londres entraban con frecuencia en el terreno privado del cotilleo. Así, nos enteramos de que Mathews tenía relaciones amorosas con la sobrina de Gardiner, que era quien lo mantenía. También nos enteramos de que la esposa de Gardiner debía pagar 90 libras de réditos de una hipoteca sobre el *Star of the Orient*, que le exigían los hipotecarios para que el barco pudiera salir de Marsella con un cargamento de velas y azúcar para Orán, aunque, en realidad, era para el Rif. La sobrina de Gardiner era la responsable de la hipoteca sobre el barco, pues había adquirido la propiedad del *Star of the Orient* con 200 libras que le había dado Gardiner y las 2000 que levantó sobre el mismo barco constituían el gravamen. Si Mathews se mostraba tan lenguaraz era porque estaba sin blanca y necesitaba dinero como fuera. Sin duda, podría atraerle la idea de delatar el asunto a las autoridades españolas que, conocedoras de su situación, pensaron en la posibilidad de proponerle información a cambio de dinero**[34]**. Hijo de un ganadero de la provincia de Oxfordshire, Mathews era un aventurero sin escrúpulos, dispuesto a venderse al mejor postor. Así, había pasado de servir a

Gardiner a trabajar para Parrot, que le pagaba 7 chelines diarios más los gastos de viaje[35]. La policía británica lo tenía vigilado y facilitó al embajador de España en Londres información del personaje. De Mathews se decía que lo mismo se pondría al servicio de la Dirección General de Seguridad que de una partida de facinerosos con tal de ganar dinero. En resumidas cuentas, era una persona de pésima reputación.

Mathews reconoció haber acompañado a Gardiner al Rif a bordo del *Star of the Orient*, con objeto de examinar la topografía desde la perspectiva del uso de aeroplanos. No olvidemos que Mathews se decía «aviador». El barco iba en aquella ocasión cargado de fusiles y municiones y consiguió burlar la vigilancia de los buques de guerra españoles y desembarcar la mercancía. Asimismo, Mathews confesó que Gardiner había estafado a Hitmi, razón por la que se le había sustituido por Parrot como agente de Abd el-Krim y de los rifeños en Londres. Informó también de que Parrot tenía, o creía tener, una opción sobre todas las concesiones en el Rif y enseñó el documento firmado por Parrot en el que le prometía a Mathews 10 000 libras si atraía a Londres a Hitmi en un aeroplano. El proyecto resultaba totalmente irrealizable por falta de fondos. El Gobierno británico, por su parte, estaba sobre aviso y tendría cuidado de no conceder permiso de exportación a ningún aeroplano perteneciente a «aquellos individuos»[36].

Gardiner compró otro yate, el *Silver Crescent*, con el que proseguir su actividad de contrabando de armas. Denunciado por quiebra fraudulenta, Gardiner ingresó en la cárcel, aunque con posterioridad fue absuelto por el tribunal de Londres y se creía que pronto se haría a la mar en el mencionado yate. En previsión de ello, se pedía que lo vigilasen para evitar que pudiese realizar contrabando de armas con los rifeños[37].

Según relató Mathews, Gardiner había tenido también problemas con los rifeños, a quienes, como refiere Hitmi, quiso engañar y llegó a hacerlo en más de una ocasión. Gardiner, que había comprado el *Sylvia* por 1500 libras, pretendía vender la embarcación a Abd el-Krim por 3000, algo que este, sabedor de las estafas de Gardiner, no aceptó[38]. Además de la famosa emisión de billetes del «Banco Nacional del Rif», que terminaron por ser arrojados al mar, hubo otras estafas de Gardiner relacionadas con el contrabando de guerra. Después del episodio de los falsos billetes bancarios, Gardiner regresó al Rif con 3000 litros de gasolina, aunque Hitmi le había dicho que era mejor que llevase armas, para lo que Gardiner reclamaba dinero. Como los rifeños no se fiaban de él, hicieron que lo acompañase Mesaud Civera y le entregaron 100 000 pesetas. Gardiner puso rumbo a

Ámsterdam, desde donde se trasladó a Lieja para comprar allí fusiles que adquirió por medio de un belga, ante el que hizo pasar a Civera por un «general sudamericano». Hay que admitir que el trapicheo en este mundillo de estafadores y traficantes de armas no estaba a veces exento de anécdotas chistosas.

En el mes de agosto, Gardiner viajó al Rif con 400 fusiles, 30 toneladas de azufre y 300 quintales de sal. Reclamaba a Hitmi 80 000 pesetas por el alquiler del barco que transportaba estas mercancías, pero este, que encontraba la cantidad exagerada, le entregó 42 000 por el flete del navío y 15 000 en concepto de comisión. Habría estado dispuesto a abonarle el resto en caso de que una carta del propietario del barco le demostrase que el total del alquiler ascendía a 80 000 pesetas[39]. El *Star of the Orient* era propiedad de Gardiner y no alquilado, con lo que Gardiner pretendía cargar a los rifeños la hipoteca que pesaba sobre la embarcación. Cuando Gardiner se dio cuenta de que los rifeños no estaban dispuestos a dejarse engañar, decidió dirigirse a otras latitudes en busca de nuevos incautos, como eran los países bálticos, en los que existía la «ley seca», lo que le brindaba la ocasión de llevar allí a cabo contrabando de bebidas espirituosas[40].

La leyenda de una aviación rifeña

Arma ofensiva eficaz, terrible máquina de matar, la aviación fue, por antonomasia, el arma de exterminio del siglo XX. La Primera Guerra Mundial ya había puesto de manifiesto el importante papel que la aviación militar podía desempeñar, no solo como medio suplementario de información —fotos aéreas, vuelos de reconocimiento—, sino también como poderosa arma ofensiva. Fue a partir de 1917 cuando los países beligerantes pensaron en utilizar los bombardeos aéreos para una acción ofensiva.

Los franceses crearon la aeronáutica en 1912 y los británicos creaban el mismo año el Royal Air Corps, que pasó a constituir la RAF (Royal Air Force). Con respecto a otros países europeos como Alemania, a pesar de las restricciones impuestas por el Tratado de Versalles en 1919, los alemanes creaban en 1924 la Luftwaffe, como parte de la Wehrmacht (Ejército), que se reorganizó tras la llegada de los nazis al poder en 1933. Así, los principales países europeos empezaron a dotarse de aviación militar.

La aviación española fue utilizada por primera vez en Marruecos en 1913, cuando una escuadrilla de 13 aviones, 9 pilotos y 6 observadores se trasladaron en octubre de ese año al Protectorado y efectuaron su primer vuelo de reconocimiento el 2 de noviembre y el primer bombardeo el 17[41].

La misión asignada a la aviación española tras el Desastre de Annual y los trágicos sucesos de julio-agosto de 1921 se limitó a tratar de abastecer a los sitiados en Zeluán y Monte Arruit, no siempre con éxito, ya que tanto los panecillos como las municiones (cartuchos) que arrojaban los aviones caían las más de las veces fuera de la posición e iban a parar a manos de los rifeños[42]. Solo a partir de septiembre de 1921, cuando el Ejército logró reorganizarse y recuperar poco a poco una parte de los territorios perdidos fue cuando la aviación empezó a desempeñar un papel más relevante en las operaciones de guerra, sobre todo por su apoyo al avance de las tropas, en particular de la Legión. Los incesantes bombardeos y vuelos rasantes, en los que los aviones ametrallaban a los combatientes y a la población civil, mostraron que la aviación era un arma eficaz para enfrentarse a un enemigo que carecía de ella.

En julio de 1921, cuando se produjo la derrota de las armas españolas en Annual, el único aeródromo de la región oriental estaba situado en Zeluán, a unos 30 kilómetros de Melilla, y en el momento del ataque de los combatientes rifeños no disponía más que de cinco aviones del modelo De Havilland 4. Impotentes para resistir la ofensiva de los rifeños, los militares del aeródromo prendieron fuego a los aviones para inutilizarlos[43]. Los rifeños habrían podido apoderarse de esos cinco aviones, pero carecían de pilotos y demás personal de vuelo, con lo que se propusieron dotarse no solo de aviones, sino también contratar los servicios de pilotos extranjeros.

Aunque los rifeños no llegaron nunca a contar con aviación, conviene que nos detengamos en sus intentos de adquirir aviones. En marzo de 1923, M’hamed viajaba a París en compañía de Mohamed Hitmi, que le servía de secretario, y como guías para sus asuntos a Balloul, profesor del liceo Sainte-Barbe, y al equipo de redacción del periódico *France-Afrique*. La misión del hermano de Abd el-Krim en París consistía en dar a conocer la causa rifeña en Francia y comprar armamento, aviones incluidos. M’hamed permaneció en París hasta mediados de junio de 1923 y regresó a Marruecos la primera semana de julio, pasando por Marsella-Argel-Tremecén-Uxda-Taurirt. Dejaba a Hitmi y a Balloul encargados de proseguir las gestiones encaminadas a la compra de aviones[44]. A pesar de que no lo consiguieron, los intentos no cesaron, solo que con otros actores con los que los rifeños establecieron contacto gracias a la intermediación del caíd Haddu ben Hammu, oriundo de la cabila de Bocoya, pero que residía en Port-Say (Argelia).

Los nuevos actores eran José Abad, de origen español; y Nicolas Mazella, de origen italiano, ambos nacidos en Argelia. José Abad, que habría sido

aviador durante la Primera Guerra Mundial, fue presentado a Haddu ben Hammu por Nicolas Mazella, armador de un barco de 200 toneladas, y ambos fueron presentados a Abd el-Krim por el mencionado caíd. Abd el-Krim aceptaba dar a Abad y Mazella el «monopolio de los asuntos comerciales», pero a cambio les pedía uno o dos aviones de caza, pagaderos a su llegada al Rif, así como los gastos de transporte y sus viajes. Tanto Abad como Mazella firmaron el 15 de octubre de 1923 con el Gobierno de la República del Rif un «contrato de honor», en virtud del cual Abad, «expiloto-aviador» del Ejército francés, se comprometía a crear y dirigir un «Ministerio de Aviación», para el que debía suministrar para empezar aparatos de caza, pilotos, mecánicos y especialistas en montar aviones. Recibiría como honorarios por un año una cantidad no especificada, pagadera la mitad a la firma del contrato y el resto a la expiración del mismo. En cuanto a la otra parte contratante, es decir, la República del Rif, se comprometía a considerar como solo y único «proveedor general» a los señores Abad y Mazella.

El número de aparatos de aviación que Abad se había comprometido a entregar a los rifeños ascendía a 17, además del personal competente, mientras que su socio, Mazella, que se presentaba como «armador», se comprometía, en virtud de dicho documento, a poner a disposición de Abd el-Krim un barco para el transporte de toda clase de elementos y material de guerra. Con objeto de poder realizar estos proyectos, Abad viajó en noviembre de 1923 a París, donde se puso en contacto con sociedades constructoras de aparatos de aviación y pilotos aviadores, para comprar los primeros y contratar los segundos. El caso es que Abad y Mazella se presentaron después al cónsul de España en Orán, a quien pusieron al corriente de todos los manejos que se traían con Abd el-Krim, a cambio de una retribución en metálico. Entre los documentos que mostraron al cónsul figuraba el contrato suscrito con la República del Rif, los firmados con los pilotos aviadores contratados y las ofertas hechas por sociedades constructoras de aeroplanos. El cónsul de España en Orán transmitió estos informes al embajador de España en París, quien pudo comprobar, por una gestión realizada en esa capital, la existencia de las personas y de las sociedades constructoras mencionadas en los documentos presentados por Abad y Mazella.

Abad viajó de nuevo en marzo de 1924 a París e intentó ponerse en contacto con el embajador de España. Al no conseguirlo, entregó, a su regreso, al cónsul en Orán una nota con sus propuestas, en las que resumía los propósitos de Abd el-Krim, que, según él, consistían en bombardear en julio,

cuando ya dispondría de varios aviones, dos plazas de África y dos o tres poblaciones de la Península. Todo ello, además, por supuesto, de la actividad militar que el jefe rifeño desplegaría. Abad presentaba con tintes muy sombríos las ventajas que Abd el-Krim obtendría si no recibía su ayuda y, por el contrario, lo que España ganaría si él propio Abad, desbarataba esos planes. Con este fin, había llegado incluso a pensar en la posibilidad de capturar a Abd el-Krim si, como él creía, el jefe rifeño subía a borde de un avión que él haría que aterrizase en las líneas españolas. Además de esta captura, Abad ofrecía la casi segura de Haddu ben Hammu; la de Mohamed Azerkan, ministro de Asuntos Exteriores de la República del Rif y cuñado de Abd el-Krim; y la del primo del jefe rifeño, quienes, según Abad, formaban el Estado Mayor de Abd el-Krim. Abad proponía que la captura de estos se realizase haciendo que los tres embarcasen en el vapor *Léon et Tony,* que, más tarde, los españoles se encargarían de detener en sus aguas jurisdiccionales. Como no podía ser menos, Abad pedía como retribución por estos servicios 350 000 pesetas o, si no, que los españoles le comprasen un avión, aunque fuera viejo, con su abrigo correspondiente, un vapor de 200 a 300 toneladas, un automóvil de 40 cv y material auxiliar. Solicitaba también alguna concesión en Alhucemas, tan pronto como los españoles ocuparan la región. Abad garantizaba alcanzar los fines propuestos, con la intervención constante del cónsul de España en Orán, a quien se mantendría continuamente al corriente de todos los acontecimientos[45].

Entretanto, Haddu ben Hammu, «delegado de la República del Rif» y valedor de Abad y Mazella ante Abd el-Krim, escribía desde Uxda a Abd el-Krim el 15 de octubre de 1923 para comunicarle que el jefe rifeño aceptaba sus propuestas relativas al monopolio de los asuntos comerciales, pero que no le daría ningún anticipo hasta que no le hubiesen suministrado uno o dos aviones de caza, pagaderos sobre el terreno en las costas rifeñas, más los gastos de transporte y los desplazamientos[46].

El contrato firmado por la República rifeña y los dos individuos de marras constaba de cuatro puntos, en el primero de los cuales Abad se comprometía, como ya se ha dicho, a «crear y dirigir un Ministerio de Aviación» y, para empezar, debía entregar de inmediato «aparatos de caza, pilotos, mecánicos y especialistas en montar aviones»; el personal y el material se llevarían al lugar que indicara Haddu ben Hammu, «enviado y encargado de negocios del Gobierno de la República rifeña». Mohamed Azerkan, ministro de Asuntos Exteriores de la República rifeña, fijaba como honorarios que entregar a Abad durante un año la suma de (cantidad no especificada), pagadera la mitad a la

expiración del contrato, es decir, un año a partir de la firma del mismo; el contrato podría ser renovado, si así lo deseaban las dos partes de común acuerdo. A la firma del contrato, Azerkan depositaría en el Banco de Orán o de París, y a nombre de Abad, una carta de crédito y concedería a este plenos poderes para disponer de esa carta según las necesidades derivadas del servicio aéreo.

El Gobierno de la República del Rif se comprometía a tomar como único «proveedor general» a los señores Abad y Mazella, que comprarían todos los suministros y se encargarían del transporte con la ayuda y lugares indicados. Mohamed Azerkan se comprometía con este fin a abrir, a nombre de Abad y Mazella, una segunda carta de crédito, que no tendría nada en común con la primera, es decir, la referente a la organización de un vapor que no debía sobrepasar los 300 000 francos, el cual pertenecería de derecho al Gobierno rifeño, y, de hecho, a Abad y Mazella. Ese vapor se pondría a disposición del Gobierno rifeño cuatro veces al año para el transporte de suministros y el resto del año Abad y Mazella podrían disponer de él, sin pagar nada por ello al Gobierno rifeño. El vapor podía también pasar a ser propiedad de Abad y Mazella, si estos reembolsaban al Gobierno rifeño el precio de la compra del vapor. Como retribución, Mohamed Azerkan autorizaba a Abad y Mazella a retener sobre la carta de crédito el 20 por ciento de la suma de las compras efectuadas por ellos, además de los gastos generales y del pago de los transportes al tipo de cambio del día. En los contratos con el Rif no solía faltar nunca una parte consagrada a la explotación de recursos. Así, Abad y Mazella se comprometían a explotar, entre otros, minerales y bosques, así como su exportación al extranjero. El reparto de los beneficios sería de un 25 por ciento para Abad y Mazella y un 75 por ciento para el Gobierno rifeño. Además, a Abad se le nombraba, nada menos, que ¡delegado general del Gobierno de la República rifeña en París[47]!

Todo lo estipulado en estos documentos era, por supuesto, papel mojado. Un puro disparate, como prometer la luna. Ya hemos visto cómo Abad contactaba con las autoridades españolas para cobrar una retribución por informarlas de los proyectos de Abd el-Krim de adquirir armamento, sobre todo aviones, e incluso les había propuesto un plan rocambolesco para capturar a Abd el-Krim y a otros jefes rifeños. Abd el-Krim habría expresado a Abad su deseo de subir con él en el avión y había que decidir si aterrizaba, con el jefe rifeño a bordo, en las líneas españolas, en cuyo caso Abad estaría «quemado» y su papel terminaría allí, o bien si era preferible que permaneciese entre los rifeños para trabajar en favor de los españoles. A

Azerkan y M’hamed, el hermano de Abd el-Krim, podría capturarlos en el vapor *Léon et Tony*, que pertenecía a Mazella. Para despistar y no levantar sospechas era preciso que los españoles capturasen también a Abad y Mazella, a quienes soltarían al cabo de cierto tiempo. Este plan urdido por los dos granujas consistía en conseguir que embarcasen en el mencionado vapor él y Mazella, el caíd Haddu ben Hammu y, probablemente, Azerkan y el primo de Abd el-Krim. El vapor iría cargado de gasolina, de dos automóviles, de un avión de caza y de doce ametralladoras, de manera que se pudiera probar que allí había contrabando de guerra y se pudiera justificar la captura del caíd, que no era súbdito francés. La tripulación estaba compuesta por marineros de Mers-el-Kebir (Mazalquivir) férreos adeptos de Mazella. Teniendo en cuenta que el caíd Haddu ben Hammu confiaba ciegamente en Mazella y no dudaría en embarcar en el *Léon et Tony*, así como en inducir a los otros dos a que embarcasen también, la captura, que se llevaría a cabo en aguas territoriales españolas, no ofrecía mayores dificultades.

Ahora bien, para ejecutar este audaz plan se necesitaban, cómo no, fondos para la compra de un barco de 350 a 400 toneladas, que sustituyera al *León et Tony* en el servicio que hacía este vapor; un automóvil de 40 cv y, de ser posible, un avión de ocasión, con un abrigo también de ocasión. Este plan exigía, además, otros fondos para el mantenimiento y los gastos generales de material según las necesidades. El total de la suma que se necesitaría ascendía a 350 000 pesetas. Como recompensa a sus servicios, Abad y Mazella pedían que ese material pasase a ser de su propiedad y que, llegado el momento, se les hiciera una concesión minera en el Rif, cuya importancia fuese acorde a los servicios prestados**[48]**.

Como se ve, se trataba de una estafa en toda regla, en la que aquellos dos bribones redomados, que dejaban en mantillas a nuestros grandes pícaros de los siglos XVI y XVII, el Lazarillo de Tormes y Guzmán de Alfarache, se proponían engañar no solo a los rifeños, sino también a los españoles. Así lo entendía el Negociado de la Oficina de Marruecos que, en nota del 3 de abril de 1924, opinaba, con respecto a Abad y Mazella, que se trataba de «dos aventureros de la más baja condición moral». La mencionada Oficina no dudaba de que Abd el-Krim quisiera servirse de ellos para alcanzar sus objetivos, sobre todo en lo concerniente a los tan deseados aeroplanos, pero ello no bastaba para que las autoridades españolas adoptasen una política de inteligencia con «semejantes individuos». El interés de España aconsejaba, no obstante, no cortar las relaciones con ellos, ya que era una forma de hacer gastar dinero a Abd el-Krim, «sin conseguir ningún fruto apreciable»,

mientras que todo lo que fuese mermar al jefe rifeño recursos económicos le convenía a España, no solo en términos materiales, sino también por ver en el enemigo «fracasados sus principales propósitos». Al mismo tiempo, era conveniente mantener conversaciones, lo más discretas posible, con los que estaban en contacto directo o indirecto con Abd el-Krim y alimentar sus esperanzas sin comprometer a las autoridades españolas. Es decir, se trataba de engañar a individuos acostumbrados, como buenos aventureros, a desconfiar de todo y a valerse de cualquier cosa. Por otro lado, la Oficina de Marruecos podía también hacer una propuesta concreta a Abad, consistente en ofrecerle una remuneración en metálico a cambio de entregar a Abd el-Krim a los españoles. Tal propuesta se consideraba, no obstante, un arma de doble filo e irrealizable, con lo que lo mejor sería seguir entreteniendo a Abad con promesas para estar al tanto de lo que quisiera contar de Abd el-Krim[49].

Sin embargo, aunque el plan de Abad era poco creíble, las autoridades españolas dejaban abierta la puerta a esa posibilidad. Desde la Presidencia de la Oficina de Marruecos, el general Gómez-Jordana manifestaba al cónsul de España en Orán, en una carta del 12 de junio de 1924, que, aunque el asunto carecía de interés, dada la poca verosimilitud de semejante designio, el cónsul quedaba autorizado para manifestar en la forma que estimase más conveniente, que si las circunstancias les permitiesen realizar «la captura y entrega de los cabecillas rebeldes a las autoridades españolas, podría contar con la seguridad de una recompensa proporcionada a la magnitud del servicio»[50]. El Gobierno español no cayó en la trampa de aquel tándem de estafadores, que, desde el primer momento, fueron desenmascarados.

En cuanto a la compra de aviones, Edmond de Marçais, administrador-delegado de la Sociedad Anónima de Estudios y Construcciones Aeronáuticas, envió el 6 de diciembre de 1923 un telegrama a Abad, tras la visita que este había hecho a la fábrica, en el que le confirmaba los precios y condiciones de un «avión rápido de turismo» derivado del tipo de los que producían entonces ellos en su fábrica. Las características generales eran monoplaza-biplaza, provisto de un motor Hispano-Suizo de 300 cv y de instrumentos de vuelo. El precio del aparato, entregado en Orán, ascendía, para las dos primeras unidades, a 180 000 francos cada una y para los siguientes cinco aparatos, a 115 000 francos cada unidad, es decir, a 1 050 000 francos. El plazo de entrega del primer avión era de dos meses a partir de la fecha del pedido. Las condiciones de pago eran la mitad del precio del pedido y el resto una vez presentados los documentos de envío[51].

El precio total de los 17 aviones sería de 1 985 000 francos, una cantidad muy elevada para la época, y cabe preguntarse cómo los rifeños habrían podido pagar la factura. Pero eso poco le importaba a Abad, dispuesto a ver si los rifeños mordían el anzuelo y él se sacaba un buen pellizco. José Abad firmó con Edmond de Marçais, el 6 de diciembre de 1923, un contrato en virtud del cual este último se comprometía a suministrar a Abad dos aviones de turismo monoplaza-biplaza al precio por unidad de 250 000 francos, lo que sumaba un total de 500 000. El plazo de entrega de los dos aparatos sería para el primero de dos meses y medio y, para el segundo, de tres meses después del pedido en firme. Para los diez siguientes, el precio ascendería a 165 000 francos por unidad, o sea, que el total llegaba a 1 650 000 francos. Como posdata se especificaba que el contrato no sería efectivo sino a partir del pedido en firme de los dos aparatos, a los que ya nos hemos referido[52]. Es inútil decir que nunca hubo tal pedido y, por tanto, el contrato de marras jamás llegó a ser efectivo.

Toda esta historia rocambolesca terminó con la compra en Argelia de cuatro aviones de marca francesa y la contratación de dos aviadores, R. Perrier y E. Millot. Uno de los aparatos, con el caíd Haddu ben Hammu a bordo, se averió en Tremecén y las autoridades francesas le permitieron retomar el vuelo, después de que la tripulación afirmara que se dirigía a Rabat. En cuanto a los otros tres aviones vendidos a los rifeños no eran más que chatarra[53]. Cuando se difundió la noticia de la llegada de un avión al Rif, las autoridades francesas de Argelia tomaron las medidas necesarias para que los otros tres no pudieran reunirse con el primero[54]. Entretanto, se intentaba reclutar pilotos para formar una escuela rifeña de aviación. Como los aviadores reclutados no fueron autorizados a trasladarse al Rif, Haddu ben Hammu se las arregló para que entraran de manera clandestina. Aunque se reforzó la vigilancia entre las dos zonas de Protectorado, los dos aviadores Perrier y Millot consiguieron llegar al Rif guiados por *rekkas* (correos) que conocían el camino a la perfección[55]. Los rifeños acondicionaron un terreno de aviación, pero los bombardeos de los aviones españoles impidieron a Perrier y a Millot hacer su trabajo. El único aparato que Abd el-Krim logró tener y que los rifeños mantenían escondido en algún lugar de la cabila de Bocoya (este sería, al parecer, un Potez 15) no tardó en ser detectado y destruido por aviones españoles. La presencia de los dos aviadores franceses en el Rif no tenía ya sentido. A finales de junio de 1923, ambos estaban de vuelta en Uxda y el 24 de dicho mes dirigieron una carta a Mohamed Azerkan en la que le pedían que diese órdenes para liquidar los sueldos acordados en

sus contratos. Según esa carta, el saldo de la cuenta de Millot ascendía a 26 000 francos, de los que habría cobrado 18 000 y le quedaban por cobrar 8600. En cuanto al de la cuenta de Perrier, este ascendía a 31 233 francos, de los que habría cobrado 21 200 y le quedarían por percibir 10 033. Debían trasladarse a Argel —decían en la carta—, pero se habían quedado en Uxda a causa de ese pago y contaban con que Azerkan, de acuerdo con el caíd Haddu ben Hammu, hiciese lo necesario para que se les pagaran a vuelta de correo las cantidades debidas. Asimismo, esperaban instrucciones de Azerkan y de Haddu ben Hammu, en el caso de que quisieran renovar sus contratos. ¡Todavía no habían recibido la totalidad de sus emolumentos y hablaban ya de renovar sus contratos! Aquella era, sin duda, una ocasión de oro de ser pagado por pasearse, ya que uno se pregunta que más habrían podido hacer en el Rif, desde el momento en que no pudieron completar el trabajo para el que habían sido reclutados. No es de extrañar que se oyese decir a Azerkan que habían guardado el mejor recuerdo del Rif.

La carta de Perrier y Millot iba acompañada del extracto de la cuenta bancaria de cada uno. Para Millot, se ve que su sueldo era de 6000 francos al mes, desde el 7 de enero al 7 de mayo de 1923, más 13 días, del 7 al 22 de mayo, de 2600 (200 francos al día), lo que arrojaba un total de 26 600 francos. De esa suma, Millot habría cobrado 2178 francos, que le había entregado el 10 de marzo el caíd Haddu en Hammu; 2500 francos entregados a la señora Millot; factura vajilla, ropa de cama, provisiones, 1321, 40 francos; recibido del caíd Alluch el 11 de abril en Ain Zemuren, 6000 francos; y recibido de Buyibar en Axdir el 20 de abril, 6000 francos, lo que hacía que las cantidades pagadas a Millot ascendiesen a 18 000 francos y el resto montante debido a 8600. Con respecto a Perrier, su sueldo era de 7000 francos al mes (del 7 de enero al 7 de mayo de 1923), más 13 días, del 7 al 22 de mayo, de 3033 francos. A esta cantidad venían a sumarse 200 francos por una hora de vuelo, lo que hacía que el total de las cantidades debidas alcanzase los 31 033 francos. Además, había enviado a la señora Perrier la cantidad de 2500 francos, así como una factura de vajilla, ropa de cama y provisiones por un valor de 1428,60 francos. Del caíd Alluch había recibido el 15 de mayo en Ain Zemuren la cantidad de 7000 francos; y de Buyibar, el 20 de abril, 7200 francos, lo que hacía un total de las cantidades pagadas a Perrier de 21 200 francos y el resto de la cantidad debida de 10 033[56].

No parecía que los rifeños estuviesen dispuestos a pagar el coste de los sueldos que les debían a los dos aviadores. El caíd Haddu ben Hammu, a quien se le reclamaban, hacía oídos sordos con el pretexto de que ya se les

había abonado todas sus remuneraciones[57]. Sabía que los dos aviadores no podían presentar una denuncia contra él, que estaban atrapados, ya que, si lo hacían, se denunciarían a sí mismos de haber trabajado para los rifeños a las autoridades francesas, lo que podía llevarlos ante un consejo de guerra[58]. Al mismo tiempo, Haddu ben Hammu hacía que Azerkan y Buyibar le enviasen telegramas en los que ambos aseguraban no deber nada a los dos aviadores. El telegrama de Azerkan informaba a Haddu ben Hammu de que los aviadores habían sido pagados íntegramente y el de Buyibar que el asunto había concluido «el día de la entrega del contrato»; también un extracto del telegrama de Azerkan, en el que este eludía con habilidad cualquier responsabilidad y trataba de echarle la culpa a los demás.

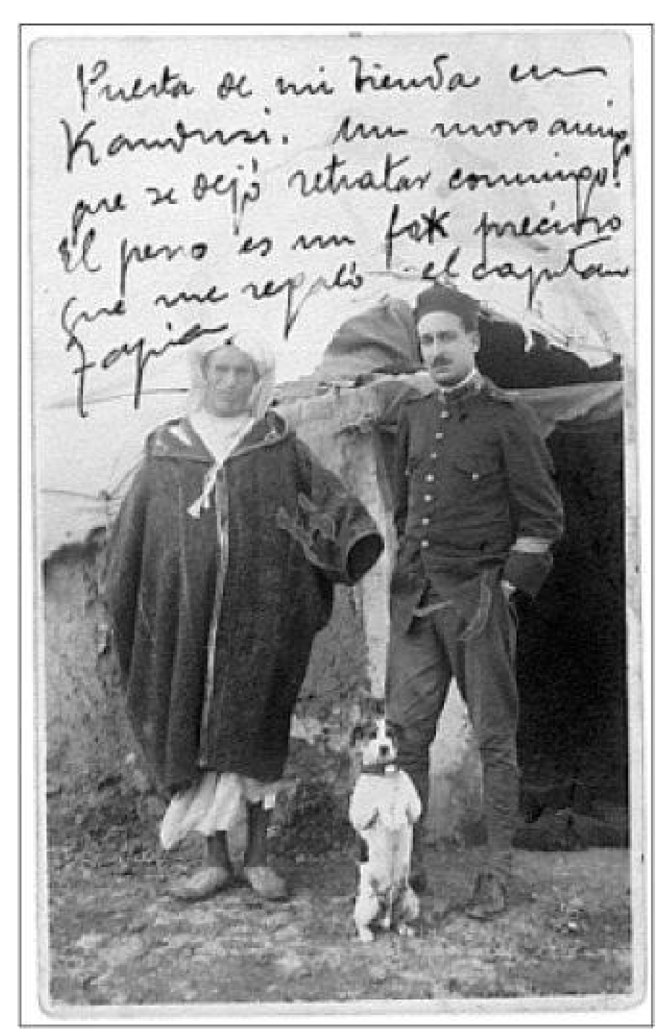
Fue así como terminó el episodio de la compra de aviones y la aventura de los aviadores al servicio de la República del Rif, cuya actividad se limitó a una hora de vuelo. Contrariamente al bulo que circuló en la época, y que cierta prensa a la caza de noticias sensacionalistas difundió con profusión, Abd el-Krim no llegó nunca a tener aviones. También era falso el rumor de que el Gobierno rifeño hubiese prometido pagar 30 000 francos al mes a pilotos voluntarios. Ya hemos visto que los emolumentos de los dos únicos pilotos contratados por la República del Rif estaban lejos de percibir esa suma. Por un lado, la falta de medios de los rifeños y, por otro, las medidas adoptadas por el Gobierno español para que las compañías extranjeras constructoras de aviones se abstuvieran de vendérselos a los rifeños impidieron a Abd el-Krim disponer de esta arma de guerra, cuya eficacia en manos españolas y francesas demostró ser temible.

La Oficina de Marruecos, de la Presidencia del Directorio Militar de España, daba, a los embajadores de España en Londres, Roma, Bruselas, Berlín y Washington instrucciones de entablar con las autoridades competentes las gestiones necesarias para conseguir que las compañías de fabricación de aviones rechazasen las propuestas de compra de aparatos que pudieran dirigirles los rifeños. El embajador de España en París, Quiñones de León, ya había hecho lo necesario en este sentido, así como obtenido del presidente del Consejo que el Departamento de Aviación diese a las casas francesas de construcción de aviones órdenes de rehusar la venta de aeroplanos a los rifeños[59].

EL EJÉRCITO RIFEÑO A TRAVÉS DE LA GUERRA DEL RIF

Indisociable de la situación creada en el Rif por la guerra fue la división del territorio controlado por la resistencia en sedes administrativo-militares, también judiciales, llamadas *mahkama* (plural árabe, *mahâkim*), literalmente «tribunales». El término utilizado para designar estas divisiones administrativo-militaro-judiciales proviene de la raíz *h-k-m*, la cual expresa la idea, tanto de juzgar como de gobernar.

Además de la Gran Mahkama, situada en Axdir, capital de Estado rifeño, con la que las demás estaban en contacto a través de una red telefónica, las *mahkamas* eran cuatro: la de Ajchab Umgar, en el territorio de la cabila de Tensaman, que englobaba las cabilas de Beni Said, Beni Ulichek, Tensaman, Beni Tuzin, Beni Bu Yahi, Metalza y una parte de Gueznaia; la *mahkama* instalada en Beni Bu Frah, que englobaba a Gomara y el sector occidental en general; la de Targuist, que englobaba a Sandhadya de Srair, Marnisa, Beni Amret y una parte de Gueznaia; y, por último, la *mahkama* de Tagsut (Beni Hassan), que fue establecida después de la retirada de los españoles de Xauen en noviembre de 1924. Al frente de cada *mahkama* había un *kabīr al-mahala* (jefe de ejército) o *hākim* (gobernador), que estaba en estrecho contacto con la Gran Mahkama de Axdir, de la que recibía las órdenes del alto mando y a la que mantenía al corriente de la evolución de la situación en el sector. Estas *mahkamas* eran, pues, regiones civiles y militares y los que estaban al frente una especie de gobernadores civiles y militares al mismo tiempo, sin olvidar otras funciones relevantes como la de administrar justicia[60].



El sargento de infantería Francisco Basallo con un «moro amigo» a la entrada de su tienda en Kandussi. El perro que aparece entre ellos, atendiendo a la leyenda, había sido un regalo de un capitán al suboficial. En el texto autografiado de Basallo puede leerse: «Puerta de mi tienda en Kandussi. Un “moro amigo” que se dejó retratar conmigo. El perro es un fox precioso que me regaló el capitán Tapia». Colección Alfonso Basallo.

Poco sabemos acerca de cómo funcionaban exactamente estas *mahkamas* en la práctica. Los jefes militares o gobernadores civiles y militares al mismo tiempo de las *mahkamas* tenían que contar, por supuesto, con la confianza absoluta de Abd el-Krim, quien, al menor signo sospechoso de flaqueza, no dudaría un instante en destituirlos y reemplazarlos por otros que fueran absolutamente leales.

Algunas de las reformas introducidas por Abd el-Krim en la reorganización del gobierno tribal, como las *mahkamas*, fueron mantenidas por la administración colonial española una vez que hubo terminado la Guerra del Rif en julio de 1927. En este sentido, Abd el-Krim les facilitó el trabajo, aunque, naturalmente, los caídes que le eran adeptos fueron sustituidos por

otros partidarios de la potencia colonial. Sin embargo, no fueron pocos los que, al cambiar oportunamente de bando, siguieron en sus puestos.

Podemos considerar que la Guerra del Rif comienza abiertamente después de Annual, pero de manera más o menos velada desde que el general Fernández Silvestre fue nombrado comandante general de Melilla en febrero de 1920 y lanza su ofensiva a partir de la primavera de ese año, con la mirada puesta en la conquista de la bahía de Alhucemas. Recordemos brevemente las etapas de esta escalada. A finales de febrero de 1920, el coronel Morales, jefe de la Oficina de Asuntos Indígenas, advertía de que la sumisión de la cabila de Tafersit arrastraría a la de Beni Said, así como las de Beni Ulichek, Beni Tuzin y Tensaman y eso abriría la vía hacia Beni Urriaguel y hacia toda la costa de Alhucemas. La cabila de Beni Said, donde un grupo de resistentes parapetados en el monte Mauro había conseguido detener durante años el avance de las tropas, era, pues, muy importante, ya que constituía el umbral del Rif central, la puerta de entrada a ese territorio. La ocupación de Tafersit exigía tomar previamente una llanura atravesada por el río Kert, con objeto de proyectar desde allí un movimiento envolvente sobre la cabila de Beni Said. Dar Drius, situado en la parte norte de esa llanura, en el territorio de la cabila de Metalza, fue ocupado el 15 de mayo de 1920. Fernández Silvestre esperaba establecer en esta posición la base de las futuras operaciones militares y el centro de la acción «política» en las cabilas vecinas del alto Kert.

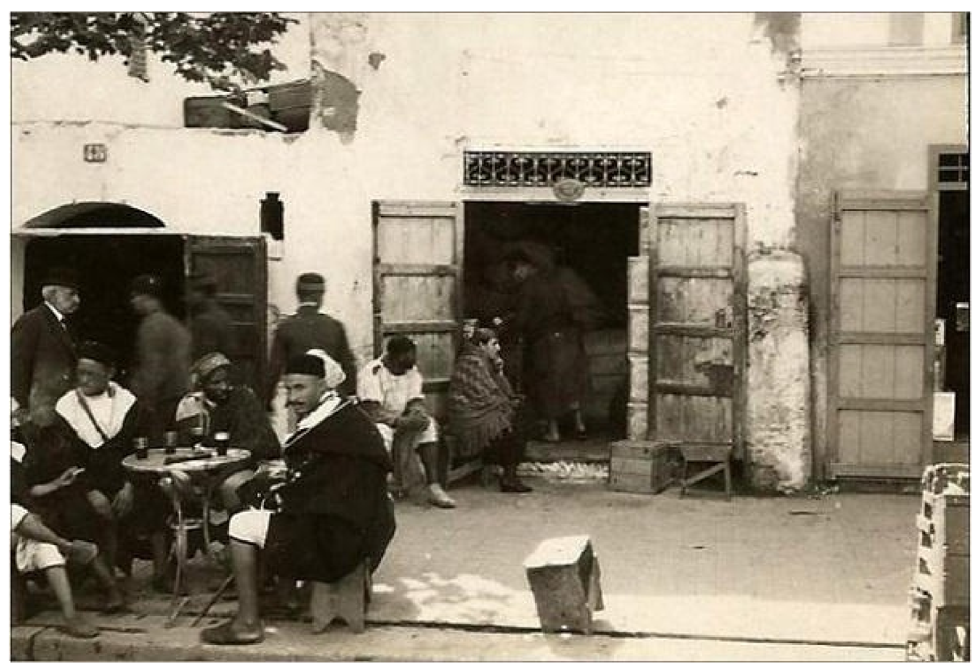
En junio de 1920, las tropas españolas estaban establecidas en diversas posiciones que les facilitaban el avance hacia Tafersit, ocupado el 7 de agosto, después de vencer la resistencia de un grupo de combatientes. A los pocos días, las tropas españolas ocupaban Azib de Midar, con el propósito de avanzar luego hacia la costa. El plan preveía, junto con las operaciones militares, desarrollar una intensa labor «política», consistente, sobre todo, en la «compra de voluntades» es decir, el soborno de una serie de notables de las cabilas, los conocidos como «moros adictos» o «moros amigos de España», como el cheij Mohamed Belcherif, cuyo asesinato por resistentes rifeños supuso un serio contratiempo para los españoles al propiciar cierta indecisión en la cabila de Beni Tuzin, con el agravante de que los de Beni Ulichek se unieran a los de Beni Said. El objetivo de Fernández Silvestre era separar a los de las dos primeras cabilas de los de esta última, con cuyo fin se proponía ocupar varias posiciones en Beni Ulichek, donde un fuerte «partido español» facilitaba el avance de las tropas españolas.

La cabila de Beni Said anunciaba que se mantendría neutral mientras la acción no fuera dirigida contra su territorio y los de una de las cinco

fracciones de la cabila habían manifestado a las Oficinas de Asuntos Indígenas su deseo de someterse. Mientras Fernández Silvestre propugnaba operaciones militares que facilitaran el avance de las tropas españolas, el alto comisario, general Dámaso Berenguer, pensaba que era preciso consolidar antes la «acción política», que, como ya hemos dicho, consistía, fundamentalmente, en distribuir entre los notables elevadas cantidades de dinero para evitar la formación de «harcas enemigas» y propiciar la de «harcas amigas».

A principios de diciembre de 1920, Fernández Silvestre reactivó las operaciones militares en Beni Ulichek, donde fueron ocupadas diversas posiciones, que acarreó la sumisión de varios jefes de la cabila. La sumisión de la parte oriental de la cabila, limítrofe de Beni Said, llevó a la sumisión de esta última. Quedaba por capturar el monte Mauro. El 11 de diciembre ondeaba en su cumbre la bandera española. Con la ocupación de Beni Said y la parte oriental de Beni Ulichek, el plan de operaciones previsto por Fernández Silvestre había sido ejecutado por completo. No obstante, el general pensaba que el frente de los nuevos territorios ocupados necesitaba ser protegido de los ataques de los resistentes de las cabilas colindantes, por lo que pidió al alto comisario autorización para establecerse en una serie de posiciones de protección, entre las que figuraba Annual, que fue ocupado el 15 de enero de 1921, así como Sidi Dris en la costa, ocupado en marzo. La ocupación de estas cabilas había resultado, no obstante, demasiado fácil como para no preguntarse acerca de las circunstancias que lo habían hecho posible. Berenguer decía en una carta a Fernández Silvestre que la situación de aquellas cabilas, «en las que existe un estado verdaderamente crítico por el hambre que reina en el Rif, te han permitido avanzar más nuestras líneas»[61]. La situación era la misma en Yebala y Gomara, donde la atroz hambruna que sufría la población había contribuido a debilitar la resistencia. Numerosas informaciones de la época lo confirman. En un despacho del 14 de diciembre de 1920 al encargado de negocios de Gran Bretaña en Tánger, el vicecónsul británico en Tetuán decía:

> […] Las malas cosechas en toda la zona han provocado una hambruna tan grande, que incluso se registraron varios casos de envenenamiento por el consumo de raíces venenosas, y un éxodo sin precedentes de los habitantes. Un gran número de rifeños —hombres y mujeres— han llegado a Tetuán en busca de trabajo y comida y varios cientos de hombres se han alistado en las tropas indígenas españolas. Los españoles han aprovechado esta situación favorable para avanzar en las cabilas de Beni Ulichek y Beni Said […].[62]



Tetuán, década de 1920. En la imagen aparecen nativos sentados en torno a un establecimiento y se aprecia el bullicio de negocios y viandantes. Fotografía de Fernando Puell Sancho. Colección Fernando Puell de la Villa.

En el avance de Fernández Silvestre en dirección a Alhucemas quedaba aún la cabila de Tensaman, cuyos jefes principales se habían presentado a principios de enero al coronel Morales, con excepción del jefe de la fracción de Tugrut, que se había abstenido por temor a represalias. En el territorio de esta fracción, estacionaba en Yub el Kama la harca de Beni Urriaguel, compuesta en su mayor parte por contingentes de esta cabila y por algunos de Bocoya y Beni Tuzin. Fernández Silvestre consideraba que antes de proseguir la acción militar había que consolidar el dominio de la zona ocupada e intensificar la acción «política». El plan de avanzar y ocupar nuevas posiciones parecía quedar de momento aparcado hasta que las circunstancias fueran propicias, cuando de súbito se decidió capturar Abarrán. A la ocupación de este puesto, al amanecer del 1.º de junio de 1921, y a su pérdida el mismo día por la tarde, ya nos hemos referido anteriormente, por lo que no vamos a extendernos en este punto, baste decir que este puesto se tomó sobre la base de los informes del comandante Villar, jefe del sector de policía del Kert, y que, tal y como Silvestre decidía los avances, si hasta entonces no había ocurrido ninguna desgracia era porque la resistencia rifeña los permitía, en espera de la ocasión de poder atacar. La calificación de la pérdida de Abarrán como un «hecho aislado», «un lamentable contratiempo»[63] significaba que Fernández Silvestre no era consciente de la gravedad del revés, preludio de otros muchos. A partir de Abarrán, la resistencia rifeña

cambió sus procedimientos de acción: ahora estaba dotada de organización, dirección, más recursos y mejor armamento[64].

Aunque resignado a seguir momentáneamente las instrucciones del alto comisario de no lanzarse a nuevas operaciones militares en dirección de Alhucemas, Fernández Silvestre, para hacer más efectiva la acción en la cabila de Beni Tuzin, que había dado muestras de hostilidad después de la caída de Abarrán, concibió el proyecto de tomar Igueriben, situado a 6 kilómetros de Annual. La harca que la sitiaba esperaba conseguir la rendición de la posición por hambre, sed y agotamiento de las municiones. A partir del 17 de julio, los convoyes no lograron pasar y, desde ese día, no se pudo tampoco hacer la aguada, con lo que la guarnición careció de agua. El mayor tormento que sufrieron los sitiados de Igueriben fue la sed; hizo más estragos entre los soldados españoles que las balas enemigas. La mayoría de los defensores de Igueriben murió. Los oficiales perecieron todos, excepto el teniente Casado, que cayó en manos de los rifeños y terminó preso de Abd el-Krim en Axdir[65]. Poco después de Igueriben cayó Annual la noche del 22 de julio. En torno a la caída de esta posición se ha escrito mucho, por lo que no voy a extenderme en contar las vicisitudes de aquel trágico suceso. Aquí, de nuevo, los rifeños esperaban que la posición también se rindiera por hambre, sed y agotamiento de las municiones. Hay que decir que se trataba de una posición de valor estratégico muy deficiente, cuya aguada situada a 3 kilómetros, en un barranco, era batida desde el campo enemigo. El teniente coronel Pérez Ortiz la describió como una «verdadera ratonera»[66].

El caso es que no hubo un ataque en toda regla a Annual por parte de la harca rifeña. Aunque esta hostilizaba la posición, no parece que, en ningún momento, la hubiera asaltado abiertamente, ni que se propusiera hacerlo en la mañana del 22 de julio. La falsa voz de alarma del capitán Carrasco desencadenó el pánico. No había, ni mucho menos, miles de harqueños avanzando sobre Annual, sino un nutrido grupo de rifeños que, tras celebrar una reunión aquella madrugada, se dirigía a relevar las guardias más tarde que de costumbre[67]. No hubo, pues, ningún ataque a Annual. La posición fue evacuada sin ser atacada, como más tarde se evacuaron la mayoría de las posiciones del territorio. Lo que sí parece seguro es que la retirada «por sorpresa», dispuesta por Fernández Silvestre, fue una auténtica sorpresa para los rifeños, que no se lo esperaban. Parece que el primer sorprendido fue el propio Abd el-Krim, que estaba lejos de suponer que los acontecimientos se precipitarían con la rapidez con que lo hicieron[68]. La desbandada de Annual arrastró consigo el desmoronamiento de todos los puestos hasta las puertas de

Melilla. Las fuerzas españolas replegadas en Monte Arruit terminaron por rendirse el 10 de agosto. Todo el territorio conquistado en doce años a costa de mucho dinero y mucha sangre se había perdido en 21 días. España volvía a encontrarse como en 1909 en lo concerniente a la Comandancia General de Melilla. El *Expediente Picasso* trató de desentrañar las causas de la catástrofe.

La recuperación del territorio perdido en la región oriental empezó el 12 de septiembre de 1921, es decir, 56 días después del Desastre, ya que el general Berenguer no quería iniciar antes esta ofensiva sin disponer antes de todo el material de guerra y municiones, así como del número de hombres que consideró necesario y que, a finales de agosto, ascendía a 60 000 hombres. La ocupación de Zoco el Arbaa tuvo lugar el mismo 12 de septiembre; y el 17, la de Nador, que los rifeños habían evacuado después de sufrir un intenso bombardeo. El 2 de octubre las tropas españolas tomaban Sebt; el día 5, Atlatén; el 10, el monte Gurugú; y el 14, Zeluán. Aunque mayor valor tendría para el honor herido del Ejército la «reconquista» de Monte Arruit, el 24 de octubre.

La política de «tierra quemada» practicada por el Ejército había vaciado el territorio de habitantes que huían en masa a refugiarse entre las cabilas dominadas por Abd el-Krim, en la orilla izquierda del Kert. El plan de Berenguer, que consistía en alcanzar la desembocadura de este río, estaba previsto para finales de octubre, pero tuvo que retrasarse hasta el 3 de noviembre debido al ataque de los combatientes rifeños, al mando del hermano de Abd el-Krim, M’hamed, a numerosas posiciones de Gomara y, con ello, el peligro de que quedase cortada la comunicación entre Xauen y Tetuán. M’hamed demostró ser durante la Guerra del Rif un hábil estratega al frente de combatientes rifeños. En este sentido, conviene señalar que, para las cuestiones técnicas y militares, Abd el-Krim delegaba en M’hamed, en quien confiaba plenamente, tanto en el plano humano como en el profesional.

La Columna Sanjurjo, que llevaba en vanguardia a la Legión, encontró una fuerte resistencia una vez rebasado Atlatén y tuvo que librar un duro combate, en el que acumuló numerosas bajas. La toma de Ras Medua tuvo lugar el 21 de noviembre, siguiendo la misma táctica aplicada en precedentes ocupaciones: primero, la artillería y la aviación bombardeaban intensamente la posición y, luego, las fuerzas de choque —legionarios y Regulares— se lanzaban al asalto. Esta táctica la aplicaron más tarde en la Guerra Civil española las fuerzas de choque que combatían en las filas franquistas.

Después de la recuperación de los territorios perdidos en el verano de 1921 en la región oriental del Protectorado, asistimos a un periodo en el que

los frentes conocen cierta estabilización, con el agravante para los españoles de que el incendio de la revuelta se extendió a lo largo de 1924 por todo Gomara y Yebala. Esto hizo que el abastecimiento de las posiciones resultase cada vez más difícil y las bajas en los convoyes que trataban de surtirlas cada vez más elevadas. En agosto y septiembre de 1924 fueron constantes los asaltos tanto a las líneas de comunicación como a las posiciones. Las tropas españolas, a pesar de ser muy superiores en número, encerradas en posiciones dispersas por Yebala y Gomara, no conseguían hacer frente a la ofensiva de los rifeños y de las nuevas cabilas que se habían unido al movimiento de resistencia.

La idea de abandonar la mayoría de las posiciones y replegarse a la costa, preconizada por el general-dictador Miguel Primo de Rivera, se iba abriendo camino cada vez más. Iniciada con el abandono de la línea del Lau (Gomara) y del sector de Beni Arós (Yebala), la retirada, a lo que se conocería como la «línea Primo de Rivera» proseguía con el abandono del valle del Lucus. El número de posiciones abandonadas ascendió a unas 180, pero la retirada más importante fue la de Xauen, ocupada por las tropas españolas en 1920, y en la que el 14 de diciembre de 1924 entraban las fuerzas rifeñas al mando de M’hamed, el hermano de Abd el-Krim. La ocupación de Xauen por los rifeños tuvo una enorme resonancia en toda la zona y contribuyó poderosamente a aumentar el prestigio de Abd el-Krim.

Las victorias de la resistencia rifeña en la zona española tuvieron, por supuesto, importantes repercusiones en la zona francesa, donde se registraba cierta actividad a finales de diciembre de 1924. Es indudable que Abd el-Krim deseaba evitar un enfrentamiento con los franceses, pero le era muy difícil oponerse a las presiones de los jefes que reclamaban la presencia rifeña en el valle del Uerga. Las fracciones de las tribus limítrofes de las dos zonas, los Beni Zerual y los Sendhaya en particular, estaban divididas entre partidarios de los franceses y de Abd el-Krim. En el caso de los Beni Zerual, los partidarios de los franceses contaban con el apoyo del jerife Abderrahman Derkaui, quien, desde su zagüía de Amyot, irradiaba su enorme influencia en la región y hacía una potente propaganda contra Abd el-Krim. Tal actividad le había valido, ya en abril y mayo de 1924, que otros Beni Zerual, enemigos de la presencia francesa, lo atacasen con ayuda de contingentes rifeños.

Cuando en los territorios al norte del Uerga, ocupados por el general de Chambrun, al mando del grupo de operaciones de la región de Fez, dejó de haber contingentes rifeños no era previsible que se produjeran enfrentamientos entre los franceses y Abd el-Krim. Ambas partes trataban de

evitarlos, lo que no le impedía a este incitar una activa propaganda entre las tribus limítrofes de las ocupadas por los franceses, a cuyos emisarios soliviantaban con sus prédicas. Algunas cabilas, como la de Gueznaia, situada al norte de Taza; Senhaya de Srair, próxima a los puestos fronterizos del Uerga; otras del alto Uerga, como la de Metiua (no confundir con otra del mismo nombre en la zona española); y la fracción de Beni Ulid, de los Beni Zerual, se alzaban contra la presencia francesa. Las tropas encargadas de la construcción del puesto de Bu Adel fueron atacadas el 6 de junio por elementos de esas tribus, encuadradas por rifeños. Rechazadas tras sufrir importantes bajas, volvían a atacar hasta que fueron obligadas a retirarse. El alfaquí Bulahia (de la cabila de Beni Tuzin en la zona española) ordenaba un nuevo asalto al campamento de Abu Adel el 8 de junio, pero el número de bajas fue tan elevado que los ataques cesaron al día siguiente y desde entonces se limitaron al hostigamiento a las tropas francesas a distancia y a hostilizar a las tribus sometidas con acometidas a los aduares, seguidos de razias e incendios de las cosechas. Esas acciones se extendieron por toda la región de Taza, al norte del frente francés. Fracciones de tribus que habían hecho actos de sumisión a los franceses empezaban a agitarse y a dar muestras de disidencia, mientras que en las tribus insumisas se asistía a una movilización general. Frente a los puestos franceses entre el Uerga y el M’sum operaban cuatro agrupaciones, la más importante de las cuales se hallaba concentrada al este, en el territorio de la cabila de Gueznaia. Aunque detrás de la agitación contra los franceses había elementos rifeños, los que cometían las agresiones contra los puestos eran los propios cabileños. En realidad, a quienes se enfrentaban los franceses era a estos últimos, no a los rifeños. No obstante, sabemos que jefes rifeños como Bulahia y otros extendían entre las tribus limítrofes de las dos zonas una activa propaganda en favor de la causa rifeña.

A finales de 1924, se señalaba el paso por la cabila de Beni Zerual de varios «agentes de propaganda» de Abd el-Krim, junto con rumores de la próxima llegada de una harca a Tazzuguert, con vistas a un ataque sobre el Uerga, proyectado para la siguiente primavera[69]. Por otra parte, Abd el-Krim había convocado a los notables del alto Uerga a Axdir y proseguía entre los Beni Mestara, los Sendhaya de Gheddo y los Marnisa el reclutamiento de contingentes para combatir a los españoles. Ya en 1925, el alfaquí Mohamed Zghari, con el apoyo de los jefes rifeños estacionados entre los Metiua, continuaba su propaganda destinada a conseguir la adhesión de los Beni Zerual a la causa de Abd el-Krim. Señalaban la llegada de un grupo de 400

rifeños entre los Ketama y los Metiua, al norte y al este de los Beni Zerual. Corrían también rumores de la próxima instalación de contingentes rifeños en Tazzuguert, así como de una embestida en Amyot en la zagüía del jerife Derkaui, que trataba de recuperar su influencia para neutralizar la propaganda rifeña.

Más al este se observaba la llegada de contingentes rifeños destinados a fortalecer los puestos de observación repartidos entre los Sendhaya de Gheddo, en la parte opuesta al frente, del alto Leben a Kifan. Los franceses reforzaban el sector de Taurirt, mientras los rifeños respondían incrementando los destacamentos de observación. Además, instalaban más líneas telefónicas y acondicionaban nuevas pistas. En todo el frente francés surgían flamantes organizaciones defensivas, zanjas y abrigos instalados por los rifeños[70], sobre todo para resguardarse de la artillería y de los intensos bombardeos de la aviación.

La situación de las tribus fronterizas de la zona francesa aparecía cada vez más revuelta, particularmente en la cabila de los Beni Zerual, donde en algunas fracciones prosperaba la influencia del jerife Derkaui, mientras que, en las fracciones orientales de la tribu, el alfaquí Zghari seguía su propaganda en favor de la causa rifeña. La propaganda más intensa se ejercía, sobre todo, entre los Beni Zerual, a quienes M'hamed, el hermano de Abd el-Krim, había anunciado su próxima llegada. También entre los cabileños de Gueznaia[71].

El mes de enero de 1925 transcurría sin que la situación experimentase notables cambios. Los cabileños estaban esencialmente preocupados por la sequía que asolaba la región. En la cabila de Ajmás, en la zona española, se producía una sublevación contra Abd el-Krim, fomentada, al parecer, por el Raisuni. Un destacamento rifeño estacionado en aquel territorio fue masacrado. El movimiento contra Abd el-Krim trataba de extenderse por todo Yebala, feudo tradicional del Raisuni, sin conseguirlo, salvo en algunas tribus, en las que los jefes retomaban contacto con los españoles. Cabría atribuir este cambio de actitud al cansancio de las poblaciones, a la acción del Raisuni y al dinero de los españoles[72]. A finales de enero de 1925, Ahmed el-Jeriro, antiguo partidario del Raisuni, pero que había terminado por unirse a Abd el-Krim, atacaba con 400 combatientes el reducto de Tazarut, donde se había hecho fuerte el Raisuni, a quien capturó. Trasladado al Rif, el Raisuni murió en abril de muerte natural, a los dos meses de cautiverio.

Con el objetivo de excitar el celo de las tribus disidentes, transmitirles sus órdenes y organizarlas, Abd el-Krim envió a la zona francesa grupos de hombres instruidos, pertenecientes, sobre todo, a su propia tribu, es decir, la

de Beni Urriaguel. Los contingentes reclutados por Abd el-Krim se utilizaban, en general, en su propio territorio, que defendían con denuedo. En periodos de calma, volvían a sus quehaceres pero, a la primera alerta, retornaban al frente.



Escena cotidiana de zoco con indígenas en la ciudad de Xauen. Archivo de Jorge Bosch Díaz. Colección Sánchez Vigil.

El enemigo al que los grupos móviles franceses tenían que hacer frente al norte del Uerga se componía, pues, en esencia, de tribus disidentes que actuaban en su propio territorio, contingentes de tribus vecinas que acudían en su ayuda y un reducido núcleo de rifeños que dirigía el conjunto. El general Serrigny, director de los Servicios de la Secretaria General del Consejo Superior de la Defensa Nacional, decía en su informe al presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra que los franceses no se batían contra rifeños propiamente dichos, sino contra tribus, ayer sometidas y, en aquel momento, disidentes, que los rifeños lanzaban contra ellos. Según Serrigny, las «bandas disidentes» utilizaban procedimientos bastante simples, pero sabían aprovechar muy bien el terreno y cavar trincheras-abrigos para protegerse de los efectos de la artillería francesa. En general, daban pruebas de gran valor, resistían en sus posiciones hasta la embestida y sabían servirse preferentemente de granadas de mano en el combate de proximidad. Los franceses pensaban que muchos de los contingentes reclutados en las tribus del Uerga no combatían por devoción al jefe rifeño, sino por temor a las posibles represalias de los agentes de Abd el-Krim y sus «procedimientos fanáticos»[73].

No cabe duda de que entre los combatientes había algunos que, impulsados por su fervor, cometían excesos, reprobables a ojos de Abd el-Krim, que estaba particularmente interesado en probar que respetaba las reglas de la guerra entre naciones civilizadas, pero cuyos métodos expeditivos tampoco podía desautorizar, so pena de perder su apoyo y adhesión. Los franceses confiaban en que muchos contingentes reclutados por Abd el-Krim en las tribus abandonarían la causa rifeña cuando la balanza dejase de inclinarse del lado del jefe rifeño. No iban, quizá, muy descaminado, ya que es casi una constante en el Rif, como en otras latitudes, que cuando en una tribu la correlación de fuerzas no la favorecía y se encontraba en situación de inferioridad, la tribu se sometía o hacia el simulacro de someterse, en espera de tiempos mejores para volver a sublevarse. Abd el-Krim, consciente de su inferioridad militar frente a Francia, no actuaba tomando la ofensiva con sus propias harcas más que en los límites necesarios para arrastrar a las tribus que quería sublevar contra los franceses y para que permanecieran bajo su control.

La acción militar inicial de Abd el-Krim consistió en invadir el 12 de abril de 1925 con sus propias tropas el territorio de los Beni Zerual, lo que le resultó fácil, porque solo encontró enfrente algunos centenares de partidarios de los franceses. Poco a poco, tal acción se fue desarrollando después en las tribus al norte del Uerga, donde había puestos franceses, que fueron sitiados. Más tarde, Abd el-Krim reclutó contingentes en las tribus invadidas para evitar exponer a sus propias tropas rifeñas, que solo intervenían en bajo número para instruir y organizar a las tribus arrastradas a la disidencia. La lucha de Abd el-Krim en la región ocupada por los puestos franceses le permitía batirse en condiciones de superioridad al contar con la ventaja del terreno, algo que sus hombres sabían aprovechar al máximo.

Los franceses tenían el convencimiento de que los planes de Abd el-Krim no se limitaban a acciones locales en el valle del Uerga, sino que su objetivo era el levantamiento de todo Marruecos, empezando por las tribus cercanas a Fez, sin la intervención de tropas rifeñas, sino propiciando las condiciones adecuadas para que fueran las propias poblaciones las que se sublevaran contra la ocupación francesa[74]. En este sentido, Abd el-Krim llevaba a cabo una intensa ofensiva política, que los franceses llamaban «infiltración», que consistía en enviar al otro lado del Uerga, y hasta Fez y el Atlas, emisarios aislados con la misión de movilizar a las poblaciones e incitarlas a la revuelta. El método de la «infiltración» forma parte indisociable de la «guerra popular revolucionaria», tal y como la practicó años más tarde el Vietcong, en la que Abd el-Krim, como en otras cuestiones, fue pionero. Los emisarios no solo

reunían todo tipo de informaciones útiles acerca de la situación en el territorio, sino que también realizaban una intensa labor de captación, para la que, a veces, recibían el apoyo de grupos de jinetes que se dirigían de noche a la residencia de los jefes de las tribus, cuya adhesión se perseguía, y que podían ser objeto de amenazas, pillajes, incendios y otros actos violentos, si rehusaban unirse a ellos y pasar a la disidencia. Se vio que los numerosos puestos militares fijos, con escasos efectivos, servían para tiempos de paz, pero, si cambiaba la situación, no podían garantizar una cobertura militar del frente. Eran puntos débiles, incapaces de oponerse a los intentos de «infiltración». Durante la ofensiva de Abd el-Krim, de abril a julio de 1925, de más de sesenta puestos militares, los franceses perdieron cuarenta.

Abd el-Krim, al pensar que el territorio de la cabila de Beni Zerual no estaba bien delimitado en el Tratado de Protectorado de 1912, intentó en varias ocasiones negociar con las autoridades francesas del Protectorado, destinadas a definir los límites entre este y los territorios controlados por los rifeños. Los franceses siempre se negaron, porque toda negociación con Abd el-Krim habría significado su reconocimiento como el único poder existente en la zona española.

Pese a la difícil situación que atravesaba el Protectorado francés, el mariscal Lyautey, residente general francés, era reacio a una colaboración con España. La idea de Lyautey consistía en circunscribir la acción francesa al plano puramente local de los Beni Zerual y otras cabilas de la zona que se habían sublevado, sin intervenir para nada, salvo para acciones puntuales en la zona española. Sin embargo, no era esta la opinión del Estado Mayor francés ni la del mariscal Pétain y su entorno, favorables a una extensión de la guerra, una «escalada»[75] en colaboración con España, idea en la que coincidían algunos militares españoles.

A partir de abril y mayo de 1925 se empezó a hablar en España cada día más de la conveniencia de una colaboración franco-española. En mayo, viajaba a Madrid el ministro francés de la Guerra, Louis Malvy, y, a principios de junio, el contraalmirante Antonio Magaz, vicepresidente del Directorio Militar presidido por el general Miguel Primo de Rivera, que anunciaba la próxima reunión de una conferencia franco-española para fijar las modalidades de cooperación entre ambos países. La conferencia iniciaba sus trabajos en Madrid el 17 de junio y los finalizó el 25 de julio. El desembarco de Alhucemas, previsto para el 8 de septiembre, estaba en marcha. En él participaron unos 15 000 hombres, la mayoría pertenecientes a las fuerzas de choque y a «harcas amigas», algunas mandadas por jefes

españoles, como Varela y Muñoz Grandes y otras, de caídes colaboracionistas.

Conviene recordar que, para los militares franceses de la escuela de Pétain, la Guerra del Rif supuso un magnífico terreno de experimentación de las nuevas armas, entre las que la aviación ocupaba un lugar privilegiado[76]. Su papel fue fundamental, no solo en el desembarco de Alhucemas, en el que participaron 136 aviones y 18 hidroaviones, a los que se sumaron 6 bombarderos franceses, sino también en todo el curso de la contienda. Además de bombas explosivas e incendiarias, la aviación utilizó gases tóxicos, que no solo causaron miles de víctimas en la población, sino que también contribuyeron a minar la moral de los combatientes.

El plan conjunto franco-español era el de ir estrechando el cerco en torno de Abd el-Krim, con las tropas españolas avanzando a partir de Axdir y las francesas desde el sur. El 23 de septiembre, efectivos españoles coronaban el monte Malmusi y el 2 día de octubre penetraban en Axdir, donde los legionarios saquearon la casa de Abd el-Krim y, siguiendo su costumbre inveterada, efectuaron varias razias.

Aunque el desembarco de Alhucemas y la posterior toma de Axdir fueron un duro golpe para Abd el-Krim, este, que se había refugiado en el interior de la cabila de Beni Urriaguel, en Temasint, seguía controlando una parte importante del Rif central, así como de las regiones de Gomara y Yebala. El periodo de octubre de 1925 a marzo de 1926 marcó el punto culminante de su poderío. Aunque los sufrimientos de la población por los bombardeos y la hambruna que se abatió sobre la zona, así como la defección de muchos caídes, antaño partidarios suyos, llevaron a Abd el-Krim a tomar la decisión de rendirse. Lo hizo a los franceses el 27 de mayo de 1926. Fue deportado a la isla de la Reunión, en el océano Índico, en la que permaneció en el exilio hasta 1947, cuando el barco que lo trasladaba al sur de Francia hizo escala en Port Said y Abd el-Krim pidió asilo político a las autoridades egipcias, que se lo concedieron. En cuanto a la Guerra del Rif, continuó con otros jefes, oficialmente hasta el 10 de julio de 1927, fecha en que el general Sanjurjo anunció su final. Pero esta ya es otra historia.



Soldados de Artillería posan con obuses Mata de 150 mm, mod. 1891. Década de 1920. Colección Ángel Sanset.

La labor ha de ser constante y decidida, pues cualquier interrupción en ella, por pequeña que sea, echa por tierra todo lo que anteriormente hubiera podido conseguirse a fuerza de sangre, dinero y habilidad política.

Teniente general Francisco Gómez-Jordana, noviembre de 1918.

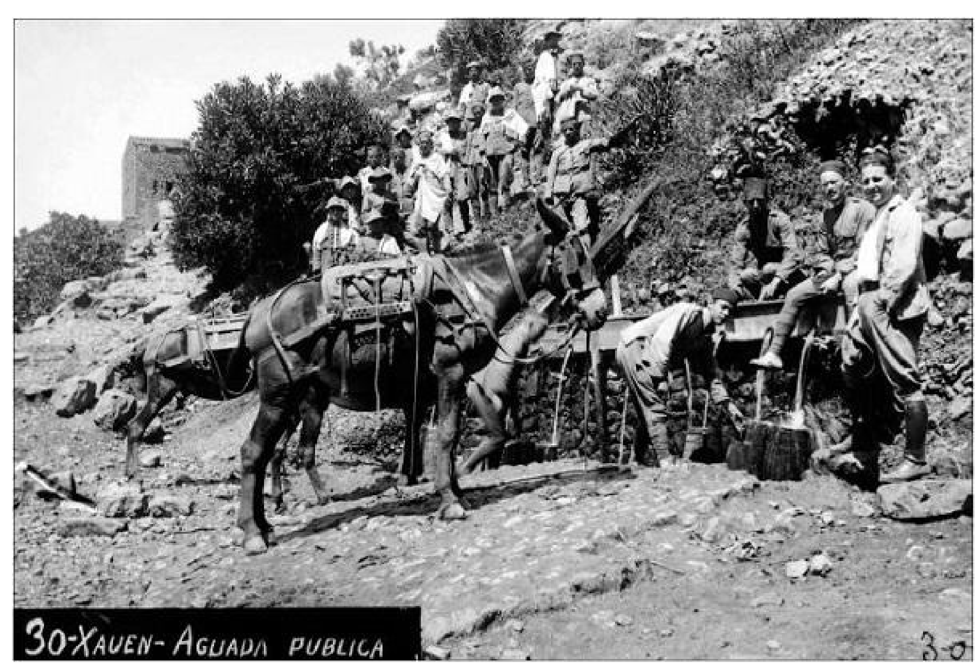
4

DOCE AÑOS DE SANGRE, DINERO Y NEGOCIACIONES (1909-1921)

Francisco Escribano Bernal

El conocimiento que en general se tiene en España acerca de las campañas en Marruecos se limita al combate del barranco del Lobo y sus repercusiones en la Semana Trágica, el Desastre de Annual y el desembarco de Alhucemas. Aparte de eso, la población apenas tiene un recuerdo muy básico en el que se mezclan cuestiones sociopolíticas, la memoria del 98 y algunas proezas bélicas, por lo que se conoce realmente poco de lo ocurrido entre 1909 y 1921[1]. Se da el caso de que incluso en publicaciones especializadas se explica este periodo de forma desequilibrada, ya que se centran en acontecimientos en el entorno de Melilla, Ceuta o Tetuán como si fueran independientes, lo que dificulta la comprensión global de los acontecimientos[2].

El origen de este desconocimiento se encuentra en la difícil orografía del norte de Marruecos, donde los sistemas montañosos (Yebala, Gomara y Rif) y los cursos de agua torrenciales impedían la existencia de buenos caminos. A ello se sumaban las peculiaridades del clima, con una acusada estacionalidad de veranos muy calurosos e inviernos con temporales de agua e incluso nieve en las cumbres de más de 2000 metros de altitud. El resultado era la compartimentación física y política del medio millón de habitantes de las más de 70 cabilas repartidas en los valles de los 22 000 kilómetros cuadrados asignados a España en el Tratado de Fez de 1912 (*vid*. Capítulo 1). En consecuencia, podría parecer que nada tuvieran que ver las operaciones militares de la mitad oriental (Melilla) con los de la occidental (Ceuta-Tetuán-Larache). En este capítulo se pretende mostrar la evolución militar en el Protectorado español del norte de Marruecos como un todo, destacando los paralelismos y la alternancia de sucesos de las dos zonas, pese a que nunca hubiera contacto terrestre entre las fuerzas españolas de ambas, que, en julio de 1921, estaban separadas por los más de 150 kilómetros entre Xauen y Annual[3].



El capitán Bosch con un grupo de soldados y un par de mulas haciendo la aguada en la ciudad santa de Xauen. Archivo de Jorge Bosch Díaz. Colección Sánchez Vigil.

LA CAMPAÑA DE MELILLA (1909)

El entorno de Melilla estaba controlado en 1907 por Yilali Mohamed el-Yusfi, Bu Hamara, que afirmaba ser hermano del sultán y se declaraba pretendiente (el Rogui) al trono[4]. Era esta una situación análoga de otros puntos de Marruecos y que servía como pretexto para los deseos «protectores» de las potencias europeas. De hecho, en ocasiones debía hacer frente a expediciones imperiales enviadas para someterlo y el general José Marina Vega, gobernador militar de Melilla, aprovechó una de ellas para ubicar tropas españolas en territorio marroquí: La Restinga, en febrero de 1908; y el cabo del Agua, en marzo. Casi al mismo tiempo, el Rogui concedió los derechos de explotación minera a dos compañías, a las que, además, autorizó a construir ferrocarriles hasta Melilla. En septiembre de 1908, las obras de la vía férrea estaban bastante avanzadas, lo que generó un descontento de las cabilas que llevó a una sublevación general y a la huida del Rogui a finales de ese año, hasta ser capturado por las fuerzas del sultán y ejecutado. Su desaparición llevó al caos a toda la región y permitió el ascenso de jefes cabileños como Mohamed Amezian, el Mizzian[5].

En medio de una tensa situación, en junio de 1909 se reanudaron los trabajos en la línea de ferrocarril. El 9 de julio se tiroteó a los trabajadores españoles de un puente a 6 kilómetros de Melilla y esto hizo que partiera

hacia ese punto el retén militar y se entablara un combate en el que las fuerzas españolas ocuparon y empezaron a fortificar la línea alcanzada en Sidi Musa, Sidi Ahmed el Hach y Sidi Ali, apoyadas por una posición en el Atalayón y una base logística en la Segunda Caseta[6]. Como seguían llegando noticias acerca de una gran concentración de harcas hostiles al otro lado del monte Gurugú, se envió a una cañonera para bombardear la desembocadura del río Kert. Se trató de la primera de las acciones de este tipo llevadas a cabo por la Armada, que tuvo un importante papel como apoyo de fuegos y logístico a operaciones terrestres[7]. En este caso, tuvo resultados contraproducentes, pues favoreció los mensajes del Mizzian en los que llamaba a la guerra «santa» contra los españoles.

En previsión de este tipo de incidentes, el Gobierno español ya había ordenado la constitución de tres brigadas mixtas (basadas en regimientos de cazadores) para su posible proyección a Melilla. De ahí que la petición de refuerzos del general Marina se concretara en la movilización de los individuos con licencia ilimitada y en primera reserva, que debían presentarse en sus unidades en 48 horas. Desde el día 11 embarcaron en el puerto de Barcelona los seis batallones de la 3.ª Brigada, con una creciente tensión popular que alcanzó su punto máximo el día 18, cuando partió el último de ellos (el Reus, formado exclusivamente por catalanes) en medio de altercados callejeros. Estos se debían a que se había movilizado a reservistas, muchos de los cuales estaban casados y tenían hijos. El malestar ciudadano fue en aumento ante las noticias que llegaban de África, pero no solo en Cataluña, pues también hubo incidentes en la partida, unos días después, de la Brigada de Madrid y manifestaciones y huelgas en Bilbao, La Coruña, Valencia y Zaragoza. Pese a ello, la 3.ª Brigada (Cataluña) estaba al completo en Melilla el 20 de julio, lo que permitió reanudar los trabajos en las vías.

El primer ataque del Mizzian se produjo finalmente el 18 de julio sobre Sidi Ahmed el Hach y Sidi Ali y fue rechazado en una acción en la que ya participaron algunos batallones recién llegados de Cataluña. La situación se agravó en la tarde del día 20, al unirse al levantamiento la cabila de Beni Sicar, fronteriza con Melilla, que atacó Sidi Musa y la Segunda Caseta. Al amanecer del día siguiente, cuando se replegaron los atacantes, se contaban 36 muertos y 97 heridos entre las unidades españolas. En esos primeros combates ya se apreció el procedimiento táctico de los rifeños, que atacaban en frentes muy extensos y eso dificultaba la acción eficaz de la artillería española. De ahí que continuaran los trabajos de fortificación y se formara

una fuerte columna de reserva, además de disponerse la movilización de la 1.ª División Orgánica.

En esos momentos tuvo lugar lo que suele conocerse como Semana Trágica de Barcelona, una revuelta acaecida entre el lunes 26 de julio y el domingo 1 de agosto. En realidad, podría aplicarse ese término con más propiedad al conjunto de acontecimientos paralelos e interrelacionados que sufrió España a partir del viernes 23. Al amanecer de ese día fue sorprendida al descubierto la columna de reserva de Melilla, que sufrió numerosas bajas, incluido su jefe, el coronel Álvarez Cabrera. El combate se generalizó en toda la línea y tuvo que intervenir el propio Marina con tropas recién desembarcadas de la Brigada de Madrid. De esa forma, consiguió estabilizar el frente y comenzar un repliegue escalonado, pero los Cazadores de Figueras, que habían pasado de viajar en barco a combatir muchas horas sin solución de continuidad, sufrieron un ataque mientras descansaban. En total, las bajas españolas ascendieron ese día a 65 muertos y unos 250 heridos.

Cuando llegaron a Barcelona las noticias de estos hechos, los ánimos se exaltaron aún más. Solidaridad Obrera (donde confluían socialistas, anarquistas y republicanos) convocó para el lunes 26 una huelga general pacífica de 24 horas, que rápidamente degeneró en incidentes cada vez más violentos. Estos se prolongaron varios días y llevaron al incendio de más de 100 edificios, la mayor parte de ellos religiosos. También hubo incidentes de gravedad en Sabadell, Mataró, Granollers y Gerona, entre otras localidades. El Gobierno declaró el estado de guerra y, a partir del día 29, con la llegada de guardias civiles y tropas, fue retomando el control de las calles. Cuando terminó la huelga y se volvió a una tensa calma, el saldo era de más de 80 muertos, centenares de heridos y unas 2000 detenciones (*vid*. Capítulo 9[8]).

Mientras tanto, en Melilla habían continuado los combates, que llegaron a un punto crítico el 27 de julio. La noche anterior, los rifeños habían levantado más de 300 metros de la vía férrea, lo que amenazaba con cortar las posibilidades de apoyo a la línea defensiva. Marina respondió con el envío de dos columnas: una encargada de la protección del convoy de abastecimiento a las posiciones avanzadas; la otra, con seis batallones de la Brigada de Madrid para cubrir el flanco derecho. En tanto la primera cumplía su misión, el flanqueo tuvo que hacer un gran esfuerzo para cerrar el barranco del Infierno y entró en el del Lobo con el Batallón las Navas sin una adecuada cobertura, por lo que recibió abundante fuego desde posiciones dominantes. Al morir su teniente coronel así como numerosos oficiales se extendió el pánico entre la tropa, que emprendió una desordenada retirada; algo parecido ocurrió con los

batallones Llerena y Arapiles, que iban en su apoyo. También había caído el general Guillermo Pintos, que mandaba la brigada, por lo que Marina tuvo que hacerse cargo del mando con personal de su cuartel general. Finalmente consiguió controlar la situación y organizar el repliegue por saltos; era ya noche cerrada cuando llegaban las últimas tropas al Hipódromo. El día se saldaba con casi 200 muertos y unos 600 heridos españoles, muchos de los cuales fueron evacuados directamente a Málaga[9]. También el enemigo sufrió un elevado número de bajas por el fuego artillero, tanto terrestre como naval.

La dureza de los combates llevó a ambos bandos a unas semanas de calma, que en el caso español se aprovecharon para seguir acumulando unidades. En concreto, llegó de inmediato la 2.ª Brigada (Campo de Gibraltar), para constituir, junto con la de Madrid, una División de Cazadores mandada por el general Antonio Tovar. Y en la segunda semana de agosto se incorporó la 1.ª División Orgánica (general Gabriel Orozco), si bien sus regimientos dejaron en la Península sus terceros batallones, constituidos básicamente por reservistas, con el fin de evitar los problemas sociales del mes anterior. También se envió al Regimiento de Húsares de la Princesa, personal de ferrocarriles y dos globos cautivos para facilitar la dirección del tiro y paliar la carencia de cartografía. De esa forma, a mediados de mes, el Ejército de Operaciones del recién ascendido teniente general Marina contaba con casi 31 000 hombres, dedicados a aclimatarse y adiestrarse, pero también a la construcción de fortificaciones y caminos, el establecimiento de redes telefónicas, la creación de una cadena de evacuación sanitaria y la necesaria acumulación logística previa a toda ofensiva, sobre todo en lo referente al abastecimiento de agua.

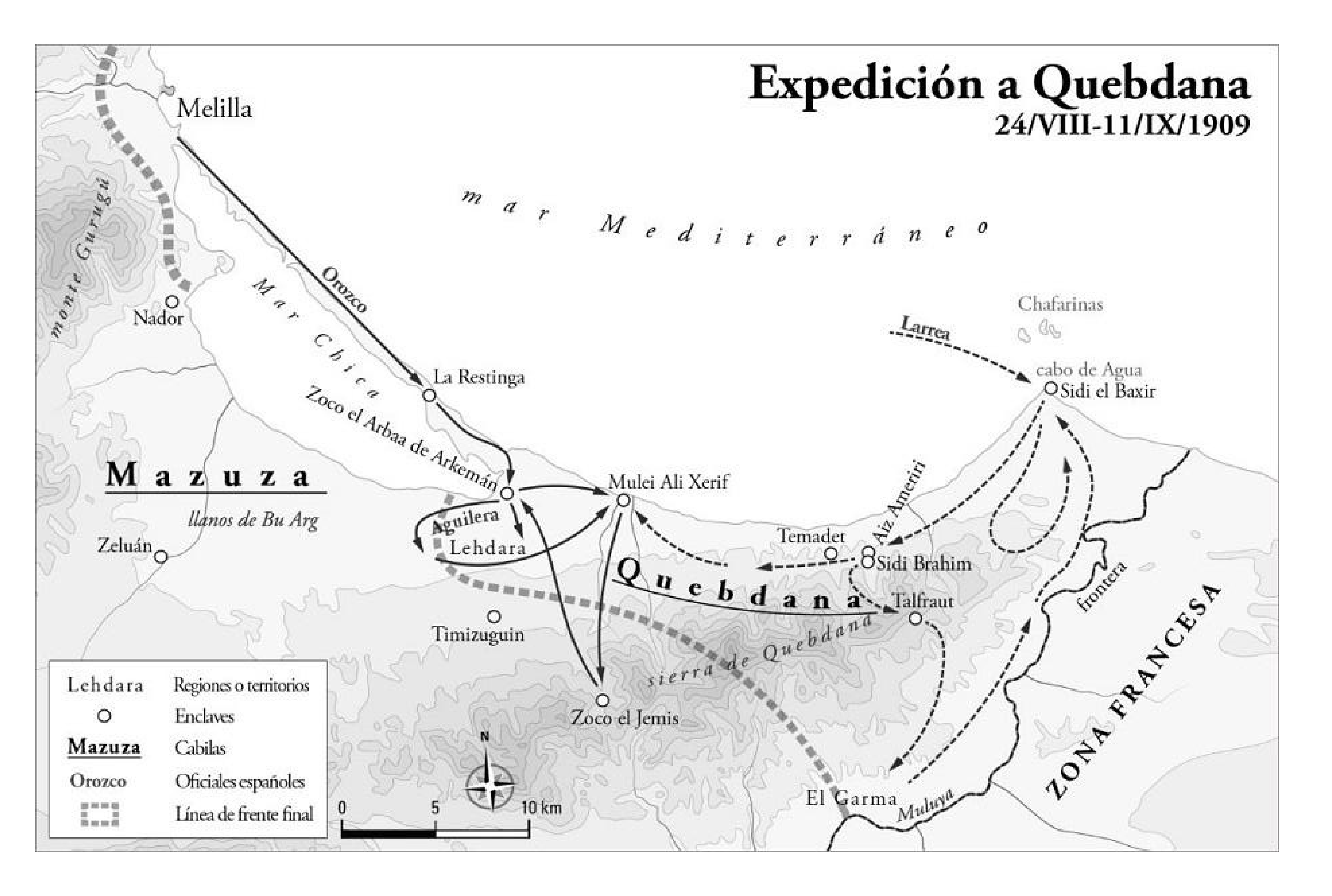


Mujeres nativas en un zoco con presencia de fuerzas españolas. Archivo de Jorge Bosch Díaz. Colección Sánchez Vigil.

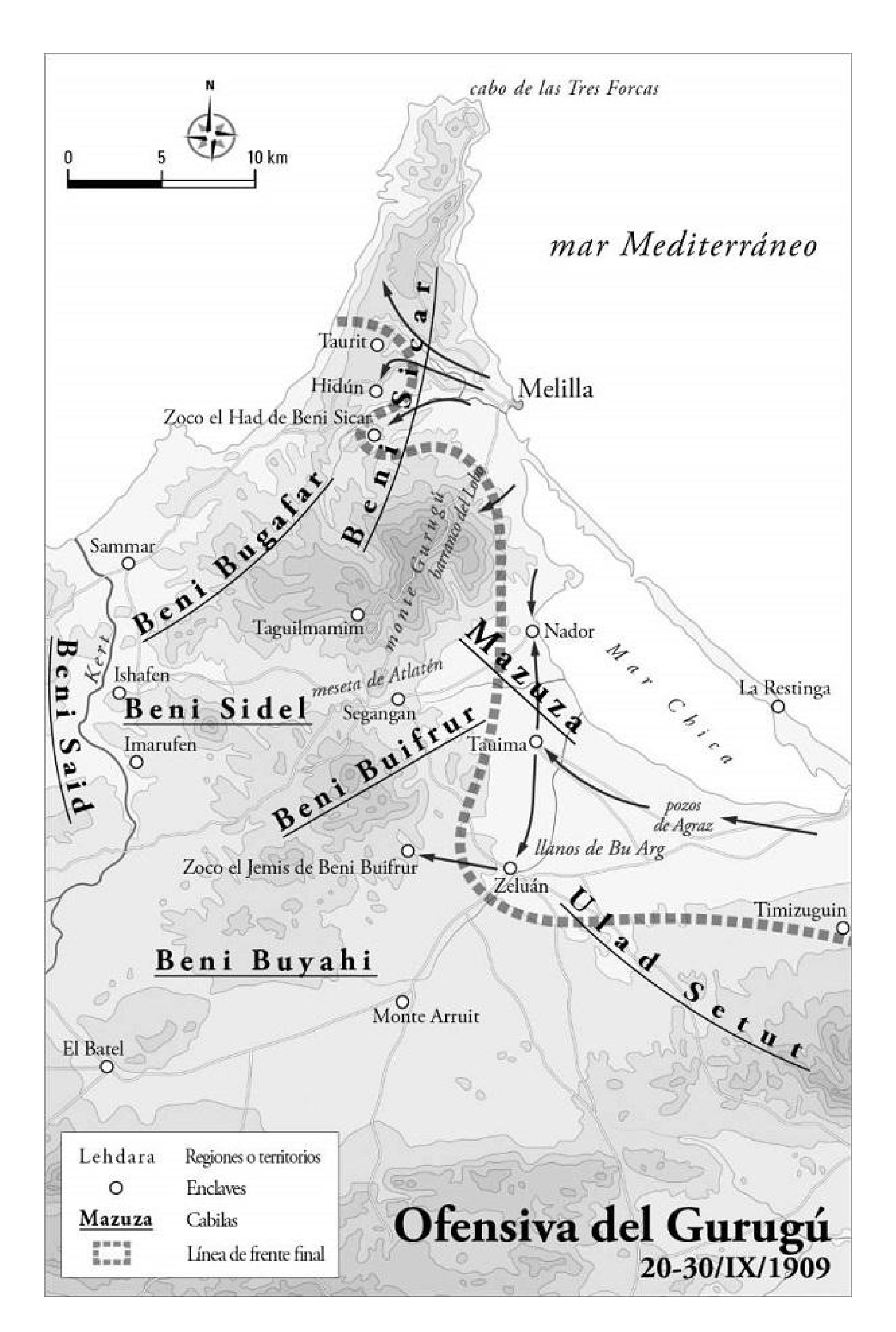
El objetivo de Marina era el Gurugú, que amenazaba la plaza de Melilla y permitía a los rifeños cortar la estrecha franja costera en la que se construía el ferrocarril. Aunque el primer movimiento ofensivo tuvo lugar bastante lejos, en la Quebdana, donde las cabilas aún no se habían unido a la rebelión. De ahí que entre el 24 de agosto y el 9 de septiembre actuaran la 1.ª División y una columna mixta hispano-marroquí entre el Zoco el Arbaa de Arkemán y el cabo del Agua, con lo que se consiguió asentar el control del extremo oriental de la zona asignada a España y evitar así una posible intervención francesa desde Argelia. De esa forma quedaba también establecida una buena base de operaciones, pues los llanos de Bu Areg permitían unos movimientos más amplios que el entorno próximo de Melilla[10]. En esas incursiones, además de los combates directos, se destruyeron casas, pajares y cosechas de los lugares donde se había encontrado resistencia y en los que no se dejaba guarnición. Tales técnicas eran similares a las empleadas en Cuba y se usaron durante los años posteriores como represalia a ataques rifeños o preparación de operaciones futuras.

Al haber empleado ya la 1.ª División, Marina solicitó nuevas fuerzas de cara a la continuación de las operaciones, de modo que el 14 de septiembre ya contaba con la 2.ª División Expedicionaria, a las órdenes del general Fernando Álvarez de Sotomayor. Con ello, se pudo comenzar la siguiente fase y realizar dos esfuerzos de manera simultánea: uno al norte del Gurugú, para aislar la península de Tres Forcas; y otro de sur a norte, para abrir el corredor

costero desde Arkemán. La acción principal y más conocida fue la acometida el 20 de septiembre por la División de Tovar y que se convirtió en el patrón de la actuación durante bastantes años: una gran columna mixta avanzaba hasta un punto dominante, que se fortificaba para dejar una guarnición mientras el resto de las tropas volvía a su posición de partida. En este caso, las unidades salieron desde Melilla hacia el oeste y alcanzaron sus objetivos tras un duro combate en Taxdirt. Desde las posiciones alcanzadas se operó días más tarde para someter la cabila de Beni Sicar y controlar toda la península[11].



Expedición a Quebdana
24/VIII-11/IX/1909
Melilla
mar Mediterráneo
monte Gurugú
Nador
Orozco
Mar Chica
La Restinga
Zoco el Arbaa de Arkemán
Chafarinas
Larrea
cabo de Agua
Sidi el Baxir
Mazuza
llanos de Bu Arg
Zeluán
Mulei Ali Xerif
Aguilera
Lehdara
Aiz Ameriri
Temadet
Sidi Brahim
Quebdana
Talfraut
frontera
Timizuguin
sierra de Quebdana
ZONA FRANCESA
Zoco el Jemis
El Garma
Muluya
Lehdara Regiones o territorios
Enclaves
Mazuza Cabilas
Orozco Oficiales españoles
Línea de frente final
N
0
5
10 km



cabo de las Tres Forcas
N
0
5
10 km
mar Mediterráneo
Taurit
Hidún
Melilla
Zoco el Had de Beni Sicar
Beni Sicar
Beni Bugafar
Sammar
monte Gurugú
barranco del Lobo
Taguilmamim
Nador
Mazuza
Mar Chica
Kert
Beni Said
Ishafen
Beni Sidel
meseta de Atlatén
Segangan
La Restinga
Imarufen
Beni Buifrur
Tauima
pozos de Agraz
llanos de Bu Arg
Zoco el Jemis de Beni Buifrur
Zeluán
Ulad Setut
Timizuguin
Beni Buyahi
Monte Arruit
El Batel
Lehdara
Regiones o territorios
Enclaves
Mazuza
Cabilas
Línea de frente final
Ofensiva del Gurugú
20-30/IX/1909

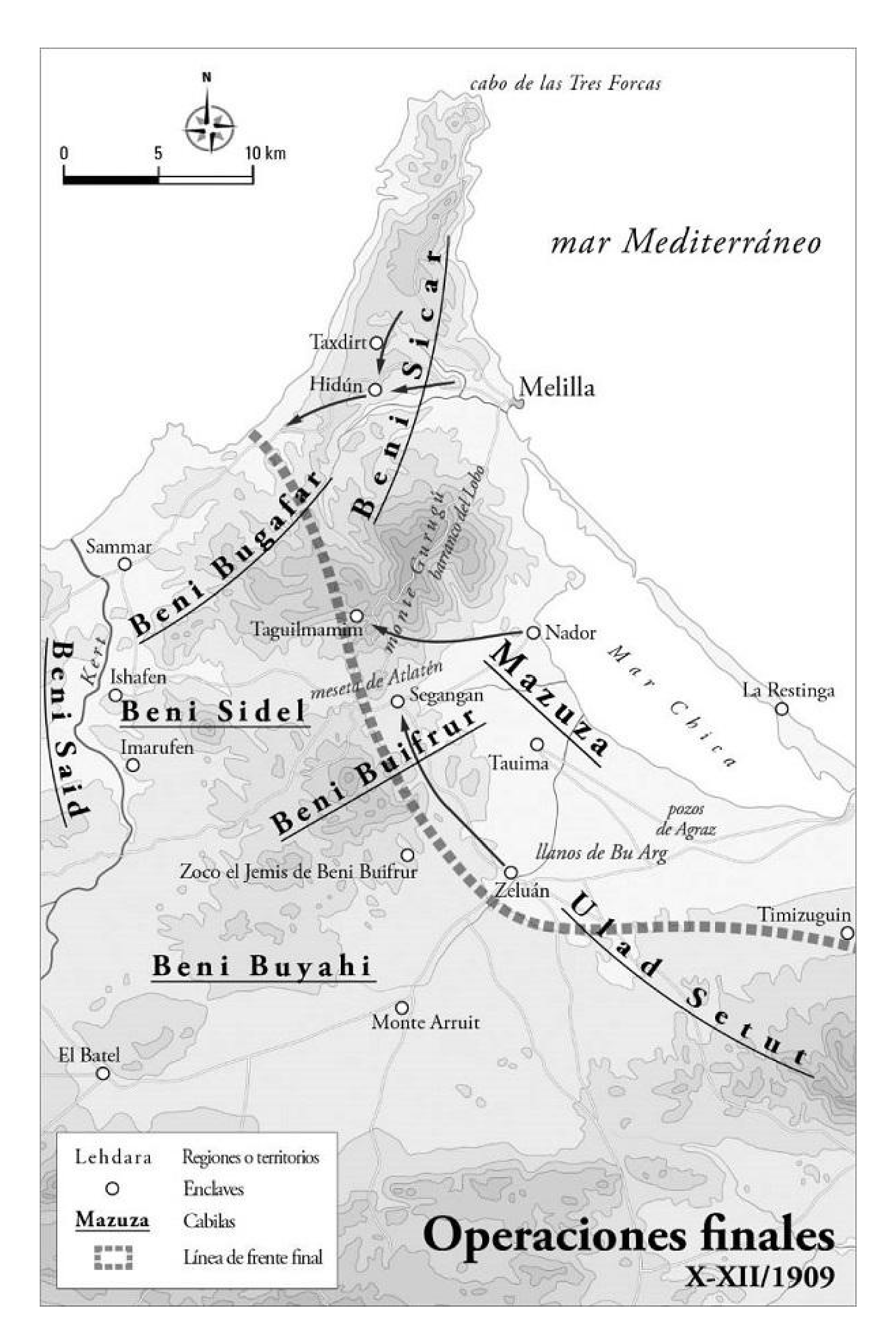
Al mismo tiempo avanzaba la División Orozco desde La Restinga y ocupaba los pozos de Agraz, Tauima y Nador con muchos menos problemas de los previstos. Al enlazar las dos zonas, hasta entonces aisladas, por tierra se pudo preparar la siguiente operación: la toma con dos columnas divisionarias de Zeluán y su alcazaba el día 27, lo que permitía controlar toda la llanura de Bu Areg y evitar nuevos incidentes a lo largo de la Mar Chica[12]. Ese mismo día también se pudo reconocer el barranco del Lobo y recuperar los 100 cadáveres allí abandonados desde hacía dos meses.

La campaña parecía estar a punto de terminar, pero el 30 de septiembre tuvo lugar un sangriento combate que desmintió tal presunción. Las operaciones sobre Zeluán y el Gurugú se habían realizado con escasa oposición rifeña, pues la harca se había concentrado para un golpe de mano sobre el Zoco el Had de Beni Sicar[13]. De ahí que Marina ordenara realizar un reconocimiento ofensivo sobre el Zoco el Jemis de Beni Buifrur, para determinar la ubicación y actitud de la fuerza enemiga. El esfuerzo principal lo ejecutó la División de Tovar, que se encontró con una gran concentración enemiga y se vio obligada a replegarse tras sufrir 40 muertos (entre ellos el general Díaz Vicario, que mandaba la brigada del flanco) y más de 300 heridos.

El revés sufrido y la necesidad de asegurar la retaguardia hicieron que Marina solicitara fuerzas adicionales, por lo que llegaron dos regimientos de infantería, así como los de Húsares de Pavía y Lanceros de la Reina, que se fusionaron con el Princesa para formar una División de Caballería. No obstante, Marina no desarrolló nuevas operaciones de envergadura en octubre, aunque sí había escaramuzas diarias. Ello se debió, en parte, a un violento temporal, que inundó campamentos, derribó parapetos y embarró los caminos, lo que dificultó la vida de las unidades y los preparativos logísticos. Aun así se pudieron reanudar las obras del ferrocarril y llevar a cabo tareas de fortificación y acondicionamiento de rutas, así como la consolidación de la presencia en áreas ya controladas. Incluso se ejecutó una operación específica para obtener información topográfica del collado de Atlatén desde un globo. Además tuvo lugar un cambio político en Madrid, pues cayó el llamado «gobierno largo» del conservador Maura y le sustituyó el liberal Moret, de quien se esperaba un cambio en la orientación de la política marroquí. Sin embargo, el nuevo gabinete aprobó casi de inmediato los créditos necesarios para terminar la campaña y dio continuidad a la estrategia anterior.

Las acciones ofensivas españolas se retomaron el 6 de noviembre con la ocupación de Hidún, que cortaba las comunicaciones entre Beni Sicar y Beni

Bugafar; al día siguiente se tomó Taguilmamim para consolidar el control de la vertiente oriental del Gurugú. Con ello, aumentaron las peticiones de paz por parte de jefes cabileños, ya que la duración y dureza de los combates estaban haciendo mella en la población local. Marina aprovechó la coyuntura para planear una gran operación sobre la meseta de Atlatén y el poblado de Segangan, feudo del Mizzian, con la que controlar la vertiente sur del Gurugú. Se llevó a cabo el 27 de noviembre con tres columnas que sumaban 18 000 hombres. Apenas se produjeron algunos tiroteos y, de inmediato, se presentaron varios caídes para solicitar el fin de las hostilidades y la protección de España.


cabo de las Tres Forcas
N
0
5
10 km
mar Mediterráneo
Taxdirt
Hidún
Melilla
Beni Sicar
Beni Bugafar
Sammar
monte Gurugú
barranco del Lobo
Taguilmamim
Nador
Mar Chica
Mazuza
Kert
Beni Said
Ishafen
meseta de Atlatén
Segangan
Beni Sidel
La Restinga
Imarufen
Tauima
Beni Buifrur
pozos de Agraz
llanos de Bu Arg
Zoco el Jemis de Beni Buifrur
Zeluán
Ulad Setut
Timizuguin
Beni Buyahi
Monte Arruit
El Batel
Lehdara
Regiones o territorios
Enclaves
Mazuza
Cabilas
Línea de frente final
Operaciones finales
X-XII/1909

De esa forma terminaron las operaciones de la campaña de 1909. Las fuerzas españolas habían conseguido controlar una extensión de unos 600 kilómetros cuadrados de las provincias de Guelaya y Quebdana y habían alejado de Melilla el peligro de futuros ataques. Y se logró con un coste de 2728 bajas españolas, de ellas 539 muertos en combate y 211 por enfermedad. Según las relaciones que remitieron al sultán, las cabilas enterraron a 1765 de los suyos[14]. De inmediato, comenzó la denominada fase «de penetración y atracción», mediante reconocimientos y paseos militares por zonas todavía no ocupadas. El 8 de diciembre se sometió Abd el-Kader, el jefe de harca más prestigioso de Beni Sicar; y el 15 lo hizo la última cabila, Beni Bugafar.

La movilización y proyección de fuerzas españolas se había hecho relativamente bien, ya que se consiguió enviar a Melilla más de 28 000 hombres con su armamento y equipo en apenas un mes y varios miles más en los siguientes. En el debe hay que poner que buena parte de la tropa llegó con un grado escaso de instrucción y que la mayor parte de la oficialidad destacó más por su valor que por su pericia técnica o táctica. De ahí el alto precio pagado en los combates de julio, en los que llegaron a intervenir batallones recién desembarcados. Una vez aclimatadas y adiestradas las unidades expedicionarias, su desempeño en agosto y septiembre fue bastante bueno y pudieron aprovechar el mejor planeamiento (en gran medida por la información del terreno y del enemigo aportada por los globos cautivos) y la experiencia adquirida por el mando para converger en puntos con superioridad de medios y potencia de fuego.

EL CAMINO HACIA EL PROTECTORADO (1910-1911)

Los primeros meses de 1910 se caracterizaron en el entorno del Gurugú por la vuelta a las actividades civiles cotidianas, mientras continuaban los actos de sumisión de jefes cabileños ante las autoridades españolas. Por su parte, estas decidieron recurrir al suministro local para su intendencia y se autorizó que los indígenas montaran mercadillos junto a campamentos y posiciones. También se aprobó la construcción de carreteras entre Melilla, Nador, Atlatén y Zeluán, así como de caminos secundarios de acceso a las posiciones, lo que supuso la contratación de abundante mano de obra nativa. Todo ello contribuyó a mejorar la situación económica y favoreció la realización de las patrullas españolas, lo que, a su vez, aumentaba la seguridad en caminos y mercados[15].

No obstante, algunos líderes cabileños querían seguir combatiendo, aunque no consiguieron reunir suficientes apoyos y, al final, decidieron quedar en espera de si los españoles cruzaban el río Kert. De ahí que el general Marina continuara mejorando la línea avanzada, cada vez más próxima a dicho río. Así, se establecieron posiciones en Hardú, la casa de las minas de Uixan, el pico de Kola y otras secundarias para servir de enlace con las establecidas en Beni Sicar. Por último, se fortificó Yazanen, en la costa de la cabila de Beni Bugafar, el 24 de agosto, y se estableció un embarcadero en Punta Negri. En todos estos casos, las columnas contaron con apoyo de las cabilas y fueron bien recibidas. Al mismo tiempo se llevaban a cabo trabajos de levantamiento topográfico, de cara a reubicar posiciones y planear eventuales operaciones futuras.

De forma simultánea continuaba el repliegue de las tropas expedicionarias y la reestructuración de la guarnición permanente de Melilla. El primer paso fue establecer tres compañías de Policía Indígena a pie en Guelaya y la consolidación de una mixta a pie y montada en Quebdana. El siguiente fue crear un grupo de tres escuadrones de caballería y una compañía mixta de Sanidad Militar, reorganizar las tropas de ingenieros y administración y fijar la plantilla de los regimientos de infantería de Ceuta y Melilla; en el caso de esta última permanecían los expedicionarios Ceriñola y San Fernando. La culminación de este proceso fue la constitución, el 1 de junio, de la Capitanía General de Melilla, para cuyo mando se nombró al teniente general Marina. Su base era una división compuesta por dos brigadas a dos regimientos de infantería (de a tres batallones con seis compañías), dos grupos de ametralladoras, el recién creado Regimiento de Caballería Taxdirt (a seis escuadrones), un regimiento mixto de artillería y otro de ingenieros. A ello se sumaban los tres batallones de cazadores (a cuatro compañías), diversos apoyos de combate, las fuerzas indígenas y la Brigada Disciplinaria afectos a la Capitanía. Se contaba así con más de 20 500 hombres en plantilla con los que atender la vida y servicio de Melilla y las plazas menores, cubrir 52 posiciones en el territorio ocupado y mantener dos columnas móviles para reaccionar ante posibles ataques. De forma adicional, se constituyó en Málaga una reserva de entidad brigada, con cuatro batallones, y un regimiento de caballería.



Fuerzas indígenas al servicio de España y metropolitanos confraternizan en una imagen de la década de 1920: Policía Indígena, soldados españoles y harqueños «amigos» comparten escena. Álbum del coronel Rafael Tejero Saurina. Museo del Ejército. Sig. MUE-204770.

Marina dimitió el 25 de agosto y le sucedió José García Aldave, que venía de ser gobernador militar de Ceuta. Encontraba una zona relativamente tranquila, asentada en una línea de posiciones que comprendía las cabilas de Beni Sicar y Mazuza, y de forma incompleta las de Beni Buifrur y Quebdana. Sin embargo, el Mizzian seguía llamando a la resistencia contra los cristianos y en el territorio ocupado continuaban los actos de bandolerismo y las agresiones contra posiciones y cabilas aliadas. Ante esta situación se mantuvo un perfil bajo de reacción, para no interferir en las negociaciones para poner en práctica los Acuerdos de Algeciras. Finalmente, el 16 de noviembre se firmó el acuerdo entre España y el sultán de Marruecos que aseguraba las plazas de soberanía, establecía el régimen de ocupación en tanto el sultán no desplegara una fuerza de policía propia y fijaba una indemnización por los costes de la campaña de 1909, que, de esta forma, quedaba formalmente cerrada.

La situación continuó en calma tensa durante unos meses, antes de verse afectada por el deterioro general de Marruecos. En concreto, en la primavera de 1911 estallaron revueltas antieuropeas en varias ciudades, que llegaron al cerco del sultán en su palacio de Fez. Los franceses lo aprovecharon para enviar tropas y ocupar la capital, además de Rabat y Mequinez. Al mismo tiempo, prohibieron que los segadores rifeños pasasen a trabajar a Argelia y

acercaron fuerzas a los ríos Muluya y Lucus, lo que contribuía a alterar el ambiente en la zona de influencia española.

El Gobierno de Canalejas decidió reaccionar en varios frentes. El primer paso se dio en Ceuta, donde el gobernador militar, general Felipe Alfau Mendoza, ocupó el 7 de mayo las posiciones de Cudia Federico, Fahama y Altos de la Condesa, lo que establecía así una línea de vigilancia de unos 2 kilómetros a vanguardia del perímetro exterior de la plaza. Se consiguió sin muchos problemas gracias a la política de buena vecindad seguida con las cabilas cercanas. Se pretendía así evitar los asaltos bandoleros y el desorden generado por los intentos del caudillo tribal Muhammad ibn Abdallah al-Raisuli, el Raisuni, por hacerse con el gobierno legítimo de toda la zona y controlar actividades delictivas como el contrabando y los secuestros. De hecho, dos semanas más tarde se produjo el ataque a unos pescadores españoles, que sirvió de excusa para ocupar posiciones en Monte Negrón y La Restinga, a unos 10 kilómetros en dirección a Tetuán.

El siguiente movimiento tuvo lugar en el extremo oriental de la zona asignada en las sucesivas negociaciones internacionales: el río Muluya. En concreto, se trató de la ocupación de posiciones en Muley Rechid, Ben Ayur y Zaio, localidad esta última que controlaba un feraz valle y donde se podían apreciar los deseos franceses de extender su influencia. Era una operación planeada por Marina un año antes, pero que finalmente se ejecutó sin incidentes el 12 de mayo y consolidó el control de la Quebdana. Más arriesgada fue la acción desarrollada una semana más tarde en la falda sur del Gurugú: la ocupación de Ras Medua, con la que se pretendía unir Atlatén con Yazanen y vigilar las cabilas de Beni Bugafar y Beni Sidel. Los objetivos se alcanzaron sin problemas, pero, en los días siguientes, se advirtió el malestar de los cabileños de la vertiente derecha del Kert, mientras al otro lado del río se reavivaban los llamados a la guerra. Con el fin de mejorar el despliegue defensivo, entre finales de junio y principios de julio se ocuparon nuevas posiciones en Tauriat Zag, Harcha y Narrich. Estos avances cogieron por sorpresa a los líderes de la resistencia a los españoles, que no pudieron reaccionar, aunque los aprovecharon para su propaganda belicista.

Pero el movimiento más inesperado tuvo lugar muy lejos del Gurugú, en la fachada atlántica, y con una modalidad hasta entonces no empleada: el desembarco de un batallón de infantería de Marina el 8 de junio en Larache. Se trataba de una reacción a los incidentes en Alcazarquivir, ciudad de gran importancia comercial y agrícola a la que se estaban acercando tropas francesas. Al día siguiente, marchó el capitán Ovilo al frente de una fuerza

mixta hispano-marroquí hacia la misma, que ocupó sin necesidad de combatir. A continuación llegaron a Larache más tropas y el teniente coronel Manuel Fernández Silvestre para tomar el mando de todas las fuerzas españolas. Venía de Casablanca, donde llevaba tres años a cargo de la policía jerifiana, por lo que tenía una notable experiencia en el trato con autoridades y fuerzas marroquíes. Gracias a ello pudo ir ocupando posiciones clave para la seguridad de Alcazarquivir, hasta culminar el 22 de octubre con la del Zoco el Tenin de Sidi Yamani, nudo de caminos a los pies de las montañas donde vivían las cabilas de Beni Mesauar, Beni Ider, Beni Arós y Beni Gorfet. De esa manera, quedaba asegurada la comunicación entre las poblaciones principales de la vertiente atlántica.



Fotografía de Pablo Sánchez García con su esposa. Este salmantino fue destinado al Regimiento Mixto de Artillería de Melilla, 3.ª Batería de Montaña. Llegó a los campos de

África en 1918, coincidiendo con el final de la Gran Guerra y de la reactivación de las operaciones militares en el Marruecos español.
Durante dos años, operó en la Comandancia General de Melilla y en el mes de mayo de 1920 fue ascendido a cabo, momento en el que llegó a la circunscripción militar el general Manuel Fernández Silvestre. Los planes de este para el rápido avance de las fuerzas españolas al oeste, en busca de la deseada Alhucemas, incluyó al joven cabo Sánchez, que apoyó con su unidad de artillería de montaña los avances de las columnas españolas. En 1921 pasó a la segunda situación de servicio activo y tuvo la fortuna de volver a la metrópoli en mayo de ese mismo año, justo unos meses antes de la debacle de Annual. En su nuevo destino peninsular pasó a encuadrarse en las filas de la Guardia Civil, pero su experiencia bélica no quedó en el Magreb.
En el contexto de la Guerra Civil, combatió en el frente de Madrid y en Teruel. En esta última posición fue herido por el proyectil de un mortero y tuvo que ser evacuado a Salamanca. Con el final del conflicto bélico, retomó su carrera en la Benemérita. En la década de 1990 recibió un homenaje por ser el guardia civil más longevo del cuerpo. Falleció unos años después, al filo del nuevo milenio, a la edad de 100 años. Colección Ángel Sanset

Todos estos avances se realizaron sin oposición gracias a las buenas relaciones entre Silvestre y el Raisuni, designado en 1909 bajá de Arcila y Alcazarquivir y que favoreció la penetración española al pensar que le sería más fácil de sobrellevar que la francesa o que un aumento del poder del sultán. De hecho, el control español era bastante ficticio, pues en la zona había también tropas jalifianas mandadas por oficiales franceses y mehalas del Raisuni dedicadas al cobro de impuestos abusivos, con lo que se estaba creando el caldo de cultivo para futuras desavenencias.

El conjunto de las acciones españolas y francesas en esos meses tuvo importantes consecuencias internacionales. En concreto, el 1 de julio ancló en Agadir el cañonero alemán Panther con el pretexto de salvaguardar los intereses comerciales germanos. De esa manera, comenzó una de las crisis previas a la Gran Guerra, cerrada en noviembre con la firma de un acuerdo por el que Alemania daba libertad de acción a Francia en Marruecos a cambio de la cesión de Camerún. El Gobierno español no participó ni tuvo noticias previas del mismo, pero sí se vio afectado, pues en las negociaciones que llevaron al Tratado Hispano-Francés de noviembre de 1912 (*vid*. Capítulo 1), España vio recortado el territorio marroquí asignado en Algeciras en más de 70 000 kilómetros cuadrados.

También hubo repercusiones internas en España, ya que estas acciones se convirtieron en argumentos añadidos a las reivindicaciones sociopolíticas de diversos grupos, en la creencia de que sería preciso volver a enviar tropas a Marruecos. Sin duda, ello dio impulso a una innovación de hondo calado futuro en el Ejército español: la incorporación de soldados marroquíes, materializada al crearse el 30 de junio las Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla, con tres compañías de infantería y un escuadrón de caballería

mandados por el teniente coronel Dámaso Berenguer Fusté. De manera significativa, un día antes se habían publicado las bases para la nueva ley de Reclutamiento y Reemplazo, aprobada en enero del año siguiente, que supondría el final de algunas de las injusticias más flagrantes del servicio militar[16]. Pese a ello, la situación social fue empeorando en las semanas siguientes, al tiempo que volvían los combates a Melilla.

LA CAMPAÑA DEL KERT (1911-1912)

La Comisión Geográfica de Estado Mayor estaba levantando planos cerca del río Kert cuando fue atacada y sufrió varias bajas el 24 de agosto de 1911. De inmediato, se preparó una operación de castigo, para la que se contó con la participación voluntaria de las cabilas de Frajana, Beni Sicar, Beni Sidel, Mazuza y Beni Buifrur, las cuales querían así hacer méritos ante las autoridades españolas, conseguir botín y ajustar viejas rencillas tribales. También se empleó a la Policía Indígena, que comenzaba de esa forma a participar en combates (y sufrir las correspondientes bajas), a pesar de que no era esa su misión fundacional.

La operación se llevó a cabo el 29 de agosto con un primer escalón formado por harcas aliadas, mientras en el segundo avanzaban casi todas las fuerzas de la Capitanía General, que atravesaron el Kert para incursionar en los poblados y cosechas. En los dos días siguientes se operó de nuevo, hasta que Aldave consideró alcanzado el objetivo de la acción de castigo y se replegó tras dejar ocupados los Talusit, dos montes que dominaban el río. Pero la tranquilidad no duró mucho, pues se produjeron algunos hostigamientos como preludio de un ataque rifeño el 7 de septiembre, cuando un grupo numeroso de jinetes avanzó sobre Imarufen, una loma que permitía atacar los Talusit. Tras rechazarlos, las fuerzas españolas se establecieron en Ishafen e Imarufen y abandonaron los Talusit.

Ante este aumento de la tensión, el Gobierno español decidió enviar refuerzos a Melilla para aliviar la carga de trabajo de la guarnición en una época de mucho calor: la Brigada de Málaga, la Media Brigada de Cazadores del Campo de Gibraltar y el Regimiento de Caballería Alcántara. Además, se dispuso la constitución en Málaga de una nueva brigada de reserva, con unidades de Córdoba y Granada. Estos movimientos contribuyeron al recrudecimiento de las protestas sociales, que desembocaron en la declaración del estado de guerra en Vizcaya y Valencia.

El momento de debilidad causado por los movimientos de relevo y reorganización de fuerzas españolas fue aprovechado por los rifeños para efectuar una nueva incursión desde la ribera occidental del Kert. Participaron cabileños de Beni Said, Beni Tuzin y Beni Urriaguel, que el 12 de septiembre ocuparon las posiciones abandonadas de los Talusit y atacaron los vivacs de Ishafen e Imarufen. Las guarniciones consiguieron rechazarlos e incluso se realizó un contraataque con el que se ocupó una nueva posición en Texdra. Pero los combates habían sido muy duros y las tropas españolas sufrieron 24 muertos (entre ellos el coronel Astilleros, jefe del Regimiento San Fernando) y 131 heridos. El Gobierno decidió entonces enviar nuevas fuerzas: otros dos regimientos de infantería, tres compañías de ingenieros y dos baterías de montaña, con lo que, a principios de octubre, Aldave contaba con más de 41 500 hombres. Tal proyección se realizó en unos momentos muy delicados, pues la oleada de huelgas desembocó en la general del 18 de septiembre, a la que respondió Canalejas con la suspensión temporal de garantías constitucionales para todo el país.



Unidad de Artillería con el rayadillo en el contexto de las campañas de Marruecos. Este icónico uniforme del Ejército español, cuyos antecedentes se remontan a las milicias cubanas del primer cuarto del siglo XIX, se pudo ver en los campos de África hasta 1925, a pesar de que para 1914 se declarase reglamentario el uniforme caqui. Colección Ángel Sanset.

Después de un nuevo ataque rechazado el día 20, los rifeños mostraron signos de desgaste, ante lo cual se planeó una nueva incursión española. Tuvo lugar el 7 de octubre y la presenció el ministro de la Guerra, general Agustín Luque. Mientras la Armada bombardeaba la costa y amagaba con un desembarco en la desembocadura del Kert, el esfuerzo principal corrió a cargo de la Brigada de Cazadores de Orozco, que cruzó el río junto al Zoco el Zebuya y avanzó hacia el norte arrasando casas y cultivos. Contó con el apoyo de otra columna mandada por Primo de Rivera, que ocupó la colina de

Infratauta para cubrir el flanco norte de la zona de acción. Esta última agrupación tuvo que combatir con dureza toda la jornada y debió pernoctar sobre la posición y replegarse a la madrugada siguiente. En total, las fuerzas españolas sufrieron más de 60 muertos y 200 heridos, un duro e inesperado balance.

En los días siguientes continuaron los tiroteos, como el que causó la muerte al general Salvador Díaz Ordóñez, jefe de la División de Melilla. Ante las noticias de una posible reorganización de la harca enemiga, Aldave ordenó un reconocimiento sobre los llanos del Garet, en el que no se encontró la harca del Mizzian, aunque supuso la ocupación temporal de Monte Arruit y del Zoco el Yumaa de Beni Buyahi. Es de señalar que la vanguardia del esfuerzo principal la mandaba el teniente coronel Berenguer, en la primera acción de los Regulares.

De forma simultánea se planeaba y preparaba en el puerto de Melilla lo que se creía la acción definitiva para poner fin a la guerra: el desembarco en la bahía de Alhucemas. Se pretendía llevar a cabo una incursión a lo largo del valle del Nekor y luego fortificar de forma permanente algunos puntos de la costa, para acabar con la rebeldía de Beni Urriaguel. Pero la complejidad de la operación y la pérdida del efecto sorpresa llevaron a desestimarla.

Un mes más tarde se llevó a cabo sin incidentes la ocupación definitiva de los Talusit, que completaba la línea de posiciones del Kert central con Ishafen, Imarufen y Texdra en apenas 4 kilómetros. Tal despliegue, el quebranto sufrido, la proximidad de la época de siembra y la necesidad de recuperar la actividad económica llevaron a varios jefes cabileños a negociar una tregua. El Gobierno español, que seguía gestionando una situación crítica en múltiples puntos, accedió de inmediato y el 26 de noviembre ambas partes acordaron suspender las operaciones y restablecer los flujos comerciales a través del Kert. Nada más confirmarse la noticia, se ordenó la repatriación de la Brigada de Málaga.

Sin embargo, el Mizzian era partidario de continuar la lucha y no participó en las negociaciones ni asumió su resultado. De ahí que la tranquilidad fuera efímera, pues el 22 de diciembre tuvo lugar una nueva incursión rifeña, rechazada por la actuación de guarniciones y reservas. En la noche del 23 al 24 quedó cercada Tauriat Zag, que fue liberada por la confluencia de varias columnas de socorro, si bien a un coste de casi 200 bajas. Al día siguiente, las fuerzas españolas realizaron un reconocimiento y entablaron contacto con grupos de rifeños, mediante el que constataron el peligro de que las posiciones avanzadas quedaran aisladas. Todo ello causó gran sorpresa y

temor en España, pues suponía que el enemigo se había reforzado y podía acometer acciones profundas y tácticamente complejas.

De inmediato, se enviaron tres batallones desde Ceuta y el general Francisco Aguilera y Egea, nuevo jefe de la División, planeó una operación de búsqueda y destrucción. Esta tuvo lugar el 27 de diciembre, cuando cinco columnas encerraron al enemigo entre el Kert y el mar, donde fue batido por los buques de la Armada. Los rifeños intentaron rebasar el río cerca de su desembocadura, donde la columna del general Ros había ocupado el poblado de Izarrora, donde entabló un duro combate. Al final de la tarde se retiraban al otro lado del río los últimos cabileños derrotados, mientras las fuerzas españolas se preparaban para pernoctar sobre la zona ocupada. Las bajas españolas en este combate fueron de casi 100 muertos y 300 heridos. Una vez más, un precio demasiado caro para una victoria no concluyente, con una notable repercusión política y mediática.

Ante este panorama, el Gobierno volvió a enviar refuerzos, puesto que regresó la Brigada de Málaga, además de dos regimientos de infantería, seis escuadrones y tres baterías de montaña. Con este contingente, Aldave se propuso explotar la debilidad enemiga y planeó la ocupación permanente de Monte Arruit con el fin de controlar la amplia llanura del Garet, en la que pastaban los rebaños de los cabileños. Se llevó a cabo el 18 de enero, con unos 20 000 hombres que aseguraron una amplia zona en torno al objetivo. Al no encontrar mucha resistencia, se llegó a pensar que podría tener el mismo sentido simbólico de fin de campaña que la ocupación de Atlatén en 1909.

De hecho, se produjo un parón en las operaciones para buscar negociaciones, lo que permitió el licenciamiento del reemplazo de 1908 y la inauguración de la línea de ferrocarril entre Nador y Zeluán, la cual favoreció un desplazamiento de tropas y recursos logísticos más eficaz. Sin embargo, la paz no había llegado y en esas semanas hubo nuevos incidentes, mientras se seguían recibiendo noticias de la reorganización de la harca enemiga. El 19 de marzo tuvieron lugar escaramuzas en las inmediaciones de Sammar y Tauriat Hamed, lo que podría interpretarse como el inicio de una nueva ofensiva rifeña. De ahí que el mando español se planteara completar la línea avanzada y cerrar los dos huecos que aún existían, entre el mar e Ishafen por la derecha y entre Texdra y Harcha por el centro.

El primer movimiento se realizó el 22 de marzo en la desembocadura del Kert, donde se pretendía establecer posiciones fortificadas. Para ello se organizaron cinco columnas, con más de 11 000 hombres que cumplieron su misión sin muchas dificultades y escasas bajas. En cambio, muy a

retaguardia, cerca de Tauriat Hamed, se libró un duro combate, pues la columna encargada de impedir un posible envolvimiento fue atacada cuando se replegaba a su posición de partida y sufrió casi 150 bajas. Se trataba, una vez más, de unos datos impactantes para el Gobierno y la opinión pública españoles, que esperaban el inmediato final de la campaña y no unas novedades tan negativas, por mucho que se hubieran alcanzado los objetivos previstos. Desde Madrid se ordenó la paralización de las operaciones, a pesar de que tan solo se había ejecutado la primera fase. A cambio, ello permitió implantar la ley de Reclutamiento y Reemplazo y ampliar las Fuerzas Regulares Indígenas hasta seis compañías de infantería y tres escuadrones de caballería, más de 1200 hombres, en lo que suponía un reconocimiento al buen papel que habían desempeñado en sus primeros meses de vida, así como marcar una tendencia importante de cara al futuro.

También se intentó establecer negociaciones de paz con los líderes rifeños, mediante las que se consiguió recuperar las relaciones comerciales entre Axdir y el peñón de Alhucemas. Pero el Mizzian continuaba negándose a acuerdo alguno y su postura se vio fortalecida por los incidentes de abril en Fez, a consecuencia de la firma del tratado franco-marroquí de protectorado, que fueron reprimidos con violencia por los franceses. De esa manera, consiguió reunir una poderosa fuerza que empleó el 3 de mayo para una aproximación hacia Monte Arruit y Buxdar. En los días siguientes, llevó a cabo nuevas incursiones y hostigamientos. Todo ello hizo reaccionar a García Aldave, que ordenó ejecutar la suspendida operación entre Texdra y Harcha. Se acometió el 15 de mayo con unos 15 000 hombres, cuyo objetivo era establecer posiciones en el aduar de Haddu Al-lal u Kaddur y las alturas de Ulan Ganen y Tauriat Hamed. Aunque más importante fue que la vanguardia entablara combate con un grupo de jinetes rifeños liderado por un jefe vestido de blanco, que fue abatido por disparos de un regular. Al recoger el cadáver se vio que era el Mizzian.

Este, que había sido el jefe de la resistencia contra los españoles a lo largo de casi tres años, había basado su predicamento, en gran medida, en su presunta invulnerabilidad. De ahí que su muerte, aunque se produjera de forma un tanto accidental, tuviera gran repercusión, máxime por tener lugar en un momento en que las cabilas necesitaban volver a sus actividades agrícolas y comerciales. Además, la ocupación de Kaddur permitía completar la línea defensiva española frente al Kert. Tras unas semanas de calma, el 16 de julio se presentaron ante los jefes españoles los caídes de Beni Buyahi y se acordaba el fin de las hostilidades con los Beni Said y Metalza. Todo ello

permitió que los habitantes del Kert volvieran a sus casas y empezaran a recuperar la actividad económica. Al mismo tiempo, se reanudaban obras como el camino que uniría todas las posiciones de primera línea, para la que se empleó mano de obra indígena (2000 obreros ya en agosto) con objeto de paliar los efectos de la mala cosecha.

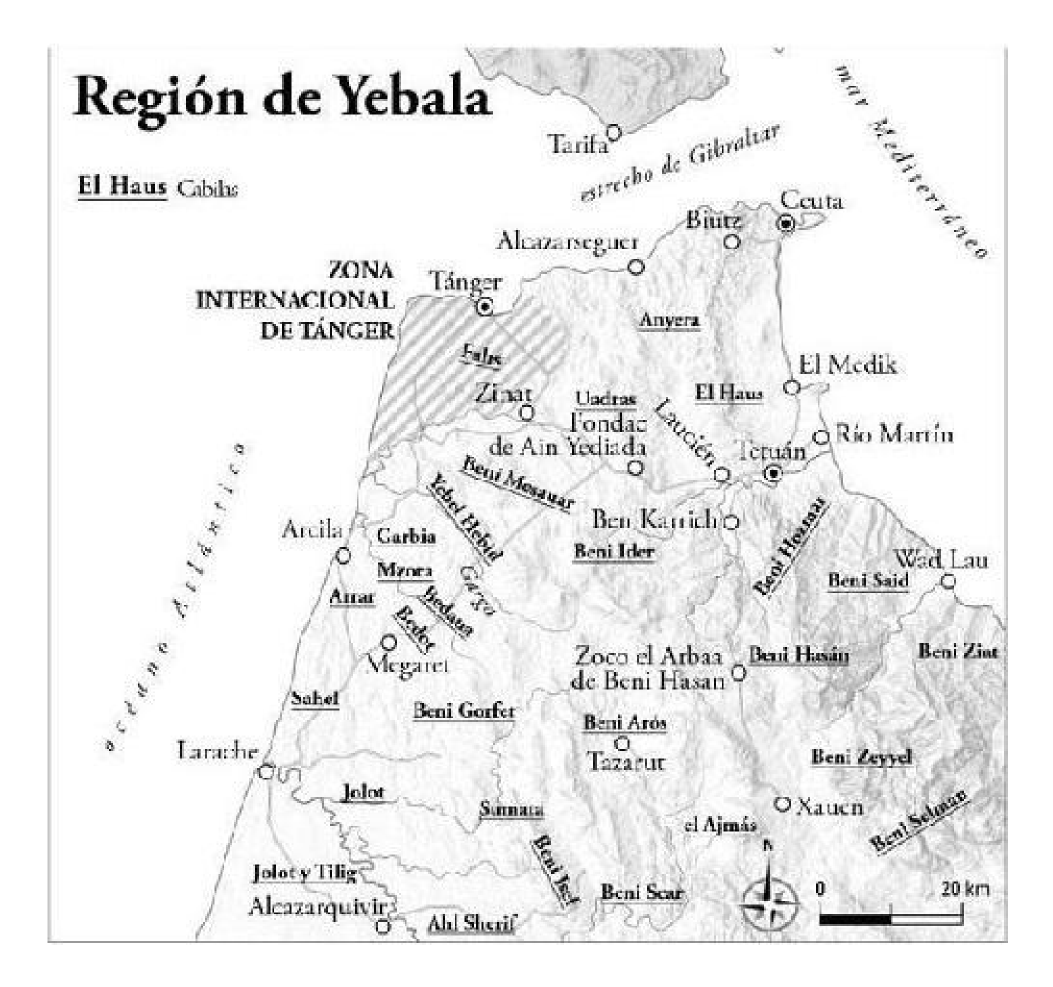
Las bajas sufridas por las tropas españolas en los casi nueves meses de combates (incluidas las de Policía Indígena y Regulares) fueron de casi 500 muertos y más de 1500 heridos, cifras similares a las de 1909. Pese a ello, esta campaña había tenido menos repercusión en la convulsa España del momento y es hoy poco conocida. En lo estrictamente militar, el Ejército había alcanzado un buen nivel en el planeamiento y conducción de operaciones complejas, con miles de soldados moviéndose en múltiples direcciones y con adecuado apoyo artillero, como una lógica evolución de lo ya conseguido en 1909. Sin embargo, la superioridad táctica se obtenía mediante el empleo de pesadas y lentas columnas, que casi nunca conseguían la sorpresa táctica y requerían de un complicado apoyo logístico, lo que obligaba a replegarlas antes de la caída de la noche y creaba situaciones de riesgo que eran bien aprovechadas por los rifeños[17]. Por otro lado, y a diferencia de la campaña de 1909, la de 1911-1912 no supuso un significativo avance en el control territorial español, salvo la ocupación de Monte Arruit y la formación de una línea defensiva frente a los Beni Said, la cual perduró hasta 1920.

Mientras tanto, en el entorno de Ceuta continuaba la política de contactos cívico-militares del general Alfau en su penetración hacia Tetuán. Más complicada era la evolución en la fachada atlántica, donde el contingente de Larache llegó en diciembre de 1912 a los 5000 hombres para dar seguridad a caminos y aduares. Gracias a las buenas relaciones entre el ya coronel Silvestre y el Raisuni, se sustituyó a tropas y servicios franceses en el entorno de Tánger y el 17 de agosto entraron las tropas españolas en Arcila, sede del bajá. Sin embargo, los abusos de este en el cobro de impuestos, sus prácticas de extorsión y el trato infligido a quienes se le resistían hicieron que Silvestre se quejara ante el Gobierno español. La situación estalló el 31 de agosto, cuando el coronel se presentó en el aduar Ulad Bu Maiza para evitar tales exacciones y se entabló un tiroteo entre la mehala del Raisuni y la española. El bajá marchó a Tánger para quejarse al cónsul español y, momentáneamente, se logró la reconciliación y un acuerdo para constituir un tabor en Arcila, con personal indígena y oficiales españoles. No obstante, la

relación personal entre ambos estaba muy deteriorada, como preludio a su definitiva ruptura, que se produjo pocos meses más tarde.

ASENTAMIENTO DEL PROTECTORADO (1913-1915)

El 27 de noviembre de 1912 se firmaba en Madrid el Convenio fijando la respectiva situación de España y Francia en Marruecos, que sentaba las bases para el Protectorado[18]. En tanto avanzaba el proceso político para su ratificación, el Gobierno de Romanones empezó a dar pasos que facilitaran su puesta en práctica. Así, el 25 de diciembre, se decretó la conversión de la Capitanía General de Melilla en una Comandancia General (COMGE), lo que rebajaba su nivel institucional (de teniente general a general de división) y favorecía la posterior subordinación al alto comisario; adicionalmente, se reducía la guarnición, que quedó sobre la base de dos brigadas de infantería. En el caso de Ceuta el cambio fue menor, pues también se constituyó una COMGE a partir del antiguo Gobierno Militar, pero sin cambio en la jefatura (el general Alfau) ni aumento de las fuerzas asignadas, de entidad brigada reforzada. Y en Larache se mantuvo la consideración de la fuerza expedicionaria como «circunstancial y transitoria», si bien, a mediados de marzo, se creó su propia COMGE, asignada a un general de brigada (aunque continuó en ella el coronel Silvestre) y con fuerzas del Ejército e infantería de Marina equivalentes a una brigada.



Al mismo tiempo, Alfau iba creando las condiciones para asentar la capital del Protectorado en Tetuán, pues aceleró las obras de la carretera desde Ceuta y los contactos con las cabilas próximas. Con ello consiguió entrar con sus tropas en la ciudad el 19 de febrero sin incidente alguno. Una semana más tarde, se aprobaba un decreto para definir la figura y atribuciones del alto comisario, de quien iban a depender todas las autoridades consulares y militares españolas (Alfau fue designado de forma interina para el cargo) y crear las delegaciones de servicios, fomento y hacienda. De esa forma, se pretendía favorecer una política de penetración pacífica con la que ganarse la voluntad de los marroquíes mediante negociaciones y el establecimiento de la ley y el orden.

Sin embargo, en la costa atlántica se avanzó hacia el abismo cuando el 23 de enero se presentó el coronel Fernández Silvestre en el palacio del Raisuni en Arcila y le exigió inspeccionar el estado en que retenía a los presos; al comprobar las condiciones inhumanas en que se encontraban, ordenó liberarlos e incautar el armamento y municiones a los subordinados del bajá. Este se marchó a Tánger y dejó atrás a su familia y sirvientes, que fueron puestos bajo custodia. Desde Madrid se intentó que ambos personajes restablecieran sus relaciones, con el fin de conseguir el apoyo del jerife al

Protectorado, ante lo cual el coronel presentó su dimisión, que no fue aceptada. Al final, ambos se reunieron sin llegar a reconciliarse, pero Silvestre recibió la orden de liberar a la familia del Raisuni, que se reunió con él en Tánger a principios de abril.

En esos momentos, se aceleró el proceso de constitución del Protectorado, ya que el 9 de abril aumentó la guarnición de Ceuta con una brigada de cazadores y otras unidades. Al mismo tiempo, Alfau ascendía a teniente general y era confirmado como alto comisario, figura que quedó en entredicho solo unos días más tarde, cuando los ministros de Estado y Guerra publicaron sendas órdenes que establecían una confusa estructura: el alto comisario dependía del Estado y recibía la consideración de «inspector general de todas las fuerzas», para lo que contaba con un gabinete militar (dotado solo «con el personal estrictamente necesario»), pero no se ponían taxativamente las unidades del Ejército a sus órdenes. Además, los comandantes generales retenían un alto grado de autonomía y despachaban directamente con el ministro de la Guerra. El resultado fue la confusión, los malentendidos y los choques personales entre jefes desde el primer momento[19].

El último paso para el establecimiento del Protectorado se dio al designar el sultán como jalifa, máxima autoridad marroquí e interlocutor ante el alto comisario, a su primo Mohamed el Mehdi, que llegó a Tetuán el 27 de abril. Ese fue el detonante de la guerra, ya que el Raisuni había favorecido el asentamiento español, pensando que sería elegido para ese cargo, con el que vendría a refrendar su influencia en toda la región. A primeros de mayo abandonó Tánger y se refugió en Zinat, lejos de cualquier soldado español, desde donde llamó a la rebelión de las cabilas de la Yebala, Gomara y zona atlántica, en lo que obtuvo un rápido éxito.

Las primeras acciones hostiles tuvieron lugar en el camino de Alcazarquivir a Arcila, donde el 5 de junio los Beni Gorfet atacaron las posiciones de Cudia Fraicatz y Zoco el Tenin de Sidi Yamani. En ambos casos fueron rechazados. En los días siguientes, mientras llegaban a Larache tres nuevos batallones, dos columnas españolas actuaron sobre el aduar de Emsora y el Zoco el Arbaa de Ayacha, incendiando casas y cosechas. Hasta final de mes continuaron los combates, por lo que Silvestre, recién ascendido a general, llevó a cabo una operación para arrasar una extensa zona, con la que castigar a los insurgentes y disuadirlos de nuevos ataques. Sin embargo, en la madrugada del 7 de julio se produjo un ataque cabileño sobre Alcazarquivir, que también fracasó.

La tensión había ido en aumento en las calles de Tetuán, por lo que Alfau ordenó la requisa de armas a los particulares. Al mismo tiempo, la sublevación de las cabilas de Anyera y Wad Ras ponía en peligro las comunicaciones y, a primeros de junio, tuvo que replegarse, atacado por cabileños que regresaban de los combates de Arcila, el pequeño destacamento del tabor jerifiano que daba seguridad en el Fondak de Ain Yedida, punto clave en el camino a Tánger. Por ello, se ordenó el envío de los Regulares de Melilla a Tetuán. Y el 11 de junio la Brigada de Cazadores de Primo de Rivera ocupó el alto de Laucién, a 9 kilómetros de la capital. La sorpresa inicial permitió que no hubiera mucha resistencia, pero, a lo largo de la mañana, se fue reuniendo una poderosa harca enemiga que hostilizó el repliegue de las unidades de apoyo. Primo de Rivera hubo de salir al día siguiente para reforzar la posición y mantener abiertas las comunicaciones, con nuevos combates. Entre las dos jornadas, las fuerzas españolas sumaron 200 bajas. El Gobierno no estuvo de acuerdo con la ocupación de Laucién por considerar que excedía el objetivo de dar seguridad a Tetuán y no se había hecho un correcto estudio del enemigo, lo que dio ocasión a que se desatara un combate inesperadamente duro. En cualquier caso, atendió la petición de refuerzos hecha por Alfau y envió diez batallones a lo largo del mes.

En los días siguientes, se efectuaron varias salidas contra concentraciones hostiles en todo el perímetro de Tetuán y hubo razias en aduares para que los cabileños depusieran su agresiva actitud. Aunque el resultado fue el contrario, pues se exacerbaron los ánimos, como demostró la acción del 24, cuando se atacó una harca en la meseta de Ben Karrich y las fuerzas de Primo de Rivera tuvieron 42 muertos y 73 heridos. Tras estas operaciones, la situación entró en un periodo de calma relativa, aunque siguieran los hostigamientos a posiciones, patrullas y aduares aliados, así como las patrullas y represalias por parte española, con el consiguiente goteo de bajas. Además, los incidentes se extendieron a las cercanías de Ceuta, por lo que, el 27 de julio, se arrasó el aduar de Axfa, desde donde se hostigaba la posición de la Condesa. Por su parte, Silvestre aceleraba la ejecución de sus planes para asegurar las comunicaciones al colocar nuevas posiciones a vanguardia, con lo que limitaba el territorio controlado por el Raisuni. Lo culminó al ocupar Cuesta Colorada el 16 de agosto, con lo que mantenía libre el principal camino a la zona internacional de Tánger.

Mientras Alfau hacía esfuerzos para controlar la situación por diversas vías, incluida la negociación con los cabileños, en Madrid se le culpaba de la escalada bélica. A ello se sumaba la mala relación personal y los choques de

competencias con el COMGE de Ceuta, García Menacho[20]. Todo ello le llevó a dimitir el 14 de agosto y que el Gobierno designara como nuevo alto comisario al teniente general Marina. Una de sus primeras decisiones fue dividir el territorio de la COMGE de Ceuta en dos zonas de operaciones: una entre la plaza y el Rincón del Medik, a cargo de García Menacho; y la segunda en Tetuán, asignada al general Aguilera, su antiguo colaborador en Melilla. También fijó como objetivo cerrar las vías de penetración con posiciones fijas, sin pretender el castigo a los rebeldes, sino disuadirlos ante nuevos ataques.

El primer paso se dio tras la emboscada a un convoy cerca de Ceuta el 2 de septiembre. La brigada del general Arráiz realizó un reconocimiento ofensivo hacia El Biutz, que degeneró en un violento choque. El desgaste sufrido por los anyerinos fue tan grande que no pudieron ejecutar nuevas acciones ofensivas y se limitaron a hostigamientos y actos de bandolerismo. A continuación, se instaló un rosario de posiciones y fortines a lo largo de la carretera de la costa, por lo que se precisó la llegada de tres nuevos batallones a lo largo del mes. Se decidió establecer en torno a Laucién tres reductos, dos en la ribera izquierda del río Martín y uno en la derecha, lo que se realizó el 22 de septiembre tras un duro combate. Con menos incidencias se construyeron en las semanas siguientes nuevos fuertes y blocaos para dar seguridad a Tetuán y sus comunicaciones exteriores. Mientras tanto, Silvestre continuó ejecutando en Larache operaciones de corto radio para castigar a quienes participaban en actos hostiles e instalar nuevas posiciones de cierre de las avenidas de aproximación. Con ellas, trazó una línea de 75 kilómetros de longitud que aseguraba el control de unos 1500 kilómetros cuadrados de una región en general llana, bastante rica y por la que había de construirse el ferrocarril internacional de Tánger a Fez.

En Madrid se produjo en octubre un nuevo cambio de Gobierno y Dato regresó a la presidencia, aunque no hubo un cambio significativo en la estrategia política. Hasta final de año continuaron los incidentes y las pequeñas operaciones locales, para las que pronto se podría contar con la Mehala Jalifiana, creada en Tetuán por el teniente coronel Miguel Cabanellas, proveniente de Regulares. La nueva unidad era un cuerpo indígena organizado a la europea para llevar a cabo misiones auxiliares: seguridad a vanguardia y flancos de las tropas españolas, reconocimientos, escoltas, enlaces y patrullas. Sin embargo, en un proceso similar al de la Policía Indígena, cada vez se le dieron más cometidos de combate y protagonismo en las operaciones. También se instaló en el nuevo aeródromo de Sania Ramel,

junto a Tetuán, una escuadrilla de 11 aviones que el 3 de noviembre ejecutó su primera misión de reconocimiento y, dos días más tarde, el primer bombardeo. Antes de que finalizara ese mes, se activaba el aeródromo de Arcila y, en junio de 1914, se abrió el de Zeluán. De esa manera, las columnas se beneficiarían de apoyo aéreo de gran valor en sus operaciones[21]. Una innovación muy diferente fue la inauguración de la línea de ferrocarril entre Tetuán y Río Martín, que permitió la rápida llegada de suministros y personal por vía marítima, más segura que los 30 kilómetros del camino costero.

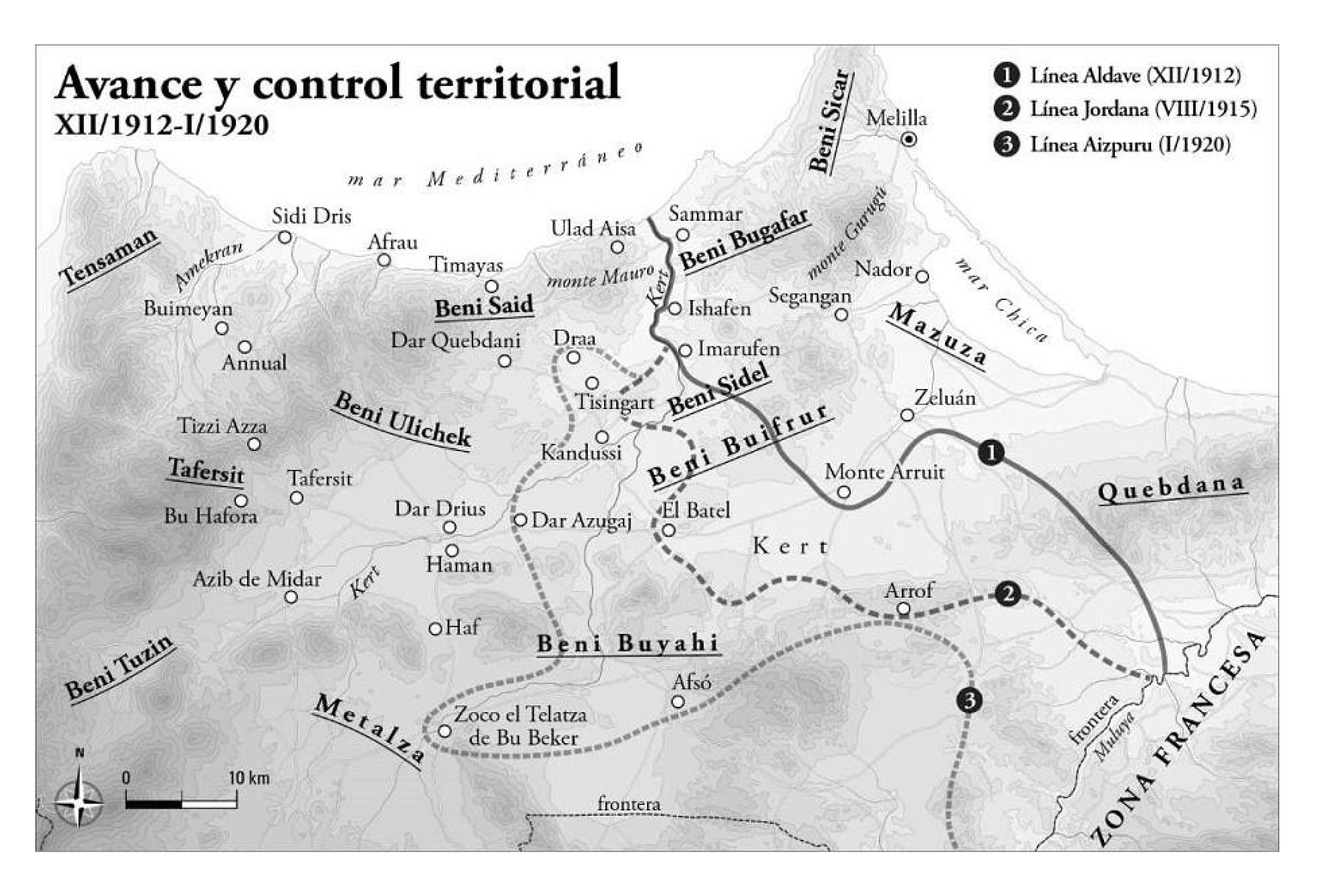
Al terminar 1913, las fuerzas españolas tenían ocupadas en el territorio occidental un total de 102 posiciones, con las que se cerraban las principales vías de penetración desde las cabilas aún insumisas (Haus, Wad Ras, Beni Ider, Beni Arós y Beni Hozmar), a las que el Raisuni incitaba a continuar combatiendo, lo que impedía la comunicación terrestre entre Tetuán y Arcila-Larache. A ello se unía que la de Anyera, que no estaba bajo su control, se mostraba siempre dispuesta a guerrear contra los cristianos y eso dificultaba las comunicaciones por el camino costero. Por ello, se sucedían los hostigamientos a posiciones y rutas, a los que solo en algunas ocasiones se reaccionaba con operaciones de envergadura, como la que se acometió el 1 de febrero de 1914 contra el aduar de Beni Salem, unos 10 kilómetros al norte de Tetuán; a finales de junio tuvieron lugar otras acciones en Cudia Federico y El Biutz.

Por su parte, Silvestre continuó consolidando el control de la fachada atlántica para cortar las rutas de contrabando (sobre todo de armamento) de los yebalíes hacia Tánger. También tenía el propósito de contactar con Tetuán, lo que cercaría al Raisuni en Zinat y cortaría las relaciones entre las cabilas de Anyera y Wad Ras. Pero no llegó a completar su plan, pues recibió orden del ministro de la Guerra de suspenderlo y limitarse a rechazar incursiones, ya que se estaban llevando a cabo negociaciones con el líder rebelde. Las mismas fracasaron en julio, al mismo tiempo que Europa se deslizaba hacia la Gran Guerra. A partir de ese momento, España limitó sus actividades militares y evitó las acciones ofensivas que pudieran desestabilizar la zona del Protectorado asignada a Francia. Tal actitud fue percibida por los cabileños como una muestra de debilidad, lo que contribuyó a aumentar el número de asaltos en las rutas y a los aduares aliados de los españoles.

En ese momento de incertidumbre se realizó una profunda reestructuración de las fuerzas indígenas, que se dividieron en cuatro clases: tropas del Majzén (Mehala Jalifiana), fuerzas regulares, Policía y fuerzas

irregulares auxiliares (harcas). Lo más destacable es que los Regulares pasaran a contar con cuatro grupos, cada uno de ellos con dos tabores de infantería a tres compañías y uno de caballería a tres escuadrones. En concreto, el grupo creado en 1911 quedaría de guarnición en Tetuán, mientras se creaban otros nuevos en Melilla, Tetuán (denominado Ceuta) y Larache. De esa manera, se potenciaba la tendencia a que estas unidades constituyeran la vanguardia de las operaciones, con objeto de disminuir el número de bajas peninsulares, así como que quedaran en manos españolas los apoyos de fuego, combate y logísticos. A lo largo de los años siguientes, esto se tradujo en la paulatina reducción del nivel de adiestramiento y combatividad de las unidades de infantería de reemplazo, que con los licenciamientos perdían su experiencia de combate, ya de por sí reducida[22].

La principal excepción a la congelación de la actividad bélica española fue la autorización al general Silvestre para reanudar las operaciones. De ahí que progresara por el extremo norte de su línea hacia Zinat, base del Raisuni, sobre el camino del Fondak de Ain Yedida y Tetuán. El primer paso fue la ocupación de Bilban y Cudia Riba el 15 de octubre: el siguiente fue la de Regaia el 18 de noviembre, lo que se tradujo en las semanas siguientes en el control del centro del valle del Meharhar. Para entonces, el Raisuni contaba con un nuevo centro de poder en Tazarut, en el centro montañoso de Yebala y muy cerca del santuario del Muley Abd el Salam, donde podía convocar juntas de cabileños para organizar la resistencia. Para ello contaba con la ayuda económica y de armamento de alemanes y otomanos, que pretendían así atraer la atención de franceses y británicos lejos de los campos de batalla europeos.



Avance y control territorial
XII/1912-I/1920
1 Línea Aldave (XII/1912)
2 Línea Jordana (VIII/1915)
3 Línea Aizpuru (I/1920)
mar Mediterráneo
Beni Sicar
Melilla
Tensaman
Amekran
Sidi Dris
Afrau
Timayas
Ulad Aisa
Sammar
Beni Bugafar
monte Gurugú
Nador
mar Chica
monte Mauro
Kert
Ishafen
Segangan
Buimeyan
Beni Said
Mazuza
Dar Quebdani
Draa
Imarufen
Annual
Tisingart
Beni Sidel
Zeluán
Beni Ulichek
Tizzi Azza
Kandussi
Beni Buifrur
Tafersit
Tafersit
Monte Arruit
Quebdana
Bu Hafora
Dar Drius
Dar Azugaj
El Batel
Kert
Haman
Azib de Midar
Kert
Arrof
Haf
Beni Buyahi
Beni Tuzin
Afsó
Metalza
Zoco el Telatza
de Bu Beker
frontera
Muluya
ZONA FRANCESA
N
0
10 km
frontera

En los primeros meses de 1915 se vivió en toda la parte occidental del Protectorado una especie de tregua, pues no hubo nuevas operaciones y, a cambio, se habían retomado las negociaciones secretas con el Raisuni, a las que se oponía abiertamente Silvestre. La tensa situación estalló el 8 de mayo, cuando fue asesinado un delegado del jerife, pese a llevar un salvoconducto de Marina, y en la investigación se probó la complicidad de oficiales españoles. El Gobierno no supo reaccionar ante semejante muestra de insubordinación y de diferencias de criterio, por lo que Marina presentó la dimisión el 13 de julio, mientras Silvestre era relevado y nombrado ayudante de Alfonso XIII.

A cambio, la situación en Melilla había sido mucho menos convulsa, ya que su COMGE, Francisco Gómez-Jordana, había dado prioridad a la acción política y a las medidas económicas para controlar el territorio, aunque sin dudar en emplear la fuerza militar cuando era preciso. Con esa técnica convenció a la cabila de Beni Said para que se negara a entrar de nuevo en guerra y redujo la entidad del ataque sufrido contra Kaddur. La reacción española contó con el apoyo de numerosas harcas aliadas, lo que le permitió ocupar los poblados de donde había partido la agresión e Ifrit Aisa, punto dominante sobre el Kert. Posteriormente, reaccionó al bloqueo de los peñones de Alhucemas y Vélez con el corte de rutas comerciales y fomentar así las luchas intestinas entre las facciones rifeñas. En 1914 dirigió su acción militar hacia los llanos del Garet, cuyos límites no estaban todavía bien definidos y donde los franceses mantenían sus aspiraciones. Para aprovechar la petición de varios caídes que querían ponerse a cubierto de robos y represalias de harqueños, las tropas indígenas de Jordana ocuparon Tistutin el 23 de junio. Como resultado, entre 1913 y 1914 había ampliado la zona controlada por España en 400 kilómetros cuadrados a costa de muy pocas bajas y se habían concretado los límites entre protectorados. En los primeros meses de 1915, cruzó el Kert al ocupar Tikermin y poco después controló toda la zona comprendida entre los montes de Ziata y el Muluya. Como complemento a estas acciones se iban cerrando posiciones a retaguardia, lo que liberaba tropas para incorporarlas a las columnas móviles; también se crearon tres nuevas mías de Policía Indígena. La ausencia de hostilidades evidentes se tradujo en el auge de Melilla, convertida en el motor económico de la región, con una intensa actividad de obras públicas y extracción minera; de ese momento es la eclosión de la arquitectura modernista de la ciudad. Con todo ello, no resulta extraño que Gómez-Jordana fuera ascendido tanto en empleo

militar como en cargo institucional y el Gobierno le designara como nuevo alto comisario.



Ejercicios militares de las tropas españolas de infantería durante las campañas de Marruecos. Tarjeta postal de la época.

GÓMEZ-JORDANA (1915-1918)

Con el fin de paliar los problemas de mando experimentados por Alfau y Marina, al teniente general Gómez-Jordana se le designó a la vez alto comisario y general en jefe del Ejército de España en África, lo que debería permitirle una mejor coordinación de las operaciones. Sin embargo, no se le dotó de un cuartel general propiamente dicho, aunque en algunos documentos se le daba tal denominación a su gabinete. En lo referente a las funciones civiles, en enero de 1916 se aprobó el reglamento general orgánico para la administración del Protectorado, que fortalecía su posición, siempre dependiente del Ministerio de Estado, aunque seguían «autorizadas las relaciones directas que las autoridades militares y navales españolas mantengan con los ministerios de la Guerra y de Marina en asuntos de carácter exclusivamente militar». Además, recibió instrucciones de dar prioridad a la acción política y evitar las operaciones ofensivas que pudieran considerarse una vulneración de la neutralidad en la Gran Guerra y, sobre todo, causaran bajas entre los soldados peninsulares.

Más trascendental fue que se retomaran las conversaciones con el Raisuni, las cuales concluyeron en un pacto secreto firmado en septiembre de 1915, en el que se hicieron al jerife unas concesiones enormes: el Ejército español no

avanzaría sin su consentimiento, se le designaría gobernador de las cabilas que sometiera y se le daría armamento y dinero para constituir una mehala de 1000 hombres a sus órdenes. A cambio, el yebalí se comprometía a reconocer y aceptar el Protectorado español y al jalifa (si bien nunca materializó tal sometimiento), garantizar la seguridad y la construcción de carreteras y pacificar las cabilas de Anyera, Wad Ras, Beni Ider y Beni Mesauar. En prueba de buena voluntad, envió como rehenes a dos de sus mujeres y dos hijos a Arcila, donde permanecieron hasta febrero de 1919[23]. Las consecuencias del pacto fueron inmediatas, pues a primeros de octubre las fuerzas de Larache ocuparon sin bajas Megaret, en el cruce de los caminos a Tánger y Tetuán, y la meseta de Maida, dominante sobre el río Jarrub y la cabila de Yebel Hebid. Por su parte, el Raisuni derrotó a la harca de Ben Karrich y consiguió así la sumisión de Beni Arós.

Mientras en Madrid volvía Romanones a la Presidencia del Gobierno, en el Protectorado español se vivieron unos meses de relativa calma, sin combates aunque sí con incidentes de los que eran víctimas los nativos. De ahí que en la primavera de 1916 se retomaran las operaciones contra las cabilas de Wad Ras y Anyera. Fuerzas de Larache partieron de Cuesta Colorada para progresar por el camino a Tetuán y ocuparon Sela y Sidi Talha, que constituían el límite de la zona internacional; ese mismo día entraron en Zinat, antiguo reducto del Raisuni, cuyo apoyo a la operación hizo que hubiera poca resistencia. Y el jerife ocupó el 12 de mayo el Fondak de Ain Yedida, donde estableció su cuartel general. En sus cercanías mantuvo con Gómez-Jordana el día 20 una entrevista bastante larga y supuestamente cordial, si bien el general informó al Gobierno de la incomodidad de tratar con ese personaje. Cuatro días después, fuerzas de Tetuán y Larache establecieron enlace en el Fondak sin el menor incidente, con lo que quedaba abierta al tráfico la ruta más directa entre Tánger y la capital del Protectorado. A partir de entonces hubo un intenso tráfico en la misma, con el paso de convoyes sin apenas escoltas ni grandes contratiempos.

De ese encuentro surgió la mayor operación militar realizada durante el mandato de Gómez-Jordana: la acción de El Biutz, el 29 de junio de 1916. Con ella se pretendía someter el corazón de Anyera, desde donde se hostigaba la carretera costera. El esfuerzo principal correspondió a las fuerzas de la COMGE de Ceuta, mandadas por el general Milans del Bosch desde Cudia Federico, que protagonizaron una dura jornada en la que se llegó al cuerpo a cuerpo en la denominada loma de las Trincheras. Se ocuparon y fortificaron nuevos blocaos, a costa de 77 muertos y 233 heridos y es de destacar que más

de dos tercios de tales bajas correspondieran a personal indígena, sobre todo de Regulares. También resaltaron por su importancia y características las tres acciones complementarias realizadas para atraer la atención de los anyerinos e impedir su reacción. Las fuerzas de Larache desplegaron más de 9000 hombres para avanzar desde Regaia a lo largo del límite con la zona internacional de Tánger, sin incidentes reseñables. Por su parte, la Armada empleó un acorazado y dos cañoneros para simular un desembarco en Alcazarseguer y bombardear los aduares costeros desafectos. Aunque el movimiento más novedoso fue el efectuado desde Laucién, mandado por el propio el Raisuni con el asesoramiento del comandante Castro Girona, para efectuar razias en el entorno del Zoco el Jemis de Anyera con cuatro harcas aliadas, la Mehala Jalifiana y la mehala del Raisuni, hasta un total de casi 5000 efectivos, apoyados por la columna española del general Ayala. A consecuencia de tal acumulación de fuerzas, en los días siguientes se presentaron emisarios de los aduares de El Biutz, Ain Xixa, Ain Yir y Ulad Marsa ante el COMGE de Ceuta para solicitar el perdón; de manera adicional se les obligó a acudir ante el Raisuni para suplicarle la paz.

Pese la baja actividad subsiguiente de los cabileños rebeldes tras estos éxitos, Jordana era partidario de mantener una fuerza importante en el Protectorado y emplearla en la consolidación del control territorial sin depender en exceso del Raisuni. También propuso llevar a cabo el planeado desembarco en Alhucemas. Pero, en esos momentos, se vivía en España la aguda agitación social que desembocaría en las diversas crisis del año siguiente; de hecho, uno de los focos de conflictividad era el fortalecimiento de las Juntas de Defensa, cuyas reivindicaciones se basaban, en gran medida, en la crítica a los ascensos por méritos de guerra concedidos en África[24]. De ahí que el Gobierno obligara a repatriar las unidades expedicionarias que llevaban varios años en Marruecos. En mayo ya partieron doce batallones desde Ceuta y Larache y se inició un proceso que terminó en marzo de 1917 tras regresar más de 20 500 hombres y casi 4000 caballos. A cambio, se dotó a cada grupo de Regulares con un tercer tabor de infantería[25].

Mientras en España se vivían meses convulsos, plasmados en los cuatro Gobiernos que se sucedieron a lo largo de 1917, la situación en Marruecos era de calma, aunque la Gran Guerra tenía resonancias por la llegada de propaganda, armas y dinero de Alemania y Turquía. A pesar de ello, Jordana pudo dedicar las tropas españolas al adiestramiento y a mejorar las condiciones de su despliegue, para lo que construyó nuevos fortines a lo largo de la carretera de Tetuán a Ceuta y en las proximidades del río Martín.

También impulsó las actividades de desarrollo y cohesión territorial, como la inauguración de la línea de ferrocarril Ceuta-Tetuán, reservada, en principio, para uso militar, pero que pronto se autorizó a pasajeros y mercancías civiles. A cambio, la construcción de la línea Tánger-Fez, objeto de un protocolo específico en el Convenio de 1912, se vio paralizada por la Gran Guerra y no se reanudó hasta 1919, mientras que su tramo dentro de la zona española no se finalizó hasta julio de 1927.

Por su parte, el COMGE de Melilla, Luis Aizpuru y Mondéjar, dio prioridad a la acción política y tomó medidas de desarrollo económico de la retaguardia y las nuevas zonas agrícolas pacificadas. Al mismo tiempo, no dudaba en utilizar las fuerzas militares para ocupar nuevos puntos dominantes cuando se presentaban circunstancias favorables, como los enfrentamientos tribales entre francófilos y partidarios de alemanes y turcos. De esa forma, hizo avanzar la línea del Kert envolviendo el monte Mauro, centro de los Beni Said.

Mientras tanto, el Raisuni seguía aprovechando las amplias prerrogativas conseguidas de los españoles y adquirió tal posición de fuerza que incumplía lo pactado al impedir el establecimiento de posiciones del Ejército y la Policía que garantizasen el control de las principales rutas y valles. También continuaba exigiendo impuestos abusivos a las cabilas que controlaba y tomaba represalias ante las que las autoridades españolas y el jalifa nada podían hacer, ya que Madrid prohibía ejecutar acciones que obligaran al envío de tropas o desestabilizaran la zona francesa. A lo largo de 1917, incluso empezó a exteriorizar su rechazo a España y su práctica independencia con respecto al jalifa.

Tras unos ataques contra tropas españolas en el verano de 1918, el teniente general Gómez-Jordana comenzó a redactar un extenso informe dirigido al ministro de la Guerra en relación con sus tres años en Tetuán y la forma en que había intentado cumplir las directrices pactistas de los sucesivos y efímeros Gobiernos, pese a la actitud desleal del Raisuni. En el mismo, denunciaba las prácticas despóticas que este empleaba y sus impedimentos para las mejoras en infraestructuras, como la conducción de agua a Tetuán o el ferrocarril a Tánger. De ahí que expusiera la necesidad de recibir más fuerzas y, sobre todo, directrices más claras y reglas de enfrentamiento más permisivas ante un aliado tan poco fiable. El 18 de noviembre murió de un infarto sobre la mesa de su despacho, nada más terminar el informe[26].

Al mismo tiempo, el 11 de noviembre de 1918 había finalizado la Gran Guerra, que tanto había supeditado la estrategia española, y el 5 de diciembre

volvía Romanones a la Presidencia del Gobierno. Comenzaba una nueva fase en la consolidación del Protectorado; volvían a sonar los tambores de guerra.

BERENGUER (1919-1921)

El Gobierno se planteó la posibilidad de nombrar a un civil para el cargo de alto comisario, por lo que decretó la desaparición de la figura del general en jefe y la creación de dos agrupaciones «bajo el mando directo e inmediato de los comandantes generales de Melilla y Ceuta», con el mantenimiento de la COMGE de Larache, pero precisando que «en el orden de actuación política y militar» estaría subordinada a la de Ceuta. Para aumentar la confusión, se estableció que los comandantes generales debían acatar las instrucciones que les llegaran del alto comisario, pero podían despachar directamente con el ministro de la Guerra. En definitiva, se descentralizaba el mando sobre las fuerzas militares y se obligaba al máximo representante del Gobierno a tratar directamente con varios interlocutores[27].

El responsable de tal cambio normativo fue el ministro de la Guerra Dámaso Berenguer, quien, a finales de enero de 1919, fue nombrado alto comisario, la figura que había debilitado y a la que llegaba siendo solo general de división y no teniente general, como sus antecesores. De hecho, con el fin de blindar sus competencias ante los comandantes generales (con quienes compartía empleo, pero eran más antiguos y llevaban varios años en el cargo), se decretó que ejerciera la inspección sobre las autoridades y servicios civiles, militares y navales, tanto del Protectorado como de los territorios de soberanía española. La situación dio un nuevo giro en julio, cuando fue designado COMGE de Ceuta Fernández Silvestre, de su misma promoción pero más antiguo en el escalafón. De ahí que, de forma simultánea, se aprobara un nuevo decreto que concretaba las atribuciones del alto comisario en su función inspectora. Aún sería preciso un tercer decreto, en septiembre de 1920, en cuya exposición de motivos se reconocía la existencia de imprecisiones y fallos en la unidad de acción, por lo que se otorgaba al alto comisario, «mientras sea un general», el mando de todas las fuerzas militares.

Desde el punto de vista estratégico, con Berenguer se produjo un cambio fundamental por la nueva política de Francia, que pretendía recuperar el pleno control sobre su zona del Protectorado, por lo que presionó a Madrid para que se impidieran las agresiones y hostigamientos que recibía desde el norte. El Gobierno español decidió adoptar una actitud más proactiva ante quienes aún

no se hubieran sometido realmente al Majzén y empezó por la parte occidental, donde el Raisuni actuaba como un soberano casi independiente en Yebala. Nada más hacerse cargo del puesto, Berenguer empezó a planear el sometimiento de las cabilas de Anyera, Mesauar y Wad Ras, para tomar así el pleno control de las comunicaciones entre Ceuta, Tetuán, Tánger y Larache. Con ello se conseguiría optimizar el despliegue de fuerzas y posiciones, reducir el peligro de ataques a Tetuán y aislar a los rebeldes en la zona más montañosa de Yebala, paso previo para ocupar Xauen, la capital de la región[28].

Berenguer también introdujo una innovación en el campo táctico, al imponer los procedimientos que empleaban los Regulares. No se trataría de efectuar operaciones de un solo día en las que establecer un blocao y replegarse, sino lanzar columnas que incluso pernoctaran sobre el terreno hasta dominarlo y darle continuidad a ese control con la creación de bases, a su vez punto de partida para nuevos avances[29]. El primer ejemplo de ello fue la incursión realizada en Anyera a partir del 16 de marzo por la Policía Indígena, Regulares y la harca del caíd Ben Alí y que concluyó con la toma de Alcazarseguer. Simultáneamente, el teniente coronel Castro Girona se movía con su Mehala Jalifiana desde Tetuán hacia el sur, para fijar al Raisuni en Ben Karrich, y el general Barrera marchaba desde Larache hacia Beni Arós para taponar la salida a la llanura atlántica. Tras la sorpresa inicial, el Raisuni reaccionó y el 5 de abril se produjo el primer choque a escasa distancia de Tetuán, en Beni Salah, en el que las tropas españolas acumularon 33 muertos y 42 heridos, en su mayoría indígenas de Regulares.

Es por ello que el siguiente movimiento de Berenguer fuera conseguir la unión directa entre las comandancias de Larache y Ceuta, sin depender del amenazado entorno de la capital del Protectorado. Lo ejecutó con varias acciones en el margen oriental de la zona internacional y el importante Zoco el Jemis de Anyera, a las que siguieron otras para asegurar las comunicaciones en las proximidades de Tetuán. De esa forma, al comenzar el verano se había conseguido la pacificación casi incruenta de las cabilas de Anyera, Haus y parte de Beni Hozmar y Beni Said. Mientras tanto, en la zona de Larache se estaban llevando a cabo acciones más limitadas para controlar áreas de Beni Gorfet y Beni Arós. De una manera menos agresiva, en esa primavera también se produjeron progresos en Melilla, pues Aizpuru avanzó en territorio de Beni Buyahi y Metalza, zonas muy fértiles y aptas para la colonización.

La buena marcha de esta campaña se vio truncada el 11 de julio, al llevar a cabo la ocupación de Cudia Rauda, una crestería en Wad Ras. Se trataba de la típica operación de confluencia de dos columnas para instalar tres posiciones y replegarse. Pero se infravaloró la probabilidad de enfrentamiento, se planeó mal la construcción de los parapetos y se buscó tanto el secreto en la aproximación nocturna que se produjeron tiroteos entre fuerzas propias. Las posiciones quedaron cercadas y una de ellas cayó, por lo que hubo que enviar nuevas fuerzas de socorro y la situación no se estabilizó hasta el día 13. En total, las fuerzas españolas sufrieron 77 muertos (48 de ellos europeos), más de 120 heridos y unos 70 desaparecidos (muchos de ellos indígenas que desertaron). Tal descalabro provocó un gran escándalo en España, que llevó a la caída del Gobierno de Maura (que había sustituido a Romanones en abril) y el relevo del general Arráiz como COMGE de Ceuta por Fernández Silvestre. Así, tendría este ocasión de enfrentarse a su viejo rival el Raisuni, quien, por su parte, estaba aprovechando la ocasión para airear la presunta debilidad de los españoles y consolidar su prestigio, lo que se tradujo en numerosos ataques a posiciones, aduares y patrullas.

En agosto se autorizó un importante cambio en las plantillas de las unidades de infantería y caballería, al aumentar el número de ametralladoras, y se recibió en Tetuán el refuerzo de un batallón de Melilla. De esa manera, se pudo lanzar el 27 de septiembre una gran operación para ocupar el Fondak de Ain Yedida, según tres direcciones de avance que sumaron más de 15 000 hombres para enfrentarse a unos 7000 guerreros del Raisuni. Al final, el 5 de octubre convergieron las fuerzas de los generales Silvestre, Barrera y Vallejo y ocuparon y consolidaron tan importante punto. En consecuencia, se fueron presentando los jefes de las cabilas próximas para manifestar su sumisión, con lo que se aseguraron las comunicaciones entre Larache, Tetuán y Tánger.

Siguieron unos meses de predominio de la acción política y de establecimiento de lazos con las cabilas, al mismo tiempo que se licenciaba un reemplazo de personal peninsular y llegaban nuevos reclutas sin instruir. De ahí que hubiera calma operacional, solo rota por asaltos ocasionales sobre los caminos y la ocupación por fuerzas de Larache de una nueva posición en Teffer, sobre el Lucus. Más calado tuvo la toma por la Mehala Jalifiana del macizo de Gorgues, dominante sobre Tetuán, el 14 de enero de 1920.

De esa forma, al cumplirse el primer año de Berenguer como alto comisario, el balance de su gestión era globalmente positivo, ya que la ruptura de la peculiar alianza con el Raisuni había llevado a la sumisión real al Majzén de las cabilas más importantes de la zona de Tetuán y se había

remontado el curso del Lucus hasta mitad de camino entre Larache y Xauen. Al mismo tiempo, el avance desde Melilla, más limitado, había permitido ocupar el Zoco el Telata de Abu Beker, donde se enlazó con las fuerzas francesas. Y todo ello con un número reducido de bajas peninsulares, ya que las fuerzas indígenas habían afrontado el desgaste mayor, tanto por la alta proporción que representaban en las columnas como por desplegar en vanguardia y flancos. En ese momento, se produjo un hecho trascendental: el ascenso del general Aizpuru y la designación para el puesto de COMGE de Melilla de Fernández Silvestre, lejos de Berenguer y con mayor autonomía, aunque fuera en el teatro de operaciones en aquel momento secundario.

Durante los meses siguientes lo fundamental fue la preparación política y militar para el avance hacia Xauen, aprovechando la hostilidad de algunas cabilas yebalíes hacia el Raisuni. También se llevaron a cabo numerosos vuelos de reconocimiento para paliar la carencia de cartografía de la intrincada zona montañosa donde se preveía operar en los meses siguientes. A tal efecto se cerró el aeródromo de Arcila y fue sustituido por uno en las afueras de Larache.

Pese a ello, en la primavera y verano de 1920 pareció que el esfuerzo principal era realmente el de la zona melillense, pues se desarrollaron acciones de bastante calado, que, en la práctica, suponían perder la posibilidad de enviar apoyos a Tetuán en caso de necesidad. Así, Silvestre desplegó cuatro columnas por los llanos de Metalza hasta ocupar Dar Drius el 15 de mayo, sin encontrar resistencia organizada. Tras constituir allí una gran base de operaciones, volvió a iniciar el movimiento para tomar Azrú, Azib de Midar y la alcazaba de Bu Hafora, que culminó el 20 de agosto con la toma de Tafersit, que permitía controlar todo el valle del Kert, zona apropiada para la extensión del ferrocarril de Tistutin. Tales movimientos fueron precedidos de intensas negociaciones con las cabilas y se realizaron a gran velocidad, con lo que se conseguía la sorpresa y se reducía el número de bajas.

Mientras tanto, para el avance hacia Xauen se estaban realizando acciones previas mucho más cautas. Así, la Mehala Jalifiana y la recién creada mía de Policía Indígena de Beni Said progresaron a lo largo de la costa hasta llegar a la desembocadura del río Lau. El siguiente paso fue la ocupación de Kudia Tahar y Ben Karrich a finales de junio, con lo que quedaba abierto el valle del Háyera, ruta natural hacia Xauen cuyo empleo se consolidó, a finales de agosto, con la toma de Kerikera, Afurit y Ramla.

La campaña de Xauen propiamente dicha empezó dos días después de que los franceses ocuparan Uezán, ciudad a solo 25 kilómetros al sur del Lucus y

que cerraba posibles apoyos a los yebalíes. Así, el 20 de septiembre, se pusieron en marcha en movimiento convergente, con importante apoyo artillero y aéreo, tres grandes columnas desde Wad Lau, Teffer y Ben Karrich. Esta última llegó el 28 de septiembre al Zoco el Arbaa de Beni Hassan, a mitad de distancia desde Tetuán, sin combates ni bajas de consideración. Allí se hizo un alto de varios días para acondicionar caminos y realizar acumulación logística.

El siguiente salto permitió alcanzar Dar Akobba, en la ribera del Lau, donde volvió a hacerse un parón operativo para negociar con las cabilas. Por último, en la noche del 13 de octubre, la mehala de Castro Girona efectuó una incursión nocturna como primera acción de una compleja operación para ocupar Xauen. Tras sufrir apenas 14 muertos y 41 heridos (casi todos indígenas), balance favorable dada la naturaleza del terreno y la importancia de la población ocupada, Berenguer entró en la ciudad. En los días siguientes se fueron colocando posiciones al sur, con el fin de evitar los ataques que se esperaban desde el Ajmás. De hecho, hubo continuos choques, que culminaron a finales de diciembre con una oleada de incidentes en torno al monte Magó y dejaron la ciudad casi sitiada, pues solo se podía comunicar por el estrecho camino a Tetuán.

Entretanto, el 21 de octubre, había tenido lugar cerca de Ceuta la primera Jura de Bandera de una unidad de nueva creación: el Tercio de Extranjeros. Con ella, y de forma análoga a lo ocurrido con los Regulares, se pretendía reducir el empleo de tropa peninsular de conscripción. Al mando del teniente coronel José Millán Astray y Terreros, en aquel otoño se constituyeron tres banderas (batallones), cada una con dos compañías de fusileros, una de ametralladoras y una de depósito, hasta sumar los 557 hombres. Se trataba de una organización bastante distinta de la de los batallones de Línea o Cazadores, que contaban con unos 1000 hombres. Es de reseñar que bandera y batallón, a pesar de estas diferencias en tamaño, tenían las mismas cuatro ametralladoras, lo que se traducía en una mayor potencia de fuego del Tercio**[30]**. Aunque no llegaron a participar en la ocupación de Xauen, los legionarios entraron muy rápido en campaña, pues la I Bandera se incorporó a la guarnición de Wad Lau ya el 3 de noviembre.

En contraste, los meses de septiembre y octubre fueron de casi absoluta calma en Melilla. Pero, una vez ocupado Xauen, el general Silvestre propuso iniciar una nueva fase: avanzar hacia el norte, en dirección al mar. Tras recibir el visto bueno de Berenguer, el 5 de diciembre se puso en movimiento y ocupó Ben Tieb, con escasas bajas. En los días siguientes se sometieron

formalmente las cabilas de Beni Ulichek y Beni Said, mientras columnas del Ejército y la Policía recorrían el territorio y ocupaban Tuguntz y Dar Quebdani. El propio Silvestre izó la bandera española en el monte Mauro el 11 de diciembre. Incluso se construyó en Dar Drius una pista de aterrizaje provisional. Unos días más tarde, el 12 de enero, se llevaba a cabo un desembarco para establecer una posición en Afrau, en lo que podría considerarse como cierre operacional de la campaña.



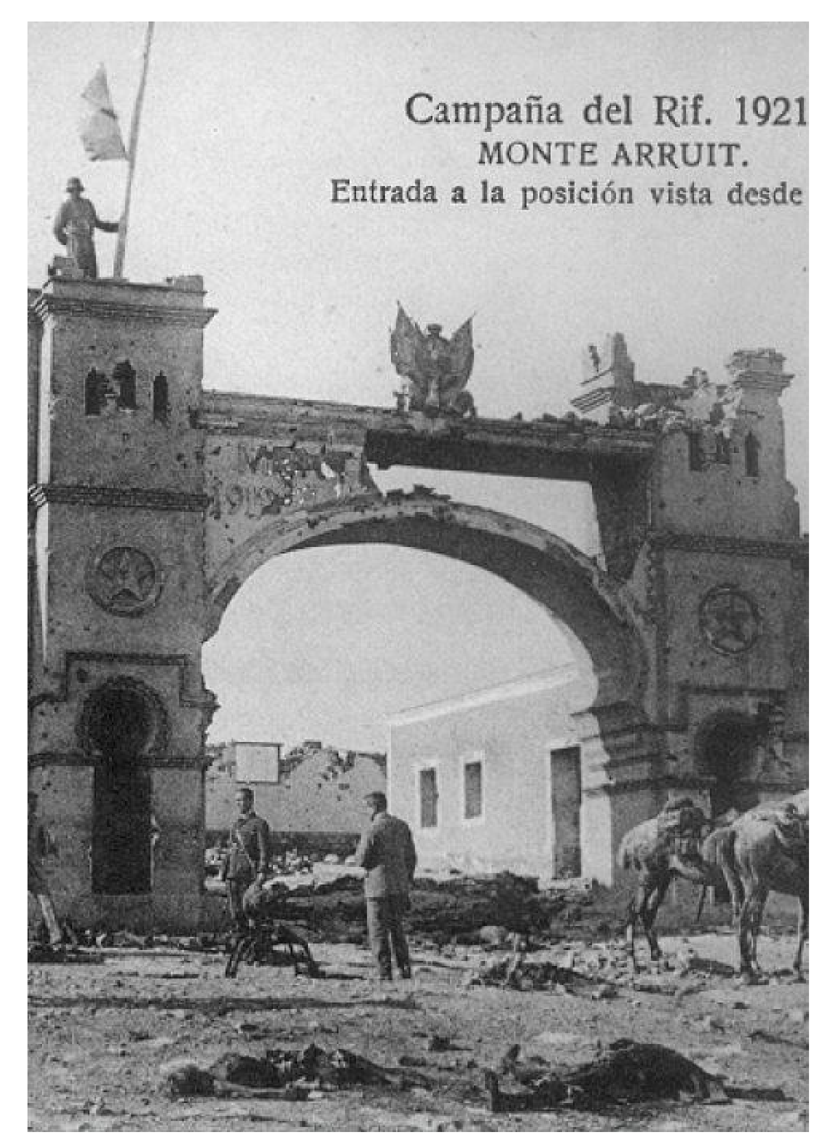
Marcha de una columna de legionarios en 1921. Se distinguen elementos propios del uniforme, como la bota alpargata o las cartucheras. Tarjeta postal de la época.

Es de resaltar que este conjunto de operaciones en ambas zonas del Protectorado, que había supuesto un notable incremento del territorio controlado, se había realizado sin aportación exterior alguna, pues solo intervinieron las fuerzas de guarnición permanente con el apoyo de las jelifianas y las harcas aliadas, a lo que se añadía la paulatina creación de mías de Policía Indígena (como las de Tensaman y Xauen a principios de 1921). La escasez de fuerzas se agravó cuando el 30 de diciembre empezaron a concentrarse los soldados del reemplazo de 1917 para su licenciamiento, con lo que quedaron las unidades muy mermadas en tanto se recibía e instruía al nuevo contingente. Pese a ello, tras recibir la sumisión de numerosos jefes de la cabila Tensaman, Silvestre solicitó permiso (que se le concedió) para adelantar su línea hasta Annual, posición que ocupó el 15 de enero y complementó en marzo con la costera de Sidi Dris.

Con la llegada de la primavera se retomó la campaña para acabar con el poder del Raisuni en Yebala. Se empezó por ocupar el 18 de abril el puerto de

Targa y el cabo de Tiguisas, con objeto de cortar el contrabando de armas por mar y asegurar la retaguardia de acciones posteriores. A continuación, la columna de Castro remontó el valle del Lau y enlazó con las fuerzas de Sanjurjo estacionadas en Dar Akobba, tras lo cual ambos procedieron a limpiar de enemigos las sierras en torno a Xauen. En esta operación participaron casi exclusivamente fuerzas indígenas. Inmediatamente después comenzaron las acciones ofensivas en la zona de Larache, en este caso con mayor protagonismo de tropas peninsulares, que tomaron los aduares de Lahara y Sahara para cortar la cuenca del Mejazén. De esa forma, se estaba cerrando el cerco a Yebel Alam y Tazarut.

Mientras tanto, desde Melilla llegaban noticias que deberían haber levantado la alarma, en especial la caída de Abarrán el 1 de junio, que se intentó paliar con la ocupación de Igueriben. A pesar de ello, la operación que se presumía definitiva contra el Raisuni en Tazarut se lanzó el 25 de ese mes, cuando se pusieron en marcha fuerzas desde el Zoco el Arbaa hacia el oeste en el territorio de los Beni Lait, acción en la que por primera vez tuvo protagonismo el Tercio. Una semana más tarde, las tropas de la COMGE de Larache avanzaban en sentido inverso desde Megaret hasta Rokba el Gozal, mientras las de Larache remontaban el curso del Mejazén. Gracias a esta actuación coordinada con eficaz apoyo artillero y aéreo, se consiguió tal superioridad que se sufrieron pocas bajas. Con esa disposición se lanzó el 11 de julio una operación convergente sobre el corazón de Beni Arós, en la que se ocupó el Zoco el Jemis, y el 20 otra que puso Tazarut, el reducto del Raisuni, al alcance artillero de las fuerzas españolas. Sin embargo, las noticias que llegaban del cerco a Igueriben eran cada vez más preocupantes y, en la noche del 21 de julio, se dio la orden para que dos banderas del Tercio, los Regulares de Ceuta, dos baterías, dos compañías de zapadores y diversas unidades logísticas partieran urgentemente hacia Melilla, donde estaba a punto de caer Annual. Se había perdido una oportunidad de oro de acabar con la resistencia en la zona occidental y la guerra entraba en una nueva fase, muy diferente a todas las anteriores.



Campaña del Rif, 1921. Monte Arruit. Entrada a la posición vista desde fuera. Tarjeta postal de la época.

El rifeño es, generalmente hablando, pérfido y rapaz. Sus pactos más solemnes nacen ya tácitamente anulados por la reserva fundamental de que todas las armas son lícitas contra el infiel y de que el engaño es un arma tan buena como cualquier otra[1].

Memorial de Infantería

5

UN PROTECTORADO A REGAÑADIENTES. 1921: EL DESASTRE DE ANNUAL

Julio Albi de la Cuesta

Antes de entrar en las operaciones que desembocaron en Annual, puede ser conveniente recapitular aquí el contexto en el que se produjeron y que, sin duda, propició los acontecimientos de aquel trágico julio de 1921.

En efecto, toda la actuación de España en Marruecos vino condicionada desde un principio por la tibia acogida que tuvo la implantación de un Protectorado sobre la zona del país —por cierto, la más pobre y la más arisca — que le atribuyó el acuerdo del 27 de noviembre de 1912, firmado con Francia, y no con el sultán, lo que ya de por sí era significativo, como lo es que en tal texto ni siquiera aparezca la palabra «Protectorado». La aprensión no era nada nuevo; al contrario, se trataba de un fenómeno secular; caso contrario, no se explica que tuvieran que pasar siglos para que Ceuta y Melilla se extendieran más allá de sus estrechos recintos primitivos, mientras que los presidios menores siempre fueron centinelas de piedra, que no salían de sus murallas.

Las reticencias eran compartidas, aunque por razones distintas, por amplios sectores. Los políticos, en general, temían el coste humano y económico de las responsabilidades que se habían asumido. Gran parte de la clase dirigente, por otro lado, estimaba que un país con las carencias de todo tipo que tenía España, plasmadas en enormes déficits en materias como educación, sanidad o infraestructuras, entre otras muchas, no estaba en condiciones de consagrar esfuerzos para «civilizar» tierras ajenas y hostiles, cuando las propias se hallaban en tan deplorable estado.

Asimismo, la gran masa de la población tenía razones para contemplar con repugnancia la nueva aventura. Aunque habían sido abolidos ignominiosos mecanismos como la redención a metálico y la sustitución, existía el sistema de cuotas, que garantizaba que los hombres dispuestos a pagar cierta cantidad quedaban eximidos, en la práctica, de la obligación de combatir en África, lo que no era aplicable a la mayoría de sus compatriotas,

menos favorecidos. La amarga experiencia de Cuba y de Filipinas, y de anteriores campañas en Marruecos, dictaba quién iba a pagar lo que los ingleses llaman con acritud «la cuenta del carnicero».

Por fin, en el seno del propio Ejército, eran muchos los que albergaban reservas, que fueron aumentando a medida que se desarrollaban las campañas, con su secuela de cascadas de ascensos y de condecoraciones, muchas fruto del favoritismo. El malestar culminó en las olvidables Juntas de Defensa, absurda forma de sindicalismo militar, que mediatizó durante años la vida política de España y que creó, en 1918, un Ejército disforme, fundamentado en la obsesión de generar puestos de mando y no en las necesidades reales de la defensa. La escasez de voluntarios, muy frecuente, para cubrir vacantes en las fuerzas de choque era otra demostración de esta falta de entusiasmo por la empresa marroquí, que llevó, por casualidad, a una profunda división entre africanistas y junteros.

No se agotaban ahí las discrepancias; al lado de los africanistas auténticos estaban los «caponíferos»[2], que pedían destino en Marruecos «para obtener ventajas económicas». Había también diferencias entre los que se encontraban en unidades peninsulares y «los que llevan chichíes» (sic), que se consideraban superiores[3].

El Protectorado, de otro lado, nació envuelto en una neblina conceptual; era algo «artificioso, complejo, difícil, sutil, que va contra todas nuestras tradiciones», proclamó Romanones en el Congreso. Pocos parecían saber el significado exacto de la palabra. Entre otros, parece, el propio jefe del Estado, que, con motivo de la toma de una posición telegrafió al general que la dirigió: «Gracias por el Fondak», como si hubiera conquistado nuevas posesiones para la Corona, cuando, por parafrasear un sólido informe de la Liga Africanista, formalmente, solo se había «fortificado la acción del Majzén» —el gobierno del sultán—, en dicho punto[4].

Fue quizá esa confusión la que llevó a militarizar desde un primer momento toda la labor de España y desviarla de su verdadero cometido. En el propio Ministerio de la Guerra se criticaba esa tendencia y se tildaban de «irrisorias» las sumas que se destinaban a capítulos como la educación, las obras públicas o las comunicaciones, tan necesarios en un auténtico Protectorado. Al tiempo, no se formó un cuerpo de funcionarios especializados con conocimientos de las particularidades del territorio.

No deja de ser paradójico que esa tendencia a dar un excesivo protagonismo al Ejército coexistiera con la extrema sensibilidad de la opinión pública ante las bajas, por los motivos que se acaban de indicar, lo que, a su

vez, alimentó la resistencia de los políticos a autorizar operaciones ambiciosas.

Además, todo ello se producía en un contexto de penuria económica, tan agudo que el siempre cauto Berenguer llegó a exclamar, hastiado: «Este es un Protectorado de piojosos»[5]. Con alguna mayor templanza, se ha hablado de «sordidez»[6].

Las limitaciones presupuestarias también se combinaban con una profunda indiferencia por conocer la religión, las leyes, las costumbres y las lenguas de los teóricos protegidos. Se reflejó, por ejemplo, en el número y clase de los participantes en los exámenes, el 30 de junio de 1921, de la Academia de Árabe y de Chelha (sic) establecida en Melilla. Fueron solo 32 y, de ellos, nada más que 9 militares —1 comandante, 5 capitanes, 2 sargentos y 1 cabo—. Los otros 23 eran civiles, que incluían 2 señoritas y un maestro de escuela. Las cifras reflejan el escaso interés de los militares por esos estudios, a pesar de que muchos de ellos estaban en permanente contacto con marroquíes, bien en la Policía o en las unidades de Regulares. Sin embargo, es cierto que el Estado nada hacía para fomentar la afición. Solo pagaba, y por solo una vez, una pequeña suma al primero de cada clase. El resto estudiaba «por amor, desinterés y deseos de aprender»[7].

La reunión de estos elementos llevó a una función protectora impopular, mal enfocada y peor financiada, confiada a un régimen ya en crisis, a unos políticos aprensivos y a un Ejército cuarteado, insuficientemente dotado y preparado y, por si con eso no bastara, coartado por «la carencia de toda doctrina oficial»[8], lo que se debía, en parte, a que exigiría un análisis previo «difícil y peligroso porque pueden rozarse susceptibilidades»[9].

DAMASITO Y MANOLO

A las facciones dentro del Ejército antes mencionadas se sumaban otras dos, las de berengueristas y silvestristas, denominadas de esa manera por su adhesión a dos notables generales, Dámaso Berenguer y Manuel Fernández Silvestre. Ambos tenían vidas asombrosamente paralelas: nacidos en Cuba, pertenecientes a la misma promoción de caballería, con campañas en la Gran Antilla y en Marruecos —donde los dos formaban parte de la minoría que tomó lecciones de árabe—, bienquistos del rey y con magníficas carreras, ya que cuando ostentaban las dos estrellas de general de división, compañeros de promoción seguían con las dos de teniente coronel, más modestas.

No obstante, lo que les separaba era tan profundo, o más, que lo que les unía. Sin caer en caricaturas simplistas, Berenguer era frío, reflexivo, de «tenaz impasibilidad», en tal grado que se diría «incomprensible en un español»[10]. Para describir a Silvestre, en cambio, son varios los autores que destacan sus «vehemencias» —una ojeada al *Diccionario de la lengua española* basta para calibrar la expresión—, al tiempo que se alude a que era «todo osadía, acometividad, bravura, menosprecio del peligro»[11], como atestiguaba su cuerpo, roturado por más de veinte balas y machetes *mambises*. El propio general reconocía la imagen que se tenía de él. Hablando con el ministro de la Guerra, aludió a «la fama de loco que tengo»[12].

Era, por otra parte, de una campechanía excesiva; lo probaban los denominados «manolos», un grupo de oficiales de su entera confianza, con los que se tuteaba y que se permitían incluso lujos como decirle por escrito que era «un niño grande»[13], algo inconcebible en el caso de Berenguer. Mientras este era un hombre de gabinete, aquel se complacía en bautizar como «estorbo mayor» al Estado Mayor. Si del uno se ha afirmado que era «el menos militar de los generales»[14], se predicaba del otro que era «demasiado militar»[15].



El general Fernández Silvestre, con su característico bigote, camina junto con algunos de sus generales. Las acciones de Silvestre, cargadas de temeridad y no siempre bien pensadas, fueron calificadas de «bigotadas». Archivo General Militar de Guadalajara. Dominio público.

Dicho esto, ni Berenguer temía al fuego, como había demostrado sobradamente al mando de los Regulares, que él creó, y que dio a España las tropas más condecoradas de su Ejército, ni Silvestre era un insensato desbocado, como no tardó en probar durante su primera etapa en Melilla.

Aunque las trayectorias de ambos eran excepcionales, Silvestre tenía una mínima ventaja; ascendió a general de brigada quince días antes —el 19 de junio ante el 3 de julio de 1913— y, a pesar de que los nombramientos como generales de división de ambos tenían la misma fecha, el 5 de julio de 1918, Berenguer apareció en la *Gaceta* en el 4.º puesto, inmediatamente detrás de su compañero. Tan nimia diferencia, que la Primera Guerra Mundial había enseñado a despreciar a los contendientes en ella, tenía todavía, por desgracia, gran peso en España.

Y fue una desdicha, porque una de las mayores limitaciones de Silvestre era, precisamente, su condición de difícil subordinado. Lo había demostrado ampliamente en su brutal enfrentamiento con el célebre el Raisuni, al desoír las órdenes de sucesivos altos comisarios, pese al grado relativamente bajo que ostentaba entonces. Todo estalló en un oscuro caso de asesinato que desembocaría en el relevo tanto de Silvestre, entonces joven general de brigada, como de su superior, el teniente general Marina, de gran prestigio, al que no había vacilado en desobedecer. De ahí que cuando se preguntó a este último si aceptaría servir de nuevo con su indisciplinado y antiguo colaborador, respondiera con énfasis: «No, desde luego, después de tener la experiencia de lo sucedido en Larache»[16]. López Rienda resulta especialmente instructivo en esta materia.

Las relaciones personales entre ambos podían ser entrañables, según ellos: «Nos queremos como hermanos desde que entramos en la Academia», confió Berenguer al periódico *El Heraldo de Madrid*, el 3 de agosto de 1918; «Somos como hermanos», aseguró Silvestre a Aznar, tras decirle que llamaba Damasito a su amigo[17]. Pero los dos eran ambiciosos y muy conscientes de que en Marruecos se encontraba el único campo de batalla en el que resultaba posible coronar con gloria sus respectivas carreras.

Por desgracia, ambos coincidieron en el Protectorado, a partir de 1919, y con el más antiguo subordinado a las órdenes del más moderno. Berenguer, según propia confesión, fue elegido alto comisario porque el Gobierno no había encontrado un candidato mejor; Silvestre debió su designación de comandante general a sus numerosos contactos. Sin duda, estar destinado por entonces en el cuarto militar del rey no le perjudicó en absoluto. Incluso se dijo que cometió la imprudencia de alardear que su nombre había sido «impuesto» al Consejo de Ministros, con lo que solo podía referirse a una intervención personal de Alfonso XIII.

Parece este un momento oportuno para aludir de manera muy breve a las relaciones del monarca con ambos generales. Sin duda, respetaba al primero,

como demuestra la serie de importantes cargos que le fue concediendo tras el Desastre. Con respecto al segundo, no cabe duda de que tenía una afinidad especial con él, ya que era el tipo de militar que le gustaba. Pero de ahí a sostener, como se ha escrito, que fue culpable de Annual por espolear a Silvestre hay gran distancia. De un lado, tales afirmaciones nunca se han probado documentalmente; de otro, Silvestre, para asumir riesgos, no necesitaba a nadie que lo estimulara.

LA PANORÁMICA MARROQUÍ

En el llamado Marruecos español, la máxima autoridad recaía en el alto comisario, puesto que pasó a desempeñar Berenguer el 25 de enero de 1919. De él dependían la zona oriental, al mando del comandante general de Melilla; y la occidental, donde convivían, no sin roces, otros dos comandantes generales, el de Ceuta, que sería Silvestre a partir de julio de ese año, y el de Larache.

Los territorios eran profundamente asimétricos. Melilla constituía, a todos los efectos, un reino de taifas. Sus precarias comunicaciones con Tetuán, la capital del Protectorado, a doce horas de una navegación sometida a los caprichos de la meteorología y del mar, se traducían en que su titular, para multitud de casos, tratara directamente con los ministros de Estado y de Guerra, que compartían responsabilidad sobre los asuntos marroquíes, una anomalía más. La situación era opuesta en la región occidental, donde la proximidad del alto comisario reducía al mínimo la autonomía de los generales que estaban a sus órdenes.

Los efectivos disponibles[18] no reflejaban esa disparidad *de facto*. Melilla contaba con algo más de 25 000 hombres; Ceuta, con alrededor de 28 000 y Larache, en torno a los 14 000. Es importante anotar las respectivas cifras de tropas de choque, ya que, como es sabido, monopolizaban, prácticamente, los combates. En el primer territorio, apenas superaban los 5000; en el segundo, eran 6500 indígenas, a los que habría que añadir, en julio de 1921, los 1600 del recién creado Tercio de Extranjeros, que entonces llevaban poco tiempo operativos —en febrero de ese año, Berenguer había considerado que «la Legión aún no está para ser empleada en todo servicio»—;[19] en el tercero, unos 3700.



En la Comandancia General de Ceuta también había tiempo para actividades ajenas a la campaña. Archivo de Jorge Bosch Díaz. Colección Sánchez Vigil.

Pero, en la práctica, el alto comisario manejaba como uno ambos núcleos de tropas de la región occidental, por lo que disponía para sus proyectos de una masa de 42 000 plazas, de ellas, por encima de 10 000 marroquíes.

Berenguer sabía perfectamente lo que había que hacer con tal contingente. Tenía muy claro que el punto de gravedad de la «pacificación» del Protectorado estaba en esa zona occidental, en Yebala, en concreto, donde se hallaba encastillado el Raisuni. Con mucho, la figura de más prestigio en la parte de Marruecos confiada a España, ya que Abd el-Krim no había irrumpido todavía en el escenario. Por tanto, el alto comisario deseaba dar prioridad a ese teatro de operaciones, para lo que estimaba imprescindible disponer de plena libertad de movimientos. Sin embargo, esta se encontraba limitada por una normativa que él mismo había dictado en su anterior posición de ministro de la Guerra, por la que se suprimió el puesto de general en jefe, que, hasta entonces, recaía en la posición que había pasado a ocupar.

En una visita, el vizconde de Eza, posterior titular de esa cartera, pudo constatar que, debido a ello, «por delicadezas muy laudables», Berenguer «no se atreve a tomar iniciativas», mientras que los comandantes generales «no se atreven a dar paso alguno sin la última aprobación de aquel». De ahí «la necesidad de robustecer» la figura del alto comisario[20]. Se tomarían algunas medidas al respecto, pero no plenamente satisfactorias, porque no se quería reconocer de manera oficial que había una situación de guerra en Marruecos. Por cierto, ello implicaba que se mantenía rigurosamente al margen de las operaciones al máximo organismo militar, el Estado Mayor Central, presidido por el iracundo y experimentado Weyler.

No obstante, en la práctica, Berenguer, con el pleno respaldo de Eza, disfrutó de un gran margen de iniciativa; lo demuestra que diseñó, y puso en marcha, un plan para acabar con el Raisuni. Aunque los comandantes generales también «daban pasos» por su cuenta, lo que complicaba la labor de su superior, que, según un testigo, se veía forzado a un embarazoso proceso de casi negociación con ellos[21].

En esas condiciones, Berenguer, en el verano de 1919, pidió expresamente que no se cubriera la vacante que iba a dejar el comandante general de Ceuta saliente, para, de esa manera, ejercer él mismo el mando directo de dicha circunscripción, lo que le facilitaría llevar a cabo sus proyectos sin interferencias. La respuesta del Gobierno, a los pocos días y sin consultarle, fue nombrar para ese cargo a Silvestre, que alardeó de que su designación «había sido impuesta» al Consejo de Ministros. Quizá la expresión solo respondía a una mala elección de palabras, pero era, en todo caso, desafortunada, ya que apuntaba a patronazgos muy altos.

Fuera como fuese, la decisión no agradó al alto comisario, preocupado, en sus mismas palabras por «la más antigüedad» de su compañero y, como decía con ingenuidad, «de prestigio quizá más sólido en el ambiente nacional»[22]. Al respecto, citaba al marqués de Santa Cruz: «De igual a igual, se manda con mucha contemplación y se obedece con repugnancia»[23].

Pronto pudo comprobar que sus aprensiones estaban justificadas y que tener a Silvestre a pie de obra le complicaba la dirección de la campaña. De hecho, la mayoría de los autores coincide en señalar la equivocación que fue destinar dos personalidades tan contrapuestas en el mismo teatro de operaciones.

Por eso, cuando quedó disponible el mando de Melilla se apresuró a proponer para el mismo a Silvestre. Sin duda, con la intención de alejarlo —«facilitaría grandemente mi cometido», dijo en enero de 1920 al general Villalba, entonces ministro de la Guerra—,[24] pero también para acallar la insistencia del interesado, que, de forma reiterada, le había expresado su deseo de conseguir el nombramiento, que obtuvo el día 30. Fue, como se vería, incurrir en un error para restañar otro.

SILVESTRE EN MELILLA

Los motivos de Silvestre para ansiar aquella comandancia general eran tan obvios como legítimos. De una parte, la supervisión que allí podría ejercer el alto comisario resultaba muy relativa, por los motivos ya expuestos; de otra,

para nadie era un secreto que en esa zona reinaba un concepto del Protectorado ajeno a las tesis de Berenguer. En efecto, se practicaba la administración directa, mientras que en la occidental, con grandes trabajos, se había implantado una mayor autonomía de las autoridades marroquíes, lo que, en cierto modo, coartaba las actividades de las españolas.

Su llegada fue extraordinariamente bien acogida. Las alabanzas que le tributó el sargento Santos Escudero, destinado allí, seguramente reflejan una opinión muy extendida: «Toda la guarnición celebrábamos (sic) entusiasmados su nombramiento […], todos teníamos noticias de las proezas de este valiente general (que) tenía fama de valiente […], los soldados le adoraban como a un dios. —Era, insiste—, un general reconocidamente valiente, mucho más popular que el general Berenguer, a quien solo se conocía como ministro de la Guerra; —aparte de eso—, no sabíamos quién era». Incluso les extrañaba que fuera él, y no Silvestre, el alto comisario[25].

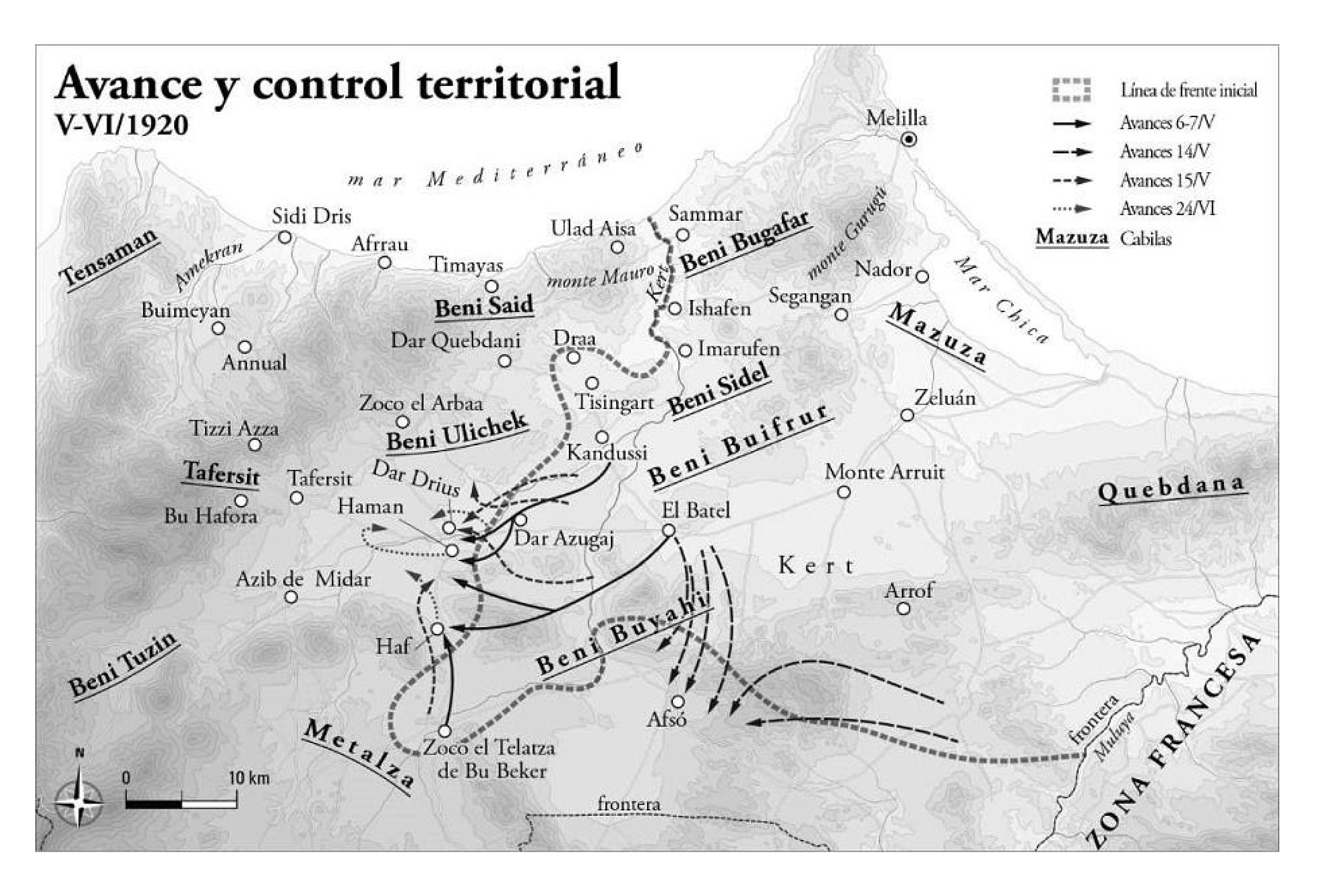
El ambiente, pues, resultaba muy favorable para el nuevo comandante general, que llegaba con una meta clara: Alhucemas.

No se trataba de ninguna idea descabellada, producto de una mente ardiente. Al contrario, era un sueño acariciado desde hacía años por todos los africanistas. Y no solo por ellos; el padre de Abd el-Krim, largo tiempo pensionado por España, esperó durante años un desembarco que —pensaba— le valdría una posición preeminente en Beni Urriaguel. Hubo, al respecto, diversos proyectos, todos abortados, para mayor decepción de los «moros amigos». Pero la bahía seguía siendo un objetivo obvio; situada entre Ceuta y Melilla, su ocupación habría supuesto cortar en dos la zona insumisa y conllevaba la neutralización de una cabila prestigiosa y de legendaria agresividad.

El problema es que allí entraban en conflicto las ambiciones de los dos principales personajes españoles del futuro drama. Berenguer tenía un calendario firmemente establecido: primero, el Raisuni, mediante operaciones que ya estaban en marcha; luego, pero no antes de haberlo doblegado, un avance combinado hacia Alhucemas, desde el oeste y desde el este, pero con prioridad del primero, donde había más fuerzas y donde, casualmente, se hallaba él para cosechar los inevitables laureles. Para Silvestre, en cambio, Alhucemas era la única meta destacada al alcance de su mano; nada que pudiera ejecutar en su zona tendría una repercusión ni lejanamente similar.

Así, iban a chocar dos obsesiones, por utilizar una expresión aparecida en *El Imparcial* de 25 de mayo de 1923. El periódico la aplica a Berenguer, pero también puede atribuirse a Silvestre. La una, Yebala; la otra, Alhucemas. La

tragedia derivó, en parte, de que ambas eran incompatibles. Porque no había medios humanos ni materiales para atender a las dos a la vez y porque el alto comisario, obcecado con su objetivo, no prestó la debida atención a los movimientos que, por casualidad, emprendió su subordinado.



Avance y control territorial
V-VI/1920
Línea de frente inicial
Avances 6-7/V
Avances 14/V
Avances 15/V
Avances 24/VI
Mazuza Cabilas
mar Mediterráneo
Melilla
Sidi Dris
Afrrau
Timayas
Ulad Aisa
Sammar
Beni Bugafar
monte Gurugú
Nador
Mar Chica
Tensaman
Amekran
monte Mauro
Kert
Ishafen
Segangan
Buimeyan
Beni Said
Mazuza
Annual
Dar Quebdani
Draa
Imarufen
Zoco el Arbaa
Tisingart
Beni Sidel
Zeluán
Tizzi Azza
Beni Ulichek
Kandussi
Beni Buifrur
Monte Arruit
Tafersit
Tafersit
Dar Drius
Quebdana
Bu Hafora
Haman
El Batel
Dar Azugaj
Kert
Azib de Midar
Arrof
Beni Buyahi
Haf
Beni Tuzin
Afsó
frontera
Muluya
ZONA FRANCESA
Metalza
Zoco el Telatza
de Bu Beker
N
0
10 km
frontera

«No se puede hacer más, ni mejor»

Sin embargo, los primeros pasos de este fueron de ejemplar ortodoxia, que justificaría que se disiparan los recelos de Berenguer. Aplicó la doctrina de su jefe, fundamentada en la «acción política», también conocida como «política de atracción». Como se ha señalado irrespetuosamente, significaba que el Banco de España iba en vanguardia de las tropas. En efecto, se pagaba a los notables de una cabila para adentrarse en ella y evitar los combates; en condiciones ideales, no resultaba preciso esgrimir las armas, a las que, para evitar bajas, solo se apelaba como último recurso.

Dice mucho de su disciplina que Silvestre aplicara el poco belicoso sistema, tan contrario a su temperamento, y siempre tras someter a Berenguer la correspondiente propuesta y obtener su aprobación.

En una serie de maniobras ejemplares, iniciadas en mayo de 1920, con la acción coordinada de varias columnas y siempre en busca del flanco del contrario, Silvestre avanza decididamente y ocupa objetivos tan destacados como Dar Drius y Tarfesit. La conquista del monte Mauro —la frontera del Rif, en sentido estricto—, el 11 de diciembre, tras un sabio movimiento envolvente, que desconcertó y anonadó a la indómita cabila de Beni Said, culminó el primer ciclo de brillantes operaciones. Siempre rumboso, el general lo celebró en la cumbre invitando a champán, pastas y puros a sus subordinados. Lo mejor de todo es que apenas se habían producido pérdidas propias, aunque la execrable costumbre de dictar partes epopéyicos podría dar una idea distinta. Así, por ejemplo, en una operación sin bajas, y en la que los españoles fueron recibidos por los marroquíes con banderas blancas, se exaltó «el denuedo» y «la bizarría» de las tropas, a pesar de que no habían tenido que batirse[26].

Tras una pausa, y con autorización del alto comisario, se reanudó la ofensiva. Para Berenguer y Silvestre, procedentes de caballería, explotar el éxito era algo innato. Por consiguiente, nada más natural que desearan aprovechar el desconcierto del enemigo para ganar más terreno aún. El 1 de enero de 1921, notables de Tensaman se adelantaron para ofrecer su sumisión, antes de que los españoles llegaran a su terreno. Sin embargo, solo faltaban, y, por lo que se verá, era significativo, representantes de la facción de Trugut, ocupada ya por entonces por una harca de Beni Urriaguel. El 5, en un telegrama a su superior, alude a un lugar llamado Annual, «importante poblado de Beni Ulichek, limítrofe con Tensaman». El 11 se hizo dueño de él, siempre con la aprobación de Berenguer.

EN LO DESCONOCIDO

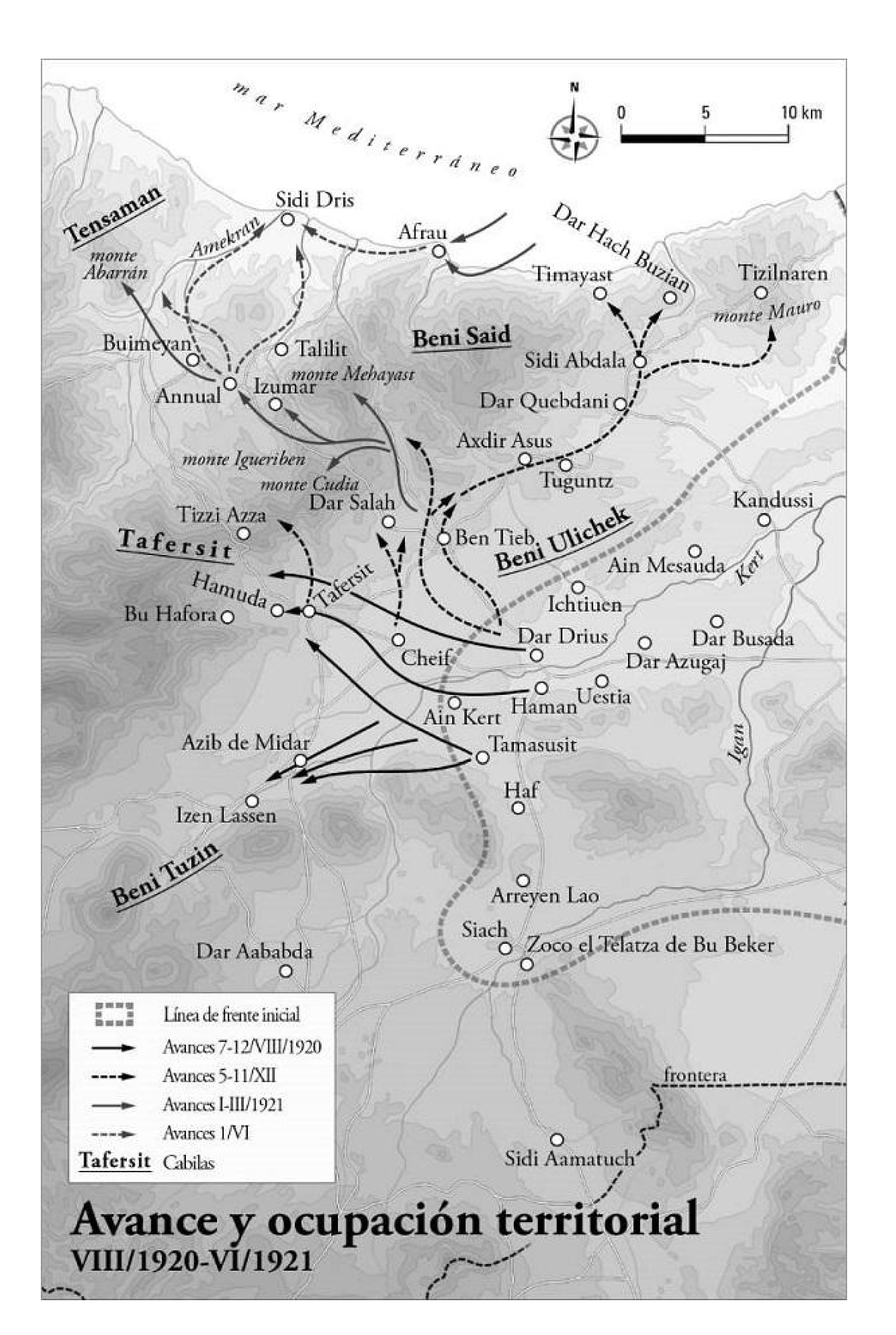
En Melilla, algunos albergaban dudas acerca de la solidez de tanta conquista, que, por otra parte, había sido favorecida por la hambruna provocada por varios años de malas cosechas. Eran, sobre todo, miembros del incómodo «estorbo mayor». Uno de ellos, el coronel Morales, jefe de la Oficina Central de Asuntos Indígenas y de la Policía, seguramente, el militar que mejor conocía la zona y a sus habitantes. Otro, el teniente coronel Dávila Arrondo, al frente de la sección de campaña, tan franco como competente. Por último, más discreto, el coronel Sánchez Monge, jefe del estado mayor de la comandancia.

Les preocupaba la profundidad y la rapidez misma de la penetración, máxime si se tiene en cuenta que se había operado con las mismas fuerzas y, básicamente, con iguales medios de los que existían en años anteriores, cuando no se abarcaba tanto territorio, ni se habían desplegado audacias comparables, olvidando, lo diría Morales poco antes de morir, que «en asuntos de moros […] se debía proceder con parsimonia y no con la rapidez que quería el comandante general»[27]. Los tres coincidían en aconsejar lo mismo: consolidar lo ganado. Había sido tal el ritmo del avance que las cabilas a retaguardia estaban sometidas de palabra, más que de hecho, y no se las había desarmado. Por otro lado, era tanta la penuria de medios que, en parte, se habían desmantelado posiciones dejadas atrás para fortificar las nuevas.

En concreto, de Annual, Dávila indica que «me quedé horrorizado» cuando lo vio. Comentó a Silvestre que «no digo que los pelos se me han puesto de punta, porque no los tengo, pero sí digo que me ha salido pelo a través de la calva»; «esto es imposible, esta posición va a ser una preocupación constante, es un quebradero de cabeza enorme […], no nos dejará dormir»[28]. Morales, más contenido, se refirió en su parte a «profundas barrancas y ásperas pendientes» y al «camino largo, difícil y peligroso en algunos puntos»[29] que había tenido que recorrer para llegar allí.

Hasta un miembro de los bragados miembros del «club de los manolos», el teniente coronel Fernández Tamarit, señaló al comandante general que la ocupación de esa posición era «prematura» y que, además, «estaba batida y dominada por todos los frentes; no tiene más comunicación que el tobogán de Ben Tieb, fácilmente estrangulable». Vaticinaba que «aunque se haga una pista, no mejorará la situación»[30]. Era tan malo el camino que, apunta

Fontán, también teniente coronel, de Intendencia, que desde Izumar resultaba obligado «llevar prolongas, para auxiliar a los carros e impedir que se despeñasen»[31]; por igual motivo no se pudo transportar un barracón hospital. El jefe de la comandancia de ingenieros, coronel López Pozas, en la misma línea, comentó las malas condiciones del lugar. Aseguraba que «por referencias» sabe que el propio Silvestre «apreció en un principio las dificultades que se le presentaban por haber escogido esa dirección —pero añade—: faltándole, sin embargo, la decisión para rectificarla —y especula— tal vez confiando en su energía y dotes militares»[32].


mar Mediterráneo
N
0 5 10 km
Tensaman
monte Abarrán
Amekran
Sidi Dris
Afrau
Dar Hach Buzian
Timayast
Tizilnaren
monte Mauro
Beni Said
Buimeyan
Talilit
Sidi Abdala
Annual
Izumar
monte Mehayast
Dar Quebdani
Axdir Asus
Tuguntz
monte Igueriben
monte Cudia
Dar Salah
Kandussi
Tizzi Azza
Tafersit
Ben Tieb
Beni Ulichek
Ain Mesauda
Kert
Hamuda
Tafersit
Ichtiuen
Bu Hafora
Dar Drius
Dar Busada
Cheif
Dar Azugaj
Haman
Uestia
Ain Kert
Tamasusit
Azib de Midar
Igan
Haf
Izen Lassen
Beni Tuzin
Arreyen Lao
Siach
Zoco el Telatza de Bu Beker
Dar Aababda
Línea de frente inicial
Avances 7-12/VIII/1920
Avances 5-11/XII
Avances I-III/1921
Avances 1/VI
Tafersit Cabilas
frontera
Sidi Aamatuch
Avance y ocupación territorial
VIII/1920-VI/1921

Desde luego, el general era consciente de los problemas planteados; el 26 de enero mencionó a su superior que «Annual […] está hoy virtualmente incomunicado», con un camino «pésimo» que es preciso habilitar[33].

A pesar de todo, situado —en palabras del propio Silvestre— en «el trayecto natural y más conveniente para la futura […] penetración de Alhucemas»[34], era la punta de lanza de la progresión. A cambio, a partir de allí «se entraba en lo desconocido de una nueva fase»[35]. El coronel Riquelme, del Regimiento Ceriñola, experto en temas marroquíes, lo expresó de forma más brutal: «Ya estábamos, como suele decirse, en la boca del lobo»[36].

Nuevos planes

Desde la olímpica distancia de Tetuán, Berenguer no apreciaba tales dificultades. El 10, un día antes de la entrada en la posición, luego fatídica, había tomado la pluma para dirigir una larga carta a Silvestre. En ella, le transmitía su cálida felicitación: «No se puede hacer más, ni mejor». Se la merecía; a cambio de una treintena de pérdidas, se habían ocupado más de 500 kilómetros cuadrados. Ahora, apuntaba el alto comisario, había llegado el momento de analizar los siguientes pasos, ya que los objetivos que le había marcado en marzo del año anterior estaban conseguidos, con creces.

No cabe duda de que había lugar para el optimismo; merced a la audacia de Silvestre, el panorama había cambiado. Si en ese mismo mes de 1920 Berenguer había comunicado a Eza que sería «un desvarío pensar en Alhucemas»[37], pero incluso un hombre mesurado como él se dejó arrastrar por la euforia del, al parecer, irresistible avance. Por ello, le indicaba ahora que «el punto capital que tenemos que estudiar […] es el referente al avance sobre la cabila de Beni Urriaguel y Alhucemas»; añadía que «la única dificultad» es «la elasticidad de tus fuerzas, llevada al límite»[38].

Todo el escrito respiraba entusiasmo, si bien los éxitos en la zona oriental no le habían hecho desistir de su estrategia de fondo: la solución definitiva al problema de Marruecos seguía residiendo en la occidental. No es ocioso indicar que, el 14 de octubre, el alto comisario había obtenido, de su lado, un triunfo espectacular, con la entrada en Xauen, la ciudad santa y misteriosa de aquella región. Hay, además, en la carta, otra caución, el «límite» al que se ha hecho referencia, que se completaba con la frase «dentro de los medios que posees», ya que no se esperaban refuerzos.

La misiva generó la producción, por instrucciones de Silvestre, de dos importantes estudios, de Dávila y de Morales, respectivamente, titulado uno

Plan Político Militar para realizar sobre Alhucemas; el otro es conocido por el nombre de su autor. Berenguer los recibió a principios de marzo[39].

Son dos análisis notables, como producto de hombres inteligentes y expertos.

Dávila estima que un movimiento sobre la bahía requería «sólida y cuidadosa preparación, en la que no se prepondere (sic) ni influyan facilidades circunstanciales». Aludía a «las dificultades y necesidades de todo orden que se presentan para el desarrollo de nuestra acción militar sobre Alhucemas», entre ellas, el «terreno sumamente abrupto y angosto», la necesidad de abrir caminos y de «mantener en esta zona proporcionado núcleo de fuerzas, tanto para cubrir los destacamentos, como para constituir columnas que impongan la efectividad de nuestro dominio», para lo que resulta preciso crear un nuevo grupo de Regulares. Como se calculaba que eso, si se autorizaba, exigiría unos seis meses, es posible hacerse una idea de los tiempos que manejaba.

Morales consideraba imprescindible, antes de pensar en Alhucemas, controlar las dos cabilas que se interponían, Tensaman y Beni Tuzin. Pensaba que, en el mejor de los casos, que creía dudoso, ello requeriría los meses de julio y agosto. Aun así, una vez llegados a los límites de Beni Urriaguel, en el río Nekor, habría que ser cauteloso; se precisaba «dar tiempo al tiempo». «Antes del próximo otoño, en el mejor escenario, y si queremos fiar el éxito más en la prudencia que en la audacia», no se debía cruzar esa frontera. También abogaba por la formación del grupo de Regulares.

En ambos textos figuran conceptos a los que, por desgracia, Silvestre era poco receptivo: no aprovechar «facilidades circunstanciales» y no priorizar la audacia sobre la prudencia.

Una visita discutida

Sin duda, para hacerse mejor cargo de la situación en la zona oriental, antes de autorizar el nuevo ciclo de operaciones, a finales de marzo, Berenguer se trasladó a Melilla, en el yate Giralda. En el camino, hizo escala en el peñón de Alhucemas, «castillejo inverosímil, montado al aire sobre insegura peña»[40] pero, de antiguo, punto clave para las relaciones de España con aquella parte del Rif. Silvestre, por su parte, acudió en el cañonero Laya para reunirse con el alto comisario, con el que mantuvo un breve encuentro a bordo del Giralda, en el que le entregó en mano una carta, fechada el 28 de marzo. En conjunto, tenía un tono optimista, pero aludía a una harca de Beni Urriaguel, instalada en Trugut, en Tensaman, y, en relación con esta, surgió un nombre, que luego

fue ominoso, el de Si Mohamed Abd el-Krim el Jatabi, «que parece ser el principal de los que en ella mangonean»[41]. En efecto, aquella cabila, al sentirse amenazada por los progresos del comandante general, sabiamente se había adelantado a situar a sus guerreros en la vecina Tensaman. De esa forma, optó por la defensa avanzada e hizo recaer las molestias y los riesgos del mantenimiento de la harca en territorio ajeno.

Un temporal obligó a los buques a cambiar de fondeo. El de Berenguer se acogió a Tres Forcas. Menos marineros, Silvestre y Gómez-Jordana, jefe del gabinete militar del alto comisario —eufemismo para designar a su estado mayor, ya que, al no ser oficialmente general en jefe, carecía de uno—, se refugiaron en el peñón. Allí, se reunieron con notables amigos, entre ellos, algunos de Beni Urriaguel. Jordana, como testigo, afirmó que el comandante general «extremó las arrogancias, y amenazas, provocando en ellos desfavorable reacción, que tuvo fatales consecuencias»[42].

Calmadas ya las aguas, Berenguer se trasladó a Melilla, donde, siempre acompañado por Silvestre, realizó una detenida visita. Siempre según Jordana, Annual le causó «mal efecto […], sobre todo por ser fatal su línea de comunicaciones». Agrega que, sobre lo visto, hizo «observaciones oportunas, privadamente» al comandante general.

La impresión que se llevó el alto comisario quedó recogida el 17 de abril en una extensa carta al ministro de Estado. Exponía que «el problema militar de la ocupación de la bahía (de Alhucemas) […] no presenta dificultades de gran monta». Sin embargo, «Tensaman no está aún ocupada»; la labor política en Beni Urriaguel «no ha progresado mucho», como tampoco en Tensaman. De ahí que, debido a su preocupación por evitar combates con bajas, la situación «determina por el momento la necesidad de una labor más intensa para preparar el avance», por lo que «no puede hoy fijar la fecha probable de él». Por todo ello, Berenguer dejó sin aprobar los planes que le habían sido sometidos.

Sin embargo, entre tanta cautela, insertaba ciertas frases que tuvieron consecuencias terribles: «El general Silvestre pensaba en los días que yo estuve en Annual realizar una pequeña operación para pasar a la otra orilla del río Amekran […], para lo que le autoricé».

No se mencionaban en las cartas sendas imprudencias de Berenguer. En Melilla, no se sabe si llevado por el contagioso entusiasmo que reinaba allí, o para disipar los rumores que corrían en Madrid de sus desavenencias con Silvestre, publicó una estentórea orden a aquel ejército mediante la que enviaba su «efusiva felicitación, que espero reiteraros pronto en la bahía de

Alhucemas». En la misma vena, *El Telegrama del Rif* del 8 de abril publicaba una entrevista en la que el alto comisario describía Alhucemas como «fruto maduro», que no había sido posible alcanzar por entonces solo debido al licenciamiento de los soldados cumplidos, pero al que se podría llegar esa primavera.

Así, mostraba un triunfalismo que contrastaba con sus informes oficiales y, al tiempo, ponía en guardia a los Beni Urriaguel, ya alarmados por los avances españoles, lo que dio ocasión a Abd el-Krim para imponerse en la cabila, tomar medidas contra los notables que habían asistido a la reunión del peñón y conseguir anularlos, a efectos prácticos. Ello, a su vez, generó un intercambio de fuego entre la plaza y los cabileños, con el consiguiente aumento de la tensión. Tal beligerancia no impidió que estableciera contactos reservados con los españoles, los cuales mantuvo hasta última hora, guiado siempre por el deseo de aumentar su poder, sin desdeñar los beneficios económicos[43].

Silvestre acusó con posterioridad a su superior de haber atizado con su estancia en Alhucemas la hostilidad del dirigente rifeño, así como de haber propiciado el auge del mismo. Berenguer, por su parte, no dio ninguna importancia a los incidentes que la sucedieron.

En todo caso, da la impresión de que ninguno de los dos vio nada alarmante en la situación. Prueba de ello es que Silvestre pidió permiso para trasladarse a Valladolid, a una celebración en la Academia de Caballería, y que Berenguer lo concedió.

EL PRIMER ACTO: ABARRÁN

Sin embargo, queda claro que la visita a Melilla hizo cambiar de opinión al alto comisario. Si el 27 de marzo comunicaba al ministro de Estado que en «el plan de operaciones para este año» figuraba, «a ser posible», «la bahía de Alhucemas», como se ha visto, el 17 de abril dirigida al mismo consideraba que era preciso dar tiempo a la previa acción política.

Era, por tanto, el momento de la cautela. El mismo Silvestre, antes de partir para la Península, escribió a Berenguer que «hay quien asegura que no habrá fuego mientras no salgamos de Tensaman; yo creo que los habrá el primer día que nos movamos, sea donde fuere».

Con ese estado de espíritu embarcó el 26 de abril, para no regresar hasta el 11 de mayo. Dado que coincidió con Alfonso XIII en Valladolid, se ha

especulado que, en sus conversaciones, el soberano le animó a que reanudase sus avances, lo que habría desembocado en la catástrofe del mes de julio.

Sin embargo, a su vuelta, escribió a Berenguer el día 25 para transmitirle su punto de vista. Los Beni Urriaguel se hallaban encrespados, a raíz de los incidentes de Alhucemas, azuzados, además, por Abd el-Krim, lo que «acrecienta notablemente las dificultades de la actuación armada y dificulta en grado sumo la política». Además, creía detectar signos de que Tensaman «vacilaba». «En estas condiciones —prosigue—, hay que pensárselo mucho antes de efectuar un avance». Se propuso sondear a la mencionada cabila: «Si logramos la seguridad de su franco y decidido apoyo, operaré en aquella zona; en caso contrario, lo pensaré, porque tendríamos una serie de combates sangrientos, muy distintos de los que hasta ahora hemos sostenido»[44].

La carta contiene dos menciones importantes para lo que luego ocurrió. Una es la que alude a que parece que los Beni Urriaguel querían poner una harca en Abarrán, que amenazaría las comunicaciones españolas. La otra es que el militar enviado a negociar no era el veterano Morales, sino el comandante Villar, jefe del sector del Kert, de la Policía, muy próximo a Silvestre, al que «encantaba con sus audacias y su bravura»[45]. En efecto, y por desgracia, como dijo uno de los amigos del general, a este le gustaban «los guapetones»[46].

No obstante la prudencia mostrada el 25 de mayo, el 18, el comandante general había mantenido una conversación en el despacho del teniente coronel Rafael Capablanca, 2.º jefe de estado mayor, con Fernández Tamarit, también teniente coronel, que mandaba el 3.er Batallón del Regimiento África, en la que se discutió «la proyectada operación a Abarrán». Ante las objeciones de su interlocutor, respondió «muy excitado —que— no tenía más remedio que ir a Alhucemas», a pesar de que la visita de Berenguer al peñón «había estropeado todo», al soliviantar a los Beni Urriaguel. Lo haría, de todas formas, «a golpes y en malas condiciones —porque— no tenía más remedio, aunque no se le daban los recursos que pidió»[47].

Diez días después, «hacia el 28», Capablanca asistió a una reunión de Silvestre con Morales. Este le leyó el texto de una información según la cual la harca pretendía situar una guardia en Abarrán, lo que hizo decir al general: «¿Y por qué no la ponemos nosotros?». A continuación, se lamentó de que no disponía de un mando capaz de llevarla a cabo. El coronel le sugirió entonces el nombre de Villar, que fue convocado y a quien se le propuso el proyecto, que acogió «afirmativa y decididamente». Hubo consenso en que la operación solo sería realizable «con la garantía de la cabila» de Tensaman. Se llamó a

Dávila, para su información, aunque no se le pidió ni a él ni a Capablanca que elaboraran un plan[48]. En algún momento, el comandante general comentó a Dávila: «Así como Berenguer tiene un Castro Girona, que le ha regalado Xauen, yo tengo en la Policía un comandante de huevos, y quiero explotarlos, y él me va a dar Abarrán»[49]. Exteriorizaba así, a la vez, su permanente competencia con el alto comisario y las cualidades que admiraba en Villar.

Sin duda, parece haber cierta contradicción entre las dos conversaciones. Según la del 18, Silvestre tenía ya decidida la ocupación de Abarrán; en la del 28, en cambio, esta se presenta como una idea que surgió en el momento. No obstante, se han seguido declaraciones de testigos que asistieron a ellas; quizá se equivocaron en las fechas. Lo que parece claro es que no se prepararon planes con anticipación. También, con respecto a la fecha y forma de la operación, que el comandante general la ordenó «para aprovechar» lo que Villar le presentó como «una circunstancia favorable», «brindada» por los notables de Tensaman[50], despreciando advertencias de marroquíes amigos, que musitaban: «No vayáis, Abarrán es malo»[51].

El 1 de junio, Berenguer, ensimismado en su fructífera campaña, que había obtenido buenos resultados en Gomara y en la línea del Lau, recibió un telegrama de Silvestre, expedido tarde, el día anterior, en el que le comunicaba que pensaba ocupar el monte Abarrán. El día 2, asombrado, leyó otro que informaba de su pérdida, además del aniquilamiento, a efectos prácticos, de la guarnición.

Se entiende la extrañeza del alto comisario, porque todo indicaba que, a pesar de las recomendaciones hechas en marzo por su «estorbo mayor», Silvestre había decidido aprovechar «facilidades circunstanciales» apelando a la audacia, más que a la prudencia. Todo se preparó con gran reserva; por eso, el comandante Alzugaray, jefe de ingenieros del sector, no supo nada, si bien se iban a utilizar fuerzas suyas[52]; y al teniente coronel Ros, mando accidental del Ceriñola, que se hallaba en Annual y que debía facilitar los medios precisos para la operación, no se le reveló desde el cuartel general para qué objeto se requerían. Lo hizo más tarde, y con secreto, Villar cuando llegó a la posición, «pues si los moros se enteran, el fracaso es seguro». En cambio, «si salía bien, se tendría ya ganado el sesenta por ciento para entrar en Alhucemas», aseguró[53].

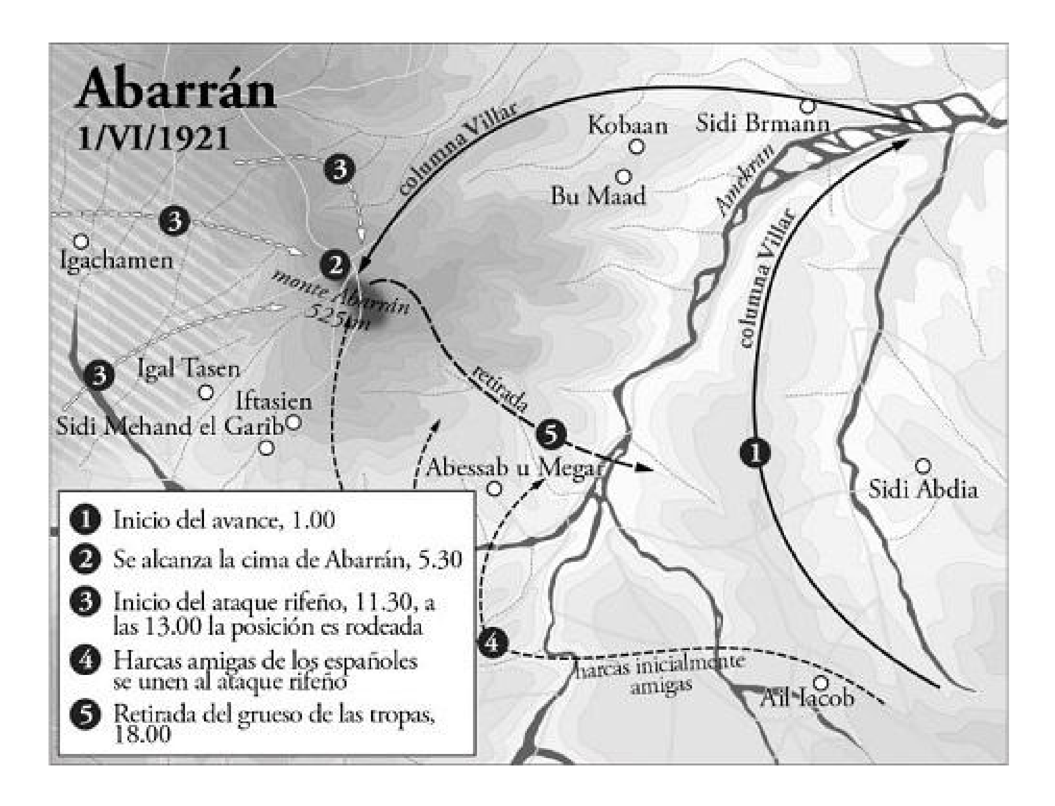
El comandante salió de Annual con una columna antes de que amaneciera el día 1, franqueó el Amekran, acompañado por un grupo de moros amigos de Tensaman, y, con grandes dificultades, trepó los 500 metros de altura de la cima. Una vez allí, se improvisó a toda prisa una posición semifortificada, se

dejaron unas tropas y el grueso regresó a toda prisa, porque la harca amenazaba con cortarle la retirada. Antes de ponerse a salvo, Villar oyó fuego, pero continuó su camino. A propósito, mientras se instalaban los efectivos, tuvo el mal gusto de informar, jactancioso, a Silvestre de que había ido a Annual a observar la operación, que «tengo muy cerca la harca enemiga, en actitud expectante y me estoy timando —subrayado en el original— con ella».

Todo fue desdichado; desde las 10 de la noche, dos horas antes de que saliese la columna, hogueras anunciaban que la harca estaba sobre aviso, por lo que no se produciría la imprescindible sorpresa; se instaló a los «amigos» en un punto que dominaba la posición principal; esta quedó mal protegida; al comandante le llegó tarde, cuando ya había empezado el repliegue, la orden de que dejara allí una de las compañías de ametralladoras que llevaba y, por encima de todo, quedó en Abarrán una batería de montaña, formada, como todas, por europeos.

Esto último constituyó el elemento fundamental de lo que sucedió a continuación. De un lado, debido a que una unidad de ese tipo no permitía una retirada ágil, que hubiese sido posible para el resto de la guarnición, formada por tropas indígenas, la 2.ª Compañía del 1.er Tabor de Regulares y la recién creada 15.ª Mía de la Policía, además de una estación óptica. Pero lo esencial era que los cañones constituían un botín de guerra nunca visto. De hecho, ningún general español en África los había perdido nunca, al tiempo que, como ya se ha dicho, cualquier baja de peninsulares creaba serios problemas políticos.

Por eso, cuando la posición cayó, se trató de algo con mucha mayor trascendencia que un desafortunado incidente local. Pocas frases bastan para describir los hechos. El cruce del río fue la espoleta que desencadenó el ataque de la harca, que consideró que se había transgredido una frontera invisible, y que fue apoyado por los tensamanis «amigos»; los ángulos muertos de la posición, y la defección de al menos parte de los defensores, contribuyeron a que el asalto tuviera éxito. La mayoría de los oficiales murió en su puesto al intentar galvanizar a la tropa; uno de ellos, marroquí, se pegó un tiro antes que caer en manos de sus compatriotas. Solo quedó herido el teniente Flomesta, de artillería. Antes que acceder a enseñar a los vencedores el manejo de las piezas, como exigían, prefirió dejarse morir. Los demás supervivientes o bien cambiaron de bando o bien, espeluznados, se acogieron a la línea española y llevaron la infausta noticia.



El revés pudo haber sido aún mayor, porque el comandante general insistió en visitar la recién ocupada posición; por suerte, Morales logró, a duras penas, disuadirlo.

Mucho se discutió acerca de la pérdida de Abarrán, que para Silvestre fue una humillación; «se le saltaban las lágrimas» ante lo sucedido y aseguraba que deseaba que lo mataran; «es lo mejor, pues por culpas ajenas ha caído sobre mí este borrón»[54]. Berenguer, más flemático y al que se aludía en la frase, sostuvo que su ocupación iba más allá de la «pequeña operación» que había autorizado y que, en todo caso, según una orden suya de 27 de junio de 1920, cualesquiera de estas que incluyera a fuerzas peninsulares requería una autorización expresa. Sin embargo, admitió que, por otro lado, el comandante general había ejercido su legítima iniciativa, si bien había interpretado «ampliamente» las instrucciones recibidas.

Por su parte, el comandante general negó que la batería se hubiese movilizado por sus órdenes. Dávila, a su vez, reconoció que, cuando tuvo conocimiento tardío de lo que se preparaba —y que desmentía a Capablanca —, insistió a Villar para que llevase artillería. Un pequeño papel, garrapateado, que se conserva en el archivo del Instituto de Historia y Cultura Militar, es, que se sepa, el único rastro documental de la trascendental decisión. Quizá sea un borrador del telefonema que Ros aseguró haber recibido, por el que se le ordenaba agregar la batería a la columna.

Sea como fuese, la captura de las piezas, que no se habían podido inutilizar en su totalidad, añadía una nueva dimensión a lo sucedido. No solo se trataba de armas poderosas; su valor simbólico era aún mayor. Entre los rifeños, cuando se obtenía una victoria, «el fruto de estas hazañas, presentado en los zocos, excita entre los más reacios el adormecido ardor bélico —de forma que— el entusiasmo se hace general; los éxitos, comentados por la fantasía indígena, exagerados de un modo extraordinario por los oradores del zoco, arrastran a los más vacilantes; todo el mundo se arma»[55]. En este caso, «el fruto», casi inconcebible por su importancia, despertó fervorosos ardores y acabó de cimentar el prestigio de Abd el-Krim, con independencia de que este, político que no guerrero, ni planeó el asalto de Abarrán, ni participó en él. Parece que el ataque de la harca, en realidad, fue una reacción refleja ante lo que interpretó como una agresión.

Al respecto, Enrique Arqués, que había conocido de muchacho al dirigente rifeño, lo describió como «tímido y pusilánime, sin condición ninguna para las armas y el mando»[56]. En esto último se equivocó, aunque es cierto que solo la torpeza de algunos españoles lo arrojó a la disidencia.

En todo caso, la resistencia dejó mucho que desear. Según Berenguer, informó el 8 de junio a Eza, después de hablar con Silvestre, «duró escaso tiempo» y hubo poco fuego; muchos hombres pudieron escapar, lo que probaba que Abarrán no llegó a ser cercado; la mayor parte de «los fugitivos» estaban ilesos y «los heridos [eran], más bien de contusiones que de armas». Todo indicaba que la posición «fue abandonada por gran parte de la guarnición antes de apurar la defensa». Lo confirma *Historia de las campañas de Marruecos*, muy oficial, que cifra las bajas definitivas en 7 mandos y solo 3 soldados muertos, 2 europeos y 1 indígena. Se abrió en Melilla un expediente reservado en torno a lo sucedido; un oficial llevó en mano sus conclusiones al alto comisario[57].



Retrato del teniente de Sanidad Luis Hermida Pérez, muerto en Sidi Dris en julio de 1921 en pleno derrumbamiento de la Comandancia General de Melilla tras el Desastre de Annual. Abajo, puede leerse el texto: «Murió gloriosamente en Sidi-Dris (África) en el campo de batalla en 1.ª fila». Colección Isabel García del Pino.

Entusiasmada, la harca, aumentada con gente de Tensaman y de Beni Tuzin, se lanzó al día siguiente, 2 de junio, contra Sidi Dris. Se trataba de una sólida posición, mandada por el comandante Julio Benítez, del Regimiento Ceriñola, «hombre pesimista, que comunicaba con frecuencia noticias alarmantes»; «por su previsión e insistencia, habían dado los oficiales en llamarle con un nombre de burlona calificación», opina Francisco Bastos[58]. Sostuvo bien la defensa ante embestidas, o, por mejor decir, hostigamientos, que duraron veintitrés horas.

Cuando empezaron, comunicó a Annual que necesitaba con urgencia proyectiles de artillería. Silvestre, que había acudido allí al saber lo sucedido

en Abarrán, mandó que se le enviaran. Dávila, que estaba con él, se apresuró a indicar que Benítez contaba con 800 disparos, cantidad sobrada, y al tiempo advirtió del peligro que ello suponía, porque el convoy sería, sin duda, emboscado en el trayecto. Por suerte, Kadur Amar, de Beni Said, que también se encontraba con ellos, y que «adoraba» al general, fue de la misma opinión, por lo que se dio contraorden.

Un episodio brillante de la resistencia se produjo cuando el cañonero Laya, enviado con previsión frente a Sidi Dris, no solo prestó apoyo de fuego, sino que puso en tierra parte de su tripulación, con ametralladoras. El trozo de desembarco se abrió paso y se unió a la guarnición. Incluso su jefe, el alférez de navío Pedro Pérez de Guzmán, se hizo cargo de la dirección de las piezas, ya que el teniente de artillería había sido herido.

Al margen de eso, aunque se alabó el heroísmo de la defensa, la verdad es que las bajas españolas, según cifras oficiales, se limitaron a 10 heridos: el propio Benítez, el mencionado teniente y 8 soldados. De ahí que Berenguer, entre otros, dudara de la verdadera intensidad del combate. Es lástima la costumbre que había de despilfarrar adjetivos en los partes, en vez de reservarlos para las ocasiones, que se dieron, en los que se podían aplicar con más justicia.

Ni el ministro de la Guerra ni el alto comisario quedaron satisfechos con las insuficientes y tardías noticias que Silvestre fue facilitando de Abarrán —*El Telegrama del Rif*, siempre disciplinado, no publicó nada hasta el día 7—, por lo que el segundo le convocó a un encuentro. Tuvo lugar el 5 en aguas de Sidi Dris, a bordo del Princesa de Asturias. Ruiz Albéniz hizo decir a Berenguer que había encontrado a su compañero «atribulado y deprimido» y que este le dijo «si avanzas tú desde allí [la zona occidental] y hacia Beni Urriaguel, serás tú, y no yo, quien dirija la operación sobre Alhucemas». Es legítimo dudar de lo primero, o, al menos, de que fuera un sentimiento duradero, porque no encaja con la personalidad del comandante general, que, además, el mismo día había mandado a su superior un telegrama, que este leería más tarde, en el que proponía «proceder pausadamente», pero también una maniobra envolvente de Abarrán, pasando de nuevo el Amekran.

Se ha dicho que la entrevista fue tormentosa: «Se expresaban tan en alta voz, tan impetuosamente el comandante general de Melilla, que el comandante del barco cortésmente hácele constar que “hasta los fogoneros siguen el diálogo”»[59]. De una forma u otra, Berenguer consiguió, como telegrafió desde el mismo buque al ministro, que Silvestre «renunciara» a «determinados propósitos que se había formado para responder a lo de

Abarrán». En cambio, cometió la ligereza de informar de que, aunque este valoraba la coyuntura como delicada, «por mi parte, no veo por el momento en la situación nada alarmante»[60]. En resumen, tras lo que llamó «el lamentable contratiempo», y en sus propias palabras, «volvía a mi primitivo plan», que era «dejar para la etapa final» el problema de Alhucemas.

Con poca elegancia, dio a entender al ministro el día 8 que lo sucedido «solo ventajas» podría traer, ya que obligaba a volver a su idea original, avanzar al peñón desde occidente; solo los triunfos obtenidos por el comandante general le habían hecho plantearse, por el momento, la perspectiva oriental.

Había dejado claras sus prioridades en el Princesa de Asturias. Después de almorzar sin testigos los dos generales, sus séquitos fueron admitidos a la sobremesa. Según el comandante Tulio López, mientras el alto comisario «quitaba toda importancia» a lo sucedido en Abarrán, el comandante general «sostenía que el golpe había sido duro, y que desistía de dar un paso más sin antes haber fortalecido la línea». Silvestre también reiteró su petición de que se formara un grupo de Regulares en su zona. Berenguer le respondió que, terminadas sus operaciones en Beni Arós, «que, según manifestó era lo que más le preocupaba por el momento», le podría mandar en mes y medio parte de sus tropas de choque[61]. No obstante, el alto comisario transmitió al ministro los deseos de su subordinado y añadió, con mala voluntad, que, al haberse suspendido las operaciones sobre Alhucemas, «Melilla tiene fuerzas suficientes, tanto europeas como indígenas». Eza le respondió dejando la decisión a su criterio. Berenguer no hizo nada.

Se entiende que Silvestre volviera a su jurisdicción «de muy mal humor» y lanzando venablos. No habría refuerzos en tres meses, espetó a Capablanca: «Diremos a Abd el-Krim que nos espere»; «se los puede guardar», añadió refiriéndose a su superior.

En esa tesitura, con Berenguer rebajando de forma deliberada la trascendencia de Abarrán para mejor atender a sus proyectos estratégicos, y con Silvestre, que la valoró mejor, indignado por esa actitud, se bajó el telón del primer acto.

EL SEGUNDO ACTO: IGUERIBEN

A raíz de lo sucedido en Abarrán y Sidi Dris, se dictaron órdenes inmediatas para reforzar la línea avanzada y ocupar diversas posiciones.

Una de ellas fue Igueriben. Situada a vanguardia de Annual, con la que compartía una aguada, problemática por la distancia, de más de cuatro eternos kilómetros, estaba en la cima de una colina, entre breñales y profundas barrancas. Cerca, a menor altura, se destacaba, ominosa, la loma de los Árboles.

El general Felipe Navarro, barón consorte de Casa Davalillo, 2.º jefe de la comandancia, fue quien dirigió el establecimiento de la posición, que se realizó sin problemas el 7 de junio, en terrenos de la ya inestable Beni Ulichek. Allí quedaron como guarnición dos compañías del Regimiento Ceriñola, una de ametralladoras del mismo regimiento —que después sería sustituida por cuatro máquinas de posición—, una batería ligera y una estación óptica. Los hombres, acodados en los sacos terreros, como tantos de sus compañeros en decenas de blocaos, vieron alejarse en el quebrado terreno la columna que había construido el endeble recinto donde quedaban.

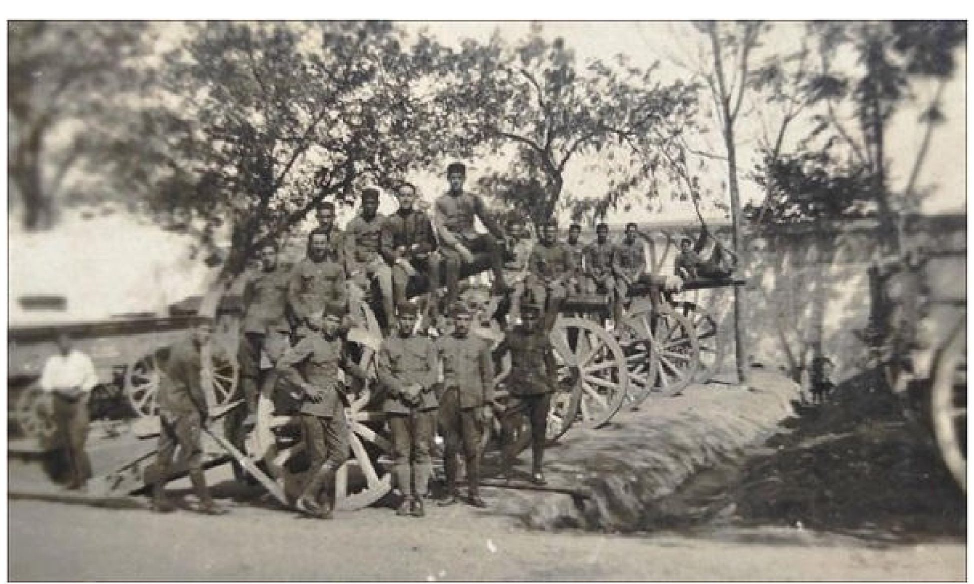
En verdad, hablar de Igueriben y de su aciaga suerte es hablar de la loma de los Árboles. Es curioso lo que sucedió con esta última. Un hombre experto como el jefe de la sección de campaña aseguró, aún después de los luctuosos acontecimientos, que «la Loma de los Árboles no puede ofender a Igueriben; al contrario, está batida desde Igueriben». De todas formas, y como medida de precaución, su comandante tenía órdenes de establecer un servicio diario en la loma, así como de «hacerlo permanente en caso de peligro»[62]. Precisamente por ello, se habían asignado a la posición dos compañías, de forma que una de ellas pudiera dedicarse a esa tarea.

Capablanca, por su parte, precisó que «se trató de ocupar la loma y fortificarla, pero del reconocimiento que sobre el terreno hizo el comandante de estado mayor, sr. Cabrerizo, resultó que, por su poco relieve y proximidad de un extenso bosque, no había posición militar propiamente dicha». A la vista de ello, Silvestre que, como siempre, había ido a inspeccionar en qué condiciones quedaba el nuevo puesto, decidió no establecerse en la loma, aunque «no renunció —sin embargo—, a la idea de ocuparla cualquier otro día». Asimismo, la carencia de elementos de fortificación y la escasez de efectivos fueron factores que tuvieron su papel. Otra versión[63] apunta a que el comandante general adujo que «tenía órdenes de estarse quieto» y que, además, como no le mandaban refuerzos, carecía de tropas suficientes.

Sorprenden estas apreciaciones cuando, al tiempo, se estimaba que la aguada de Annual, y, por tanto, la de Igueriben, podía ser «hostilizada fácilmente desde la Loma de los Árboles»[64].

La consecuencia de esos errores es que la altura quedó vacía, aunque no por mucho tiempo.

Los cañones y las ametralladoras de Sidi Dris, junto con la artillería del Laya, habían causado el 2 de junio serias bajas a la harca, que las fuentes sitúan entre las 100 y las 300, con la consiguiente pérdida de moral entre los atacantes. Teniendo en cuenta el carácter puramente transitorio y, en general, voluntario de esas agrupaciones improvisadas, no extraña que, encajado el revés, parte de sus miembros se dispersara y regresara a sus hogares.



Un grupo de artilleros posa junto a las cuatro piezas de su batería, década de 1920. Colección Ángel Sanset.

Pero Abd el-Krim no había descansado desde ese día y se había reunido con notables de las cabilas para aunar voluntades. Al tiempo, sus emisarios recorrían los zocos exhibiendo el botín de Abarrán, que, a ojos de los rifeños, que valoraban un fusil más que a sus mujeres, era poco menos que mirífico. Se ha dicho que, en aquella región, quien tenía un puñado de fusiles era un rey y Abd el-Krim podía mostrar más de 200, sin mencionar los incontables cañones. De ahí que, en el mercado, los pregoneros, tras invocar por tres veces el nombre de Alá e impetrar su maldición sobre el diablo, se dirigieran a los creyentes, «hijos de la perfección», y los citaran en un lugar y en un día concretos para marchar a luchar contra los cristianos o nazarenos[65]. La convocatoria, reforzada por el prestigio de las armas capturadas y la esperanza de adquirir aún más, produjo los efectos esperados y cientos de hombres, por sendas apenas visibles, marcharon al punto de concentración.

Es casi imposible saber cuántos guerreros se acumularon, debido al carácter difuso de aquellas fuerzas. Las confidencias hablan de entre 3000 y 6000 y de una agrupación de 3000 y 4000 y de otra menor[66]. No obstante,

hay que tener en cuenta que años después, con Abd el-Krim en la cúspide de su poder, fuentes francesas afirmaron que «las harcas a las que nos hemos enfrentado nunca han tenido más de 3000 fusiles»[67] y que Berenguer, en su ya citado estudio acerca de la guerra en Marruecos, indicaba en relación con aquellas que «la más ligera reflexión nos indica que nunca pueden ser muy numerosas», debido a su peculiar composición.

Pero los efectivos fueron lo suficientemente fuertes como para que Abd el-Krim se decidiera a franquear el Amekran y hacer que sus gentes empezaran a infiltrarse en torno a Igueriben y ocuparan la loma. Silvestre envió, en al menos dos ocasiones, informaciones de esa actividad, pero a Berenguer no le «parecieron fundadas». El 15, una confidencia señalaba que, recogida ya la cosecha, se podían producir agresiones al día siguiente[68].

Así fue. El 16, Villar, que se encontraba en Buimeyan dispuesto a salir para establecer el servicio de protección en esa altura —no se sabe por qué no se hacía, como estaba previsto, desde Igueriben—, distinguió allí movimientos del enemigo, que evaluó en 2000. Por ello, solicitó de Navarro, que estaba en Annual, permiso para suspender el movimiento y para que la artillería de ambas posiciones tirara sobre el bosque que había en la loma. La respuesta fue que saliera de forma «inmediata». Así lo hizo, con fuerzas de Policía, solo para tropezar, a unos 100 metros del objetivo, con descargas de fusiles cuidadosamente emboscados. Tan nutridas fueron que los hombres, amilanados, se desperdigaron hasta tres veces y hubo que meter en línea a sus mandos, pistola en mano. Parece que, en algunos casos, las usaron.

Hacia las 9 h, «tardíamente», salieron en su ayuda dos tabores y dos escuadrones de Regulares, con el teniente coronel Núñez de Prado, sostenidos por una batería de montaña y una compañía de ametralladoras. No llegaron a asaltar la loma, sino que, a mitad de camino, desplegaron y empezaron a intercambiar fuego con los adversarios. Hacia las 18 h, se produjo la retirada, por órdenes de Navarro, porque la aviación se disponía a bombardear la colina. Preguntado el jefe de Regulares por qué no había profundizado en su ataque, respondió que fue debido a que Villar le advirtió que hacerlo costaría 150 bajas[69]. Aun así, el fracaso supuso 62 pérdidas.

Por su parte, el general 2.º jefe no se decidió a emplear todas las tropas de que disponía en Annual, según dijo, porque no se consideraba autorizado para entablar un combate «de más vuelos», que habría exigido el empleo de fuerzas peninsulares. Tal actitud quizá refleje un sentido exagerado de la disciplina y puede obedecer, en parte, a que el general sabía que Silvestre depositaba una mediocre confianza en él, como demostraba al encargarle,

sobre todo, misiones administrativas, por ejemplo, la presidencia de la inefable Junta de Arbitrios.

Como en el caso de Abarrán, el comandante general fue difuso a la hora de informar de los hechos. De esta forma, se publicó, con retraso, una «nota oficiosa» que aseguraba que la Policía llegó a ocupar la loma, lo que es rigurosamente falso. Con el alto comisario incurrió en tantas tergiversaciones, hablando de un simple servicio de descubierta, ocultando que no se llegó a ocupar el objetivo y poniendo tanto énfasis en el quebranto del enemigo, que lo exasperaron. De hecho, el 18 seguía sin especificar el lugar de los hechos.

Los días siguientes volvió una calma aparente, que obedecía a las severas pérdidas de la harca, que estuvo sometida al fuego de siete baterías.

Sin embargo, la loma se había perdido de manera definitiva y empezaba la agonía de Igueriben, que se vería cercado, cortado de la aguada y dependiente para todo de convoyes procedentes de Annual. El único oficial superviviente, el alférez Casado, dejó cumplido testimonio de la lenta muerte[70].

Pero todo eso estaba en el porvenir. El día 21, Berenguer, atento siempre a sus prioridades, ordenaba que se completasen los preparativos para reanudar la campaña de Beni Arós; comenzaron el 25, lo que le distanció aún más de los acontecimientos en Melilla. Silvestre también estaba instalado en la misma complacencia. El 15 de julio, le escribió lamentándose de que en el pasado le faltó «el elemento (sic) dinero y hombres, singularmente el primero». Consideraba ya «desaparecida la efervescencia —y— en gran parte superada» la crisis provocada por Abarrán, en parte consecuencia de un fallo de información, producto del enrevesado chelja que se hablaba en Tensaman, difícil de entender. Añade que la posición tenía «fuerzas de sobra para una larga defensa» y, no sin injusticia, que fue «tomada sin un tiro». Esperaba que la harca, que cifraba en 1500 hombres divididos en varios grupos, fuera «esfumándose», por lo que creía en la «necesidad de ir preparando nuestra actuación, para iniciarla en ocasión precisa» y esbozaba planes al respecto. Dejó sin cerrar la carta, lo que le permitió añadir, solo dos días después, una alarmante posdata: los rifeños han atacado «con bastante empuje —y— la situación vuelve a ser delicada», por lo que reiteraba sus peticiones de hombres, dinero y materiales.

No obstante, según el teniente Erquicia, de la Policía, sus servicios de información le habían comunicado con anterioridad que, una vez terminada las labores de la trilla, se produciría una movilización de cabileños. Sus jefes habían ordenado que se pregonara en los zocos que, del 15 al 17, todos los hombres de fusil debían acudir a la harca; los que no lo hicieran serían

multados con 50 duros, una cantidad muy considerable. La idea era sitiar Igueriben y luego Talilit, para rendirlos por sed y hambre y así cortar las comunicaciones de Annual, con el mismo objeto. Conscientes de las enormes limitaciones logísticas de esas agrupaciones, se habían fijado ocho días para tomar la primera de esas posiciones. Si no lo conseguían, se disolvería la harca[71].

Desde el 1 de ese mes, la situación de Igueriben había empezado a degradarse. Ya ese día, la guarnición observó, a simple vista, cómo el enemigo empezaba a atrincherarse en sus alrededores, pero no se le permitió cañonearlo porque «sería contraproducente». El 13, el comandante Francisco Mingo, que la mandaba, fue relevado por Benítez, algo sorprendente, pues la posición estaba en contacto con la harca y amenazada. Pero en Melilla seguía la rutina de los cambios de jefes, como si nada sucediera. El 14, tras varios días de hostigamiento, la posición resistió un primer asalto, pero tuvo que suspender la aguada, que se reanudó el 15, para interrumpirse de nuevo, esta vez para siempre, el 16.

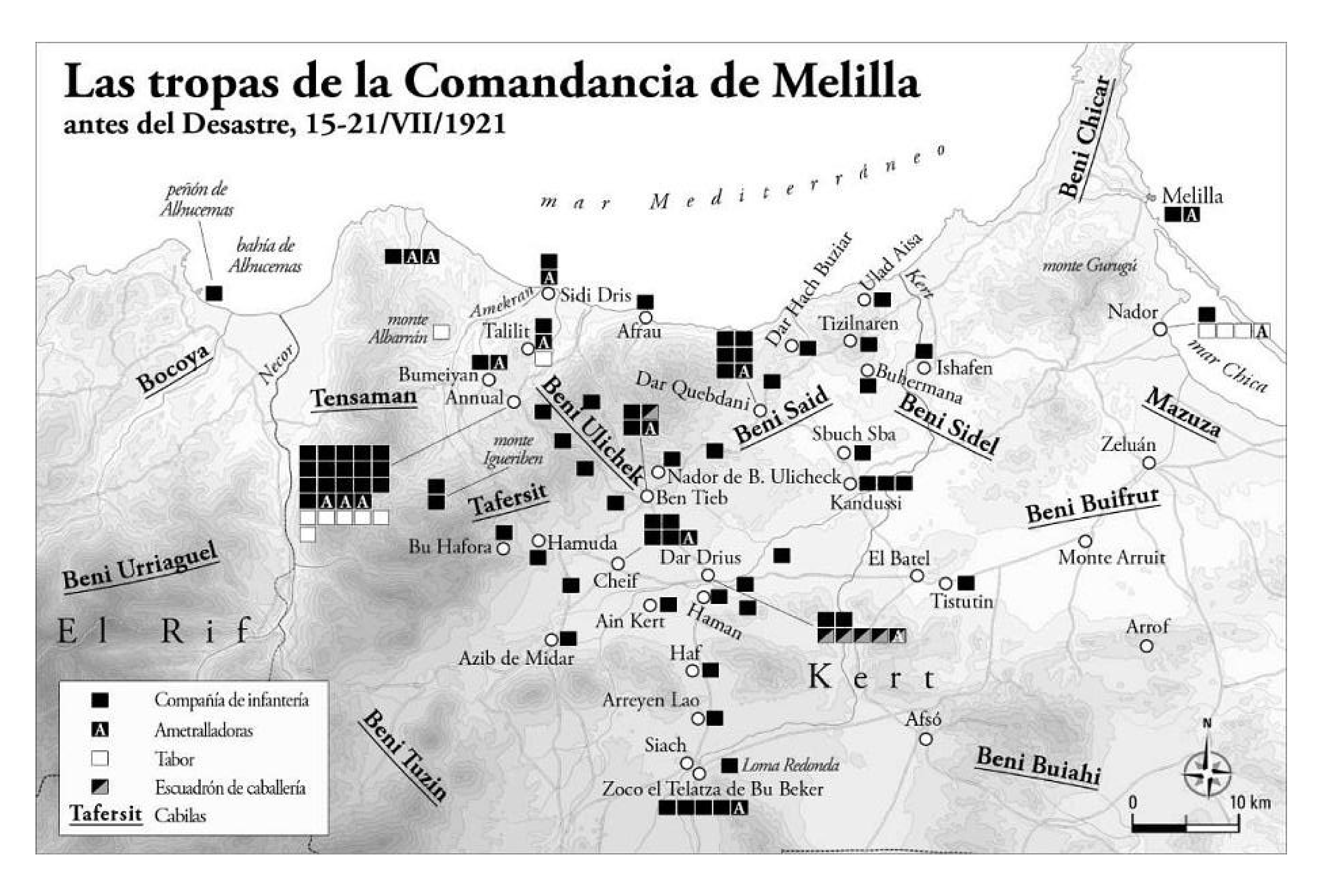
El día 17 salió de Annual un convoy de suministros protegido por fuerzas de la Policía, las tres compañías del 2.º Tabor de Regulares y dos escuadrones del grupo, apoyados por una batería y unidades peninsulares. Las dos compañías del 1.er Tabor —la otra había desaparecido en Abarrán— quedaron encargadas de la defensa del campamento. De inmediato, la columna fue acogida por nutridos disparos de los cabileños. A duras penas, logró avanzar hasta que el fuego la detuvo. El capitán Joaquín Cebollino, del 3.er Escuadrón, recurrió entonces a una medida desesperada. En cabeza de sus hombres, hizo un esfuerzo supremo y alcanzó la posición con parte del convoy. Sin embargo, resultaba imposible sostenerse allí y, en cuanto entró el último mulo, se replegó precipitadamente.

Aunque la operación había costado 73 bajas, el alivio para los de Benítez fue muy relativo; de un lado, muchas cubas de agua habían llegado acribilladas y habían perdido su contenido; de otro, más de 40 soldados de intendencia se habían tenido que quedar con las acémilas que conducían, con lo que aumentó el número de hombres que atender.

Esa misma noche, los cabileños, eufóricos, se lanzaron al asalto y se aproximaron tanto que tuvieron que ser repelidos a golpes de granadas de mano. En el curso del combate, los mulos cayeron muertos; al sentirse heridos, destrozaron a coces gran parte de la alambrada.

Una vez más, Silvestre se mostró renuente a informar de lo sucedido. El alto comisario no recibió las primeras noticias de él, sino del ministro de la

Guerra, preocupado por rumores que circulaban en Madrid. Solo después le llegó un primer telegrama acerca del combate del día 17, en el que se le comunicaba que el adversario había huido «a la desbandada —y que— la columna quedó en Igueriben», todo lo cual era falso; se agregaba, con optimismo: «Creo podría presentarse ocasión de infligir castigo rebeldes […], contando desde luego con casi totalidad posibilidades de éxito», para lo que pedía autorización. Otros sucesivos insistían en las bajas contrarias y confirmaban, sin mayores precisiones, que el convoy había entrado. Una nota oficiosa distribuida por la autoridad militar en Melilla y que, naturalmente, recogía *El Telegrama del Rif* en su edición del día 19, plasmaba la deliberada intención de ocultar lo sucedido.



Las tropas de la Comandancia de Melilla
antes del Desastre, 15-21/VII/1921
peñón de Alhucemas
bahía de Alhucemas
mar Mediterráneo
Beni Chicar
Melilla
monte Gurugú
Nador
mar Chica
Mazuza
Zeluán
Beni Buifrur
Monte Arruit
Arrof
Beni Buiahi
Sidi Dris
Amekran
monte Albarrán
Talilit
Afrau
Dar Hach Buziar
Ulad Aisa
Kert
Tizilnaren
Ishafen
Buhermana
Beni Sidel
Bocoya
Necor
Tensaman
Bumeiyan
Annual
Beni Ulichek
Dar Quebdani
Beni Said
Sbuch Sba
monte Igueriben
Tafersit
Nador de B. Ulicheck
Ben Tieb
Kandussi
Bu Hafora
Hamuda
Dar Drius
El Batel
Tistutin
Cheif
Ain Kert
Haman
Beni Urriaguel
El Rif
Azib de Midar
Haf
Kert
Arreyen Lao
Afsó
Siach
Loma Redonda
Zoco el Telatza de Bu Beker
Beni Tuzin
Compañía de infantería
Ametralladoras
Tabor
Escuadrón de caballería
Tafersit Cabilas
N
0
10 km

Se diría, habida cuenta de que se estaba a pocas fechas de la catástrofe, que el comandante general empezaba a distanciarse cada vez más de la realidad, como demostraba su propuesta de retomar la iniciativa.

Porque, para la sitiada guarnición, el panorama era cada vez más sombrío. La falta de agua llevó a que los hombres, bajo el abrasador sol de julio, intentasen calmar la sed con el jugo de patatas machacadas, con el de las latas de tomates y pimientos, con agua de colonia, con tinta, poniéndose en la boca piedrecillas, hasta bebiéndose sus orines. Asimismo, empezaba a faltar la munición y solo una ametralladora quedaba en servicio, y en malas condiciones, ya que las micciones, cada vez más escasas, no bastaban para refrigerarla. Tampoco había médico ni casi medicamentos para atender al creciente número de heridos; el hedor repugnante de los cadáveres de hombres y animales, que no se podían enterrar por la dureza del suelo y por los disparos de los cabileños, se enseñoreaba de la posición.

Ante la falta de claridad del comandante general, Berenguer decidió volver temporalmente a Tetuán, pues esperaba con ello facilitar las comunicaciones con él, al tiempo que mascullaba que «me desorientaba esa repentina acometividad de la harca», aunque había despreciado todos los indicios transmitidos por las confidencias acerca de su creciente pujanza.

El colapso

Dijera lo que dijera Silvestre, el convoy del día 17 había sido, sustancialmente, un fracaso. El 18 todo empeoró cuando el enemigo empezó a hacer uso, «con precisión sorprendente»[72], de uno de los cañones tomados en Abarrán, que acabó de tornar un infierno la vida allí. Lo manejaba, según las versiones, o un indígena desertor o un renegado[73].

En vista de ello, el 19 se volvió a intentar el abastecimiento de Igueriben con una columna muy similar a la anterior, aumentada por lo que quedaba del 1.er Tabor. De nuevo, las oleadas color garbanzo de las fuerzas indígenas chocaron con los tenaces rifeños, que, emboscados, las fusilaban a todo lo largo del frente. Escogían a los oficiales, muy visibles por sus uniformes y por ir siempre en vanguardia. Uno de los heridos fue el teniente coronel Núñez de Prado, jefe del grupo. No obstante, permaneció en su puesto hasta que la pérdida de sangre le obligó a retirarse. Se encontró entonces con el coronel Argüelles, de artillería, jefe de la circunscripción de Annual, y ambos coincidieron en la necesidad de desistir del intento, ante la firmeza de la oposición que se habían encontrado.

Se había decidido el repliegue cuando, en una anomalía más de las muchas que se produjeron en esos tristes días, llegó el coronel Manella, del Regimiento Alcántara, que hacía el relevo de Argüelles, ya que este había cumplido su tiempo de permanencia en primera línea. Asombra ese cambio en pleno combate, frente al enemigo, así como que el interesado aceptara separarse de los hombres a su mando en tan comprometida tesitura, pero tal era el ambiente despreocupado y rutinario que reinaba en Melilla.

Manella, «joven entusiasta y valiente», uno de los «manolos», «chico bien de la Peña de Madrid»[74], pero «que no tenía en absoluto el más pequeño conocimiento» de Marruecos, ordenó que la 1.ª Compañía del 2.º Tabor en un empellón llegara a Igueriben, cargada de cantimploras llenas de agua. Cuando se puso en movimiento, el fuego arreció hasta un volumen «verdaderamente fantástico». La propia historia oficial de aquellas campañas, tan preocupada por salvar reputaciones, admitía que, ante él, los soldados huían «tirando al aire las cantimploras y arrastrando en su inopinada retirada» al resto de la fuerza. La retirada se hizo «precipitadamente, pero sin barullo». Las pérdidas se cifraron en 88 hombres, 7 de ellos oficiales.

Se ha comentado que la operación, «tan desastrosa, no tenía una sola posibilidad de salir bien», por lo que debió «desistirse» hasta que se hubieran reunido más fuerzas[75]. Estas llegaron durante la última fase del combate, pero poco pudieron hacer. Consistían en cinco compañías y una y media de ametralladoras, del Regimiento de San Fernando, una de ingenieros y una batería.

El día 20 parece que Silvestre, al fin, se había percatado de la gravedad de la situación. Reconoció que no había sido capaz de romper el cerco de Igueriben, que «nuestras posiciones […] se hallan amenazadas —y que tiene — movilizadas en Annual totalidad fuerzas disponibles». Anunció a Berenguer que Navarro está ya en esa posición y que «mañana se resolverá […] la mala situación».

También pidió refuerzos en sucesivos telegramas. Es interesante resumir sus solicitudes en aquellos días, así como el orden en el que las formuló. El 19, la reposición de los 65 mulos muertos en Igueriben y, luego, granadas de artillería; el 20, «hombres y elementos en cantidad» que el alto comisario «estime suficiente». Asimismo, rogaba que se tomaran medidas para reprimir el contrabando, del que se abastecía el adversario. Esto último, que no podía tener efecto inmediato, apuntaba a que el general, aunque estaba preocupado, no había percibido el inminente desplome.

En respuesta, Berenguer le indicó, como es lógico, que correspondía a su interlocutor detallar las necesidades. Plasmaba, al tiempo, una actitud similar a la de este; había pedido buques a la Península para enviarle refuerzos, aunque estos fueron limitados «por hallarse en pleno desarrollo operaciones Beni Arós». Mantenía, pues, intactas, sus prioridades, sin percatarse de lo que se estaba incubando en la zona oriental. Se planteó ir en persona a Melilla, pero únicamente «tan pronto como pueda dar por terminada la importante campaña» que está realizando y lamentó que el problema de Igueriben pudiera «desvirtuar» «el completo y definitivo éxito» que esperaba de sus operaciones.

Hay dos telegramas más de Silvestre el día 20. En uno, pedía el bombardeo naval y aéreo de Alhucemas, junto con un amago de desembarco para atraer la atención de los Beni Urriaguel. Eran dos nuevas actuaciones a medio plazo, imposibles de realizar a corto ya que, por ejemplo, los aviones que pedía tenían que ir desde la Península. Peor todavía fue una petición más formulada, por encargo suyo, por el coronel encargado del despacho, que, como «suprema necesidad», requería un batallón de ferrocarriles y material Decauville para establecer una línea de campaña, labor de semanas, si no de meses.

Navarro llegó a Annual el mismo día 20, acompañado por el coronel Morales y 800 hombres, entre policías y harqueños amigos. Lo que vio no le tranquilizó. El comandante Sabaté, de estado mayor, explicó el motivo: «La moral no era muy firme» tras los reveses sufridos. En primer lugar, la del propio segundo jefe, porque, más tarde, telegrafió que durante todo el día, en el que las tropas no salieron del campamento, fueron «hostilizados con gran intensidad», aunque, en realidad, solo hubo un contuso. Impaciente ante tanta timidez, Silvestre decidió trasladarse en persona a Annual, al tiempo que aseguraba a Berenguer que el convoy «mañana, a primera hora, se realizará, a toda costa».

Todas estas noticias irritaron profundamente al alto comisario. Las bajas sufridas en los intentos de socorro no reflejaban, a su juicio, un «esfuerzo tenaz y vigoroso». Calculaba esas pérdidas en 77 hombres, que luego aumentó a 150, lo que le parece que no justificaba la incapacidad de llevar el convoy. En suma, le exasperaba tener que frenar su avance por lo que consideraba un cúmulo de torpezas en la comandancia. Para entender su frustración, se puede mencionar que precisamente el día 20, y sobre la base de la información que se le había facilitado, la prensa local había trompeteado,

de forma algo prematura, que «ha terminado victoriosamente la campaña de Beni Arós y Raisuni queda reducido a la impotencia».

Cuando amaneció el 21, Navarro seguía desanimado. Según comunicó a su superior, «el espíritu de las tropas no es todo el necesario», a lo que se agregaban noticias —que resultaron infundadas— en el sentido de que los cabileños aprovecharían la salida de una columna para atacar el campamento. Silvestre, cada vez más encrespado, reiteraba sus órdenes terminantes de que saliera el convoy, que fueron apoyadas por todos los Regulares que estaban en reserva, el 3.er Tabor, la 2.ª Compañía del 1.º, reconstituida, el 1.er Escuadrón y la compañía de ametralladoras, al mando del comandante Llamas, cuya llegada estaba prevista a las 10 h. A propósito se puede señalar la disparidad de medios entre aquellos y la Legión. Esta tenía entonces dos compañías de fusiles y una de máquinas por bandera; los Regulares, el mismo número de ametralladoras para nueve compañías y tres escuadrones.

La madrugada de ese día, Silvestre partió de Melilla. Había ordenado al Regimiento de Caballería Alcántara, en Dar Drius, bajo el mando accidental del coronel Primo de Rivera, que se adelantara a Izumar, donde el general llegó a las 8 h. Su idea era que esa unidad hiciera «una demostración» para obligar a la harca a ceder terreno[76].

El intento de socorro se hizo en toda regla: Morales, con la Policía, los marroquíes amigos y compañías del San Fernando, por la derecha; Manella, por la izquierda, con los Regulares que acababan de llegar —no es ocioso mencionar que hasta el día 20 se había considerado innecesario movilizarlos — y el resto del grupo con algún apoyo peninsular; por el centro, el convoy, con el Ceriñola, incluidas dos compañías que debían relevar a la guarnición de Igueriben; la artillería disponible, tira sin discontinuar.

Silvestre, desconcertado, contempló la operación ya cerca de Annual. A pesar del derroche de fuerzas, el enemigo, aferrado al terreno, no cedió un palmo.

La primera que flaqueó, resulta natural, fue la harca amiga, que se desenfiló para escapar al fuego de sus compatriotas. Uno de los ayudantes del general marchó a informarse. Morales estaba «algo optimista», «no era suficiente la resistencia que hasta entonces se había presentado para impedir la llegada del convoy». Sabaté, con la misma misión con respecto al ala izquierda, volvió con noticias menos prometedoras. De hecho, Manella «se sostenía a duras penas»[77] por las muchas pérdidas, incluidos dos capitanes y un teniente muertos[78], algo particularmente serio en las unidades indígenas, muy dependientes de los mandos.

La siguiente en flaquear fue la Policía, «en cuadro, entre las bajas y las deserciones», porque muchos hombres, al ver el cariz de la situación, decidieron escapar o cambiar de bando; el resto huyó al campamento. Por fin, se replegaron los Regulares, cada compañía por su lado. Llamas afirmó que su fuerza había entrado en Annual desfilando en orden cerrado; más probable es que lo hiciera «con barullo», como afirma el autor que oculta su nombre con el pseudónimo de «El soldado desconocido»[79].

Navarro, por su parte, no se decidió a emplear a todas las fuerzas disponibles. «No se le ocurrió —admitió años después en su testimonio, quizá porque— estaba preocupado con la defensa del campamento».

Silvestre, ante el desplome y ciego de ira, intentó lanzarse con los escuadrones de Alcántara en una carga suicida. Por suerte, se le disuadió de ello. Al parecer, aseguró el teniente Francisco Bravo, solo llegó a intervenir, mediante el fuego, el escuadrón de ametralladoras[80].

Para completar la derrota, la guarnición de Igueriben, al ver a sus presuntos salvadores en retirada o huyendo, había sobrepasado su límite de resistencia. Casado sostenía que, en el último momento, Benítez comunicó a la artillería de Annual que le quedaban doce cargas de cañón y que cuando disparara el último, empezara a tirar contra la posición. El meticuloso informe Picasso nada dice al respecto. También indicaba el alférez que el abandono se hizo en orden, con los oficiales al frente, pero que pronto fue desbaratado por una avalancha de rifeños. Los pocos supervivientes llegaron al campamento desencajados, en una situación deplorable «completamente extenuados, y en un estado de delirio mental y de confusión de ideas muy pronunciado»[81].

Tras tan amargas experiencias, la noche del 21 se cerró sobre un Annual amedrentado. Es posible que nunca se sepa con certeza absoluta el número de hombres que se encontraba allí entonces, ya que las propias cifras oficiales discrepan, aunque se puede situar entre los 4400 y 5300 efectivos, en 14 compañías de fusiles y 3 de ametralladoras de los regimientos Ceriñola, África y San Fernando; 4 baterías de campaña; otras tantas compañías de zapadores; 4 también de intendencia, más sanidad y comunicaciones[82].

Aunque, dada la peculiar forma en que se llevaba aquella guerra, lo que contaban eran las 10 compañías y los 3 escuadrones de Regulares, así como las 6 más de Policía. Por desgracia, esas fuerzas habían perdido muchos mandos y estaban exhaustas y diezmadas —las compañías equivalían casi a secciones—, cuando no, sobre todo entre los policías, totalmente deprimidas.

A pesar de todo, el conjunto de tropas era formidable en términos relativos. Estaba organizado y disciplinado y poseía una potencia de fuego

abrumadora, comparada con la que tenían sus hirsutos enemigos, una precaria colección de montañeses individualistas y desarrapados.

Pero la tropa peninsular se hallaba desmoralizada tras la derrota del elemento indígena, al que había considerado hasta entonces como sobresaliente; apenas estaba fogueada y, lo que era peor, carecía de confianza en sí misma. Fue trágico que sus propios mandos superiores compartieran estas impresiones.

Silvestre, ante el ominoso cariz de los acontecimientos, adoptó una resolución que luego ha sido discutida. Tomó el mando personal en Annual y envió a Navarro a Melilla, sin instrucciones concretas, según este. Resulta extraño que mandara con él al comandante Eloy González Simeoni, entonces jefe de la sección de campaña, sustituto de Dávila, que el día 9 había abandonado el territorio, enfermo y hastiado de sus continuas discrepancias con el comandante general. De esa forma, el general se desprendía en la crítica situación del que, en teoría, era su principal asesor para operaciones. A ellos dos agregó al comandante Tulio López, uno de sus ayudantes, con una misión personal, que también dio pie después a especulaciones.

Hecho esto, describió el lamentable estado de cosas al ministro de la Guerra y a Berenguer. Habló del fracaso del convoy y del abandono de Igueriben, realizado siguiendo sus órdenes —aunque parece que estas llegaron demasiado tarde—; la situación es «gravísima y angustiosa», «dificilísima» y tiene cortadas las comunicaciones; le «es urgentísimo envío de divisiones con todos elementos». Si el 20, su innato optimismo le hacía decir en un telegrama que «es posible que al efectuarse convoy preciso a Igueriben se entable la lucha», ahora veía que esa «lucha» había consumido a sus fuerzas de choque. En cuanto a la petición de «divisiones», mostraba su voluntad de resistir allí, dado que, obviamente, serían precisas semanas para mandarlas.

En un plazo más corto, solo podría contar con las dos banderas completas del Tercio y con los otros tantos tabores de Regulares de Ceuta, con una compañía de ametralladoras que, junto con una batería, Berenguer se había comprometido a mandarle, de muy mal grado: «Aunque con ello comprometa éxito campaña sobre Beni Arós, que ahora se hallaba en una de sus fases más interesantes», anotó con deje de rencor.

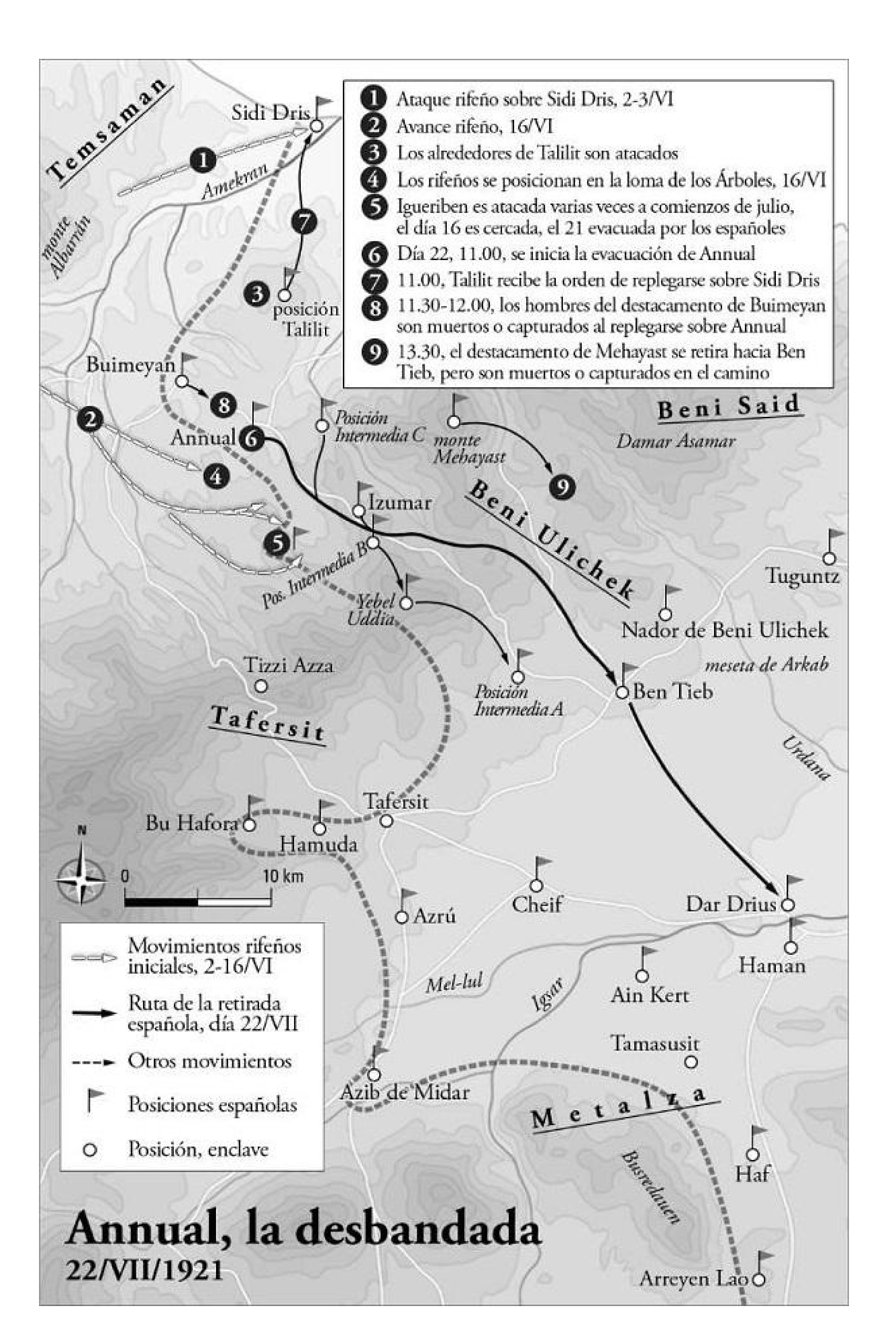
El Desastre

Esa noche, el comandante general celebró dos conferencias en su tienda con los mandos principales, en el curso de las cuales se descubrió, lo que es

inexplicable por lo que refleja de falta de previsión, que solo había municiones para realizar dos aguadas y víveres para cinco días[83]. Se han descrito en repetidas ocasiones esas tétricas juntas, a la indecisa luz de velas que dibujaban en la lona taciturnos fantasmas. Hubo una tercera, a la mañana siguiente. Lo que importa saber es que, con vacilaciones, se optó por la evacuación. Peor que eso fue que, en un acuerdo que decía muy poco de los convocados, se determinó no informar ni siquiera a sus subordinados más inmediatos. La conclusión es demoledora: si la tropa no tenía confianza en sí misma, los jefes tampoco la tenían en sus subalternos. Era la receta perfecta para una debacle, en especial, porque apenas se esbozó un plan para la operación prevista, una de las más peligrosas y delicadas, la retirada de millares de hombres y de cientos de animales, con heridos, enfermos y material, en presencia de un enemigo enardecido.

En la mañana del día 22, a las 5 h, envió un telegrama a Eza, quien, a su vez, lo transmitió a Berenguer, que lo recibió a las 10.20 h: cortada su línea de comunicaciones, casi sin municiones y ante la perspectiva de aguadas «sangrientas», se va a replegar a la línea Buimeyan-Ben Tieb-Beni Said, «recogiendo antes posiciones que me sea posible, donde esperaré refuerzos».

El gran retraso con que el alto comisario leyó este telegrama se debió a sus movimientos en esos dos días decisivos. El 21 había dejado Tetuán para enfrascarse de nuevo en sus operaciones en Beni Arós; «por el camino y Rokba el Gazal», donde se reunió, el 22, con los comandantes generales de Ceuta y Larache, «le siguen los telegramas [de Silvestre], donde ya se confesaba toda la verdad»[84]. Si bien antes de salir el sol de ese día había enviado ya al Tercio y a los Regulares para que, en una marcha inhumana, embarcaran hacia Melilla, él no les siguió hasta última hora. Al llegar a Tetuán, esa noche, ya recibió las primeras noticias del Desastre y de la muerte de Silvestre. Así pues, había estado cegado hasta el final por sus propios planes. Tanto que, cuando se le avisó en Rokba, a las 10.50 h, de que había un mensaje urgente de Annual, ni se levantó de su conferencia con los generales, sino que mandó a un edecán para que lo tomara «al oído»[85].



1 Ataque rifeño sobre Sidi Dris, 2-3/VI
2 Avance rifeño, 16/VI
3 Los alrededores de Talilit son atacados
4 Los rifeños se posicionan en la loma de los Árboles, 16/VI
5 Igueriben es atacada varias veces a comienzos de julio, el día 16 es cercada, el 21 evacuada por los españoles
6 Día 22, 11.00, se inicia la evacuación de Annual
7 11.00, Talilit recibe la orden de replegarse sobre Sidi Dris
8 11.30-12.00, los hombres del destacamento de Buimeyan son muertos o capturados al replegarse sobre Annual
9 13.30, el destacamento de Mehayast se retira hacia Ben Tieb, pero son muertos o capturados en el camino
Temsaman
Sidi Dris
Amekran
monte Albarrán
posición Talilit
Buimeyan
Annual
Posición Intermedia C
monte Mehayast
Beni Said
Damar Asamar
Beni Ulichek
Izumar
Pos. Intermedia B
Yebel Uddia
Tuguntz
Nador de Beni Ulichek
meseta de Arkab
Tizzi Azza
Posición Intermedia A
Ben Tieb
Tafersit
Urdana
Tafersit
Bu Hafora
Hamuda
N
0
10 km
Azrú
Cheif
Dar Drius
Haman
Mel-lul
Igsar
Ain Kert
Tamasusit
Azib de Midar
Metalza
Haf
Busredauen
Arreyen Lao
Movimientos rifeños iniciales, 2-16/VI
Ruta de la retirada española, día 22/VII
Otros movimientos
Posiciones españolas
Posición, enclave
Annual, la desbandada
22/VII/1921

En esas horas, la tragedia se había consumado. Da la impresión de que Silvestre «tenía la cabeza perdida» tras el sonoro fracaso de Igueriben[86]; parece que Berenguer «llegó a sospechar que perdió la razón ante el conflicto que se le venía encima»[87]. En todo caso, dejó de actuar como general. Testigos lo vieron absorto, en «actitud de completa inconsciencia»[88], ajeno a cuanto pasaba a su alrededor, mientras que, junto a él, Kadur Amar, leal hasta el penúltimo momento, disparaba pausadamente desde el parapeto. Solo tomó una medida: mandar a su hijo, alférez de Regulares, a Melilla en su coche oficial. Es decir, en vez de consagrarse a los miles de hombres que habían sido puestos bajo su responsabilidad, tan solo pensó en salvar a su hijo. No hace falta recalcar lo poco honroso de la conducta de este, al aceptar alejarse del peligro[89].

Nunca más se supo del general. Durante meses, se propalaron los más variados rumores: Abd el-Krim lo tenía encadenado en una lóbrega mazmorra; vagaba sin rumbo por el territorio, disfrazado. Lo más probable es que le alcanzara un tiro, o que se suicidara. No tuvo, en todo caso, la muerte que quizá soñara, el sable alto, en cabeza de rutilantes escuadrones.

Puede que el testimonio más fiable de sus últimos momentos lo proporcione el suboficial Juan García Bernal, de la 5.ª Compañía del 3.er Batallón del Regimiento Ceriñola, que, junto con otra compañía de ese regimiento, tuvo encomendada la defensa del campamento hasta su evacuación total. Cuenta que cuando lo abandonaron bajo la presión del enemigo, que se hallaba ya a 200 o 300 metros, vio a Silvestre, Morales, Maella y a algunos oficiales: «El cuartel general marchaba por un barranco pequeño, que existe antes de la posición C». Él continuó su repliegue al frente de una guerrilla de entre 14 y 15 hombres, último resto de su sección, por las crestas que bordeaban el camino y perdió de vista al grupo de mandos. «Antes de llegar a Izumar» divisó ya solo a Manella, pero, por las características del terreno, también lo dejó de ver. Su conclusión fue que «el comandante general y su cuartel general debieron sucumbir» en el mencionado barranco[90].

Mohamed Azerkan, alias el Pajarito, colaborador cercano de Abd el-Krim y testigo no siempre fiable, confirmó en parte esta versión cuando afirmó, años después, a González-Ruano que, en el curso de la persecución, reconoció a Silvestre, el cual «caminaba detrás de un ejército en desbandada», y que un rifeño, cuyo nombre facilita, lo mató de un tiro. En el entusiasmo de la caza siguió adelante y dejó el cuerpo atrás[91]. Hizo esa declaración en enero de 1934, cuando el afamado periodista, enviado por *ABC*, recorría Marruecos

intentando averiguar la suerte de los prisioneros españoles y del general, ante el aluvión de rumores acerca de su suerte que, todavía entonces, corrían por España.

Si Silvestre abdicó de sus obligaciones más elementales, no lo hicieron mejor los dos únicos coroneles presentes. Manella, como jefe de la circunscripción de Annual, tenía el mando local sobre ella; Morales, por su parte, era el jefe de toda la Policía presente. Sin embargo, uno y otro se quedaron junto al general, mientras el caos se desataba a su alrededor. Luego, abandonaron el campamento por su cuenta, sin ponerse al frente de las tropas. Murieron en el camino, en combate, como los hombres valerosos que eran, pero sin haber intentado jamás tomar las riendas de la situación.

El abandono de Annual fue bochornoso. En media hora se vació la posición, tal era la prisa por escapar. La tropa, huérfana de sus jefes superiores, y con los subalternos desorientados, faltos de instrucciones, salió como pudo; hubo oficiales que tuvieron que correr para unirse a sus unidades, que se habían puesto en marcha sin ellos.

Para complicar todo, y fruto de las vacilaciones ya mencionadas, antes de dar la orden de salida se había mandado hacer la aguada, con lo que los hombres que volvían de ella se cruzaban con los salían atropelladamente. Además, por la obsesión del secreto, las fuerzas indígenas a las que se había encargado, pese a su dudosa actitud, la vital misión de cubrir los flancos de la azorada columna desplegaron en plena confusión, sin saber que tenían que proteger una retirada masiva.

Fue tal el desconcierto que, por ejemplo, el soldado Fernando Martínez en un principio se quedó en el campamento, junto con los cuarteleros y los rancheros de su compañía de sanidad, porque se pensaba que esta salía solo para llevar un convoy de rutina con heridos a Izumar. Por un comentario que oyó a un teniente coronel, se percató de la verdad. Corrió a sus compañeros y les dijo: «Coged las carabinas y vámonos» y así salieron[92].

Lo más irónico es que cuando tuvo lugar la evacuación, la harca no había atacado. Abd el-Krim era demasiado inteligente para, tras sus fracasos de tomar por asalto Sidi Dris e Igueriben, intentar hacer lo mismo con una posición erizada de cañones, de ametralladoras y de miles de fusiles. De ahí su estupefacción, compartida por sus incrédulos guerreros, como está documentado en abundancia, al ver la inopinada estampida. Lo cierto es que, simplemente, en Annual no se combatió, como lo prueba que un médico que lo recorrió no hallara ningún cadáver. Solo se acometió la pequeña acción de las dos compañías mencionadas, dejadas en extrema retaguardia, que pronto

fueron desbordadas por la marea de rifeños, ávidos de botín, que se abatieron sobre ellas.

Serie de tarjetas postales de la época con imágenes del Desastre en Monte Arruit.



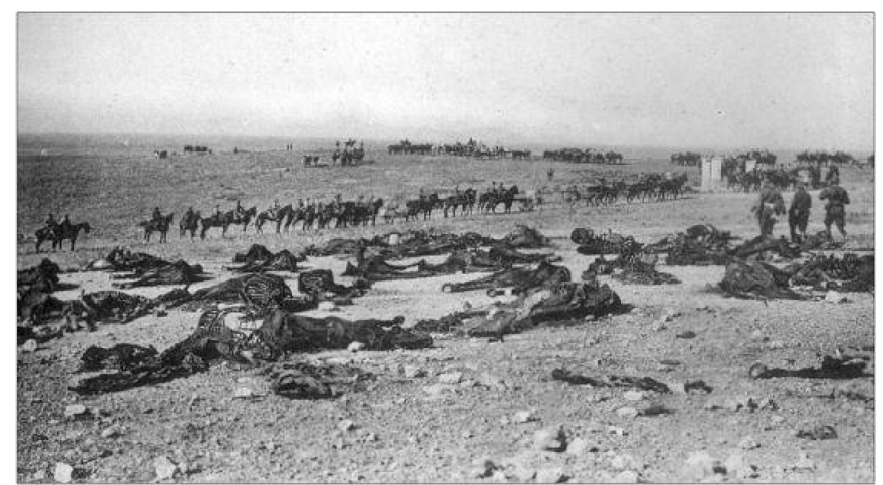
Monte Arruit. Aspecto de los alrededores llenos de cadáveres de españoles.



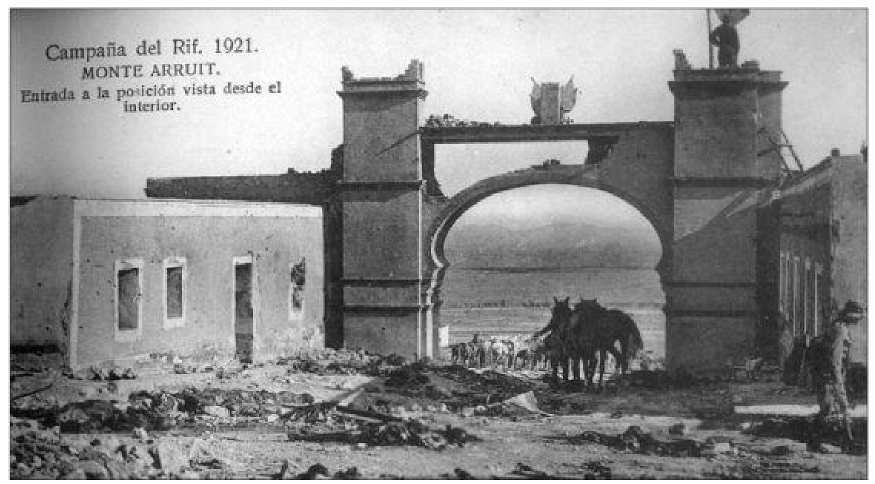
Vista general de los restos del campamento y posición en la que se ven los grupos de cadáveres de los españoles.



Cadáveres esparcidos de los españoles abatidos durante la subida a la posición.



Restos de los escuadrones con los que cargó el teniente coronel Primo de Rivera.



Entrada a la posición vista desde el interior.



Cadáveres de combatientes españoles hallados en el interior de la posición.



El alto comisario Dámaso Berenguer, en el centro, junto con otras personas, contempla los cadáveres de españoles en lo que era la enfermería.


Un capellán reza ante los restos de los españoles encontrados en el interior de la posición en presencia de otras personas.

Sin embargo, quedaron bastantes para acribillar a la columna en precipitado movimiento. Muchos policías y algunos Regulares aprovecharon la circunstancia para unirse a ellos, mientras el resto de las tropas de flanqueo apresuró tanto el paso que dejó al descubierto a los que se retiraban.

Entre estos, es de justicia decirlo, pronto se establecieron dos grupos. Uno, de los que mantenían una cierta disciplina; otro, de los que solo buscaban escapar, corriendo tanto como podían. Entre los primeros había que destacar la Sanidad Militar, que evacuó a heridos y enfermos, en parte, en las pocas ambulancias y coches ligeros que había y, en parte, en artolas. La mayoría de los que fueron en los vehículos —todos europeos heridos graves— llegó a Melilla; en cambio, muchos de los que iban a lomos de acémilas desaparecieron o murieron, en gran medida por culpa de los canallas que los arrojaron de sus cabalgaduras para escapar en ellas. De unas 100 bajas que salieron de Annual, en torno a 70 se pusieron a salvo, sin contar los heridos leves indígenas que, probablemente, desertaron[93]. Por otro lado, a muchos de los que fueron alcanzados en la misma retirada se les prestó atención médica, bajo el fuego enemigo. En conjunto, 9 doctores, de los 22 que había desplegados, fallecieron cumpliendo con su deber junto con más de 80 de sus soldados. Los datos hablan por sí solos.

También destacaron las cuatro compañías de zapadores, a las que se encargó la vanguardia, dos de las cuales ya habían protegido el repliegue del día 21. Pagaron el correspondiente precio; ya al llegar a Ben Tieb habían sufrido 127 bajas y estas no dejaron de aumentar luego. Cuando todo acabó, solo quedaba un oficial y prisionero. Otra más, la 4.ª, al evacuar aquella

posición, perdió todos sus mandos y dos tercios de sus hombres. A su vez, otro ingeniero, el capitán Arenas, fue, muy justificadamente, uno de los héroes de la retirada[94]. Por último, la poca prestigiosa intendencia dio ejemplo, al llegar a Melilla en «perfecto estado moral y material», según los documentos.

La propia conformación del camino complicó el movimiento retrógrado. Después de un trecho relativamente suave, la pista, tan estrecha que solo permitía el paso de cuatro hombres de frente, trepaba por una pendiente tan acentuada que era conocida como el Tobogán, que discurría al borde de un despeñadero al que cayeron soldados, arrollados por los que huían atropellándolo todo y animales sobrecargados. En su cúspide, la posición de Izumar hubiese sido un buen lugar para reagruparse, pero la abandonó su guarnición por propia iniciativa. A continuación, se abría un «encajonado y arenoso barranco» en el que se sumió la alocada columna, ya mucho menos acosada. El artillero Elías Villalba describió el bochornoso espectáculo en pocas palabras: en medio de «un barullo muy grande», «iban en desorden, a cuál llegaba antes»[95]. Como pronosticó Villar cuando empezaba la evacuación, «hasta donde cada uno llegase», con una sola idea, salvar la vida.

El teniente Bravo, del Alcántara dio una explicación para el absoluto desorden que presenció: como revueltos con la tropa «iban jefes y oficiales, su desmoralizador ejemplo hacía que los soldados no obedecieran»[96].

Lo triste es que les impelía el miedo, más que el enemigo. Porque los harqueños no eran soldados, apenas combatientes ocasionales y, ante todo, campesinos. Ni en los más disparatados ensueños del kif habían imaginado tener al alcance de sus manos las riquezas que atesoraba Annual: fusiles, municiones, tiendas de campaña, víveres, mulos… En un intento patético de camuflar la fuga, se habían dado instrucciones de no destruir nada y allí estaba, al alcance de las manos anhelantes de los saqueadores, que preferían aquel paraíso terrenal a cazar soldados fugitivos. Hasta una batería ligera, si bien inutilizada, apuntaba sus cañones mudos al cielo.

El propio Abd el-Krim, embelesado, permaneció en aquel lugar para intentar organizar el saqueo y procurando acumular todas las armas posibles.

Así pues, igual que no hubo combate, tampoco hubo persecución organizada. Porque hay que tener en cuenta que, en realidad, fueron los repliegues y la evacuación de posiciones, no una rebelión maquiavélicamente preparada, los que propagaron los alzamientos espontáneos de los habitantes, siguiendo el principio de «cabila abandonada, cabila sublevada». De esa manera, era la columna en retirada la que sembraba a su paso la rebelión.

Ya entre Izumar y Ben Tieb, la siguiente posición, también evacuada sin órdenes, se habla de que el camino estaba «batido a trechos», nada más[97]; incluso al principio, los cabileños miraban pasar, perplejos, a la fuerza[98]; algunos llegaron a vender agua a los que huían. Muchos más fueron los que, tras un primer momento de estupor, requirieron sus fusiles y se dedicaron a hostigar a los españoles, movidos, en parte, por sentimientos de odio o de venganza, pero, sobre todo, para que no se les escapara la pobre riqueza que acarreaban los desmadejados enemigos.

El comandante Emilio Alzugaray[99] vio a la columna cuando, al dejar Ben Tieb atrás, se arrastraba hacia Drius. Dijo que los soldados de infantería marchaban casi todos armados, pero «mezclados y confundidos —y que— la mayor parte de los mulos de artillería iban desembastados y sin material». Esto es, que se habían arrojado las cargas para montar a los hombres. Añadía un dato: los flancos iban protegidos por la caballería de Alcántara.

Aunque, más que ese fulgor, habría que retener el inquebrantable coraje. Ya desmontados por el fuego, el cansancio o porque habían cedido sus caballos a camaradas heridos, los jinetes se batieron de forma admirable en Monte Arruit y Zeluán y dejaron en alto el honor, cuando tantos lo habían arrastrado por el suelo. Todos sus componentes, excepto el 5.º Escuadrón de voluntarios eran reclutas procedentes del reemplazo, con lo que se demuestra, una vez más, que no hay tal cosa como malas unidades, solo unidades mal mandadas.

Navarro[100]

Da rubor decirlo, pero la columna de los que escapaban llevaba una medrosa vanguardia de oficiales en coches ligeros, algunos cargados con maletas, que, con desprecio a su deber y a las vidas de sus hombres, solo pensaron en poner a salvo la suya. Así, con tan innobles mensajeros, la noticia del Desastre fue corriendo por todo el trayecto hasta llegar a Melilla, seguida por una turba de soldados enloquecidos y de paisanos de los alrededores que, aterrados, procuraban ponerse a salvo con sus familias.

En la plaza, el teniente coronel Luis Ugarte supo de una borrosa información a mediodía por indiscreción de un operador, que le comunicó «noticias particulares» que habían sido enviadas por un telegrafista de una posición que enseguida se perdería[101]. Más o menos a la misma hora, a las 11.20 h en concreto, se recibió un telegrama de Silvestre, enviado a las 10.55 h: «En estos momentos ordeno retirada sobre Izumar y Ben Tieb.

Disponga salga de Drius regimiento Alcántara a proteger retirada»[102]. Luego, nada.

Con tan escuetos datos, se le planteaba una difícil disyuntiva al disciplinado Navarro: seguir en la ciudad, adonde se le había enviado; o partir para intentar ser de alguna ayuda a su superior. Por fortuna, eligió la segunda opción, en parte porque recordó que en esos momentos estaban en marcha hacia el frente harcas amigas, «último de los últimos recursos» que, si se sublevaban, cortarían el camino entre Batel y Dar Drius. Entre las 13.30 y las 14.00 h, Navarro salió de Melilla acompañado por González Simeoni, el capitán Sánchez Monge, de estado mayor, hijo del coronel, y Tulio López.

Era tal la desorientación que el general iba con la idea de regresar ese mismo día. Pero entre Zeluán y Monte Arruit vio un coche que circulaba en dirección opuesta, en el que viajaba el hijo de Silvestre con el comandante Alzugaray que, como tantos otros, tuvo una actuación dudosa en aquel desastre. Ambos vehículos se detuvieron y allí, en plena carretera, Navarro recibió las primeras noticias, aún inconcretas, de lo sucedido. La retirada se hacía «en confusión —y— se decía» que el comandante general se había suicidado. Mandó a Tulio que siguiera a la plaza con los que huían y él continuó su camino. Pasó por Monte Arruit y Batel, donde dejó instrucciones para que se detuviera a la oleada de fugitivos que se esperaba; sobre la marcha, dispuso que se disolvieran las harcas amigas, a las que se había dotado de fusiles Máuser, y entró en Dar Drius, hacia las 17.30 h.

La columna que había evacuado Annual ya había llegado allí. Sin bajarse del automóvil —pensaba seguir incluso, si era posible, hasta Izumar—, habló con los mandos congregados. «Nadie sabía nada de nada», solo que se dieron órdenes de salir «deprisa»; ninguno tenía una misión asignada. Para colmo, el jefe de los Regulares, comandante Llamas, que había relevado al herido Núñez de Prado, le dijo —aunque luego lo negó— que no se fiaba de la solidez de sus tropas, entre las que se habían producido deserciones. Las noticias de los oficiales de la Policía eran aún peores; muchos de sus hombres se habían pasado al enemigo. A resultas de ello, las fuerzas de choque, a efectos prácticos, habían desaparecido y solo quedaban los despreciados, mejor sería llamarlos infravalorados, soldados peninsulares.

Asimismo, la retirada había sido tan caótica que, de cinco baterías de montaña, solo se reunió material para formar una, y eso sobre la base del 5.º, que había estado en Izumar, no en Annual. El resto de las piezas, que iban desmontadas, se perdió, en su mayoría porque los hombres las descargaron de

las acémilas para montarlas y huir en ellas. Se contaba, además, con tres cañones de artillería ligera, tirados por caballos, de una batería provisional.

Navarro se dio cuenta de que no era posible acercarse más a vanguardia; de hecho, sin saberlo, ya estaba en ella. Mandó un primer telegrama a Guerra y a Berenguer: se había «encontrado» con tropas procedentes de Annual y posiciones intermedias; «no tengo noticias concretas de lo ocurrido; tampoco sé a ciencia cierta paradero comandante general». Se hacía cargo del mando e intentaba reorganizar a aquella multitud. A las 21.45 h envió otro: la moral estaba tan «deprimida», «que no me comprometo a operar» con los efectivos disponibles. Solicitaba «llegada inmediata refuerzos». Seguía sin disponer de una información completa.

Lo que sí comprobó fue que solo había víveres para dos días, que la posición tenía un mediocre parapeto y que carecía de alambradas. La deserción, por otra parte, era continua, a pesar de que se habían establecido guardias para evitarla. En cuanto al espíritu de la oficialidad, era tal que tuvo que recordarle sus deberes «de la manera más enérgica», lo que, por cierto, tuvo que repetir a lo largo del áspero itinerario que le esperaba. Finalmente, se recibieron inquietantes noticias de las cabilas de retaguardia.

La Vía Dolorosa

Decidió, pues, replegarse a Batel-Tistutin y atrincherarse en ese punto. De esa manera, dispondría del ferrocarril que terminaba allí y se acercaba a los refuerzos que esperaba. Para ello, se desprendió de lo que podía entorpecer su marcha, el ganado sobrante de artillería debía partir, escoltado por los caballos más agotados del Alcántara; parte de ese personal se quedaría luego en Monte Arruit y Zeluán; parte siguió hasta Melilla. Mandó a Batel que se enviaran todos los vehículos disponibles, incluidas ambulancias —que en el viaje de ida transportaron tres estaciones de comunicaciones, dijo el teniente de ingenieros Eduardo Castro—, para llevarse no solo a los heridos, sino también el material pesado. Parece que las fuerzas de intendencia se agregaron al éxodo por iniciativa propia.

Por otra parte, envió a retaguardia a los poco fiables Regulares. Estos, vía Uestia, acabaron en Nador la infantería y en Zeluán la caballería. Es muy significativo que, en la mañana del día 23, los infantes completaran la marcha «sin hostilidades de ningún género», según el teniente Manuel Obeso[103], prueba de que la rebelión todavía no se había extendido hasta allí. Una vez en el poblado, se dio a la tropa permiso hasta la lista de la tarde, pero cuando fue convocada, ni un solo soldado indígena se presentó. Siguiendo órdenes, los

oficiales siguieron a Melilla, donde entraron «sin ningún hombre, armamento ni material» y, parece, sin destruir el que habían dejado atrás. Así desapareció, de hecho, el grupo entero.

Por último, Navarro ordenó al coronel Jiménez Arroyo, del Regimiento África, que fuera de la plaza a Batel, asumiera el mando y le esperara. Este, como todos los de su grado, desempeñó un papel reprobable. Con pretexto de un «vahído», alegó, abandonó su puesto[104].

En la madrugada del día 23, Navarro leyó un telegrama de Berenguer, que le decía que «convendría conservar línea Dar Quebdani-Kandussi-Drius-Telatza». No recibió otro hasta días después, porque el alto comisario, tras llegar a Tetuán, se había embarcado para ir a Melilla en el cañonero *Bonifaz*, cuya radio estaba averiada. Así, durante horas cruciales, permaneció aislado de los acontecimientos. Mantenía, sin embargo, la obsesión por sus propias operaciones. En efecto, comentó que «lo que más me intranquilizaba en aquellos momentos» era la repercusión en la zona occidental de lo sucedido en la oriental, justamente cuando él estaba muy próximo a resolver «quizá el problema fundamental […], la pacificación de Yebala»[105]. Político, como siempre, y todavía sin formarse cabal idea de las proporciones del desastre, el día anterior había transmitido a Eza una petición de refuerzos, apostillando que «le era doloroso hacerlo», por las posibles repercusiones en la opinión[106].

Navarro, al principio y contra su mejor opinión, contestó a su superior: «Obedezco, pero mañana será tarde». Aunque la noticia de la caída de varias posiciones, y el temor a verse cercado, le hicieron cambiar de criterio ese mismo día. Antes, había enviado al Alcántara a amparar la dura retirada de la guarnición de Cheif y, luego, a las 10 h, a cubrir la carretera y proteger a los vehículos, lo que dio ocasión para que asestaran lucidas cargas. El soldado Francisco Albert, que peleó allí, describió a su manera la dureza del combate: «Casi de cuatro partes, al meterse entre los moros, quedaron tres»[107].

A las 14.00 h salió de Drius la columna, de 2566 hombres. Parte del camino se hizo sin problemas, hasta que en el paso del Igan, verdadera barrera natural, encontró a enemigos sólidamente instalados, de nuevo, cabileños locales, no la harca, que con su fuego deshicieron toda cohesión de la tropa. Como la mayoría «de los oficiales de las fuerzas de vanguardia —de infantería— iban confundidos con los mulos» para protegerse, solo salvaban la situación dos guerrillas, mandada una por un capitán de estado mayor y la otra por uno de artillería, que lograron abrir paso.

El reconocimiento de la brillante actuación de este regimiento, incomprensiblemente tardío, ha dado lugar a obras encomiables que tratan del tema, aunque quizá nada puede superar el «Expediente para la concesión de la Laureada Colectiva de San Fernando», que figura en la página web del Ministerio de Defensa[108]. Ilustres (y antimilitaristas) plumas, como las de Sender o Barea, han descrito las briosas embestidas de la unidad hasta su práctica extinción, pero a todas se adelantó la de Juan M. Mata en *El Imparcial*, de 10 de agosto de 1921, donde acuña la bella expresión de «cargas al paso», para referirse a las últimas y agónicas, con las cabalgaduras, que no los sables, ya agotadas.

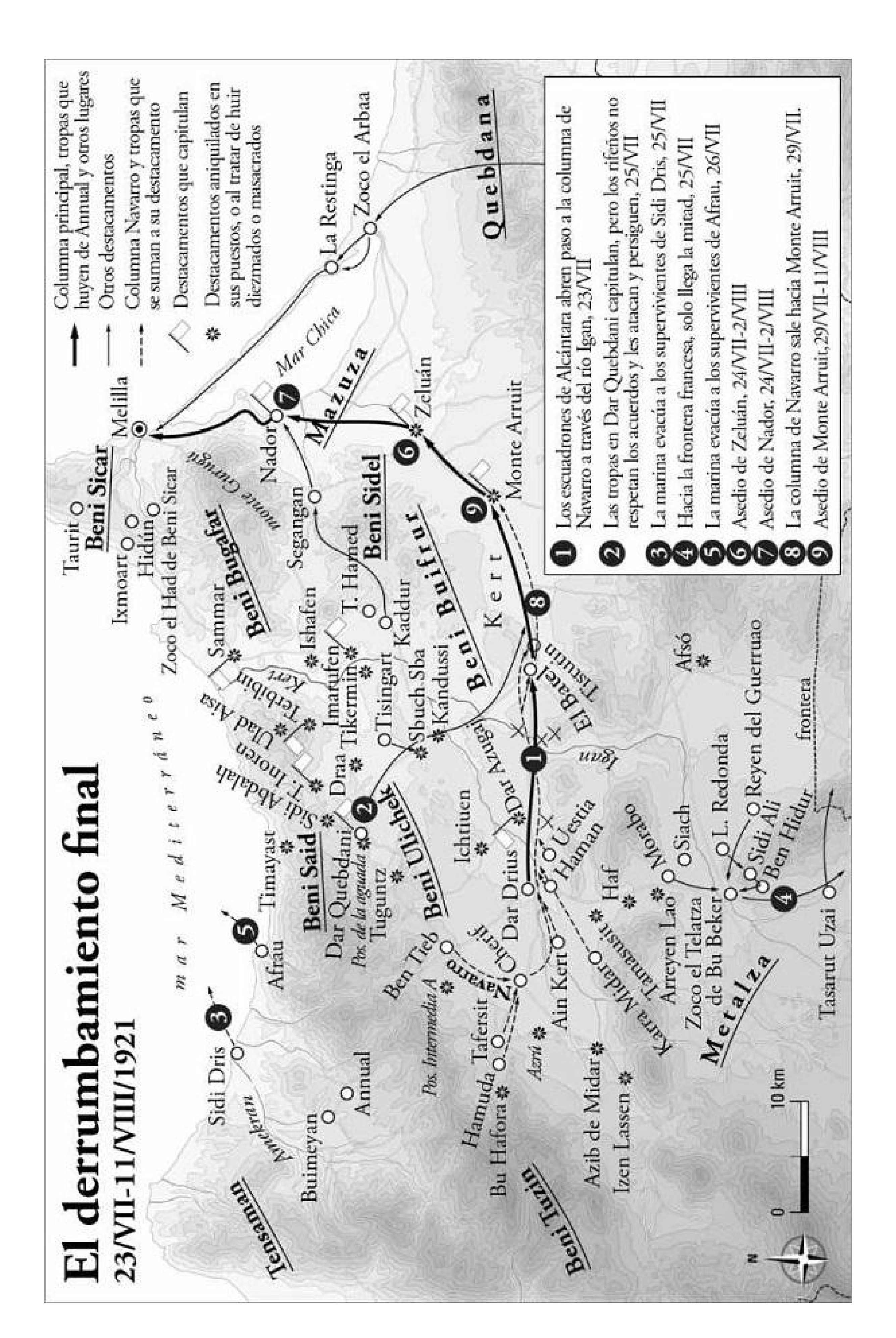
«En columna de barullo», como pudo, entró en Batel la asendereada fuerza, hacia las 19.00 h, después de haber recorrido 18 kilómetros. Parte de las tropas fueron a Tistutin, desde donde muchas de ellas, sin órdenes, se escabulleron con rumbo a Monte Arruit y Melilla. Pronto se comprobó que tampoco era posible sostenerse en esas posiciones, como el general pretendía, hasta la llegada de refuerzos. Había gran escasez de agua, se carecía de medicamentos para atender a los heridos en la marcha y se seguía sin comunicaciones con la plaza. Todo ello desembocó, el día 24, en una valerosa galopada de Villar y otros oficiales de Policía, que, bajo el fuego, recogieron en Tistutin, y regresaron con ellos, sanitarios, medicinas, material de telégrafos y a un joven oficial de ingenieros, el teniente Martínez, que, jugándose la vida, intentó poner en marcha, con éxito mediocre, el pozo de noria que había. De nuevo, Navarro tuvo que reconvenir «en los términos más duros» la actitud de muchos mandos.

Mientras, el 23 a las 23 h en concreto, Berenguer había llegado a una Melilla atemorizada, invadida por refugiados y fugitivos. Las noticias que le dieron eran inimaginables: «La comandancia general había desaparecido, fundida […] en unas horas». Por lo que luego se dijo, carecía de aviación que pudiera volar en busca de información y estaba incomunicado con Navarro; ni sabía dónde se hallaba con su columna.

Esta reanudó la marcha el 27 para concentrarse en Tistutin. No se arregló nada; allí había víveres solo para ocho días y un vagón aljibe. A propósito, era el único sitio de los recorridos hasta entonces donde se había cumplido una orden de 4 de julio que ¿prescribía? que en todas las posiciones hubiese abastecimientos, agua y municiones para ese periodo de tiempo[109]. Fue allí donde el comandante de artillería Marquerie, incorporado voluntariamente desde Melilla, empezó a mostrar síntomas de una «debilidad mental» que

nunca le abandonó. Al compañero al que relevó en Drius, Gonzalo Écija, le pareció natural, en tan extremas circunstancias, irse a la ciudad «a descansar».

A las 2 h del día 29, la agotada columna se puso en movimiento con rumbo a Monte Arruit. Los 1295 hombres útiles iban formados en cuadro y llevaban en el centro la artillería, las municiones y los 252 heridos y enfermos. Como solo se contaba con 60 maltrechos caballos de Alcántara, 13 acémilas y 22 camillas, la mayoría tuvo que caminar. La primera parte de la marcha, de noche, se completó sin problemas, pero la segunda mitad se desarrolló bajo un intensísimo tiroteo, incluido fuego hecho desde casas, que, una vez más, desorganizó a la fuerza. Un puñado de jinetes, que protegía los flancos, tuvo que recurrir a las carabinas porque «los caballos no podían ni tenerse».



El derrumbamiento final
23/VII-11/VIII/1921
Columna principal, tropas que huyen de Annual y otros lugares
Otros destacamentos
Columna Navarro y tropas que se suman a su destacamento
Destacamentos que capitulan
Destacamentos aniquilados en sus puestos, o al tratar de huir diezmados o masacrados
1 Los escuadrones de Alcántara abren paso a la columna de Navarro a través del río Igan, 23/VII
2 Las tropas en Dar Quebdani capitulan, pero los rifeños no respetan los acuerdos y les atacan y persiguen, 25/VII
3 La marina evacúa a los supervivientes de Sidi Dris, 25/VII
4 Hacia la frontera francesa, solo llega la mitad, 25/VII
5 La marina evacúa a los supervivientes de Afrau, 26/VII
6 Asedio de Zeluán, 24/VII-2/VIII
7 Asedio de Nador, 24/VII-2/VIII
8 La columna de Navarro sale hacia Monte Arruit, 29/VII.
9 Asedio de Monte Arruit,29/VII-11/VIII
mar Mediterráneo
Mar Chica
Melilla
La Restinga
Zoco el Arbaa
Quebdana
Mazuza
Nador
Zeluán
Monte Arruit
Beni Sicar
Taurit
Ixmoart
Hidún
Zoco el Had de Beni Sicar
monte Gurugú
Beni Bugafar
Sammar
Segangan
Beni Sidel
T. Hamed
Kaddur
Ishafen
Imarufen
Tikermin
Tisingart
Sbuch Sba
Kandussi
Beni Buifrur
Kert
Terbibin
Ulad Aisa
T. Inoren
Sidi Abdalah
Draa
Beni Said
Dar Quebdani
Pos. de la aguada
Tuguntz
Beni Ulichek
Timayast
Afrau
Sidi Dris
Annual
Buimeyan
Amekran
Temsaman
Ichtiuen
Dar Azugaj
El Batel
Tistutin
Igan
Uestia
Haman
Dar Drius
Ben Tieb
Cheif
Navarro
Pos. Intermedia A
Tafersit
Hamuda
Bu Hafora
Azrú
Ain Kert
Tamasusit
Kara Midar
Azib de Midar
Izen Lassen
Beni Tuzin
Haf
Morabo
Siach
Arreyen Lao
Zoco el Telatza de Bu Beker
Metalza
L. Redonda
Reyen del Guerruao
Sidi Alí
Ben Hidur
Tasarut Uzai
Afsó
frontera
0
10 km
N

Pese a los heroicos esfuerzos de hombres como el capitán de ingenieros Arenas, al frente de la retaguardia, y de los tenientes coroneles Piqueras, del Regimiento África, y Álvarez del Corral, del San Fernando, todos ellos muertos en aquella ocasión, la retirada degeneró en franca huida. Navarro fue el último en llegar a Monte Arruit, acompañado por Primo de Rivera y Sánchez Monge. La fuerza que guarnecía la posición no hizo el menor esfuerzo por ayudar a sus compatriotas.

En el pánico, se abandonó a heridos, enfermos y, lo que costó caro, las piezas, que quedaron a kilómetro y medio de la posición. Por desgracia, la tropa, abrumada, no estaba en condiciones de intentar la recuperación de los cañones, a pesar de las exhortaciones de algunos oficiales. En la marcha, las bajas de mandos, por todos los conceptos, fueron de 19. Murieron alrededor de 140 hombres de tropa y muchos llegaron heridos.

El castillo de naipes

Mientras se desarrollaba el repliegue de la columna Navarro, decenas de posiciones espolvoreadas por el territorio, todas con gravísimos problemas de abastecimiento de agua, aisladas en medio de una población hostil, que conservaba sus armas, fueron cayendo como un frágil castillo de cartas. Las circunstancias en las que se perdieron fueron muy variadas.

De todas las de primera línea, la más gallarda fue la llamada «A». El capitán Aguado, que la mandaba, al verse cercado mandó un telegrama en respuesta a la orden de evacuación. Como «le era imposible intentar la salida»; «morirían con honra». Así lo hicieron, luchando hasta el final.

Sidi Dris y Afrau, en la costa, con pésimas comunicaciones con el interior y, sobre todo la primera con difícil acceso al mar, se batieron con bizarría. Con el inestimable auxilio de la Armada —crucero *Princesa de Asturias* y cañoneros *Laya* y *Lauria*—, que a lo largo de estos mal denominados «sucesos» tuvo un comportamiento ejemplar, fue posible salvar a parte de sus guarniciones, a pesar de los problemas que planteó la circunstancia de que eran diferentes los códigos de señales de la Marina y del Ejército.

En Sidi Dris se hizo un intento de abandonarla, el 25 de julio, antes de lo que se había acordado con el comandante de la fuerza naval. Fracasó y solo se pudo rescatar a 25 supervivientes. Afrau resistió hasta el 26; por falta de agua, los hombres llegaron a beber vinagre con azúcar. Ese día, a las órdenes del bizarro teniente Vara de Rey, «con gran valentía y decisión», los defensores rompieron el cerco enemigo y pudieron llegar a la playa. De 180, se salvaron 130, 40 de ellos heridos. La Marina pagó por su apoyo con 1 oficial muerto y

2 heridos, así como 7 marineros muertos y 8 heridos. Entre las bajas de los mandos figuraban los alféreces de navío Lazaga, con siete heridas, a consecuencia de las cuales falleció, y Pérez de Guzmán, los cuales ya se habían distinguido en Sidi Dris en junio[110].

Fueron excepciones. Las columnas más potentes que había fuera de Annual eran las de Cheif, la de Dar Quebdani y la de Zoco el Telatza. La primera se replegó, como se ha mencionado, sobre Dar Drius, con elevadas bajas. Baste decir que, el 26 de julio, de cuatro compañías se lograron reunir solo 6 oficiales y 31 de tropa, con una ametralladora y, lo que es escandaloso, 7 fusiles entre todos[111]. La segunda, mandada por el coronel Araujo, del Regimiento Melilla, se hallaba en pleno territorio de Beni Said. Al coronel, cuando se vio amenazado, se le ocurrió organizar una votación entre sus oficiales. Solo 5 propusieron combatir; 3 tuvieron la peregrina idea de consultar a la tropa; 22, para la ignominia del regimiento, optaron por negociar con Kadur Amar, ya de regreso de Annual. Todavía se conservan las infames papeletas. Se acordó la capitulación, a cambio de que se permitiera a la guarnición marchar a Melilla. El compromiso fue violado en el acto y se produjo una matanza de cientos de hombres. Araujo y la mayor parte de los mandos salvaron la vida gracias a Kadur, aunque algunos perecieron al intentar huir, revueltos con la tropa. Muy distinto de ellos fue el capitán Amador, que, con su compañía, la 6.ª del 3.er Batallón, destacada en la aguada, se batió hasta el fin, como atestiguó el cabo Manuel Pérez.

Por último, la de Zoco el Telatza emprendió una desatinada retirada, muy parecida a una fuga, en busca de la zona francesa, al mando del teniente coronel Saturio García Esteban, del Regimiento África. Lo más singular es que, según dicho jefe, el consejo de mandos que adoptó esa decisión lo hizo teniendo en cuenta que «en casos difíciles y dudosos, el oficial elegirá siempre el más digno de su espíritu y honor» y que la junta consideró «estéril» una defensa a ultranza. De 1000 hombres, llegó la mitad. Algunos de los supervivientes tuvieron un comportamiento tan bochornoso una vez llegados a su destino, que provocó un duro informe del cónsul de España en Uxda[112].

Así desaparecieron del orden de batalla, con pena, sin gloria y sin aportar nada al conjunto de las operaciones, más de 18 compañías y la correspondiente artillería.

Las últimas defensas

En pocas horas, Monte Arruit se había convertido en una pesadilla, una pintura negra propia de los atormentados pinceles de Goya. La guarnición, rodeada por cabilas locales sublevadas, no por la harca de Abd el-Krim; con aguadas muy difíciles, en las que cada gota costaba una baja; con pocos víveres, hasta el punto de que hubo que comer carne de caballo; casi sin medicamentos; carente de medios para cobijarse del ardiente sol; en un ambiente nauseabundo, por el olor de cadáveres de hombres y animales superficialmente enterrados, soportó doce días de cañoneo y de fuego de fusil. El único apoyo que recibió fue el sobrevuelo de aviones —casi todos volando demasiado alto, se dijo—, que lanzaron algunos sacos con cartuchos, que quedaban fuera de uso al impactar contra el suelo, y de pan. Sin embargo no bombardearon, para sorpresa de los asediados. Muy tempranamente, Berenguer renunció a romper el cerco que asfixiaba a la posición y autorizó a Navarro a que negociara, para lo que el propio alto comisario hizo gestiones. El 2.º jefe de la comandancia hizo todo lo posible para evitarlo, pero, al fin, sin recursos y sin esperanzas, el 9 de agosto negoció una capitulación. Como en otras ocasiones, fue vulnerada en el acto y, de nuevo, cientos de hombres fueron asesinados impunemente.

Algunas cifras pueden dar una idea de la meritoria resistencia, aunque manchada por deserciones y por sucesos como el arresto del teniente coronel Marín, del Regimiento Ceriñola, por desmoralizar a la tropa. Monte Arruit recibió 379 cañonazos, disparados por las piezas perdidas, manejadas por artilleros forzados a ello, pero también por un cabo desertor del Regimiento de Melilla, que cobraba 6 duros diarios por su labor[113]; para el día de la entrega, la guarnición había tenido 13 mandos muertos, 35 heridos y 1 desaparecido, entre ellos, Primo y González Simeoni, y 252 de tropa muertos en combate, 167 de enfermedades y 434 heridos. Sobre un total de 3200, eran pérdidas considerables. Disponían de 1961 fusiles, la tercera parte de ellos inútiles; menos de 10 cartuchos por arma y 4 ametralladoras que no funcionaban[114].

Dos posiciones más en el camino a Melilla, Zeluán y Nador, se defendieron cuanto pudieron, sin apenas agua y cortas de víveres, municiones y medicinas. Terminaron por entregarse; Zeluán, el 2 y el 3 de agosto, con permiso de Berenguer. De sus cerca de 500 hombres, en torno a 100 habían sido baja y todos habían llegado al límite de sus fuerzas —muchos de ellos no habían dejado de combatir y de sufrir penalidades desde Annual—. En el momento de la entrega, vivían de carne de caballo y se habían comido hasta el cartón, afirmó el alférez Maroto, que estuvo allí[115]; llevaban tres días sin

agua y apenas quedaban cartuchos. Una vez más, los cabileños no respetaron lo acordado y se produjo otra masacre, que dejó el campo sembrado de muertos.



Imagen de los primeros legionarios que defendieron Melilla durante las campañas de Marruecos. Década de 1920. Archivo BRILEG.

Nador también cayó el día 2. Cercada desde el 24 de julio, una exigua guarnición de dos centenares de hombres, en su mayoría de restos de unidades, aguantó todo ese tiempo encerrada en el edificio de la fábrica de harinas, bebiendo agua salobre; alimentándose de dos tortas diarias, de un decímetro de diámetro y un cocimiento, todo ello hecho con cebada; sometida a constantes ataques —que incluyeron el lanzamiento de cartuchos de dinamita y de granadas de mano— y bombardeada por un cañón el 29 y el 31. El día 26, Sanjurjo, que estaba al mando de las tropas de refuerzo más próximas, comunicó que «en dos días» les llegaría el socorro, lo que no tuvo efecto. El 2, Berenguer pidió que se prolongara la resistencia «seis o siete» días más. Pero, para entonces, los defensores, sedientos, hambrientos, exhaustos y con la comida agotada eran incapaces ya de mayores esfuerzos. Ese mismo día se consumó la capitulación. Caso excepcional, los cabileños respetaron el compromiso de llevar sana y salva la guarnición a Melilla.

Berenguer, rencoroso, consiguió que se procesara al teniente coronel Francisco Pardo, jefe de la defensa. Fue una injusticia. Hubo muchos que lo hicieron peor y no tuvieron que pasar por tal trance.

Berenguer

Indiscutiblemente, la situación en que se halló el alto comisario a su llegada a Melilla no era nada envidiable. Reinaba el pánico y los coroneles y tenientes coroneles que se encontraban allí, demasiados si se tiene en cuenta que sus hombres estaban combatiendo y muriendo a pocos kilómetros, parecían haber caído en estado catatónico, abrumados por el desastre.

Aunque el estado de cosas no era tan catastrófico como podría parecer. El día 24 ya empezaron a llegar refuerzos. El primero —se olvida— un oscuro batallón procedente de Almería, el de la Corona[116]. A pesar de su glorioso y antiguo nombre, era una de las unidades creadas de nuevo, a base de destacamentos de otras, tras una absurda ampliación del Ejército impuesta por las Juntas de Defensa. Llevaba, además, un teniente coronel recién nombrado, tras haber sido cesado el anterior por un turbio asunto económico.

Sin embargo, se batió de forma excepcional en la siguiente campaña y demostró que las tropas peninsulares, siempre que estuvieran bien mandadas, y en contra de lo que creían los propios generales, podían ser tan eficientes como las de choque. Resulta muy significativo que, más tarde, cuando se concedió a estas la Medalla Militar Colectiva, se otorgó al mismo tiempo a este batallón.

No fue la única europea distinguida. Hubo otras, como Sevilla o Extremadura, por solo citar a dos, que también merecieron aplausos. En efecto, como dijo Hidalgo de Cisneros, sus quintos, que «parecían mendigos raquíticos» —a Eza lo describió como «pequeños, desgarbados, anémicos y desnutridos»—,[117] en el fuego «eran formidables, disciplinados, valientes, fuertes»[118].

Poco después del Batallón de la Corona, llegaron el Tercio y los Regulares de Ceuta, seguidos, ya sin discontinuar, por un aluvión de fuerzas de la Península.

Parece, pues, que, en contra de lo que dictaminaban los terrores del momento, y de lo que él mismo propaló, Abd el-Krim nunca tuvo la menor posibilidad de tomar Melilla. Conquistar con una horda de guerrilleros una plaza defendida con artillería, ametralladoras y el fuego de la escuadra era pura utopía.

Es más, un informe oficial, sin fecha, pero posterior al 27 de julio, lo describía todavía en Annual, «ocupado en ir recogiendo el armamento y ganado que está diseminado entre los indígenas, y pretende depositarlo en Beni Ulichek, a fin de poder ir armando y municionando a los contingentes que se presenten»[119]. Esa era la situación real y, desde el 24, la plaza se hizo

cada vez más inexpugnable, a medida que el tiempo pasaba y desembarcaban efectivos.

Uno de los problemas que Berenguer tuvo que afrontar fue la escasez de información, en gran medida por la carencia inicial de toda fuerza aérea. Ello se debió a otro episodio lamentable.

La 2.ª Escuadrilla de Aviación de Marruecos, dotada con seis Havilland, se encontraba basada en Zeluán. Aunque disponían de habitaciones en el aeródromo, los pilotos y observadores tenían permiso para pernoctar en Melilla. El 22 por la mañana, cuando empezaba la tragedia, salieron a bombardear distintos objetivos, pero, por la tarde, según los documentos oficiales, «no sube el personal al aeródromo, por no tener órdenes de bombardear». A «las 18.00, se reciben noticias de la retirada de la posición de Annual, y de la muerte del general Silvestre», llevadas por fugitivos.

El día 23, «como de costumbre», volvieron a Zeluán y realizaron varias misiones. Esa tarde, por iniciativa propia, un capitán voló y, «con gran sorpresa», vio la columna Navarro que se retiraba sobre Batel. No obstante, a las 21.00 h, el personal regresó a la plaza. El 24, «se intenta subir al aeródromo», pero la carretera estaba ya cortada por el alzamiento de las cabilas. Entonces volvieron a Melilla. Los aparatos quedaron en tierra y fueron destruidos en el asedio del poblado. Lo único que se utilizó de ellos fue el agua de los radiadores, para que bebiera la guarnición, en la que formaban tropas de aviación y solo dos oficiales, el de servicio y uno que se quedó de manera voluntaria. Así se perdió toda la fuerza aérea de la zona[120].

Increíblemente, fue un avión civil, pilotado por el propio Geoffrey de Havilland y fletado por el avispado director de *El Liberal*, el primero que sobrevoló el territorio, para aportar noticias. Salió de Madrid el 24 a las 4.45 h; llegó a Tetuán a las 9.00 h; de allí fue a Melilla y logró aterrizar en un descampado. El 25, a las 6.45 h despegó de la plaza; a las 13.05 h estaba de vuelta en la capital. Espinosa, el reportero que iba a bordo, tuvo un breve encuentro con Berenguer, al que contó lo que había visto, ya que el general carecía de información de lo que sucedía más allá de las murallas. Solo «una ligera contracción de sus labios y una tosecita gutural» revelaban que aquel hombre, habitualmente impasible, estaba «preocupadísimo». Tal diario se apuntó así una de las primicias más notables de la prensa española.

Si se tardó algo en reponer la aviación, ya que se tuvo que improvisar un aeródromo, la afluencia de fuerzas de tierra no cesó. Ello dio lugar a una gravísima acusación contra Berenguer, que parece justificada.

En efecto, según datos oficiales[121], el 1 de agosto, cuando aún resistían Monte Arruit, Zeluán y Nador, disponía ya de 16 batallones, el Grupo de Regulares de Ceuta y dos banderas del Tercio —11 000 hombres, dotados con 11 compañías, más una sección de ametralladoras—; de la Brigada de Húsares, con 800 caballos, y de 2 grupos de artillería ligera, a 3 baterías, 2 de montaña, a 2, más otras tantas independientes, con 1500 plazas. También, de los restos de la guarnición, con 4249 efectivos.

Aunque solo le separaban unos 15 kilómetros de Nador, una veintena de Zeluán y 37 de Monte Arruit, el alto comisario no se consideró con fuerzas suficientes para marchar en su auxilio, a pesar de que esos puntos estaban rodeados por lo que Navarro describió, con razón, como «chusma», formada por cabileños de los aduares vecinos y por indígenas desertores, no por harcas aguerridas. De hecho, hasta la primera decena de agosto, el alto comisario no habló de noticias que aludieran a la llegada de contingentes procedentes del Rif a la zona de operaciones.

Sorprende que una junta de generales, que incluía militares de acreditado valor, como Cavalcanti y Sanjurjo, por no citar al propio Berenguer, coincidiera en criterio tan timorato, sobre todo, si se tiene en cuenta que en su obra *La guerra en Marruecos*, muy difundida, el alto comisario había plasmado con precisión las obvias limitaciones de las harcas.

Se alegaron las deficiencias en instrucción y equipo de las fuerzas —algo que denegaron enfáticamente los capitanes generales que las enviaron—, pero resulta inevitable pensar que, de un lado, los asistentes estaban traumatizados por lo sucedido y querían evitar a toda costa un nuevo desastre; como dijo Sanjurjo al periodista Espinosa, «la impulsividad puede traer muy funestos resultados». De otro, era obvio que desconfiaban de las tropas peninsulares, a pesar de que todas las fuentes coinciden en destacar el magnífico espíritu que las animaba, reflejo del ardiente deseo que se había instalado en la opinión pública por vengar la humillación recibida y las muchas atrocidades perpetradas por los cabileños.

En todo caso, parece que no hubo justificación, contando con los medios citados, para dejar morir a tan cortas distancias, a centenares de compatriotas, por el acero y el fuego, por el hambre y la sed, a manos de campesinos armados solo con fusiles y algún cañón.

Un corresponsal de guerra[122] describió las consecuencias de esa reticencia a tomar la ofensiva. Contaba cómo, recién llegado a Melilla, el 14 de agosto, realizaba, «sin dificultad», «excursiones a 8 kilómetros de la plaza»; «hoy, lunes 28 de agosto, no se puede salir con tranquilidad ni a 2

kilómetros de Melilla». Era el resultado de haber dado tiempo a las cabilas para sumarse, no siempre de grado, al alzamiento.

EL COSTE

Mucho se ha debatido acerca de las pérdidas sufridas durante el Desastre. La documentación indica que el 22 de julio —en realidad, los datos son del 21—, la guarnición constaba, como «fuerza para haberes», de 24 873 de tropa; de ella había que deducir 4734, sobre todo, de los llamados «destinos», muchos de ellos, se afirmó en el Ministerio de la Guerra, «con el pretexto de asistencias familiares a jefes y oficiales», por lo que quedaban «disponibles» 19 923[123].

Siempre según la documentación, la cifra de bajas de 7975 peninsulares, más 300 prisioneros, parece acertada[124], dato bastante aproximado al que aporta Caballero Poveda[125]. A ello habría que añadir la casi completa desaparición, en su mayoría por simple deserción o por pase al enemigo, de los 2839 miembros de tropa de la Policía y de los 1319 de Regulares. De estos últimos, se podría indicar que, según Núñez de Prado, el 26 de agosto quedaban solo dos pequeñas compañías de fusiles, integradas en su mayoría por peninsulares; la de ametralladoras, que siguió su propio itinerario y que llegó a Melilla con todo su personal europeo y sus máquinas, y «unos 70» jinetes[126].

Fue de tales proporciones el revés que, por ejemplo, el Regimiento de San Fernando había perdido 20 compañías orgánicas y 1 provisional. Terminado todo, quedaban en la plaza únicamente 6 compañías, pero solo 1 operativa y 1 de ametralladoras, porque permaneció en Melilla para reparar sus armas, por lo que no participó en el repliegue.

Además, habían quedado en el campo más de 100 piezas de artillería y el material de 14 compañías de máquinas.

Los mandos militares pagaron un precio judicial relativamente pequeño por tamaña derrota, sobre todo a la vista de las serias acusaciones formuladas por el general Juan Picasso cuando hizo su investigación, y de las continuas quejas del Consejo Supremo de Guerra y Marina por la lenidad de los tribunales inferiores.

En términos generales, hubo muchas conductas reprobables; de la plétora de coroneles que había, solo Morales y Manella murieron como soldados, aunque, como ya se ha dicho, sin cumplir con sus obligaciones de jefes. La mayoría de los otros permaneció en Melilla y no fue al frente. Entre los

tenientes coroneles y los comandantes, las conductas fueron más variadas, pero el comportamiento distó de ser universalmente ejemplar. De los oficiales subalternos, ya se ha citado a la mayoría de los más distinguidos, a los que se deben añadir los capitanes Sánchez Monge y Sáinz Gutiérrez, de estado mayor; Vallés, del Regimiento África; Triana, del Alcántara; Aguirre, de ingenieros; Blanco, de artillería, y pocos más. El primero y el último murieron en Monte Arruit.

Sería arriesgado, en todo caso, generalizar. Sobraron mandos que escurrieron el bulto y que llegaron a arrancarse las insignias para pasar desapercibidos. En compensación, tampoco faltaron, en especial entre los de inferior rango, los que suspendieron su permiso en Melilla o en la Península y marcharon voluntarios a primera línea.

Los mayores responsables, parece «axiomático», como diría Martínez Campos[127], fueron Berenguer y Silvestre. El primero, en su calidad de mando de todas las fuerzas en el Protectorado. Cohibido por la antigüedad y por el prestigio de Silvestre, no se atrevió a imponer su autoridad a raíz de Abarrán, al tiempo que, ensimismado en su propia campaña y en la ilusión de acabarla en y desde la zona occidental, no ejerció la necesaria supervisión sobre los acontecimientos en la oriental. Tanto es así que, como reconoció paladinamente el 29 de julio a *El Imparcial*, cuando llegó a Melilla en la noche del 23, «yo fui el primer sorprendido al poner pie en tierra; no podía esperar que hubiésemos llegado a la crítica situación».

En cuanto al comandante general de Melilla, como jefe directo de las tropas ignominiosamente batidas, su culpa también es evidente. No fue bien apoyado por su superior, es cierto, pero, empujado por su espíritu ofensivo, sus famosas «vehemencias», tejió una red de posiciones indefendibles y avanzó demasiado, sin consolidar su retaguardia. Cuando tuvo lugar la imprudencia de Abarrán se encontró, de súbito, «en el aire», con sus tropas amontonadas en la extrema vanguardia, sin recursos, al final de «una línea única de operaciones y comunicaciones de 135 kilómetros, sin cubrir y sin asegurar»[128], tan frágil, y tan vulnerable, que cayó casi por sí sola.

Pero, quizá, lo más reprobable sea su actitud en la mañana del 22. Es probable que, tras el fracaso del convoy del día anterior y la consiguiente pérdida de Igueriben, sufriera un colapso psicológico, al constatar su impotencia para romper el cerco de aquella posición y la precaria situación en la que se había colocado. Se sentía, además, abandonado tanto por Eza como por Berenguer, a los que reprochaba, con motivo, no ser conscientes de la gravedad de los hechos. Lo indica el telegrama que envió al ministro a las

4.55 h de ese día, aunque redactado con diplomacia, en el que decía: «No he acertado a dar a V. E. idea exacta situación en que se hallan mis tropas en Annual». Pocas horas antes, se había quejado a un testigo de que le habían dejado desasistido, «pero, que, de todos modos, él no abandonaría la empresa sin dejar de cumplir el deber que se había impuesto, aunque pereciese en la demanda»[129].

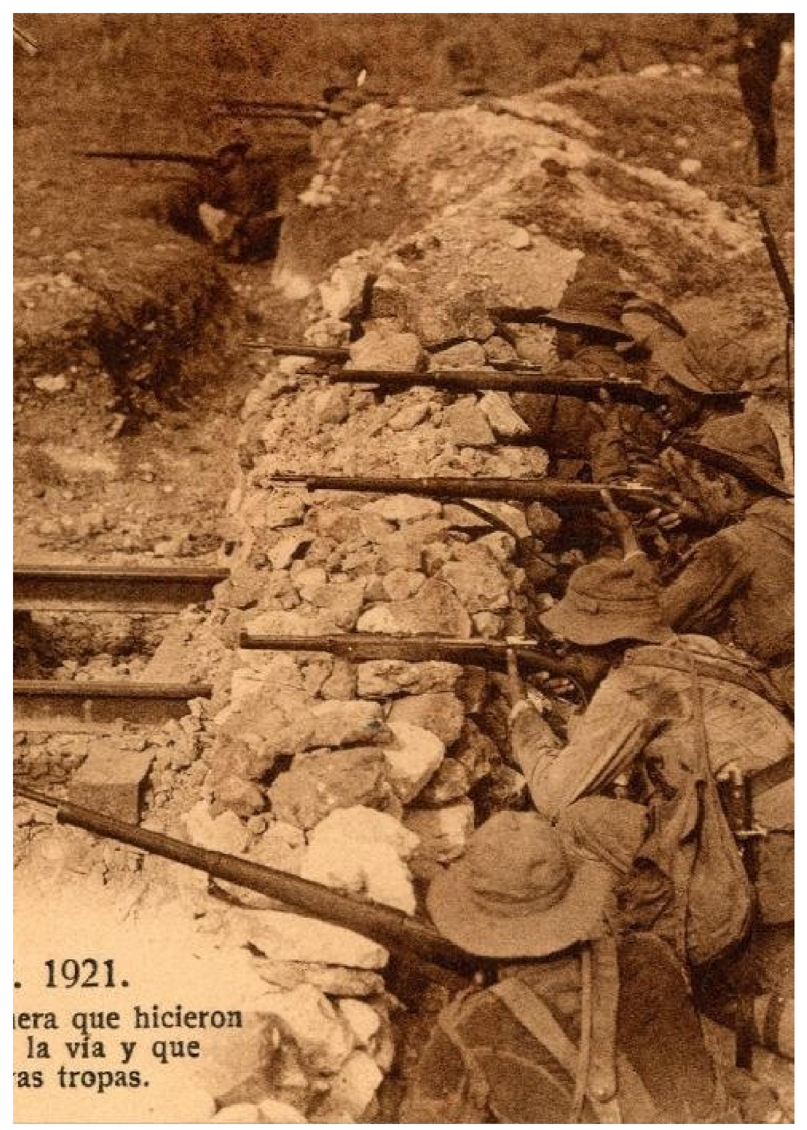
Tristemente, no fue así. Se puede descartar, en alguien como él, que el miedo lo paralizara; parece que lo que le faltó fue la fuerza moral de asumir su primera obligación, hacer todo lo posible para intentar poner a salvo a sus hombres, tomar el control de la situación y colocarse al frente de ellos. En lugar de eso, tras ocuparse de su hijo y de un maletín con sus condecoraciones e insignias de ayudante del rey, se abstrajo de todo y se limitó a contemplar la salida desordenada de las tropas que se le habían confiado, camino del matadero.

Su muerte le salvó de ser sometido a un juicio. No fue el caso de Berenguer, que fue condenado a perder su carrera. Una oportuna y escandalosa amnistía le permitió recuperarla formalmente, aunque nada podría borrar la indeleble mancha en su hoja de servicios.

Es cierto que ninguno de ellos recibió del país medios suficientes, pero su obligación era actuar con los que tenían y adaptar a ellos sus objetivos. Máxime cuando los gabinetes que se sucedieron en el poder nunca los apremiaron para que consiguieran resultados espectaculares; les preocupaba mucho más limitar todo lo posible las bajas de europeos. De hecho, Eza exigió a Berenguer, por carta de 16 de enero de 1921, que no emprendiera operaciones sin tener los elementos precisos.

Ningún político pasó por el baldón del banquillo, pero la factura que se pagó fue enorme. Annual provocó la fulminante caída de un gobierno y fue una de las causas que llevaron a la dictadura de Miguel Primo de Rivera, preludio del colapso de la monarquía.

De esa forma, lo que empezó como una audacia de un comandante en el remoto mogote de Abarrán, acabó por costar miles de vida y un trono.



Ocupación de Zeluán, en 1921. Trinchera construida por los moros sobre las vías férreas utilizadas por las tropas españolas para defender la posición. Tarjeta postal de la época.

En la guerra, lo que cuenta sobre todo es el factor moral. Lo que crea la victoria es ante todo la acción del Jefe.

Ferdinand Foch, mariscal de Francia

6

EL IMPERIO ESPAÑOL CONTRAATACA (1921-1925)

Roberto Muñoz Bolaños

El periodo comprendido entre el Desastre de Annual y el desembarco de Alhucemas se define por el desarrollo de cinco dinámicas concatenadas. La primera, su vinculación con el movimiento anticolonial que surgió tras la Gran Guerra en el mundo musulmán contra la presencia europea, que tuvo su punto de arranque en Egipto en 1919 y que cobró especial trascendencia en Marruecos (1921-1926) y Siria (1925). La segunda, el *nacimiento* de una nueva fuerza militar, el Ejército de África, integrado por voluntarios europeos y africanos, articulado en torno al Tercio de Extranjeros (Legión), los GFRI (Grupos de Fuerzas Regulares Indígenas), las unidades jalifianas —mehalas— e irregulares —harcas y gums—, que se definen por su eficacia y, a la vez, su brutalidad. La tercera, el desencadenamiento de una Guerra Total sobre las cabilas rifeñas, que transformó en objetivo militar a la población civil y sus propiedades. La cuarta, el empleo de las nuevas armas surgidas en la Primera Guerra Mundial: gases venenosos y carros de combate. La quinta, culminación de las anteriores, el abandono, tanto por parte de España como de Francia, de las políticas pactistas —utilizadas a lo largo de este periodo con escaso éxito—, optando de forma definitiva por una solución militar para el problema marroquí mediante el desembarco en la bahía de Alhucemas. Esta dinámica supuso la derrota de las teorías del teniente general Dámaso Berenguer y Fusté —alto comisario entre 1919 y 1922— y del mariscal de Francia Louis Hubert Lyautey —residente general de Francia en Marruecos entre 1912 y 1925— y el triunfo de las posiciones estrictamente castrenses representadas por los jóvenes «africanistas» y del mariscal de Francia Philippe Pétain. Pero esta no fue la última opción estratégica, pues entre la opción pactista y la «militar», existió una posición intermedia, basada en el empleo del poder aéreo para controlar el territorio, a semejanza de la dinámica desencadenada en paralelo por la RAF (Royal Air Force) británica en Irak a partir de 1921[1].

1921: EL AÑO DEL DESASTRE

Refuerzos para Melilla

El general de división Dámaso Berenguer llegó a Melilla el 23 de julio. Antes de pisar tierra, ya había decidido evacuar Sidi Dris y Afrau por mar. Sin embargo, la primera cayó en manos de los rifeños el día 26, mientras que las tropas que guarnecían la segunda pudieron ser evacuadas. La decisión de no reforzar ambas posiciones tuvo que ver con la situación que esperaba encontrar en la ciudad, como reflejó gráficamente Antonio Maura: «En Melilla, como dije días atrás, estaba arruinada, desmoronada, suprimida, en la realidad, la Comandancia general»[2]. No obstante, Berenguer contaba con una ventaja, como afirmó Francesc Cambó, líder de la Lliga Catalana, pues, tras la tragedia de Annual, «reconoció todo el mundo que era un deber inexcusable de España realizar un gran esfuerzo militar para salvar las consecuencias inevitables de aquel desastre»[3]. De ahí que, a partir del 24 de julio, afluyeran los refuerzos a la ciudad, formados, fundamentalmente, por soldados de reemplazo. Estas tropas fueron despedidas en medio de manifestaciones de fervor patriótico en las que participó la prensa, casi todos los partidos políticos —los anarquistas y comunistas contrarios a la guerra decidieron guardar silencio— y la Iglesia católica, con los obispos de Santander y Vic al frente, que acudieron a puertos y estaciones para bendecir a las tropas[4]:

- Dos banderas del Tercio de Extranjeros Gran Capitán 1.º de la Legión, al mando del teniente coronel de infantería José Millán Astray, procedentes de Ceuta.
- Dos tabores y la compañía de ametralladoras del GFRI de Ceuta n.º 3, a las órdenes del teniente coronel de infantería Santiago González Tablas, enviados desde la misma ciudad que las unidades anteriores.
- Un batallón de los regimientos de infantería Extremadura n.º 15, de la Corona n.º 71, Borbón n.º 17, Granada n.º 34, Sevilla n.º 33, Castilla n.º 16, España n.º 46, de la Reina n.º 2, Córdoba n.º 10, Otumba n.º 49, Tetuán n.º 45, Gravelinas n.º 41, Segovia n.º 75, Toledo n.º 35 y Burgos n.º 36.
- Brigada de Húsares: regimientos de Húsares de la Princesa y Pavía.
- Cinco grupos de Artillería y el Parque Móvil de Ceuta, incluyendo el nuevo obús Schneider 155/13 modelo 1917. Se desplazaron nueve baterías, con 26 piezas.

- Grupo de Ingenieros Zapadores de Ceuta y un batallón de zapadores.
- Dos compañías de telégrafos
- Una compañía de ingenieros
- Cuatro ambulancias
- Tres compañías de intendencia.
- Una escuadrilla de Havilland Rolls

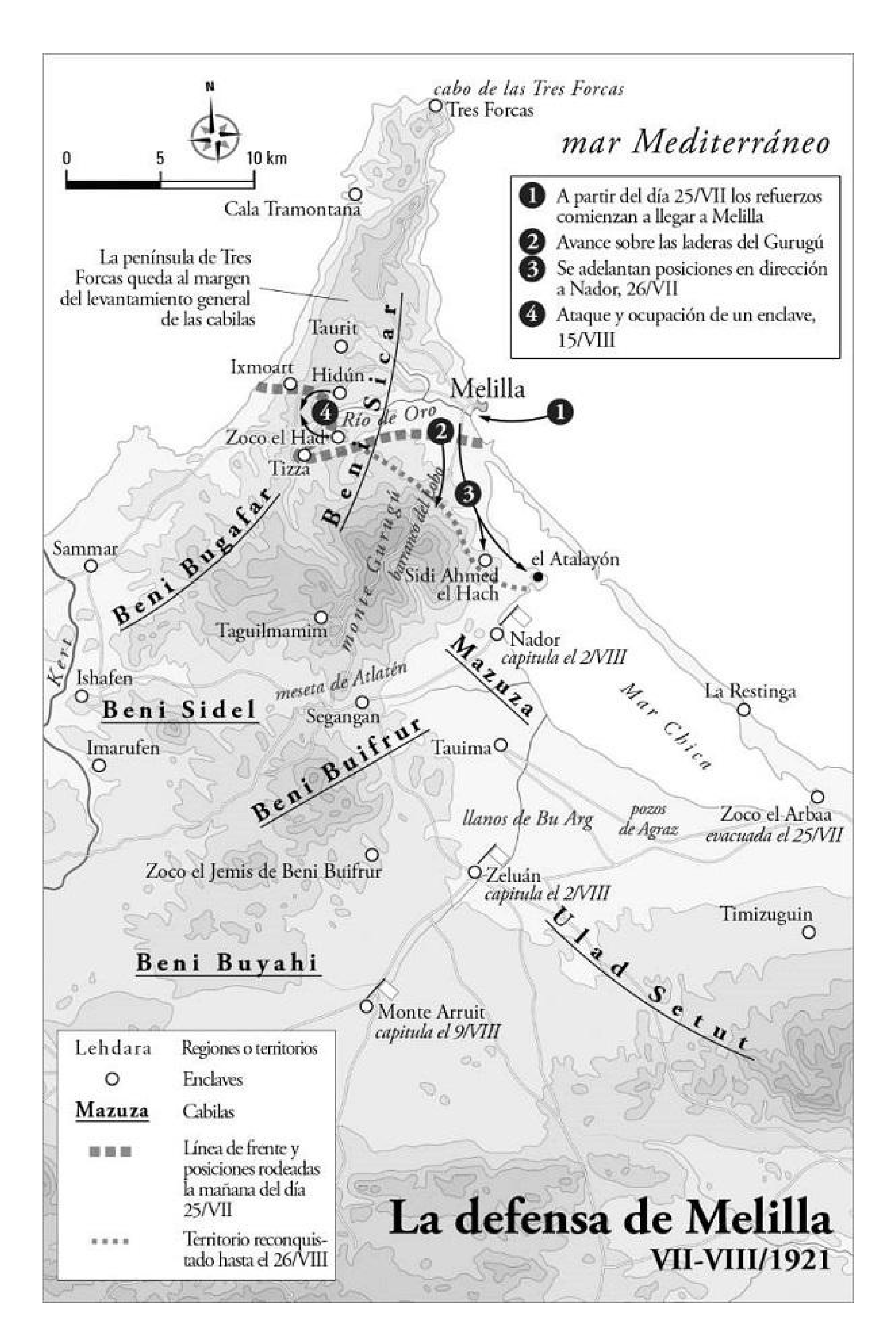


Campaña del Rif de 1921. Ocupación del monte Gurugú. Varios periodistas celebran en Hardu. Tarjeta postal de la época.

Estos refuerzos sumaban un total de 504 jefes y oficiales y 13 622 clases y tropa. Sin embargo, según Berenguer, no constituían una fuerza eficiente porque se trataba de «un conglomerado de unidades, deficientes todas ellas en material, instrucción y efectivo […] Es un caso realmente extraordinario, pues no se trata de reforzar un ejército con elementos nuevos, sino de crear un ejército para combatir al día siguiente»[5]. Esta percepción de los efectivos a su mando —unida a la prioridad que daba a la acción política, consistente en sobornar a los jefes de las cabilas para que se mantuvieran leales a España— le permitió justificar su inacción, responsable de algunas grandes tragedias, aunque también puso en marcha operaciones ofensivas. Así, el 25 de julio se ocuparon y fortificaron las posiciones en las faldas del monte Gurugú y se cerró la península de Tres Focas para proporcionar refugio a los indígenas fieles a España. Al día siguiente, se ocupó sin dificultad Sidi Ahmed el Hach y el Atalayón. Cinco días después, el 31 de julio, llegaron a Melilla el nuevo comandante general, general de brigada José Cavalcanti de Alburquerque, y

Francisco Neila Ciria, Miguel Cabanellas Ferrer, Miguel Fresneda Mengíbar y Federico Berenguer Fusté, también generales de brigada. Las unidades se organizaron entonces en tres columnas, correspondientes a los tres sectores en que se dividió Melilla. La Brigada de Húsares quedó independiente, a las órdenes de Cabanellas, y los defensores del Zoco el Hach y destacamentos cercanos.

Sin embargo, estas columnas en las que se integraban unidades tan experimentadas como las conformadas por Regulares y legionarios, pero también soldados de cuota, no iban a tener una actuación brillante en los primeros compases de la campaña. De este modo, no se socorrió Nador, situado a 3 km de la línea avanzada de defensa de Melilla que cayó el 2 de agosto. Tampoco Zeluán, que estaba a 8 km de esa línea y que fue conquistado al día siguiente, y sobre todo Monte Arruit, a 23 km y donde estaban cercados 3500 soldados españoles al mando del general de brigada Felipe Navarro y Ceballos-Escalera. El día 9 del mismo mes, la guarnición, a pesar de la defensa «espléndida» que había realizado hasta ese momento, capituló ante la imposibilidad de mantener la posición y de recibir refuerzos, pese a la insistencia de Alfonso XIII, como reconoció Antonio Maura: «Todo eso, que es tan horrible, todo eso, a mí me parece nada cuando lo comparo con el hecho de que mi Patria no haya podido acudir todavía a Monte Arruit»[6]. Todos los soldados, suboficiales, oficiales y jefes españoles fueron asesinados, aunque Abd el-Krim había prometido respetarles la vida a cambio de entregarles las armas: 2000 fusiles y 11 000 cartuchos. Esta matanza de soldados españoles abrió el camino a una guerra total porque en la misma participaron cabileños no encuadrados en la harca del líder rifeño; civiles, por tanto. No obstante, este conjunto de desastres no debe achacarse únicamente a Berenguer. El general propuso un plan para un desembarco anfibio en La Restinga, que fue rechazado por el ministro de Marina, Joaquín Fernández Prida[7].


cabo de las Tres Forcas
Tres Forcas
mar Mediterráneo
0
5
10 km
N
Cala Tramontana
1 A partir del día 25/VII los refuerzos comienzan a llegar a Melilla
2 Avance sobre las laderas del Gurugú
3 Se adelantan posiciones en dirección a Nador, 26/VII
4 Ataque y ocupación de un enclave, 15/VIII
La península de Tres Forcas queda al margen del levantamiento general de las cabilas
Taurit
Ixmoart
Hidún
Melilla
Río de Oro
Zoco el Had
Tizza
Beni Sicar
Beni Bugafar
monte Gurugú
barranco del Lobo
Sammar
Sidi Ahmed el Hach
el Atalayón
Taguilmamim
Nador
capitula el 2/VIII
Kert
Ishafen
Mazuza
meseta de Atlatén
Segangan
Mar Chica
La Restinga
Beni Sidel
Imarufen
Tauima
Beni Buifrur
llanos de Bu Arg
pozos de Agraz
Zoco el Arbaa
evacuada el 25/VII
Zoco el Jemis de Beni Buifrur
Zeluán
capitula el 2/VIII
Timizuguin
Ulad Setut
Beni Buyahi
Monte Arruit
capitula el 9/VIII
Lehdara
Regiones o territorios
Enclaves
Mazuza
Cabilas
Línea de frente y posiciones rodeadas la mañana del día 25/VII
Territorio reconquistado hasta el 26/VIII
La defensa de Melilla
VII-VIII/1921

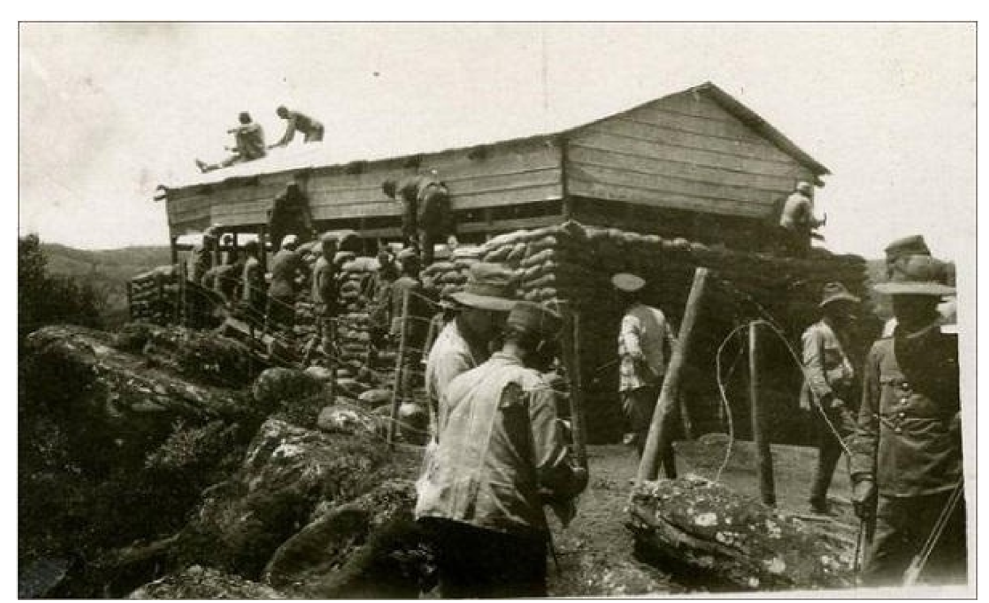
La caída de Monte Arruit supuso también la del gabinete conservador de Manuel Allendesalazar el 14 de agosto, que fue sustituido por su correligionario Antonio Maura, al frente de un ejecutivo de concentración nacional. El cambio de Gobierno fue paralelo a un recrudecimiento de la amenaza sobre Melilla, aunque resulta complicado afirmar que la ciudad estuviese en peligro realmente, dada la importancia de su guarnición y la desorganización de la harca rifeña. Sin embargo, los combates se sucedieron en su perímetro exterior, entre los que destacaron los ataques contra los convoyes diarios encargados del suministro de fuertes y blocaos de la línea exterior, así como en los del Zoco el Had de Beni Sicar y Sidi Ahmed el Hach y en Melilla. Estos dos últimos lugares fueron hostilizados por la artillería rifeña situada en las crestas del Gurugú y en las Tetas de Nador. Los cañones de la primera de estas posiciones fueron inutilizados por un ataque aéreo el 4 de septiembre. Por parte española, se conquistó una posición intermedia entre Ixumart y Tizza el 15 de agosto[8].

¡Reconquista!

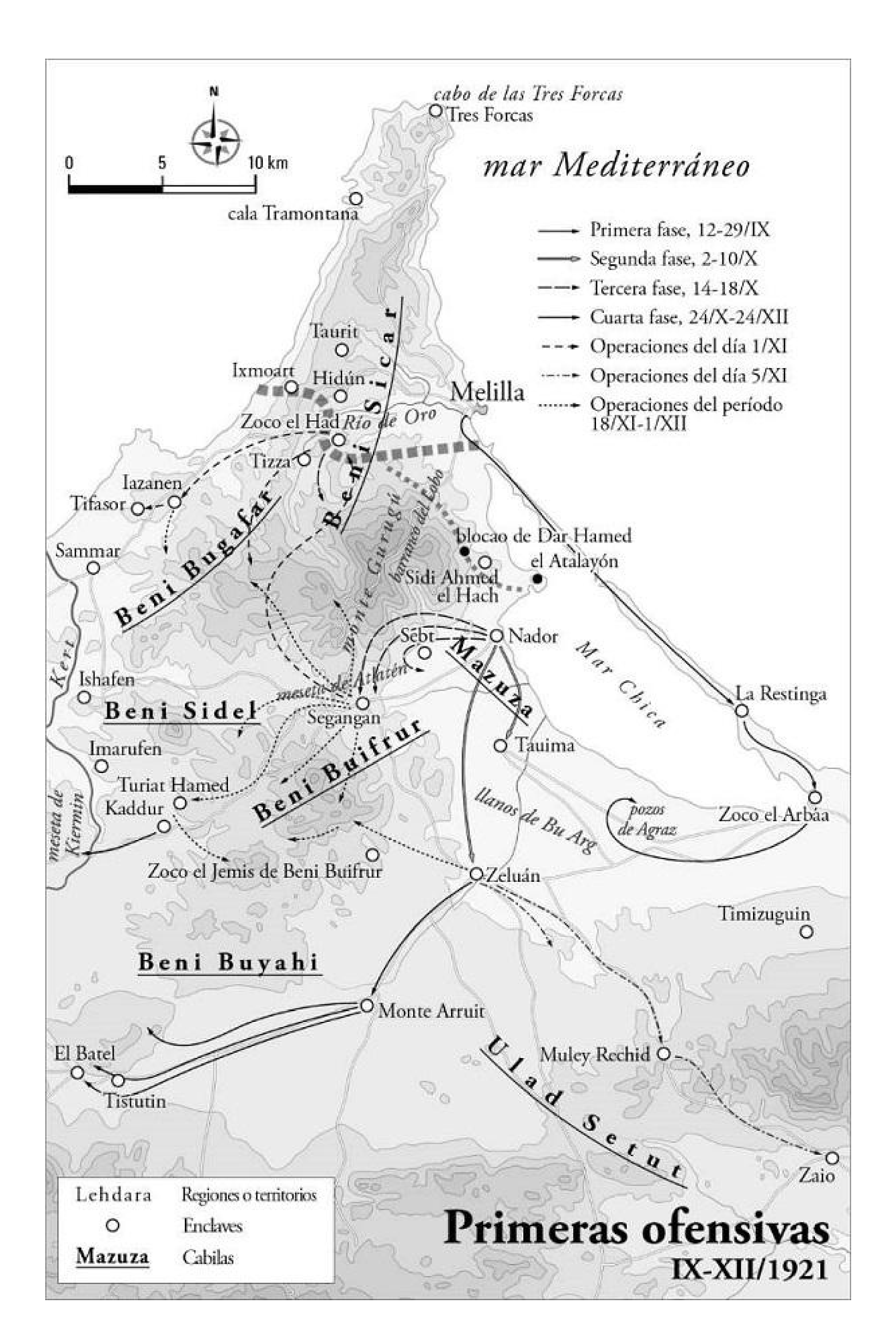
El nuevo Gobierno acordó «que no habían de ejecutarse más operaciones militares; es decir, no habían de perseguirse con fuerzas del Ejército expedicionario más objetivos que aquellos que aprobase y autorizase el Gobierno, recabando la absoluta, íntegra responsabilidad de la dirección de la campaña en el orden político». El 15 de agosto, Berenguer le envío su plan para reconquistar el territorio perdido, articulado sobre una idea básica, como indicó Maura: «Asegurar la plaza de Melilla y su campo —pero también aplicar el— castigo justiciero, no otra cosa que justiciero castigo —a los rebeldes rifeños— precisamente para que sea posible reanudar la normalidad de la vida con ellos»[9]. Para desarrollar estas operaciones, disponía de unos 47 000 soldados, distribuidos en 25 batallones de infantería, 5 regimientos de caballería, 9 baterías de montaña, 12 baterías ligeras y 3 baterías de artillería pesada, además de las compañías de zapadores y personal destinado a telégrafos, vías férreas, transportes, ambulancias y provisiones. De estos efectivos, 22 000 hombres fueron destinados como masa de maniobra con los legionarios y los Regulares en vanguardia —lo que definía una dinámica que caracterizó los años siguientes— y 3500 a una columna de reserva. El resto fue destinado a la defensa de Melilla y sus alrededores. Esta campaña se articularía en cuatro fases[10]:



Batería de cañones de tiro rápido Schneider de 70 mm, modelo 1908. Se pueden ver los escudos de servidores. Eran capaces de lanzar entre 20 y 25 disparos por minuto. Fotografía de Fernando Puell Sancho. Colección Fernando Puell de la Villa.



Fuerzas españolas construyen, en 1922, un blocao típico de las campañas de Marruecos —en esencia, seguían el modelo de las guerras de ultramar—. Se pueden apreciar varias partes características: el perímetro con alambrada, el zócalo de sacos terreros y la cubierta de tablones de madera. Álbum del coronel Rafael Tejero Saurina. Museo del Ejército. Sig. MUE-204770.


cabo de las Tres Forcas
Tres Forcas
N
0
5
10 km
mar Mediterráneo
cala Tramontana
Primera fase, 12-29/IX
Segunda fase, 2-10/X
Tercera fase, 14-18/X
Cuarta fase, 24/X-24/XII
Operaciones del día 1/XI
Operaciones del día 5/XI
Operaciones del período 18/XI-1/XII
Taurit
Ixmoart
Hidún
Beni Sicar
Melilla
Zoco el Had
Río de Oro
Tizza
Iazanen
Tifasor
Beni Bugafar
monte Gurugú
barranco del Lobo
blocao de Dar Hamed
el Atalayón
Sammar
Sidi Ahmed el Hach
Sebt
Nador
Mar Chica
Kert
Ishafen
meseta de Atlatén
Mazuza
La Restinga
Beni Sidel
Segangan
Tauima
Imarufen
Beni Buifrur
Turiat Hamed
Kaddur
llanos de Bu Arg
pozos de Agraz
Zoco el Arbáa
meseta de Kiermin
Zoco el Jemis de Beni Buifrur
Zeluán
Timizuguin
Beni Buyahi
Monte Arruit
El Batel
Muley Rechid
Tistutin
Ulad Setut
Zaio
Lehdara
Regiones o territorios
Enclaves
Mazuza
Cabilas
Primeras ofensivas
IX-XII/1921

- **Primera fase**: conquista y consolidación de las posiciones del Zoco el Arbaa y Nador. Se desarrolló entre el 12 y el 29 de septiembre y actuaron más de 20 000 soldados apoyados por la Armada y la Aeronáutica Militar. Si bien los dos objetivos fueron conquistados —Zoco el Arbaa el día 12 y Nador el 19, este totalmente arrasado—, hubo importantes problemas para abastecer Tizza —posición avanzada importante en el camino de Melilla— por la impericia del general de brigada Carlos Tuero O'Donnell y los coroneles Ricardo de Lacanal y Vilar y Francisco Sirvent Betis. En los combates que tuvieron lugar el día 29, Cavalcanti salvó la situación con ayuda de dos compañías de zapadores. El 29 de febrero de 1924, el Consejo Supremo de Guerra y Marina condenó a Tuero a un año de prisión militar correccional, a Bacanal a seis meses y un día y a Sirvent a un año, con la accesoria para los tres de suspensión de empleo durante la condena. Además, en esta fase se produjo el episodio del «Blocao de la Muerte», o blocao de Dar Hamed, instalado en las faldas del Gurugú, donde 14 legionarios al mando del cabo Suceso Terrero López acudieron en ayuda de la unidad del Batallón Disciplinario de Melilla, a las órdenes del teniente don José Fernández Ferrer. En el combate librado el 15 de septiembre murieron todos los defensores, cañoneados desde una distancia de 50 metros por los rifeños. Al día siguiente, la posición fue ocupada por las tropas españolas.
- **Segunda fase**: ocupación del valle del río Segangan para asegurar el monte Gurugú. Tuvo lugar entre el 2 y el 10 de octubre. El poblado de Sebt se ocupó el día 5 y el Gurugú el 10. En estas operaciones, la aviación tuvo de nuevo un papel clave al bombardear a Abd el-Krim y su escolta, que estaban en Sebt.
- **Tercera fase**: ocupación de Zeluán. Comenzó el 14 de octubre y se prolongó hasta el día 18. El 14 cayó Zeluán tras un gran movimiento envolvente. En los días siguientes, en especial el aeródromo de Tauima. Con esta conquista se restablecía la línea de 1909.
- **Cuarta fase**: recuperación de Monte Arruit y avance hasta el río Kert. Estas operaciones implicaban volver a la línea de 1913. Comenzó el 24 de octubre con la ocupación de Monte Arruit y culminó dos meses después cuando, el 24 de diciembre, se cruzó el río Kert y se establecieron posiciones en la meseta de Kiermin.

La campaña había resultado un éxito, pero también un ejemplo de guerra total, justificada por las atrocidades cometidas por los rifeños sobre los soldados españoles del general de división Manuel Fernández Silvestre: pueblos enteros fueron arrasados, huertos y cultivos destruidos y numerosos

enemigos decapitados. Además, la aviación utilizó bombas de alto explosivo y ametralladoras para atacar tanto a los combatientes como a la población civil y al ganado, a la vez que se empleaban incendiarias para arrasar sus cosechas. En total, se lanzaron unas 333 toneladas de bombas de trilita y 3000 incendiarias[11]. Estas acciones permitieron que, en poco más de cuatro meses, se reconquistase el territorio perdido a consecuencia de la malhadada ofensiva del general Fernández Silvestre. Pero, en paralelo, estos rápidos triunfos provocaron que el deseo de venganza por las tragedias asociadas a la misma se enfriase y volvió de nuevo a oírse la voz de aquellos que preconizaban el abandono de Marruecos por los gastos de todo tipo que suponía. Entre ellos el propio Cambó, ministro de Hacienda en el gabinete de Maura, que no dudó en afirmar[12]:

> En el presupuesto de Marruecos, y alabo por ello al Gobierno, los gastos vienen perfectamente definidos; se atiende en concepto separado los que se estima que han de ser gastos permanentes de nuestra acción en Marruecos, que se cifran en 233 millones, y los que han de ser originados por la campaña pendiente, que se cifran en 86 millones de pesetas. Lo considero un acierto, porque estimo que en el problema de Marruecos debe separarse en absoluto lo que es la campaña actual de lo que es el problema de Marruecos; y el primer comentario —y mis afirmaciones posteriores deberán confirmarlo—, en cuanto a los gastos permanentes, es que los 233 millones me parecen una cantidad enormemente excesiva; que entiendo que España ni puede ni debe llevar el sacrificio permanente a cargo de nuestro presupuesto a tal extremo; y en cuanto a los gastos extraordinarios para la terminación de la campaña actual, que o son extraordinariamente excesivos, si la campaña está terminada, o son notoriamente insuficientes si la campaña no ha concluido.



Soldados españoles en 1922 con una ametralladora ligera Hotchkiss de 7 mm. Al fondo, parecen apreciarse fuerzas indígenas al servicio de España, puede que se tratara de alguna harca amiga. Álbum del coronel Rafael Tejero Saurina. Museo del Ejército. Sig. MUE-204770.

El coste económico del conflicto al que se refería el líder de la Lliga fue un aspecto clave en este periodo, pues España empezaba a caer en lo que el historiador Stanley G. Payne denominó «trampa del desarrollo», una situación que provoca los mayores enfrentamientos: «El crecimiento había sido lo suficientemente grande como para fomentar la reivindicación de mejoras más rápidas; sin embargo no se dispondría de medios para responder a estas demandas hasta que el país lograra alcanzar una fase de modernización más madura»**[13]**. Este conflicto en el seno del ejecutivo provocó que, a finales de 1921, coincidiendo con el inicio de un empeoramiento de las condiciones meteorológicas, detuviera las operaciones. Tal dinámica coincidió con el interés de la opinión pública, cada vez menor, por la campaña bélica, tras haberse culminado la reconquista, y el aumento del deseo de repatriar a los soldados.

La olvidada zona occidental

El Desastre de Annual definió la estrategia española en la segunda mitad de 1921. Berenguer comprendió con rapidez las repercusiones que podía tener en la Yebala y solicitó el envío, en los últimos días de julio de 1921, de 12 batallones de infantería para asegurar aquel frente, además de otros elementos amados. El 15 de agosto contaba en Ceuta con 6 batallones de infantería llegados de la Península, un regimiento de caballería y un grupo de artillería ligera. Sin embargo, la comandancia de Larache no había recibido todavía las fuerzas solicitadas. Fue en esta zona donde se produjo la conquista de Akba el Kola el 28 de agosto, que fue recuperada al día siguiente por los españoles.

No obstante, los mayores problemas para los españoles en esta zona se produjeron en octubre, tras un acuerdo entre Abd el-Krim y un conjunto de notables gomaríes. Una harca, al mando de M'hamed, hermano del líder rifeño, y dotada de cañones y ametralladoras, se trasladó a la Gomara. El alto comisario ordenó el 16 de octubre al general de brigada Enrique Marzo Balaguer, al frente de la Comandancia General de Ceuta, que acudiera en auxilio de la línea del Lau, por donde presionaba el enemigo con la ayuda de algunas fracciones de Gomara. Las guarniciones de Magán y Tisguisas fueron cercadas el día 23. Pero las tropas españolas reaccionaron con rapidez. Una columna española, formada por legionarios y Regulares al frente del coronel Alberto Castro Girona consiguió abastecer a la primera, mientras que otra, formada por legionarios y una mehala, a las órdenes del teniente coronel Luis Orgaz Yoldi, a la segunda. A finales de octubre, la situación se hallaba restablecida. Berenguer solicitó el envío de 4 batallones de infantería más

para la Comandancia General de Ceuta, que le fueron enviados desde el Ejército de Reserva agrupado en las guarniciones del sur de la Península.





Soldados españoles arrastran lo que parecen cañones Schneider de acero de 7 mm —de unos 700 kg de peso— por un angosto y precario camino en 1922. Álbum del coronel Rafael Tejero Saurina. Museo del Ejército. Sig. MUE-204770.

En los últimos días de 1921, 63 batallones expedicionarios con unos 60 000 hombres —la mayoría soldados de cuota—, operaban en Marruecos[14].

1922: DESORIENTACIÓN, NEGOCIACIÓN, GUERRA

El informe del coronel Fanjul

Los éxitos de los meses anteriores no implementaron la eficacia de las tropas españolas, como señaló un informe demoledor que el antiguo diputado conservador y coronel de estado mayor Joaquín Fanjul Goñi envió a Maura en

enero. En el mismo, exponía un conjunto de apreciaciones de suma trascendencia[15]:

1. El desaprovechamiento de las ingentes fuerzas mandadas por Berenguer: «No hay relación entre el esfuerzo que la Nación ha realizado y el resultado militar de la campaña, aquel ha sido y es superior a este, pues ha podido operarse con más actividad y eficacia y con mayor continuidad, produciendo mayor estrago en el enemigo y mayores y más regulares expansiones territoriales, que facilitarían sobremanera las operaciones preliminares a la ocupación de Alhucemas». Las consecuencias de esta inacción era que «las fuerzas las está desmoralizando y haciéndolas perder condiciones guerreras, elevándose paralelamente la moral del enemigo y permitiéndole prepararse».
2. La ausencia de un mando efectivo, que «mantiene aquel Ejército en un estado de desorganización que debe semejarse bastante el del tiempo del General Silvestre, con la diferencia de que ahora no es posible un Annual, pues lo impide la visión de Monte Arruit, y el lujo de elementos allí acumulados aunque mal dispuestos y manejados, sin embargo es precursor de graves sucesos si no se remedia».
3. La detención de las operaciones, que está permitiendo que el enemigo «se rehaga colaborando con ello a que los episodios venideros puedan ser más sangrientos».
4. La incapacidad del general Sanjurjo, que había sustituido a Cavalcanti al frente de la Comandancia General de Melilla en noviembre: «El General Sanjurjo fraternal amigo mío, bravo, bueno, caballeroso, noble y leal, es hombre de corazón y de simpatía, pero ni siente ese mando ni tiene preparación para él, ni autoridad para desempeñarlo, y es que aun con la condición de un genio, su falta de categoría le trabaría […] No teniendo esa condición […]».
5. El fracaso de la opción pactista defendida por Berenguer: «La labor política la lleva la misma persona que antes del desastre y por los mismos procedimientos».
6. El rechazo del desembarco en Alhucemas como la opción que permitiese poner fin a la guerra en Marruecos: «Dada la marcha de la campaña, la operación de Alhucemas no nos colocará en los umbrales de la obra de protectorado, sino que será el principio de otra campaña quizá más ruda y larga que las anteriores, porque la evidencia de nuestra eficiencia militar, para que en lo sucesivo actúe su potencia, no se ha puesto de relieve».

No obstante, finalizaba con un párrafo optimista. Quizá pensaba en sus posibilidades militares: «El problema de Melilla no es desesperante, tiene solución y pronta, y ella estriba en enviar un General con autoridad y prestigio con un buen Jefe de Estado Mayor (y no es aventurado creer que los hay de una y otra clase siquiera no abundan) los cuales restablecerían la disciplina en lo que están acumulada, y con criterio metódico, firmeza y perseverancia instaurarían allí el orden que hace tanto tiempo está ausente. El problema actual de África es exclusivamente problema de mando».

Este documento de Fanjul, un «africanista», pero también un militar-político con amplia formación —era abogado— demostraba que ni el Ejército estaba preparado para resolver el problema de Marruecos, ni la opción negociadora era la vía idónea para hacerlo. Por tanto, se precisaba una fuerza militar eficiente combinada con una política definida y clara en el Protectorado, donde debía primar la vía militar. Estas dos dinámicas terminaron de definirse en 1925.

De la Conferencia de Pizarra al cese de Berenguer

El informe de Fanjul debió de influir en Maura, que convocó una conferencia en Pizarra (Málaga), celebrada entre el 4 y el 6 de febrero. A este encuentro, además del propio presidente del Consejo de Ministros, asistieron Berenguer, los ministros Juan de la Cierva, de Guerra; marqués de Cortina, de Marina; y Manuel González Hontoria, de Estado. El teniente general Luis Aizpuru Mondéjar, jefe del Estado Mayor Central; general de división Manuel Agar y Cincúnegui, el segundo jefe; el general de división Julio Ardánaz Crespo, subsecretario de Guerra; el almirante Salvador Buhigas, jefe del Estado Mayor de la Armada; y el contraalmirante Juan Bautista Aznar, jefe de la escuadra de África. Tras acaloradas discusiones, se alcanzaron los siguientes acuerdos. El primero, aceptar las condiciones establecidas finalmente por Abd el-Krim para el rescate de los prisioneros, cifradas en 4 millones de pesetas y en la liberación de todos los presos políticos y comunes del Rif. El segundo, continuar las operaciones contra el Raisuni en la zona occidental. Y el tercero, acabar con la rebelión de los Beni Urriaguel, mediante un desembarco en Alhucemas, pero, a la vez, deteniendo los avances terrestres. La operación anfibia sobre esa bahía se convirtió entonces en el objetivo prioritario del Gobierno[16].

Estos pactos tuvieron poca validez. Cambó era partidario de repatriar 30 000 soldados de cuota y contrario a que el desembarco de Alhucemas se realizara de forma inmediata por el gasto que podría acarrear. Esta posición

fue aceptada por Maura. A pesar de ello, De la Cierva designó una comisión presidida por el coronel de Estado Mayor Cándido Pardo González para que estudiase el plan y procedió a analizar el terreno, sondear la bahía y calcular las necesidades en hombres y municiones. En paralelo, en la zona occidental, Berenguer emprendió una ofensiva contra el Raisuni que culminó con la toma de Tazarut el 12 de mayo. En esta operación fue herido el teniente coronel González Tablas, que murió al día siguiente. El cherif de la Yebala se vio obligado a refugiarse en Yebel Alam.

Las disensiones en el seno del gabinete provocaron la caída del Gobierno. El 8 de marzo se formó un nuevo ejecutivo presidido por el conservador José Sánchez Guerra. De inmediato, Berenguer presentó su dimisión, que no fue aceptada. En una nueva reunión celebrada en Madrid, se planteó priorizar la acción política sobre la militar, lo que incluía las negociaciones con Abd el-Krim. En el plano militar, se diferenciaron las operaciones para realizar en la zona oriental y en la occidental. En la primera, se ordenó, por un lado, una acción sobre la cabila de Beni Said y, por otro, el mantenimiento de fuertes columnas móviles en el triángulo Dar Drius-Dar Quebdani-Kandussi con la retaguardia asegurada hasta la plaza de Melilla. Igualmente, se establecieron como objetivos militares los enclaves de Sidi Dris y Afrau en la costa y de Afsó por las proximidades de la zona francesa, pero siempre optando por medios pacíficos. En la zona occidental, el ejecutivo accedió a que se culminara la campaña contra el Raisuni. Además, se acordó la repatriación de 9 batallones de infantería, 2 regimientos de caballería y 5 de artillería. Esta operación comenzó el 9 de mayo y afectó a 12 000 hombres. El nuevo plan, que suponía una ruptura con la estrategia de reconquista desarrollada con anterioridad, no podía desvincularse de la oposición a la guerra, cada vez mayor, que se manifestaba en el Parlamento de la mano de diferentes diputados del Partido Socialista Obrero Español —Indalecio Prieto y Julián Besteiro—, del Partido Liberal —Niceto Alcalá Zamora— y del Partido Republicano Democrático Federal —Julián Nougués—.[17]



El general Berenguer junto con los hombres de su estado mayor dirige una operación durante la campaña del Rif en 1921. Tarjeta postal de la época.

Berenguer no pudo desarrollar esta política porque el Consejo Supremo de Guerra y Marina abrió causa contra él por el Desastre de Annual, lo que le obligó a dimitir el 10 de julio. El ejecutivo nombró al general de división Ricardo Burguete y Lana en su lugar. El nuevo alto comisario recibió un conjunto de órdenes precisas: priorizar la acción civil sobre la militar y potenciar el prestigio del Majzén y de las autoridades indígenas; disminuir los gastos militares mediante una nueva repatriación; transformar el Ejército forzoso en voluntario; reducir los puestos militares fijos; negociar con el Raisuni para pacificar la zona occidental; llegar a Annual y apaciguar la región rifeña y lograr el rescate de los prisioneros en la zona oriental. Por tanto, el nuevo gabinete volvía a primar la opción pactista que tan pésimos resultados había ofrecido, como señaló Fanjul. Esta decisión tomó forma el legal el 16 de septiembre, cuando se firmó en San Sebastián un Real Decreto, que favorecía la acción política con el objetivo de hacer innecesaria la militar[18].

Operaciones de un ejército en construcción

En Marruecos se estaba construyendo un nuevo ejército. Su núcleo eran las unidades indígenas y europeas profesionales más las irregulares que, de forma paulatina, fueron sustituyendo como fuerzas de choque a las metropolitanas españolas. Sin embargo, estas últimas seguían siendo mayoritarias en 1922, pues su contingente no descendió en el periodo de 1921 a 1923 de los 50 000

hombres (63 655 hombres en las plantillas de 1921, de los que 50 640 eran españoles). No obstante, a pesar de esta presencia mayoritaria de soldados de reemplazo, en paralelo se estaban incrementando las otras unidades a las que hemos hecho mención. Así, antes del Desastre existían cuatro banderas del Tercio, que se incrementaron con tres más: V (1921), VI y VII (1925). Además, se añadió una compañía más de fusiles a cada una de ellas. Igualmente, a los cuatro GFRI existentes antes de Annual —Tetuán, Melilla, Ceuta y Larache—, se unió en 1922 el de Alhucemas. Con respecto a las tropas jalifianas e irregulares, a las dos mehalas existentes, la de Tetuán (1914) y la de Melilla (1909), se unieron las de Larache y Rif (1923). Por su parte, las harcas —unidades que actuaban en vanguardia en las operaciones ofensivas—, organizadas en torno a sus caídes e integradas por miembros de una misma cabila, se habían demostrado muy aptas para la guerra en Marruecos, a pesar de que estaban muy mal armadas —fusiles y en ocasiones granadas de mano— y ser poco disciplinadas. Sin embargo, durante este periodo se articularon en tabores (batallones) y mías (compañías), que fueron dotados de mandos permanentes, lo que las convirtió en unidades muy eficaces. Destacaban las de los comandantes Agustín Muñoz Grandes, José Enrique Varela Iglesias y Osvaldo Fernando Capaz Montes. Por último, los gums —unidades irregulares de las zonas montañosas— fueron muy poco utilizadas por España, a diferencia de lo que hizo Francia, a pesar de que su especialidad era el asalto a posiciones fortificadas. Su organización era similar a la de los Regulares: un gum era una compañía, tres gum formaban un tabor y, finalmente, tres tabores formaban un grupo[19].

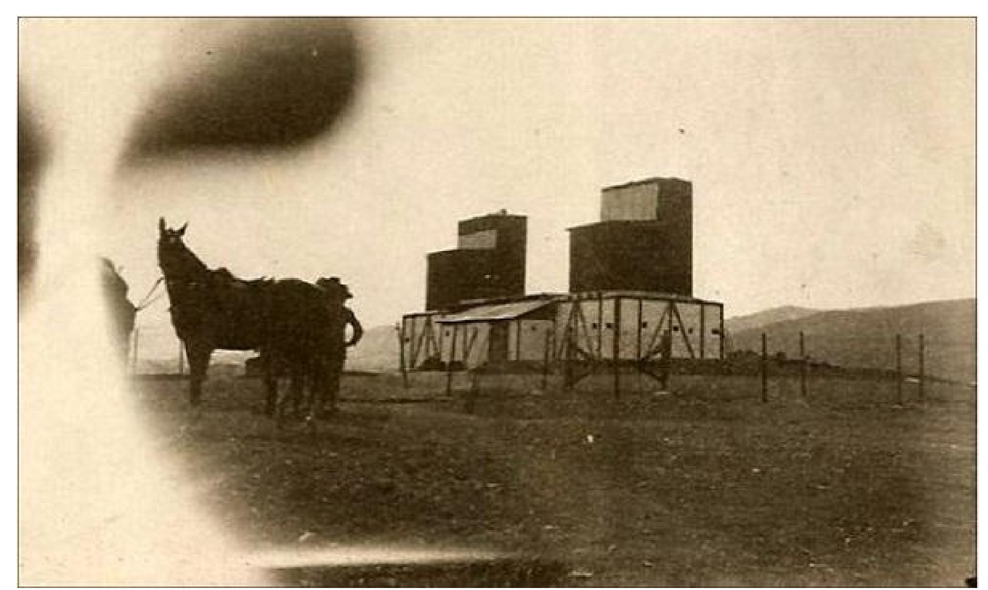


Imagen de un blocao español de enormes dimensiones en la zona occidental del Protectorado. Se puede apreciar el alambre de espino que rodeaba la posición y a un par de soldados con un caballo. Fotografía de Fernando Puell Sancho. Colección Fernando Puell de la Villa.

En cuanto a la táctica, el viejo sistema sedentario de blocaos aislados e incursiones temporales en territorio enemigo se estaba abandonando progresivamente en favor de una nueva forma de lucha en la que la fuerza principal eran poderosas unidades móviles interarmas —columnas—, enlazadas entre sí por radio y que vivían a costa del enemigo, mediante el pillaje y los tributos, que actuaban en el máximo número posible —en función de los efectivos disponibles—, hasta converger sobre un objetivo porque, de esa forma, podían «desplegar rápidamente todos sus elementos combatientes y conseguir desde los primeros momentos la superioridad numérica y de fuegos». Estas unidades priorizaron las tácticas de aproximación lateral y envolvimiento[20].

Pero, no solo se estaba modificando la composición y tácticas de las fuerzas terrestres en Marruecos, sino también su armamento. A lo largo de 1922, llegaron a Marruecos los carros ligeros Renault FT-17 (6,5 toneladas, armados con un cañón de 37 mm) en número de 8, que se organizaron en una compañía de dos secciones, y cuya misión fundamental fue apoyar los avances de la infantería, aunque su empleo era «muy restringido en nuestra zona de Marruecos, pues no resisten la prueba de las fuertes pendientes de terreno tan difícil»[21]. Con el mismo objetivo, comenzó a emplearse el fusil ametrallador Hotchkiss de 8 mm.

No obstante, el arma que iba a ejercer un mayor impacto —aparte de la infantería— fue la aviación «de extraordinaria eficacia, de infinita variedad y de enorme efecto moral», a semejanza de la experiencia británica en Irak, que

había demostrado que se había convertido en un instrumento básico en las guerras coloniales. Se organizaron cuatro grupos: dos en Melilla —una escuadrilla de cazas y otra de hidroaviones—, uno en Tetuán y otro en Larache, que disponían de cazabombarderos De Havilland 4, cazas Bristol F-2B y bombarderos pesados De Havilland 9A —336 kilogramos de bombas— y Farman F60 Goliath franceses —1000 kilogramos de bombas—. En 1924, la Aeronáutica Militar disponía en Marruecos de 137 aparatos[22].

Del mismo modo, a partir de 1922 la artillería española cobró una nueva dimensión. Hasta ese momento, sus efectos:

> […] en el orden material fueron muy limitados por la limitación de objetivos, pues ni existían las masas de combatientes a quienes batir, sino un enemigo esparcido en grupos de tiradores aislados y bien cubiertos merced a un terreno muy accidentado y lleno de peñascales que ofrece magníficos abrigos naturales, ni había armas automáticas ni artillería a que contrabatir, ni obras de fortificación, centros de resistencia ni pueblos fortificados que destruir. Las misiones de la artillería quedaban reducidas en el orden táctico a las de acompañamiento y apoyo directo a la infantería, y a los bombardeos de castigo a los poblados enemigos, de efectos muy reducidos por los procedimientos primitivos de construcción de los poblados moros con tierra y ramaje, que permite su fácil reconstrucción[23].

Ese cambio vino determinado por el empleo de proyectiles rellenos de gases tóxicos, que comenzaron a montarse en Melilla con equipamiento y materiales comprados a los franceses, con la supervisión de varios expertos franceses de la empresa de armamentos Schneider. Entre las sustancias químicas empleadas se encontraba el fosgeno, el gas lacrimógeno o la cloropicrina. También se planteó la posibilidad de emplear proyectiles de artillería cargados con gases venenosos —iperita o gas mostaza— que fueron disparados con los obuses de 155 mm, así como bombas aéreas dotadas con la misma sustancia química. Burguete pidió el 9 de agosto que le mandasen 1000 de estas últimas para utilizarlas a modo de ensayo. Sin embargo, el gran avance se produjo en junio de 1922, cuando se firmó un contrato con el empresario alemán Hugo Stoltzenberg, que permitió fabricar armas químicas en una factoría cerca de Madrid, denominada La Marañosa. Este acuerdo fue firmado con el permiso de la Reichswehr (Fuerzas Armadas de la República de Weimar) y formaba parte de la dinámica puesta en marcha para superar las prohibiciones en materia de armamento establecidas por el Tratado de Versalles de 1919. En todo caso, el empleo de este armamento por los franceses en Siria (1925) y los británicos en Irak (1921-1923) —un debate todavía abierto— y por los italianos en Libia (1923-1924, 1927-1928) y Etiopía (1935-1936) demuestra que esta práctica no fue exclusiva de España, sino que se consideró un instrumento más para acabar con las rebeliones de las poblaciones indígenas[24].

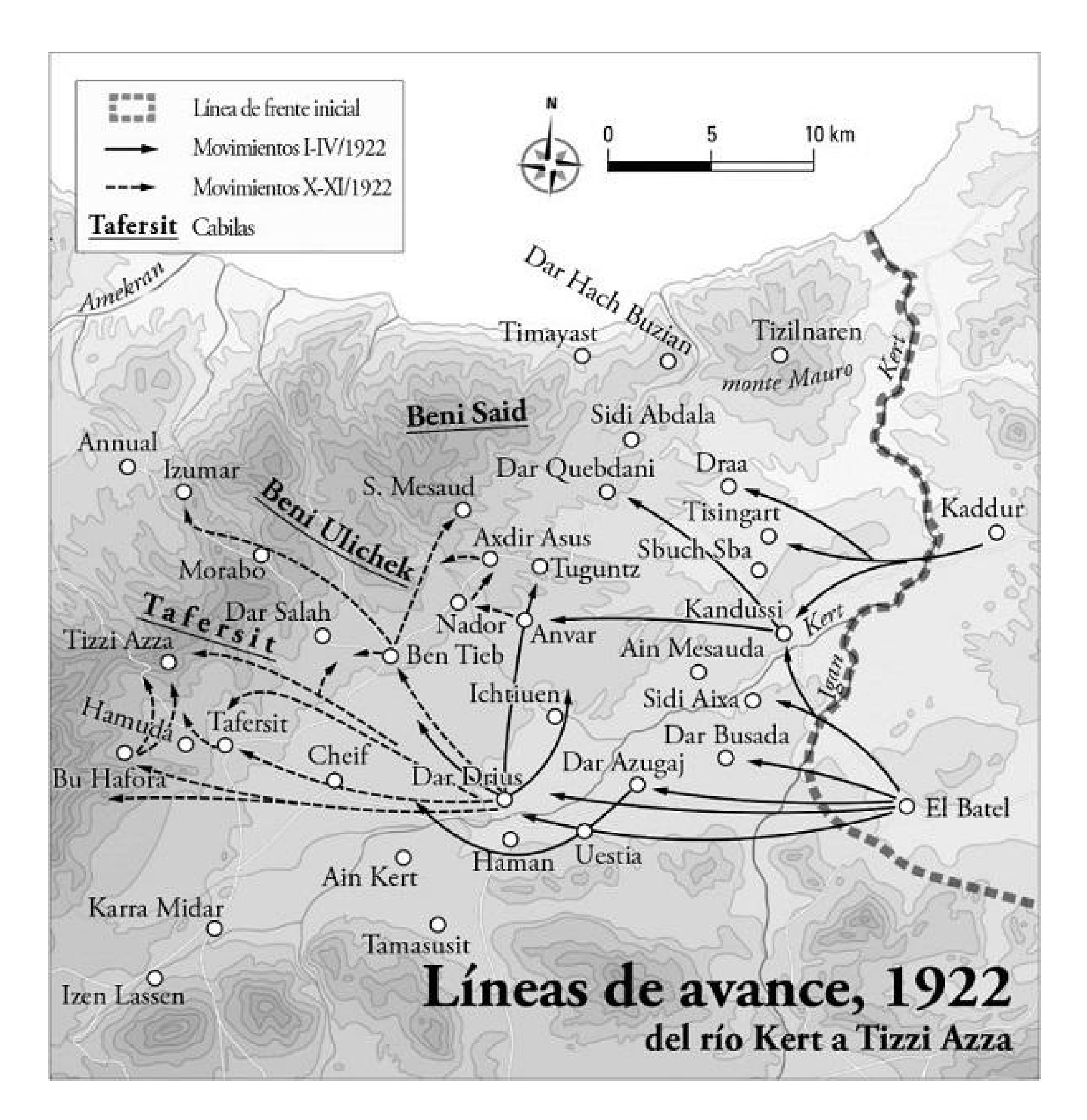
Este ejército en construcción se empleó en función de las órdenes que había recibido Burguete. En la zona occidental, el alto comisario entró en negociaciones con el Raisuni el 7 de agosto, que se prolongaron hasta el 26 de septiembre, cuando se firmó un acuerdo secreto que simbolizaba todos los aspectos negativos de la acción española en Marruecos[25]:

- Ambas partes renunciaban a la acción bélica
- El Raisuni recibiría de España 215 000 pesetas
- El cherif de la Yebala podía residir en Tazarut con su familia
- Los españoles podrían mover sus efectivos y posiciones con absoluta libertad en esta zona del Protectorado
- El resto de los jefes rebeldes de la zona se someterían a España

Por el contrario, en la zona oriental continuaron las operaciones que había puesto en marcha Berenguer anteriormente con el objetivo de conquistar Igueriben y Annual. Burguete, para aprovechar los conflictos de Abd el-Krim con algunos jefes de los Beni Urriaguel y los Beni Ulichek, llevó a cabo una serie de acciones de reconocimiento ofensivo durante el mes de agosto que fue el preludio de la gran ofensiva que puso en marcha a primeros de septiembre. El objetivo era el control del territorio de Beni Ulichek hasta Annual. Para lograrlo, se emplearon 30 000 hombres, divididos en dos columnas, que avanzaron paralelamente desde las posiciones de Dar Quebdani y Dar Drius —reconquistados el 10 de enero y el 8 de abril de 1922 por Berenguer, respectivamente—. Los objetivos de la primera eran Ben Tieb, Sidi Mesaud, Afrau y Sidi Dris. Y los de la segunda Tafersit, Tzayudait, Tizzi Azza, Igueriben y Annual. Esta operación, además de por la importancia de los hombres movilizados y de los objetivos perseguidos, destacó por combinar los tres elementos militares —fuerzas terrestres, armada y aviación —, el empleo del envolvimiento táctico y porque, por primera vez en las campañas de Marruecos, se emplearon gases tóxicos. El Grupo de Instrucción 155/13 Schneider de la Escuela Central de Tiro de Artillería utilizó proyectiles tóxicos desde la posición de Dar Drius para batir a las baterías enemigas de Sidi Mesaud y sobre Tzayudait. Inmediatamente, el líder rifeño denunció a España ante la Sociedad de Naciones por emplear armas prohibidas[26].

El 28 de octubre cayó Tizzi Azza, que marco el máximo avance logrado por la columna de Dar Drius. Esta posición era de suma importancia porque cerraba el envolvimiento sobre Igueriben y Annual y, lo que era más importante, de la cabila de Beni Ulichek y, en parte, de la de Tensaman.

Aunque su mantenimiento solo tenía sentido en el caso de que se utilizara con posterioridad como un saliente para avanzar sobre la bahía de Alhucemas. «Sin embargo, las disposiciones del Gobierno Sánchez Guerra, que llegó a negar las ventajas de la ocupación de la bahía, aunque fuera de modo pacífico, convirtieron una posición ofensiva en un enclave defensivo de comprometida protección»[27] El líder rifeño, conocedor de esta situación y de la importancia de Tizzi Azza, intentó recuperarla el 1 de noviembre. Fracasó en el intento, pero provocó más de 100 bajas en los defensores, entre ellas 10 oficiales y soldados muertos, 28 heridos y 6 contusos. Entre el 14 y el 18 de diciembre, la zona volvió a ser objeto de combates que causaron la muerte de 2 oficiales y 7 soldados españoles y heridas a otros 27. Estas bajas se sumaron a los 11 soldados españoles —2 muertos y 9 heridos— que había supuesto su conquista. Por su parte, la columna de Dar Quebdani alcanzó Afrau el 7 de noviembre, que Abd el-Krim intentó reconquistar el día 23, pero fracasó gracias a la intervención de la armada y la aviación. Aunque la operación resultó exitosa, las bajas que se habían acumulado en los combates de Tizzi Azza llevaron al ejecutivo a optar por detener la ofensiva, ante el temor de que se produjeran incidentes en la Península y arreciaran las críticas en el Parlamento en el momento en que se discutían las consecuencias del Desastre de Annual[28].



El 4 de diciembre dimitió Sánchez Guerra. Fue sustituido por el liberal Manuel García Prieto, partidario de una política de negociación con Abd el-Krim. El día 25, el general Burguete era cesado como alto comisario y se nombró en su lugar a Miguel Villanueva y Gómez, un civil, como nuevo alto comisario de España en Marruecos[29], aunque no tomó posesión por motivos de salud. Su sustituto fue, finalmente, Luis Silvela Casado.

1923: PASIVIDAD Y GUERRA TOTAL

Negociaciones con Abd el-Krim

Hasta la llegada de Silvela, su puesto fue ocupado temporalmente por Luciano López Ferrer. Este diplomático, que había participado en la

Conferencia de Algeciras (1906) elaboró un informe demoledor —en la misma línea que el ya citado de Fanjul—, en el que insistía en que España no había cumplido su misión en Marruecos por culpa de la preeminencia de los militares. Afirmaba que la situación en el territorio era de completo desgobierno, que España no había cooperado en su misión de asegurar el poder del Majzén en su zona y que en ningún momento había extendido los beneficios de la cultura europea a la población de la zona que tenía asignada. Por ello, defendía la necesidad de retirar todas las competencias políticas a los mandos militares y dejarlas en manos de civiles.

No obstante, la dinámica más importante por la que apostaba López Ferrer, y después Silvela —incorporado el 24 de febrero—, así como el propio Gobierno, era la negociación con Abd el-Krim. El objetivo fundamental era, por un lado, recuperar a los prisioneros españoles capturados durante el Desastre de 1921, lo que se consiguió —fueron liberados 326 supervivientes de los 534 soldados españoles presos en unas condiciones muy duras— a cambio de 4 millones de pesetas y las gestiones del empresario vasco Horacio Echevarrieta. Por otro, acabar con la rebelión del Rif. Silvela consiguió un alto el fuego provisional. Las negociaciones tuvieron lugar en la lancha gasolinera Reina Regente a partir del 16 de abril, en la bahía de Alhucemas. La legación española estaba dirigida por las mismas personas que habían llegado a la tregua con el Raisuni: el general de brigada Castro Girona y el diplomático Clemente Cerdeira. El líder rifeño ofrecía libertad comercial a las empresas españolas en el Rif, a cambio del reconocimiento de su República, que fue proclamada de manera oficial el 1 de julio de 1923. España no podía ceder en esa cuestión, pues hubiera supuesto romper todos los compromisos adquiridos desde 1904. Así lo expreso Castro Girona a los representantes del líder rifeño y las conversaciones quedaron interrumpidas[30].

Acciones bélicas: Tizzi Azza

El nombramiento de un alto comisario civil no fue el único cambio que introdujo el Gobierno liberal en la estructura del Protectorado. El 17 de enero desapareció la figura de general en jefe del Ejército de España en África y el de comandante militar de Larache. El mando de las fuerzas españolas quedó entonces dividido en las dos comandancias generales existentes, la de Ceuta, que controlaba la región occidental; y la de Melilla, que hacía lo propio con la oriental.

Estos cambios no implicaron mayor actividad por parte de los efectivos españoles. Por el contrario, la iniciativa correspondió a Abd el-Krim que, conocedor de las tensiones existentes en nuestro país a propósito del conflicto marroquí, pretendió presionar las líneas avanzadas españolas para forzar al Gobierno a entablar una negociación definitiva. Por eso, a partir del 11 de abril, sus fuerzas comenzaron a golpear la línea de vanguardia española, en especial en Tizzi Azza, la piedra angular sobre la que se articulaba la zona oriental, pero, a la vez, el gran problema español en este espacio, ya que su utilidad era nula en ese momento de *impasse* en las operaciones militares. Sin embargo, tanto si se abandonaba como si era tomada por el líder rifeño, podía provocar otro derrumbamiento como el de 1921. El 7 de mayo sufrió un duro ataque que fue rechazado. El comandante general de Melilla, general de división Pedro Vives Vich solicitó, el 14 de mayo, permiso para mejorar sus defensas. Dos días después, se estableció un puesto en Peña Tahuarda sin apenas hostilidad por parte del enemigo. El día 20, la columna del coronel Alfredo Coronel Cubría organizó las posiciones de Tifarauin e Izumar 2 o Farha entre Izumar y Afrau para completar su defensa y asegurar sus comunicaciones. A pesar de estas medidas, el 27 de mayo la posición comenzó a ser asediada y los soldados de Abd el-Krim empezaron a cavar trincheras para preparar una embestida que se localizaría entre Bu Hafora y el barranco de Hardú, que fueron atacados por la aviación sin mayores consecuencias. Silvela, ante esta situación, decidió enviar el día 28 una columna a las órdenes del teniente coronel Francisco Llano de la Encomienda cuya composición reflejaba el nuevo ejército que se estaba forjando en Marruecos: la Mehala del Rif, la IV Bandera del Tercio, dos tabores del GFRI de Melilla n.º 2, un batallón del Regimiento de Infantería Princesa n.º 4, un escuadrón de Regulares, dos baterías de montaña de 105 mm y una de obuses de 155 mm pertenecientes a la columna del coronel Agustín Gómez Morato[31].



Posición fortificada de Tizzi Azza con los elementos típicos: ubicación en alto, muro de piedra y tiendas cónicas. El problema de estas construcciones era la necesidad de salir para hacer aguadas. Archivo BRILEG.

Nada más comenzar a desplegarse desde Bu Hafora hacia Tahuarda, la columna fue atacada por los rifeños situados en las lomas circundantes. La intervención inmediata del coronel de ingenieros Alfredo Kindelán Duany, al mando de la aviación de la zona oriental, que envió varias escuadrillas de Bristol F.2B y de De Havilland DH4, que lanzaron 673 bombas, unido al envío de nuevos refuerzos —la I Bandera del Tercio, un tabor y un escuadrón del GFRI de Alhucemas n.º 4 y 1 batería de obuses del 155 mm—, que se situaron a retaguardia para impedir que las fuerzas de Llano de la Encomienda pudieran ser atacadas en esa dirección, permitió a las unidades españolas despejar el camino de Tizzi Azza, que pudo volver a ser abastecida mediante convoyes que, en todo caso, sufrieron un acoso constante. A pesar de que se había levantado el asedio, la tensión entre el alto comisario y Vives no dejó de aumentar y provocó el cese del general el 30 de mayo, que fue sustituido de manera provisional por Francisco Echagüe Santoyo. Al tiempo, la aviación pudo observar cómo nuevas partidas de rifeños se iban situando en las alturas cercanas a los enclaves españoles de Tafersit, Bu Hafora y Tizzi Azza y cómo se iban construyendo trincheras y troneras para situar la escasa artillería de la que disponían, a la vez que estrechaban el cerco sobre las posiciones españolas.

Silvela —que siempre había apostado por mantener una actitud defensiva en correspondencia con el Gobierno que le había nombrado— para abastecer la posición optó, tras consultar con los principales mandos militares, por una

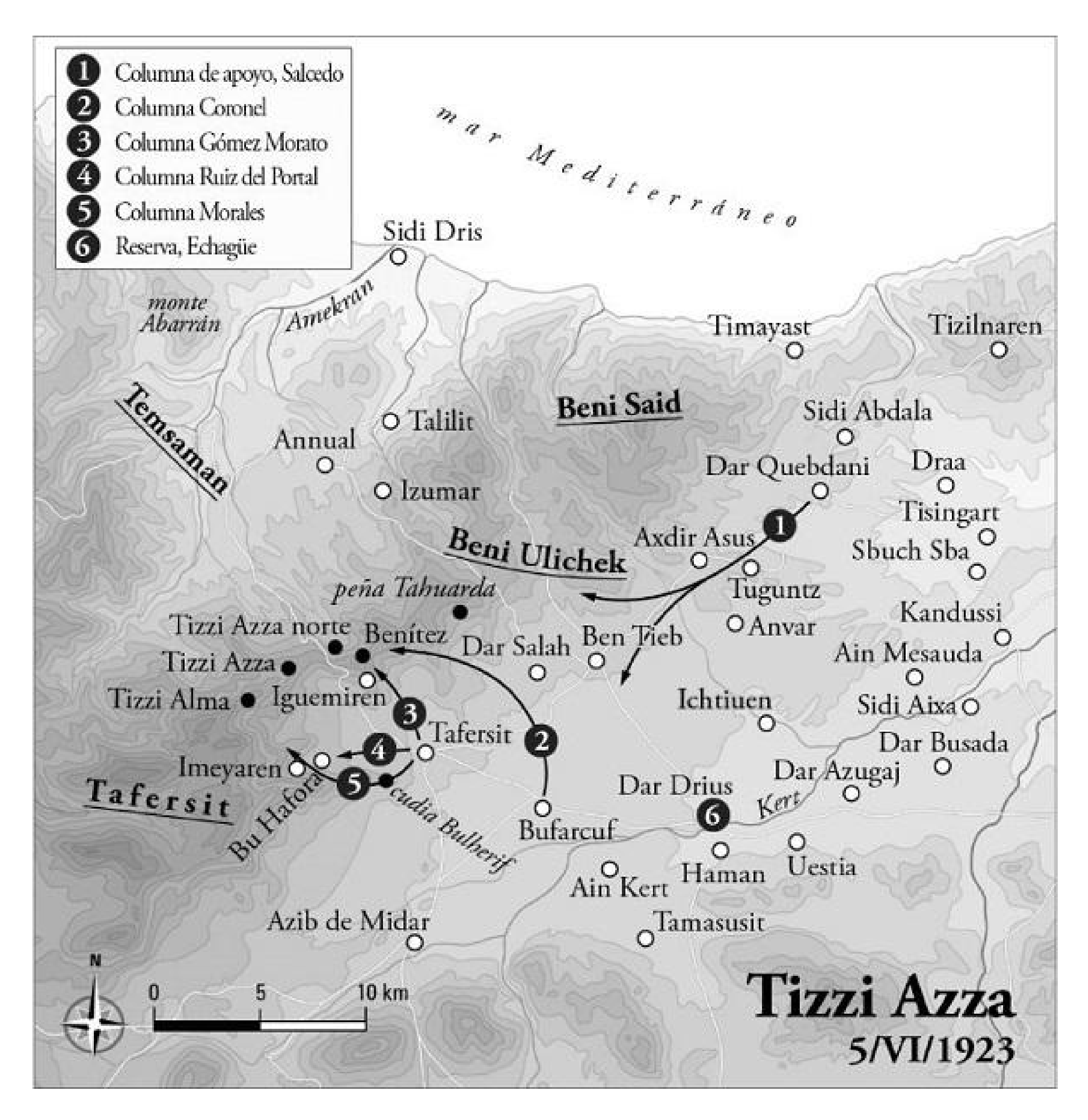
operación ofensiva en la que participarían siete columnas a las órdenes de Echagüe, con su puesto de mando en Dar Drius, donde se situaría una:

- Tres columnas en Tafersit y una en Bufarcuf, que componían el ala izquierda, al mando del coronel Emilio Fernández Pérez. La primera columna, a las órdenes del Coronel Cubría, debía ocupar una loma situada al este de Peña Tahuarda. La segunda, mandada por el coronel Gómez Morato, debía llegar hasta la misma posición y despejar el camino que debía seguir el convoy para llegar a la posición Benítez y a continuación descender para asegurar el camino a las restantes posiciones del sector de Tizzi Azza. La tercera columna, al mando del coronel Francisco Ruiz del Portal, debía seguir el antiguo camino utilizado por los convoyes de abastecimiento, vigilar la zona llana y controlar cualquier ataque enemigo en la misma. Para lograr tal objetivo, debía ocupar el poblado de Bu Hafora. Por último, la columna del coronel Ángel Morales Reinoso se subdividió en dos partes: una, en la línea de Bulherif como apoyo del flanco izquierdo, y la otra, desde este punto por el poblado de Bu Hafora hasta el barranco de este nombre taponando el Ual Fersit, a la par que enlazaba por su derecha, con el flanco izquierdo de la columna de Ruiz del Portal.
- Dos columnas en Dar Quebdani, que cubrían la derecha, al mando del coronel Enrique Salcedo Molinuovo.
- Una de observación, en Drius, a las órdenes del general Echagüe.

Estas columnas, además de incluir 6 batallones del Ejército metropolitano español, estaban compuestas por 5 tabores de Regulares, 3 banderas del Tercio (I, II y IV) a las órdenes del teniente coronel Rafael de Valenzuela Urzaiz —integradas en la columna de Gómez Morato—, 4 escuadrones de caballería, 6 baterías de artillería, carros de combate, 1000 hombres de la mehala y 6000 hombres de harcas amigas. El peso de los combates lo llevarían precisamente estas últimas fuerzas.

La orden de avance se dio en la madrugada del 5 de junio. La columna de Coronel sufrió el fuego de los rifeños en cuanto desembocó en la llanura de Tzayudait. Por el contrario, las otras tres columnas del ala izquierda —Gómez Morato, Ruiz del Portal y Morales Reinoso— pudieron avanzar desplegadas y sin sufrir la hostilidad de los rifeños hasta que sobrepasaron la hoyada de Tafersit. A partir de ese momento, encajaron un duro ataque que, sin embargo, no detuvo su avance. La más castigada fue la de Gómez Morato, que tuvo que enfrentarse con un núcleo enemigo atrincherado en la barrancada que desciende desde el pie de la posición Benítez, cerca del

poblado de Iguemiren, una posición estratégica que le permitía batir el camino que debía seguir el convoy de abastecimiento. En apoyo de esta columna acudió la de Coronel, 1 batallón del Regimiento de Infantería Andalucía n.º 52 y 2 compañías del Regimiento de Infantería Wad Ras n.º 50, que no pudieron evitar que el convoy tuviera que detenerse. Esta situación obligó a los Regulares de Melilla a despejar las lomas que cubrían el camino de Tahuarda y seguir después sobre el barranco de Iguemiren. Sin embargo, esta acción fue detenida por el intenso fuego rifeño, que obligó a intervenir a las banderas del Tercio que formaban la vanguardia de la columna de Gómez Morato, las cuales despejaron las alturas utilizando armas blancas.



No obstante, los cabileños decidieron permanecer en el fondo del barranco. Ante esta tesitura, el teniente coronel Valenzuela, al frente de la

II Bandera, ordenó un asalto con bayoneta, que encabezó él personalmente pistola en mano. Los legionarios de la I también se lanzaron sobre el barranco de Iguemiren. Al otro lado, fuerzas de la IV Bandera avanzaron también sobre el mismo objetivo. Fue el inicio de un combate cuerpo a cuerpo en el que los legionarios consiguieron salvar el arroyo y subir a la llamada loma de las Piedras, pero la superioridad del enemigo era aplastante. El combate se dispersó entonces en multitud de luchas individuales, en las que cayó Valenzuela al frente de sus legionarios, que al final se alzaron con la victoria. Tras el triunfo se inició una caza al enemigo en la que murieron todos los rifeños que intentaban bajar al barranco. Los que se retiraron fueron atacados tanto por la aviación como por las ametralladoras del Tercio y cañones de la posición Benítez.

El resto de las columnas cumplió sus misiones y el convoy entró en la posición Benítez a las 11.30 h. Las bajas en las unidades españolas fueron de 1 jefe, 4 oficiales y 70 soldados europeos y 52 indígenas muertos; 2 jefes, 35 oficiales europeos y 1 marroquí y 172 soldados europeos y 99 indígenas heridos y 19 soldados europeos, desaparecidos. Las de las fuerzas de Abd el-Krim ascendieron a alrededor de 600 muertos.

Sin embargo, aunque el combate de Tizzi Azza ha quedado en la historia como ejemplo máximo del valor legionario, hubo otro componente en el mismo que resultó tan decisivo o más que la acción de Valenzuela: la utilización de proyectiles de gas mostaza, que causaron un gran terror entre los combatientes de Abd el-Krim. Este éxito provocó una enorme satisfacción en Silvela, pues su empleo podría sustituir los combates terrestres y, en consecuencia, el número de bajas españolas en Marruecos. Por eso solicitó «la adquisición y envío inmediato de 5000 bombas, como mínimo, de gases asfixiantes para aeronave —pues consideraba que en el empleo de ese medio de guerra está la solución rapidísima del problema de Marruecos— ya que cincuenta bombas de cincuenta kilos cada una son suficientes para limpiar un terreno de veinte kilómetros cuadrados»[32].

¿Desembarco en Alhucemas o poder aéreo? El combate de Tifarauin

El 6 de junio, el general de división Severiano Martínez Anido se convirtió en comandante general de Melilla. En los días siguientes se abasteció Tizzi Azza y el día 9 llegó un gran convoy que cubrió las necesidades para diez días.

Sin embargo, la indeterminación persistía. El Gobierno prohibió nuevos avances en la zona, que provocó una paulatina tensión entre los mandos militares y civiles. Martínez Anido presentó al alto comisario el 12 de julio un

plan de operaciones para acabar con la rebelión de Abd el-Krim, articulado sobre tres proyectos. El primero, el desembarco en Alhucemas de las fuerzas disponibles en la zona oriental como masa de maniobra: 20 000 hombres. El segundo, atacar al mismo objetivo por tierra. El tercero, combinar ambos ataques conjuntamente. El coste se estimaba en 50 millones de pesetas. Fue rechazado, lo que conllevó la dimisión del general el 21 de julio[33].

Por el contrario, Silvela, que llegó a plantearse la dimisión por sus conflictos con los generales, se mostraba entusiasmado con las posibilidades del poder aéreo e intentaba aplicar en Marruecos la misma táctica que había hecho el Gobierno británico en Irak o Afganistán: sustituir las acciones terrestres por ataques aéreos con gas venenoso. La ventaja de estas operaciones radicaba en que ahorraban la vida de numerosos soldados, aunque no tenían la capacidad para derrotar a un enemigo por completo. Así, llegó a plantear el primer bombardeo de saturación de la historia sobre las cabilas de los Beni Urriaguel y de Tensaman, «sin que quedara un metro sin batirse». Pero este nunca se acometió, ya que su coste resultó prohibitivo[34]. No obstante, durante los días 14, 26 y 28 de julio los biplanos Bristol F.2B del 4.º Grupo de Escuadrillas realizaron el primer bombardeo aéreo con gas de la historia sobre el poblado de Amesauro (cabila de Tensaman[35]). Los bombardeos continuaron en los primeros días de agosto.

Por su parte, el Gobierno se encontraba ante una difícil tesitura. Por un lado, debía controlar la fuerte presión de la opinión pública para que repatriase a los soldados españoles y pusiera fin al conflicto. Pero un comité creado por Real Decreto en agosto de 1923 emitió un informe el día 23 de ese mes que desaconsejaba aplicar el ritmo de repatriaciones considerado por el Gobierno. En tales circunstancias, cualquier incremento de las tropas de reemplazo para participar en una nueva campaña ofensiva podría destruir el equilibrio político. Por otro, el 10 de julio quedó constituida la nueva comisión parlamentaria acerca de las responsabilidades por el Desastre de Annual, cuyas conclusiones sirvieron de base para que el Senado concediera el 29 de julio el suplicatorio para que Berenguer fuera juzgado por el Consejo Supremo de Guerra y Marina[36].

En ese escenario, Abd el-Krim, que había intentado frenar el avance español tras el desastre de Tizzi Azza con el inicio de nuevas negociaciones, apostó por un ataque contra Tifarauin, que comenzó el 17 de agosto, que fue rechazado por la I Bandera del Tercio, que tuvo 2 oficiales y 13 soldados muertos y 2 oficiales y 34 soldados heridos. Al día siguiente, fue enviada una columna española formada por un batallón del Regimiento de Infantería

Toledo n.º 35, la II Bandera y una batería de artillería de montaña, a las órdenes del teniente coronel Gumersindo Pintado Cabrero, más una mía de la Mehala de Melilla n.º 2 mandada por el capitán Rafael Montero Cabañas, para socorrer este puesto, aunque fracasó en su empeño.

Con todo, se organizó un convoy de abastecimiento protegido por tres columnas a las órdenes del coronel Salcedo. La de la izquierda iría mandada por el teniente coronel Pintado y estaba formada por las dos banderas anteriormente citadas, dos batallones de los regimientos de infantería Toledo n.º 35 y San Fernando n.º 11, cuya misión era avanzar por la cresta que empezaba en Sidi Mesaud y terminaba en Tifisuin, a la vez que protegía el flanco izquierdo de la columna central. Esta, a las órdenes del coronel Joaquín Pérez Seoane, estaba integrada por el 1.º y 2.º Tabor del GFRI Melilla n.º 2 y los batallones de los regimientos de Infantería Galicia n.º 19 y Asia n.º 55, que se encargarían de escoltar el convoy para Tifarauin. Por la derecha, desde Dar Quebdani, avanzaría la columna del teniente coronel José Carlos Olmos Fernández, constituida por el 3.er Tabor del GFRI Melilla n.º 2 y un batallón del Regimiento de Infantería Valencia n.º 23, cuya ruta sería por Sidi Mohatar hasta Izumar. Desde esta posición tomaría la loma situada a la izquierda de Ibuseganen y continuaría en dirección a Timayst protegiendo el flanco de la columna de Seoane. Como reserva quedaron los batallones de los regimientos de Infantería Wad Ras n.º 50, Ceriñola n.º 42 e Isabel la Católica n.º 29, así como una batería de 155 mm, que se situaría en las proximidades del llano de Kadía para batir todo el frente enemigo. La Aeronáutica Militar apoyaría el avance de las columnas. Sin embargo, la superioridad del enemigo obligó a los efectivos españoles a retirarse sin cumplir sus objetivos y con un elevado número de bajas: 91 muertos (1 jefe, 11 oficiales europeos y 1 indígena y 78 soldados), 9 soldados desaparecidos y 243 heridos (2 jefes, 14 oficiales europeos, 1 indígena y 226 soldados[37]).

El día 19, los defensores de Tifarauin informaron de que solo le restaban alimentos y municiones para tres días. Durante los dos días siguientes, la aviación española bombardeó los poblados cercanos a Alhucemas en represalia por este cerco. Al tiempo, Silvela aprobó una operación masiva por tierra y mar para el día 22 de agosto, con el objetivo de abastecer esta posición. Participarían nueve columnas:

- En el ala derecha, mandada por el general Fernández Pérez, se situaron cuatro. La de Afrau, a las órdenes del coronel Luis Pardo, formada por las harcas de Amar Uchen y de Guelaya, un tabor de la Mehala del Rif n.º 5, dos compañías de ametralladoras y un batallón del Regimiento

de Infantería Melilla n.º 52. La primera de Dar Quebdani, a las órdenes del coronel Salcedo, integrada por el GFRI de Melilla n.º 2, el Tercio a las órdenes del teniente coronel Francisco Franco Bahamonde, los batallones de los regimientos de Infantería San Fernando n.º 11, Borbón n.º 17 y Guipúzcoa n.º 53. La segunda de Dar Quebdani, mandada por el coronel Seoane, formada por el GFRI de Alhucemas n.º 5 y los batallones de los regimientos de Infantería Asia n.º 55, Galicia n.º 19 y Garellano n.º 45 y dos baterías de artillería de montaña. La de Reserva, a las órdenes del teniente coronel Julio de Castro Vázquez, constituida por una batería de obuses de 155 mm, y los batallones de los regimientos de Infantería Ceriñola n.º 42, Isabel la Católica n.º 29, Valencia n.º 23 y Wad Ras n.º 50.

- En la izquierda, actuarían cinco columnas. La de Kalldussi, a las órdenes del coronel Morales, formada por los batallones de los regimientos de Infantería Gerona n.º 22, Melilla n.º 52 y San Marcial n.º 7, más un escuadrón y la sección de ametralladoras del Regimiento de Caballería Farnesio n.º 12 y un grupo de artillería del Regimiento de Artillería Ligera n.º 14. La de Tafersit, mandada por el coronel Félix Vera Valdés, integrada por seis carros de asalto de Artillería Schneider CA-I, dos compañías y media del GFRI Alhucemas n.º 5 y los batallones de los regimientos de Infantería Álava n.º 22, Albuera n.º 26 y África n.º 53. La de reserva en Dar Drius, al mando del coronel Juan de Micheo y Díaz, formada por un batallón del Regimiento de Infantería Cazadores de Montaña Valladolid n.º 65, tres escuadrones del Regimiento de Caballería Alcántara n.º 10, dos baterías a caballo y dos del Regimiento de Artillería Ligera n.º 9 y un grupo del Regimiento de Artillería Ligera n.º 14. Mas dos columnas de protección (de Drius a Batel la primera y de Tistutin a Arruit), integradas por fuerzas de caballería la segunda.

Estas fuerzas contarían con el apoyo de la aviación y de una potente escuadra encabezada por los acorazados Alfonso XIII y España (16 cañones de 305 mm).

La operación se desarrolló de acuerdo con las nuevas tácticas que se estaban empleando en Marruecos. Primero, la artillería bombardeó las posiciones marroquíes con gas fosgeno y, a continuación, convergieron sobre el objetivo las columnas de la derecha —formadas, fundamentalmente, por tropas indígenas y el Tercio—. Entretanto, en la playa de Afrau se produjo el desembarco de marinos españoles, a la espalda de los insurgentes de Beni Said. Sin embargo, aunque las fuerzas de Abd el-Krim se vieron obligadas a retirarse, las bajas españolas fueron muy elevadas. Un diplomático francés

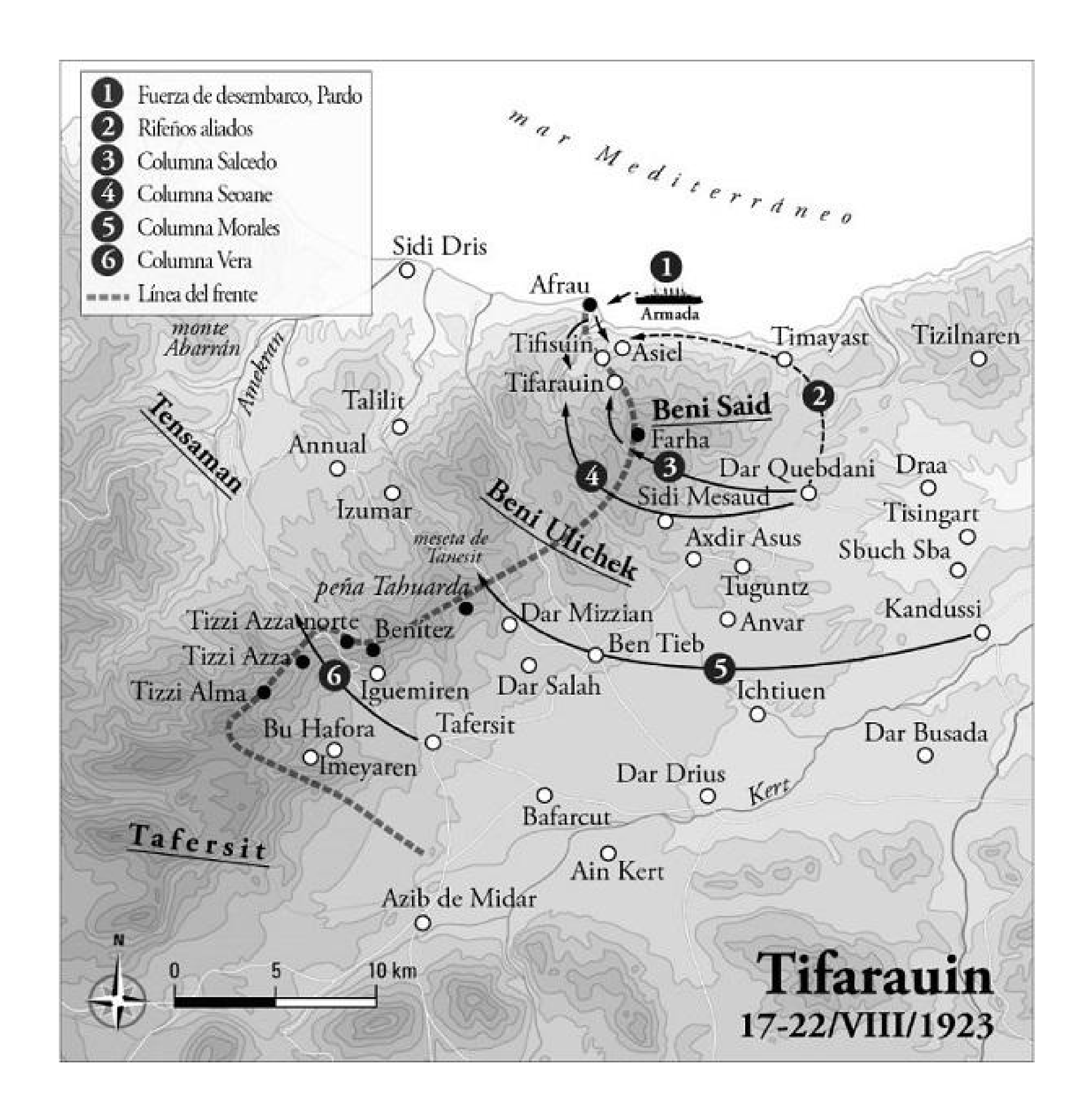
calculó que habían sido desplazados 30 000 soldados para liberar la posición (asediada por solo 9000 soldados rifeños) y, de ellos, 1000 resultaron muertos o heridos. Según la documentación española, las bajas fueron 437: 120 muertos (12 oficiales y 108 soldados) y 317 heridos (23 oficiales europeos, 2 indígenas y 292 soldados de tropa[38]).







Secuencia de imágenes en las que el oficial médico Rafael Ramírez Rivas asiste a su paisano alpujarreño, el suboficial Antonio Carrascosa, herido en el pulmón y en un brazo, que había logrado arrastrarse hasta una posición segura para ser atendido. Colección Antonio Bernardo Espinosa.



1924: EL REPLIEGUE

Primo de Rivera y Marruecos

El 13 de septiembre de 1923, el teniente general Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, capitán general de Cataluña, se pronunciaba en Barcelona y poco después se convertía en dictador. Una de sus primeras decisiones fue sustituir a Silvela por el teniente general Luis Aizpuru y Mondéjar, pero sus intenciones iban más allá de cambiar al alto comisario. Primo de Rivera era un «abandonista», como ya había manifestado el 25 de noviembre de 1921 en el Senado: «Tengo la opinión modesta pero firme (que no he logrado llevarla al de muchos más), que tener un soldado en la otra orilla del Estrecho es

estratégicamente una debilidad para España. Creo esto desde el punto de vista técnico»[39]. El dictador iba a aplicar una política en Marruecos articulada sobre dos vectores. El primero, intentar negociar la paz en ambas zonas, con Abd el-Krim y el Raisuni como interlocutores, mientras se mantenían las posiciones conquistadas. Para lograrlo, autorizó las negociaciones de Aizpuru con los citados caudillos nativos. Con el primero, los tratos discurrieron por cauces favorables a España. Aizpuru firmó un acuerdo en octubre por el que se le reconocía como autoridad suprema del Gobierno marroquí en Yebala. Como tal, se le otorgaba la autorización para pacificar las regiones rebeldes del noroeste de Marruecos con ayuda de las fuerzas españolas. A cambio, el Raisuni accedió a reconocer la autoridad del Majzén y del jalifa del Protectorado español. Sin embargo, con el segundo las negociaciones se estancaron, pues el líder rifeño exigía el reconocimiento de su república por España. El segundo vector dependía del fracaso del primero y tenía como centro la zona oriental. El Ejército se retiró entonces a una línea defensiva más coherente, desde donde se pondría en marcha una doble dinámica. Por un lado, bloquear totalmente el Rif para evitar la llegada de armas, municiones y alimentos. Por otro, atacar a las tropas de Abd el-Krim desde el aire con el empleo de bombas convencionales, incendiarias y químicas, pues, a lo largo de este año, se incrementó de manera notable la fabricación de bombas de iperita tanto en La Marañosa como en Melilla. En este sentido, el teniente general Francisco Gómez-Jordana y Souza escribió que el plan del dictador era retirarse a una línea que pudiera defenderse con pocas fuerzas, para esperar la oportunidad de atacar y recuperar el territorio. Este repliegue tuvo una segunda derivada: el centro de gravedad de la rebelión se desplazaría a la zona francesa[40].

Las críticas de los «africanistas» a este plan no se hicieron esperar porque opinaban que podía provocar, como así ocurrió, «un levantamiento como el del año 24»[41].

El ataque de Abd el-Krim a la zona occidental. El incidente de Ben Tieb

En enero de 1924, Abd el-Krim solicitó el ingreso de la República del Rif en la Sociedad de Naciones. En paralelo, a partir de febrero, desencadenó un ataque contra las posiciones españolas en la zona occidental, que se convirtieron en el espacio principal de sus esfuerzos bélicos durante los meses siguientes, hasta cercar la posición de Coba Darsa y hostilizar las comunicaciones entre Xauen y Tetuán, así como atacar las posiciones de la zona de Larache.

Esta situación convenció a Primo de Rivera de la necesidad de una retirada general. El 30 de mayo de 1924, el Directorio Militar aprobó el plan para establecer una nueva línea de defensa, bautizada como Estella. En la zona occidental, se debía proteger el ferrocarril que unía Tánger con Fez y las carreteras entre Tánger, Tetuán y Ceuta, mientras que Xauen sería abandonada. En la oriental, las tropas retrocederían 15 kilómetros hasta situarse en las posiciones que correspondían a los campos de batalla de 1921. Esta operación suponía la reducción de las tropas presentes de 125 000 a 50 000 soldados y el presupuesto de Marruecos a 100 millones de pesetas. La noticia provocó importantes tensiones entre los «africanistas», inversores y diplomáticos occidentales, preocupados por la posibilidad de que una potencia colonial fuera derrotada por una rebelión indígena en una situación de inestabilidad general en el norte de África y Próximo Oriente. Este pánico afectó especialmente a los británicos, temerosos de que Francia pudiera situarse frente a Gibraltar si España abandonaba su zona. Además, el 23 de junio, el Consejo Supremo de Guerra y Marina, presidido por el capitán general Valeriano Weyler, dictó sentencia por los sucesos de 1921 y absolvió al general Navarro, pero expulsó del Ejército a Berenguer. Sin embargo, todos los condenados fueron amnistiados el 4 de julio[42].

En estas circunstancias, y para reconocer la zona *in situ* y tranquilizar los ánimos, Primo de Rivera se trasladó al Protectorado el 10 de julio. En Ceuta, Tetuán y Larache hubo algún pequeño incidente, pero la visita transcurrió con normalidad. Más tarde, pasó a Melilla, acompañado de los tenientes coroneles Franco, jefe de la Legión, y Luis Pareja, jefe del GFRI Larache n.º 4. El día 19 estuvo en Dar Quebdani para, a continuación, trasladarse al campamento avanzado del Tercio en Ben Tieb, cerca de Taza. En este lugar, tras pasar revista a tres banderas del Tercio y a los Tabores del GFRI Melilla n.º 2, asistió a un almuerzo ofrecido por los oficiales de estas unidades, que había sido ordenado por el comandante militar de Melilla, el general Sanjurjo, íntimo amigo del dictador. A pesar de lo que se ha afirmado, el menú no fue a base de huevos y transcurrió con normalidad hasta el primer brindis, hecho por Franco, donde, tras apelar al espíritu de varios héroes de las campañas marroquíes —Valenzuela o González Tablas—, afirmó que «la Legión espera con ansia vuestras palabras». Fue entonces cuando Primo de Rivera expuso su idea de retirarse y de no proyectar ningún desembarco en Alhucemas. Su discurso fue interrumpido por un grito del entonces comandante Varela, que, tras un intercambio de palabras con el dictador, se calló. Primo de Rivera continuó entonces hablando para negar cualquier posibilidad de desembarcar

en dicha bahía y exigir disciplina a los presentes. Tras finalizar la comida, Primo de Rivera se entrevistó con Franco para hacerle partícipe de su disgusto por el comportamiento de la oficialidad del Tercio. El teniente coronel se solidarizó con sus subordinados y ofreció su renuncia. Pareja se unió a él en la petición, como también hizo el teniente coronel Sebastián Pozas Perea. Sin embargo, solo el jefe de los Regulares perdió su mando y fue sustituido por Emilio Mola Vidal. Tras este incidente, hubo un intercambio de misivas entre Primo de Rivera y Sanjurjo, que simbolizan y señalan dos hechos de enorme trascendencia. Por un lado, la definición de los «africanistas» como una élite militar diferente de los militares peninsulares. Por otro, la negativa del segundo a que el plan de repliegue afectara a la zona oriental, lo que le convirtió, *de facto*, en el líder de los «africanistas»[43].

¡Repliegue a la Línea Estella!

La operación de repliegue comenzó el 18 de agosto de 1924 y se prolongó durante cinco meses. Constituyeron «los más duros y peligrosos de toda la guerra de África», según Franco, porque provocó un levantamiento general de las cabilas de la zona occidental, que aisló Xauen y causó graves problemas en más de 60 posiciones de las zonas de Tetuán y Larache, que tuvieron que ser abastecidos por la aviación. Tal rebelión general era la que había previsto Mola como reacción a una acción de retirada. Aunque el plan siguió adelante. Su objetivo era el establecimiento de una línea defensiva desde Río Martín en el Mediterráneo, cerca de Tetuán, 7 kilómetros al sur de esta ciudad, que pasara por el Fondak de Ain Yedida, protegiera la carretera Tánger-Tetuán y siguiera por el este de Alcazarquivir, hasta el Atlántico, en Larache. Las bases sobre las que se apoyaría esta línea eran cuatro[44]:

- Defensa de Río Martín —puerto de Tetuán— unido a la ciudad por ferrocarril
- Conservación de Gorgues, macizo de extraordinario interés para la seguridad de Tetuán como capitalidad del Protectorado
- Mantener la comunicación de Tetuán con Larache y Tánger
- Defensa del ferrocarril Tánger-Fez



El repliegue comenzó en la zona sudeste de Tetuán el 8 de septiembre y buscaba la evacuación de Wad Lau y de las posiciones situadas en las cabilas de Beni Buzra, Beni Ziat y Beni Said. Los mayores problemas tuvieron lugar en Zoco el Sebt durante los días 11 y 12 de noviembre y en la operación anfibia de Wad Lau, donde se rescató a 3000 hombres entre los días 14 y 15 de noviembre bajo la supervisión del dictador, que tenía su puesto de mando en el crucero Canarias. Esta operación finalizó con el establecimiento de una línea de posiciones en Río Martín el 18 de diciembre, con la finalidad de proteger Ceuta de cualquier agresión, por la columna del coronel Fanjul.

La segunda zona en evacuarse fue el sur de Tetuán. En este espacio, el problema principal radicaba en Xauen, como indicó Fanjul en una misiva a Antonio Maura, fechada el 24 de septiembre[45]:

> Mi querido Jefe y amigo:
>
> En los 16 días que llevó aquí no he dispuesto hasta hoy de unos minutos de reposo para saludar a V. desde estas tierras, donde me han traído para colaborar el esfuerzo que exige esta

difícil situación en que nos ha colocado un levantamiento general del indígena en ferviente colaboración con nuestros yerros, dudas e imprevisiones.

La temeridad militar que constituyó la ocupación de Xauen, buscando un objetivo al final de un camino de moros de 60 Km de longitud, con los flancos descubiertos y por un terreno que por si solo bastaría para poner espanto en el ánimo, cuando dicha ocupación no respondía, además, a ninguna finalidad política ni militar, ha sido el origen de esta enorme tragedia.

Annual y Xauen son dos episodios que partiendo del mismo error inicial político, han tenido igual causa: la debilidad militar de una línea que se tambaleaba sin tocarla, y que ha caído el menor empuje.

Nuestros generales, insensatamente, han querido ofrecer al país conquistas, y, rivalizando en el empeño, sin tener el frente de Gobiernos conscientes, han dado lugar a esta situación que apena como español y como militar.

Llamaban conquistar al avance en que el dinero era factor más esencial que el cañón, y decían consolidado lo que conquistaban cuando un moro de prestigio dudoso y ambición desmedida, harto de dádivas, lo afirmaba; no han pensado que las adhesiones del moro son efímeras y que, en cuanto seguridad, sólo puede fiarse el mando en la eficiencia de la ocupación militar.

La enmienda pues que preconizó Vd. desde el banco azul, a raíz de Annual, no ha existido y aquella catástrofe fue lección olvidada desde que ocurrió.

La situación aquí es angustiosa por el número de fuerzas bloqueadas y hemos comenzado con no mala fortuna las operaciones para su liberación. Dios quiera que nuestros esfuerzos tengan un éxito proporcional a nuestro deseo y a nuestra voluntad para lograrlo; y algo hay que confiar también en la Providencia, porque los recursos militares son hay escasos y en cada combate se merman y desgastan.

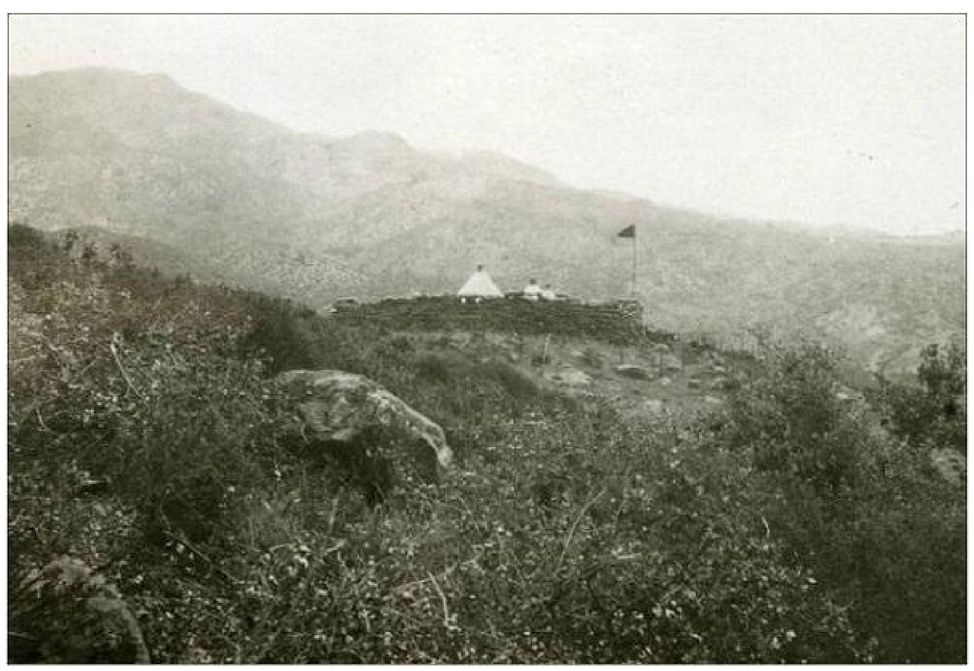
Me asusta, por España, solo pensar que tengamos un contratiempo, y aquí está, vigilante y ansiosa, la representación del Directorio, que sin duda, espera ver despejada la situación para regresar a la Corte.

A pesar del pesimismo de Fanjul, el cerco de esta ciudad se levantó el 29 de septiembre y comenzó el repliegue donde destacaron dos tenientes coroneles: Mola, que, al frente del GFRI de Larache n.º 4, defendió Dar Akobba desde el 25 de agosto, posición clave para salvaguardar la retirada de la ciudad santa del Rif, al estar en el camino entre esta urbe y Tetuán; y Franco, que, al mando de las cinco banderas del Tercio, protegió la retirada de las fuerzas de Xauen. La operación tuvo lugar en tres fases. La primera se desarrolló entre Xauen y Dar Akobba el 17 de noviembre; la segunda, entre esa posición y Zoco el Arbaa de Beni Hassan y el Fondak del Amin, el 19 de noviembre; y la tercera, desde esas posiciones a Taranes y Ben Karrich, el 11 y 12 de diciembre. La acción terminó con la llegada de las fuerzas españolas a Tetuán, pero también con la entrada de Abd el-Krim en Xauen el 14 de diciembre, donde se apoderó de un cuantioso botín, incluido un hospital de campaña completo. El número de bajas fue enorme. Mola contabilizó solo en el GFRI de Larache n.º 4 entre el 4 de julio y el 5 de octubre, cuando salieron de Xeruta, 662: 13 oficiales y 144 soldados muertos, 25 oficiales y 446 soldados heridos, 1 oficial y 25 soldados contusos y 8 desaparecidos[46].

La tercera zona fue el sudoeste de Tetuán, donde una columna a las órdenes del coronel Enrique Ovilo rescató la guarnición de Adrú, que había

caído el 3 de octubre y se evacuaron las posiciones de Buharrat, Serrano y Gallego. Posteriormente, las tropas se replegaron sobre Tetuán.

La cuarta fueron las zonas noroeste y oeste de Tetuán. En la primera, se debía llevar a cabo el repliegue de las posiciones de Wad Ras, Anyera y parte de Haus. La cabila de Anyera se sublevó el 13 de diciembre y atacó de forma simultánea diversas posiciones españolas, que provocó la caída de Alcazarseguer. Al tiempo, hizo lo mismo la de Wad Ras. Para proteger el repliegue de las posiciones ante estos movimientos rebeldes, se organizaron dos columnas el 16 de diciembre: la del general de brigada Leopoldo Saro Martín, integrada por unidades de Regulares, de la mehala, del Tercio y peninsulares en Laucién; y la del teniente coronel Franco, con dos banderas del Tercio en Air Yir. La primera regresó a Laucién el día 21 tras haber organizado con éxito el repliegue de las posiciones del valle del Jemis. Por su parte, la de Franco, tras duros combates, incorporó las guarniciones de Zoco el Telata y de los blocaos Tuikán y Tiula y regresó a la bahía de Almarza. En el oeste, el objetivo era la protección de las comunicaciones Tetuán-Régaia y el cierre de la frontera con Tánger, operación que culminó el general Saro el 28 de diciembre, aunque las acciones se prolongaron hasta el 24 de enero de 1925.



Blocao español en 1922 en el que se aprecian los sacos terreros en el perímetro y un par de tiendas cónicas que sobresalen. Cabe destacar la potencia orográfica del contexto en el que está sito. Álbum del coronel Rafael Tejero Saurina. Museo del Ejército. Sig. MUE-204770.

La quinta fue la zona sur a norte de Larache. El repliegue de las posiciones en la cabila de Beni Arós comenzó el 26 de septiembre y el de las

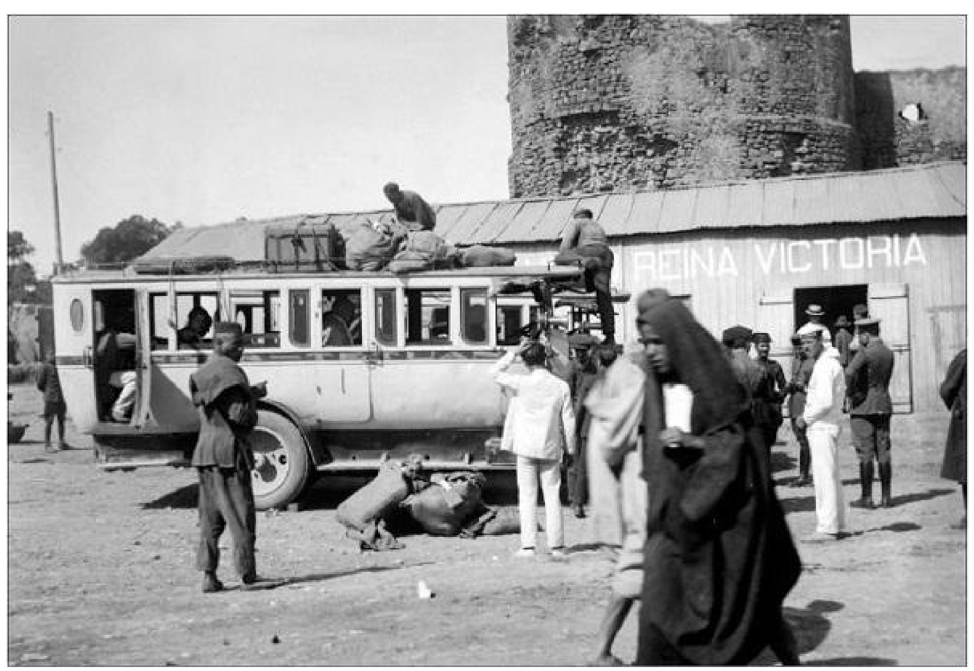
posiciones de Beni Isef, Beni Sicar y parte de Ahl Serif entre el 29 de noviembre y el 29 de enero de 1925. Las operaciones se hicieron con la dirección del general de brigada José Riquelme López-Bago, comandante militar de Larache, en las que desempeñaron un importante papel las columnas de los coroneles Leopoldo García Boloix de la Peña, Manuel González Carrasco, Cándido Pardo González, Ángel Prats Souza y Juan Sáez de Retana, que lograron establecer la línea de defensa de Larache.

Por último, el enlace entre las líneas de Tetuán y Larache se realizaría entre enero y febrero de 1925. Este conjunto de operaciones supuso la evacuación de Yebel Hebib y el establecimiento de la línea desde Beni Arós a Régaia. La columna del general Saro estableció los puestos de enlace entre Régaia, Cuesta Colorada, Seguedla y Buisa. La de Pardo González, los de la orilla izquierda del Jarrub.

Todas estas acciones estuvieron acompañadas de numerosos intentos de llegar a un acuerdo con Abd el-Krim, los cuales que fracasaron[47].

1925: EL TRIUNFO DE LA SOLUCIÓN MILITAR

La situación en la zona española



Escena de una ciudad costera del Marruecos español, zona occidental, en la década de 1920. Aparece un autobús de línea Tánger-Tetuán cargado con fardos y maletas de equipaje. Al fondo, un variado grupo de personajes parece esperar para el embarque en el vapor Reina Victoria: guardias civiles, un marinero, algún civil. Archivo de Jorge Bosch Díaz. Colección Sánchez Vigil.

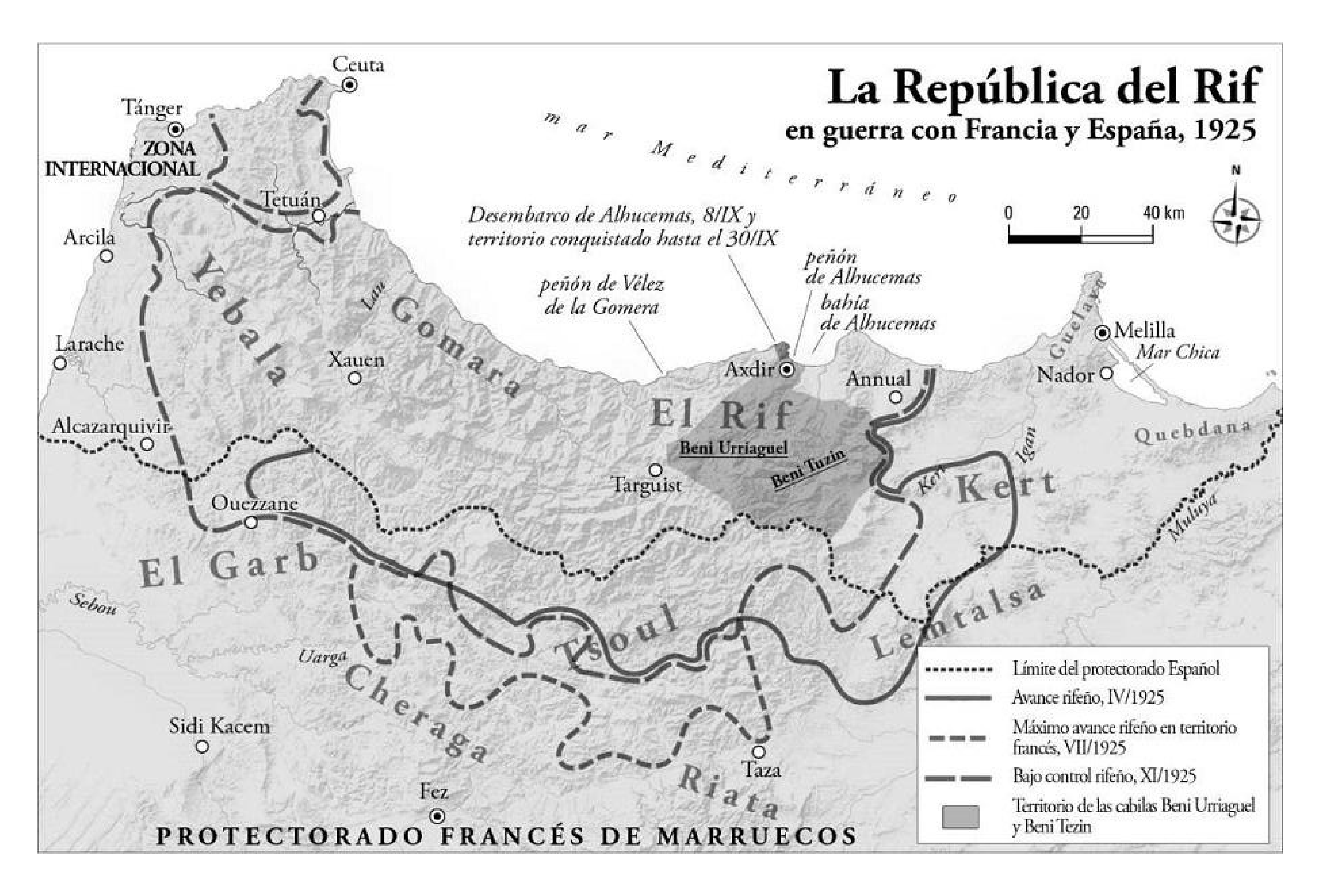
El 28 de enero de 1925 culminó el repliegue en la zona occidental del

Protectorado español. Los españoles habían logrado situarse tras la Línea Estella. No obstante, la operación había sido un desastre desde el punto de vista humano. El número de bajas fue enorme: entre los 8000 muertos y heridos de Payne hasta los 18 000 de Balfour, pasando por los 13 500 de Fontenla Ballesta. Vincent Scheean, un periodista estadounidense que acompañaba a las tropas de Abd el-Krim, escribió que en Xeruta vio los cadáveres de unos 600 soldados españoles[48]. Además, desde el punto de vista político, fue negativa, pues dio una baza más al líder rifeño, cuyo prestigio aumentó de forma notable tras la retirada española. El antiguo subordinado del cherif de la Yebala, Ahmed el-Jeriro, ahora a las órdenes del líder rifeño, atacó Tazarut, la guarida del Raisuni, el 25 de enero, y le hizo prisionero. El líder rifeño pudo así extender su influencia también sobre Yebala y Gomara. Por último, desde el punto de vista militar, tampoco pudo considerarse un éxito. La retirada no solo supuso abandonar territorios que poco después hubo que reconquistar, sino que además no proporcionó seguridad al territorio que había quedado bajo control español. Por el contrario, la táctica empleada a partir de ese momento consistente en atacar desde el aire con bombas convencionales, incendiarias y de gas mostaza a la población del Rif no evitó que los soldados de Abd el-Krim llegaran a las puertas de Ceuta y bombardeasen Tetuán desde las cimas que rodean la ciudad. Estas acciones sobre la capital del Protectorado se vieron favorecidas por la sublevación de las cabilas de Anyera y Haus, que cortaron las comunicaciones entre Tetuán, Tánger y Ceuta:

> Por la sublevación de Anyera [Primo de Rivera] se ve obligado a doblar esta línea con otra análoga para cubrir la carretera de Ceuta a Tetuán por el Oeste y la de Tetuán a Tánger por el Norte; puede decirse que en aquella fecha España sólo ocupa en la zona occidental las poblaciones de Ceuta, Tetuán, Arcila, Larache y Alcázar y la carretera general que las une, protegida a uno y otro lado por una doble línea de pequeños puestos, y esto muy precariamente, como lo prueban las constantes agresiones en la carretera y la entrada en Tetuán de la partida del Jeriro[49].

Sin embargo, esta peligrosa dinámica se desarrolló en un contexto muy diferente al de 1921. El Ejército de Marruecos se había transformado de forma paulatina en una organización muy eficaz, bien armada, instruida y coordinada, cuya fuerza de choque estaba constituida por las unidades del Tercio y de Regulares, que sumaban 7716 y 13 537, respectivamente. La existencia de este instrumento de guerra y la desaparición del temor a que las bajas de soldados españoles provocasen tensiones en la opinión pública hicieron posible que se impusiera la vía militar como instrumento para resolver definitivamente el problema de Marruecos. Este planteamiento

suponía apostar por un desembarco en la bahía de Alhucemas. Acción que no solo pondría fin a la rebelión de las cabilas, sino también a la posibilidad de que la República del Rif se transformara en un foco de acción comunista, o que fuera utilizada por Francia para incomodar a Gran Bretaña. Sin embargo, y aunque en marzo de 1925 se realizó un desembarco exitoso en Alcazarseguer —entre Ceuta y Tánger— como prolegómeno, el dictador seguía sin estar convencido de esta vía y todavía priorizaba la negociación, que no pudo culminarse porque Abd el-Krim rechazó cualquier acuerdo[50].


La República del Rif
en guerra con Francia y España, 1925
m a r   M e d i t e r r á n e o
N
0
20
40 km
Desembarco de Alhucemas, 8/IX y
territorio conquistado hasta el 30/IX
peñón de Vélez
de la Gomera
peñón
de Alhucemas
bahía
de Alhucemas
Ceuta
Tánger
ZONA
INTERNACIONAL
Tetuán
Arcila
Larache
Alcazarquivir
Xauen
Yebala
Lau
Gomara
Axdir
Annual
El Rif
Beni Urriaguel
Beni Tuzin
Targuist
Melilla
Mar Chica
Nador
Guelaya
Quebdana
Igan
Kert
Kert
Muluya
Ouezzane
El Garb
Sebou
Uarga
Cheraga
Tsoul
Lemtalsa
Sidi Kacem
Taza
Riata
Fez
PROTECTORADO FRANCÉS DE MARRUECOS
Límite del protectorado Español
Avance rifeño, IV/1925
Máximo avance rifeño en territorio francés, VII/1925
Bajo control rifeño, XI/1925
Territorio de las cabilas Beni Urriaguel y Beni Tezin

Fue entonces cuando el líder rifeño cometió el gran error de su vida pública: atacar la zona francesa.

El ataque de Abd el-Krim a la zona francesa: la batalla del Uarga

Entre el año 1924 y el 12 de abril de 1925, se extendió la primera etapa del conflicto entre Abd el-Krim y el Ejército francés, denominada por Pascal «fase de crisis». La causa fundamental del enfrentamiento fue la retirada española de la zona occidental, que puso en contacto a los guerreros del líder rifeño con los soldados galos y provocó que Lyautey reforzara las defensas del valle del Uarga. Esta decisión del residente general fue considerada una declaración de guerra por Abd el-Krim y provocó los primeros combates, que se sucedieron hasta el final del año y que fueron, simplemente, preliminares de la gran invasión que vino después. Así lo advirtió el mariscal en un informe que envió a París el 21 de diciembre de 1924, en el que reflejaba sus preocupación por la situación que vivía el Protectorado —máxime tras la reducción drástica de las tropas destinadas en este territorio, que pasaron de 91 000 hombres en 1921, a 63 000 en 1923 y 59 000 en 1924— y el peligro que para los intereses de Francia podía significar un Estado musulmán independiente en la zona del Rif. Para paliarlo, propuso dos medidas básicas. Por un lado, la acción política sobre la estratégica cabila Beni Zerual, con el objetivo de mantener su lealtad al Majzén. Por otro, el envío de efectivos para repeler el próximo ataque, que debía tener lugar en marzo de 1925. Sin embargo, el ejecutivo de París, nacido del triunfo del Cartel des Gauches —una alianza táctica de radicales y socialistas— en las elecciones de 11/25 de mayo de 1924, no tenía Marruecos entre sus prioridades[51].

El ataque rifeño se retrasó al mes de abril y dio origen a la denominada batalla del Uarga. El día 15, 4000 guerreros de Abd el-Krim se pusieron en marcha y atacaron a los Beni Zerual. En menos de una semana, esta cabila quedó sometida al líder rifeño. Tras esta victoria, lanzó sus fuerzas contra la línea de 60 puestos defensivos francesa, débilmente defendidos por fusileros senegaleses y argelinos, que fueron cercados en su mayoría. A la vez, numerosas cabilas de la zona se rebelaron contra los franceses gracias a los manejos de los agentes del líder rifeño. La subversión alcanzó la zona de Taza y puso en peligro las comunicaciones con Argelia. La amplitud y organización del asalto sorprendió a los franceses, superados por el eficaz empleo de la artillería, las ametralladoras y las tácticas de infiltración empleadas para tomar los puestos defensivos franceses. Este adiestramiento se lo habían proporcionado a los rifeños desertores europeos con experiencia

en la Gran Guerra, incluidos miembros de la Legión Extranjera francesa. Para detener esta avalancha, Lyautey solo disponía de 10 batallones de infantería y unos 25 000 hombres. La llegada de refuerzos se retrasó debido a la situación existente en París, donde el radical-socialista Édouard Herriot había sido sustituido el 17 de abril por el dirigente del mismo partido Paul Painlevé como presidente del Consejo de Ministros. Hubo que esperar al día 23 para que llegaran 5 batallones procedentes de Argelia, que estuvieron disponibles para combatir el día 30. «Esta demora tendría consecuencias dramáticas»[52].

Los refuerzos permitieron a Lyautey reestructurar sus fuerzas, que el 23 de mayo alcanzaban 60 batallones de infantería, 34 baterías de artillería, 15 escuadrones de caballería, 2 escuadrones de carros de combate y 14 escuadrillas de aviones. El frente se dividió en cuatro sectores, al mando de militares muy capaces —el general de brigada Paul Colombat y los coroneles Henry Freydenberg, Albert Cambay y Charles Noguès—. Se les asignó a cada uno de ellos un grupo móvil, integrado por unidades de diferentes armas terrestres y apoyadas tácticamente por la aviación[53]. El coronel Fabre definió estas unidades, también llamadas «columnas», como «una agrupación de todas armas, dotada de los servicios necesarios para que pueda vivir y combatir aisladamente, venciendo todas las resistencias que pueda encontrar en su zona de acción. Su misión puede durar varias semanas, varios meses, a condición de que los servicios de retaguardia estén en condiciones de asegurarle los refuerzos y los abastecimientos necesarios»[54]. Su origen hay que buscarlo —según Chailland— en las experiencias operativas acumuladas por la «Escuela Colonial» de Marruecos, pues los primeros se crearon en 1914, poco después del comienzo de la Gran Guerra. No obstante, ante esta hipótesis, Muñoz Bolaños apunta su semejanza con las «columnas» empleadas por el Ejército español, donde la aviación había desempeñado, y desempeñó, un papel fundamental. Entre mayo y junio, los cuatro grupos móviles desarrollaron un conjunto de operaciones de socorro a los puestos cercados por las tropas de Abd el-Krim, en que el papel del 37.º Regimiento de Aviación, mandado por el coronel Paul Armengaud, fue clave[55].

Las fuerzas de Lyautey lograron mantener un frente de 350 kilómetros y conservar algunos puestos como Aoulai, donde, durante dos semanas, 3 oficiales, 2 suboficiales y 60 tiradores senegaleses resistieron el acoso de los rifeños, que llegaron a cañonearlos desde una distancia de 350 metros. Otros sucumbieron tras intentar ser avituallados a cambio de numerosas bajas. Así, por ejemplo la escolta del convoy para abastecer Bibane —cuya guarnición era de tan solo de 50 hombres— enviado el 27 de mayo, sufrió más de 100

muertos y 400 heridos. Dos días después, esta posición cayó en manos de los hombres de Abd el-Krim. Esta dramática situación obligó a Lyautey a ordenar una retirada el 15 de mayo. La nueva línea de defensa se estableció entre Tafrant y Taounet como puntos fuertes. La situación era tan preocupante que, el 10 de junio, Painlevé viajó a Marruecos para conocer de primera mano la situación reinante en el Protectorado. Fue entonces cuando el mariscal, además de exigir refuerzos, propuso una estrategia diplomática y militar coordinada con España, por lo que cambiaba, así, su posición política hasta ese momento. Sin embargo, el presidente del Consejo de Ministros no se comprometió con ninguna de estas dos peticiones. Por el contrario, cuando comprendió que el Partido Comunista de Francia se oponía a cualquier operación ofensiva en Marruecos, abogó por la paz en un discurso en la Asamblea Nacional pronunciado el 19 de junio. Por tanto, como en España, los equilibrios políticos mediatizaban la acción militar en el Protectorado[56].

En julio, Abd el-Krim modificó su plan inicial y trasladó su línea de ataque al sector oriental para cortar la carretera y el ferrocarril Fez-Taza-Oudja, para lo que empleó entre 5000 y 6000 guerreros de las tribus de Yebala, con los rifeños en la reserva. La intención que perseguía era romper el frente francés por Taza e incorporar a la rebelión a nuevas cabilas. En paralelo, las de Tsoul y Branes, hasta ese momento leales a Francia, se unieron a la insurgencia. El objetivo buscado, que no puede desvincularse de la insurrección del mundo árabe contra el dominio europeo, era que la rebelión se extendiese a Argelia y se creara así un nuevo frente que se uniera a la Gran Revuelta de Siria iniciada en julio de 1925. Estas rebeliones eran apoyadas por los partidos nacionalistas Wafd de Egipto y Destour de Túnez, cuya influencia se extendía también a Argelia. En estas circunstancias, algunos mandos franceses abogaron por abandonar Taza para reducir el frente defensivo. Pero el mariscal, al entender el simbolismo que esta decisión podía acarrear, se negó el 3 de julio. La ciudad, cuya guarnición estaba mandada por el general de brigada Gaston-Henri Billotte, se salvó gracias a los contraataques franceses y al envío de los dos últimos batallones de reserva, que desarticularon las fuerzas del líder rifeño. Con la defensa de Taza terminó la batalla de Uarga[57]. Según Fontenla Ballesta: «Abd-el-Krim solo consiguió una victoria pírrica […] Abrió un nuevo frente, nada recomendable desde el punto de vista estratégico, y se ganó un nuevo y poderoso enemigo»[58]

Tras este combate, y aunque el líder rifeño no había conseguido sus objetivos, las unidades francesas habían acumulado enormes pérdidas después de tres meses de lucha: 140 oficiales y 2500 suboficiales y soldados muertos

—780 franceses—, 259 oficiales y 7400 suboficiales y soldados heridos —1800 franceses— y 20 oficiales y 1200 suboficiales y soldados desaparecidos —255 franceses—. En total: 11 419 bajas. A estas pérdidas se añadían tres problemas más. El primero, el coste de la campaña: 950 millones de francos. El segundo, que casi todos los batallones estaban desorganizados, con sus compañías distribuidas a lo largo de todo el frente, sin conexión entre ellas. El tercero, el grave problema que suponían los soldados musulmanes, muy sensibles a la propaganda de Abd el-Krim[59].

Lyautey volvió a exigir el envío de refuerzos e instó a que fueran batallones enteros y no compañías o reemplazos. Sin embargo, la situación en París se le había vuelto en contra. Sus relaciones personales con Painlevé, que además de la Presidencia del Consejo de Ministros también ejercía la cartera de Guerra eran pésimas desde la Primera Guerra Mundial. Tampoco su figura era vista positivamente por la mayoría parlamentaria que sustentaba el ejecutivo por su ideología monárquica y católica tradicional. De hecho, De Gaulle afirmó que esa fue la causa principal de su destitución. Sin embargo, el mayor problema recaía, por un lado, en el antimilitarismo característico de la izquierda francesa, presente en especial en el Partido Comunista, y, por otro, en la actitud contraria a cualquier conflicto bélico de la sociedad francesa, consecuencia de las ingentes pérdidas humanas ocasionadas por la Gran Guerra. Esta suma de dinámicas negativas llevó al mariscal —hasta entonces el militar francés con un planteamiento más definido en el campo de la política colonial—, a bascular entre diferentes opciones: el reconocimiento de la República de Rif, la cooperación con España, que hasta entonces había rechazado, y el empleo de gases venenosos para combatir a los rifeños, siguiendo las prácticas del Ejército español. «Esta dualidad de su enfoque —según Gershovich— confundió a sus superiores y llevó a una seria erosión de su credibilidad»[60]. El resultado final fue que el Gobierno decidió separar las dos competencias que, hasta entonces, había tenido el residente general. El mariscal siguió manteniendo el mando político, pero el militar pasó al general de división Stanislas Naulin, un veterano en el mando de tropas indígenas del norte de África. Esta decisión del ejecutivo francés fue consecuencia de la recomendación del militar más prestigioso de Francia: el mariscal Philippe Pétain[61].

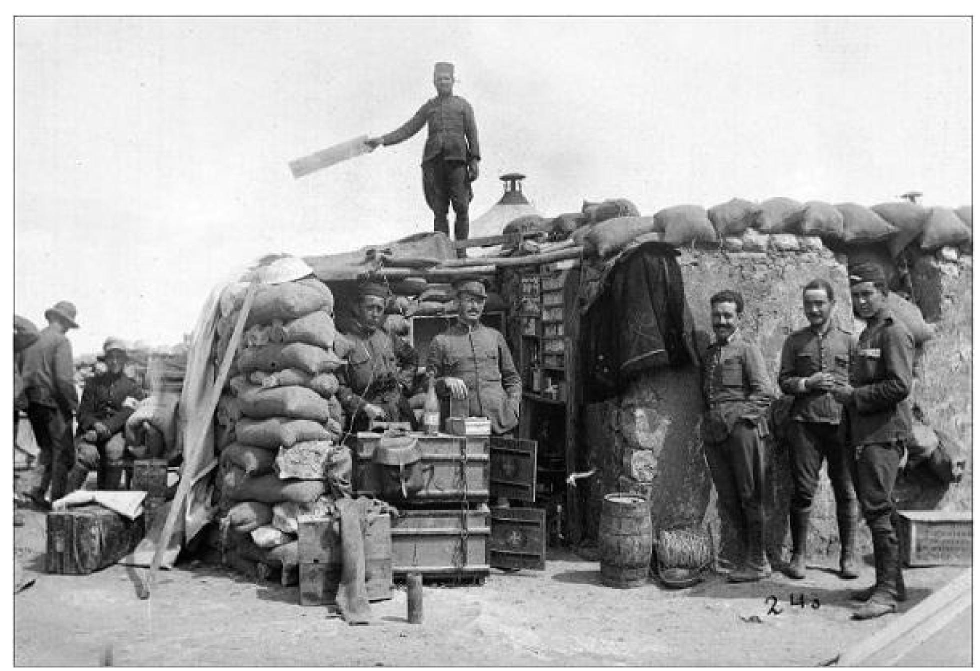


Imagen de un consultorio médico en el Protectorado español de la década de 1920. Se pueden apreciar los botiquines y los preparados existentes en el mismo. Archivo de Jorge Bosch Díaz. Colección Sánchez Vigil.

El mariscal Pétain en Marruecos

La difícil situación política y militar que se vivía en Marruecos obligó a Painlevé a ordenar al «vencedor de Verdún» que acometiera una inspección sobre el terreno. La decisión del presidente del Consejo de Ministros resultó acertada. El prestigio de este militar era enorme en Francia tras su actuación en la Primera Guerra Mundial y era la única persona capaz de modificar la opinión contraria al envío de tropas a este territorio que existía en esos momentos. Además, como vicepresidente del Consejo Superior de la Guerra e inspector general del Ejército, era la máxima autoridad militar francesa y el generalísimo del Ejército en tiempos de guerra. Además, tenía otras dos características que le hacían especialmente idóneo para la misión que se le encomendaba: era un reconocido republicano y no se caracterizaba por su devoción religiosa. En su contra se podía argumentar que no tenía experiencia colonial, pues formaba parte del grupo de militares metropolitanos que, a finales del siglo XIX, se habían mostrado contrarios a las aventuras exteriores de Francia. Por eso, al principio se mostró reacio a cumplir esta misión, aunque terminó por acatar la orden de Painlevé[62].

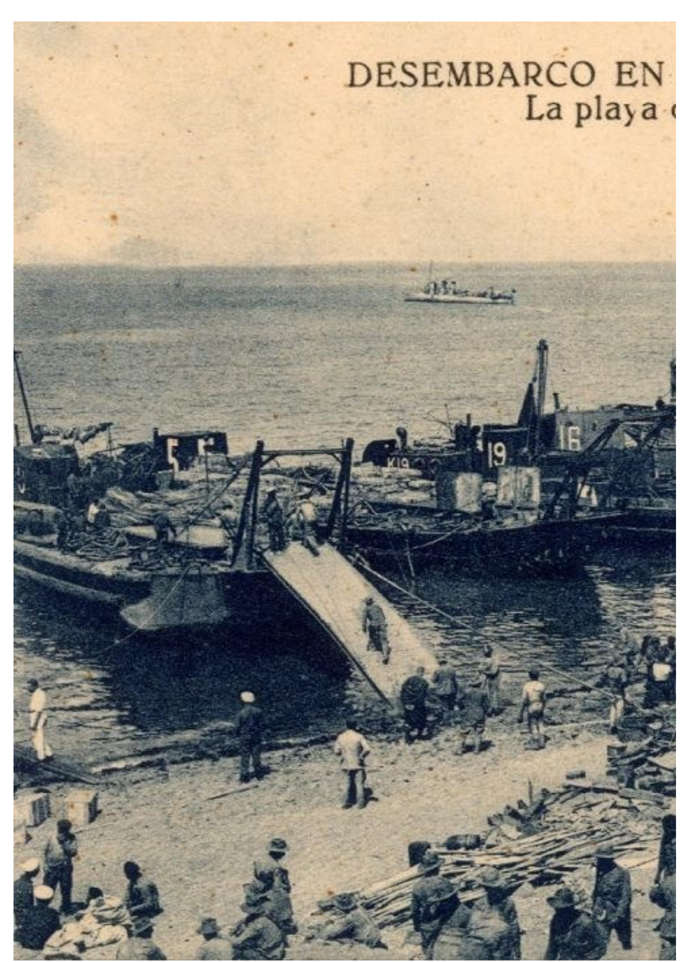
El mariscal llegó a Marruecos el 17 de julio de 1925 y pronto comprendió que la dinámica existente en los efectivos de este territorio era idéntica a la

que se había encontrado en 1917 en las unidades del frente occidental tras la fracasada ofensiva del Camino de las Damas. Ante esta tesitura, decidió aplicar las mismas medidas que entonces le proporcionaron tan gran éxito: concesión de numerosas cruces de Guerra, mejora en la alimentación, entrega gratuita de tabaco y de servicios postales. No obstante, más allá de restaurar la moral de las tropas, Pétain, que siempre fue un militar puro y no un político como Lyautey —aunque a partir de 1940 lo intentase al liderar el régimen de Vichy—, se dio cuenta de que el problema al que se enfrentaba Francia era estrictamente castrense. Por tanto, la prioridad absoluta pasó a ser la colaboración con España, como así expuso en la entrevista que mantuvo con Primo de Rivera el 26 de julio. Al día siguiente, ya en Francia, escribió un informe en el que reconoció que las fuerzas de Abd el-Krim constituían «el enemigo más poderoso y mejor armado con el que nos hemos enfrentado en nuestras campañas coloniales». Por tanto, consideraba que para vencerlo «dos condiciones son indispensables: muy considerables refuerzos y la colaboración franco-española»[63]. Sin embargo, tanto España como Francia seguían apostando por la paz con el caudillo rifeño y precisamente en julio enviaron una comisión con ese propósito, pero Abd el-Krim se negó a iniciar negociaciones[64].

La actitud del caudillo rifeño abrió una ventana de oportunidad definitiva a la solución militar. Así, a finales de agosto, Francia disponía en Marruecos de 142 000 soldados regulares y 20 000 irregulares, armados con carros ligeros Renault FT-17 y obuses Schneider de 155 mm. Además, el número de escuadrones de aviación pasó de 6 a 20. Pétain, que había tomado el mando de las operaciones desde el día 18 de dicho mes, ordenó a Naulin que desplegara estas fuerzas y reforzara el frente. Para realizar esta acción, el general organizó sus fuerzas en 7 divisiones y aplicó los principios de la *bataille conduite* que venía preconizando desde comienzos de la década de 1920. En esta forma de combate, el uso masivo de la artillería y la aviación se combinaba con la sincronización completa entre las diferentes armas, en terrenos previamente preparados para el combate, con arreglo a un avance escalonado donde primero se producía el bombardeo artillero, a continuación el avance de los carros de combate y, detrás de ellos, el de la infantería. Pero, paradójicamente, este planteamiento dio poco resultado. Los rifeños rechazaron el combate contra unidades muy superiores. Ante el fracaso de la aplicación de tácticas propias de la guerra europea en Marruecos, Pétain optó por dividir a sus fuerzas en brigadas ligeras de 6 batallones, que empleó para apoyar a las tropas indígenas y profesionales (gums, spahis, harcas, tiradores

senegaleses y legionarios extranjeros), sobre las que recayó el peso del combate. La aviación actuaría como artillería aérea. El resultado de este nuevo planteamiento táctico fue una disminución notable de las bajas de soldados europeos —que alcanzó en algunos casos, como el de la 7.ª División de Infantería, una tasa del 3,5 por ciento tras seis meses de operaciones—, lo que evitó que se desencadenara una dinámica contraria al conflicto en la metrópoli[65].

Por tanto, en las postrimerías del desembarco de Alhucemas, España y Francia no solo habían decidido apostar por la opción militar para acabar con Abd el-Krim, sino también por reducir al máximo las pérdidas de soldados metropolitanos. Para ello desarrollaron nuevos planteamientos tácticos que combinaban las armas más modernas con prácticas propias de la guerra irregular y donde el peso de los combates recaía, fundamentalmente, en las tropas indígenas, no en europeas, y profesionales.



Punto de atraque de las tropas españolas en la playa de Morro Nuevo durante la operación del desembarco de Alhucemas. Tarjeta postal de la época.

El teniente coronel García Herranz, dirige la palabra a los soldados, desde la proa y desde la popa. Su arenga, agriamente agresiva, ardorosamente patriótica, de militar y no de protector, termina con un «¡Viva España!», que halla en todos los corazones ecos de febril entusiasmo[1].

Benito Artigas Arpón, periodista

7

POR AIRE, POR MAR, POR TIERRA: DE ALHUCEMAS A LA VICTORIA

Ramón Díez Rioja

El desembarco de Alhucemas en 1925 fue un acontecimiento histórico decisivo en la historia de España. No se trató de una de tantas acciones militares en el Protectorado español en Marruecos, sino que fue la gran operación militar del Ejército en muchos años. Por primera vez en 1911, y año tras año, sin solución de continuidad, desembarcar fuerzas españolas en las costas de Alhucemas estuvo presente en las reuniones oficiales celebradas en las dependencias de las instituciones más importantes del país: desde el Palacio Real hasta los ministerios de la Guerra y de Estado, pasando por el despacho de los presidentes del Consejo de Ministros. «La cuestión de Marruecos» se convirtió en «la cuestión de Alhucemas»: Protectorado y desembarco se trocaron en sinónimos. El asunto del desembarco se debatía en el Congreso, en el Senado, en la prensa y en la calle. Todo el mundo pareció asumir que la solución para controlar el territorio pasaba por llevar a cabo una operación anfibia en la bahía de Alhucemas; todos, excepto Berenguer y Silvestre que, si bien compartían la solución —alcanzar Alhucemas— no contemplaron un desembarco en su estrategia y trataron de llegar al territorio en 1921 mediante una operación terrestre. A partir de los hechos de Annual, incluso aquellos africanistas del sector más duro, o sea, los mandos de las tropas de choque (Legión y Regulares), cuyos referentes habían sido los generales del «desastre», interpretaron que, en efecto, era necesario operar desde el mar. Durante casi tres lustros las autoridades políticas y militares calificaron la operación como «definitiva», «concluyente», «decisiva», «terminante», «final»; «incuestionable», sentenció Maura. Sin embargo, ningún Gobierno de la Restauración se atrevió a llevarla a cabo. Fue finalmente en septiembre de 1925 cuando se ejecutó, pero no porque entonces Primo de Rivera asumiera la empresa como objetivo prioritario de su política en Marruecos, sino que se trató de una solución de circunstancias.

No podemos entender la «fase de control» del colonialismo español en Marruecos, entre 1909 y 1925, sin tener presente un proyecto de desembarco. Resulta difícil encontrar en la historia militar moderna una operación que se haya mantenido presente en la mente de los estrategas durante más de catorce años. Un tiempo en el que se sucedieron gobiernos, se alternaron los responsables militares en Marruecos, cambiaron las circunstancias internacionales, se modificó el *statu quo* rifeño… pero la idea de operar por mar en Alhucemas fue una constante.

Desde que Primo de Rivera asumió la presidencia del Gobierno, tras el golpe de Estado en 1923, hasta septiembre de 1925, cuando se llevó adelante la operación, no hubo un plan concreto para Marruecos. Fueron dos años marcados por la falta de determinación del dictador. Sus decisiones oscilaban y cambiaban de orientación: de la inmovilidad inicial al repliegue de 1924 y del repliegue a la obsesión por desembarcar en Alhucemas a partir de febrero de 1925. En ese escenario se produjo un suceso inesperado en el Protectorado francés: el ataque rifeño a sus posiciones en la frontera septentrional con el Protectorado español, en abril de 1925. Aquel hecho propició un cambio de orientación en el Gobierno de la Tercera República que, por primera vez desde 1912, planteó al Gobierno de España una colaboración entre ambas naciones para acabar con Abd el-Krim. La propuesta del gabinete francés significó el punto de inflexión que posibilitó la ejecución del desembarco.



Detalle del desembarco de Alhucemas, en 1925: «A media tarde, las barcazas, vacías ya, quedan en el agua, y los últimos soldados desembarcados se forman en la playa y suben, siguiendo a sus compañeros, al asalto de las alturas cercanas». Zarco. Franco en la Guerra de África. Biblioteca Nacional de España.

LA IDEA DE DESEMBARCAR

Consumado el repliegue en la zona occidental —finales de 1924—, el dictador ofreció a Abd el-Krim un acuerdo de paz con objeto de poner fin a una guerra costosa en lo económico y trágica en lo humano. Una entente con el Gobierno de Francia no formaba parte de sus planes. En aquel marco

negociador, el interlocutor por parte española fue el empresario Horacio Echevarrieta, el mismo que había representado al Gobierno de España en las conversaciones de enero de 1923 para la liberación de los prisioneros capturados durante el Desastre de Annual[2]. El plan de paz del Directorio concedía a los rifeños una amplia autonomía, similar a la que le ofreció el último Gobierno de la Restauración a Abd el-Krim en junio de 1923. Echevarrieta comprobó que las posiciones no habían variado, pues reivindicaban el reconocimiento de la República del Rif a cambio de una posición ventajosa para los españoles en todo lo relacionado con la explotación minera y el desarrollo de cualquier otra actividad industrial. Tan solo si se consentía la existencia de un Estado independiente en el Rif, y se respetaba la organización política de las cabilas, Abd el-Krim —comunicaba Echevarrieta— reconocería y aceptaría el Protectorado de España[3].

La ruptura de las negociaciones y los continuos ataques rifeños a las posiciones españolas más avanzadas provocaron la reacción del marqués de Estella, que interpretó una posible solución en la ocupación de la bahía de Alhucemas. Se convenció entonces de la necesidad de asestar un golpe al corazón de la «rebelión», focalizado en los territorios de Beni Urriaguel y Beni Tuzin, «la Prusia del Rif»[4], salvando de ese modo el honor del Ejército y el de la nación. Su idea era establecer dos o tres posiciones en la bahía y negociar con las potencias internacionales el reconocimiento de soberanía de esos asentamientos. De manera adicional, conseguiría conjurar su temor —desde luego, infundado— a que la bahía se convirtiese en una base de submarinos francesa o incluso soviética, con el consiguiente peligro que ello supondría para la seguridad de España[5].

Decidido, pues, a llevar adelante la operación, ordenó al general Francisco Gómez-Jordana, hombre de su máxima confianza, que elaborase un proyecto para desembarcar en las costas de Alhucemas y ubicase en el perímetro de la bahía varios emplazamientos, fácilmente defendibles. Se trataba de un plan congruente con la estrategia del abandono de las regiones montañosas del interior y el repliegue a una línea fuerte de posiciones de fácil comunicación, defensa y abastecimiento llevada a cabo en el otoño-invierno de 1924.



Vista de la bahía desde el peñón de Alhucemas, cartografiada por la Comisión Geográfica de Estado Mayor de Melilla, con las principales posiciones de los rebeldes rifeños en el continente. Archivo Central del Ministerio de Defensa.

Jordana, en su ponencia, propuso la ocupación de tres sectores de playa para garantizar el control de las alturas que dominaban la bahía: el correspondiente a la península de Morro Nuevo, el de Suani y, por último, el de Quilates; de manera especial los dos primeros[6]. La península de Morro Nuevo conformaba el eje central de la operación, ya que esta se consideraba el sector de mayor fortaleza y por eso se juzgaba preferente. El problema que ofrecía la zona era que tenía poco frente de playa para llevar a cabo un desembarco. Por ese motivo, se recomendaba aprovechar las ensenadas de las calas del Quemado y Bonita, la playa del Espalmadero en la desembocadura del río Isli, además de la playa de Sfiha, frente a Axdir (residencia y cuartel general de Abd el-Krim). Suponía Jordana que todas ellas eran muy fáciles de defender una vez realizada la compleja maniobra de desembarco, razón por la cual argumentaba que debían establecerse en ellas las bases principales de abastecimiento[7].

Puntualizaba el general-ponente que si finalmente se decidía abordar la bahía por el sector de Suani debía fortificarse inmediatamente después del desembarco, con apoyo en ambos flancos delimitados por los ríos Guis y Nekor. Después, como objetivo militar prioritario, sugería ocupar la posición de Tafrast, porque desde ella se podían batir los valles anexos a ambos ríos. Por último, con respecto al tercer sector, el correspondiente al cabo Quilates, estimaba que si conquistarlo suponía distraer tropas del objetivo central de la operación podía prescindirse de su ocupación.

Jordana presentó la propuesta de desembarco el 30 de abril. El Directorio, tras una valoración inicial, felicitó al ponente por su concienzudo trabajo y, pocos días después, el 14 de mayo, Primo de Rivera escribía al general Ignacio Despujols, jefe del estado mayor del Ejército español en África, para informarle de su decisión de operar en Alhucemas. Le adjuntaba varias copias del proyecto (para él, para los jefes de los estados mayores de las comandancias generales de Ceuta y Melilla y para el jefe de las fuerzas navales del norte de África). El dictador comunicaba a Despujols que la operación se llevaría adelante en el plazo de un mes y, por tanto, dada la proximidad de la fecha, urgía acelerar los preparativos. Indicaba las personas que estarían al frente de la operación: el general José Sanjurjo mandaría la División de Desembarco y los generales Leopoldo Saro y Emilio Fernández Pérez asumirían el mando de cada una de las dos brigadas destinadas a desembarcar en las playas de Suani y Morro Nuevo. El contraalmirante Eduardo Guerra Goyena, jefe de las fuerzas navales del norte de África, era el

marino en el que confiaba el dictador toda la responsabilidad durante la maniobra de desembarco.

No descartaba la posibilidad de contar con apoyos entre los nativos, razón por la que ordenaba intensificar la acción política con algunas fracciones de cabila del interior con el fin de que, «en cuanto se inicie la operación, se vuelvan contra Abd el-Krim». En este sentido trabajó el coronel Luis Orgaz, jefe de Intervenciones Militares, pero no obtuvo resultados. Despujols, a petición de Primo de Rivera, debía designar las unidades de desembarco para que Saro y Fernández Pérez iniciaran la instrucción de los efectivos en las tareas de embarque y desembarque. Por último, con objeto de solicitar a la Transmediterránea los barcos necesarios para el transporte de las tropas hasta la zona de desembarco, organizó un encuentro entre el jefe del estado mayor del Ejército en el Protectorado y Francisco Yolif, vicealmirante de la Armada española. El presidente del Gobierno pretendía, en tan solo treinta días, completar los preparativos y desembarcar en Alhucemas.

EL ATAQUE DE ABD EL-KRIM A LA ZONA FRANCESA Y EL OFRECIMIENTO DE COLABORACIÓN

Mientras en Madrid Primo de Rivera estaba centrado en los preparativos para lanzar a las unidades de desembarco sobre las playas de Alhucemas, en el Protectorado francés sucedía un hecho inesperado: Abd el-Krim, hostil hasta entonces solo con el Ejército español, atacaba las líneas avanzadas francesas en su frontera septentrional con el Protectorado español, al norte del río Uarga, cabila de Beni Zerual. Meses antes, durante el otoño de 1924, con motivo del repliegue español, el residente francés había establecido varias posiciones al otro lado del río convencido de que los tratados internacionales asignaban al Estado francés el territorio de las cabilas situadas a ambos lados del Uarga —el problema de la interpretación de los límites de ambos protectorados fue un asunto recurrente entre los Gobiernos de ambas naciones protectoras—. En aquel momento, el emir del Rif trató de negociar con Lyautey un abandono de la zona con el argumento de que la frontera la definía el río y no los tratados y, por tanto, dicho territorio, el que se hallaba en el lado norte, pertenecía al Estado del Rif[8].



El soldado Félix de Pablo Alonso (segundo por la izquierda) posa con sus compañeros de armas en el Protectorado español en la década de 1920.
Félix de Pablo Alonso nació en Gallarta (Vizcaya) a principios del siglo XX, hijo de Vicente y Lucía. En San Julián de Musques, hoy Muskiz, sito en el valle de Somorrostro, todo el mundo le conocía como «Alfredo», en lugar de por su nombre real. Allí se casó con Aurora Allende, con la que tuvo tres hijos: Félix, Encarnación y Lucía. Trabajó de minero en las explotaciones de la zona, en la compañía metalúrgica Babcock & Wilcox del vecino valle de Trápaga y desempeñó en sus últimos años el oficio de cartero.
Durante la Guerra del Rif, realizó su servicio militar en la Comandancia de Melilla, donde estuvo destacado desde al menos el año 1925, y, presumiblemente, tomó parte en el desembarco de Alhucemas. Cuando hablaba de sus remembranzas de la guerra siempre mencionaba el frío, el calor y el recuerdo que tenía de un comandante gallego, de apellido Franco, del que le venía a la memoria el trato humano a la tropa. Durante la Guerra Civil sirvió de miliciano en el frente vasco. Tras la caída de Vizcaya fue trasladado a Asturias, donde participó en la defensa del sector hasta la toma de Gijón. De allí huyó por mar, pero fue atrapado, junto con otros compañeros, por el almirante Cervera y preso en la cárcel de Larrinaga, en Bilbao, en la que coincidió con algunos de sus hermanos.
Una de sus grandes pasiones era la música, que le venía de familia, pues algunos de sus hermanos, en mayor o menor medida, tocaban en la banda de música municipal. Desempeñó su arte en las bandas de música municipales de Gallarta y Somorrostro, en las que tocaba instrumentos de viento, como el trombón y la trompa. Tal es así que en la mayor parte de las fotografías que la familia conserva de él sostiene algún instrumento mientras posa con el resto de la banda.
Trabajador incansable, falleció en 1965 a los 62 años en su puesto de trabajo, tras entregar una carta a un vecino del barrio de Muskiz.

El ataque permitió a los rifeños controlar gran parte del territorio de Beni Zerual e incluso llegaron a amenazar la ciudad de Fez, capital del Protectorado francés entre 1912 y 1925[9]. El sistema de pequeñas posiciones creado por Lyautey demostró ser igual de ineficaz que durante años lo había sido en el Protectorado español. El residente francés no consiguió entonces que los convoyes auxiliaran a las posiciones asediadas, como tampoco lo habían podido hacer las columnas españolas en 1921, cuando trataron de socorrer a los sitiados en Igueriben. La estrategia de Abd el-Krim se repetía con el mismo resultado.

A pesar de las pérdidas sufridas, Lyautey no cambió de opinión y mantuvo firme su posición de no colaborar con el Ejército español. Sin embargo, su punto de vista con respecto a la dirección de los asuntos en el Protectorado —indiscutible hasta ese momento— fue cuestionado por algunos miembros de su estado mayor. A raíz del ataque, el Gobierno de la República consideró que Abd el-Krim también podría constituir una amenaza para los intereses de Francia. La situación requería otro punto de vista y, por ese motivo, se envió a la zona a Philippe Pétain. El informe del mariscal, en el que contradecía a Lyautey, apuntaba a una colaboración con el Ejército español para destruir al líder rifeño[10]. Escuchada la opinión de Pétain, el primer ministro francés, Paul Painlevé, propuso a Primo de Rivera una acción conjunta para «terminar con las veleidades del emir del Rif». El presidente español, a pesar de la desconfianza que le generaban los franceses, autorizó el inicio de los contactos. Justo un mes después del asalto rifeño a las posiciones francesas se produjo el primer encuentro, que tuvo lugar en Madrid el 12 de mayo de 1925.

LA CONFERENCIA DE MADRID (JUNIO-JULIO DE 1925)[11]

Antes del inicio oficial de la Conferencia, se llevaron a cabo varias entrevistas centradas en decidir qué ciudad acogería la cumbre diplomática. Después de varios días, el 5 de junio, Louis-Jean Malvy —representante francés— aceptó que esta fuera Madrid. La apertura del encuentro diplomático estuvo marcada por el recelo de Primo de Rivera a alcanzar un acuerdo con los franceses. Para el presidente, ocupar la bahía sin el apoyo de Francia era fundamental porque, en su opinión, estos podían tener interés de asentarse en la zona. El 3 de junio,

en un telegrama dirigido a Jordana, le expresaba lo que significaba dicha bahía para él:

> Cada día doy más importancia a Alhucemas y su zona desde el punto de vista de que allí pueda crearse un estadito independiente desde el cual, sirviendo Abd-el-Krim de cabeza de turco puedan los comunistas, los alemanes o los mismos franceses inquietar a España con una base aérea o de submarinos. A esta Bahía no le daba importancia alguna hace seis u ocho años y ahora se la doy extraordinaria como modo de frustrar designios que instintivamente me dan miedo.

Jordana atemperó los ánimos del dictador e insistió en la idea de que se hallaban en una situación deseada durante tiempo. Por ello, había que escuchar las propuestas de los diplomáticos franceses y evitar interpretaciones precipitadas con respecto a sus intenciones. El 17 de junio de 1925 se celebró la sesión inaugural de una Conferencia que se prolongó durante cinco semanas y en la que se alcanzaron varios acuerdos entre ambos países:

- Vigilancia marítima (22 de junio de 1925)
- Vigilancia terrestre (8 de julio de 1925)
- Proposiciones de paz (11 de julio de 1925)
- Protección de Tánger (21 de julio de 1925)
- Cooperación militar (25 de julio de 1925)
- Delimitación de fronteras (25 de julio de 1925)

Los asistentes por ambas partes fueron los siguientes: el general Francisco Gómez-Jordana Sousa actuó como presidente de la Conferencia y de la comisión española; el conde de Peretti della Rocca, embajador de Francia y presidente de la comisión francesa; M. Sorbier de Pougnadoresse, delegado francés; los comandantes Sciard y Coutard, técnicos militares franceses; Louis de V. Billard y L. V. de Saint-Maurice, técnicos navales franceses; M. Perier, secretario de la delegación francesa. En representación del Gobierno de España, Manuel Aguirre de Cárcer como delegado; los tenientes coroneles Salvador Mújica y Seguí como técnicos militares; el capitán de corbeta Pérez Chao fue el técnico naval español y, por último, como secretario de la delegación española José Antonio de Sangróniz.

El comité español se presentó en la cumbre sin tener clara la posición que tenían que defender, debido a la ya citada desconfianza que Primo de Rivera mantenía con respecto a los franceses y sus intenciones. Jordana, en permanente contacto con el dictador, que residía en Tetuán con motivo de los preparativos del desembarco, informaba de que los franceses tenían prisa en tratar las cláusulas acerca de las condiciones de paz; pero, a la vez, consideraba que tanto Peretti della Roca como Sorbier se mostraban

escépticos en relación con la posibilidad de llegar a un acuerdo de paz con Abd el-Krim. En su opinión, que coincidía con la de los franceses, no se llegaría a ningún acuerdo hasta que los rifeños no sintieran «de forma abrumadora el peso de las armas». Por tanto, el asunto de la paz era tan solo una medida obligada para justificar ante la opinión pública la ulterior acción armada.

En el plano militar, Jordana mantenía la idea de realizar el desembarco en Alhucemas, si bien, inmersos entonces en la negociación, la fecha para llevarlo adelante debía supeditarse al curso de los acuerdos que pudieran alcanzarse. El comisionado español entendía que si se decidía una acción conjunta era importante establecer el marco de colaboración con detalle y «convendría simultanear nuestra acción sobre Alhucemas con una ofensiva francesa desde el sur».

Expresadas sus opiniones, el presidente de la Conferencia solicitaba una orientación con respecto a los postulados que debía asumir para llevar a cabo una defensa eficaz:

> ¿Qué hacemos mi general?, ¿continuamos con la negociación de paz de forma unilateral y seguimos con los preparativos para desembarcar en Alhucemas, o pactamos con los franceses tanto una cosa como la otra?

Primo de Rivera confió en el general Jordana la responsabilidad de los acuerdos. Tan solo le ordenó que en las condiciones de paz se incluyera una cláusula por la que Abd el-Krim reconociera la soberanía española de varios enclaves en la bahía de Alhucemas.

Una vez concertadas las propuestas para la paz, la comisión redactó el documento. Las principales cláusulas incluían el compromiso de Abd el-Krim de respetar los tratados internacionales (soberanía del sultán y delegación en el jalifa), de realizar un canje de prisioneros, de devolver a los ejércitos coloniales el mayor número de armas y municiones posible, de respetar la ocupación española de varios enclaves en la bahía de Alhucemas y de no hostilizar a las unidades metropolitanas en acciones de repliegue de posiciones. A cambio permitirían el nombramiento de Abd el-Krim como caíd o emir al frente de una «Asamblea de Notables», dentro de la región en la que tenía poder efectivo. También se le asignarían subvenciones para atender a la obra del Protectorado, se le garantizaba el compromiso de ventajas en las concesiones mineras, la percepción de una parte del cobro de los impuestos y amnistía completa para todos los delitos de guerra. Por último, en caso de aceptar las condiciones, Abd el-Krim debía permitir el establecimiento de una fuerza de policía con objeto de garantizar el desarme de la zona como medio

más eficaz de sostener la paz. Con los términos aceptados, debían abrirse de forma automática las fronteras al comercio, a excepción de armas y municiones.

En el plano militar, ambos Gobiernos se comprometían a prestarse ayuda, convencidos de que una operación sobre Beni Urriaguel resultaría eficaz para quebrantar el poder de Abd el-Krim. Para ello, se acordó una estrecha cooperación de la aviación. Se concertaron acciones de bombardeo (de preparación o de castigo); acciones de apoyo al combate a las tropas de tierra, con la cooperación de ambos ejércitos con el mayor número de aparatos. Se pactó aumentar la participación de hidroaviones para las acciones próximas a la costa. Por último, dejaban claro sobre el papel que ambas aviaciones actuarían de manera coordinada y dentro de una misión acordada previamente por los altos mandos.

Se concertó igualmente un desembarco en puntos de la costa que asegurasen al Ejército español la posesión de la bahía de Alhucemas, además de llevar a cabo simulacros en otros lugares del litoral con el fin de distraer combatientes del sector de la bahía, donde se ejecutaría la maniobra principal. El Gobierno de España se comprometía a emplear en la operación 20 000 hombres. Por tanto, el objetivo principal se fijaba en la ocupación de varios puntos en el entorno de la bahía y «tan solo si las circunstancias se tornaban propicias el ejército español se lanzaría a ocupar Axdir». De hecho, el mismo día que se cerró el acuerdo acerca de la cooperación militar, el marqués de Estella, por si no les había quedado claro a los representantes de la delegación francesa, escribió una carta al embajador Peretti della Rocca:

> Con referencia al acuerdo firmado hoy relativo a la cooperación militar franco-española eventual en Marruecos, el gobierno de S. M. tiene interés en precisar que no entra en sus planes otra acción de cooperación militar más que un desembarco en la Bahía de Alhucemas. Dicho desembarco se coordinaría con una acción ofensiva de las tropas francesas, cuyo objetivo se precisaría, cuando llegase el momento. El alto mando español se esforzará, además, en realizar, en los límites de las zonas ocupadas, al Este y al Oeste, y así mismo, sobre las costas, demostraciones militares y navales; en estas últimas podrían participar unidades navales francesas, cuyo número y tipo se fijaría por el ministerio de Marina francés, después de examinar las proposiciones españolas.

El acuerdo quedaba cerrado. Algo impensable para los gobernantes españoles y los militares, que, desde 1912, habían expresado la necesidad de concertarse con los franceses y aplicar una solución conjunta al «problema de Marruecos». El principal motivo que posibilitó el cambio de actitud del Gobierno francés fue la presencia de Philippe Pétain en Marruecos, que coincidía con el ocaso de Lyautey, que pronto abandonó la colonia.

Cuando Pétain llegó a Marruecos, Lyautey y Naulin habían diseñado un plan para recuperar las posiciones perdidas y crear una sólida línea de defensa con el objetivo de rechazar futuras ofensivas rifeñas. Para estos, Abd el-Krim era un problema español y no francés y, aunque podían pensar que para estabilizar el conjunto de Marruecos era preciso acabar con el jefe rifeño, debían ser los españoles quienes asumieran la empresa. No objetaban nada en relación con si la estrategia para tal fin era desembarcar en la bahía de Alhucemas, pero tampoco concebían obrar de forma conjunta.

Por el contrario, Philippe Pétain, convencido de que la «rebeldía rifeña» era un problema también para Francia y sus intereses coloniales, señaló que la solución pasaba por llevar adelante una ambiciosa ofensiva, sin escatimar medios, en el centro neurálgico de aquel «avispero». No se trataba simplemente de dos estrategias distintas, sino de que estas respondían a dos concepciones opuestas acerca de la guerra, claramente definidas, entre Lyautey y Pétain. El primero era un especialista en la guerra colonial que empatizaba con los indígenas; Pétain, un estratega del estado mayor del Ejército en París que había analizado el problema fríamente[12].

Cuatro días después de cerrar el acuerdo de cooperación militar, el 29 de julio de 1925, Primo de Rivera recibía a Pétain en la sede de la Alta Comisaría en Tetuán. En aquella primera entrevista, el general francés convenció al alto comisario de la necesidad de conquistar Axdir y no detener la ofensiva en la costa. De hecho, la estrategia del mariscal contemplaba la ocupación del territorio montañoso de Beni Urriaguel, porque allí podía establecer su cuartel general Abd el-Krim y continuar su lucha. La simple muestra de fuerza que supondría el desembarco —idea que defendía Jordana— no causaría, en su opinión, la impresión suficiente entre los cabileños como para empujarlos a abandonar las armas. Por tanto, propuso una acción coordinada entre los dos Ejércitos: las tropas españolas avanzarían desde sus bases en Alhucemas hacia la montaña y las divisiones francesas, de forma simultánea, invadirían el territorio desde el sur hasta converger ambos contingentes en los puntos acordados. Finalmente, la ofensiva se llevaría a cabo en mayo de 1926.

En la reunión quedaron asentadas las bases para ejecutar el desembarco. A Primo de Rivera le preocupaba la fecha, ya que, históricamente, el viento de levante, a partir de septiembre, soplaba con fuerza en el entorno de la bahía. Por esa razón, proponía llevar adelante la operación cuanto antes. Sin embargo, y a pesar de su insistencia, el mariscal francés no se comprometió a

pactar una fecha concreta. Esta no se acordó hasta el 21 de agosto, cuando se reunieron por segunda vez ambos mandos.

Durante el tiempo que transcurrió entre las dos entrevistas, Primo de Rivera se mostró impaciente por la demora en recibir noticias de París. Entonces imaginó múltiples escenarios, que conforme se le ocurrían los compartía con Jordana. Pensó incluso en no llevar adelante la operación y planteó algunas alternativas. Entre las diferentes propuestas sugería simular un desembarco en el perímetro de la bahía con el fin de atraer al mayor número de rifeños y, una vez agrupados, bombardear intensamente las concentraciones mediante fuego combinado de barcos y aviación, para provocar así un elevado número de bajas entre los nativos. Otra de las ocurrencias fue financiar a Ahmed el-Jeriro, caíd de Yebala, que había servido a las órdenes del Raisuni, y en ese momento al lado de Abd el-Krim, para que levantara a todas las cabilas de Yebala y Gomara contra los rifeños. Ambas propuestas fueron desaconsejadas por Jordana, que insistió en que no había alternativa al desembarco y le pedía paciencia hasta que los franceses se decidiesen. El general Jordana se mostró firme en la idea de desembarcar y entendía que nada se podía hacer a esas alturas que no fuera en combinación con el Ejército francés[13].

Entretanto, en París, el Gobierno asumía la propuesta de Pétain y, el 12 de agosto, era nombrado general en jefe del Ejército francés en Marruecos[14]. Con Lyautey en segundo plano, el general Naulin quedaba bajo sus órdenes. Despejadas las dudas en cuanto al mando, el mariscal francés concertó con Primo de Rivera la reunión que tanto esperaba y el 21 de agosto se produjo el encuentro, esta vez en Algeciras. Junto con ellos, asistieron Sanjurjo, Yolif, Guerra Goyena y el contraalmirante francés Hallier, acompañados por sus jefes de estado mayor: Ignacio Despujols (jefe del estado mayor del general en jefe); coronel Sánchez Ocaña (de la Comandancia General de Melilla); capitán de navío Montagut (de la escuadra) y capitán de fragata Boado (de las fuerzas navales del norte de África[15]).

El experimentado general francés, que había participado en la Gran Guerra (1914-1918), conocía las dificultades que entrañaba una operación aeronaval, pues los aliados habían sufrido una dura derrota en Galípoli en 1915 con ocasión de la operación de desembarco en los Dardanelos, donde acumularon un gran número de bajas. Durante las tres semanas que permaneció en París, entre el 30 de julio y el 20 de agosto, dedicó el tiempo a estudiar a fondo el planeamiento de desembarco español. En su opinión, el proyecto era viable y estaba bien elaborado, pero no compartía el punto de

desembarco, porque la playa de Suani se encontraba atrincherada con estrategia y defendida con piezas de artillería perfectamente emplazadas. Además, sospechaba que esa zona de la bahía podía estar sembrada de minas e incluso las aguas cubiertas con alambre de espino, como había ocurrido en 1915 en Turquía. Como alternativa, se decidió operar en las playas de Ixdain y de la Cebadilla, ubicadas fuera de la bahía, a poniente de la península de Morro Nuevo, en territorio de Bocoya.

La reunión también permitió determinar con exactitud el plan de operaciones. Se analizó la logística, se evaluaron los informes de reconocimiento aéreo y se decidió la zona de desembarco. La estrategia se concretó en dos acciones simultáneas: un asalto anfibio combinado con medios aéreos y navales sobre la bahía de Alhucemas, llevado a cabo por la División de Desembarco del Ejército español; y una acción secundaria consistente en una ofensiva terrestre ejecutada por unidades francesas, con su centro de gravedad en la región del norte de Taza, en dirección a los valles del Kert y del Nekor, con la que cooperarían en ciertos momentos las fuerzas terrestres españolas desplegadas en Melilla[16]. Los detalles del plan, así como los puntos de desembarco, se mantuvieron en secreto para evitar que estos se filtraran a la prensa. De hecho, se procuró todo lo contrario, es decir, se divulgaron informaciones falsas para tratar de despistar a Abd el-Krim, en las que se señaló que el proyecto podría ser otro diferente «al de ir inmediatamente a la Bahía de Alhucemas», con el argumento de que otros objetivos podían ser más interesantes[17].

Tras la cumbre, Primo de Rivera reconocía que se había llegado a un acuerdo con los franceses «sin recelos y con toda confianza»[18]. A pesar de la discreción, Abd el-Krim conocía que la ofensiva conjunta consistía en un desembarco en algún punto de la bahía de Alhucemas; sin embargo, ignoraba la playa o playas concretas donde se operaría. Los atacantes tenían la enorme ventaja de saber lo que iban a hacer, cuándo se iba a llevar a cabo la ofensiva y dónde tenían previsto desembarcar.



Vista del acorazado Alfonso XIII, buque insignia de la escuadra española. Participó en el desembarco de Alhucemas, en el que sufrió daños menores. Tarjeta postal de la época.

Ahora sí, toda la presión de la guerra y sus efectos se desplazaba al corazón del Rif, a Beni Urriaguel. Casi tres lustros después de que se pensara en un desembarco como solución para controlar el Rif y someter a los nativos, la operación estaba en marcha. Se consideró entonces una maniobra concluyente y se mantenía la misma idea en 1925.

Se iban a enfrentar, por un lado, dos Ejércitos europeos que contaban con todos los avances tecnológicos aplicados a la guerra: enormes acorazados, aviones de combate, carros de asalto y potente artillería; y, por otro, combatientes indígenas, en su mayoría irregulares, con el apoyo de algo más de 130 cañones, en torno a 250 ametralladoras y 60 000 fusiles**[19]**. Los nativos disponían de 2 aviones —que no se utilizaron— e incluso Abd el-Krim había comprado 7 más, que esperaba llegasen al Rif en mayo de 1925 —según el informador, Mohamed Bel Fagui el-Fechtali—, para lo cual había dispuesto la construcción de 10 hondas cuevas que sirvieran de hangares**[20]** Cándido Lobera, director de *El Telegrama del Rif*, informaba en la edición del 29 de julio de 1925 de que en el cuartel general rifeño había un coronel húngaro, Paul Jynas; otro turco, Ishan Bey, además de numerosos oficiales musulmanes que habían servido en el Ejército Rojo. Aparte de estos, señalaba que había desertores de las legiones francesa y española**[21]**. Sin embargo, a pesar de la presencia de europeos en las filas rifeñas, la estrategia estuvo principalmente a cargo del hermano de Abd el-Krim, M'hamed, y de otros marroquíes con aptitudes para el arte de la guerra.

Seis días antes de que tuviera lugar la cumbre entre los altos mandos, sendos Gobiernos habían anunciado la ruptura de las conversaciones de paz con Abd el-Krim. Painlevé facilitaba una nota a la prensa el día 14 de agosto de 1925 en la que lamentaba la posición del emir del Rif y justificaba la próxima acción militar. Ese mismo día, el Directorio facilitó una nota oficiosa a la prensa donde se expresaba en los mismos términos que su homólogo francés. La maquinara militar de ambos Ejércitos se ponía en marcha con el fin de aplastar a la resistencia rifeña y aniquilar a Abd el-Krim.

EL PLANEAMIENTO DE LA OPERACIÓN

La planificación general de la operación, a juzgar por el resultado, estuvo bien concebida y metódicamente organizada. Aparte del estudio de los desembarcos en Galípoli, llevados a cabo por el estado mayor francés, principalmente, se analizó, como ejemplo de proyecto de gran desembarco, la propuesta que el almirante de la Armada británica, Reginald Bacon presentó a las autoridades competentes en 1917 para desembarcar en la costa de Bélgica, entre Ostende y Zeebrugge, con el objeto de expulsar de la zona a los alemanes[22]. Si comparamos ambos proyectos (el español de 1925 y el de Bacon de 1917) se observan similitudes; por ejemplo, la creación de estados mayores mixtos compuestos por profesionales de tierra, mar y aire, así como el establecimiento de un lenguaje común, con el fin de que las tres Armas pudieran entenderse y refiriesen en sus partes, órdenes y comunicaciones a un mismo plano. Este documento exigía partir de un lenguaje cartográfico también común y, en ese sentido, el proyecto de Alhucemas naufragó porque se utilizaron cartas de navegación a escala 1:200 000, que, en realidad, eran planos itinerarios, sin curvas de nivel, con pocos caminos representados. Además, bastantes de los accidentes del terreno no adoptaban la misma nomenclatura dependiendo de las cartas. Dichos mapas, con más de 70 años de antigüedad, tan solo constituían una referencia para el navegante[23].

Pero si hallamos semejanzas, también hubo aspectos de orden técnico que el proyecto de Alhucemas no contempló y, al no hacerlo, se incurrió en graves errores que pudieron haber hecho fracasar la maniobra. Por ejemplo, no se contó con un buen servicio meteorológico porque en España dicha ciencia se encontraba en un estadio inicial. Conocer con antelación los posibles fenómenos atmosféricos se trataba de un factor sustancial, como había apuntado Bacon en su proyecto, pues, para que los tiros hagan el máximo de blancos se requiere conocer la densidad del aire, la presión de la costa, la

temperatura y el viento balístico. Otra circunstancia que el almirante británico tuvo en cuenta fue el estudio de las mareas, que en el caso de Alhucemas no se estimó. Una diferencia más fue la relativa a los medios de desembarco. Mientras Bacon defendía el empleo de muelles flotantes, previamente adaptados al declive de la playa, en Alhucemas no se consideró tal procedimiento y se optó desde un principio por las barcazas «K». Este sistema lo rechazaba el almirante británico porque lo consideraba vulnerable tras la experiencia de Galípoli. Ciertamente, en Alhucemas, durante la maniobra de aproximación, la artillería rifeña no hizo blanco en ninguna barcaza.

Los informes de reconocimiento aéreo sirvieron igualmente para determinar sobre el terreno el «Plan director de fuegos». Se fijaron los objetivos que debían ser batidos y neutralizados por los cañones de los buques de guerra, por el bombardeo de la aviación y por los disparos de las baterías ubicadas en el peñón de Alhucemas. Mediante un sistema de división del terreno en rectángulos de 2 × 4 —cada uno de ellos de 250 m— se designaron los objetivos a todos los medios de acción de forma racional y organizada:

> Suponía un único plano director de fuegos de la Bahía de Alhucemas, cuadriculado, al que había de referirse cuantas peticiones de fuego se hiciesen, y del que se sacaron copias que se distribuyeron profusamente, contribuyendo a ello el Depósito de la Guerra, editándolos rapidísimamente[24].

Objetivos y organización del mando

Con el título «Instrucciones generales para la operación de desembarco en la Bahía de Alhucemas», el alto mando plasmó las líneas de acción operativa y fijó los objetivos parciales y final. Este último era dominar gran parte de la costa de la bahía de Alhucemas comprendida entre Axdir y Morro Nuevo y ocupar Adrar-Seddum y Morro Viejo. El propósito era establecer una fuerte zona de control en la bahía con base en Axdir[25].

El 7 de septiembre fue el día señalado para llevar adelante la operación. En primer lugar, y por sorpresa, debía desembarcar la brigada del general Saro en la playa de la Cebadilla y en Morro Nuevo. Este último punto de desembarco se incluyó a última hora porque se estimó que la playa de los Frailes, ubicada entre Morro Nuevo y Punta los Frailes, podría granjearles una rápida ocupación del monte Malmusi y así dominar por completo la península de Morro Nuevo. La idea era ejecutar la maniobra antes de amanecer y aprovechar la oscuridad de la noche. La misión de las columnas de Ceuta era alcanzar lo más rápido posible los altos de Malmusi, la Rocosa y Adrar-Seddum y que la brigada de Fernández Pérez permaneciera sin desembarcar,

amagando un desembarco por las calas Bonita o del Quemado, en espera de la orden y el punto concreto para hacerlo.

La distribución de los mandos se ordenó de la forma que sigue: el almirante de la Escuadra de Instrucción (vicealmirante Yolif) ejerció el de las fuerzas navales; el comandante general de Melilla (José Sanjurjo) asumió el mando de todas las fuerzas de tierra y el general en jefe (Primo de Rivera) se reservó el mando del conjunto y el de todo el territorio. Este iría a bordo del acorazado *Alfonso XIII* junto con el vicealmirante de la Escuadra de Instrucción. También se estableció que el almirante Hallier (jefe de la escuadra francesa) llevase consigo un oficial de estado mayor perteneciente a la Comandancia General de Melilla y otro de la Escuadra de Instrucción. A su vez, el vicealmirante de la Escuadra de Instrucción estuvo acompañado por un oficial de la Armada francesa y un jefe de estado mayor del cuartel general de Pétain. Con el jefe de las fuerzas navales del norte de África (contraalmirante Guerra Goyena) navegarían un jefe y un oficial del estado mayor del cuartel general del general en jefe.

Instrucción de los soldados

Había un precedente cercano. En el mes de marzo de 1925, efectivos del Ejército colonial habían desembarcado en la playa de Alcazarseguer. En aquel momento, los objetivos fueron similares a los que se pretendían alcanzar en Alhucemas: establecer una amplia cabeza de playa; sin embargo, el alcance de la operación era muy diferente[26]. En aquella ocasión, las unidades del Tercio y de Regulares que protagonizaron el desembarco estuvieron apoyadas por la aviación y protegidas por el fuego de los cañones de los buques de guerra.

En la operación tomaron parte el general Saro y el coronel Franco, lo cual pudo servir para corregir los errores que hubieran podido cometerse. Por esa razón, los mandos se esforzaron en el adiestramiento de las unidades destinadas a desembarcar en Alhucemas. Durante el mes de agosto se llevaron a cabo maniobras de embarque y desembarque. Se entrenó a los soldados en el transporte a brazo de cañones, ametralladoras, fusiles-ametralladoras, municiones, material de fortificación, víveres, etc. En Melilla, la brigada del general Fernández Pérez embarcó el 31 de agosto en el vapor Navarra y desembarcó por la tarde en la playa de Yazanen, donde incluso se utilizaron las barcazas «K». En el sector occidental, las columnas de la brigada de Saro realizaron ejercicios similares entre Ceuta y Río Martín y desembarcaron en las playas del Menzi y Negrón[27].

A finales de agosto finalizaron los ejercicios conjuntos. El capitán Juan Urzáiz Durán, comisionado en la unidad de carros de asalto anotaba en su diario:

> Cuando llegué al campamento a las 12:30 me lo encontré animadísimo, pues estaba el General Saro con todo su Estado Mayor presenciando las últimas prácticas de embarque que se estaban efectuando en tres k que acababan de llegar de Ceuta[28].

Composición de las fuerzas de desembarco

Las fuerzas de desembarco se dispusieron en dos brigadas: una mandada por el general Leopoldo Saro Marín, con base en Ceuta; y otra dirigida por el general Emilio Fernández Pérez, con centro en Melilla. Ambas estaban divididas en columnas; la de Melilla concretamente en dos: Columna Manuel Goded Llopis (coronel de estado mayor y jefe de Intervenciones y Fuerzas Jalifianas de Melilla) y la Columna Vera (coronel de infantería). La Brigada de Ceuta se distribuyó en tres columnas mandadas por los coroneles de infantería Franco, Martín González y Campins.

En conjunto, la División de Desembarco estuvo compuesta por 18 441 soldados, de los cuales dos tercios correspondieron a unidades coloniales: Regulares, Legión, harcas y mehalas. Además, el contingente contó con una compañía de carros de asalto; sin embargo, esta no pudo desembarcar en la primera oleada como estaba previsto, ya que las barcazas «K» quedaron varadas a 50 m de la playa. Su papel, en general, fue discreto, principalmente porque la orografía no permitió que se utilizasen en el apoyo a las unidades de infantería.

Las fuerzas navales

Los buques de guerra dispuestos para la operación se distribuyeron en tres escuadras, cada una de ellas con una misión. La primera, formada por la Armada francesa, debía convoyar y proteger la flota de transporte de la Brigada de Melilla. La escuadra actuó mandada por el almirante Hallier. La segunda la componían los buques de guerra de las fuerzas navales del norte de África, cuyo mando estaba a cargo del contraalmirante Guerra Goyena, y su cometido fue escoltar la flota que transportaba a la Brigada de Ceuta. Por último, la Escuadra de Instrucción, que quedó en reserva a disposición del alto mando. Al frente se dispuso a Francisco Yolif Morgado, vicealmirante de la Armada y comandante en jefe de la Escuadra de Operaciones en aguas de Marruecos.

En total, 83 embarcaciones de guerra tomaron parte en la operación, incluido un portahidroaviones con capacidad para transportar 12 aeronaves. Un enorme despliegue si tenemos en cuenta la capacidad de respuesta de los rifeños.

Los barcos españoles que integraron la flota que actuó en la operación conformaban una moderna escuadra resultado de la ley Maura-Ferrándiz de 1908; una ley que apostó por la regeneración de la Armada. Supuso algo más que un plan de escuadra, «fue una catarsis total de la marina de guerra»[29]. Los barcos que se habían salvado del desastre del 98 eran pocos y estaban anticuados. De hecho, la fuerza naval española en 1907 se hallaba en condiciones «mucho peores a las de 1859»[30]. Los primeros buques que, con arreglo a ley proyectada por Ferrándiz, se entregaron a la Marina de guerra, por parte de la Sociedad Española de Construcciones Navales, fueron los cuatro cañoneros tipo Recalde, de 80 toneladas de desplazamiento, 14 millas horarias de velocidad, 4 cañones de tiro rápido de 76 mm y 2 ametralladoras[31]. En 1914 se botaron el acorazado *Alfonso XIII*, los destructores *Bustamante* y *Villaamil*, además de 11 torpederos. Los acorazados desplazaban 15 000 toneladas y se construyeron en Ferrol. Los destructores tipo Bustamante se fabricaron en Cartagena. Los torpederos, también construidos en Cartagena, se fueron adjudicando a la Marina desde el año 1913; así, por ejemplo, durante ese año se entregaron los números 6 al 10; en 1914 los números 11, 12 y 13; en 1915, el 14 y en 1916, los números 15, 16 y 17. La flota se reforzó con el crucero *Méndez Núñez*, que se entregó en septiembre de 1924. Su gemelo, el *Blas de Lezo*, se acabó de construir en mayo de 1925. Ambos salieron de los astilleros de Ferrol[32].

Los destructores *Alsedo*, *Velasco* y *Juan Lazaga* se entregaron a la Marina en septiembre de 1924 y enero y agosto de 1925, respectivamente. Los tres buques se construyeron en los astilleros de Cartagena. Los cañoneros *Cánovas del Castillo*, *Canalejas* y *Dato*, también construidos en Cartagena, se entregaron entre diciembre de 1923 y mayo de 1925. Además, se adquirieron 8 pequeños guardapescas para la vigilancia de las aguas del litoral, bautizados todos ellos con nombres de subalternos de marina: *Condestable Zaragoza, Contramaestre Castelló, Maquinista Macías, Torpedista Hernández, Fogonero Bañobre*, *Marinero Gante*, *Marinero Jarana* y *Cabo de Infantería de Marina Garciolo*. Por último, se compraron al Gobierno inglés 26 barcazas tipo «K», las mismas que había utilizado el Ejército aliado en 1915 en el desembarco de los Dardanelos. También se autorizó la compra de dos aljibes con destino a las fuerzas navales del norte de África.



El plan marcado para la aviación era impedir que los rifeños se aproximaran a la zona del desembarco, así como mantener el reconocimiento aéreo continuado durante toda la operación. Alhucemas y las acciones posteriores de pacificación fueron el colofón de la intervención aérea en las campañas de Marruecos. Archivo Histórico del Ejército del Aire.

Las características técnicas de los buques franceses que colaboraron en la operación eran similares a las de los buques españoles. En 1925, la Marina Nacional, al amparo de las sucesivas leyes promulgadas desde 1908, alcanzó un satisfactorio desarrollo.

La aviación militar y la aeronáutica naval

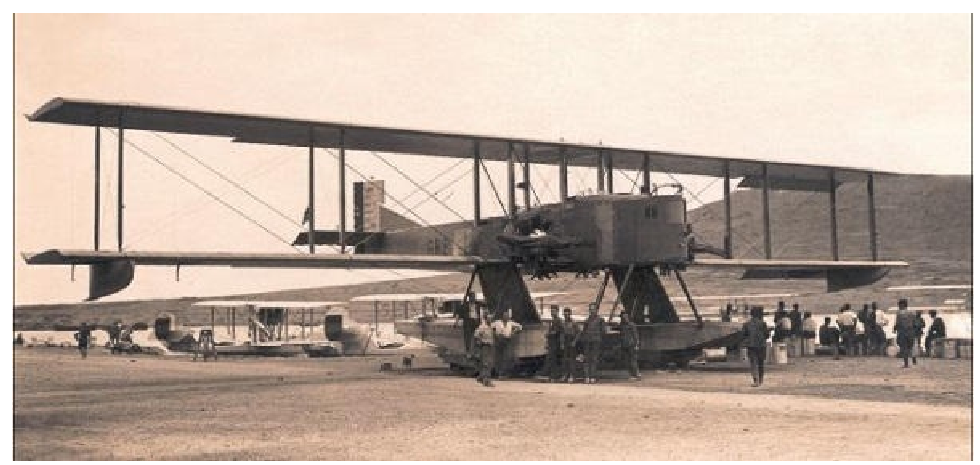
Los aeródromos habilitados en el Protectorado español para dar servicio a los aparatos que tomaron parte en la operación, entre el 8 de septiembre y el 2 de octubre de 1925, se distribuían en tres zonas: Melilla, Tetuán y Larache. En el sector de Melilla, además del aeródromo de Nador, se construyeron varias pistas de aterrizaje próximas al teatro de operaciones, con objeto de mejorar el servicio de repostaje y solucionar los problemas mecánicos, que, con bastante frecuencia, sufrían los aviones. Estas se ubicaron en Ben Tieb, Drius, Dar Quebdani y Tafersit.

En el sector de Tetuán había operativos dos aeródromos; uno en Tetuán y otro en Sania Ramel. Ambos compartían cuatro escuadrillas. También se habilitó una pista de aterrizaje en Laucien. El servicio que prestaron las pistas de esta región fue mayor en la ofensiva que los Ejércitos español y francés llevaron adelante en la primavera de 1926. La tercera zona era Larache y en

ella había un único aeródromo localizado en Arcila. El número de aparatos que participaron en la operación fue de 141.

Tanto en los aeródromos como en los diferentes parques de artillería la aviación militar disponía, en vísperas de ejecutar la operación, de 40 000 bombas de trilita de 11 kg, además de otras 1500 bombas, de las cuales la mitad eran tóxicas, compuestas de iperita, y la otra mitad incendiarias[33]. La campaña del Rif, entre 1921 y 1927, fue la primera contienda militar en la que la aviación lanzó bombas cargadas con gases tóxicos[34].

Durante la operación de desembarco y posterior apoyo a las tropas, hasta la conquista de Axdir, los estados mayores de ambos Ejércitos mantuvieron una estrecha comunicación, fruto del acuerdo alcanzado en esta materia en la Conferencia de Madrid, para coordinar las acciones entre las aeronaves de la aviación militar y la aeronáutica naval españolas y los aparatos de la *Aéronavale* francesa. Ambos Ejércitos mantuvieron en el aire un gran número de aparatos que, de forma ininterrumpida durante las horas de luz, bombardeaban tanto posiciones militares estratégicas, refugios, cañoneras o nidos de ametralladora, como poblados alejados del frente con el fin de atemorizar a los cabileños.



Un Farman F.60 Goliath de la Aeronavale francesa y varios Savoia S-16 españoles en la playa del Atalayón como parte del contingente para la intervención aérea en Alhucemas. Archivo Histórico del Ejército del Aire.

La misión fue compleja desde el punto de vista logístico, pues mecánicos y aviadores sufrieron largas y estresantes jornadas para lograr mantener en el aire aparatos diferentes con motores distintos, tanto de la aviación militar como los hidroaviones de la aeronáutica naval, además de los Farman F.60 del Ejército francés. Carlos Lázaro, experto en los orígenes de la aviación española, sostiene que el papel de los pilotos durante la ofensiva fue ejemplar[35]. En el transcurso de la batalla se perdieron 16 aeronaves, de las

cuales la mitad fue derribada. Hasta la toma de Axdir, el 2 de octubre de 1925, los aparatos sumaron más de 1289 horas de vuelo y arrojaron 10 559 bombas, que supusieron 183 000 kg[36].

EL EMBARQUE DE TROPAS Y PERTRECHOS

Una semana después de la reunión que mantuvieron los altos mandos se inició el embarque de pertrechos y unidades en los buques mercantes de la Transmediterránea y en las barcazas «K»[37]. Estas embarcaciones contaban con un ligero blindaje y desplazaban 300 toneladas a plena carga. Tenían cubierta y bodega y disponían de una rampa a proa. Estaban provistas de un motor que les permitía alcanzar una velocidad de 7 nudos. Sin embargo, su autonomía era reducida y obligaba a remolcarlas hasta encontrarse a unos 1000 metros del objetivo; una vez en ese punto, podían maniobrar hasta la playa impulsadas por sus propios motores[38]. Todo el material de fortificación, municiones y víveres se distribuyó en diferentes barcazas para no concentrar las cargas, con el fin de evitar la pérdida de material si alguna de ellas era interceptada por la artillería rifeña. Las tareas de embarque se prolongaron hasta el 5 de septiembre.

El día anterior, el 4, tal y como se había acordado en Algeciras, fondeaba en Melilla la flota de guerra francesa. Mientras, en Ceuta, el general Saro ordenaba partir al convoy cuando anochecía el día 5 de septiembre en dirección a la desembocadura del río Lau, escoltado por las fuerzas navales del norte de África. El teniente de la unidad de carros de asalto, Juan Urzáiz, señala en su diario que en el muelle de Ceuta había una gran expectación que despedía al conglomerado de barcos mercantes y buques de guerra, «tremolando banderas de España y pañuelos al viento, mientras, desde las cubiertas los soldados sacudían sus gorras en alto mientras lanzaban vivas a España; un espectáculo inenarrable»[39]. A pesar de la poca acogida que tuvo la Guerra de Marruecos en la opinión pública española, resulta creíble la escena que narra el militar, pues tanto Ceuta como Melilla eran entonces ciudades muy vinculadas al Ejército y los militares.

Dichas manifestaciones de júbilo contrastaban con la angustia que sentía Primo de Rivera después de conocer que Abd el-Krim había intensificado las defensas entre Sidi Dris, en territorio de Tensaman, y Axdir. Los vuelos de reconocimiento permitieron descubrir que los defensores disponían en la península de Morro Nuevo de 4 piezas Saint Chamond de 75 mm. El general

en jefe informaba a Magaz, presidente interino del Gobierno, acerca de estas novedades:

> Creo que esta situación irá empeorando hasta que tengamos un éxito en otra parte, pues la necesidad de ponernos de acuerdo con Francia, y unas y otras cosas nos han retrasado un par de semanas que el enemigo ha aprovechado en acumular cañones y granadas, cuya sola exhibición ha bastado para levantar los ánimos; pero, en fin, a todo se proveerá y de pensarlo serenamente veo mucho menos peligro en mantener el plan que en retrasarlo o modificarlo, pues esto elevaría la moral enemiga enormemente y lo otro puede abatirla. La suerte parece echada, pues el tiempo está bueno, aunque las mañanas brumosas[40].



Desembarco de pertrechos de una barcaza motorizada para consolidar la cabeza de playa durante el desembarco de Alhucemas. Eran embarcaciones de 30 m de eslora y más de 6 de manga con capacidad para 300 t de carga. Algunas adaptaron las rampas y montantes para el desembarque de material pesado. Archivo Histórico del Ejército del Aire.

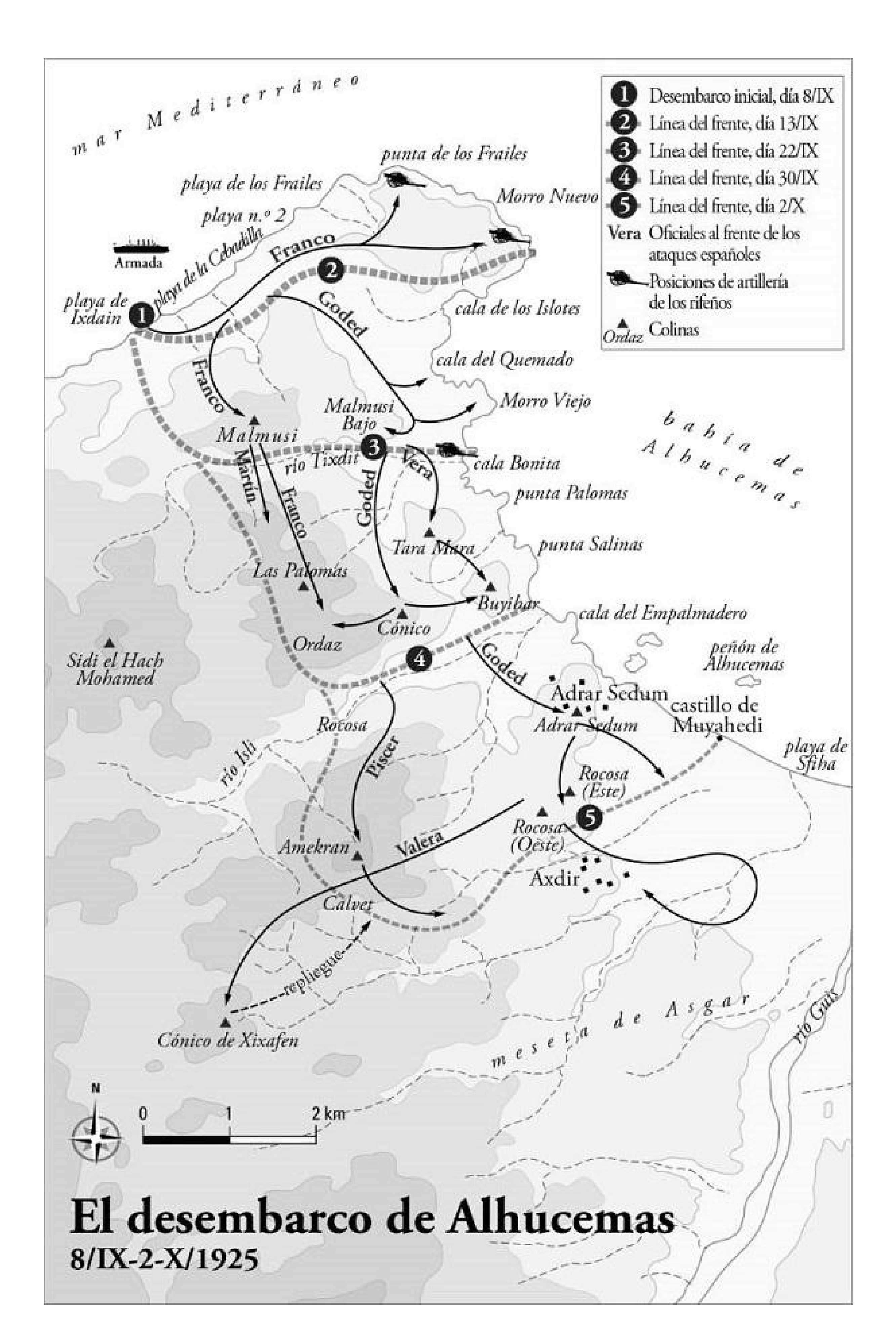
Entretanto, el plan continuaba según lo previsto. El vicealmirante Yolif, al frente de la Escuadra de Instrucción, partía desde el puerto de Algeciras para reunirse con la Brigada de Ceuta a la altura de Río Martín. Allí esperaba el general en jefe acompañado de su estado mayor para subir a bordo del acorazado Alfonso XIII, buque insignia de la escuadra española. El convoy puso rumbo a la desembocadura del río Lau, donde se realizó la primera finta de distracción al simular un desembarco en dicha costa. La maniobra no distrajo defensores de la zona de Alhucemas.

De forma simultánea, los barcos de transporte de la Brigada de Melilla partían el 6 de septiembre protegidos por la escuadra francesa. A última hora de la tarde, frente a la playa de Sidi Dris, en la desembocadura del río Amekran, simularon un desembarco con la intención de desorientar a los defensores; sin embargo, al igual que en la zona occidental, la maniobra

tampoco dio resultado, pues los Beni Urriaguel, así como los Bocoya, permanecieron en el territorio de sus respectivas cabilas[41].

El día 7 de septiembre a las 9.00 h arribó el acorazado *Alfonso XIII* a la altura de la playa de la Cebadilla, pero el convoy de la brigada de Saro y las fuerzas navales del norte de África no llegaron hasta las 11.00 h, debido a las corrientes y a la intensa niebla que se levantó durante la noche y que se prolongó hasta la madrugada. No haber tenido en cuenta la importancia de un estudio de los fenómenos meteorológicos supuso perder buena parte de la sorpresa. Entonces, Yolif explicó a Primo de Rivera la dificultad de reagrupar la flota y le advirtió que la maniobra llevaría más de una hora, lo cual significaba que había que abortar la operación y aplazar el desembarco. Inmediatamente después, Primo de Rivera ordenó al convoy alejarse de la zona de desembarco y adentrarse en el interior de la bahía de Alhucemas, donde los buques de guerra simularon un nuevo desembarco frente a la playa de Suani, entre las desembocaduras de los ríos Guis y Nekor[42]. Se trataba de un contratiempo inesperado que variaba el plan inicial. Ante esa circunstancia, el general en jefe convocó una reunión de urgencia a bordo del *Alfonso XIII*. A ella asistieron los mandos del ejército de tierra y de la marina para analizar la nueva situación. En torno a la mesa ocuparon su asiento, además de Primo de Rivera, Sanjurjo y Saro, el vicealmirante Yolif, el contraalmirante Guerra y el almirante Hallier. La decisión de interrumpir la maniobra de desembarco fue compartida por todos y se decidió llevarla adelante veinticuatro horas más tarde.

Durante toda la tarde del día 7 de septiembre hubo un continuo intercambio de proyectiles entre la artillería de Abd el-Krim y los barcos que navegaban por el interior de la bahía. Poco antes de anochecer, se inició la maniobra de retirada acordada en la reunión de jefes horas antes. Los buques de guerra pusieron rumbo en demanda de la Cebadilla, donde habían acordado concentrarse.



El desembarco de Alhucemas
8/IX-2-X/1925

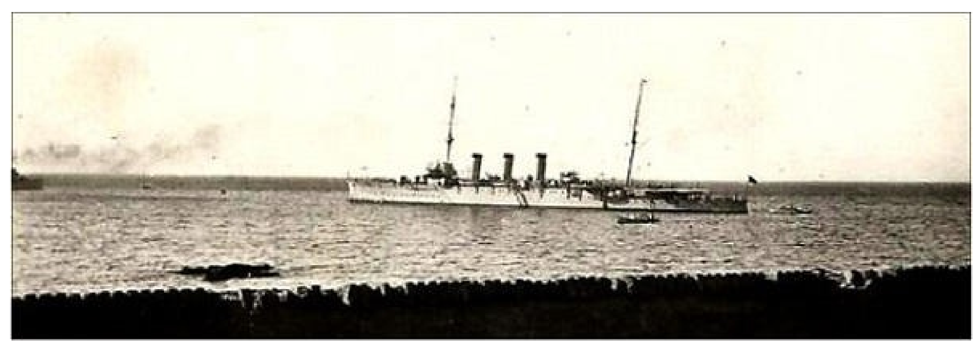
EL DESEMBARCO

El 8 de septiembre, al amanecer, el convoy se hallaba disperso igual que el día anterior. Sin embargo, tras la orden de forzar la marcha, los barcos de la brigada del general Saro lograron reunirse en el punto convenido en torno a las 10.00 h. Con respecto a la meteorología, la mañana se presentaba con «viento flojo del N. E., marejadilla del mismo, cielo cubierto y cariz de Levante»[43]. La estrategia de desembarcar antes de que amaneciera quedaba descartada, pues si era difícil reunir el convoy con la luz del día, durante la noche se antojaba prácticamente imposible. El factor de la oscuridad se había considerado esencial para evitar que la artillería rifeña hiciera fuego certero sobre las barcazas. Si finalmente la maniobra de desembarco se hubiera llevado a cabo de noche y en la playa de la Cebadilla, como estaba previsto, la operación habría fracasado, ya que, al estar minada y desconocerlo, el descalabro hubiese sido enorme. Por fortuna para los atacantes, la niebla y las corrientes marinas contribuyeron a que la operación no se ejecutase durante la noche.

A las 10.00 h atracaba el torpedero n.º 22 a la altura del acorazado *Alfonso XIII* con el general Sanjurjo a bordo. Primo de Rivera embarcó dispuesto a insuflar confianza a las tropas y regresó al acorazado pocos minutos antes de las 11.00 h. Entonces, el alto mando ordenó iniciar el traslado de las unidades a las barcazas[44]. Estas, que habían sido remolcadas desde el puerto de origen, se dispusieron en dos líneas al lado de los barcos mercantes. Cada línea de barcazas debía transportar a las unidades de dos columnas de la Brigada de Ceuta: la primera, dirigida por el coronel Francisco Franco, estaba constituida por dos banderas del Tercio, las harcas de Muñoz Grandes, Solimán el-Jatabi y Asmani el Gato, el 1.er Tabor de la Mehala de Tetuán, batallones 1.º, 2.º, 3.º y 6.º del Regimiento de Infantería África y varios carros de asalto; la segunda, mandada por el coronel Miguel Campins la componían el 1.er Tabor del Grupo de Regulares Indígenas de Tetuán, el Batallón n.º 8 del Regimiento África, dos baterías y dos compañías de zapadores. A las 11.00 h, una vez transbordadas las tropas a las «K», se dio la orden para que las barcazas iniciaran la maniobra de aproximación a la playa impulsadas por sus propios motores envueltas en «un ruido infernal»[45]. Mientras tanto, los buques de la Escuadra de Instrucción y los barcos de las fuerzas navales del norte de África comenzaron a batir la costa para intentar anular la artillería rifeña. Simultáneamente, desde el aire, varias escuadrillas

de aviones: 1.ª Escuadrilla de Fokker C. IV, mandada por González Gallarza; 2.ª Escuadrilla de Bristol F. 2B, dirigida por Álvarez-Buylla; y los Dornier Wal de Ortiz Muñoz apoyaron a las unidades de desembarco bombardeando los nidos de batería y de ametralladora dispuestos por los defensores.

Las unidades de desembarco arribaron a la playa de Ixdain, a poniente de la playa de la Cebadilla. La razón por la que finalmente se desembarcó en esa playa fue fortuita. Susana Sueiro, por ejemplo, admite el testimonio del coronel Manuel Goded, quien señala que «afortunadamente un inteligente marino tuvo la inspiración de variar a última hora la decisión del punto de desembarco, dirigiéndose a la Cebadilla»[46]. Ese «inteligente marino» al que se refiere Goded fue el capitán de fragata Enrique Boado. Este marino dirigió las primeras barcazas a la costa, varando en Ixdain y no en la Cebadilla, porque, debido a la corriente, las «K» fueron desplazadas a la derecha del punto inicial de desembarco. El coronel Goded confundió las playas e invirtió el orden, pues apunta que se desembarcó en la Cebadilla y que la playa minada era la de Ixdain[47]. Las fuentes documentales demuestran que el desembarco se realizó en la playa de Ixdain. Así lo reconocía el comandante José María Troncoso, que participó en la operación formando parte del estado mayor de la Brigada de Ceuta. Troncoso señaló, en una conferencia pronunciada el 5 de julio de 1926 en el cuartel del 12.º Regimiento de Artillería de Madrid, que el desembarco se efectuó en la playa de Ixdain[48]. Contamos también con el testimonio del capitán Juan Urzáiz Durán, quien señala que fue una suerte para el éxito de la operación el cambio de playa, «pues mal lo hubiéramos pasado con esas bombas enterradas (refiriéndose a la playa de la Cebadilla) y el efecto moral en las harkas hubiera sido devastador»[49]. Aunque, en este caso, atribuye la decisión al alto mando y en un momento anterior a la ejecución de la maniobra.



Crucero Reina Victoria Eugenia. Uno de los buques más modernos de la Armada española en el contexto de las campañas de Marruecos. Participó en el desembarco de Alhucemas. Fotografía de Fernando Puell Sancho. Colección Fernando Puell de la Villa.

Las tropas del coronel Franco y la harca de Agustín Muñoz Grandes fueron las primeras unidades que alcanzaron la playa. A las 12.35 h, Primo de Rivera informaba al rey mediante radiograma urgente (mensaje telegráfico transmitido por radio): «A las doce las tropas han puesto el pie en la Bahía de Cebadilla. A las doce y media han coronado la posición, tras breve preparación de fuego y sin gran resistencia».

El alto comisario explicaba que todo el mundo había cumplido con su deber y hacía hincapié en la eficaz cooperación de la escuadra francesa «que ha tirado mucho y bien». La maniobra, pese a las dificultades se llevó a cabo con éxito[50].

Después de varias reiteraciones de planes de desembarco desde 1911, finalmente, el 8 de septiembre de 1925, el Ejército español alcanzaba las costas de Alhucemas. El general en jefe admitió sentirse asombrado por el desconcierto que, en su opinión, había provocado el lugar elegido para el desembarco[51]. Ciertamente, el ataque desbordó la capacidad de defensa de los rifeños; sin embargo, no les pudo sorprender el punto elegido para desembarcar. De hecho, la playa de la Cebadilla estaba minada, lo cual indica que Abd el-Krim contemplaba la posibilidad de que esa parte de la costa —fuera de la bahía de Alhucemas— podía constituir una posible vía de entrada. No obstante, sí que incurrió en un error táctico: no desplegar en ese punto combatientes de Beni Urriaguel y confiar el sector a los bocoyas. Aparte, dada la carencia de recursos y la dimensión del frente que debía cubrir, tuvo que priorizar el emplazamiento de la artillería en aquellos otros puntos que juzgó más previsibles donde podía llevarse a cabo la maniobra.

Los rifeños, además, tuvieron que atender los frentes sur y sudeste por donde el Ejército francés lanzó un asalto «hacia la entraña del Rif» a partir del 10 de septiembre. Para tal ofensiva, Pétain empleó 48 batallones, 2 compañías de carros, 12 escuadrones, 17 baterías, 5 compañías de ingenieros y 3 escuadrillas, dirigidas por los generales Pruneau (35.ª y 31.ª Divisiones); Billotte (2.ª División y 8.ª Brigada); Hergault (128.ª División) y Marty (7.ª Brigada y 1.ª Brigada de Spahis[52]).

Tan pronto como se conoció la noticia de que las unidades del Ejército español habían desembarcado comenzaron a llegar felicitaciones a la sede del Directorio Militar en Madrid. Así, el gran visir (ministro del soberano Muley Yúsuf) rogaba a Magaz que elevase tanto al conjunto del Directorio Militar como a S. M. el rey de España «las más efusivas felicitaciones del Majzén y de todos los elementos musulmanes del Protectorado por la brillante ocupación de Alhucemas»[53]. Las tropas españolas acababan de poner el pie

en el litoral de Bocoya y el Gobierno quería explotar el éxito. Con esa intención, el presidente interino, Antonio Magaz, informó a los embajadores y cónsules españoles en el extranjero, para que ellos, a su vez, comunicaran la noticia a las autoridades políticas de los países donde residían: Quiñones de León lo notificó a los miembros del Consejo permanente de la Sociedad de Naciones en Ginebra; y lo propio hicieron los embajadores en Londres, Roma, Bruselas, Berlín y Buenos Aires, así como los ministros de S. M. en Berna, Constantinopla, Tokio, México, Habana, Caracas, Bogotá, La Haya, Río de Janeiro, Santiago de Chile, Estocolmo, Viena, Lima y Montevideo. Había interés en divulgar el triunfo de las armas españolas e invertir, de ese modo, la opinión que hubiera podido forjarse en el extranjero acerca de la capacidad del Ejército, derivada de la catástrofe de Annual.

A pesar de la euforia el momento era complejo. Aunque se había conseguido desembarcar una primera oleada de soldados, esas unidades carecieron de buena parte de los pertrechos necesarios por la imposibilidad de desembarcarlos, debido a la hostilidad de los defensores y al estado de la mar. Por otro lado, la columna de Martín González solamente había logrado echar a tierra el día 9 de septiembre la mehala, «pues no obstante trabajar todo el mundo sin descanso y emplear todos los medios de transporte, no hay bastante capacidad para el desembarque de fuerzas y elementos»[54]. Incluso Sanjurjo reconocía que la maniobra de desembarco estaba siendo lenta. Con todo, durante los dos primeros días, desembarcaron 10 000 hombres y 2000 toneladas de efectos.

El día 9 comenzaron a tomar tierra algunos efectivos de la Brigada de Melilla, también en la playa de Ixdain, a un ritmo más elevado porque los pontoneros habían construido pasarelas y pequeños desembarcaderos. También contribuyó una mejoría en el estado de la mar.

En la prensa de Melilla se celebraba el éxito de la maniobra y en la portada de *El Telegrama del Rif* su director, Cándido Lobera, escribía:

> Alhucemas por España. Las tropas españolas han pisado la tierra maldita de Alhucemas. Alhucemas, nombre fatídico para los españoles, por haber germinado allí todas las rebeldías y haberse incubado todas las agresiones desde 1909[55].

Lobera se hacía eco de unas palabras que atribuía a Abd el-Krim: «Si ellos desembarcan en Alhucemas yo entraré en Tetuán». Desconocemos si el jefe rifeño pronunció esa frase, pero ciertamente una harca dirigida por M'hamed, hermano menor de Abd el-Krim, había emprendido una enérgica ofensiva el 3 de septiembre contra la posición de Kudia Tahar, próxima a Tetuán, en el macizo de Gorgues, conocido como el «Gurugú de Occidente»[56]. Los

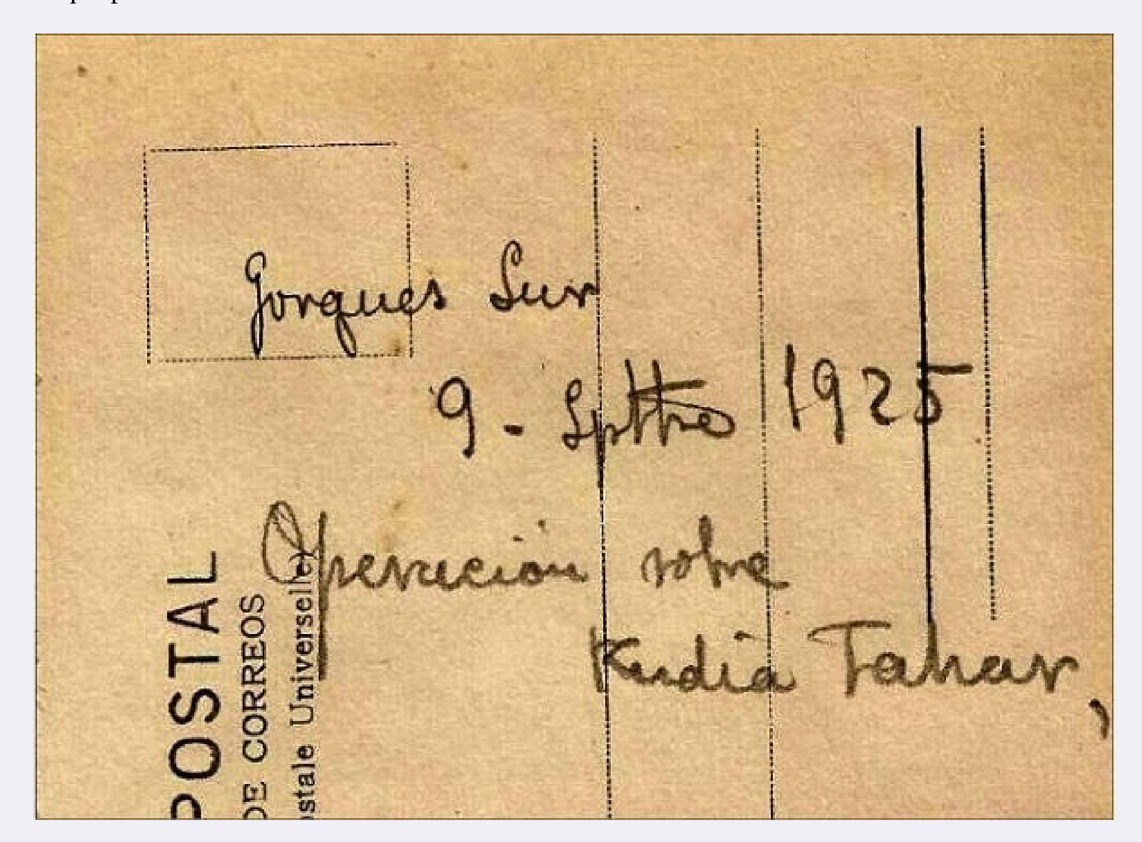
harqueños con aquel movimiento pretendieron distraer la atención del mando español. Sin embargo, Primo de Rivera se mantuvo firme en llevar adelante el plan y solo después de haber desembarcado el día 8 acudió a auxiliar a los sitiados. Comunicó a Magaz su decisión y partió el día 9 rumbo a Río Martín, para lo que se llevó consigo dos banderas del Tercio y un tabor de Regulares «con los que me propongo despejar situación Kudia Tahar y normalizar aquel frente. A esto doy gran importancia porque lo de Alhucemas me parece marchará bien»[57].



El madrileño teniente de ingenieros Fernando Puell Sancho (a la izquierda), en un momento de calma, descansa con otro compañero sobre la cureña de un cañón Schneider calibre 70 modelo 1908, durante la operación emprendida para levantar el asedio de la posición de Kudia Tahar en los primeros días de septiembre de 1925. Esta posición, que estaba siendo fuertemente atacada por las fuerzas de Abd el-Krim, formaba parte de la llamada Línea Estella, línea defensiva que protegía Tetuán por el sur tras la retirada de Xauen.

Fernando Puell Sancho nació en 1895 en el seno de una familia militar. La tradición castrense fue mantenida y el joven teniente fue destinado al 1.er Regimiento de Telégrafos, de guarnición en El Pardo. Pronto llegó la llamada de África: marchó a la capital del Protectorado con la 6.ª Compañía Expedicionaria en septiembre de 1924. Le esperaban dos años de duros combates en el sector de Tetuán, integrado en la columna del general Saro. Recibió dos felicitaciones por su excelente actuación en tal contexto. En enero de 1926, resultó herido de gravedad mientras realizaba un tendido telefónico en la conflictiva y estratégica zona del Fondak de Ain Yedida. A consecuencia de ello, fue evacuado al Hospital Militar de Madrid. Un par de meses después se reincorporó y marchó a Alhucemas para hacerse cargo del tendido de líneas telefónicas en la zona; la comunicación era fundamental

tras el desembarco y los avances posteriores. Para agosto había regresado a Tetuán y participó en la icónica recuperación de la triple ciudad santa de Xauen, acción por la que fue condecorado. Una vez «pacificada» la zona occidental del Protectorado, permaneció en Tetuán hasta diciembre de 1927, donde realizó el tendido de la línea telefónica Tetuán-Larache y construyó el acuartelamiento de Xauen y de varios blocaos en sus inmediaciones.
De vuelta en Madrid, en 1928 se hizo cargo de la instalación de una red telegráfica en Ferrol y en 1931 ascendió a capitán y fue destinado al Regimiento de Zapadores Minadores, del que pasó poco después al Parque Central de Automóviles de Guerra y Marina. En julio de 1935, fue agregado al Cuartel General de la Comandancia General de Asturias como jefe del Servicio de Automóviles. A comienzos de 1936 regresó a Madrid y el 20 de julio, tras fracasar el golpe de Estado, fue internado con la mayor parte de sus compañeros en la cárcel Modelo. En septiembre fue separado del servicio por ser considerado desafecto al régimen republicano y, en noviembre, al aproximarse las columnas franquistas a Madrid, fue trasladado a la prisión de General Porlier. En diciembre, fue puesto en libertad y se refugió en el hospital gestionado por las embajadas de Austria y Suiza, del que intentó infructuosamente ser evacuado a la zona rebelde. Allí fue localizado en noviembre de 1937 por el Servicio de Información Militar (SIM) y fue dado de baja en el Ejército e internado de nuevo en la prisión de General Porlier, desde la que, un mes después, fue trasladado a la de Alicante, en la que permaneció hasta marzo de 1939.



Ascendido a comandante, fue destinado al Regimiento de Automóviles de la Reserva General. Al ascender a teniente coronel en noviembre de 1943 pasó a prestar servicio en la Dirección General de Enseñanza Militar del Ministerio del Ejército y, en junio de 1948, se hizo cargo de forma interina del mando del Regimiento de Zapadores n.º 1 hasta que, por haber ascendido a coronel en junio de 1954, se trasladó a Granada para mandar la Jefatura de Ingenieros de la IX Región Militar. Al año siguiente, una vez cumplida la edad reglamentaria, pasó al Segundo Grupo de la Escala Activa y se hizo cargo de la Sección de Ingenieros de la Dirección General de Personal del Ministerio del Ejército, puesto que desempeñó hasta pasar a la situación de retirado en junio de 1959. Falleció en Madrid el 30 de enero de 1971.

Daniel Macías Fernández

Fotografía de Fernando Puell Sancho. Colección Fernando Puell de la Villa

En efecto, el asalto de la harca al campamento de Kudia Tahar distrajo unidades del objetivo principal, pero el Ejército español contaba entonces con un contingente capaz de asumir ambos teatros de operaciones. Es posible que Abd el-Krim sufriera más aquella distracción de fuerzas, que hubiera podido concentrar en la defensa de Alhucemas. Romper el cerco de Kudia Tahar fue una tarea ardua, pero finalmente las tropas de choque consiguieron levantar el asedio el día 13 de septiembre. La prensa española subrayó, con respecto a la liberación de esta posición, que los atacantes se lanzaban repetidamente contra el parapeto «con enorme fiereza y soberbia disciplina» y destacaba la bravura de los soldados españoles[58].

Mientras tanto, las operaciones de desembarco y avance de los efectivos continuaban con dificultades. Sanjurjo comunicaba al general en jefe que los proyectiles que lanzaban los cañones de los buques de la escuadra no hacían blanco sobre algunas piezas, las cuales estaban provocando mucho daño a las unidades desembarcadas[59]. Esto se debía a la orografía del territorio, que permitió a los rifeños ubicar piezas de artillería estratégicamente, como ya había ocurrido en 1915 en los Dardanelos, donde las baterías de campaña, abrigadas por crestas paralelas a la costa, sostuvieron las líneas turcas e infligieron grandes pérdidas a las escuadras enemigas, cuyos cañones se mostraron impotentes contra ellas[60].

El 14 de septiembre, Primo de Rivera regresó al teatro de operaciones de Alhucemas. Retornaba convencido de «destruir cuanto antes y más definitivamente el poder de Abd el-Krim —porque esa era, para él, la— solución final que permitirá imponernos a todos y someterlos con una política inflexible de desarme»[61].

Unos días antes, el 11, había mantenido una reunión en Tetuán con miembros del estado mayor francés. En ella, animado por la marcha de la operación, se comprometió a continuar la ofensiva más allá de la ocupación de Axdir.

Desde el campo rifeño se lanzaban embestidas sobre las posiciones avanzadas del Ejército español, por lo general de noche para evitar que los nidos de batería fueran descubiertos y batidos por la aviación. Uno de los asaltos más enérgicos tuvo lugar la noche del 11 de septiembre, cuando los rifeños se abalanzaron contra las trincheras y parapetos usando ametralladoras, morteros e incluso bombas de mano.

Entretanto, las maniobras de desembarco continuaban y la Brigada de Melilla pudo descargar parte de sus pertrechos el día 13 de septiembre. Aquella misma noche, las tropas del coronel Goded ubicadas a la extrema izquierda de la posición avanzada se vieron sorprendidas por el enemigo. La intensidad del golpe dejó a la mehala de vanguardia sin municiones y Goded tomó en ese momento una decisión comprometida: desmunicionar a la reserva para cedérsela a las unidades situadas a vanguardia. Se trató de un momento crítico, ya que, la retaguardia, de no haber aguantado el empuje rifeño, se hubiese mostrado vulnerable por carecer de municiones[62].

Diez días después del inicio de la batalla habían desembarcado 18 000 hombres y 8000 toneladas de efectos. Las lanchas de desembarco habían conseguido arribar a la cala del Quemado, próxima a Morro Viejo, lo cual supuso penetrar en una zona de la bahía situada al abrigo de los vientos.

A partir del 18 de septiembre, la situación en las playas había mejorado porque la artillería rifeña ya no contaba con la misma potencia de fuego y los defensores se replegaban de forma desordenada conforme avanzaban las unidades del Ejército español. Tal circunstancia permitió al general Sanjurjo reunirse con los generales Saro y Fernández Pérez en el campamento de la cala del Quemado con el fin de analizar la situación y armar la estrategia para las jornadas siguientes. El día 21 comenzó el desembarco del ganado, lo que alivió las condiciones de los soldados, que, hasta entonces, habían tenido que cargar con las piezas de los cañones a hombros según progresaban por el territorio.

Con las mulas como elemento principal de carga, y la consiguiente libertad de movimientos de los soldados, el día 23 Sanjurjo lanzó una ofensiva sobre el monte Malmusi para expulsar a sus defensores de los cuernos de Xauen y Morro Viejo y, de ese modo, hacerse con el control de la zona. A partir de ese día, la harca rifeña mostró graves síntomas de debilidad. Sus defensas cedían con mayor rapidez ante el impulso de las tropas españolas.

Sin encontrar la resistencia que hasta entonces habían ofrecido los defensores, el 1 de octubre se alcanzó la meseta de Axdir y se silenciaron los cañones emplazados en las crestas de la Rocosa. Al día siguiente, las tropas de choque y algunas unidades europeas entraban en la capital del Rif y llevaron a cabo una razia e incendiaron la casa de Abd el-Krim y otras viviendas del poblado.

El general en jefe desembarcó en la playa de Sfiha frente a Axdir, donde fue recibido entre vítores por las tropas. A las 12.20 h del día 2 de octubre,

Primo de Rivera escribió un telegrama a Magaz: «Estoy isla Alhucemas. Enemigo ni se ve ni se oye. En la isla nos han aclamado con emoción. Un saludo a Su Majestad»[63]. El dictador reconocía que la realidad superaba su optimismo e interpretaba que contaban con el «dominio absoluto del país», pues, a pesar de reconocer que aún tendrían algunas dificultades para resolver el problema por completo, el golpe que habían asestado a Abd el-Krim era casi mortal.

La resistencia organizada de las tropas de Abd el-Krim se derrumbó ante la presión de un contingente moderno que, con gran diferencia de medios para el combate, arrolló sus líneas de defensa. Aun así, el número total de bajas en el Ejército de ocupación español (entre los días 8 de septiembre y 2 de octubre) fue de 1607, de las cuales 1090 fueron muertos. Estas son las cifras oficiales, aunque en el mismo documento se admite que podrían ser superiores a las consignadas[64].

Durante los veinticuatros días que duró la batalla por la conquista de Axdir, la aviación perdió 16 aeronaves, de las cuales 8 fueron derribadas y el resto retiradas del frente por avería o accidente[65]. En el mismo periodo, las escuadras española y francesa que tomaron parte en la operación no perdieron ningún buque de guerra, aunque sí hubo daños de diferente consideración en varios barcos, debido a los impactos de la artillería rifeña[66].

LA ÚLTIMA BATALLA DE ABD EL-KRIM

El desembarco de Alhucemas significó, prácticamente, el final de la hegemonía del jefe de Beni Urriaguel. Sin embargo, Abd el-Krim aún mantuvo en jaque a españoles y franceses durante ocho meses más. Obligado a abandonar Axdir, trasladó su cuartel general a Targuist, en la montaña del Rif central al oeste de Beni Urriaguel. Desde allí, continuó dirigiendo la resistencia hasta la primavera de 1926, cuando los contingentes de las naciones protectoras coordinaron una ofensiva para acabar con su poder e influencia sobre el resto de cabilas insumisas al Majzén. Para ello, Primo de Rivera, presidente del Directorio Civil, desde el 3 de diciembre de 1925, convencido —ahora sí— de la necesidad de coordinar una acción simultánea con el Ejército francés se reunió con Pétain en Madrid. El 16 de febrero de 1926 se aprobaron las bases del acuerdo suscrito entre el marqués de Estella y el mariscal en cuanto a «proyectos de operaciones en Marruecos para el año 1926»[67].

Con arreglo a dicho acuerdo, a principios de marzo las unidades acantonadas en sus campamentos durante el invierno comenzaron a realizar movimientos de aproximación y preparación de las bases de operaciones para la ofensiva. En paralelo, Abd el-Krim también comenzó a desplegar su estrategia. Así, a mediados de febrero, confió una acción sobre Tetuán a uno de sus hombres fuertes, Ahmed el-Jeriro, con la misión de batir la ciudad desde las alturas de Bu Zeitung, en el macizo de Gorgues, en un intento de desplazar el foco del Rif central. A pesar de que la capital del Protectorado no se hallaba en una situación de peligro, Sanjurjo, alto comisario desde diciembre de 1925, respondió organizando cinco columnas, que, en apenas tres días, consiguieron acallar los cañones. Tras la victoria, Sanjurjo informaba a Primo de Rivera y lamentaba que entre las bajas se encontrara herido el coronel Millán Astray[68].

Con certeza, las posibilidades que tenía Abd el-Krim de contener la ofensiva eran mínimas y, consciente de que se hallaba en un momento crítico, solicitó un armisticio a las autoridades francesas. La petición derivó en una tensa situación diplomática entre el Directorio Civil y el Gobierno de la República por la oposición de Primo de Rivera a admitir una suspensión de hostilidades. Al final, el presidente del Consejo de Ministros de la Tercera República, el socialista Aristide Briand, aceptó la sugerencia del dictador español, el cual propuso presentar un ultimátum al jefe de Beni Urriaguel y ofrecerle unas condiciones para su sumisión que se basaban en la rendición, el desarme y la entrega de los prisioneros españoles y franceses. Todo ello implicaba la aceptación incondicional del Majzén. A cambio, los europeos se comprometían a paralizar la inminente ofensiva y ofrecían diálogo. La ciudad elegida para negociar los términos de la paz fue Uxda, situada al sudeste de Melilla, en el Protectorado francés. El 6 de mayo, Julio López Oliván, diplomático y representante del Gobierno de España en la conferencia de paz, informaba de que las negociaciones se habían roto. Inmediatamente después, Sanjurjo advirtió de la circunstancia a los jefes de los diferentes sectores para que extremaran las precauciones ante un posible inicio de las hostilidades[69].

Abd el-Krim había apurado, sin lograrlo, su última baza para evitar la ofensiva franco-española. En esta ocasión, españoles y franceses no fueron tan generosos en las concesiones como lo habían sido en julio de 1925, durante las negociaciones de paz previas al desembarco en Alhucemas. Entonces, el emir del Rif se hallaba en una situación de fortaleza, todo lo contrario a sus circunstancias en mayo de 1926. Quizá en ese momento hubiese aceptado el ofrecimiento de entonces.

Dos días después de la ruptura del marco negociador se inició la que significó su última batalla. Secundado todavía por sus colaboradores más leales, confió su resistencia a las defensas naturales que suponían los montes del interior del Rif central. Pero la estrategia no le dio resultado, porque enfrente tenía a un enemigo muy superior, que contaba con gran cantidad de medios y, desde septiembre de 1925, con una base de aprovisionamiento segura a través de las playas y calas de la bahía de Alhucemas.

Mientras se había estado negociando en Uxda, los estados mayores se dedicaron a ultimar los detalles de la ofensiva. Desde el cuartel general español, instalado en Tetuán, el general Goded, jefe del estado mayor del Ejército en Marruecos distribuyó, a partir del 29 de abril, el plan de operaciones. La orden general estructuraba la organización y la composición de las columnas, así como la constitución de las bases de operaciones e incluía un apartado para las instrucciones acerca del funcionamiento de los servicios[70]. El conjunto de fuerzas dispuestas para la ofensiva era de 52 000 hombres, de los cuales 21 100 constituían fuerzas de choque y 30 900 de reemplazo. Estas, a su vez, se distribuyeron en cuatro grupos: Axdir, 25 000 efectivos; Melilla, 13 000; Ceuta-Tetuán, 8000 y Larache, 6000 unidades. Aparte, se informaba a los jefes de que había 17 000 reclutas en proceso de instrucción en el territorio del Protectorado, por si fuera precisa su intervención.

Las columnas formadas para la operación fueron 7, de las cuales 5 se hallaban en el sector de Axdir, cuyo cuartel general se estableció en el campamento de la Cardeñosa, mandado por el general de división Alberto Castro Girona, comandante general de Melilla. El sector carecía de la profundidad necesaria para la maniobra y estaba envuelto tácticamente por los rifeños. Durante el invierno, se había construido una tupida línea de fortificaciones y cerrado con puestos y posiciones cuantos barrancos significaran entradas en la zona. Las posiciones estaban unidas por una alambrada general que sellaba herméticamente todo el frente y dotaba de seguridad a la zona.

El Cuerpo de Operaciones de Axdir se componía, por tanto, de las siguientes columnas: Izquierda (coronel Emilio Mola), Derecha (coronel Benigno Fiscer), Centro (coronel Amado Balmes), Caballería (comandante José Monasterio) y Reserva, que quedaba a disposición del general de brigada Ángel Dolla. Este último, a su vez, asumía el mando conjunto de las cuatro anteriores. Las dos restantes formaban el denominado Grupo de Columnas de Beni Tuzin, mandado por el general de división Manuel González Carrasco:

Columna Miguel Ponte y Columna Miguel Campins. Por último, se agregó a este grupo la Columna de Tensaman, cuya dirección se atribuía al coronel Sebastián Pozas.

El primer objetivo era conseguir la sumisión de Beni Said, Tensaman, Beni Ulichek y Beni Tuzin, asignado al Grupo de Columnas de Beni Tuzin. Una vez alcanzado, el centro de la ofensiva pasaría al sector de Axdir, cuya misión principal era batir al enemigo que se encontraba atrincherado en la falda de la loma de los Morabos y enlazar con la meseta de Asgar, hasta llegar a Tafras, en el interior de la cabila de Beni Urriaguel.

La ofensiva que iniciaron las columnas de Beni Tuzin y Tensaman se ordenó para las 6.00 h del 8 de mayo. Para entonces, las fuerzas francesas del general Dosse ya habían emprendido su avance al anochecer del 7 al 8. Las dos columnas de Beni Tuzin, en su primera fase, lanzaron un ataque desde su base en Midar sobre Zoco el Telatza de Eslef. Con ese primer escollo superado sin dificultades, los efectivos continuaron su progresión hasta lograr enlazar con la 3.ª División francesa en Zoco el Arbaa de Taurirt. Allí, debían establecer contacto con la izquierda de las columnas del Cuerpo de Operaciones de Axdir. En este último sector, los defensores opusieron mayor resistencia, parapetados en el bajo Iberloken y desde las trincheras que había entre este río y el Guis. El asalto de los escuadrones de Monasterio sufrió un gran número de bajas en poco tiempo, 108 muertos y 522 heridos. Aunque, finalmente, con el apoyo de los carros de asalto y la acción continuada de bombardeo por parte de la aviación y la artillería de los buques de guerra, consiguieron romper el frente el 9 de mayo por la tarde.

La progresión de las columnas continuó sin descanso hasta ocupar totalmente la loma de los Morabos, las lomas del Cañón, la loma de la Trinchera y la loma del Arbolito. En el asalto, las fuerzas de choque emplearon bombas de mano; el mismo medio utilizado por los rifeños en su defensa. Conquistadas dichas cotas las unidades avanzaron durante los días siguientes a gran ritmo hasta la conquista del macizo central, donde se encuentra el monte Haman, de 1820 metros de altitud.

Manuel Goded había estimado en dos meses el tiempo que se tardaría en alcanzar los objetivos; sin embargo, la conquista de Beni Urriaguel se acometió en tan solo trece días. Como muestra del triunfo de las armas europeas, Sanjurjo viajó por tierra el 21 de mayo desde Axdir hasta Melilla. Tres días antes, la columna del coronel Pozas había llegado a Annual, epicentro del Desastre en 1921. Acerca de ese viaje informaba el presidente al Consejo de Ministros y se mostraba optimista, pues el general en jefe durante

el trayecto había recibido las sumisiones de las cabilas de Tensaman y algunas fracciones de Beni Urriaguel[71].



Foto de Rafael Ramírez Rivas (izquierda), entonces capitán médico, posando con un comandante junto al buque hospital Barceló, antes del desembarco de Alhucemas (1925). Natural de Granada, en febrero de 1911 ingresó en la Academia Médica Militar, en julio se incorporó como oficial médico segundo y en octubre pasó al Hospital Militar de Melilla. A primeros de 1912, Ramírez se hizo cargo de la Ambulancia Expedicionaria de Montaña n.º 1 y, en abril, prestó sus servicios al 3.er Regimiento de Artillería de Montaña. El día 24 de ese mismo mes marchó a Ras Medua para hacerse cargo de una sección de ambulancias de la Compañía Mixta de Sanidad Militar. El 15 de mayo de 1912 fue abatido el Mizzian y el cuerpo fue embalsamado por el médico granadino. Continuó su servicio en vanguardia y en instalaciones sanitarias. Fruto de ello, fue condecorado ese mismo año y el siguiente. Sus experiencias médicas sirvieron para distintas publicaciones en la *Revista de Sanidad Militar*.
Facultativo de carácter, durante su servicio en el Hospital Alfonso XIII de Melilla, el 7 de enero de 1914 tiró la comida destinada a la tropa por considerarla no apta para el consumo humano. En el mismo incidente, debió de insultar a un superior. Todo ello le valió un consejo de guerra que se saldó con una condena en prisión militar por medio año. A partir de 1915, con el grado de capitán, prestó sus servicios en distintos lugares de Málaga y Algeciras hasta que, en 1921, regresó a Melilla tras el Desastre de Annual. El día 24 de julio, en pleno caos por la debacle militar, Rafael Ramírez llegó a la ciudad norteafricana y fue felicitado por su labor sanitaria en momentos de extrema gravedad. Participó de la reconquista dentro de la columna del general Sanjurjo. Tras servicios diversos en la Comandancia General de Melilla, en mayo de 1922 regresó a la Península y fue condecorado de nuevo. Ese mismo año y el siguiente sirvió en la aviación en Granada, fue el primer médico en hacerlo. En 1924 fue destinado al buque Barceló, este pertenecía a la Compañía Transmediterránea y fue habilitado como hospital en enero de 1922; su función era la evacuación de los heridos de África a la Península. En 1925 Ramírez adquirió el rango de comandante y participó en el desembarco de Alhucemas, encuadrado en la columna del general Saro. Por fin, en octubre, fue destinado a Tenerife, fuera del escenario de guerra.

El 18 de julio de 1936 se encontraba en Málaga como jefe de Sanidad, era el director del hospital y estaba al cargo de la clínica de cirugía. En enero de 1937, ya ascendido a teniente coronel, fue trasladado al Hospital de Valencia como jefe del equipo quirúrgico. Una vez terminada la Guerra Civil, le prohibieron ejercer como médico, en represalia por elegir el bando republicano.

Colección Antonio Bernardo Espinosa

El rápido avance de los efectivos españoles y franceses superando las defensas y penetrando en el corazón del Rif provocó la rendición de Abd el-Krim. El 26 de mayo, Primo de Rivera confirmaba de manera oficial el fin de la «rebeldía» de Abd el-Krim. El mismo día, leía ante sus ministros un telegrama de la agencia Fabra, en el que se aseguraba que en la misma madrugada se entregaría el «caudillo» en Taza, previa entrega de los prisioneros franceses.

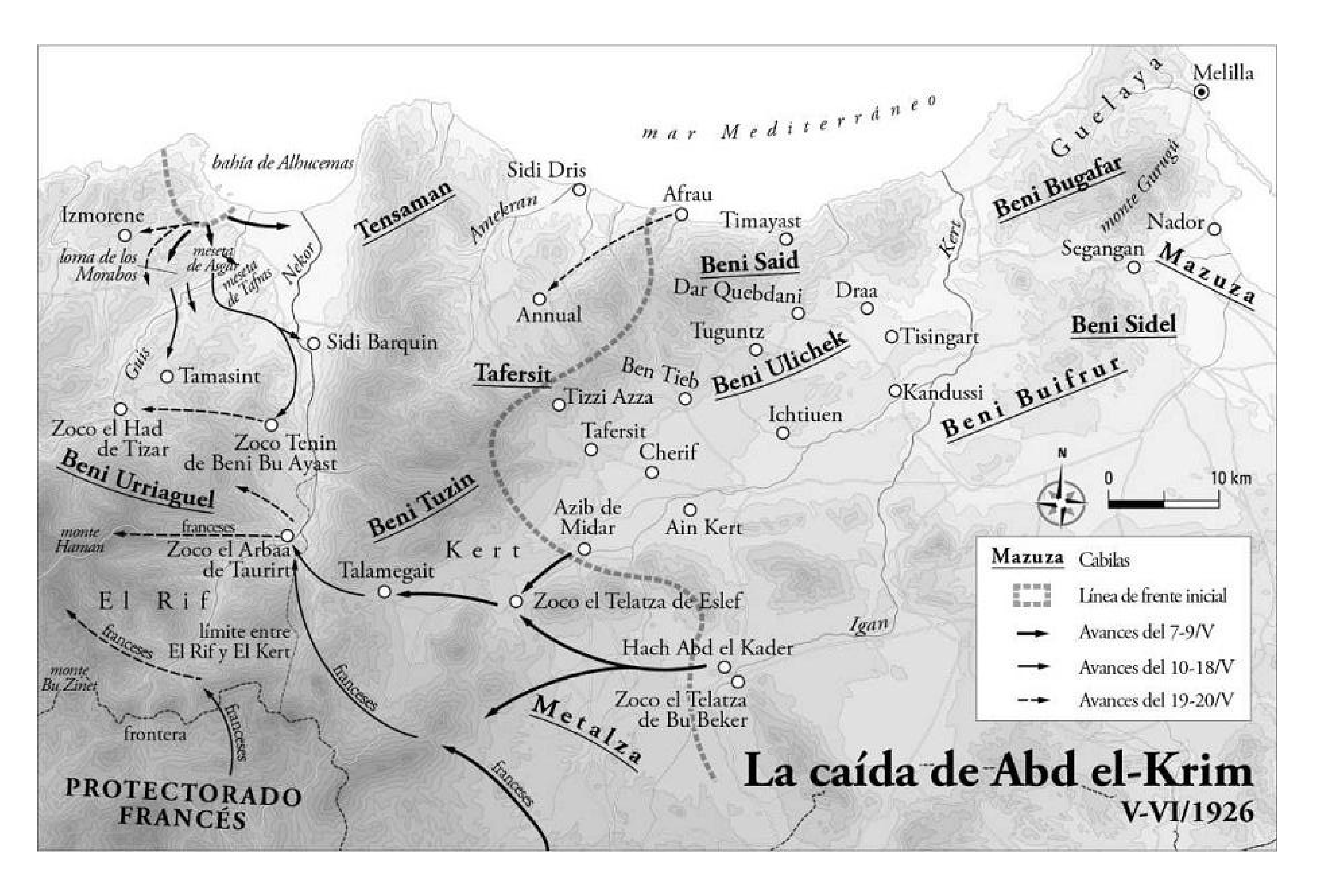
Sin embargo, aún transcurrieron algunos días hasta que se produjo la entrega. El día 2 de junio, el cheij Uasani de Snada (cabila de Beni Itef) aseguraba que Abd el-Krim había salido de Snada durante la madrugada para dirigirse a Taza acompañado, entre otros, de su hermano M’hamed; su tío Abd es-Selam; su cuñado, Mohamed Azerkan el Pajarito; y de Mohamed Ben Hach Budra, todos ellos colaboradores cercanos. Se sumaba a la comitiva un elevado número de mujeres, que, según Uasani, llevaban cosidos en sus trajes una cuantiosa cantidad de billetes de banco que, junto con 25 cajas con 3000 duros cada una y otras 25 cajas de 1500 duros, el séquito de Abd el-Krim, portaba en total casi 4 millones de pesetas[72].

Tras la derrota definitiva de Abd el-Krim, los Gobiernos de España y Francia abrieron un nuevo espacio de negociación en París, donde, de nuevo, el Gobierno de España estuvo representado por el general Gómez-Jordana, entonces director general de Colonias y Protectorado. Jordana defendió la integridad de la zona española y el compromiso de cada una de las naciones protectoras de abandonar las comarcas fronterizas ocupadas con motivo de la última ofensiva en el plazo máximo de seis meses. En la cumbre, también se decidió el confinamiento de Abd el-Krim en la isla de Reunión en el océano Índico, próxima a Madagascar[73].

LA CAMPAÑA DE 1927 Y EL FINAL DE LA GUERRA DE MARRUECOS

El 25 de junio de 1926 las tropas españolas entraban en Targuist, una vez que el Ejército francés había salido de la zona al asumir el compromiso de París

de abandonar comarcas del Protectorado vecino. Desde ese punto, el avance prosiguió hacia el Protectorado occidental, donde las columnas tropezaron con «pequeñas partidas» de 100, 200 y hasta 300 hombres dirigidas por Sidi Abd es-Selam y Sidi Mohamed de Tensaman, que superaron la resistencia sin dificultades. A finales de año, el Ejército de Operaciones estaba acantonado en las cabilas de Ketama y Senhaya. Mientras, en el sector de Tetuán, en el territorio de las cabilas de Beni Hozmar, Beni Lait y Beni Ider, Ahmed el-Jeriro, buen conocedor de la zona, combatía a las unidades del Ejército mediante golpes de mano rápidos y fugaces retiradas. Tres columnas enviadas por Sanjurjo, mandadas por el general Gómez Morato, acabaron con la resistencia en noviembre de 1926 y en el combate murió el propio el-Jeriro.

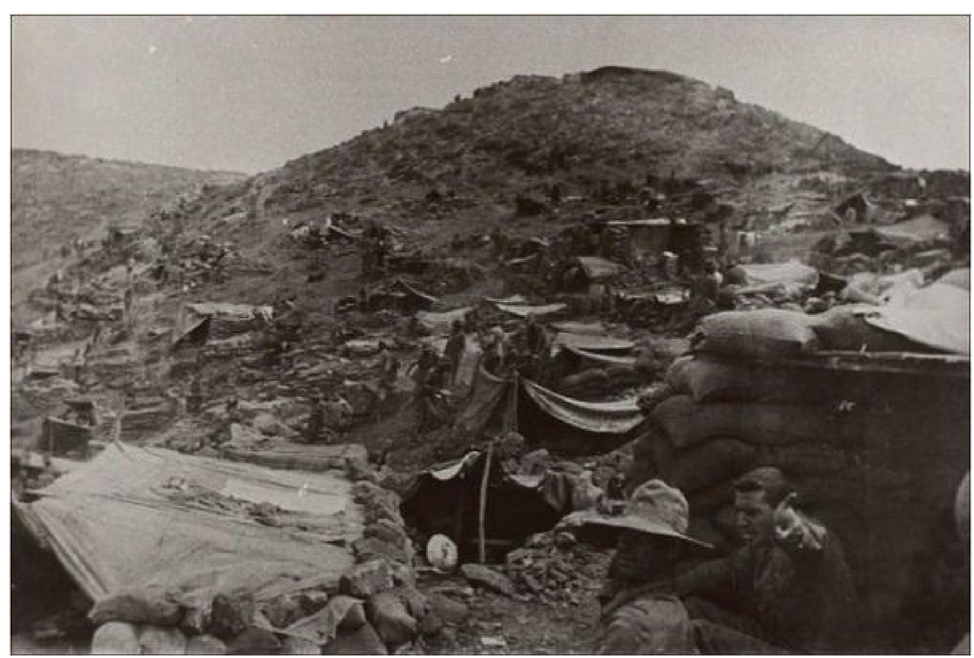

La caída de Abd el-Krim
V-VI/1926
Mazuza Cabilas
Línea de frente inicial
Avances del 7-9/V
Avances del 10-18/V
Avances del 19-20/V
N
0
10 km
mar Mediterráneo
Guelaya
Melilla
Beni Bugafar
monte Gurugú
Nador
Segangan
Mazuza
Beni Sidel
Beni Buifrur
Kert
Tisingart
Kandussi
Draa
Timayast
Beni Said
Dar Quebdani
Tuguntz
Beni Ulichek
Ben Tieb
Ichtiuen
Igan
Afrau
Sidi Dris
Amekran
Annual
Tafersit
Tizzi Azza
Tafersit
Cherif
Azib de Midar
Ain Kert
Zoco el Telatza de Eslef
Hach Abd el Kader
Zoco el Telatza de Bu Beker
Metalza
Kert
Beni Tuzin
Talamegait
Tensaman
bahía de Alhucemas
Izmorene
loma de los Morabos
meseta de Axdir
meseta de Tafras
Nekor
Sidi Barquin
Guis
Tamasint
Zoco el Had de Tizar
Zoco Tenin de Beni Bu Ayast
Beni Urriaguel
franceses
monte Haman
Zoco el Arbaa de Taurirt
El Rif
límite entre El Rif y El Kert
franceses
franceses
franceses
franceses
monte Bu Zinet
frontera
PROTECTORADO FRANCÉS

La progresión de las columnas se ralentizó durante enero y febrero de 1927 porque, además del rigor meteorológico, «no había nada que requiriese operaciones importantes» —así informaba Primo de Rivera a sus ministros— y adelantaba que en primavera comenzarían una serie de reconocimientos en un radio mayor de acción[74]. Y así fue, porque, en marzo, las unidades iniciaron de nuevo el avance y se internaron en el territorio de Ketama. Al frente de las harcas de vanguardia el general Castro Girona había nombrado a prestigiosos indígenas que habían actuado en esa zona con Abd el-Krim, entre ellos: Moh Ben Chaib de Tensaman y Dris Ben Joya. De este modo, se granjeaba expertos guías para atravesar una orografía montañosa, además de que constituían una eficaz herramienta en el terreno de la política, pues su mediación contribuyó a persuadir a algunos jefes para que abandonaran la lucha.

Las columnas, conjugando política y acciones de guerra, fueron penetrando en el territorio, sometiendo y desarmando a su paso los principales aduares. Sin embargo, las columnas, en su marcha, aún tuvieron que superar algunos escollos durante la primavera de 1927. A finales de marzo, un núcleo de combatientes estimado en 300 unidades y dirigidos por Selliten Ajamelich de Marnisa (familia muy influyente perteneciente a la cabila de Beni Itef), puso en serios apuros a las columnas españolas mediante emboscadas recurrentes. Las dificultades se incrementaron cuando los días 12 y 13 de abril la zona sufrió un temporal de nieve que provocó la ruptura de comunicación entre las columnas e imposibilitó el avituallamiento y abastecimiento de material. Durante diez días, la aviación tuvo que proveer a las tropas de medicamentos, municiones y alimentos.

Aquellas circunstancias fueron las más graves para un Ejército que venía acumulando triunfos desde el mes de mayo de 1926. A pesar de que el enemigo se mostraba cada vez más debilitado por la falta de unión entre los caídes, después de la desaparición de Abd el-Krim, sin duda, aquel fue un momento crítico que puso en un brete al Ejército. Tal fue la gravedad de la situación que Primo de Rivera se desplazó al Protectorado para apreciar por sí mismo los efectos de los temporales y el estado de las fuerzas. En previsión de una posible «rebelión», ordenó la preparación de una compañía expedicionaria por cada regimiento de infantería de la Península y de una sección de transportes por cada región, «que se irán concentrando en bases avanzadas para atender a las posibles contingencias que surjan»[75]. Con la mejoría del tiempo la situación cambió y, a finales de abril, se reinició el avance de las tropas, que ocuparon lugares estratégicos de Sumata, Beni Arós

y Beni Isef, lo que permitió desarmar casi por completo dichas cabilas. La conquista del monte Alam en Beni Arós, por parte de las unidades mandadas por el comandante Capaz, supuso el final de la resistencia de los yebalas.



Vista general de Alhucemas horas después del desembarco en 1925. En primer plano, puesto de mando de Franco, entonces comandante. Franco en la Guerra de África. Biblioteca Nacional de España.

El último esfuerzo indígena se concentró en el macizo del Jezana, en el límite con la zona francesa. Allí, presentaron batalla una fracción de Beni Salah de Ajmás y la harca ya mencionada de Selliten Ajamelich; pero la resistencia fue poco consistente y pronto abandonaron la zona. A partir de aquella victoria, la progresión de las tropas se llevó adelante sin obstrucción y las columnas y puestos quedaron a lo largo de la frontera de todo el Protectorado en enlace efectivo con las posiciones y divisiones francesas, sin dejar atrás zonas intermedias sin ocupar.


El final de la Guerra de Marruecos
VI/1926-VI/1927
mar Mediterráneo
Ceuta
Tánger
Anyera
Tetuán
Arcila
Beni Ider
Beni Hozmar
Z. el Arbaa de Beni Hassan
Beni Lait
Beni Arós
Yebala
Larache
Sumata
Xauen
Lau
Gomara
Tiguisas
Imegan
Beni Issef
El Ajmás
Alcazarquivir
Zoco el Jemis
de Tusgan
peñón de Vélez
de la Gomera
peñón
de Alhucemas
bahía
de Alhucemas
Axdir
Annual
Beni Itef
El Rif
Targuist
Ketama
Senhaya
Guelaya
Melilla
Mar Chica
Nador
Quebdana
Kert
Igan
Muluya
Ouezzane
El Garb
Sebou
Uarga
Tsoul
Lemtalsa
0
20
40 km
N
PROTECTORADO FRANCÉS DE MARRUECOS
Taza
Fez
Límite del Protectorado español
Territorio insurrecto, VI/1926
Últimas áreas en ser pacificadas, I-VI/1927



Fotografía del general Primo de Rivera en Axdir con todos los jefes de las columnas y vanguardias tras el desembarco de Alhucemas en 1925. En el texto inferior, de izquierda a derecha, están identificados: Franco, Varela, Sanjurjo, Primo de Rivera, Saro y Goded. Franco en la Guerra de África. Biblioteca Nacional de España.

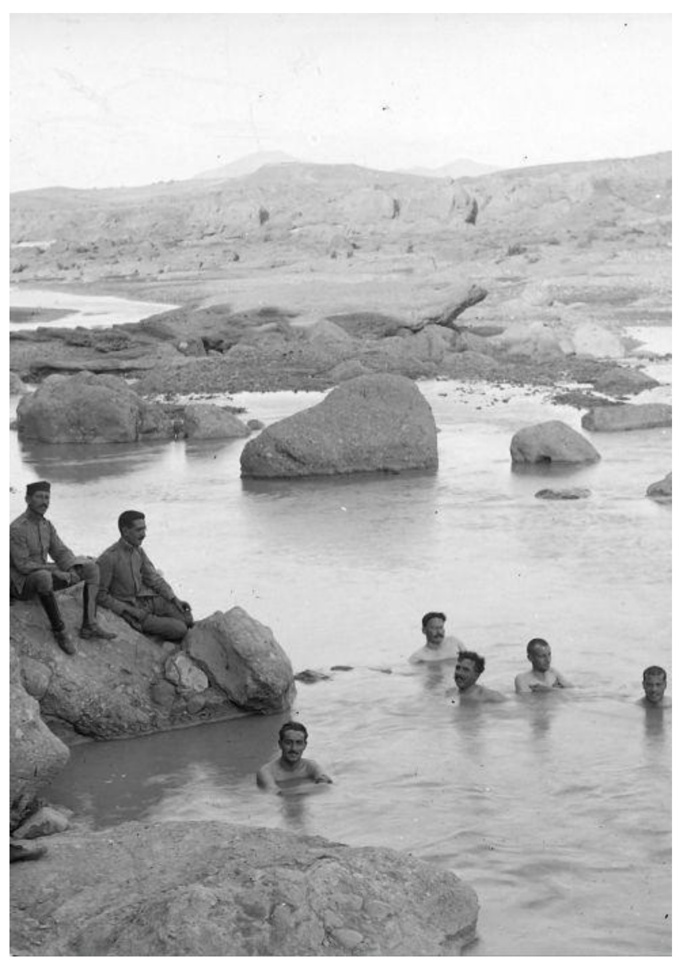
En los 14 meses que distan desde mayo de 1926 (ofensiva sobre el Rif central) hasta el 10 de julio de 1927, cuando se dio por terminada la guerra, el Ejército de Operaciones español aprehendió a los combatientes marroquíes 42 000 fusiles, 130 cañones, 236 ametralladoras, 8 morteros, 5 fusiles ametralladoras y abundante material de guerra y municiones.

Sin jefes políticos que mantuviesen viva la lucha, el general en jefe daba por finalizada la Guerra de Marruecos y publicaba la Orden General correspondiente el 10 de julio de 1927, dirigida «Al Ejército y a las fuerzas navales de Marruecos»:

> Con los movimientos efectuados en el día de hoy, se han abatido los últimos restos de la rebeldía ocupando la totalidad de nuestra Zona de Protectorado y se ha dado fin a la campaña de Marruecos que durante diez y ocho años ha constituido un problema para los Gobiernos, llegando en momentos críticos a producir serias inquietudes a la Nación, que, pródiga vertió aquí su sangre y sus energías morales y económicas, para mantener el legado de altivez y gallardía, que nos dejaron nuestros antepasados, conquistadores del mundo […] pudiendo hoy este Ejército, que es el de España, decir con orgullo que ha puesto la palabra FIN a un problema, quizás el más grave que ha conmovido la vida de la Nación en estos últimos años […][76]

Se cerraba así la «fase de control militar» del Protectorado. Años después, Primo de Rivera reconoció en un artículo publicado en *La Nación* de Buenos Aires, que sin la colaboración de Francia «el problema de Marruecos»

hubiese sido difícil de resolver para los dos países y confesaba que los consejos del mariscal Pétain le fueron de enorme utilidad[77].



Varios soldados se refrescan dándose un baño en el río Kert. Archivo de Jorge Bosch Díaz. Colección Sánchez Vigil.

Los cambios bruscos de temperatura, la escasez e impotabilidad de las aguas, la mala calidad de los alimentos, el hacinamiento de las tropas, la falta de higiene, las mojaduras, las insolaciones, las marchas y otras mil causas más, hacen de este territorio un país insano y capaz de dar al traste con la naturaleza mejor constituida[1].

Xosé Ramón Fernández-Oxea, escritor

8

PIOJOS, RATAS Y MOSCAS: MARRUECOS Y EL SOLDADO ESPAÑOL

Daniel Macías Fernández

INTRODUCCIÓN

El presente capítulo tratará de mostrar, de manera genérica, la vida del soldado que combatió en Marruecos durante el periodo 1909-1927, para lo cual se parte de las memorias y los testimonios de muchos de los que allí estuvieron y que constituyen una fuente de información fundamental. No se trata de un texto cronológico, se agruparán por temas-preocupaciones algunos de los asuntos materiales e inmateriales que más importancia tuvieron para la tropa. Temas tales como la comida, la bebida, la imagen de Marruecos (aquella tierra lejana a la que eran enviados) y del marroquí, el significado de servir en el Ejército, el alcohol, la prostitución, la intendencia, el sueño, la higiene, las enfermedades que campaban por los campos de África…

No se trata de dar una imagen aséptica de la historia, todo lo contrario. A través de los ojos de quintos, soldados de cuota, oficiales, jefes y generales, que ofrecen distintas captaciones de la realidad bélica, se van a esbozar las características básicas de la vida «en las trincheras», tal y como fueron percibidas y vividas por aquella masa de combatientes. Se van a poner frente a frente la documentación de archivo con sus testimonios. Fuentes narrativas procedentes de testigos de la «carnicería» magrebí, información archivística, artículos de prensa y manuales de guerra colonial serán usadas para reconstruir una realidad calificada por algunos como un «infierno hecho en la tierra»[2]. Los elementos perceptivos van a tener una importancia preferente, puesto que lo que cada cual naturaliza es lo que conforma la realidad percibida. Por lo mismo, la cosmovisión del soldado español en Marruecos será el objetivo de las siguientes páginas.

EL EJÉRCITO: DE ULTRAMAR AL ESTRECHO DE GIBRALTAR

Para reconstruir el pensamiento de un soldado español en las campañas de Marruecos, primero hemos de mostrar la condición de la institución castrense en ese periodo, pues era en su seno donde el «mozo» se desenvolvía. No solo hemos de hablar de la realidad material de la misma, también de cómo se la percibía desde el pueblo tras un agitado siglo XIX en lo que a guerras —civiles— se refiere y que tuvo como colofón el llamado Desastre de 1898.

Tras la pérdida de la mayor parte del territorio americano a principios del siglo XIX, Cuba se convirtió en la joya de las limitadas posesiones imperiales españolas en ultramar. Lo cierto es que la posesión insignia antillana venía dando muestras de «incomodidad» dentro de la organización jurídica española, al menos, desde pasado el primer tercio del siglo XIX. La toma de La Habana por los ingleses en 1762 y la consiguiente política económica de libre comercio de la metrópoli marcaron un camino que llevó a las grandes familias azucareras a articular ciertas posibilidades alternativas a las políticas impuestas por los peninsulares a través del gobierno colonial.

La Guerra de los Diez Años (1868-1878) fue la muestra más evidente del descontento existente en la isla y mostró a las claras que la falta de reformas moderadas generaba conflictos abiertos de carácter radical. La Restauración borbónica (1874-1931) tuvo que hacer frente a cuatro años de contienda en la mayor de las Antillas antes de que esta finalizara con la Paz de Zanjón en 1878. Aunque la situación era aún más compleja: la Tercera Guerra Carlista (1872-1876) asolaba parte importante del territorio peninsular y, a su vez, los brotes de republicanismo federalista provocaron la llamada Guerra Cantonal (1873-1874). Hubo un momento en el que el Gobierno español se enfrentó a dos guerras civiles en el interior del país y una tercera contienda civil-colonial allende el Atlántico. A pesar del panorama presentado, el régimen de la Restauración dotó de enorme estabilidad a un país que, históricamente, se había caracterizado por la inestabilidad política. En parte, esto fue así por la autonomía que el arquitecto del sistema, Antonio Cánovas del Castillo, dio a la institución militar, que tenía a la figura del rey-soldado como uno de sus puntales.

Dicha autonomía es la que explica, al menos en parte, el fracaso generalizado de los intentos modernizadores del Ejército, atribuible a que la mayor porción del presupuesto militar iba destinado a pagar los sueldos de la

abultadísima nómina de oficiales (problema grave desde el Abrazo de Vergara de 1839). El resultado de todo ello fue que España disponía de una masa de combatientes poco instruida y mal dotada, mandada por oficiales mayoritariamente aferrados a los manuales clásicos de hacer la guerra y, además, normalmente envejecidos por lo saturado de las escalas. Además, consecuencia directa del atraso del Ejército, no solo tecnológico, sino también organizativo y de infraestructuras estratégicas o básicas (cuarteles, por hablar de lo más evidente) fue la implicación directa de casi toda la población en las guerras civiles y en las insurrecciones ultramarinas: ante la ausencia del elemento cualitativo, las Fuerzas Armadas se caracterizaron por tender a compensar lo anterior con cantidades ingentes de tropas (reclutas que tenían familias y que, por consiguiente, implicaban a infinidad de hogares españoles en los sucesivos conflictos del siglo XIX). Los enfrentamientos de fin de siglo no hicieron sino acrecentar la dinámica existente.



Durante las campañas, los oficiales médicos eran los primeros en asistir a los heridos, a menudo en puestos improvisados en la propia línea de fuego. Para trasladarlos se utilizaban vehículos, carros tirados por caballos o acémilas, como la de la imagen, en condiciones nada fáciles. AGMM, Iconografía, SIG. F-05296.

Tal Ejército, incapaz de acciones exteriores de envergadura, había de ser dedicado a contener los peligros internos. Por ello, fue usado como fuerza policial más que como militar. Su empleo como elemento represor presentaba amplias cotas de desgaste en los cuadros de mando y el descontento era manifiesto en amplios sectores castrenses. Una enorme porción de la

oficialidad, escandalizada ante la idea de usar al «pueblo en armas» contra el «pueblo», era consciente del desgaste que ello generaba y de las amplísimas cotas de antimilitarismo que podía suscitar. El destacado oficial Joaquín Fanjul se refería a esto de manera magistral: «Son innumerables las veces que el elemento armado ha intervenido en las huelgas, tomando parte en los sangrientos lances en los que, en lugar de gloria, ha recabado el odio del pueblo»[3]. Las ya mencionadas guerras civiles y las derrotas coloniales, que impactaron de una forma u otra en toda la población, prácticamente, también generaron un sentimiento de pacifismo pragmático —pos-98— que irritó a buena parte de la oficialidad española. El general Alfredo Kindelán reflexionó acerca del uso policial de la milicia de la siguiente manera:

> [S]e reducía la utilidad y misión del Ejército a misiones de policía. Ello significaba —nada menos — que la muerte, el suicidio del Ejército. Una colectividad armada no puede existir, lo digo y lo reitero, sin un ideal trascendente elevado, que no puede ser otro que la guerra exterior[4].

En 1895 estalló la denominada Guerra de Independencia cubana. La falta de expectativas que los grupos oligárquicos isleños encontraron dentro del proyecto estatal español provocó el nuevo conflicto bélico. Las tristes operaciones militares hispanas en la campaña de Melilla de 1893 influyeron y alentaron la insurrección cubana, pues se necesitaron casi dos meses para reunir una fuerza expedicionaria de 7000 hombres y trasladarla a través del mar de Alborán. Las dificultades para maniobrar que España presentaba se verían exponencialmente incrementadas en un teatro de operaciones transatlántico. Además, al igual que otros enfrentamientos coloniales finiseculares, la proporción de bajas por enfermedad era infinitamente mayor a la ocasionada por los combates; a razón de 25 a 1.[5] En tiempo de paz moría 1 de cada 10 soldados durante su periodo de aclimatación al clima tropical y hay datos que hablan de medio millón de hospitalizados en el periodo bélico en Cuba, mientras que las víctimas del vómito negro rondaron los 30 000, a las que se sumaba una cifra similar por «enfermedad común»[6]. Los problemas y las deficiencias en sanidad, logística e intendencia fueron manifiestos; un informe oficial referido a Santiago de Cuba en 1898 destacaba:

> [La] carencia de carne y de toda otra mejora de rancho […] Considerando que si la alimentación de los mil setecientos enfermos del Hospital es deficiente lo es todavía más la que se proporciona a los que […] pasan día y noche en las trincheras, […]. Considerando que con esa escasa ración un soldado que tiene ya quebrantadas notablemente sus fuerzas físicas no sólo no puede repararlas sino que por momentos ha de irse debilitando[7].

Este panorama permite pensar en la enorme cantidad de hombres que fue repatriada a la Península con graves secuelas físicas, sin entrar a valorar las emocionales; hay constancia de ciudades e instituciones que tuvieron iniciativas de corte caritativo asistencial tras el desembarco de los vencidos, posiblemente para aliviar la situación de muchas familias que habían perdido a alguno de sus miembros.

En cualquier caso, las carencias materiales y organizativas del Ejército, consecuencia del estado económico del país y de la ausencia total de reformas de calado en la institución castrense, se hicieron evidentes para propios y ajenos en la Guerra de Cuba, al igual que muchos tomaron conciencia del coste relativamente alto para las «prestaciones» de la institución castrense. El general Emilio Mola, originario de la isla antillana y que más tarde combatió en Marruecos, lo describió a la perfección:

> En Cuba se puso de manifiesto nuestra incapacidad militar, llegando a extremos vergonzosos en todos los órdenes y muy especialmente en el relativo a servicios de mantenimiento: el de la Sanidad, por ejemplo, era tan deficiente que el terrible vómito diezmaba los batallones expedicionarios; el de la Intendencia no existía, lo que obligaba a las tropas a vivir sobre el país[8].

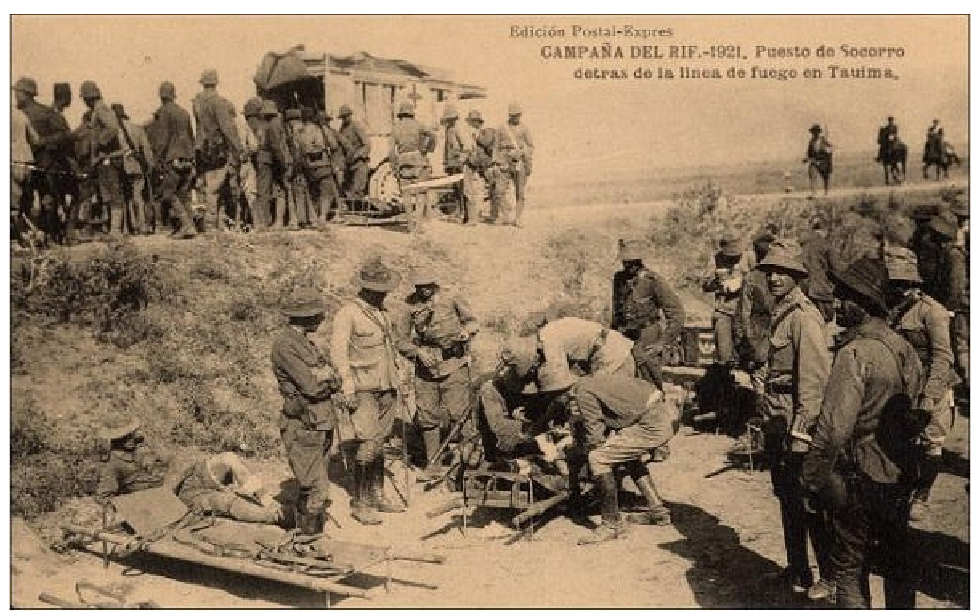
Por otro lado, el sistema de reclutamiento se basaba en las quintas, es decir, en el sorteo de cierto cupo de jóvenes al cumplir la edad para servir en el Ejército. Aparte de las exclusiones por motivos físicos y familiares, existían dos fórmulas legales para evitar el alistamiento de los sorteados: la «redención en metálico» y la «sustitución». Estas dos figuras legales permitían a los que tenían más recursos económicos evitar ir a la guerra, con lo que eran los hijos de las clases más desfavorecidas los únicos destinados a defender a la patria. Este «impuesto de sangre» era un constante generador de descontento social y motivo de desmoralización de las tropas. A ello se unían las pésimas infraestructuras militares, que hacían que el índice de mortalidad entre la tropa fuese altísimo, tanto en tiempo de paz como, especialmente, en el de guerra. En los albores del siglo XX, unos 1000 soldados morían anualmente mientras prestaban su servicio militar y cinco veces más quedaban incapacitados por accidente o enfermedad grave[9]. La moral de los combatientes era, por tanto, mínima. Por último, hemos de tener en cuenta el escaso entrenamiento, el deficiente material bélico, las carencias logísticas y de intendencia y el omnipresente analfabetismo. Todo esto provocó que a «rebaños de hombres sin el menor ideal, sin la más mínima cohesión, sin armamento y sin equipos adecuados […], se les hizo enfrentar con la nación más poderosa del mundo»[10]. La derrota finisecular fue inevitable y fueron

muchos los que señalaron al Ejército como el culpable no solo de las pérdidas territoriales, sino también de la muerte de un hijo, un padre, un hermano o un marido. Esa misma institución que maltrataba a los sanos mozos de campo y obligaba a los hijos del proletariado a disparar contra sus camaradas por reivindicaciones contra el patrón.

Todo lo dicho hasta el momento ha de servir para mostrar el motivo de la resistencia popular general a las «aventuras coloniales» españolas en el norte de África a principios del siglo XX. Este es el punto de partida para entender la inquietud que se vivía en las clases populares cuando el hijo llegaba a la edad de quintas. Se trataba, en muchos casos, de un miedo atroz a la pérdida o inutilidad de un ser querido (las compañías de seguros contra las quintas nacieron y crecieron al abrigo de ese temor). Ello explica el desasosiego popular ante nuevas campañas militares, en las que se disparaba el número de muertos. Por ello, la masacre del barranco del Lobo en julio de 1909, nada más comenzar la campaña de Melilla, impactó en la conciencia de una opinión pública, que, solo una década después de la gran derrota militar en el Caribe y Filipinas, veía, una vez más, las letales consecuencias del «impuesto de sangre». La Semana Trágica barcelonesa y los movimientos sociales anexos a ella se entienden mucho mejor en este contexto.

En cuanto a la posibilidad de fomentar el nacionalismo español por parte del Estado, manifestado en la propaganda de corte patriótico o en las alusiones al deber o al honor, las numerosas guerras civiles del siglo XIX y las derrotas de 1898 no ayudaron a crear un proyecto nacional del que enorgullecerse. Más bien al contrario, España pasaba de ser una potencia imperial a un país encerrado en la Península —con sus pequeños archipiélagos anexos— que, para mayor complicación, tenía que encarar los nacientes nacionalismos periféricos. Las clases acomodadas eran, posiblemente, las que mayores cotas de identidad nacional tenían y las que podían apoyar un proyecto imperial. Pero, al mismo tiempo, también eran las primeras que impedían que sus hijos prestasen el servicio militar; por tanto, se trataba de un nacionalismo discursivo que no hacía sino mostrar lo injusto de la realidad a los hijos del campo y del proletariado[11]. Un manual para oficiales coloniales mostraba a las claras el estado del «mozo» destinado a Marruecos:

> Los reclutas procedentes de reemplazo llegan al servicio de las armas con el más absoluto desconocimiento de lo que es la guerra: sólo saben que hay tiros, muertos y heridos y presumen que es desagradable. Oyeron hablar allá, en su pueblo, de Marruecos y de los moros como de dos cosas trágicamente horribles, y es necesario desde el primer momento desvanecer sus temores[12].



Puesto de socorro detrás de la línea de fuego de Tauima durante las campañas del Rif de 1921. Serie de tarjetas postales de Postal-Expres.

Tales eran los miedos de los jóvenes que se acercaban a la edad de quintas y, con ella, al servicio castrense que recurrían a todo tipo de triquiñuelas para escabullirse. Familias o ayuntamientos falseaban los censos o sobornaban a alguien para que lo hiciera, había chicos dispuestos a adelgazar por debajo de los 50 kilos para escapar por extrema delgadez (a partir de 1912 se eliminó esa exención y con ella las *dietas* premilitares) y también a autolesionarse (romperse un brazo o una pierna para mostrar un defecto físico). Incluso estaban los que recurrían a los previstos medios legales de exención y presentaban sustitutos que no cumplían con los requisitos exigidos, al ser más baratos que los que los cumplían, hasta llegar a «extremos rayanos más en el esperpento, que en la picaresca: enanos, cojos y subnormales eran utilizados [como sustitutos]»[13].

Es posible que la más dramática de las decisiones fuese la huida del país. La fuga, es decir, la no presentación al sorteo, tuvo gran importancia (alrededor del 5 por ciento del cupo anual) y, en tiempo de guerra, aumentaba de forma exponencial. El conde de Romanones llegó a afirmar que durante la Guerra de Cuba hubo un 25 por ciento de prófugos[14]. Es bien significativo que España firmase a finales del siglo XIX sendos pactos con Portugal y con Francia para que repatriasen a los muchos que utilizaban este recurso en áreas costeras o fronterizas. También es interesante saber que a los prófugos detenidos se les mandaba a colonias, además de tener que hacerse cargo de los gastos de su captura. Esto significa que la propia institución castrense entendía que servir en ultramar (antes de 1898) o en el Batallón Disciplinario

de Melilla después, era, en muchos casos, un castigo reservado para desertores, prófugos o presos conmutados[15]. Ahora se entiende mejor la depresión moral que muchos reclutas sufrían en su camino a África.

Ante lo visto, parece obvio señalar que el voluntariado, en especial en ciclos bélicos, no revistió mucha importancia. En realidad, siempre fue deficitario y solo en momentos muy puntuales hubo algún repunte en los datos. Las altas tasas de mortalidad en tiempo de paz y sobre todo de guerra, los constantes conflictos bélicos en los que España se vio implicada, las pésimas condiciones de vida en el Ejército, los mínimos incentivos económicos y la larga duración del servicio militar explican la poca disposición a ingresar de manera voluntaria en filas[16].

Pero no todo eran malas noticias, el general Agustín Luque, al hacerse cargo de la cartera de Guerra en 1912, impulsó una nueva ley de Reclutamiento: se pasó a un servicio militar obligatorio y universal (masculino) que eliminaba las clasistas exenciones económicas de la sustitución y de la redención en metálico. Gracias a ello, tres años después del inicio de las campañas de Marruecos, y de las algaradas populares en contra de la guerra y del envío de soldados al escenario africano, comenzaron a convivir en los cuarteles burgueses y proletarios, terratenientes y braceros, universitarios y pescadores. Aunque la citada ley seguía teniendo una válvula de escape para los adinerados: la cuota. Su pago reducía el tiempo de servicio y aseguraba no ser destinado a Marruecos, además de poder rehuir la vida cuartelaria *stricto sensu*. Hubo que esperar al impacto del Desastre de Annual en 1921, a sus 14 000 muertos y a las escenas de caótica huida, a la pérdida de prácticamente todo lo conquistado desde 1909, a tener en torno a medio millar de militares españoles en manos de los rifeños y a contemplar las masacres en las posiciones cercadas tras concertar su rendición para que algunos soldados de cuota marcharan voluntariamente al frente. Fue a partir de ese momento cuando ricos y pobres, poderosos y humildes, coincidieron en los campos del Rif, aunque a nadie se le puede escapar que los privilegios a los que podían acceder los hijos de las clases altas no estaban al alcance de los demás. Un cuota de la primera hornada después de Annual contaba que cruzaba los ríos a hombros de moros o de sus propios compañeros a cambio de una pequeña propina y así evitaba mojarse y ensuciarse en demasía[17]. A pesar de estas pequeñas diferencias, muchos se felicitaron por la decisión, al existir ya entre la oficialidad una opinión mayoritariamente favorable a la igualdad entre clases en lo que al servicio a la patria se refiere:

> Hogaño la radical medida igualatoria no ha permitido distingos ni vacilaciones, y ello ha hecho indudablemente que la guerra llegue por igual a todas las capas sociales y haga sentir al unísono sus efectos, nivelando sentimiento, acuciando ideales y armonizando sacrificios. […] Las diferencias que la ley autoriza en la vida de guarnición, se esfumaron al trasponer las aguas del Estrecho, y todos fueron iguales en el rendimiento de esfuerzos[18].

Otra cosa bien distinta debió de ser el recibimiento que ofrecieron a los recién llegados sus camaradas de quinta de procedencia humilde. Aquellos que llevaban meses luchando y sufriendo las penurias de las campañas norteafricanas. El resentimiento de estos ante la llegada de los «señoritos» debió de ser palmaria. Aunque, en teoría, era un gran paso en la «democratización» de las fuerzas armadas, la práctica mostraba la permanencia de medios fraudulentos para esquivar el alistamiento. Las revisiones médicas y los sobornos fueron la «pareja de baile» para los más refractarios a alistarse, normalmente aquellos con medios económicos a su disposición. El caciquismo y el clientelismo, señas de identidad del turnismo de la Restauración, no desaparecieron con el cambio de siglo; en las zonas rurales, mayoritarias en España, estos fenómenos subsistieron y también alteraron la teórica igualdad en el servicio militar. Ello no hacía sino influir en la desmoralización de los desdichados que habían de empuñar un fusil. Cuando a todo lo dicho se sumaba la guerra en Marruecos, la injusticia se hacía insoportable para muchos y el descontento podía desembocar en motín. Los relatos de dos veteranos de aquella larga contienda, Arturo Barea y Xosé Ramón Fernández-Oxea, fechados en la década de 1920, sirven para ejemplificar lo dicho: el primero narra la historia de un sanitario castrense que fue alistado, a pesar de padecer gravísimos problemas de audición, porque el otro que entró en sorteo en su pueblo era el hijo de un cacique local. Por su parte, Fernández-Oxea cuenta su propia suerte en el sorteo y señala que este se hacía «por las buenas»[19]. Todo ello seguía incidiendo en la mínima moral de las unidades enviadas a combatir, formadas por hombres que se habían criado escuchando historias de los repatriados de Cuba o de aquella guerra, de amigos de los que nunca volvieron a su casa o que lo hacían lisiados y que eran obligados a alistarse cuando muchos de los hijos de los ricos y de los poderosos se libraban de una u otra forma.

Es fácil imaginar la desmoralización de aquellas tropas. Tal debió de ser el panorama que muchos militares, al tomar conciencia de ello, se pusieron manos a la obra para tratar de erradicar los rumores negativos acerca del Ejército y se esforzaron por desmentir las historias que circulaban entre la juventud en torno al servicio militar y lo que allí les esperaba:

> Venís sugestionados [al cuartel] por las ideas ilusorias de los predicadores y charlatanes del oficio. Os han dicho que aquí solo ibais a encontrar unos tenientes y unos sargentos […] que, al menor pretexto, por cualquier insignificante motivo os propinarían formidables palizas, que […] ser soldados es lo último que se puede ser porque para serlo hay que prescindir de todo cuando se tiene de hombre, que el soldado nunca tiene derecho a nada y que los superiores, grandes déspotas, pueden hacer de él cuanto les plazca[20].

MARRUECOS: «EL MATADERO»

Si el soldado peninsular no era el combatiente más motivado del mundo y el Ejército español no era la institución más engrasada ni moderna, lo ideal hubiese sido, al menos, enfrentarse a un territorio poco complejo. Sin embargo, el Gobierno español tuvo que embarcarse en una tarea nada sencilla, pues el septentrión marroquí constituía un teatro de operaciones extremadamente difícil: se trataba de un área con una complicada orografía, con recursos hídricos no especialmente abundantes, una meteorología extrema y una población dispersa y sin núcleos urbanos de envergadura que facilitasen la ocupación. Asimismo, los caminos que mereciesen tal nombre eran prácticamente inexistentes, mientras que las tribus que allí vivían eran hostiles entre sí e insumisas al sultán de turno, muy acostumbradas a la guerra y a la piratería —formas tradicionales de ganarse la vida o complementos económicos—. No menos importante, los vecinos franceses de la zona sur de Marruecos y de Argelia eran más o menos hostiles a la causa española, puesto que buscaban beneficiarse de su fracaso, lo que se traducía en: permeabilidad de las fronteras para los rebeldes, refugio de disidentes o contrabando. Además, lo estratégico del área hizo que se convirtiese en un nido de espías y agentes extranjeros que, como mínimo, generaban inestabilidad (en especial en el contexto de la Gran Guerra). Por último, la zona española estaba «castrada» territorialmente porque Tánger fue considerado administración internacional y ofrecía asilo a los enemigos de España.

Alguien puede preguntarse por los motivos para meterse en semejante «chollo». Sin duda, los sectores obreristas del periodo, y es posible que el pueblo español en general, entendieran que detrás había intereses económicos que favorecían a las élites nacionales. En palabras del anarquista Miquel Mir: «Éramos carne fresca que enviaban al matadero, para defender los intereses de los ricos capitalistas españoles»[21]; algunos testimonios son más contundentes: «El capitalismo español, de acuerdo con la canalla militarista, no reposa en cometer los más horrorosos crímenes para satisfacer su ansia desmedida de dinero dominación y conquista»[22]. Aparte de esto, conviene

señalar que, en esta época, subyacía la política internacional decimonónica y la política de aislamiento de la Restauración que había llevado a la soledad de España ante Estados Unidos en la guerra del 98. Aprendida la lección finisecular, hacían falta socios y un nuevo imperio; la debilidad hispana era manifiesta, pero solícitamente apareció el Reino Unido, no sin intereses de por medio. El Gobierno británico consideraba el estrecho de Gibraltar un punto clave para la seguridad de sus rutas marítimas y España, potencia de segunda en el plano militar, no constituía un peligro para sus intereses. No ocurría lo mismo con Francia, país que se temía pudiese artillar la costa meridional del Estrecho si se hacía con ella. La debilidad hispana era la mejor garantía para mantenerla desmilitarizada. Además, Tánger, la perla norteña marroquí y verdadera llave del paso marítimo, le fue enajenada. Lo positivo para España fue que poseía un nuevo «imperio» y que contaba con un pequeño colchón defensivo norteafricano que permitía separar la Península de un posible ataque de Francia desde el flanco sur. Ello queda reflejado en las palabras de José Enrique Varela, entonces teniente coronel, que ponía también el acento en el vigor de la raza: «Nuestra presencia en África representa una prolongación de la vitalidad nacional acusadora de energías»[23]. Lo negativo fue que, en efecto, había que ocupar el territorio asignado en los tratados internacionales, lo que se traducía en enviar soldados españoles a luchar, a morir y, preferentemente, a matar.



Exposición en la tapia de la posada del cabo Moreno de cabezas cortadas a leales del sultán por orden del Rogui. Inmediaciones de Melilla. *Argelia y Marruecos. Vistas fotográficas, 87.*

Y tal territorio estaba envuelto en un halo de horror popular. En julio de 1909, al divulgar la prensa que dos batallones de cazadores habían perdido 500 hombres a los pies del estratégico monte Gurugú, en las cercanías de Melilla, la opinión pública se alarmó y se abrió el ciclo de sustos y desastres norteafricanos. En 1898, en los encuentros contra el Ejército estadounidense en las inmediaciones de Santiago de Cuba, solo se habían perdido 82 hombres (55 muertos en El Caney y 27 en las lomas de San Juan), mientras que se decía que en el rifeño barranco del Lobo murieron seis veces más y, para más inri, a manos de «pueblos primitivos», en palabras del general Manuel Goded[24]. Aunque nos fiemos de las cifras oficiales de 93 muertos y desaparecidos, el desastre norteafricano fue una escaramuza de escasísima duración ante las batallas cubanas que se prolongaron durante horas (El Caney tuvo un desarrollo de nueve); es decir, el número de muertos por unidad de tiempo era infinitamente mayor en el escenario magrebí. Lo dicho, sin tener en cuenta la cantidad de bajas en relación con las tropas implicadas, también fue mucho más negativo para el barranco. El escenario marroquí no era nada halagüeño. La indignación de un pueblo arrastrado en su contra a la guerra se sustanciaba en canciones populares y cuplés que, en algunos casos, han llegado a nuestros días:

En el barranco del Lobo
hay una fuente que mana
sangre de los españoles
que murieron por la Patria.
[…]
Melilla ya no es Melilla
Melilla es un matadero
donde van los españoles
a morir como corderos.

Tales estrofas no ayudaron a envalentonar al soldado español que marchaba a África. El otro gran aldabonazo a la moral colectiva española fue el Desastre de Annual en 1921, del que también surgieron cancioncillas populares muy significativas, a pesar de la fuerte censura impuesta por los altos comisarios, casi siempre militares dispuestos a manejar el territorio bajo su jurisdicción *manu militari*, valga la redundancia:

Por esas madres que lloran
a sus hijos prisioneros
por los cautivos que sufren
demos al moro pronto el dinero [rescate].
No escaseemos el oro
que para librarlos basta,
mientras que España millones

en otra cosa peor gasta.
[…]
Y encima de que les roban
se mofan de ellos con saña
diciéndoles: por gallinas
aquí os deja morir España.
[…]
En un calabozo inmundo
y en jergones pestilentos
descansan los oficiales
que de los moros hay prisioneros[25].

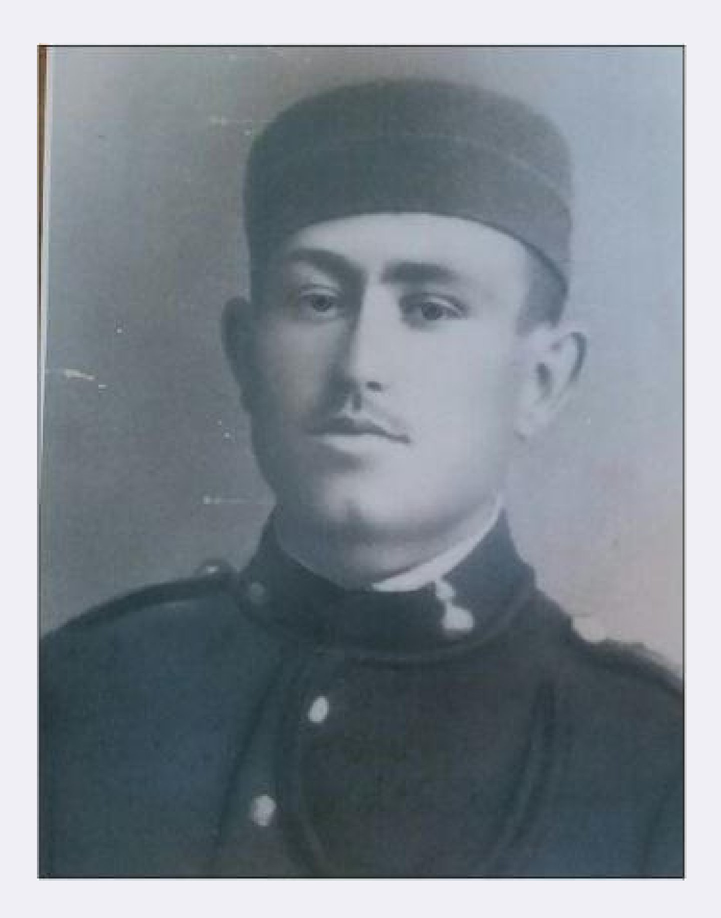
Los «afortunados» a los que les tocaba servir a la patria en Marruecos tenían que despedirse de sus familias y embarcarse en la aventura de sus vidas. Tales familiares no estaban muy contentos, a tenor de algunas de las reacciones reflejadas en la prensa y en la casi constante referencia en cartas y en diarios a la figura «de la madre que sufre y llora» y a su sempiterna preocupación por sus retoños[26], incluidas las de oficiales fogueados en fuerzas de choque, como es el caso de José Valdés, entonces capitán, que no estaba nada conforme con su servicio africano: «Yo, a pesar de lo deseos de mi madre, seguí con los moros»[27]. Atendiendo a estos testimonios y a la existencia de un folclore vinculado al Marruecos infernal, es fácil ponerse en su lugar. No siempre se tiraban a las vías del ferrocarril para intentar parar el destino, como ocurrió en la Semana Trágica en Madrid y Lérida[28], pero las despedidas debían de ser amargas y salpicadas de abundantes lágrimas, queja recurrente de los oficiales que conducían las expediciones, pues deprimían el espíritu de los soldados antes siquiera de ver lo que realmente les esperaba que, por otro lado, tampoco era demasiado alentador:

> Frecuente es ver llorar a las madres de los soldados lugareños, cuando a éstos les corresponde ingresar en el Ejército. […] Antes de partir para incorporarse a banderas, les prenden escapularios y fetiches, los visten con la ropilla de lujo que guardan en el fondo del arcón, sahumada con cortezas de membrillo y les entregan los ahorros que quizás apremien luego cuando venga el otoño y se haga la sementera[29].

Lo cierto es que el viaje era largo y penoso. Las infraestructuras de comunicaciones no eran demasiado buenas y los medios militares, en este sentido, tampoco destacaban por su eficiencia. La logística estaba en precario y, tal y como ya se ha manifestado reiteradamente, la situación económica del país y, por ende, del Ejército, no era boyante. El recluta Fernández-Oxea narra así su partida: «Tras las complicadas faenas del embarque del ganado y del material, salimos de Madrid el día 12 de septiembre. Al llegar a Alcázar de San Juan advertimos que se habían olvidado de embarcar el pienso para las caballerías»[30]. Los lentos desplazamientos en tren y la travesía por mar

solían ser experiencias netamente negativas para los reclutas. Un soldado canario lo describió a la perfección:

> Los que tuvimos la suerte de no marear, lo hemos pasado un tanto mejor […] en las noches, la falta de camas no nos ha sido cosa muy grata. Por mi parte, gracias al paquete de tabacos y picadura cubana que traía, y que me hizo los servicios de almohada. La noche segunda pude lograr un camarote, pero el calor excesivo me obligó a abandonarlo. Sobre cubierta, aunque al raso, podía estarse mejor y con algo más de fresco[31].



El granadino Julio Castilla Perandrés nació en el icónico año de 1898. Fue destinado al Regimiento Mixto de Artillería de Melilla, 1.ª Batería Ligera, con poco más de 20 años. Se desconoce cuál fue el motivo por el cual participó en la denominada Guerra del Rif (1921-1927), puesto que se había librado del servicio militar.

En una de las primeras cartas que envió a su familia, que aún hoy conserva, el soldado andaluz le describía a su madre viuda, el 28 de febrero de 1921, sus horarios de instrucción y la dureza de la vida en el escenario marroquí: «[E]stamos como el que está en otro mundo [;] de noche nos acostamos á las ocho y [a] las seis de la mañana ya están tocando á levantarse [.] [P]or cierto que hace mucho frío […] [N]os están enseñando la instrucción de fusil […] todo á medio enseñar porque lo que quieren es enseñarnos pronto para llevarnos a los campamentos». La añoranza por los seres queridos y las dudas por lo que nunca se hizo o se confesó aparecen al final de la misiva: «Madre le dice [usted] a Micaela que no me olvide pues aunque yo no le he dicho nunca nada porque he estado al lado de ella […] ahora que no estoy [,] no paro de acordarme de ella».

Castilla participó en las operaciones de avance en torno a la posición de Annual, antes del Desastre. En ese contexto, participó en la toma de Igueriben, altura defendida por el heroico

comandante Julio Benítez. Desde ese punto, Julio Castilla escribió la última carta que conserva la familia, fechada el 25 de junio de 1921. En ella, tranquiliza a su madre: le dice que el peligro no es tan palmario como se comenta en España y especifica que la sed que pasan no es para tanto. La verdad no había salido a relucir en las líneas del joven soldado, pues asistía y ayudaba a rechazar, cuando se podía, las embestidas de los rifeños de Abd el-Krim desde hacía diez días. Para mediados de julio, el hostigamiento a las posiciones españolas era constante. Los convoyes de abastecimiento a Igueriben llegaban con creciente dificultad, hasta el punto del racionamiento de líquidos (empezaron a beber vinagre) y municiones. El enemigo nativo estaba *ad portas*, los animales de carga se habían espantado en el fragor de la batalla y habían muerto en buen número en las alambradas de la posición. El horrible calor veraniego, la putrefacción de los cuerpos, los desechos del interior del blocao y la falta de agua generaban un panorama dantesco. La falta de sueño, la alarma constante y los menguantes hombres y municiones disponibles acababan de dibujar el infierno que vivió Julio Castilla. El 21 de julio, el propio general Silvestre fue testigo del fracaso en el intento de socorrer la posición. La alternativa fue la orden de evacuación: cercados por el enemigo, los pacos se ensañaban con los supervivientes que trataban de refugiarse en las líneas españolas. Se calcula que no sobrevivieron más de una treintena de hombres, un 10 por ciento de la guarnición original: nuestro protagonista no estuvo entre aquellos afortunados.

Colección Carolina Castilla Vega

Las tropas metropolitanas que iban llegando a la zona, además de desmoralizadas, lo solían hacer sin apenas instrucción de combate. El propio pensamiento castrense español hacía que se pusiera el énfasis en cuestiones «estéticas», como el saludo o el desfile, más que en la preparación para un combate irregular. Es posible que esto también se debiera a la propia ausencia de instalaciones adecuadas para los ejercicios de tiro o a la escasez manifiesta de munición con la que practicarlo; en 1912 solo había tres campos de tiro de titularidad pública[32]. La escasa experiencia de disparo con el fusil, aunque lo portaban para perfeccionar el saludo o desfilar, hizo que, por ejemplo, en la campaña del Kert en 1911 los soldados entrasen en combate cuando «a duras penas habían hecho 5 o 10 disparos en su instrucción de tiro»[33]. Aunque la referencia es al fusil, base del equipamiento del soldado en el periodo, pasaba algo similar con todos los demás artilugios bélicos y es muy ilustrativo lo que sucedía con las granadas y la proporción con la que llegaban a las unidades. En 1920, el oficial al mando de un regimiento en la Comandancia de Melilla decía:

> La dotación anual reglamentaria de [granadas con carga] según las instrucciones publicadas por la Escuela Central de Tiro […], es de 1500 granadas de mano modelo n.º 1 por cada compañía que se estimen necesarios para llegar a adquirir verdadera práctica y realizar suficiente número de ejercicios que permita la clasificación de granaderos; pero el escaso número enviado a este Territorio ha hecho que a este regimiento sólo le hayan tocado 90 granadas para todas las unidades[34].

En general, la insuficiencia de pertrechos bélicos era una queja constante de la tropa y la oficialidad. Cuando la situación era apremiante y había que enviar unidades de refuerzo con rapidez, se solía hacer, además de con las carencias ya citadas, sin conocer a sus mandos, extraídos de diversas unidades y, por lo general, sin completar a las allí formadas en hombres y dotación. La queja, con independencia de la campaña militar que fuese, solía ser siempre la misma. Los militares españoles parecían vivir en un «bucle histórico», como demuestra el siguiente testimonio:

> Las mismas deficiencias [campaña de 1911 con respecto a la de 1909], sólo que agravadas; y, cuando por tercera vez ha habido que enviar fuerzas a África, el espectáculo ha sido el mismo: el desbarajuste, la improvisación de los servicios y la desorganización de los menguados regimientos de la Península para nutrir los cuerpos expedicionarios […] los mismos soldados hechos en cuatro días y sin cohesión entre sí, como llegados de todos los cuerpos; idéntica falta de instrucción y preparación para la guerra. Escuadrones de reclutas con diez lecciones de picadero; baterías acabadas de crear y que tuvieron que foguear a sus hombres poco antes de salir para África[35].

El alto comisario en Marruecos, el general Dámaso Berenguer, en el contexto de Annual, se quejó amargamente de los efectivos que llegaban de la Península. Se volvía a repetir la misma situación diez años después del anterior lamento: «Aparte de lo corto de sus efectivos y de la elemental instrucción de la infantería y caballería, en artillería, el grupo de montaña traía menos de la mitad del efectivo en hombres y le faltaba más de la mitad del ganado»[36].

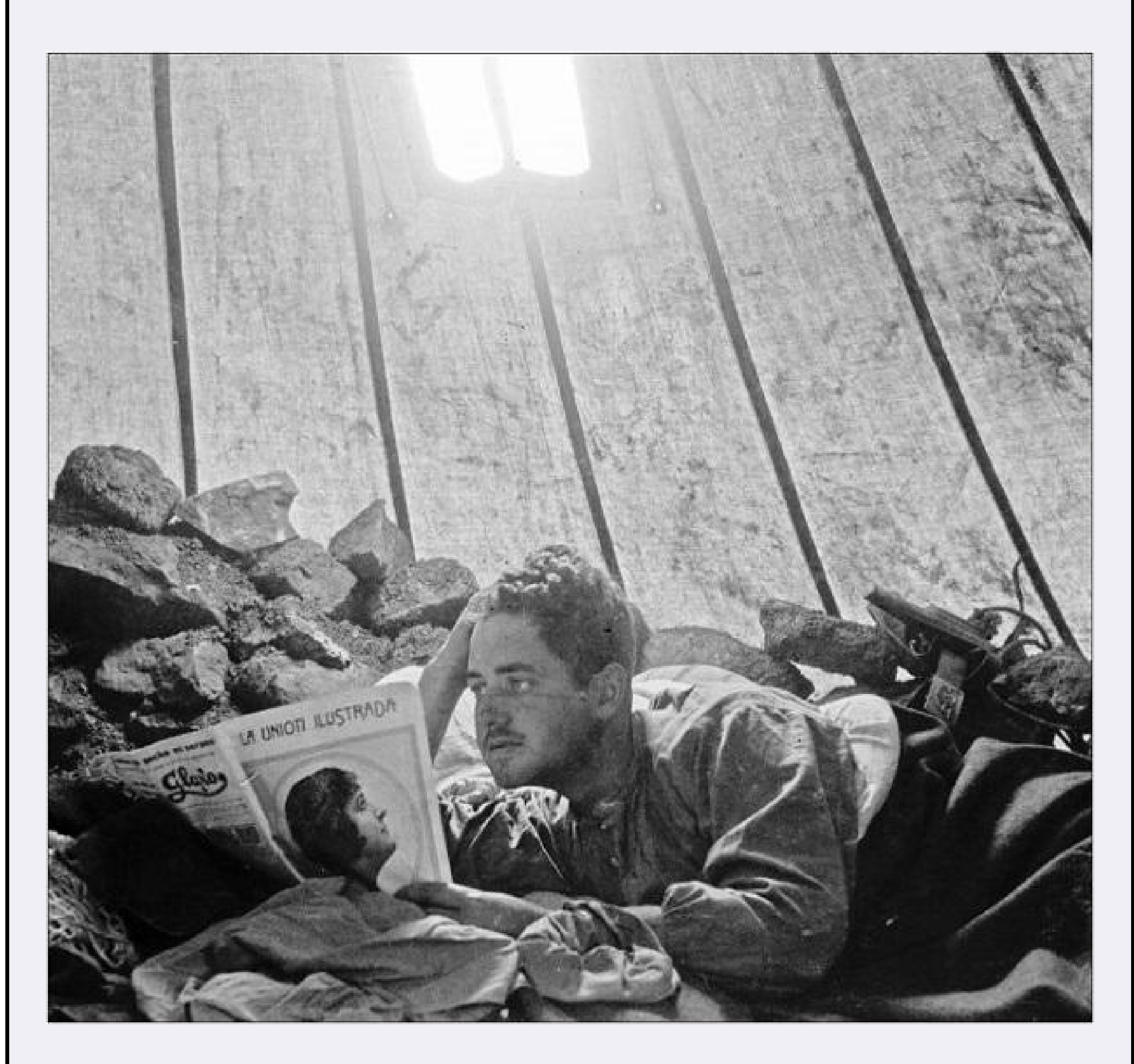
Desmoralizado, atemorizado, sin el entrenamiento necesario y sin material adecuado, comenzaba la andadura africana del soldado español. Los mandos eran conscientes de la escasa capacidad de combate de las tropas metropolitanas. Por ello, se tendió al uso de combatientes indígenas instruidos y dirigidos por oficiales españoles. Aunque tal decisión no obedecía únicamente a criterios castrenses. El desgaste político generado por la muerte de nacionales y lo impopular de la «aventura» colonial hicieron que los gobernantes tendiesen a controlar mucho las operaciones. Más aún, fue habitual la imposición de pactos —acción política— aun en contra del criterio del mando militar. Por todo esto, las unidades españolas fueron predominantemente empleadas en segunda línea o de retaguardia. Cuando se las enviaba a primera línea, solía ser para defender posiciones en altura tomadas previamente por fuerzas indígenas o pactadas con las tribus. El problema de esta labor subalterna fue doble. Por un lado, eran unidades que no estaban fogueadas y dependían de los soldados nativos para sus actuaciones y, por otro, esa inactividad repercutía en su moral. Cuando se

veían obligadas a intervenir en un enfrentamiento directo o eran traicionadas por los indígenas, su fiabilidad bélica fue muy irregular.

Estos soldados bisoños tenían enfrente a curtidos guerrilleros nativos que dominaban un teatro de operaciones extremadamente duro, fragmentado y complejo. La guerra de guerrillas era la tónica general de los conflictos en la región. La complicada orografía y la general limitación de recursos militares españoles permitían al nativo plantear una lucha irregular con altas cotas de efectividad. La referencia a la extrema elasticidad de las líneas enemigas y la imposibilidad de cercarlas por su movilidad superlativa fue una constante referencia en los manuales de guerra españoles. El rifeño solía valerse de argucias para obtener ventaja: una de las más usadas, y que mejores frutos daba, consistía en amagar con una retirada para que las fuerzas españolas los persiguieran y, así, se adentrasen en el territorio preparado para la emboscada. Fue común el ataque a convoyes aislados o a las líneas de aprovisionamiento, aunque el «clásico» del rebelde bereber solía ser asediar y hostigar las posiciones aisladas: los blocaos.

Acorde al principio de la guerra de guerrillas, el enemigo se tornaba en «invisible». Son múltiples los testimonios e informes que manifiestan su capacidad para mimetizarse con el entorno, así como su enorme grado de operatividad con una mínima logística: un puñado de dátiles en la capucha de la chilaba, un viejo fusil y algo de munición era todo el equipo necesario para el guerrillero magrebí, de quien se decía que «cada roca es un parapeto, cada quebradura una trinchera, cada herbal un cobijo, cada marisma un foso y cada llanura una huesa»[37]. Y todo lo que beneficiaba al «moro» perjudicaba al soldado español; el teniente coronel Luis Pareja reflexionaba de esta manera acerca de la guerra en la región de Yebala:

> Las tropas metropolitanas se encuentren descentradas moralmente al tener que combatir en un país extraño, hostil siempre, que rodea al enemigo de una aureola de bravura y ferocidad que influye de un modo deprimente en el soldado europeo. Las tropas, además, tienen que ser sometidas a una penosa aclimatación y a un duro entrenamiento. Fuerzas entrenadas en marchas […] y que en sus guarniciones han sufrido un periodo de instrucción sólido y consciente, se agotan y no rinden eficiencia en las primeras semanas de su llegada al territorio: el estado moral de los individuos es la principal causa. […] El terreno, la falta de comunicaciones, la invisibilidad del enemigo, la carencia de enlaces tan frecuentes, las condiciones climatológicas, […] que impiden la visión del campo a la artillería y a la aviación, […], obligan a la infantería a tener que resolver por sí el combate, siempre en condiciones de inferioridad táctica ante el enemigo[38].



El teniente Andrés Ymbernón en el interior de una tienda de campaña en Tetuán el 3 de diciembre de 1924. Andrés Ymbernon Vila (Lérida 1900-1952), de familia militar originaria de Escocia, estudió entre 1919 y 1921 en la Academia de Infantería de Toledo. En 1922 se incorporó, como alférez, al Batallón Expedicionario en Melilla, con base en Dar Drius, con el que participó en acciones en Azib de Midar, Bu Hafora, Tayudait, el monte Bulherif, Wad Lau y Guelaet. En 1923, con base en Xauen, fue destacado en Arrakat, Tenafed y Tisimilal y fue ascendido a teniente. Durante el año 1924 fue instructor en Tetuán y volvió a la posición de Akarrat. Resistió los asedios de Dra el Asef, Bab el-Ama, Tenafed y en el repliegue hacia Xauen, también cooperó con el Tercio en su evacuación. Después defendió las posiciones de Ram-la, Ben Karrich, Kudia Tahar y Laucién. En 1925 mandó una Sección de Indígenas y combatió en Sidi Xixa BenHassan.
A mediados de 1925, fue destinado a Lérida y en 1929 fue ascendido a capitán. Después de los sucesos de octubre de 1934, fue nombrado juez eventual de plaza para las causas de la provincia. Iniciada la Guerra Civil, se incorporó a la Columna Macià-Companys, después 30.ª División republicana. En el cargo de comandante de la 131.ª Brigada se pasó al bando insurgente en 1938. Tras diversos destinos, sufrió un retiro forzoso en 1942 como comandante. Hasta su muerte, colaboró de forma activa en la vida cultural de su ciudad.

Camil Queraltó

Colección familia Ymbernón

Lo cierto es que los vehículos de motor no tenían acceso a buena parte del territorio, demasiado escarpado o con tendencia a embarrarse. Las vías férreas que podían dotarse de trenes artillados eran anecdóticas, mientras que la aviación, operativa a partir de 1913, podía bombardear aduares, zocos y rebaños, pero no solía encontrar concentraciones de tropas (principio de la guerra de guerrillas). Algo similar ocurría con la artillería y, a partir de 1922, con los gases. «La fragosidad del terreno, que alienta a los defensores y conocedores del país, y que achica el espíritu de los que se enredan en país de montaña», en palabras del general Enrique Vico, permitió el uso sistemático de francotiradores por parte de los rifeños. El dominio de la altura geográfica que tenían las fuerzas españolas no significaba el dominio de algo tan necesario en la región como las fuentes de agua. De hecho, la aguada era el momento preferido por los francotiradores para hostigar a las escasas unidades del blocao. Hay incontables referencias a la imposibilidad de salir del fortín durante días por estar sitiados por un número indeterminado de enemigos, lo que se tratará posteriormente en este capítulo. La extensión de este fenómeno hizo que los españoles generasen un arquetipo del «moro enemigo», verdadera encarnación del mal: el «tío paco» o su variante, el «paco peña» (primo hermano del primero, pero apostado en peñascos). Este tipo humano encaja muy bien con la caracterización de traidor que solía darse al marroquí. Los ataques nocturnos no eran muy apreciados por la tropa hispana y era otra de las características de los «pacos»**[39]**.

Un exlegionario describía la simplicidad y efectividad de los principios tácticos nativos: «Se concentraron en los puntos estratégicos por donde necesariamente habían de pasar las tropas españolas, y allí esperaban, dispuestos a cazar soldados como quien caza conejos»**[40]**. Aunque el hostigamiento no era siempre efectivo, de forma global constituía un goteo de bajas y, desde el punto de vista moral, el general Mola caracterizaba el «paqueo» por su capacidad de deprimir a las tropas «por la tensión nerviosa que produce el estar expuesto constantemente sin poder evitarlo»**[41]**. Lo cierto es que el mando español, o al menos una buena parte del mismo, esperaba un enfrentamiento entre caballeros —guerra regular— y hubo de ponerse por escrito por aquellos que conocían los principios de las campañas de Marruecos que eso no iba a pasar:

> No esperemos que nos presenten uno de esos combates de que tenemos formada idea en nuestros ejércitos […] Los combates de los rifeños casi nunca serán ofensivos. Los encontramos siempre á la defensiva en aquellas posiciones que más le convengan. Pero en cambio nos prepararán cuantas emboscadas y sorpresas puedan y una cuadrilla de merodeadores seguirá de cerca a la columna en

> busca de cuanto quede en el suelo: provisiones, cartuchos y sobre todo el fusil de algún rezagado que pagará bien cara su pereza[42].

El problema de la resistencia guerrillera se acrecentaba por la imposibilidad de distinguir entre amigos y enemigos. Había «moros» que luchaban con los españoles y otros que se resistían a su dominio, los cambios de bando de tribus o de facciones tribales eran frecuentes, así como la deserción o el espionaje en ambos sectores, lo que venía a refrendar el cliché de traicioneros. En un manual para los oficiales interventores esta cuestión quedaba meridianamente clara: la «desconfianza ha de ser para nosotros artículo de primera necesidad en tierras mogrebinas (sic), pues esos hombres en su inmensa mayoría son traidores en su proceder»[43]. La tensión de saber que las mejores unidades al servicio de España, al menos hasta la creación del Tercio de Extranjeros en 1920, eran nativas y que muchos de estas podían desertar —en el mejor de los casos— o emboscar a aquellos bajo cuya bandera servían era enorme. Si algo había de ser característico en lo que a la psique del soldado español se refiere era la intranquilidad. Esto, unido a la propia dinámica de la lucha guerrillera, y al hostigamiento constante de los «pacos», debió de generar «reacciones de estrés en combate»[44]. Tampoco ayudó a calmar sus inquietudes la falta de descanso, ya que los ataques nocturnos eran bastante frecuentes. Se buscaba la sorpresa y, de paso, crispar los nervios de quienes guarnecían las posiciones. Unos nervios que ya solían estar a flor de piel por el reposo insuficiente debido a las precarias condiciones de vida del soldado. En un informe de 1920, el coronel José Riquelme hacía mención a ello:

> Actualmente el soldado no descansa lo debido en la mayoría de las posiciones, por no disponer para cama y abrigo más que de la manta y el capote-manta, viéndose obligado a dormir en el suelo para utilizar dichas prendas como abrigo o a dormir sobre la manta careciendo del abrigo necesario para resguardarse del frío y humedad propios de las tiendas de campaña[45].



El capitán Bosch lee en una clásica tienda cónica de un campamento. Archivo de Jorge Bosch Díaz. Colección Sánchez Vigil.

De vuelta a las molestias generadas por el enemigo, el capitán Manuel Segura tiene una entrada en su diario titulada de manera muy significativa: «En cuanto se va la luna, los moritos hacen fuego» y describe el uso de la oscuridad, cuando las nubes ocultaban la luz del sol, para emboscarse, avanzar y abrir «fuego sobre la posición»[46]. El laureado oficial Fermín Galán es todavía más claro al referirse a lo que significaba el dominio de Selene para uno y otro bando: «La noche representa para nosotros confusión y desorden […] Para ellos, la noche es un elemento. En ella combaten entre sí desde que son niños hasta que son viejos. En ella se desarrolla su máximo de movilidad, superior a cuanto se crea»[47].

A tenor de lo dicho, las guardias nocturnas eran la tarea menos deseada. En muchos relatos se hace referencia no solo al ataque por sorpresa al abrigo de la noche, sino que se suele especificar —por el temor que infundía— la opción de ser degollados. La gumía, el cuchillo característico de esa zona del Magreb, era el instrumento del matarife para el metropolitano y su protagonismo en escenas de tortura o traición muestra el terror que infundía. El capitán Alberto Camba menciona cómo tal miedo era acrecentado por los chillidos e increpaciones de los «moros», sobre todo al acercarse de noche: «Oye *paisa* […] Moro de montaña *estar farruco y querer cortar cabezas*»[48].

Sin dormir, sin saber quiénes eran amigos y quiénes enemigos, el soldado de una posición esperaba una emboscada en cada esquina o un tiro desde una chumbera lejana. El teniente coronel Delgado calificaba a los «rebeldes»

como maestros consumados en el «sistema de desgaste continuo (sic), dirigiendo sus ataques preferentemente contra las patrullas de servicio, pequeñas unidades aisladas o fracciones [y] cuya principal y más genuina imagen es la desmoralizadora emboscada o la deprimente sorpresa»[49]. Y el efecto era el deseado:

> Es inenarrable la ansiedad de las noches [escribía un soldado canario], de horas interminables, pasadas en la alta posición, y durante las cuales cada latido del campo era una amenaza, y cada rumor del follaje que agitaba el viento, fingía ser el crujido de pisadas traicioneras […] La ansiedad, la espantosa ansiedad de lo desconocido, del peligro latente que no acababa de estallar, era lo que más oprimía el espíritu[50].

Los resultados de todo aquello eran diversos. Muchos soldados se paralizaban de miedo, estaban confundidos, sufrían estados disociativos o tenían ansiedad extrema. Otros muchos canalizaban ese desgaste psicológico mediante el sentimiento de la ira que venía justificado por una clásica caracterización del «otro» enemigo: era un cobarde que no luchaba como los pueblos civilizados, era un personaje traicionero que mataba españoles en emboscadas y que mutilaba y torturaba a compañeros de armas. Esa ira iba dirigida sobre todo al «paco», verdadera encarnación del mal para el español, y la respuesta ante él era su cosificación o animalización. Por tanto, no cabía sentir piedad, ni por ese elemento infrahumano ni por aquellos que lo apoyaban. De ahí la extrema violencia que se desató contra el rebelde, en «justo pago» por el tipo de guerra a la que se veía sometido el soldado español.

«SEXO, DROGAS Y… ALCOHOL»

La atmósfera descrita hasta el momento nos permite comprender la tendencia de las fuerzas coloniales a liberar tensión en uno de los pocos entornos de sociabilidad disponibles en la vida del soldado: la taberna. Asociado a tal «institución» y a su regente, llamada *La Chata* por antonomasia, solía estar el alcohol y la camaradería tabernaria.

El alcohol fue una de las válvulas de escape para muchos de los soldados destacados en el Protectorado, no solo en los momentos de asueto en la retaguardia, sino también en los campamentos y vivaques, donde hubo abundante presencia de bebidas etílicas. Aunque hoy se sabe que no es lo mejor para la salud, y menos en un entorno con dificultades para el abastecimiento de agua, lo cierto es que el propio Ejército daba una «copa de aguardiente» matutina a sus fuerzas, pese a las quejas por parte de los médicos militares, que abogaron por su sustitución por un vaso de leche[51].

Muchos fueron los que dejaron por escrito que se recurría al alcohol para olvidar lo visto o hecho en el frente. Otros se refugiaron en la «bebida» para olvidar a su familia, a su hogar o a lo que se les venía encima. Incluso los había que calmaban sus nervios con la botella. El sargento de Regulares Enrique Meneses reconocía a las claras lo expuesto: «Bebíamos mucho, aunque de mala calidad; todos teníamos algo que olvidar»[52]. Y he aquí otro de los puntos clave de la sociabilidad tabernaria en el Protectorado: la pésima calidad del alcohol disponible y, por cierto, el precio disparatado que, en muchas ocasiones, alcanzaba. La ley de la oferta y la demanda hizo acto de presencia en Marruecos con este artículo de «primera necesidad»; por lo mismo, y por la propia dinámica de la guerra y lo precario de las infraestructuras y de la logística, al menos en grandes temporadas, fue un recurso escaso.

De Alcazarquivir, importante población, se decía en septiembre de 1924: «Está esto plagado de cantinas […] la bebida, que es carísima, por lo que, en verdad, no estamos muy de enhorabuena los que no somos abstemios»[53]. En Dar Riffien, el campamento del Tercio de Extranjeros, pasaba tres cuartos de lo mismo: «Los licores, caros casi todos, abundaban»[54]. Pero su ingesta no solo vaciaba los bolsillos de los soldados, a veces vaciaba también sus tripas. La calidad del que estaba a disposición del común de los soldados era, por norma, mala. Los comentarios en este sentido son habituales, así como, de nuevo, la necesidad de contar con tal tipo de bebida. Tomás García Figueras, entonces capitán, describió una operación típica en las campañas, en la que solía haber carencia de todo tipo de pertrechos y materiales: «Solamente el vino no llegó a faltar; con muy sano criterio, nadie tuvo interés en averiguar qué líquido ponzoñoso ingeríamos […] Nos bastaba *suponer* que era vino»[55]. Otro militar complementaba, en tono jocoso, la queja del anterior acerca de su calidad, al decir que era «químicamente puro, pues no vio la uva ni en postales»[56]. Pero no crea el lector que este problema solo se circunscribía a la bebida popular por antonomasia de España, otras variantes regionales tampoco salían bien paradas. A este respecto, el soldado de intendencia Juan Sánchez decía: «Venden en la cantina una bebida que *llaman* sidra; es una especie de gaseosa de color de la sidra y *quizás* estará hecha de manzanas»[57].





Imágenes que muestran soldados con instrumentos musicales. No todo era guerra en el Protectorado español, siempre había tiempo para el ocio y la música debió de tener una importancia destacada. En la fotografía superior aparecen los miembros de lo que parece ser una fanfarria con una clara falta de uniformidad en la vestimenta. Solo hay instrumentos de viento metal: trompeta, trompas, bombardino y barítono son los protagonistas —de peso y tamaño reducido para poder tocar mientras se marcha, incluso a una mano, y facilitar su transporte—. En la imagen inferior se pueden ver una castiza bandurria y una guitarra, instrumentos ligados puramente al ocio y a la fiesta. *Arriba*: Colección Aitor Casas. *Abajo*: Colección Ángel Sanset.

Estas aseveraciones fueron muy comunes y «la garrafa inagotable de Valdepeñas» de la que habla Mola debió de ser de lo más común en el Marruecos español**[58]**. Es posible que el alcoholismo fuese un problema de primera magnitud, a tenor del estado de ánimo y humor de ciertos individuos cuando faltaba el alcohol: «Nuestro capitán, siempre afable y comedido, con tal de que no faltase cerveza lo mismo le daba todo»**[59]**. Y el fundador del Tercio, José Millán Astray, también hablaba de «víctimas del alcohol»**[60]**. Puede que su consumo tuviese su razón de ser en la pésima calidad del agua potable o, al menos, así lo reflejó un soldado cuando reprodujo uno de los primeros consejos que se le dieron para sobrellevar su estancia africana: «Nos

recomiendan que no tomemos agua y que mezclemos con ella alguna bebida alcohólica», supuestamente para purificar la primera[61]. A Arturo Barea le aconsejaron lo mismo al llegar a Marruecos: «Vino, cerveza, aguardiente, coñac, de todo menos agua. El agua da las palúdicas. Prohibida. No sirve ni para lavarse»[62].

En cualquier caso y aceptando la diversidad de la casuística en relación con los motivos del consumo alcohólico, en general y de acuerdo con el volumen de testimonios, podemos aseverar, por un lado, que tal vicio fue muy común en el Protectorado durante todo aquel periodo y, por otro, que la situación psicológica del soldado era lo que solía estar detrás de su consumo. Para acabar de ilustrar lo primero se ha de decir que la situación estaba en conocimiento del Gobierno. En 1921, el propio ministro de la Guerra, Juan de la Cierva, envió el siguiente telegrama al ayudante del alto comisario, por estar este último convaleciente con fiebre: «Hay bastante abuso en bebidas alcohólicas y ese vicio hay que combatirlo con dureza»[63].

Además de la vertiente sanitaria, otro problema añadido eran las borracheras que conllevaba su consumo excesivo, las cuales debieron de ser muy habituales. En este punto, una bella metáfora del capitán García Figueras deja meridianamente claro este aspecto: «El vino de Jerez […] se consumía en proporciones que sólo podía explicar el manso Bukrús que corría perezoso y ventrudo a buscar por el Lucus su camino hacia el mar», es decir, comparaba la ingesta con el caudal de los ríos de la zona[64]. Francisco Franco, en referencia a la vida del Tercio, señalaba que, una vez que acababan las obligaciones castrenses, los cafetines, tabernas o cualquier otro garito con disponibilidad de bebidas alcohólicas, se llenaban de legionarios dispuestos a beber, lo que ocasionaba un «exceso de borracheras»[65]. Esto solía conllevar problemas de orden público, disturbios, robos, vandalismo, etc. En el caso del Tercio, la máxima de «a la voz de "A mí la Legión", sea donde sea, acudirán todos, y con razón o sin ella defenderán al legionario que pide auxilio», provocó enormes peleas tumultuarias[66]. Lo que, en definitiva, podía derivar en la pérdida de los galones, el ingreso en una prisión militar o castigos de diverso tipo —los del Tercio iban desde represalias físicas al servicio en el pelotón disciplinario—. Millán Astray describió a la perfección tal problema: «Los legionarios son para el vino unos mosquitos. El vino les atrae, les subyaga, es su vicio favorito y principal; él es el causante de todos los males […] el que más pérdidas de galones tiene a su cuenta»[67].

Pero no acababan aquí los problemas generados por el consumo masivo de alcohol. El estado de embriaguez hasta el «olvido» de la realidad podía

traer consigo la indiscreción. Además, muchos de los garitos favoritos para «hincar el codo» eran prostíbulos o asimilables, donde mujeres y cantineros podían acceder a información clasificada, ya fuera prestando oído a socarronas charlas en torno a la botella o en el curso de las relaciones sexuales. Un antiguo miembro del Tercio en la década de 1920 describía así la situación: «Las numerosas cantinas del acuartelamiento se veían repletas de legionarios en las horas de asueto; allí bebían hasta embriagarse y manoseaban a su antojo a las infelices mujeres que les servían para sus distracciones —y continúa con una aseveración clarificadora—: El único negocio importante en esos campamentos era el del cantinero y el de las casas de prostitución. Todo el haber del legionario quedaba en un sitio o en otro»[68]. Barea extendió la situación a todo el Protectorado: «Durante los primeros veinticinco años de este siglo Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos»[69]. Aunque admitía que taberneros y prostitutas eran imprescindibles en cualquier guerra, la contrapartida era la potencial vulneración de la seguridad operativa.

En ese entorno de liberación de tensiones, compartir experiencias y diversión con los compañeros bajo la influencia del alcohol, las conversaciones de temática militar brotaban y los prostíbulos se convirtieron en verdaderos nidos de espías. Son muchos los relatos que se refieren a ello e innumerables los bandos que censuraban y amenazaban a cualquiera que revelase información reservada. Pero no solo conocemos tal fenómeno por los anteriores testimonios, también hay datos al respecto en documentos oficiales de inteligencia. En este sentido, un informe «muy secreto», enviado al general Francisco Gómez-Jordana Souza por un informante extranjero a sueldo de España, mencionaba la labor de una prostituta como agente enemiga. La descripción de la mujer y sus posibles debilidades (alcohol y drogas) merecen reproducirlo:

> Betty Sylvester, dedicada a la vida galante, de unos 28 años de edad, morena, de estatura media, poco agraciada, aunque atrayente, la cual suele frecuentar por las noches los Clubs de categoría intermedia […]. Esta individua dedicada al alcohol y la morfina, le manifestó cuando no estaba en su juicio que se encontraba a sueldo de los rifeños[70].

En el informe se señalan algunos aspectos de enorme interés, además de la relación establecida entre alcohol y prostitución, como la mención a la morfina y el tipo de «club» por el que se solía mover la presunta agente. Lo cierto es que la alusión a las drogas aparece de forma muy marginal en la literatura de la época. El capitán Camba hizo una de las pocas referencias a ellas en un pasaje acerca de la ciudad de Tetuán; en este caso, la aludida es la

cocaína y, también, en relación con las prostitutas: «En sus ensoñaciones voluptuosas no se enervan con esencias afrodisíacas sino con ampollas de cocaína»[71]. En un escenario distinto, el frente de combate, vuelve a hacer acto de presencia otra de las pocas referencias a la droga; el testimonio lo aporta el poeta y veterano de guerra Luys Santa Marina: «Ebrio de cocaína, hastiado de nuestra conversación, salió y sentóse sobre los sacos del parapeto»[72]. Estas apariciones esporádicas, en un informe confidencial y en un par de relatos, no han de hacer pensar al lector que no se consumieran drogas. El marroquí tenía fama de consumidor de hachís y hay constancia, al menos, del consumo de cocaína y opiáceos por parte de las prostitutas. La falta de referencias expresas a la drogadicción en el seno del Ejército tiene una posible explicación alternativa: lo reprobable de su consumo hizo que se tratara de ocultar.

La existencia de cierta moral victoriana hacía que determinados actos tuviesen que permanecer alejados de la luz pública. En concreto, las referencias a la pornografía y a la homosexualidad entre europeos tampoco se prodigan y, sin embargo, ambas debieron de existir. Una orden de 1921, que el Ministerio de la Guerra dirigió a la Alta Comisaría, muestra lo extendida que debía de estar la pornografía, sorprendentemente ligada al juego: «No dudo habrá adoptado sobre el juego y pornografía medidas que le rogué adaptara»[73]; la contestación fue un lacónico «reiteradas las órdenes dadas». La homosexualidad no estaba bien vista en unos soldados que se consideraban viriles al extremo y que estaban en el frente de batalla luchando por extender las fronteras de la patria. A este respecto, es interesante marcar que las referencias —escasas— al «culto a Sodoma» por lo habitual se atribuían a malos soldados o a extranjeros. En general, la sodomía estaba muy mal vista en este periodo, igual que la masturbación (por ello se perseguía la pornografía). Eran consideradas muestras de primitivismo cultural y fueron un cliché que se asignó al «moro». Mola refrendaba lo que se acaba de decir cuando aconsejó a los mandos de las tropas indígenas que relativizasen las prácticas homosexuales entre sus subordinados, algo intolerable entre europeos:

> [A]l moro por su incultura, no se le puede exigir la moralidad y rectitud que a un ciudadano cualquiera de un país civilizado; pues hechos que en un soldado de reemplazo revisten extrema gravedad, en ellos la tienen sólo relativa: tal sucede, por ejemplo, con cierta aberración de carácter sexual muy corriente entre los indígenas[74].

Lo cierto era que, para la jerarquía castrense, siempre fue preferible la prostitución —mucho más acorde con el imaginario de un Ejército «sano», al

menos en el plano castrense— a lo que se consideraban prácticas desviadas de la moralidad civilizada. En el plano sanitario, los problemas de la prostitución fueron considerables, pero de ello nos ocuparemos al hablar de las enfermedades y la salubridad del Protectorado.

Para retomar la cuestión de las drogas, de entre los testimonios aportados dos se corresponden con prostíbulos y hacen referencia a su consumo por parte de meretrices y el tercero fue un libro censurado. Por tanto, no se muestra su consumo por militares españoles o se hace de forma marginal. La no mención no significa inexistencia, como ya se ha dicho; en entornos bélicos y de tensión psicológica intensa, como los que se han descrito hasta el momento, solía ser común el consumo de drogas de uno u otro tipo. El alcohol, en realidad una droga más, tiene enorme presencia literaria porque no dejaba de ser algo tradicional en la cultura hispana y porque, incluso, era el lubricante social entre los «hermanos de armas».

Otro punto de interés en el informe acerca de Betty Sylvester, citado anteriormente, era la mención a la calidad del «club», en ese caso concreto «intermedia». El Marruecos español era visto por muchos coetáneos como un enorme cuartel en el que menudeaban los lupanares y las tabernas. En calidad de cuartel, todo estaba sometido a la organización castrense y, en el mismo sentido, lo estaban las prostitutas y sus «acuartelamientos». Los prostíbulos, que inundaron de manera descontrolada amplias zonas del Protectorado con la llegada creciente de tropas, fueron sometidos a diversas normas reglamentarias. Se trató de alejarlos de las áreas de culto, escuelas, hospitales, cárceles y cuarteles; también de las zonas residenciales, donde los vecinos se organizaban para boicotear el negocio. Se crearon servicios de vigilancia sanitaria para los locales, las habitaciones y las prostitutas. Las revisiones eran periódicas y se generaron cartillas de control para tal fin. Se les dotó, o les obligaron a dotarse, de productos profilácticos que, en teoría, evitaban las extendidas enfermedades venéreas. Asimismo, se impuso también la colocación de ciertos carteles con normas sanitarias y buenas prácticas de higiene sexual. El no respeto por las normas impuestas o la obstaculización de la labor de los servicios de inspección conllevaba la clausura del local y la retirada de la licencia de «tráfico»; incluso la ausencia o mal estado de alguno de los materiales recomendados («departamento de profilaxis» del lupanar) se consideraba una falta gravísima. Las multas por los fallos o faltas detectados por los sanitarios podían ir de 500 a 1000 pesetas, cantidades significativas en la época. A los soldados también se les informaba mediante hojas o folletos de cuestiones de índole sexual, en los que se les daban consignas de este

cariz: «Si no puedes dominar los ímpetus de la carne, antes que recurrir a vicios feos y repugnantes que te conducirán con seguridad a la debilidad de tu cuerpo [masturbación] […] recurre a la mujer que es menos perjudicial»[75]. Lo cierto es que aquellas inspecciones lograron que los lupanares tuviesen unos parámetros aceptables de higiene; según Barea, era preferible, desde el punto de vista económico y de salubridad, pasar la noche en un burdel antes que en un hotel. Para poder hacerse una idea de la salubridad de estos, el sargento Meneses describía así un establecimiento «hotelero» en Nador:

> Una casa sin puertas ni ventanas, ni apenas tejado, derrumbados los tabiques y casi en ruinas […]. Sus *cuartos* mugrientos y llenos de telarañas, más que una vivienda humana, parecían guarida de animales salvajes; y en ellos campaban por miles y millones las intolerables moscas[76].

En cualquier caso, no todos los prostíbulos eran iguales. Si seguimos con la metáfora del gran cuartel que fue Marruecos, también los lupanares mantenían el sistema jerárquico castrense *de facto*. Los precios y la propia presencia o ausencia de mandos segregaban a la clientela según el escalafón e, incluso, según la unidad militar de pertenencia. Los había para tropa, para suboficiales y para oficiales.

Hasta el momento, todas las referencias se han hecho a la prostitución legal, aquella controlada por las autoridades y que, por lo general, se practicaba en núcleos de población relevantes. En campamentos y vivaques el control no podía ser tan estricto y la prostitución clandestina, ejercida por las nativas, era escasamente controlable. Esto constituía un doble problema. Por un lado, no había vigilancia sanitaria y las enfermedades venéreas se transmitían sin control. Por otro, la imagen que daba el soldado español, aquel que iba a civilizar al marroquí, no era la que desde Madrid se quería dar. La prostitución clandestina debió de tener una considerable importancia, tanto por las propias necesidades de los soldados como por las consecuencias inherentes, ya que la tarifa era más baja que en los lupanares reglados y, al mismo tiempo, la falta de vigilancia sanitaria podía conllevar la infección del usuario. Esto último debió de ser visto por algunos soldados como una ventaja añadida al poder librarles del servicio y garantizarles una estancia hospitalaria.

En las conclusiones del informe de un comandante médico, datado en la posición de Tafersit en 1927, se decían cosas tan interesantes como las siguientes: «Respecto a las enfermedades venéreo-sifilíticas, no hay que pensar en otra fuente de origen que en los coitos clandestinos con las moras de las inmediaciones»; y ofrecía algunas posibles soluciones para atajar un problema tan grave: «Se darán frecuentes conferencias a la tropa sobre el

contagio de enfermedades venéreas; se pasará escrupulosamente la revista sanitaria mensual […], y se llevará con rigor el que los individuos que tengan cura ambulatoria no les sirva de pretexto para eludir ciertos servicios»[77]. Esto último es, justamente, lo que reflejan diversos testimonios del periodo. Muchos ansiaban escapar de ciertas operaciones y cuando se rumoreaba la inminencia de una acción armada, o cuando no podían soportar más la presión del frente, una prostituta enferma podía ser la solución: «En Tetuán, seguro que toda la noche ha habido colas en las casas de zorras donde hay alguna enferma»[78]. En caso de no tener a mano una meretriz infectada, la simulación de la dolencia era otra alternativa. Por ejemplo, meterse granos de mostaza por la uretra generaba una supuración purulenta. Cabe preguntarse cómo de dura debía de ser la vida del soldado como para contagiarse voluntariamente de venéreas o meterse cuerpos extraños por la uretra.

Lo cierto es que muchos informes de los responsables de los campamentos hacían hincapié en las abundantes bajas por venéreas, adquiridas por las relaciones de soldados con mujeres que se dedicaban al «culto a Venus» sin estar controladas por las autoridades sanitarias.

TIERRA DE PESTE

Pero las enfermedades venéreas no eran las únicas dolencias que campaban por el gran cuartel marroquí. El paludismo, la viruela, la peste bubónica, la tuberculosis, la sarna o el tifus eran habituales en la zona y destacaban en especial las dos primeras. A pesar de la gran concienciación médica en cuanto a las necesidades higiénicas necesarias para impedir tales epidemias, lo limitado del presupuesto (incluso en la década de 1920) hizo que las actuaciones reales fuesen muy restringidas. No crea el lector que España estaba libre de epidemias, pero su impacto en los campos africanos o la temporalización de sus brotes —más frecuentes— hicieron que aquellas fueran motivo de inquietud para el alto mando. Y lo fueron por tres razones. La primera y fundamental era la preocupación por la integridad física de las tropas y la necesidad de su servicio de armas. La segunda era el temor a un contagio de Marruecos a la Península, lo que, unido a la impopularidad general de las campañas, hubiese tenido altos costes políticos. La tercera radicaba en la idea de civilizar que se extendió en España y que incluía entre sus principales puntos propagandísticos la expansión de la sanidad y la medicina occidental en África. En este sentido, un documento dirigido en 1917 a los consultorios médicos para indígenas decía que su misión «es de

una gran importancia, como excelente auxiliar para el desarrollo de la política de atracción»[79].

El Protectorado era una tierra de enfermedades y, cuando no las había, al igual que antes se ha reportado con las venero-sifilíticas, muchos soldados las simulaban para escapar al servicio. Era tal la cantidad e impacto de dichas dolencias que el «imitador» tenía una gran cantidad de opciones para fingirlas. Un testimonio oral de la hija de un soldado de cuota lo certifica: «Se ponía en las axilas varios ajos machacados y conseguía que le subiera la fiebre y se quedaba en el cuartel»[80]. De la misma técnica se hacía eco Barea, aunque mediante el uso de dientes de ajo sin triturar, y también ofrecía un extenso muestrario de la picaresca española: introducir ortigas picadas en las heridas leves hacía que se inflamasen y aparentasen estar infectadas, comer tabaco para que la piel adquiriese un tono amarillento que pudiese confundirse con la ictericia o quemarse con una moneda de 10 céntimos —una «perra gorda»— para simular úlceras[81]. En este mismo sentido, pero sin duda más drástico, era dispararse a uno mismo, bien simulando un accidente o exponiendo alguna parte no esencial de la anatomía al fuego enemigo. Todo lo dicho viene a ilustrar la severidad de las campañas de Marruecos y lo que los soldados estaban dispuestos a hacer para no prestar determinados servicios.

Retomando la cuestión de las enfermedades, y para mostrar el panorama marroquí y el temor que causaba, en este periodo hubo, al menos, cuatro brotes de peste bubónica —en 1913, en 1915, en 1923 y en 1926—, todos ellos tratados con mucha discreción ante la gravedad del asunto y el temor a que la epidemia se extendiera a la Península. La Jefatura de Sanidad Militar de Melilla achacaba esta plaga a lo mismo que al resto de enfermedades que asolaban las tierras magrebíes, es decir, a la falta de higiene y al atraso sanitario del país, unido a las criticadas costumbres de curanderos y morabitos. En un informe a tal efecto, dicha Jefatura señala:

> Hoy día y gracias a los medios que poseemos para luchar contra ella, ha perdido su espantoso carácter epidémico quedando reducida a una enfermedad infecciosa que ordinariamente carece de gran difusión y malignidad. No obstante esto, en cuanto la peste hace acción de presencia en los pueblos que por su incultura desconocen u olvidan las normas de higiene ordinaria […] Casi todos los puertos de Marruecos están infestados de peste e igualmente lo están muchos parajes del interior y, es por esto por lo que debemos estar preparados para combatir la enfermedad en su iniciación pues de esta manera defenderemos nuestras vidas, las de nuestros compañeros y le evitaremos a España causas de zozobra y peligro[82].



Fotografía en el consultorio médico de Ras-Tikermin. El capitán Bosch posa con fuerzas de sanidad militar. La escena parece mostrar un tipo de ceremonia religiosa o la teatralización de la misma; una mula en primer plano y la atmósfera distendida puede indicar algún tipo de representación festiva con motivo de alguna celebración. Archivo de Jorge Bosch Díaz. Colección Sánchez Vigil.

El impacto generado por la peste bubónica hizo que se extremasen las medidas de higiene y vigilancia en los acuartelamientos. Las ratas eran el enemigo que batir y se dieron premios por su captura y eliminación. Se probaron cebos y pastas raticidas, algunas de las cuales no funcionaban —la picaresca, la corruptela o la incompetencia, de nuevo—, en el brote epidémico de 1923. En un caso concreto, los Servicios de Higiene del Ejército alimentaron a un par de roedores con una pasta raticida y, aunque no les gustaba demasiado pues preferían otros alimentos, tras ingerirlo en cantidad muy superior a la letal durante cinco días, no se apreció ningún efecto[83].

Las ratas debían de pulular de forma masiva en las posiciones españolas. Hay testimonios de todo tipo y color en torno a su presencia, sobre todo de corte escatológico en los blocaos de vanguardia. En palabras de uno de los soldados que los guarnecían: «Las pulgas, los piojos, las ratas, las moscas y todo género de parásitos, […] son los compañeros sempiternos»[84]. La higiene, a tenor de este panorama, no debía de ser ejemplar, al menos en aquellas posiciones. Las constantes instrucciones de Sanidad Militar para limpiar intensamente los locales utilizados para comer o dormir, no dejar basuras o restos de comida en ellos, no tener estercoleros cerca de la posición y quemar los desechos y, tras ello, rociarlos con líquidos insecticidas, podían ser llevadas a cabo en los puestos de cierta entidad, con recursos y con tranquilidad operativa. Las líneas de blocaos, frecuentemente asediadas por

«pacos» que no permitían, siquiera, salir a defecar u orinar en el exterior, que tenían suministros escasos y andaban justas de espacio no solían reunir condiciones de salubridad ideales. Un soldado gallego ilustró a la perfección lo dicho: «¡Oh, esta tierra del Rif, tan pródiga en bichos molestos […]! Hay aquí pacos y moscas, ratas y hemípteros, microbios y ápteros, ácaros y arácnidos en cantidad suficiente para llenar el planeta». Este mismo hombre relataba cómo se despertó de repente de un profundo sueño por la presencia de «una rata enorme, que se había estado paseando encima de mí y ahora me miraba no sé si estúpida o desafiadoramente»[85]. Esta percepción de la salubridad de las posiciones españolas no tenía sesgo de rangos, pues el oficial Galán también describía lo mismo: «Jergones con piojos. Agujeros de ratas. Pulgas en cantidad abrumadora». Por su parte, el general Virgilio Cabanellas sentenciaba: «Las ratas, obligada plaga de todas las posiciones»[86]. Con la experiencia de muchos años, el jefe de Sanidad Militar de la circunscripción del Rif terminó sintetizando la realidad vivida y el escenario al que se enfrentaban:

> La desratización es operación compleja y de resultados distintos, según el medio donde se practica y así también los procedimientos. Estos y su eficacia varían según que se trate de locales cerrados y opacos de un aislamiento perfecto con el esterior (sic), para que los gases asfixiantes que se empleen actúen sin escape alguno […] o barracones de madera no susceptibles de tal procedimiento […]. La lucha contra las ratas en los locales no susceptibles de un aislamiento perfeto (sic) con el exterior no tiene más que una eficacia limitada por razón del instinto de dichos animales y la insuficiencia de los procedimientos a emplear en tal caso. En estas circunstancias lo primero de todo es evitar la pululación de las ratas sustrayéndoles todo alimento mediante dispositivos especiales en los almacenes de víveres, aisladores de todo ataque de las mismas, alambreras, pisos de cemento protector, evitación de restos de alimenticios en las cocinas, desperdicios de ranchos etc., además de esa profilaxis dicha, los procedimientos conducentes a destruir las ratas en esta y otra clase de locales son: taponando todos los agujeros de ratas, empleo de cepos y trampas, animales enemigos de las misma, venenos químicos, y, por último, vacunas virulentas[87].

Lo cierto es que las quejas por la «fauna» existente en Marruecos, constante acompañante del soldado, fueron permanentes. A nadie se le escapaba, además, que tales especies zoológicas eran, en muchos casos, transmisoras de enfermedades o indicadoras de una grave falta de higiene o salubridad. El sargento Enrique Meneses hizo una de las mejores descripciones del sentir del soldado, que permite al lector ponerse en situación y pensar en todo lo dicho hasta el momento, a lo que se unía el incordio de otros «bichos»:

> [Las moscas] se meten dentro de tu boca, de las narices; se pegan a ti durante el día; te impiden comer, no puedes hacer la digestión tranquilo, te imposibilitan el escribir a tu familia, a tus amigos […]; pero lo más horrible aún es lo de las pulgas y todavía no he dicho nada sobre ellas.

[…]; ¿Y las chinches?… ¿Y los piojos?… […] ¿Y las ratas? Estas se pasean por encima de tus narices y te despertarás de improviso con un par de ellas que están sentadas cómodamente sobre tus ojos, la boca o el pelo[88].



Las cocinas, como la de la imagen, tenían graves carencias de higiene y los productos eran de escasa calidad. Las unidades destinadas a África sufrieron llamativas carencias relacionadas con la intendencia. AGMM, Iconografía, SIG. F-05385.

Los piojos eran portadores del tifus exantemático, enfermedad con alta incidencia. Estos pequeños parásitos eran más difíciles de cazar y exterminar, si cabe, que las ratas porque, según un informe del inspector general de Sanidad, «la suciedad y falta de higiene de los moros» les hacía ser portadores perfectos[89]. Ello explicaba el carácter endémico de tal enfermedad en el sultanato y la relación del soldado metropolitano con el nativo hacía que el contagio estuviera asegurado. El problema acuciante, atendiendo al citado informe, era la posible importación del morbo a la Península a través de los repatriados, porque «es sabido, según el relato de los propios militares, que los soldados de Melilla están llenos de parásitos»[90]. Para prevenirlo, se establecieron «estaciones o puestos de despiojamiento» en algunos lugares. En Melilla, por ejemplo, se edificó para tal fin una nave de 39,5 × 12 metros en el puerto.

Aunque ratas, moscas y piojos son las especies más mencionadas por la repulsión y los problemas que ocasionaban, los mosquitos eran los causantes de otra de las extendidas enfermedades de la zona: el paludismo, que ocasionaba mucho sufrimiento al soldado español. Numerosas posiciones se ubicaban en las inmediaciones de los ríos, áreas lacustres o, simplemente, en zonas de encharcamiento de agua, donde las fiebres palúdicas tendían a crecer de manera exponencial. La creación de pozos para la aguada, de lavaderos o la remoción del terreno para trazar caminos eran, en opinión de los servicios médicos, catalizadores de la enfermedad. El otro gran factor de contagio era «la influencia perniciosa del indígena […] reservorio del virus», cuando acudía a «ofrecer sus servicios» a las posiciones españolas y llevaba con él la «infección malárica»[91]. El paludismo fue una de las mayores preocupaciones del mando y de Sanidad Militar, pues generaba el mayor número de bajas. Sin ir más lejos, en las estribaciones de la década de 1920, algunos cifran las bajas por paludismo en cerca de un tercio del total de la fuerza desplegada[92]. Este grave problema llevó a que se implementaran campañas antipalúdicas en las que, por ejemplo, se desecaban zonas encharcadas, se canalizaban aguas para que desembocaran directamente al mar, se plantaban eucaliptos en zonas de ribera, se prohibía la apertura de nuevos pozos y zanjas, se limpiaban las orillas de los ríos y, cuando no se podía hacer otra cosa, se petrolizaban áreas potencialmente infecciosas; en resumen, se intentaba realizar un saneamiento general. La entidad de estas actuaciones muestra la dimensión del problema.

Otra enfermedad terrible atendida por los sanitarios, y que los soldados españoles hubieron de sufrir, fue la viruela. Las medidas profilácticas que se practicaban cuando aparecía un brote fueron de las más contundentes, en la misma línea de la peste bubónica. El confinamiento inmediato de los, presuntamente, infectados durante doce días, la quema de toda posesión o material contaminado y la vacunación (o revacunación) forzosa de los soldados del área afectada constituyeron las medidas más habituales. En cualquier caso, el problema volvía a ser el mismo, ya que los civiles, europeos y nativos, no tenían los medios higiénicos ni mantenían la profilaxis adecuada para la contención de aquella «terrible enfermedad», así calificada por el jefe de Sanidad Militar de la Comandancia General de Melilla en 1926[93]. Ello hacía que la extensión de los brotes fuese más complicada de controlar, aunque la seriedad de la afección hizo que las medidas de control fuesen, por lo general, rápidas.

A pesar de que los datos que se van a ofrecer corresponden a 1928, es decir, un año después de pacificarse totalmente el territorio, no dejan de ser

representativos de la situación vivida en la región durante las dos décadas de lucha. Más aún, hay que pensar que si en un momento tan avanzado las cifras seguían siendo de aquel calado, el panorama debió de ser mucho más desolador en los primeros compases del dominio español. En el Hospital Militar de Targuist, en la circunscripción del Rif, y durante casi todo aquel año, habían ingresado unos 7000 hombres, la mitad de la guarnición de la zona, aproximadamente. De ellos, cerca de 1000 eran pacientes de paludismo, unos 600 de venéreas, otros tantos con afecciones respiratorias, en torno a 350 por dolencias digestivas y 160 de sarna; el resto entraba en el variopinto grupo de «otros»[94]. Datos similares, al menos en paludismo, se registraron en el Hospital de la Cruz Roja en Villa Sanjurjo: unos 1000 casos de paludismo y otros tantos de afecciones respiratorias, más de 600 de dolencias digestivas, pero sorprendentemente bajas en el apartado de venéreas —en torno a 200— y de sarna, alrededor de 100. En cuanto a afecciones diversas, se contabilizaron cerca de 1300 altas hospitalarias[95].

Las enfermedades vistas hasta el momento tenían una gravedad considerable, pero también las había menos graves, aunque no menos incómodas. La sarna y la tiña se mencionan de forma muy habitual en testimonios e informes del periodo. Las dermopatías y dolencias de origen parasitario tuvieron una considerable importancia por lo dicho anteriormente: falta de higiene general y focos de contagio en el elemento nativo. En este caso concreto, también la cabaña ganadera autóctona era un factor de contagio, en opinión de la veterinaria castrense: «Dado el enorme atraso y abandono absoluto en que se encuentra el Riff en materia sanitaria, su cabaña es madre de toda clase de enfermedades»[96]. Aparte de las referidas, las enfermedades digestivas también podían tener su origen en el ganado destinado al consumo, ya que, según se decía en el mismo informe, la tuberculosis o la cisticercosis afectaba a «la mayoría»[97].

La sarna fue otro relevante motivo de hospitalización, como se ha podido ver en las estadísticas presentadas, y su incidencia era considerable. Su fácil transmisión, por contacto cutáneo, y muchas veces vinculado a las relaciones sexuales, propició que fuese un mal muy extendido. De nuevo, la relación con las indígenas, «donde tan frecuente es el padecimiento», sumada a la falta de higiene, muchas veces forzada por la carencia de agua, hacía que los sarnosos se multiplicasen. Tampoco había mucho espacio disponible en los acuartelamientos, lo que favorecía el contacto y, con ello, la extensión del mal. No ayudaba mucho la costumbre de encargar a las mujeres nativas que limpiasen la ropa de cama del soldado. La relación con ellas, seguramente no

siempre vinculada a hacer la colada, era foco de contagio, por no hablar de la posible no desinfección de la prenda para lavar. Aunque, en general, el problema iba más allá, pues era frecuente la presencia numerosa de grupos nativos pobres —sobre todo en años de malas cosechas— que merodeaban por campamentos y posiciones españolas en busca de caridad o de sobras. El jefe del Batallón de Cazadores África n.º 15, que guarnecía Zoco el Jemis de Beni Bu Frah en 1927, se quejaba del «crecido número de niños y moras de todas las edades que, llenos de miseria y famélicos, suplican el reparto de las sobras del rancho» y apuntaba tal factor como catalizador de los casos de sarna entre sus hombres[98].

AGUA Y SED, VÍVERES Y HAMBRE…

Lo cierto es que buena parte de la escasez de higiene que incidió en la extensión de plagas y, por ende, en la de enfermedades, se debió a la falta de algo tan fundamental como el agua. Los problemas vinculados al agua disponible son todo un clásico en la literatura de las campañas de Marruecos.

El suministro constituyó una preocupación permanente para el Ejército. Esto fue especialmente delicado en las operaciones de extensión o consolidación de los territorios ocupados. La carencia de medios de transporte adecuados, lo rudimentario de los caminos, la sempiterna exigüidad de ganado y la habitual no disponibilidad de fuentes de agua en las posiciones fortificadas generaban la necesidad de hacer constantes viajes desde blocaos y campamentos, generalmente sitos en una altura geográfica, a la fuente de agua. La aguada, denominación dada a este tipo de servicio, era de gran riesgo, puesto que el «paco peña» solía esperar las obligadas y periódicas salidas para actuar. En realidad, no era nada nuevo para los curtidos combatientes tribales marroquíes porque, ya fuera en los enfrentamientos intestinos o en sus acciones de pillaje o bandidaje, la fuente de agua era un punto tradicional para la emboscada. Tanto fue así que algunas de ellas tenían topónimos tales como *Echrob u Ohrob* (bebe y huye), que no hacían sino advertir del riesgo que entrañaba acudir al lugar[99].

Muchas fueron las posiciones con difícil acceso a la fuente de agua y, habitualmente, pocos los medios para transportarla, lo que hacía que el trayecto hubiese de recorrerse con frecuencia. En general, cuanto menor fuese la guarnición, peor era el panorama, pues los indígenas sabían las pocas posibilidades que tenían para organizar una maniobra de «limpieza» o protección. Uno de esos testimonios señalaba que la aguada «era la causa

principal de nuestras bajas, pues cada vez que salíamos, como quedábamos al descubierto […] los moros mataban a los soldados en número considerable»[100]. El teniente Luis Casado, uno de los supervivientes de la posición de Igueriben, copada en vísperas del Desastre de Annual, decía:

> Conocidos son todos los riesgos y peligros de que está erizada la empresa de surtir a una posición de agua cuando ésta hay que ir a buscarla a una distancia de tantos kilómetros [4,5 km], a través de un camino jalonado de breñales y surcado por grandes barrancos, que se ofrecen a la traición con las máximas garantías de la impunidad; de ahí que casi siempre la aguada resulte una operación fecunda en episodios sangrientos. […] Diariamente había necesidad de realizar este importante servicio. Nos forzaba a ello la escasez de cubas y el reducido número de acémilas de que disponíamos para su trasporte[101].

La sed fue uno de los tremendos suplicios que tuvo que vivir la tropa a consecuencia de la carencia de agua, o de la imposibilidad de llegar a ella por la presencia de enemigos en los alrededores que esperaban la salida de los aguadores. El asedio llevó a muchas posiciones a situaciones verdaderamente dramáticas. Por ejemplo, después de acabar con cualquier tipo de líquido potable, se imponía dar muerte a los animales para beber su sangre y comer su carne. Cuando el asedio se alargaba, o no había animales, el abanico de posibilidades iba de ingerir los propios orines (en caso de disponer de azúcar se edulcoraban, con preferencia de los oficiales) a chupar piedras húmedas que se extraían del suelo, beber tinta de escribir, colonia, vinagre o jugo de patatas machacadas. Aunque la aviación trató de abastecer estas posiciones con el lanzamiento de barras de hielo a baja altura, esta técnica solía ser poco efectiva pues estas se hacían añicos al impactar en el suelo, así como por la dificultad de que aterrizaran en los puntos adecuados para salir a recogerlas con cierta seguridad; además, el vuelo rasante hacía que los tripulantes y la propia nave fuesen vulnerables a los disparos de fusilería. Uno de los testimonios más desgarradores en los que se puede apreciar la cantidad de estrategias usadas para paliar la sed lo firmó el heroico comandante Julio Benítez en 1921:

> Es horrenda la sed. Se han bebido la tinta, el petróleo, la colonia, los orines mezclados con azúcar. Los hombres se meten desnudos en los hoyos arenosos para gustar el consuelo de la humedad. Se ahogan con el hedor de los cadáveres. La pestilencia y carencia de agua hacen mortales las heridas[102].



Foto de grupo que muestra miembros del Regimiento Mixto de Artillería de Melilla en la década de 1920. En la imagen, los oficiales están sentados a una mesa rodeados por soldados de la unidad. Colección Ángel Sanset.

La vida en los blocaos, cuyo tamaño y entidad variaba de pequeñas casamatas casi improvisadas a grandes fortines, permaneció en la memoria de los que combatieron en Marruecos. Hay referencias constantes a ella en la narrativa de las campañas, normalmente vinculadas a las reducidas posiciones donde una docena de hombres, al mando de un suboficial, controlaba una exigua porción del territorio para «pacificar». Las descripciones no suelen ser agradables. Barea caracteriza estas «casas fuertes» como «barracas de madera, de unos seis metros de largo por cuatro de ancho, protegidas hasta la altura de un metro y medio por sacos terrenos y muy raramente por plancha de blindaje, y rodeadas por alambre de espino»[103]. Allí vivían «aislados del mundo» y, con mala suerte, sitiados por el enemigo. El miedo a los «pacos» hacía que muchos soldados se negaran a salir y, en ocasiones, una lata de gasolina o algún instrumento similar hacía las veces de orinal, en el que se almacenaban los excrementos en la posición hasta que su acumulación compensara el riesgo de deshacerse de ellos. La ventilación se supeditaba a la seguridad y las chapas metálicas, cuando las había, actuaban como acumuladores de calor, lo que convertía el interior en un horno, a lo que se sumaba un espantoso olor a sudor y desechos. El entonces teniente Galán lo mencionó al liberar un blocao: «Están famélicos, barbudos, no tienen fuerzas, se caen. Están destrozados. […] El olor es insoportable. Hay cuatro muertos

en descomposición»[104]. La putrefacción de los cadáveres —humanos o animales—, los excrementos, el sudor, la podredumbre de los víveres, etc., convertían los blocaos asediados u hostigados en espacios especialmente insalubres. Las consecuencias físicas y mentales para los que hubieron de vivir tales realidades debieron de ser graves. Un soldado, después de permanecer trece días copado en la posición de Teffer en 1924, comentaba: «Tenemos enfermos, algunos, y de los que somos como robles, vamos ya quedando bastantes pocos […] Fiebres por acá, fiebres por allá, fiebres por todos lados; ¡en este mundo parece no hay sino fiebres!»[105].

El hambre fue otro de los enormes sufrimientos del que se conservan numerosos testimonios. Las referencias a la calidad ínfima del rancho son casi tan abundantes como las que denuncian la escasez de alimentos. El capitán Segura nos introduce en el mundo de los fogones en las posiciones españolas: «Las cocinas, pomposo nombre con que son conocidas en campaña las hoyas chiquitas donde se aloja la leña que ha de hervir los ranchos, empiezan a elevar columnas de humo, que hablan a la tropa de la proximidad del café, que a causa del agua resulta laxante»[106]. Pero no solo el café resultaba laxante, lo cierto es que las cocinas solían estar situadas en locales no acondicionados para tal función y los instrumentos usados en las mismas no solían estar especialmente limpios. Las condiciones higiénicas generales de Marruecos, vistas hasta el momento, se pueden aplicar también a la preparación del rancho.

Lo primero que hay que tener en cuenta en relación con la dieta es que Sanidad Militar no operaba con criterios nutricionales de vanguardia. Incluso aunque ciertos médicos podían clamar en contra de algunas arraigadas tradiciones castrenses, como la costumbre de servir aguardiente para desayunar, y proponían dietas más saludables, la propia dinámica conservadora de cualquier ejército no facilitaba los cambios. En este periodo, por ejemplo, la fruta era prácticamente inexistente en la dieta del soldado. Sin embargo, el chorizo y las sardinas enlatadas eran sus sempiternos compañeros, lo que, unido a la falta de agua y a la meteorología, provocaba la mencionada sed.

Lo ajustado del presupuesto castrense solía hacer que fueran las cuestiones materiales las más perjudicadas y eso incluía a los víveres. Todo ello sin tener en cuenta lo que, atendiendo a muchos testimonios, debió de ser una práctica muy extendida: la malversación de fondos. Muchos de los encargados de abastecer unidades vieron en la compra de víveres una forma de enriquecimiento personal y se aprovecharon de ello. El asunto derivó en

una disminución de la calidad de los alimentos y ello incidió en la salud de la tropa y, en muchos casos, en la extensión de algunas de las enfermedades ya citadas. Barea recogió el testimonio de un suboficial de cazadores que compraba carne para el rancho: «Pagan cinco o diez pesetas por una cabra o un carnero que está medio podrido, lo meten en el rancho de los soldados y lo ponen en la cuenta en treinta pesetas»[107]. Algunas de las dolencias estomacales podían tener su origen en lo extendido de estas prácticas.

En cualquier caso, la dieta del soldado en el primer cuarto del siglo XX debía de ser bastante más completa, calórica y proteica que la habitual del campesinado y del proletariado urbano. Lo que no significa que fuese variada en sí misma. Una broma de la época decía que el rancho era «variado dentro de un orden»: garbanzos, patatas y tocino para almorzar y patatas, tocino y garbanzos para cenar[108]. El diario de un soldado que combatió en Marruecos recogía la misma idea: «La comida que ordinariamente nos dan es cocido, el cual unos días es mejor y otros peor»[109]. Aunque siempre hay un poso de verdad en toda chanza, lo cierto es que había algo más de variedad en el Marruecos español de la década de 1920. Sirva de ejemplo la Orden General de la Comandancia General de Melilla del 8 de abril de 1924, que especificaba los menús que debían cocinarse en los acuartelamientos de la circunscripción durante la semana siguiente: todos los días café con leche para desayunar y siempre judías o garbanzos con chorizo y tocino como plato principal en la primera y segunda comidas, que, de manera ocasional, incluían también col, carne, espinazo de cerdo o patas de cerdo[110]. Aunque no se trata de analizar a fondo estos menús ni transcribirlos, conviene hacer algunas consideraciones: de 14 comidas principales, 10 contenían chorizo y tocino; el segundo alimento estrella —sin contar las legumbres— eran las sardinas —enlatadas y, por lo general, en escabeche— y las patatas, que aparecen 6 y 7 veces, respectivamente. Las patatas fritas eran habituales, para acompañar huevos o salchichas. En cuanto a verduras y frutas: 4 veces ensalada de lechuga y solo 2 veces naranja, lo cual era insuficiente a todas luces[111]. Es decir, el rancho era monótono y con exceso de grasas, lo que generaba sed. A pesar de ello, esta dieta era, sobre el papel, bastante completa para la época. En cualquier caso, no todos comían lo mismo, ya que el menú era distinto para los oficiales e incluso el pan, elaborado por el Cuerpo de Intendencia, era de «oficial y hospital» en contraposición con el «pan de tropa».



Cocina de campaña y cacharros de cocina. Este tipo de equipamiento se extendió en Marruecos a partir de la década de 1920. Fotografía de Fernando Puell Sancho. Colección Fernando Puell de la Villa.



Dos oficiales españoles se disponen a comer, servidos por un «morito», en la estratégica posición de Zoco el Arbaa de Beni Hassan en 1926. Tal meseta estaba situada entre las dos principales cuencas de Yebala, la del Najla y la del Mitzal. Álbum del coronel Rafael Tejero Saurina. Museo del Ejército. Sig. MUE-204770.

Al llamado rancho caliente se sumaba el rancho frío o «de mochila» para operaciones, que era, si cabe, aún más criticado que el primero por la tropa. Las raciones de marcha estaban compuestas, fundamentalmente, por pan de «galleta», o de doble cocción, latas de conservas y chorizo. Se solía facilitar también café y azúcar. La importancia de los productos porcinos en la «mochila europea» hizo que se diseñase una «mochila indígena» que solía contener mantequilla, higos o dátiles y conservas (destacan las sardinas). Esto era la teoría; en la práctica, los testimonios acerca de la escasez de las

raciones de marcha son muy abundantes y suelen referirse a la galleta y al chorizo como alimentos base. La idoneidad de tales viandas para un teatro de operaciones donde escaseaba el agua es, a todas luces, dudosa. Lo enunciado no es un descubrimiento de la ciencia moderna; en octubre de 1921, el diputado del Partido Socialista Indalecio Prieto ya dejaba claro que no era un buen plan alimenticio: «¿A qué sabios de nuestra magnífica Intendencia se les ha ocurrido la idea de que constituya base de los ranchos fríos las sardinas en conserva, en un país donde se carece de agua y donde la sed es el tormento constante de las tropas?»[112].

Un sargento de Regulares comentó de su ración de marcha: «La comida es malísima; todo a base de conservas»[113]. También el «huevo cocido y una lata de sardinas o chorizo» eran clásicos de la «ración fría»[114]. La galleta constituyó la fuente de hidratos de carbono por excelencia en operaciones; de ella se decía: «Galletas a cada comida. Galletas de la guerra de Cuba. Tan duras que las teníamos que partir con el machete sobre una piedra, o empaparlas en agua para comerlas»[115]. Un soldado fue más explícito al sentenciar: «Tenemos galletas, y ya una me ha dejado un recuerdo del de ayer […]. Fue la pérdida de un diente —¡pobrecillo!— que se dejó partir al desmigajar uno de los ahora *apetitosos* cuadradillos»[116].

La calidad de la comida se criticó hasta la saciedad, no solo el rancho frío, también las raciones calientes, que sobre el papel podían parecer apetitosas, pero que se valoraban así después de degustarlas: «Habichuelas duras como las piedras que no se podían comer», «un pedazo de carne asada […] que iba tirando sangre todavía y más dura que un pedazo de goma», «una paella que es buena para repellar un balate», en definitiva «mala comida»[117]. Lo cierto es que hubo soldados —los menos— que, por su propia naturaleza o por la suerte de la unidad a la que pertenecieron, dieron una opinión más benévola, pero, casi siempre, incidiendo en su escasez: «Con la cena me ocurre lo que con la comida, en general es regular, pero muchas veces no alcanza la ración a satisfacer el apetito»[118].

Con todo, la opinión mayoritaria entre la tropa fue calificar su dieta de pésima e insuficiente. Puede ser significativo el descontento que mostraron muchos de los extranjeros que se encuadraron en el Tercio a partir de su fundación en 1920; un legionario peninsular decía de sus compañeros foráneos: «No se acostumbraban a la latita de sardinas, los huevos cocidos, tocino rancio y pan duro»[119]. Es muy significativa la queja de muchos de ellos, veteranos de la Gran Guerra, acerca de la calidad del rancho español en comparación con el de otras potencias[120]. En cambio, las otras fuerzas

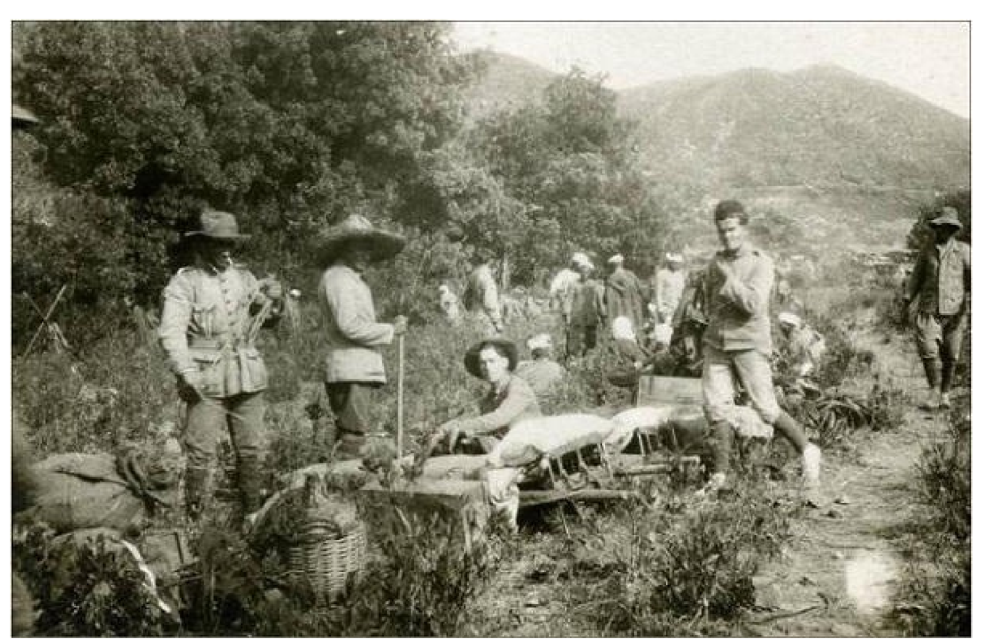
mercenarias al servicio de España, los indígenas, no se mostraban tan exquisitos; el capitán Bayo dijo de sus soldados nativos: «Yo les he tenido cinco días combatiendo, ¡¡contentos!!, sin otro alimento que el duro pan de Intendencia, y alguna que otra cebolla»[121]. Aunque no hubo quejas, la dieta a base de galleta y cebollas distaba mucho de ser suculenta o nutricionalmente adecuada.

Otra de las protestas recurrentes fueron las volubles horas de las comidas, del rancho de campaña o del caliente. Las operaciones, y la propia realidad de cada acuartelamiento, hacían que el momento de comer fuese más que móvil; muchos relataron la relativa normalidad de saltarse alguna de las comidas marcadas por la propia dinámica de la situación bélica en la que se encontraban. El testimonio del soldado Miguel Castillo en 1919 es ilustrativo de lo dicho: «Llevamos cuarenta y ocho horas sin comer o sea con medio panecillo, a las cuatro de la tarde se ponen a hacer rancho»[122]. Ante este panorama, muchos debieron de ser los soldados que optaron por complementar de manera oportunista su alimentación; es decir, los frutos del bosque, las bayas o las raíces vinieron a paliar, en la medida de lo posible, el hambre o el aburrimiento de las largas marchas, en función de la situación. Incluso frutos tan poco apetecibles para la mayoría de los paladares como el madroño fueron consumidos en Marruecos español; en cualquier caso, las moras debieron de ser el objeto del deseo de la mayor parte de las tropas[123].

La otra fuente de alimentación posible era la cantina, que solía ser un monopolio y, por ello, ofertaba de acuerdo con sus propios intereses. Los abusos referidos a aquella son permanentes en los relatos de la tropa. Los oficiales solían mostrar una visión distinta del cantinero y de su labor, es posible que debido al trato diferencial por el gasto que realizaban. En este sentido, y enlazando con el consumo alcohólico y su calidad, un inventario en la cantina de Diego Manzanares, fechado el 5 de agosto de 1923, revela la existencia de «vino bueno» a 0,70 pesetas el litro y «vino picado» a la mitad de precio. Es posible que los oficiales accedieran al primero y la tropa al segundo, lo que revela que había clases en la cantina. En cualquier caso, esta debió de ser un entorno donde la limpieza era dudosa y no es extraño encontrar instrucciones oficiales en diferentes campamentos que instaban por su limpieza y marcaban las formas de deshacerse de los desechos, lo que, posiblemente, estaba vinculado a la labor de control de plagas. La correspondiente a Dar Quebdani en 1924 recomendaba el despido del cantinero a la tercera amonestación, previas correspondientes multas por falta

de higiene[124]. Las autoridades militares pretendían erradicar entornos como el que describió un soldado llegado a Marruecos después de Annual:

> Es una habitación pequeña, las paredes llenas de moscas, unas muertas y otras vivas, el suelo de tierra, sucio y lleno también de moscas, que al entrar se alborotan y nublan el aire; hay dos mesas de tabla ya negras por no limpiarse nunca; de igual color por igual causa, son el mostrador y los bancos. […] En fin, que cuando uno entra allí con deseo de tomar algo, se ve envuelto y atacado por las moscas y el insoportable olor que despide aquel foso de inmundicias e infección, donde los soldados vamos a comer, beber y recrearnos[125].



Fuerzas españolas en 1922, en lo que parece un puesto de socorro, atienden a la presencias de camillas, en el contexto de la Guerra del Rif. En primer plano hay una damajuana, que posiblemente contuviera vino. Se aprecia un precario camino y al fondo aparecen «moros amigos», es posible que harqueños. Álbum del coronel Rafael Tejero Saurina. Museo del Ejército. Sig. MUE-204770.

CONCLUSIÓN

El Ejército español del primer tercio del siglo XX adolecía de muchos problemas estructurales que impedían su efectiva reforma y modernización. El convulso siglo XIX, sacudido por guerras civiles y coloniales de poco relumbre, salvo en el periodo de la Unión Liberal, hizo que los militares se convirtieran, en demasiadas ocasiones y para salvaguardar la estabilidad del régimen liberal, en fuerzas policiales. La etapa finisecular se cerró con una contundente derrota a manos de Estados Unidos, lo que conllevó el fin de un imperio y el consiguiente desprestigio. Todo ello generó un sentimiento antimilitarista y pacifista en buena parte de la sociedad española. Los sistemas de reclutamiento clasistas, entendidos por los más humildes como un tributo

de sangre, no hicieron sino acrecentar el odio-miedo a que hijos, hermanos y esposos de las clases más desfavorecidas empuñaran el fusil en nombre de la patria.

Una nueva guerra y una nueva aventura colonial en Marruecos no hicieron sino acrecentar los temores-aversiones existentes. El soldado reclutado para combatir en tierras magrebíes presentaba una motivación mínima, aterrado por relatos consuetudinarios en torno al servicio militar y por cancioncillas populares acerca del feroz «moro» contra el que tendría que combatir. Su mínimo adiestramiento, su deficiente equipamiento, la dureza de aquel escenario, la propia dinámica de la guerra irregular, la crueldad del conflicto marroquí, el aislamiento y la falta de suministros básicos fueron claves para entender el estado psicológico alterado de muchos de los que allí combatieron. La comida era mala, el descanso insuficiente y el agua escasa.

Muchos de los relatos manejados concluyen con alguna reflexión acerca de lo que hicieron y lo que se llevaron de África. En numerosas ocasiones, además de no querer participar nunca más en un conflicto bélico, acababan hablando de las secuelas que les había dejado su estancia marroquí. Marcas de guerra que solían ser físicas, quizá porque las psicológicas eran demasiado profundas para ponerlas por escrito. Cedemos el final del presente capítulo al capitán Alberto Bayo y sus dos años en Gomara:

> He dormido mal, he comido peor. Me llevo de África, de mis innumerables chaparrones, frecuentemente sufridos, la medalla del reumatismo, y la cruz del artritismo, […] serán mis fieles compañeras hasta mi muerte, y sus terribles abrazos cada vez los sentiré más fuertes, más apretados. Os llevo a vosotros, con paludismo agudo, último y delicado regalo que recibo de esta santa y bendita tierra[126].



Varias personas en una protesta en San Sebastián para exigir responsabilidades por las víctimas de la Guerra de Marruecos, 1923. CC BYNC 4.0 2015/KUTXATEKA/Fondo Marín/Pascual Marín. Dominio público.

[N]uestros principios […] nos apartan de la política en general por lo estéril y perjudicial que casi todos los organismos que la componen han resultado en todo tiempo para los intereses del Ejército[1].

La Correspondencia Militar

9

LA SOMBRA MARROQUÍ: CONSECUENCIAS POLÍTICAS DE LAS CAMPAÑAS NORTEAFRICANAS

Mercedes Cabrera Calvo-Sotelo

La Guerra de Marruecos fue un factor decisivo en el final del régimen hasta entonces más estable y duradero de nuestra historia contemporánea, la Monarquía de la Restauración, y propició la llegada de una dictadura militar en septiembre de 1923. No es un balance menor para un país como España que, tras la pérdida de sus últimas colonias en 1898, inició una etapa de «recogimiento» y se mantuvo casi al margen de la gran expansión imperialista de las mayores potencias europeas, sin que ni los políticos ni la opinión pública participaran del entusiasmo y la exaltación patriótica perceptible en otros países. Tampoco percibieron de antemano el estallido de acontecimientos como la Semana Trágica de Barcelona en 1909 o el Desastre de Annual en el verano de 1921. La primera desembocó en una crisis del llamado «turno pacífico» de los partidos dinásticos y en su creciente división interna. El segundo acabó estrangulando la posible evolución de aquella monarquía. No fue solo Marruecos, por supuesto. Fue la manera en que Marruecos afectó a los delicados equilibrios entre los partidos políticos, cada vez más numerosos y fragmentados; y a la armonía entre poderes: el rey, el Gobierno y el Parlamento, así como entre el poder civil y el poder militar.

En 1917, el régimen consiguió encajar la severa crisis ocurrida en plena Gran Guerra, pero las voces que demandaban una democratización de la monarquía siguieron ahí y las enormes dificultades de la posguerra mundial se colaron también en España: el desafío autonomista catalán, la depresión económica y la violenta conflictividad social que la acompañó. El sistema de partidos se había hecho mucho más complejo, la movilización política era mucho mayor y las elecciones no arrojaban mayorías capaces de dar estabilidad a los gobiernos. El Desastre de Annual conmocionó a los partidos y a la opinión pública, pero fue la exigencia de responsabilidades la que puso

a prueba las costuras del sistema: la voluntad constitucional de un rey, Alfonso XIII, alarmado por las caídas de las Coronas en el continente; la de los militares, divididos en *junteros* y *africanistas* y empeñados en no ser los únicos en pagar por lo ocurrido; y las de los partidos políticos: liberales y conservadores inmersos en el intento de reconstruir el turno de las dos grandes fuerzas: regionalistas y republicanos moderados, dispuestos a incorporarse al sistema si se percibían cambios, con los socialistas volcados en forzar el derrumbamiento del régimen.

El resultado fue un golpe militar, aceptado y encarrilado por el rey. El general Primo de Rivera terminó con el problema marroquí gracias a su exitoso desembarco en la bahía de Alhucemas, lo que le llevó a acariciar la idea de consolidar la dictadura. Su fracaso arrastró en su caída finalmente al mismo Alfonso XIII. A explicar todo esto van dedicadas las siguientes páginas.

1909: LA SEMANA TRÁGICA

En el verano de 1909 presidía el Gobierno el jefe del Partido Conservador, Antonio Maura. Llevaba casi dos años en el poder tratando de llevar a cabo su «revolución desde arriba» cuando tuvo que responder a una serie de ataques rifeños a las explotaciones mineras españolas en el norte de África y al tendido del ferrocarril que las conectaba con Melilla. Murieron seis trabajadores. Para garantizar la seguridad de la plaza, el Gobierno decidió iniciar una operación de limpieza. El 10 de julio, el ministro de la Guerra, el general Linares, que había sido capitán general de Cataluña, decidió embarcar para África la Brigada Mixta de aquella región; unos días más tarde, embarcó el Batallón de Cazadores de Barcelona, después el de Mérida, el de Alba de Tormes y el de Estella. El 18 debía embarcar, de nuevo en Barcelona, el Batallón de Cazadores de Reus, compuesto íntegramente por catalanes. Lo hizo, pero no sin incidentes. El gobernador civil, Ángel Ossorio, había advertido al ministro de la Gobernación, Juan de la Cierva, de la aglomeración de gente en los muelles, de los lamentos y desesperación de las madres y mujeres de quienes embarcaban y también de la presencia de grupos «radicales» que coreaban a gritos: «Muera la policía», «Muera Maura», «Muera Romanones», «Muera la guerra». El Gobierno no había hecho ninguna declaración acerca de los objetivos nacionales en Marruecos. Parecía convencido de que unas operaciones que tenían un mero carácter policial serían comprendidas y acatadas[2].



Imagen de la Semana Trágica de Barcelona durante el verano de 1909, en la que la ciudad se convirtió en la «ciudad quemada». El detonante fue la movilización que hizo el Gobierno español por Real Decreto el mismo julio de 1909 para enviar tropas a Melilla, donde había estallado el conflicto el día 9 de julio. Enrique Castellà. Dominio público.

La Ciudad Condal era escenario de una movilización que había arrancado con el cambio de siglo por la confluencia de nuevas fuerzas políticas y organizaciones obreras muy activas. Los regionalistas de la Lliga habían propiciado la formación de Solidaritat Catalana, a raíz de la aprobación de la ley de Represión de crímenes contra la Patria y el Ejército, más conocida como «la ley de jurisdicciones». Esta llegó tras el asalto de algunos militares a la sede de la revista satírica *¡Cu-Cut!*, después de que, en su portada, los ridiculizara por sus derrotas. Tras mucha polémica, la ley sometió a tribunales militares las ofensas al Ejército y provocó importantes disensiones en el seno del Partido Liberal, entonces en el poder presidido por Segismundo Moret. Solidaritat Catalana había tenido un gran éxito electoral en 1907, aunque pronto comenzó a traslucir sus diferencias internas. No se sumaron a ella los republicanos seguidores del carismático líder populista del Partido Radical, Alejandro Lerroux, el «emperador del Paralelo». Los separaba su atención preferente a la cuestión social, combinada con el anticlericalismo y el antirregionalismo con los que trataban, con éxito, de atraer a las masas trabajadoras[3].

Por su parte, un movimiento obrero especialmente activo desde 1898 se distanciaba del anarquismo para promover un sindicalismo revolucionario, que alumbró en 1907 la creación de Solidaridad Obrera, anuncio de lo que más tarde fue la CNT (Confederación Nacional del Trabajo). Barcelona había sido testigo de explosiones de bombas y otras acciones violentas, aunque el

atentado más sonoro aquellos años fue el de Mateo Morral contra la comitiva real el día de la boda del monarca, el 31 de mayo de 1906, en plena calle Mayor. Hubo 25 muertos y 100 heridos[4].



Viñeta de Joan García Junceda para la revista *¡Cu-Cut!*, 23 de noviembre de 1905. El asalto de los militares se produjo el 25 de noviembre. Dominio público.

Por todo ello, como escribió Joaquín Romero Maura, «era demasiado pedir en la Barcelona de 1909» que las órdenes de embarque de efectivos hacia Marruecos fueran aceptadas sin más. En los muelles, activistas radicales y miembros de las organizaciones obreras gritaban contra las damas católicas que acudían a rezar por los soldados y ofrecerles rosarios, aunque sus hijos no estaban entre los embarcados. Era aquel un «impuesto de sangre», denunciaban quienes protestaban, porque el sorteo y reclutamiento de quintos permitía la redención en metálico y la sustitución a cambio del pago de una cantidad en dinero. No solo era injusto, sino también ineficaz. Los radicales de Lerroux se sumaban a la protesta y su órgano de prensa, *El Progreso*, denunciaba día tras día una guerra que solo beneficiaba, decían, a quienes tenían intereses económicos y financieros en el norte de África. Incluso protestó Solidaridat Catalana, que exigió la apertura de las Cortes, cerradas

por el Gobierno el 4 de junio, en un intento de evitar que la previsible intervención en Marruecos se mezclara con maniobras de las oposiciones.

Pese a la efervescencia en el ambiente, el Gobierno no esperaba lo que vino. Solidaridad Obrera, integrada por socialistas y anarquistas, llamó a la huelga el 26 de julio, casi coincidiendo con la matanza del barranco del Lobo en Marruecos, en la que murieron más de 150 jefes y oficiales y más de 130 hombres de tropa; los heridos se contaron por centenares. El gobernador civil en Barcelona, Ángel Ossorio, tuvo que ceder el mando a la autoridad militar y dimitió. La huelga se extendió y se convirtió en general. La ciudad se quedó sin luz ni agua, las iglesias ardieron, las fábricas no y los burgueses se recluyeron en sus casas. Las masas obreras se adueñaron de la calle ante un escaso despliegue de fuerzas del orden. No había una clara intencionalidad política más allá de cierto sentimiento republicano, aunque no unánime, una protesta cerrada contra la guerra, una explosión de fraternidad con los soldados y un objetivo: la quema de iglesias y conventos. Duró cuatro días. El resultado, más de un centenar de civiles muertos y casi 300 heridos; 2 guardias civiles muertos y 49 heridos; 5 militares muertos y 48 heridos. Se había hecho huelga fuera de la ciudad, en las zonas industriales. Habían ardido 21 de las 58 iglesias y 30 de los 75 conventos, mientras las muchedumbres miraban con imparcialidad. La explosión anticlerical, que marcó aquella tragedia, recibió luego algunas explicaciones: que si había sido instigada por los lerrouxistas, que si las iglesias eran un símbolo del capitalismo y también del oscurantismo educativo, denunciado, entre otros, por Francisco Ferrer y su Escuela Moderna[5].

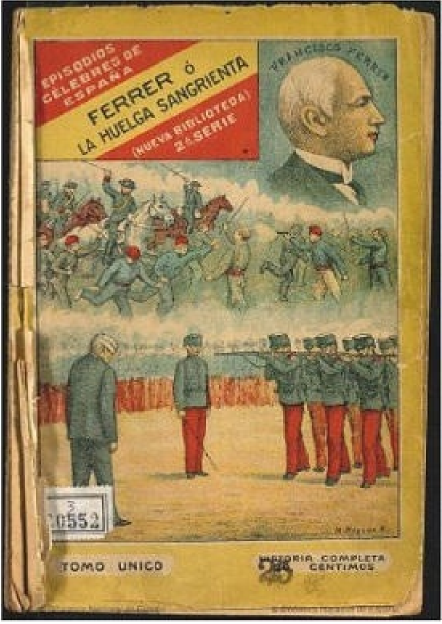

Soldados en un momento de descanso en el Mercat de Sant Antoni durante la Semana Trágica de Barcelona del verano de 1909. Frederic Ballell. Arxiu Fotogràfic de Barcelona.

El estado de guerra declarado el 26 de julio no se levantó hasta el 17 de agosto; las garantías constitucionales, suspendidas también, no se restablecieron hasta el 17 de octubre. Los centros obreros se cerraron, los periódicos radicales, nacionalistas y anarquistas fueron suspendidos, las escuelas laicas se clausuraron. De los 1700 detenidos, casi 1000 fueron a la cárcel, la mayoría de ellos acusados de saqueo, un número más reducido de participar en la quema de conventos y unos pocos de rebelión militar. En diciembre, la mayoría de las causas había pasado a los tribunales civiles. Los tribunales militares condenaron a muerte a cuatro individuos, que fueron ejecutados entre el 17 de agosto y el 4 de octubre. Ninguno de ellos era demasiado conocido. Para algunos políticos conservadores, había conexiones internacionales. El ministro de la Gobernación, Juan de la Cierva, sostenía que era un movimiento separatista catalán. Para la policía y el exgobernador, Ángel Ossorio, los instigadores de la rebelión habían sido el movimiento anarquista, el Partit Republicà Nacionalista Català, y, sobre todo, el Partido Radical de Alejandro Lerroux. Pero no hubo pruebas contra los dirigentes de este. En marzo de 1910, tres de los cuatro líderes radicales detenidos fueron exonerados; el cuarto fue condenado a cadena perpetua. Tal exoneración fue consecuencia también de su disposición a atestiguar que el responsable había sido Francisco Ferrer.

Ferrer era un individuo muy conocido por sus conexiones con las organizaciones obreras anarquistas y los radicales, así como por sus contactos

en el exterior, que le habían convertido en adalid de los movimientos librepensadores que plasmó en su proyecto educativo. Había estado detenido en 1906 por su supuesta implicación en el atentado de Mateo Morral contra el rey Alfonso XIII, pero fue liberado. Fue detenido de nuevo tras los acontecimientos de la Semana Trágica, el 31 de agosto de 1909, cuando intentaba dirigirse a Francia. El 12 de octubre se supo que había sido condenado a muerte. Se le consideró culpable de haber influido decisivamente para que el Partido Radical interviniera en la rebelión, a través de sus «subordinados» en Solidaridad Obrera, y de haber instigado a «elementos genuinamente anarquistas» a la quema de conventos. Al día siguiente, el 13, fue fusilado en el castillo de Montjuïc.

Dos días más tarde, el 15 de octubre, se abrieron las Cortes. Maura acudió al Congreso, pero el debate parlamentario no se centró en los acontecimientos de Barcelona y sus posibles causas. De hecho, la decisión del ejecutivo de Maura de emprender una campaña militar para recuperar el Gurugú y fortificar la zona tras el drama del barranco del Lobo contó con el apoyo de los liberales y de la opinión pública, enfrentada por primera vez a las implicaciones de la presencia de España en Marruecos. No fue nada de eso lo que esgrimió el líder de los liberales, Segismundo Moret, en su crítica al Gobierno, sino lo que denunció como una represión desmedida, que había provocado en muchas ciudades europeas multitudinarias manifestaciones en protesta por la condena y muerte de Francisco Ferrer. Fue la campaña internacional en lo que se apoyó Moret para pedir al rey que interviniera y ejerciera su regia prerrogativa para dar paso a un gobierno liberal. Mientras las calles se llenaban del grito «Maura, no», *El Imparcial*, uno de los periódicos del llamado *trust* de la prensa, publicó el 21 de octubre un artículo titulado: «¿Pueden ser monárquicos los liberales?». Las dudas expresadas por el principal partido de la oposición llevaron a Alfonso XIII a cesar a Maura y nombrar a Moret presidente del Gobierno, mientras Maura declaraba su «implacable hostilidad» al nuevo gabinete. Aquella decisión, fruto indirecto de los acontecimientos ocurridos en Marruecos, provocó una crisis política que iba a desembocar en la ruptura del turno pacífico de los dos grandes partidos, conservadores y liberales, y, a la postre, en la fragmentación interna de cada uno de ellos[6].

Izquierda: El pedagogo anarquista Francisco Ferrer, fundador de la Escuela Moderna, es detenido y conducido por la Guardia Civil a Montjuïc, donde fue fusilado el 13 de octubre de 1909 después de que un tribunal militar, sin pruebas, lo declara culpable de haber sido el instigador principal de las revueltas vinculadas a la Semana Trágica de Barcelona. Dominio público. Derecha: Portada de Ferrer o la huelga sangrienta, incluida en la publicación semanal *Episodios célebres de España*, ca. 1910. La portada muestra un retrato de Francisco Ferrer, un dibujo de los enfrentamientos durante la Semana Trágica y, abajo, otro del fusilamiento de Ferrer. Dominio público.

LA PRERROGATIVA REGIA Y LA CRISIS DEL TURNO

Aquella llamada monarquía de la Restauración cumplía en 1909 casi treinta años y muchas cosas habían cambiado en el país. Había sido el régimen político más estable después de un siglo XIX salpicado de guerras civiles, pronunciamientos militares y Constituciones. La de 1876 fue fruto de un compromiso, hasta entonces imposible, entre las dos corrientes políticas principales del siglo XIX, moderados y progresistas, que ahora se denominaban conservadores y liberales. Del moderantismo, la Constitución tomó la soberanía compartida de las Cortes con el rey y su papel moderador, fundamental para arbitrar un turno pacífico en el gobierno de ambas fuerzas políticas mediante el ejercicio de su prerrogativa regia, y evitar así la función arbitral que, hasta entonces, habían desempeñado los militares. Del progresismo, la Constitución incorporó una declaración de derechos y libertades, que se debían ir desarrollando mediante la aprobación de las leyes pertinentes. La última de ellas, en 1890 con un ejecutivo liberal, fue la del sufragio universal.

La monarquía española era constitucional, con una política de notables sostenida en el clientelismo y en una escasa movilización política. Si la soberanía compartida de las Cortes con el rey no era una excepción en la Europa de las últimas décadas del siglo XIX —no hay más que pensar en la monarquía italiana, o en los imperios alemán o austrohúngaro—, ni tampoco lo era el clientelismo político, sí era peculiar el compromiso de turno pacífico de los dos grandes partidos, que se basaba en la concesión por el rey al gobierno entrante del decreto de disolución de las Cortes y la convocatoria de nuevas elecciones. La intervención del monarca, en calidad de moderador e intérprete del estado de opinión en el país, se limitaba a dar paso al otro partido cuando concluía que el Gobierno había «agotado» su capacidad de actuación. La neutralidad del ejercicio de la prerrogativa real quedaba garantizada siempre que hubiera jefaturas firmes e indiscutidas en los partidos dinásticos. Las elecciones, negociadas previamente entre conservadores y liberales mediante lo que se conocía como «encasillado», arrojaban una mayoría suficiente al partido en el poder, pero, eso sí, con respeto tanto hacia el legado de la actuación del ejecutivo saliente como a la importante presencia en el Parlamento del principal partido de la oposición, así como hacia la representación de otras fuerzas menores, como los católicos integristas o los republicanos[7].

El tránsito de siglo conmocionó aquellos equilibrios. Desaparecieron los dos líderes tradicionales de conservadores y liberales, Antonio Cánovas del Castillo y Práxedes Mateo Sagasta, y la pérdida de las últimas colonias en 1898 desencadenó una sacudida *regeneracionista* que, en boca de Joaquín Costa, sentenció aquel sistema y lo caracterizó como un régimen de «oligarquía y caciquismo». A ello se sumó la llegada al trono de un joven monarca, Alfonso XIII, que mostró desde muy pronto su voluntad de no ser una mera pieza inerte, sino de contribuir a aquella necesaria *regeneración*, aunque proclamando su respeto al orden constitucional. Entre 1902 y 1907 se sucedieron gobiernos muy breves de ambos partidos dinásticos, envueltos en la lucha por afianzar nuevos liderazgos, que dieron lugar a lo que se llamó «crisis orientales», en referencia a la intervención del rey desde el palacio de Oriente. La llegada de Antonio Maura a la jefatura del partido conservador aclaró la disputa en su seno. El llamado «gobierno largo» de Maura, que se inició en 1907 con una amplia mayoría en el Parlamento, trajo consigo un programa de reformas, una «revolución desde arriba», como él la llamaba, que pretendía «descuajar el caciquismo» mediante una nueva ley electoral, que se aprobó, y una reforma de la administración local que pretendía

introducir cierta descentralización, pero que no salió adelante. Fue aquel mismo Gobierno, más en concreto su ministro de la Gobernación, Juan de la Cierva, el que trató de aprobar una ley de represión del terrorismo que despertó una fuerte oposición por parte de socialistas y republicanos, a la que sumaron, a estos últimos, los liberales para formar el llamado «bloque de izquierdas»[8].

Para cuando se produjeron los acontecimientos de la Semana Trágica, la voluntad reformadora de Antonio Maura había quedado sepultada bajo su imagen clerical, reaccionaria e incluso de «asesino». Además, su firmeza y rotundidad, sus consejos con respecto a ciertas costumbres y aficiones del monarca, no siempre bien recibidos por Alfonso XIII, y su voluntad de que el rey se atuviera a su papel constitucional —el de «moderar al poder moderador»— habían generado unas difíciles relaciones entre ambos. Cuando el liberal Segismundo Moret lanzó su dura diatriba contra la actuación represiva del Gobierno tras la Semana Trágica, y los liberales amenazaron con romper el compromiso del turno, Alfonso XIII se convirtió en protagonista de aquella crisis «delicadísima» al cesar a Maura, pese a que seguía contando con una mayoría sólida en las Cortes. Más tarde, el monarca confesó que lo decidió en veinticuatro horas, convencido de que estaba interpretando un estado de opinión, porque el ejecutivo no podía prevalecer contra media España y más de media Europa[9].



El rey Alfonso XIII (centro) acompañado por el general Fernández Silvestre (izquierda), entre otros militares. Tarjeta postal de la época.

No fue una crisis más. Los liberales encontraron su solución de recambio con el programa también *regenerador* de José Canalejas, de contenidos muy distintos al de Maura. No apuntaba a depurar las costumbres electorales, sino a reforzar el poder civil para hacer del Estado el principal agente europeizador de España y acercar sus propuestas a las de los nuevos liberales continentales, que ponían en marcha entonces políticas sociales y económicas más intervencionistas. Canalejas promovió también una política secularizadora que se centró en la llamada «ley del candado», relativa a las órdenes religiosas, que levantó mucha polvareda en el mundo católico. La ley de Servicio Militar de 1912 suprimió la redención en metálico y lo redujo a tres años, aunque mantuvo la posibilidad de que los llamados «soldados de cuota» lo redujeran unos meses más a cambio del pago de dinero. Alfonso XIII se encontró entonces cómodo como «rey de los liberales», lo que llevó a los republicanos reformistas a acariciar la posibilidad de convivir con la monarquía. Por otro lado, aquel Gobierno liberal respondió a lo que iba a ser desde entonces una obsesión del rey: la ocupación militar del norte de Marruecos, que se llevó a cabo entre 1911 y 1912, entre otros motivos para contrarrestar las aspiraciones francesas, y que desembocó en los acuerdos con Francia para implantar el Protectorado en 1912**[10]**.

Pero el 12 noviembre de 1912, José Canalejas murió a consecuencia de los disparos del anarquista Manuel Pardiñas cuando miraba el escaparate de una librería en la Puerta del Sol. Su desaparición reabrió de nuevo la pugna por la jefatura del Partido Liberal entre el conde de Romanones y Manuel García Prieto. Al tiempo, Antonio Maura insistía en su «implacable hostilidad» y se negaba al turno con los liberales mientras no se retractasen de su connivencia con los republicanos, que constituía, en su opinión, una ruptura de la legalidad. Cuando el rey nombró presidente del Gobierno al conde de Romanones en enero de 1913, Maura dimitió de la presidencia del partido y de su escaño. Pocos meses más tarde, llamados de nuevo los conservadores al poder, aunque una mayoría de sus diputados y senadores le recordaron su deber ante Dios y ante la patria, Maura se mantuvo en su negativa y el monarca acabó optando por nombrar presidente del Gobierno a Eduardo Dato. El conservadurismo se rompió entre los «idóneos» de Dato y los seguidores de Maura, los «mauristas», aunque este se negó a apadrinarlos públicamente**[11]**.

En mayo de 1914 se discutía en el Congreso la política en relación con Marruecos. Gabriel Maura Gamazo, el primogénito de Antonio Maura, llamó «canalla» al diputado republicano Soriano porque este había insultado a su

padre y aquello terminó en duelo. En los pasillos, algunos seguidores de Maura rumoreaban que el responsable máximo de lo que ocurría en Marruecos era Alfonso XIII y Soriano le había pedido a Maura que lo confirmara, a lo que este se negó. Lo cierto era que, en un tono más moderado, Maura se había manifestado en el Congreso en contra de la política de la conquista militar en Marruecos, y de cualquier empeño colonizador, y a favor de una influencia paulatina, apoyada en una buena relación con el sultán. La presencia militar, consecuencia de la dejación de los sucesivos gabinetes desde 1909, era contraproducente. Marruecos se estaba convirtiendo en otra Cuba, dijo Maura. Nadie parecía apoyar lo que se estaba haciendo en Marruecos, pero casi todos estaban detrás y nadie, salvo los socialistas, defendía el abandono total. Se hablaba de penetración pacífica, pero esta apenas se reducía a acuerdos y recompensas a los líderes y jefes de las cabilas supuestamente amigas, porque no había recursos adecuados ni suficientes para poner en pie la estructura administrativa que requería el Protectorado civil, ni tampoco para crear un Ejército colonial adecuado a las necesidades de una situación como aquella, para seguir el ejemplo francés. La ocupación militar se convirtió en necesaria, además, por las dificultades del territorio y la belicosidad de algunas cabilas, que nunca habían reconocido la autoridad del sultán y menos aún parecían aceptar la presencia española[12].

Las leyes constitutivas del Ejército de 1878 y 1889 habían hecho desaparecer de la escena política a los militares a cambio de la gestión autónoma del Ministerio de la Guerra y de un presupuesto que destinaba un porcentaje muy elevado al pago de sueldos de un contingente mal equipado y con una desproporcionada cantidad de generales y jefes. El surgimiento del regionalismo catalán con aquel asalto al *¡Cu-Cut!* y la aprobación de la ley de Jurisdicciones, así como los crecientes problemas de orden público, de cuya represión eran responsables en última instancia, contribuyeron a devolverles protagonismo. Algunos creyeron encontrar también en la aventura marroquí el espacio para resarcirse del descrédito que los acompañaba desde la pérdida de las colonias en 1898, lo que les proporcionaba motivos para defender su compromiso con el «engrandecimiento de la patria» y el mantenimiento del honor nacional. En ese empeño encontraron el apoyo de Alfonso XIII, el «rey-soldado», el «primer soldado de la nación», que había manifestado sus dudas acerca de si su legitimidad derivaba de la Constitución o de «sus deberes para con España». Defensor entusiasta del colonialismo en el norte de África, había sido el primer monarca en visitar Marruecos. La Constitución le había colocado como comandante en jefe de las fuerzas armadas con derecho

a conceder grados, ascensos y recompensas, que ejerció con gusto, y no dejó de expresar su desagrado porque el estado mayor dependiera del Ministerio de la Guerra y no directamente de la Corona[13].

DE LA GUERRA A LA POSGUERRA

Aunque sin llegar a dominar el debate público más que en momentos críticos, lo cierto es que la contienda en Marruecos estuvo en el origen de un proceso de largo alcance que atañía a los equilibrios entre partidos políticos, a la relación entre el poder civil y el poder militar y a la intervención del propio rey, Alfonso XIII, en la vida política. Todo ello ya se había empezado a manifestar en 1909, pero se hizo evidente con toda crudeza en los años posteriores. El estallido de la Gran Guerra en 1914 vino a sumar dificultades. A pesar de la inmediata declaración de neutralidad, el conflicto se coló por la ventana. El debate entre «aliadófilos» y «germanófilos» inundó la escena, con la convocatoria de algunos mítines multitudinarios que traducían la oposición de quienes promovían la necesidad de una democratización de la monarquía, que acabó incluyendo una propuesta de reforma de la Constitución y la concesión de un estatuto de autonomía para Cataluña, frente a quienes se mantenían fieles a la inamovilidad del régimen. La neutralidad propició una coyuntura económica favorable para que algunos sectores acumularan grandes beneficios, mientras el incremento de las exportaciones y la inflación provocaban escasez y dificultades para las subsistencias. En el verano de 1917, el régimen se vio sacudido por una triple crisis que iniciaron los jefes y oficiales militares mediante la creación de las llamadas Juntas de Defensa, cuyo origen estuvo en la reacción ante las reformas anunciadas tanto por conservadores como por liberales, que perseguían, entre otros objetivos, la reducción del número excesivo de oficiales en el Ejército español. Las Juntas, con un lenguaje supuestamente *regeneracionista* y un marcado carácter corporativo, defendían la mejora de sus sueldos y el ascenso por escala cerrada, en contraposición a los méritos de guerra de que disfrutaban los militares en Marruecos. La división del Ejército entre *juntistas/junteros* y *africanistas*, y el desafío al poder civil que suponía la irrupción de las Juntas, iba a convertirse en uno de los focos permanentes de conflicto a partir de aquel momento[14].

A la definitiva irrupción de los militares en la escena pública le siguió en aquel verano de 1917 el movimiento encabezado por los regionalistas catalanes, que, encabezado por Francesc Cambó, venía bloqueando el

funcionamiento del Parlamento en apoyo de su reivindicación de un estatuto de autonomía para Cataluña. Ante el largo cierre de las Cortes, optaron por convocar una Asamblea de Parlamentarios en Barcelona, a la que acudieron, junto con los diputados regionalistas, algunos republicanos y socialistas y que fue disuelta de manera pacífica. La Asamblea de Parlamentarios dejó en herencia, además de la reivindicación autonómica, una propuesta de reforma constitucional que pretendía democratizar la monarquía. El tercer episodio de aquella crisis lo protagonizaron los dos sindicatos mayoritarios, el socialista UGT (Unión General de Trabajadores) y el mencionado anarcosindicalista CNT, animados por el éxito que habían cosechado en diciembre del año anterior con una convocatoria de huelga conjunta ante la escasez y la inflación originadas por la Gran Guerra. Decidieron repetir la llamada, esta vez para una huelga indefinida, proclamada como pacífica, pero con objetivos que iban más allá de las meras reivindicaciones sindicales, y, por ello, quisieron contar con el visto bueno de los republicanos. Además confiaban en granjearse el apoyo, o al menos la neutralidad, de los militares, guardianes en última instancia del orden público. Las disensiones entre los convocantes y la precipitación en el comienzo de la huelga desembocaron en un seguimiento corto y desigual y en una violenta confrontación con los militares que acudieron a reprimirla. Tras cinco días y casi 80 muertos, y con los miembros del comité revolucionario detenidos, la huelga terminó[15].

El Gobierno conservador que entonces presidía Eduardo Dato pudo contener el encadenamiento de aquellos graves desafíos y desbaratar la amenaza más radical. Pero, a la vez, era imposible ocultar las dificultades de la nueva situación política, caracterizada por la fragmentación de liberales y conservadores, la pugna por romper su control por parte de otras fuerzas emergentes, especialmente de regionalistas y republicanos, y, por encima de todo, la presión constante de las Juntas Militares de Defensa. El gabinete de Eduardo Dato cayó y, el 3 de noviembre, se produjo una novedad radical en el juego político tradicional al formarse un ejecutivo de coalición presidido por el liberal Manuel García Prieto, con participación de liberales de distintas tendencias, junto con dos regionalistas catalanes, un *maurista* y el conservador Juan de la Cierva. Los políticos dinásticos estaban divididos entre quienes no renunciaban a recuperar la vieja alternancia y quienes preferían algún tipo de coalición o bien gobiernos de unidad de una sola de las facciones conservadoras o liberales. Con el Gobierno de García Prieto triunfó la primera opción. Duró apenas seis meses, pero cumplió con el compromiso de convocar unas elecciones «limpias», que se celebraron en

marzo de 1918 y en las que no hubo *encasillado*. El resultado fue un Parlamento más fragmentado que nunca, un nuevo mapa político pluripartidista, resultado también de cambios profundos en los entramados caciquiles y en la «liberación» de ciertas circunscripciones, incontrolables ya por los partidos tradicionales. La época de las mayorías gubernamentales fáciles había terminado[16].

El Gobierno de García Prieto no sobrevivió a las tensiones internas y, sobre todo, a la presión de las Juntas de Defensa, que el ministro De la Cierva trató de aplacar mediante la aprobación de un decreto que establecía que cualquier ascenso se concedería por rigurosa antigüedad. El ejecutivo de coalición hizo aguas el día en que se abrieron las Cortes. Las arduas negociaciones para formar uno nuevo no se resolvieron hasta que Alfonso XIII reunió en palacio a los líderes de las distintas corrientes políticas y amenazó con abdicar si no llegaban a un acuerdo. La solución consistió en el recurso de Antonio Maura, quien, tras años de ostracismo, pareció ser el único en tener la autoridad suficiente para liderar un *Gobierno nacional* en el que se sentaron ahora los jefes de las principales facciones dinásticas y del regionalismo catalán. Fue recibido con gran alivio y esperanzas en la opinión pública, aunque Maura, en sus notas privadas, lamentase que le habían tenido «clavado» durante casi diez años y ahora le requisaban para presidirlos a todos[17].

Había que atender a la concesión de amnistía para los participantes en la huelga de agosto, reclamada por republicanos y socialistas. Finalmente fue aprobada, lo que permitió a la minoría socialista elevar su número hasta los siete diputados, aunque escaso en comparación con sus colegas europeos. Era necesario asimismo afrontar la reforma del reglamento del Congreso de los Diputados para adecuarlo a la creciente complejidad de los asuntos y evitar el bloqueo que había sufrido en años anteriores. El reglamento se aprobó y se introdujo la «guillotina» para facilitar la aprobación de los proyectos de ley. Asimismo, debía convertirse en ley el decreto de reforma del Ejército, lo que suscitó un largo debate en el Congreso y no hizo sino sembrar el malestar entre los militares africanistas, agudizar las divisiones entre la oficialidad y la cúpula de mando y, por último, promover el resurgir de las Juntas de Defensa. Cumplidos parte de sus objetivos, no se pudo evitar que las disensiones entre algunos ministros, sobre todo entre Santiago Alba y Francesc Cambó, impidieran la aprobación de unos nuevos presupuestos, los cuales venían prorrogándose desde años atrás. No pudo resolverse la grave situación de la hacienda pública, al borde de la quiebra, en gran medida por los gastos que

ocasionaba la guerra en Marruecos. Había terminado la luna de miel de aquel *Gobierno nacional* ante las expectativas que el inminente fin de la Gran Guerra despertaba en todas las fuerzas políticas.

El *Gobierno nacional* hizo crisis cinco días antes de que terminara la contienda mundial. La pugna por el liderazgo en las filas conservadoras y liberales trajo consigo ahora gabinetes más homogéneos de las distintas facciones, primero liberales y luego, con una mayor duración, conservadoras. Los problemas se acumularon en los años de posguerra: la presión en pos de un estatuto de autonomía para Cataluña, la crisis económica y la creciente conflictividad social, la reanudación de las operaciones en Marruecos y las presiones militares pusieron a prueba a los distintos Gobiernos, de escasa duración e incapaces de constituir mayorías parlamentarias. Romanones quiso resolver el contencioso catalanista con un proyecto de estatuto de autonomía que no salió adelante y la oleada de huelgas desencadenadas por el anarcosindicalismo, que comenzó con la paralización de La Canadiense y desembocó en una huelga general en Barcelona, acabó dando al traste con el Gobierno. Le sustituyó Maura, esta vez con un gabinete de fieles *mauristas* y *ciervistas*, que convocó elecciones el 1 de junio de 1919, sin levantar la suspensión de garantías que había decretado el Gobierno liberal. Fue el primer ejecutivo de aquella monarquía que perdió unas elecciones y no pudo superar la discusión de las actas en el Congreso. El Gobierno de Sánchez de Toca, que siguió, quiso mantener una actitud negociadora en relación con la radicalización de la situación en Barcelona, sin demasiado éxito, y cayó por presiones de las Juntas de Defensa al tratar de abordar la reforma del estado mayor. Su sucesor, Manuel Allendesalazar, consiguió llegar a un acuerdo con las Juntas para convertirlas en comisiones informativas. Además, logró que se aprobaran unos presupuestos, los primeros desde 1914[18].

Le tocó el turno a Eduardo Dato que, con las Cortes cerradas, intentó aliviar la situación social mediante la creación del Ministerio de Trabajo, pero luego endureció su política y, ante la espiral de violencia y pistolerismo en Barcelona, provocada por los enfrentamientos entre el anarcosindicalismo y los llamados Sindicatos Libres, puso al frente del gobierno civil a Severiano Martínez Anido, hasta entonces gobernador militar, que desplegó una durísima represión. A Dato le costó denodados esfuerzos conseguir del rey el decreto de disolución de aquellas Cortes, porque Alfonso XIII se resistía a conceder dos veces seguidas tal decreto a los conservadores y, vistos los resultados de la anterior convocatoria, temía que se repitieran los resultados inciertos. Al final, accedió y el 19 de diciembre se convocaron las terceras

elecciones en dos años, con unos resultados más favorables para el conservadurismo *idóneo*, aunque sin lograr las cómodas mayorías de otras épocas. Las Cortes se abrieron en enero con un debate en torno a la situación en Barcelona, por la que la actuación de Martínez Anido había provocado la aplicación de la «ley de fugas» a los activistas detenidos. El 8 de marzo de 1921, Eduardo Dato fue víctima de un atentado perpetrado por sindicalistas que lo consideraban responsable de aquello y murió[19].

Tras un brevísimo Gobierno presidido por Gabino Bugallal, llegó otro conservador que presidió Manuel Allendesalazar. A finales de mayo, cuando se discutía en el Congreso un proyecto de ley de transportes, obras públicas y comunicaciones, Alfonso XIII lamentó públicamente en un viaje a Córdoba que los proyectos presentados en el Parlamento no salieran adelante, a consecuencia de la inestabilidad e incompatibilidad manifiesta entre unos ejecutivos que se sucedían unos a otros. El monarca se sentía satisfecho de no tener tales responsabilidades, que habían pasado de la Corona al Parlamento. «Algunos pensarán —añadió— que al hablar así me estoy saliendo de mis deberes constitucionales; pero yo digo que después de diez y nueve años de rey, en los que varias veces me he jugado la vida, no me han de coger en una falta constitucional»[20].

No era la primera vez que Alfonso XIII manifestaba abiertamente su desconfianza hacia sus Gobiernos y el Parlamento. Tampoco iba a ser la última. Tras la caída de las monarquías en distintos países a consecuencia de la Gran Guerra, el rey temía que sus políticos no fueran capaces de defender la suya. En el Congreso de los Diputados, el socialista Julián Besteiro se levantó indignado para protestar por unas palabras que suponían un «grave desprecio hacia el parlamento», que tenía mucha mayor dignidad que la Corona. Hubo protestas encendidas desde los escaños monárquicos, campanillazos del presidente de la Cámara y un gran escándalo. España no era ajena a las corrientes antiparlamentarias que proliferaban en muchos otros países europeos y que tenían acogida en España en sectores muy diferentes. Las transformaciones que se dejaban sentir en el sistema de partidos y en la gobernabilidad eran contempladas por muchos como el síntoma de un deterioro insalvable. La duda era si aquella situación podía desembocar en un reforzamiento del papel político del Parlamento y en una democratización de la monarquía o, por el contrario, si acabaría primando la actitud de quienes optaban por una solución de fuerza[21].

ANNUAL Y SUS RESPONSABILIDADES

Tal fue el complejo contexto en el que se produjo el Desastre de Annual. Lo que había empezado a principios de 1921 como una campaña militar para conseguir la pacificación del Rif desembocó en una tragedia, con más de 13 000 muertos y la pérdida de los avances logrados en la anterior campaña, la de 1912-1913. El general Dámaso Berenguer, que era alto comisario en Marruecos, tuvo que hacer frente a los problemas en la parte occidental del Protectorado, por las complejas negociaciones con el Raisuni; y en la oriental, por la belicosidad de las cabilas y la estrella en ascenso, Abd el-Krim. La llegada a la Comandancia General de Melilla del general Fernández Silvestre, tras pasar unos años en el Cuarto Militar del rey, resultó ser una pieza decisiva en la campaña.

Presidía el Gobierno el conservador Manuel Allendesalazar y el ministro de la Guerra era Luis de Marichalar, vizconde de Eza. Al llegar las primeras noticias de lo que estaba ocurriendo, el rey suspendió sus vacaciones y volvió a Madrid, donde se celebró un Consejo de Ministros el 23 de julio. Apenas hubo reacciones ante el embarque de tropas y el ministro de la Gobernación aplicó la censura de prensa en las noticias que llegaban del norte de África. La necesidad de defender Melilla a toda costa dificultaba el envío de columnas en auxilio de Monte Arruit, que resistió hasta que el 9 de agosto se rindió y se representó la última escena de la tragedia. A los miles de muertos se añadieron los más de 20 000 rifles y 200 cañones perdidos, así como los prisioneros que quedaron en manos de Abd el-Krim.

El 11 de agosto dimitió Allendesalazar y, tras largas consultas para la formación de un nuevo gabinete, el rey recurrió de nuevo a Antonio Maura. No fue un Gobierno como el de 1918, porque no figuraban en él los líderes de las distintas facciones, aunque contó con el apoyo de conservadores y liberales, además de los regionalistas catalanes. Maura colocó en los puestos clave a personas de su confianza, como Juan de la Cierva en el Ministerio de la Guerra; a independientes, como el liberal Manuel González Hontoria en el de Estado; o el conde de Coello, coronel del alto estado mayor, en Gobernación. También estaba el líder de la Lliga Regionalista, Francesc Cambó, en Hacienda, que llegó cargado de importantes reformas, como la de ordenación bancaria o la del sistema impositivo. La presentación del ejecutivo el 14 de agosto tuvo la aquiescencia de los reformistas de Melquíades Álvarez y, entre los republicanos, de Alejandro Lerroux; los socialistas guardaron silencio. Ningún Gobierno había contado nunca con tanto apoyo, se dijo[22].

El presidente del Gobierno había celebrado reuniones periódicas con los líderes políticos, incluso con Lerroux, una visita que fue muy comentada por

la prensa. Conocía, pues, las opiniones de todos ellos cuando en el Congreso se abrió un extenso debate acerca de lo ocurrido en el norte de África, que se prolongó en sesiones larguísimas hasta finales de noviembre, mientras se desarrollaba una nueva campaña militar en el Protectorado para recuperar las posiciones perdidas y asegurar las plazas de soberanía, en especial Melilla. El alto comisario obtuvo toda la ayuda que pidió y el ministro de la Guerra viajó hasta Marruecos para aconsejar que solo se acometieran los avances para los que hubiera seguridad. Los embarques de tropas estuvieron acompañados en muchas ocasiones de cantos patrióticos y suscripciones populares.

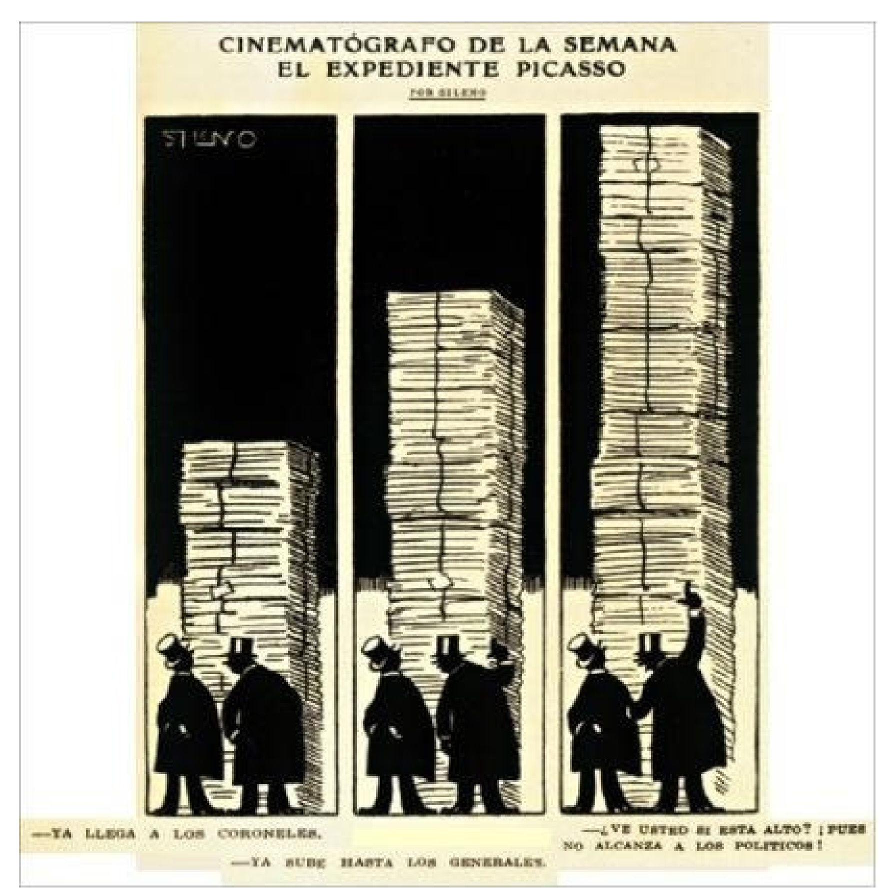
Nada más producirse el Desastre de Annual, el Gobierno de Allendesalazar había nombrado juez instructor al general Picasso, primero de los generales de brigada de su escalafón, miembro del Consejo Supremo de Guerra y Marina y delegado español en la comisión consultiva permanente de la Sociedad de Naciones, para que elaborara un informe de carácter gubernativo en torno a lo ocurrido en Marruecos. Picasso se trasladó de inmediato a Marruecos y comenzó una investigación que se prolongó durante varios meses. El informe no debía referirse a acuerdos, planes o disposiciones del alto mando, sino a hechos acometidos por jefes, oficiales y tropa en las operaciones de evacuación. No alcanzaba al alto comisario, como se aclaró en una Real Orden. Se abrían dos vías en la tramitación judicial: la de las faltas o delitos que debían ser juzgados de manera inmediata por los tribunales ordinarios militares de Melilla; y la información del general Picasso.



El alto comisario Dámaso Berenguer, rodeado de varias personas, contempla un cadáver encontrado con las manos atadas a la espalda tras los sucesos de Monte Arruit en 1921. Serie de tarjetas postales de Postal-Expres.

Las Cortes estaban cerradas desde el mes de junio y, aunque se alzaron voces que aconsejaron esperar, Maura decidió abrirlas el 10 de octubre. No hubo grandes sorpresas en las opiniones durante el debate parlamentario. Los socialistas abogaron por el abandono de Marruecos y achacaron el Desastre a la agonía del régimen, sin ahorrar implicaciones del rey en la tragedia. Los republicanos mantuvieron su división entre quienes defendían la retirada y Alejandro Lerroux, crítico con la monarquía, pero partidario de la colonización como muestra de la vitalidad nacional. Los regionalistas catalanes querían que se acabara la campaña y que se presentase un plan para el Protectorado. Los distintos líderes liberales y conservadores reservaron su postura en espera del *Expediente Picasso*. También hubo debate en el Senado, donde el general Miguel Primo de Rivera, capitán general de Madrid, abogó por la retirada y la negociación con Inglaterra de un intercambio por Gibraltar. Le costó el puesto. El vizconde de Eza, ministro de la Guerra cuando el Desastre, acudió a defenderse a ambas cámaras sin ahorrar la atribución de responsabilidades a los mandos militares en Melilla y al alto comisario.

El 4 de noviembre, el ministro González Hontoria presentó su plan de implantación del Protectorado, que el Gobierno suscribió. Tres días más tarde, Maura recibió de nuevo en su domicilio a algunos líderes liberales, así como a Melquíades Álvarez. Durante una hora, el presidente del Gobierno expuso la situación en Marruecos y afirmó que el concurso del Parlamento era obligado, que no habría grandes operaciones de fondo y que las Cortes funcionarían sin interrupción. En ausencia de Romanones, que tuvo que ausentarse, el resto de los presentes ratificó su apoyo al ejecutivo. Al día siguiente, Maura recibió de nuevo a Lerroux, así como a otros dos líderes liberales que quedaban. A mediados de noviembre, los liberales trataron de presentar una postura común, defendida por el conde de Romanones, que abogó por un protectorado civil y una penetración lenta de acuerdo con Francia, así como la creación de una comisión parlamentaria de responsabilidades. Cuando se dio cuenta de que aquello podía derribar al Gobierno, le quitó carga política, para disgusto del ala más izquierdista de su partido, encabezada por Santiago Alba. Maura afirmó: «Cuando estemos donde estábamos, y cuando los rifeños estén castigados y escarmentados, entonces será ocasión de hablar de modelos de protectorado»[23].



Caricatura acerca del *Expediente Picasso*. Es obra de Sileno, publicada en la revista *Blanco y Negro* en octubre de 1922. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

Algunos consideraron que aquellos debates parlamentarios no tenían sentido, dadas las conversaciones privadas en el domicilio de Maura, y que no hacían sino contribuir al desprestigio de la institución. Pero lo cierto fue que las cámaras se convirtieron en escenario privilegiado del debate político. Gracias a ello, y a la prensa, la opinión pública pudo conocer las fracturas que se estaban produciendo, no ya en el seno del Gobierno y de las fuerzas políticas, sino también en las filas del Ejército. El ejecutivo mantuvo sus apoyos hasta que terminó la campaña de recuperación de territorios en Marruecos, pero quedaban pendientes dos cuestiones muy delicadas: el rescate de los prisioneros en manos de Abd el-Krim, que estaba provocando movimientos de solidaridad y apoyo social, con mítines y manifestaciones en distintos puntos del país; y la atribución de responsabilidades por el Desastre, sobre todo desde el regreso del general Picasso tras seis meses de investigación acerca de lo ocurrido[24].

En enero, Maura presentó su dimisión cuando el rey se negó a firmar un decreto que integraba las Juntas Militares en el Ministerio de la Guerra, aunque la retiró después de que Alfonso XIII cambiara de parecer. Para ello,

fue necesario que conservadores y liberales, por primera vez, se pusieran de acuerdo para mantenerse firmes ante la Corona. Las Juntas Militares habían conseguido derribar tres Gobiernos y mantenían su empeño en convertir en obligatoria la afiliación de todos los oficiales, así como en bloquear los ascensos por méritos de guerra. No ayudaban las discrepancias entre las fuerzas políticas en cuanto a qué hacer con Marruecos, una vez finalizada la campaña militar. Algunos ministros, como Juan de la Cierva, eran partidarios de continuarla; otros, como González Hontoria y el propio Maura, se inclinaban por fomentar la acción política, mientras otros, como Cambó, defendían la retirada. Maura veía peligrar los apoyos a la obra de «rehabilitación nacional» que había emprendido, con medidas de calado propuestas por el ministro de Hacienda, Cambó, que levantaron la protesta de los intereses afectados y que tampoco eran fácilmente compatibles con el gasto de la política marroquí. El bloqueo parlamentario puso en evidencia la carencia de apoyos del Gobierno, aunque el desencadenante de la crisis final fue la exigencia de los liberales, junto con republicanos y socialistas, de que se restituyeran las garantías constitucionales, suspendidas desde 1919. Maura alegó que nadie podía gobernar en España sin las garantías suspendidas, dada la explosiva situación en Barcelona. Los ministros liberales plantearon su dimisión y Maura anunció la de todo el Gobierno. No volvió a presidir ninguno[25].

El 7 de marzo le sucedió José Sánchez Guerra, consolidado ya como líder del Partido Conservador. Traía consigo compromisos firmes. El primero, el restablecimiento de las garantías constitucionales, que provocó la dimisión de sus ministros *mauristas*, *ciervistas* y regionalistas. Después, poner fin al mandato de Martínez Anido en Barcelona, que consiguió que el rey firmara, no sin que este le preguntara si lo había pensado bien. Sánchez Guerra también estaba decidido a poner coto a la presión de las Juntas. Decidió llevar al Congreso una propuesta de ascenso por méritos de guerra, aunque para que saliera adelante tuvo que retirar de la lista al general Dámaso Berenguer y a Emilio Barrera, comandante general en Larache durante el Desastre de Annual. Poco más tarde, en el mes de junio, fue el propio rey, en un acto de homenaje en Las Planas, en Barcelona, quien esta vez llamó a la disciplina interna del Ejército frente a la acción «discordante» de las Juntas, sin escatimar elogios a los militares, pero recordándoles su juramento de lealtad al rey, el cumplimiento de las leyes y de la Constitución. Aquellas palabras de Alfonso XIII, tan opuestas a las pronunciadas en Córdoba, fueron recibidas con entusiasmo y el monarca fue aclamado al volver a Madrid con el grito de:

«¡Viva el rey valiente!». Pese a ello, en las Cortes, algunos republicanos criticaron su iniciativa, ya que, como monarca constitucional, no le correspondía. El presidente Sánchez Guerra, tras resolver una complicada huelga de los funcionarios de Correos, con el Congreso de los Diputados atestado de público, anunció el 14 de noviembre el proyecto de ley que disolvía las Juntas. El poder civil pareció sobreponerse al poder militar[26].

Para entonces, el *Expediente Picasso* había pasado al Consejo Supremo de Guerra y Marina, presidido por el general Francisco Aguilera, que se mostraba dispuesto a actuar con dureza: amplió hasta 70 los 37 militares que Picasso había señalado para su procesamiento. Entre ellos figuraba Dámaso Berenguer, cuya dimisión fue finalmente aceptada por Sánchez Guerra. El relevo de Berenguer permitió al presidente del Gobierno, que había asumido personalmente la cartera de Guerra, una renovación de cargos militares. Para el Alto Comisariado nombró al general Ricardo Burguete y asignó la supervisión del Protectorado civil en Marruecos al Ministerio de Estado, otro paso más en el proceso de afirmación del poder civil. Además, Sánchez Guerra llevó el *Expediente Picasso* al Congreso de los Diputados, como venían reclamando desde hacía meses republicanos y socialistas. Se formó allí una comisión de 21 miembros, con 11 conservadores, 7 liberales, un representante de los regionalistas, otro de los republicanos (Lerroux, que no asistió ni firmó) y un tercero de los socialistas. Como era de esperar, el voto particular de Indalecio Prieto responsabilizó del Desastre de Annual a todos los ejecutivos desde 1909 y exigía el procesamiento de los generales Berenguer y Felipe Navarro, todavía prisionero de Abd el-Krim, así como la acusación de prevaricación ante el Senado de los Gobiernos de Allendesalazar y Maura. Los liberales reclamaron un voto de censura contra el gabinete de Allendesalazar y los conservadores, por su parte, defendieron que las responsabilidades eran exclusivamente militares y que ya las estaba juzgando el Consejo Supremo de Guerra y Marina.

Contra las previsiones del presidente del Gobierno, el debate parlamentario se descontroló. La intervención de Indalecio Prieto, que había viajado a Marruecos y visto el horror de las víctimas, elevó la tensión, pero no se quedó corto el conde de Romanones, que había perdido a uno de sus hijos en el combate. Los liberales creían llegada la hora del relevo político. Habían cerrado filas liderados por García Prieto y habían pergeñado un programa de gobierno que, entre otros compromisos, incluía la «civilización» del Protectorado. Incluso abandonaron el hemiciclo cuando se votó el texto de Indalecio Prieto, que solo tuvo en contra a los conservadores. El presidente

del Gobierno exigió que los liberales ejercieran su acusación por los cauces constitucionales, es decir, de manera formal y ante el Senado, una propuesta a la que se sumó Antonio Maura. Los liberales insistieron en la reprobación por parte del Congreso. Todo se complicó cuando Francesc Cambó formalizó la acusación contra Allendesalazar y sus ministros de Guerra y de Estado, ambos en activo en aquel momento. Dimitieron en el acto y el propio Sánchez Guerra presentó la dimisión del Gobierno al completo. Solo la insistencia del rey le llevó a retirarla y a presentar un gabinete remodelado, que llevó al Congreso el 5 de diciembre. Aquella fue una de las sesiones más broncas de la historia parlamentaria, porque cuando Sánchez Guerra sometió a la confianza de la Cámara la continuidad del entonces presidente, Gabino Bugallal, que también había sido ministro con Allendesalazar, ligó esa confianza a la del propio ejecutivo. Los liberales anunciaron su voto en contra, lo mismo que los regionalistas y los socialistas. La durísima intervención de De la Cierva, sobre todo contra Cambó, desencadenó un escándalo de gritos y amenazas, en medio del cual Sánchez Guerra, enfermo y con fiebre, pretendió que se votara la moción de confianza. No lo consiguió e, intentando hacerse oír en medio del griterío, dijo que la sesión no podía continuar porque ya no había Gobierno. Se iba a palacio para presentar su dimisión, esta vez irrevocable[27].


LA HORA

LA HORA PARLAMENTARIA

Lea usted LA HORA todos los domingos

Recorte de prensa del semanario *La Hora* del 30 de octubre de 1921 que reproduce el discurso de Indalecio Prieto en el Parlamento acerca de los sucesos de Monte Arruit. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

EL GOLPE

El sistema político de la monarquía había pasado por situaciones graves desde 1917. El balance que hicieron muchos contemporáneos, y también muchos historiadores más tarde, fue muy negativo. El régimen parecía abocado a una crisis definitiva. Pero los momentos más difíciles se habían vencido, los dos grandes partidos habían conseguido despejar sus divisiones internas y habían irrumpido en escena nuevas fuerzas políticas que, en el caso de los regionalistas catalanes y los republicanos reformistas, habían entrado en los ejecutivos; incluso los socialistas habían superado su bloqueo de tantos años y su minoría era un elemento muy activo en el Parlamento, por mucho que sus intervenciones apuntaran siempre a derribar al régimen. El espectro político se había ensanchado. Con todas las dificultades, suspensiones de sesiones y cierres, el Congreso de los Diputados se había convertido en el escenario de la vida política y, ante los vientos de ruptura que soplaban en otros países europeos, comenzando por Italia, algunos de los principales políticos monárquicos, desde Maura y Sánchez Guerra, a Romanones y García Prieto, habían hecho alarde de la defensa del régimen constitucional y parlamentario[28].

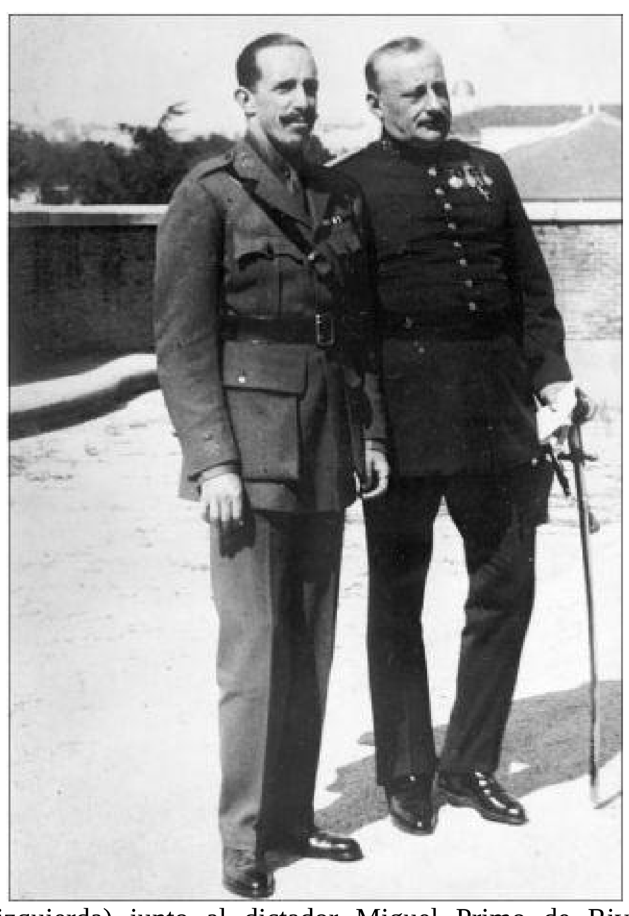
El 7 de diciembre de 1922 tomó posesión de gobierno una coalición de liberales presidida por Manuel García Prieto, que incorporó a los republicanos reformistas. Llevaban tiempo haciendo campaña por todo el país, anunciando una democratización de la monarquía que, sin plantear la reforma de la Constitución, pretendía establecer la libertad religiosa, reformar el Senado y evitar la actuación gubernamental discrecional en la suspensión de garantías constitucionales, aunque sin poner en cuestión la prerrogativa real de nombrar y destituir gobiernos. Alfonso XIII había sido reacio a la llegada al poder de los liberales. Incluso había dicho que cuando el príncipe de Asturias alcanzara la mayoría de edad en el mes de mayo, él se sometería a plebiscito popular y, si recibía el apoyo necesario, ejercería el poder personalmente; en caso de perderlo, estaba dispuesto a abdicar la Corona en su hijo[29].

El Gobierno liberal estuvo sujeto a tensiones, que echaron por tierra el compromiso con respecto a la libertad religiosa y provocaron la dimisión de Pedregal, el ministro reformista. Aunque, de nuevo, Marruecos y la relación entre el poder civil y el poder militar, con Alfonso XIII de árbitro, iban a convertirse en el principal obstáculo que salvar. El Gobierno se había comprometido con una política civilista en el Protectorado, asumida por el

ministro de Estado, Santiago Alba. En enero de 1923 fue nombrado alto comisario un civil, el exministro de Hacienda Miguel Villanueva, que, por razones de enfermedad, no pudo tomar posesión y fue sustituido por el también exministro Luis Silvela, poco conocedor del tema. Las negociaciones con Abd el-Krim para la liberación de los prisioneros culminaron con éxito, aunque no sin que los militares lo consideraran un ultraje que se hubiera pagado por ello. El artífice había sido el ministro Santiago Alba, opuesto a cualquier expedición de castigo, como reclamaban los militares africanistas. Eran evidentes las discrepancias entre quienes pretendían avanzar hacia la conquista de la bahía de Alhucemas, que contaban con el visto bueno del rey, y quienes, como el ministro de Estado, lo consideraban una locura y defendían la necesidad de consolidar posiciones. Tal desencuentro salpicó al propio Gobierno, en el que el ministro de la Guerra, Niceto Alcalá Zamora, se sintió ninguneado por Santiago Alba y dimitió, aunque retrasó la decisión hasta después de las elecciones, cuyo resultado, muy pobre para él, fue la razón definitiva para abandonar el ejecutivo. Aquellas elecciones fueron muy poco competitivas, porque liberales y conservadores restablecieron las viejas costumbres del *encasillado*, aunque se produjo una importante victoria socialista en Madrid, teñida de retórica antibelicista[30].

El 24 de mayo se abrieron las Cortes. Estaba pendiente el asunto de las responsabilidades. El conde de Romanones, elegido presidente del Senado, tuvo que encarar la petición del suplicatorio del general Berenguer solicitada por el Consejo Supremo de Guerra y Marina. El Gobierno hizo del asunto cuestión de gabinete y, no sin dificultades, Romanones consiguió que se aprobara por aclamación. Pocos días más tarde, el senador conservador Joaquín Sánchez de Toca decidió comunicar a la Cámara Alta de forma oficial el mensaje que le había enviado el general Aguilera, en el que le acusaba de mentir por haber manifestado que el Consejo no había solicitado la autorización del suplicatorio de la forma debida. Aguilera recibió incontables apoyos que denunciaban una supuesta maniobra «impunista» y no se privó de insultar en una soflama a «todos los hombres políticos sin excepción». Romanones le llamó a su despacho y este negó que hubiera insultado a nadie y afirmó que resistiría como fuera al frente del Consejo de Guerra y Marina. Al salir se encontró con Sánchez Guerra quien, de manera amistosa, le recriminó su carta a Sánchez de Toca. El general no se contuvo y se explayó de nuevo acerca de la cobardía y la falta de honor de los políticos, a lo que el expresidente del Gobierno le replicó con contundencia. No se oyó la contestación de Aguilera, pero sí la bofetada que le propinó Sánchez

Guerra. Se atisbó un posible duelo, que Romanones logró evitar. Sánchez Guerra fue recibido en los pasillos con gritos de «¡viva el poder civil!», mientras los seguidores de Aguilera se agolpaban en las puertas del Senado. La sesión parlamentaria que siguió fue turbulenta. Romanones y García Prieto trataban de convencer al general de que retirara los insultos a Sánchez de Toca, mientras este se mantenía en sus trece. Aguilera terminó por retirar sus acusaciones[31].



El rey Alfonso XIII (izquierda) junto al dictador Miguel Primo de Rivera (derecha) en 1930. Bundesarchiv, Bild 102-09411. Desconocido. CC BY-SA 3.0 DE. Dominio público.

Detrás de las bravatas del general Aguilera se escondía un plan de golpe de Estado. Lo ocurrido le privó de protagonismo, pero no eliminó la amenaza. La exigencia de responsabilidades por el Desastre de Annual no solo había irritado a los militares, que se sentían perseguidos mientras los políticos evitaban asumir las suyas, sino que había conseguido limar las divisiones en el seno del Ejército. El 3 de julio, en el Congreso de los Diputados se creó una comisión solicitada por republicanos y socialistas, que debía complementar la información ofrecida por el *Expediente Picasso* y emitir el dictamen pertinente, si se concluía que cabía proceder a la acusación ante el Senado. Tres semanas más tarde, el Gobierno decretó la suspensión de sesiones por las

vacaciones estivales, con la promesa de que durante el siguiente periodo de sesiones la comisión presentaría su dictamen. Los comisionados siguieron trabajando durante aquel mes de julio, reclamaron nueva documentación y celebraron varios interrogatorios a civiles y militares. En agosto se suspendió y debía volver a reunirse el 20 de septiembre. Nunca lo hizo.

Alfonso XIII estaba especialmente inquieto. Así se lo comentó a Gabriel Maura, el primogénito de Antonio Maura. Era una «vergüenza» que no se infligiera un castigo ejemplar a los rifeños, le dijo el rey. El Gobierno no le informaba y había tenido que reclamar su «derecho a ser tratado como un ministro» y saber qué ocurría en Marruecos. Sin embargo, el problema fundamental eran los políticos. Los liberales acabarían deshechos, los conservadores no servían para nada y los demás partidos no podían encargarse del poder. No le quedaba más remedio que asumir el mando, para lo que se valió de la Junta de Defensa del Reino como «consejo supremo» y de un gabinete «meramente ejecutor». Al cabo de dos años se convocaron las Cortes para que ratificaran o reprobaran lo hecho. Sabía que toda la opinión estaba con él, pero si se decidiese a ejercer la dictadura por su cuenta, tendría enfrente a todo el mudo en el acto. Así le contó la conversación Gabriel Maura a su padre, alejado de la escena política, pero a quien el monarca le gustaría consultar. El viejo líder conservador coincidía en que la «masa enorme de opinión» desconfiaba de los partidos políticos y hasta los execraba y no parecía surgir ningún «brote pujante» de opinión en el que el rey pudiera apoyarse «constitucionalmente». No había salida, pero consideraba un error absoluto lo que proponía el rey. El desenlace sería «funesto», un verdadero suicidio para la monarquía. Para él, sería menos nocivo que «quienes han venido imponiéndose en trances críticos», es decir, los militares, sin mencionarlos explícitamente, asumieran «entera la función rectora bajo su responsabilidad»[32].

A la difícil situación de aquel verano no ayudó la tercera crisis de la concentración liberal, que mostró las discrepancias dentro del Gobierno en relación con la política marroquí. Se rechazó la propuesta de Martínez Anido, en ese momento comandante general de Melilla, de marchar sobre Alhucemas, pero la delegación del Estado Mayor Central que se había enviado a Marruecos para estudiar la situación apoyó, por el contrario, una ampliación de la intervención militar. Los ministros de Hacienda, Fomento y Trabajo creyeron que el gasto que eso implicaría amenazaba sus proyectos y dimitieron el 1 de septiembre. Se sabía que, descartado el protagonismo del general Aguilera, no obstante, había dos conspiraciones militares en marcha.

Una en Barcelona, encarnada por quienes mantenían vivo el espíritu de las Juntas de Defensa, de cuya disolución acusaban al rey. La otra, en Madrid, encabezada por un *cuadrilátero* de militares africanistas cercanos a Alfonso XIII —los generales Cavalcanti, Saro, Durán y Fernando Berenguer, hermano de Dámaso—, que pretendían detener el asunto de las responsabilidades y proseguir la campaña en Marruecos, además de mantener una dura política de orden público y de represión del catalanismo. Fue el general Miguel Primo de Rivera, que había sido nombrado capitán general de Cataluña por Sánchez Guerra, quien consiguió aunar voluntades en telegramas, misivas, visitas a Madrid y retornos a Barcelona con acogidas clamorosas en la calle y por parte de la burguesía catalana. Primo de Rivera supo decir a cada cual lo que quería oír y convirtió a la clase política, en particular a Santiago Alba, en la gran culpable de la política pacifista en Marruecos y del enfrentamiento entre el poder civil y el poder militar[33].



El Directorio Civil de Primo de Rivera el día de su constitución en Madrid. En la fotografía aparecen, de izquierda a derecha: José de Yanguas Messía, José Calvo Sotelo, Severiano Martínez Anido, Miguel Primo de Rivera (centro), Galo Ponte y Escartín, Honorio Cornejo Carvajal y Eduardo Aunós. Diciembre de 1925. Dominio público.

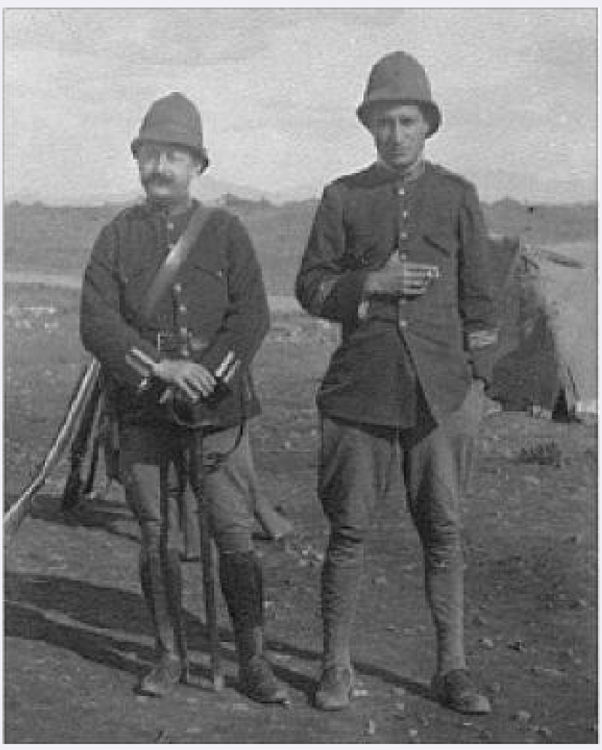
Santiago Alba dimitió, con la esperanza de que aquello calmara los ánimos, pero, en la madrugada del 13, Primo de Rivera declaró el estado de guerra y sacó las tropas a la calle. Comunicó al rey su levantamiento y publicó un «manifiesto al país y al ejército». Alfonso XIII se tomó su tiempo. Se discutió entonces, y los historiadores siguieron haciéndolo, acerca de su posible conocimiento previo de la conspiración militar, unos para sospecharla, otros para negarla, pero ninguno para poner en duda que fue suya la decisión

final a la hora de ejercer la prerrogativa. No parecía dispuesto a inclinarse del lado del Gobierno, a riesgo de enajenarse la voluntad de la oficialidad. Cuando, al cabo de dos días, llegó a Madrid desde San Sebastián, ya había tomado su decisión. Fue recibido en la estación por el presidente del Gobierno, que le propuso la destitución de los mandos militares implicados en el golpe y la reunión de las Cortes en un plazo de ocho días. El monarca le contestó que tenía que hacer consultas y García Prieto, que interpretó las dudas del rey como una pérdida de confianza, presentó su dimisión. Alfonso XIII le informó de que iba a encargar la formación de gobierno a Primo de Rivera, marqués de Estella, el cual lo configuraría con políticos, técnicos, militares y marinos, y de que disolvería las Cortes para convocar elecciones dentro del plazo legal. Ninguno de los dos anuncios se cumplió[34].

La decisión de Alfonso XIII cabía dentro de su prerrogativa constitucional, pero rompió abiertamente con la Constitución cuando semanas más tarde los presidentes de las dos cámaras legislativas, el conde de Romanones y Melquíades Álvarez, le recordaron su compromiso de convocar elecciones en un plazo de tres meses o restablecer el Parlamento disuelto. Alfonso XIII les despidió sin mayores contemplaciones, mientras Primo de Rivera declaraba que no había el más mínimo propósito de convocar nuevas elecciones mientras no «se saneen las costumbres políticas y electorales». El 20 de enero de 1924, en unas declaraciones al periódico *Daily Mail*, Alfonso XIII dijo:

> Yo acepté la Dictadura militar porque España y el Ejército la quisieron para acabar con la anarquía, con el desenfreno parlamentario y la debilidad claudicante de los hombres políticos. La acepté como Italia tuvo que acogerse al fascismo porque el comunismo era su inmediata amenaza. Y porque había que emplear una terapéutica enérgica sobre los tumores malignos que padecíamos en la Península y en África[35].





Imágenes del «ángel del cautiverio» de Axdir. Francisco Basallo Becerra (1892-1985), un cordobés de origen humilde, fue uno de los escasos supervivientes de la matanza de Dar Quebdani, una más de las posiciones que cayeron como fichas de dominó tras la retirada de Annual. Prisionero de Abd el-Krim, junto con otros 500 españoles, el sargento de infantería Basallo organizó un servicio sanitario en el cautiverio. El propio militar practicó curas e intervenciones a sus camaradas, gracias a los consejos —misiva mediante— del teniente

médico Fernando Serrano. Pero no acabaron ahí sus quehaceres, enterró centenares de cadáveres de compañeros de armas caídos, defendió a prisioneras de la salacidad de algunos guardianes rifeños y pasó información en clave al mando militar de Melilla. Por esto, fue salvajemente apaleado. Con posterioridad, se fugó con otros sargentos, fue capturado y estuvo a punto de ser fusilado por cometer tal infracción. A pesar de las penosas condiciones de vida en cautiverio y la cantidad de enfermedades infecciosas que debía de haber, Basallo atendió a todo tipo de convalecientes. Por ello, tras su rescate en enero de 1923, junto con los demás prisioneros —previo pago de 4 millones de pesetas al líder rifeño—, el sargento de infantería fue aclamado en España como el «ángel del cautiverio», apodo que figura en numeras publicaciones periódicas del periodo. Este ilustre cordobés recibió la Medalla de Sufrimientos por la Patria y fue nombrado Hijo Predilecto de su ciudad. Colección Alfonso Basallo





PRIMO DE RIVERA, MARRUECOS Y EL BALANCE DE LA DICTADURA

El golpe de septiembre de 1923 no fue una reedición de los viejos pronunciamientos militares ni tampoco un relevo político más. Por primera vez, un general en nombre del Ejército encabezó un ejecutivo exclusivamente militar, suspendió la Constitución y, como el «cirujano de hierro» que había reclamado Joaquín Costa, se aprestó a «sanear» la vida pública y a resolver lo que había considerado en su manifiesto al país los problemas más acuciantes, entre ellos y muy fundamentalmente, el orden público. El estado de guerra declarado el 14 de septiembre se mantuvo en vigor hasta el 16 de marzo de 1925. Se clausuraron, ilegalizaron y persiguieron las organizaciones *cenetistas* y catalanistas. Los políticos dinásticos fueron investigados, tachados de corruptos y difamados, en algunos casos deportados o incluso encarcelados por un tiempo. Los más señalados por el dictador, como Santiago Alba, optaron por el exilio. Nunca le perdonarían al rey su falta de apoyo.

Aunque no hubo ninguna reacción relevante en el país, salvo en casos muy contados. Se mantuvo una actitud expectante, en espera de que Primo de Rivera cumpliera su anuncio de que su Gobierno no debía ser más que una

letra de cambio a noventa días; que se iría en cuanto hubiera cumplido con sus compromisos. Desde luego, el de la pacificación social se consiguió en poco tiempo. El «saneamiento» de las costumbres políticas se encaró en los primeros meses de 1924 con la aprobación de un Estatuto Municipal y la formación de nuevos ayuntamientos, la creación de Juntas Depuradoras de la Justicia Municipal, la reorganización de las Juntas Provinciales del Censo y el lanzamiento de un partido único, la Unión Patriótica, sobre el que, tras su visita a la Italia de Mussolini, Primo de Rivera pensaba descansar la reconstrucción política. La sustitución de los militares por civiles al frente de los ejecutivos provinciales tuvo ese mismo objetivo.

En su manifiesto al país, Primo de Rivera había sido ambiguo con respecto a la política en Marruecos y la reclamación de responsabilidades por el Desastre de Annual:

> Queremos vivir en paz con todos los pueblos […] Ni somos imperialistas, ni creemos pendiente de un terco empeño en Marruecos el honor del Ejército […] buscaremos al problema de Marruecos solución pronta, digna y sensata. […] El país no quiere oír hablar más de responsabilidades, sino saberlas exigidas pronta y justamente y esto lo encargaremos con limitación de plazo a tribunales de autoridad moral y desapasionados de cuanto ha envenenado hasta ahora la política o la ambición.

Primo de Rivera conocía la división de opiniones en el seno del Ejército. Acalló sus anteriores tesis abandonistas y al principio defendió las negociaciones con el Raisuni en la zona occidental, así como el mantenimiento de la línea de defensa conseguida en el frente oriental, una «faja de terreno» que asegurara la orilla sur del estrecho de Gibraltar. Dio instrucciones para reducir gastos y repatriar tropas y rechazó la propuesta del alto comisario, el general Aizpuru, de cualquier avance, lo que suscitó las críticas de los jóvenes oficiales del Ejército de África[36].

Pudo comprobar tales críticas cuando la ofensiva de las cabilas en junio de 1924 le decidió a viajar a Marruecos, un viaje salpicado de choques personales con los *africanistas* más radicales, en el que incluso se rumoreó su posible secuestro y un nuevo golpe militar. En septiembre, Primo de Rivera asumió personalmente el Alto Comisariado y se declaró comandante en jefe, mientras la imparable ofensiva rifeña dejaba reducida la presencia española a las dos plazas de Ceuta y Melilla, Tetuán y Larache. El resto del Protectorado español era, de hecho, la República del Rif, liderada por Alb el-Krim. Sin embargo, el repliegue español tuvo como consecuencia que la ofensiva se dirigiera hacia el Protectorado francés. La inquietud que eso provocó en el país galo llevó a la sustitución del alto residente francés, el mariscal Lyautey, por el mariscal Pétain y a la apertura de negociaciones entre los dos países,

algo que había sido imposible con anterioridad. El 8 de septiembre se produjo la operación conjunta del desembarco en Alhucemas. En noviembre terminaron las operaciones militares y comenzó la «pacificación», es decir, el sometimiento de las cabilas. El problema de Marruecos había terminado.

Constituyó el mayor éxito para Primo de Rivera. Este había abandonado aquella promesa de una letra a noventa días y se aprestó a convertir su dictadura en una solución definitiva, para lo que la presentó con una nueva retórica de afirmación nacional y patriótica frente a la amenaza para la «civilización y la paz occidental» que representaba el reino de Abd el-Krim. En un artículo publicado en la *Revista de Tropas Coloniales* de los africanistas más radicales, sostuvo que eran comunistas quienes habían instigado la rebelión rifeña y que estaban a punto de crear allí una república islamista-bolchevique. Había regresado de África entre aclamaciones multitudinarias en algunos pueblos andaluces y en Madrid fue nombrado «hijo adoptivo» por todos los alcaldes de la provincia. En la capital, se celebró entre multitudes un desfile presidido por el rey, con la presencia de las altas autoridades militares, civiles y religiosas. El 6 de octubre de 1925, un Real Decreto le concedió la distinción más alta, la Cruz Laureada de San Fernando, que describía el desembarco en Alhucemas como «la más ardua empresa» lograda nunca por un ejército colonial. Primo de Rivera, que ya antes había sido comparado con Mussolini, Mustafá Kemal e incluso con Lenin por su carácter revolucionario de «salvador de la patria», ahora la prensa del régimen lo comparó con Napoleón. Del abandonismo inicial, el dictador pasó a acariciar una ambiciosa política de expansión en el norte de África, para la que quiso contar con el controvertido Juan March, que, de ser perseguido judicialmente, pasó a convertirse en «benemérito de la Patria»[37].

El 9 de diciembre de 1925 el Directorio Militar fue sustituido por un Directorio Civil, organizado a la manera tradicional en ministerios. José Calvo Sotelo, un antiguo maurista, al frente de una Hacienda liberada de buena parte del gasto militar tras la pacificación de Marruecos; y Eduardo Aunós, un antiguo regionalista, al frente del Ministerio de Trabajo, fueron los artífices más destacados de los proyectos intervencionistas y nacionalistas en economía y de la organización corporativa en las relaciones laborales, que contó con la colaboración de las organizaciones sindicales socialistas. La dictadura se benefició de la coyuntura de los «felices años veinte» y se lanzó a un proceso de institucionalización a través de un plebiscito para la convocatoria de una Asamblea Nacional elegida corporativamente, que debía dotar al país de una nueva Constitución. Eran tiempos de crisis de los

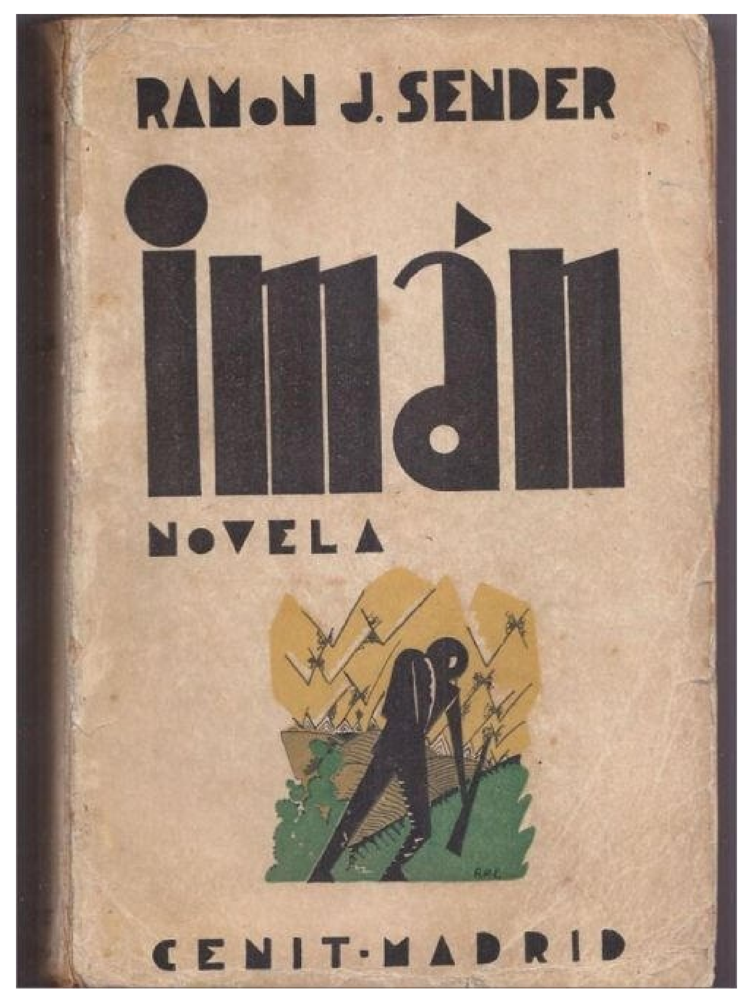
sistemas liberales representativos en otros países vecinos, como Italia, aunque el proyecto de Primo de Rivera tenía unas características propias que lo distinguían del Estado fascista italiano al buscar sus raíces en tradiciones españolas[38].

Para cuando la sección primera de la Asamblea remitió al Gobierno el proyecto de Constitución, en mayo de 1928, muchos de los apoyos con que el dictador había contado en sus comienzos flaqueaban y el debate abierto minó sus bases. Los socialistas, que habían participado en el entramado laboral corporativo, se negaron a hacerlo en el proyecto político. Los burgueses y patronos catalanes que le habían aupado al poder, así como otros intereses económicos que se beneficiaron de la pacificación marroquí y de los ambiciosos planes de obras públicas, recelaban ahora del excesivo intervencionismo económico y laboral de la dictadura y de la opacidad de las cuentas públicas. El propio Alfonso XIII, pese a su entusiasmo inicial y a haber suscrito con su firma la convocatoria de la Asamblea y los decretos que salieron de ella, temía ahora sus consecuencias para la pervivencia de la monarquía y además se mostraba alarmado por la desafección de sus antiguos políticos, que, en algunos casos, supuso una ruptura definitiva, e incluso la participación en conspiraciones e intentos de golpe por parte de algunos, como el antiguo líder de los conservadores, José Sánchez Guerra[39].

También se quebró la unanimidad que, aparentemente, había conseguido en el Ejército en septiembre de 1923 y que se rebeló frágil casi desde el comienzo. La victoria en Alhucemas dotó de gran prestigio al Ejército africanista y a sus jefes más jóvenes: Franco, Sanjurjo, Mola, Goded, Varela y Muñoz Grandes. Primo de Rivera perfeccionó los cuerpos de Regulares, mehalas y la Legión, y, en 1926, España tenía en África un contingente instruido y preparado para la guerra. Pero el dictador quiso también resolver el problema de los ascensos, que tantos conflictos había provocado, y lo hizo concentrando en sus manos el poder de decisión, eliminando los órganos de control hasta entonces existentes y revolucionando sus fundamentos al establecer un sistema de ascenso por elección por un Real Decreto de 26 de julio de 1926. Aquel decreto agravó el conflicto ya abierto con el cuerpo de artilleros, que amenazaron con pasar en masa a la reserva y acudieron al rey en solicitud de amparo. La respuesta de Primo de Rivera fue tajante. Declaró el estado de guerra y disolvió el cuerpo de artillería. De poco le valió al monarca, que había apoyado sin fisuras a Primo de Rivera, la petición de un trato clemente en la reincorporación de los artilleros. Estos intervendrían de forma activa en el intento de sublevación contra la dictadura que encabezó en

febrero de 1929 José Sánchez Guerra. No solo no se resolvió el problema militar, sino que el cambio a favor de los africanistas llevó a que armas y cuerpos enteros del Ejército se apartaran del régimen y también de la Corona[40].

Primo de Rivera terminó con el problema marroquí, que había estado detrás de tantas crisis políticas, pero dejó en herencia un retorno imposible a la monarquía constitucional, un precedente de régimen dictatorial, un discurso nacionalista y patriótico y un Ejército en África que desempeñó un papel crucial en el trágico fin de la experiencia democrática de la Segunda República.



Portada de la primera edición de la novela Imán, de Ramón J. Sender, publicada en 1930.

—¿Pero cómo te explicas que el cabo y los soldados no los vieran llegar, por muy obscura que fuera la noche?
—Otros dicen que también el cabo estaba dormido.
—El caso es que no quiso enseñarles la entrada en la alambrada.
—Y que le matamos nosotros mismos.
—Creo que tiene familia.
—Y que le harán estatuas.
—¿Por qué?
—Toma, pues por su heroísmo.
—Pero ¿en qué consistió su heroísmo?
—Aquí, en Melilla, nadie lo sabe.
—Yo sí lo sé —concluyó mi buen cabo—; le alzaremos una estatua, porque, como le matamos nosotros mismos, hay que desagraviarle[1].

Lo que vi en la guerra: diario de un soldado

10

PERCEPCIONES, IMAGINARIOS Y MEMORIA DE LAS CAMPAÑAS DE MARRUECOS

Alfonso Iglesias Amorín

A lo largo de las páginas de este libro hemos ido viendo cómo la Guerra del Rif marcó la España del primer tercio del siglo XX en muchos sentidos y la manera en que afectó no solo a las vidas de los que tuvieron que ir a combatir y a sus familiares, sino al conjunto del Estado, entre otras cosas, por el enorme impacto en la política que Mercedes Cabrera ha desgranado en el capítulo anterior. Esta relevancia de la guerra llevó a este conflicto a hacerse un gran hueco en la memoria colectiva española. Una memoria que adquirió su forma a través de múltiples vías de percepción, en la que se entrecruzaron discursos, perspectivas, imaginarios o valoraciones diversas. Algunas fueron residuales, que quedaron como visiones secundarias, mientras que otras alcanzaron un fuerte respaldo y difusión, lo que definió una interpretación de la campaña militar y sus consecuencias que tuvo un largo recorrido y que, en muchos aspectos, se mantiene hasta la actualidad.

A pesar del largo recorrido de esta memoria, que pasó por diversas etapas muy en relación con los cambios políticos y con el contexto, a corto plazo, la percepción fue fundamental en su configuración. Con el tiempo se hicieron reinterpretaciones y el recuerdo colectivo, como algo vivo y cambiante que es, fue evolucionando, pero partiendo de ese impacto sociocultural tan profundo que se produjo al calor de la propia guerra y que es en el que nos centraremos. Para ello, analizaremos algunos mecanismos de la memoria y el olvido, muy en relación con el funcionamiento de recursos del poder como la propaganda y la censura; definiremos quiénes quedaron para el recuerdo como los héroes y villanos de esa campaña; nos aproximaremos a la difusión a través de la literatura, la fotografía o el cine; y trataremos aspectos relativos a las conmemoraciones, sus objetivos y el discurso que tenían detrás.

DESASTRES PARA EL RECUERDO… O EL OLVIDO

El Marruecos del primer tercio del siglo XX fue para España una tierra de desastres, de sufrimiento, de muerte. Aunque también se incidió mucho, como veremos, en el valor y el heroísmo. El recuerdo de lo trágico fue imborrable y quedó ligado sobre todo a dos nombres: el barranco del Lobo y Annual, dos escenarios que quedaron marcados a fuego en la memoria colectiva española, incluso forjando la idea de cierto paralelismo entre ellos, aunque las diferencias fueron, como veremos, enormes.

El barranco del Lobo, una hondonada sin apenas relevancia, saltó a la fama en 1909. La derrota que allí sufrieron las tropas españolas se convirtió pronto en un episodio central en la historia del Ejército español, así como el más famoso en Marruecos desde la sonada batalla de Tetuán de 1860. Su recuerdo llevó asociadas la tragedia, la imprevisión o la mala organización, pero también los intereses económicos, como los del marqués de Comillas o el conde de Romanones, por los cuales, presuntamente, morían soldados españoles, todo lo cual incidió en el ánimo del recluta español, tal y como se ha indicado en el capítulo de Daniel Macías (*vid*. Capítulo 8). Además, se vinculó de manera indisoluble con la Semana Trágica y convirtió los últimos días de julio de 1909 en unos de los peores de la historia nacional reciente. Aunque la Semana Trágica estuvo ligada al conflicto marroquí, como en este libro nos ha explicado Francisco Escribano (*vid*. Capítulo 2), su coincidencia con el desastre del barranco del Lobo fue casual, ya que ambos hechos fueron simultáneos. No se tenía noticia en Barcelona de lo que sucedía a las afueras de Melilla y viceversa[2]. Sin la Semana Trágica y su impacto es muy posible que tanto el desastre del barranco del Lobo como el movimiento de protesta contra la guerra hubiesen pasado más desapercibidos.

Es cierto que la campaña de 1909 contó con algunos episodios que sirvieron para la exaltación, como las ocupaciones del monte Gurugú y del poblado y la alcazaba de Zeluán. Pero, tanto en la historia como en la memoria colectiva, se grabó con mucha más fuerza el desastre. Sin embargo, esto no fue así desde el primer momento, cuando proliferaron las narraciones en torno a los duros combates, a menudo aderezadas con notables dosis de valor y heroísmo[3], a los que incluso definían como «memorables combates»[4]. A esto ayudó la censura que, previamente, había establecido el ministro de Gobernación, Juan de la Cierva, quien llegó a afirmar, en alusión a los corresponsales de prensa, que «este verano voy a ser el único corresponsal, y ustedes pueden descansar, que ya se desquitarán en invierno»[5]. Pese a las continuas protestas de los periódicos, la censura no se levantó hasta octubre, tras las victoriosas operaciones de Zeluán y el Gurugú.

El descubrimiento de los cadáveres en septiembre, cuando se recuperó el barranco del Lobo, incrementó la percepción negativa, pero aún hubo que esperar a 1910 para que se consolidase la idea del desastre y se empezase a situar el episodio entre recuerdos trágicos de la historia reciente de España, como la batalla naval de Santiago de Cuba o la «Semana Roja»[6]. Este, poco a poco, fue desplazando a la ensalzada toma del Gurugú como lo más relevante de la campaña, hasta convertirse en lugar común de la memoria de la guerra, en especial entre sus detractores, que lo utilizaron como ejemplo de las desdichas españolas. No obstante, también se mantuvo su defensa como un sacrificio heroico por la patria.



Retrato colectivo del Regimiento Mixto de Artillería de Melilla tras haber recibido las ansiadas cartas de sus seres queridos, misivas que enseñan con alegría. Fechada en marzo de 1920. Colección particular de Ángel Sanset.

La magnitud del barranco del Lobo fue notable (*vid*. Capítulos 2 y 8). Al menos, registró los 153 muertos y 599 heridos de las cifras oficiales, que diferentes estudios elevan hasta los 200 fallecidos[7]. De su tamaño nos da buena idea la comparación con la Guerra de África de 1859-1860, pues no se alcanzaron esas cifras de muertos en ninguna de las grandes batallas (Castillejos, Tetuán o Wad Ras). Aun así, su fama puede ser sorprendente si lo comparamos con episodios posteriores. Un buen ejemplo nos lo dan la campaña del Kert y el descalabro en Zazorra (o Izazorra), que se saldó con 97 muertos y varios prisioneros, cifras no tan alejadas de los 150 muertos del barranco del Lobo, pero que resulta un nombre casi ignorado por completo. La férrea censura del momento, sumado a que apenas se tratase posteriormente, lo llevaron al olvido. La propia campaña del Kert, con más de

400 muertos y 1500 bajas (cifras semejantes a la campaña de 1909), es uno de los conflictos más olvidados. Fue fragmentado, apenas generó producción literaria y quedó al margen de la conmemoración, lo que minimizó su impacto.

Otro aspecto interesante es la frecuente consideración conjunta de los desastres del barranco del Lobo y Annual, a pesar de la magnitud del segundo, incomparablemente mayor. Los miles de muertos de julio de 1921 eran algo muy impactante, pero quizá la Primera Guerra Mundial, que había acostumbrado a la opinión pública a que miles de muertos en una batalla fuesen el pan de cada día, hizo menos extraordinario el asunto. Por supuesto, el Desastre de Annual marcó la memoria de forma inmediata, con muchos elementos recordados hasta la saciedad, como el sufrimiento extremo de los soldados. Aspectos concretos como que se llegaran a beber su propia orina a causa de la sed resultaron muy impactantes[8], puede que más que cualquier detalle acerca de las muertes a manos de los rifeños, que no resultaban algo novedoso. Por otra parte, no todo el Desastre se recordó igual y la interpretación de los episodios fue muy variable: Annual quedó, sobre todo, como símbolo de cobardía e incompetencia; mientras que Monte Arruit, el otro nombre más recordado, se vinculó a la resistencia y el sacrificio. Este último no pudo ser una gloria nacional como Igueriben, al terminar en rendición, pero se respetó mucho la conducta de los sitiados.

A que Annual fuese un desastre tan conocido contribuyó una censura relativamente liviana en su momento, que permitió inundar los periódicos con detalles y fotografías. Incluso en 1922 llegó a la prensa la información del exhaustivo *Expediente Picasso*, un informe que muchos políticos y militares españoles hubiesen preferido hacer desaparecer y cuyo papel en la memoria del Desastre fue clave[9]. La situación fue totalmente distinta en 1924, con respecto a la durísima retirada de Xauen, catalogada de catastrófica por muchos autores, aunque otros han defendido su correcta ejecución, así como que era la mejor opción posible dadas las difíciles circunstancias. Sin negar esto último, los datos permiten hablar de un significativo revés. Pocos análisis bajan de 4000 muertos para las operaciones de los meses finales de 1924, incluso llegan a los 16 000, de los que habló el general López Ochoa[10]. A ella hay que sumar las cerca de 300 posiciones abandonadas («ahorradas», según el régimen), las escenas de pánico que se vivieron y que confirmaron testimonios muy diversos, o los más de 600 soldados españoles prisioneros de los rifeños que el propio Primo de Rivera reconoció y que no parecen muy compatibles con una retirada perfecta[11]. El resultado memorístico fue

totalmente distinto porque, en esta ocasión, no hubo una investigación como la de Picasso y las fuentes fundamentales fueron las que permitió la dictadura de Primo de Rivera, interesada en poder apuntarse el tanto de la correcta ejecución de las operaciones. El férreo control de la Oficina de Información y Censura, más eficaz que el sistema de cualquier etapa anterior, impidió análisis críticos en torno a lo sucedido y prohibió noticias que pudiesen general alarma, a lo que se suma que los prisioneros apenas recibieron cobertura mediática, mientras que los de 1921 tuvieron en vilo al país durante 18 meses y desestabilizaron mucho al régimen político. En conjunto, la dictadura pudo consolidar la operación de 1924 como un gran éxito y completar así la operación de propaganda con homenajes, conmemoraciones y otros actos, mientras que, con respecto al Desastre, fue una máquina de olvido institucionalizado que paralizó las investigaciones y culpó a los políticos[12].

Como hemos podido comprobar, la memoria y el olvido se entrecruzaron en una historia de episodios desafortunados en la que no todos corrieron la misma suerte. Del mismo modo que hubo duros reveses con muy poco peso en el recuerdo, también hubo diversos temas que, por una u otra razón, tampoco se pudieron conocer y difundir proporcionalmente a su importancia. Entre ellos destacan las violaciones a mujeres marroquíes, muy incómodas y ocultadas por sistema, al igual que la prostitución y las enfermedades venéreas, como la sífilis, ampliamente extendidas entre los soldados españoles. Todas estas cuestiones iban en contra del decoro y dejaban en mal lugar al Ejército, por lo que eran censuradas. Otros asuntos ignorados eran aquellos que reflejaban desesperación y falta de combatividad de los soldados, como los suicidios, las autolesiones o las deserciones para escapar de la guerra. Asimismo, había muchas reservas con la violencia extrema usada contra los rifeños, que se ocultaba de los medios, porque chocaba con las ideas del Protectorado y porque era incómoda a escala internacional, en especial con acciones como el uso de gases asfixiantes. No obstante, después del Desastre de Annual ya no había tanto reparo y crueldades como la costumbre de decapitar a los moros o cortarles las orejas se convirtieron en algo de referencia habitual.

HÉROES Y VILLANOS

La Guerra del Rif asentó en la memoria colectiva española una serie de lugares del norte de Marruecos que adquirieron fama por los hechos que

habían ocurrido en ellos. Del mismo modo, los individuos que participaron en tales hechos iban también a reclamar su sitio y muchos adquirieron una enorme fama, ya fuese para bien o para mal.

Los sucesos del barranco del Lobo y la campaña inmediatamente posterior hicieron habituales en la prensa reportajes de los oficiales caídos, con breves biografías y fotografías muy frecuentes. Entre los oficiales, los más célebres fueron figuras controvertidas, como el general Pintos, acusado de imprudente y de ser el principal responsable del Desastre, pero su memoria fue relativamente respetada porque había muerto; o el general José Marina, recordado como el vencedor de la campaña, aunque su figura apenas adquirió renombre y, en parte, se le culpabilizó también del Desastre por su falta de previsión.

Sin embargo, la figura más notable de la campaña de 1909 no iba a ser un oficial, sino un soldado raso: el cabo Luis Noval. Su hazaña consistió en pedir a los compañeros de su posición que dispararan sobre él, pues lo habían capturado unos rifeños para poder entrar haciéndose pasar por españoles. Este episodio aislado se magnificó de forma exagerada[13] hasta alcanzar la categoría de mito y de gesta nacional. Su exaltación fue inaudita: hubo suscripciones para honrar su figura, se le dedicaron nombres de calles, se crearon comités «Cabo Noval» para gestionar los homenajes y la creación de productos culturales fue asombrosa. Tuvo pinturas como *El cabo Noval (episodio de la guerra del Riff)*, de Antonio Muñoz Degrain; obras de teatro que lo glorificaban hasta convertirlo en un héroe de leyenda cuyas últimas palabras no podían ser otras que: «¡Viva España!»[14]; o poemas, entre ellos los de autores como E. Moyano, Fernández Alvarado, Julio Sánchez Godínez o Guillermo Cohen[15]. El siguiente fragmento, de este último, ejemplifica muy bien hasta qué punto se rendía culto a su presunta hazaña:

> Gloriosa fue tu muerte, y enorme tu victoria;
> tu padre perdió un hijo, y el mundo un español
> pero Noval no ha muerto, Noval vive en la historia
> Noval puso su nombre tan alto como el sol.
> a ti, Noval heroico, que un día por España
> la sangre de tus venas vertiste sin temblar,
> mi lira en tu homenaje cantar quiere la hazaña
> que en letras imborrables la historia ha de guardar[16].



Luis Noval Ferrao, conocido como el cabo Noval, fue un militar español que nació en Oviedo en el seno de una familia humilde. Con 21 años entró en el reemplazo de 1908 y fue llamado a filas para incorporarse al Regimiento de Infantería Príncipe n.º 3 en marzo de 1909, en la 3.ª Compañía del 2.º Batallón, de instrucción y guarnición en Oviedo.
Ascendió por elección a cabo en septiembre y salió de Oviedo hacia Melilla, a las órdenes del coronel del regimiento Julio Moló Sanz. Una vez allí, el cabo Noval marchó con su compañía al fuerte de Cabrerizas Altas y participó en la batalla de Taxdirt, a las órdenes del general Fernando Álvarez de Sotomayor, en la toma del Zoco el Had de Beni Sicar. La columna de Noval acampó los días 23 al 27 de septiembre en la posición a las órdenes de la División Sotomayor y en la madrugada del 28 el encargado del servicio de guardia en el flanco derecho del campamento era el cabo Noval. Tras producirse un ataque enemigo, Noval se retiró hacia posiciones fortificadas, pero no halló la puerta de las alambradas, por lo que fue capturado por los rifeños. La harca le obligó a avanzar con un salvoconducto hasta las posiciones españolas, en un intento de que cesara el fuego y entrar en la avanzadilla. El cabo Noval gritó para advertir de que los que se acercaban eran enemigos y también espoleó a las unidades españolas para que abrieran fuego, como hicieron. Al amanecer, encontraron el cadáver del cabo Noval, con su armamento reglamentario, junto a dos soldados enemigos. El cuerpo sin vida de Noval fue examinado por el médico Gaspar Araujo y Lucas, que encontró tres heridas mortales hechas por disparos de Máuser. Por este suceso, de singular valentía, le fue concedida al cabo Noval, a título póstumo, Cruz de 2.ª Clase Laureada de San Fernando,

con una pensión anual de 400 pesetas para sus padres, por Real Orden Circular de 19 de febrero de 1910.
El cabo Noval fue sepultado al principio en una fosa común, junto con un sargento y cuatro soldados del Regimiento Príncipe y, posteriormente, los restos fueron exhumados el 21 de junio de 1915 y depositados en el panteón de las víctimas de la campaña del Rif, en Melilla. En 1916 fueron trasladados definitivamente a Oviedo. Cuando llegó el féretro a la ciudad, se habían engalanado los balcones de las calles por donde discurriría el cortejo fúnebre: Uria, Fruela, Jesús, plaza Mayor, Magdalena, Arzobispo Guisasola, Luneta y San Roque. Al final, sus cenizas fueron depositadas en el cementerio de San Salvador. Dominio público

Los homenajes llegaron hasta tal punto que se le erigieron monumentos en Madrid y Oviedo, este último para su tumba, a la que fue trasladado en 1916 en olor de multitudes y tras diversos actos. El hecho de que Noval fuese un soldado raso nos habla de una democratización de la memoria de la guerra que era inusual en épocas anteriores y que ya se había anticipado un poco con el éxito de la figura del soldado Eloy Gonzalo tras la Guerra de Cuba. Era una forma de premiar a los reclutados por el servicio militar obligatorio, que también se podían convertir en héroes nacionales, y una forma de dar ejemplo.

En 1921, la huida desorganizada hacia Melilla se consideró un episodio de cobardía e incompetencia supremas, imposible de exaltar. Sin embargo, dentro de este hecho se buscaron héroes para ayudar a elevar una moral que quedaba por los suelos y lavar un poco la imagen de un Ejército humillado por testimonios como los que señalaban que muchos oficiales se habían arrancado las insignias para que el enemigo no los reconociera**[17]**. Uno de estos héroes fue el comandante Julio Benítez, que lideró la defensa de Igueriben, símbolo de valor y sacrificio por la patria que adquirió casi la categoría de mito, en buena medida gracias al superviviente Luis Casado y Escudero, que relató en detalle lo sucedido, como los dos famosos heliogramas a Annual: «Los oficiales de Igueriben, mueren; pero no se rinden» y «Solo quedan doce cargas de cañón, que empezaremos a disparar para rechazar el asalto. Contadlas, y al duodécimo disparo, fuego sobre nosotros; pues moros y españoles estaremos envueltos en la posición»**[18]**. Algo similar, aunque en menor medida, sucedió con la defensa de la posición Intermedia A, encabezada por el capitán José Escribano, o la defensa de la fábrica de harinas de Nador. La otra gran «heroicidad» dentro de semejante catástrofe fue la de la caballería del Regimiento Alcántara, que quedó casi aniquilada tras luchar hasta la extenuación para proteger la atropellada retirada de las tropas. El teniente coronel Fernando Primo de Rivera, su líder, fue, junto con Benítez, el militar más ensalzado por su actuación durante el Desastre. Su entierro y funerales se celebraron entre una enorme expectación

y su estoica muerte en Monte Arruit, debido a las heridas, también fue muy recordada.

Si hablamos de «héroes colectivos» de la Guerra del Rif, también debemos referirnos a una unidad fundada durante esta campaña y cuya imagen se popularizó entre la opinión pública más que ninguna otra: el Tercio de Extranjeros. Su creador, el teniente coronel José Millán Astray, fue, en buena medida, responsable de su popularidad por el gusto por la teatralidad, que se materializó en constantes desfiles, exhibiciones y canciones, así como por el halo romántico en el que se la envolvió, que se vio potenciado a través de medios como la literatura o el cine. Por ello, sus andanzas se convirtieron en algo muy seguido en la España de la época, se hicieron un notable hueco en la memoria colectiva y sus líderes fueron popularizados, como Francisco Franco o el propio Millán Astray. Su llegada a Melilla, justo después del Desastre, aunque no fueron los primeros refuerzos, les llevó ya a ser considerados salvadores de la ciudad, un recuerdo que se reiteró durante el franquismo y que, en cierto modo, se mantiene en la actualidad. Su aporte en la campaña fue importante, pero fue mucho mayor su impacto mediático en proporción. Por otra parte, su idealización fue contradictoria en relación con muchas de sus realidades (ser una unidad de mercenarios, sus prácticas brutales, los problemas con otros cuerpos), que muchos autores pusieron en evidencia.

Uno de los medios de «fabricación de héroes» lo constituyeron las condecoraciones, que adquirieron un volumen desconocido en la historia de España. Solo para la etapa 1909-1913 se concedieron 132 925 condecoraciones y 1587 ascensos «por méritos de guerra»[19]. A lo largo de todo el siglo XIX se concedieron unas 70 cruces Laureadas de San Fernando, una cifra que solo entre 1909 y 1915 ya se superó. Después del Desastre, el *Expediente Picasso* ayudó a que las concesiones fuesen más justas de lo habitual, aunque el propio general se oponía a su abundancia, «pues si tantos creen haberse comportado tan esforzadamente, no se comprende entonces la consumación de la catástrofe en las condiciones que los hechos relatan»[20]. En la dictadura de Primo culminó esta tendencia con otra lluvia de condecoraciones, ascensos, medallas al mérito militar e incluso varios títulos nobiliarios. El propio dictador se labró la fama de héroe de la campaña al haber dirigido su operación más exitosa, el desembarco de Alhucemas. Además, se ganó fama de gran estratega y la finalización de las operaciones entre 1925 y 1927 le terminó por convertir en el pacificador del Rif. También recibieron gran reconocimiento José Sanjurjo, al que se le concedió el título

de marqués del Rif y fue muy ensalzado de cara a la opinión pública, Francisco Franco, Muñoz Grandes o Millán Astray. En este caso, primaron los oficiales de cierta graduación y desde lo que sucedió con el cabo Noval ningún soldado de baja graduación volvió a adquirir tanto renombre.

En cuanto a los villanos, aunque obviamente la mayoría estaba en el bando enemigo, hubo algunos «en casa» de los que se consolidó una memoria negativa o controvertida. Uno de los mejores ejemplos fue el del general Silvestre, por su extendida consideración de culpable del Desastre. Se decía que era un general «con estrella», aunque esta se había apagado súbitamente en Annual[21]. Pero, al margen de sus errores estratégicos, el tema que más dio que hablar fueron sus posibles vinculaciones con Alfonso XIII, el cual le habría instado a acelerar en su avance hacia Alhucemas. La presunta desaparición de documentación del despacho de Silvestre en Melilla alimentó esta teoría. El propio monarca fue, en cierto modo, un villano porque su figura había estado muy ligada a los deseos expansionistas en Marruecos y el sobrenombre que con la mejor voluntad le quiso poner el presidente del Senado, Eugenio Montero Ríos, cuando el monarca regresó de su viaje por Marruecos en 1911, «Alfonso el africano», acabó resonando con más fuerza entre los detractores del rey que entre sus defensores. Aunque las comisiones de responsabilidades nunca salpicaron al rey, una parte de la opinión pública le consideraba culpable. Algo parecido sucedió con algunos políticos de la época, como el marqués de Comillas o el conde de Romanones, a los que se responsabilizó de la guerra por los intereses económicos que tenían depositados en ella.

El enemigo por antonomasia fue, naturalmente, Abd el-Krim, otro nombre que se marcó a fuego en la memoria colectiva española y que perduró en el recuerdo como uno de los marroquíes más famosos en España. De él proliferaron todo tipo de historias, a menudo inverosímiles, y se destacó que hubiese sido un antiguo colaborador de España, lo que se podía achacar a un carácter artero y desagradecido, que se combinaba con otras características siniestras y salvajes de su personalidad. Aunque esta imagen negativa fue la que se impuso, hubo autores y testimonios que lo humanizaron, como el periodista Luis de Oteyza, que logró evadir la censura para entrevistarlo en su cuartel general de Axdir y presentar una imagen de persona sensata y dialogante[22]. El odio que se había generado contra el líder rifeño hizo que se celebrase de manera notable la ocupación de Axdir, su cuartel general y capital de la República del Rif, lo que incluyó gente saliendo a las calles en varias ciudades, colgaduras, bandas de música y otras muestras de júbilo.

El otro marroquí célebre por entonces fue el Raisuni, aunque su recuerdo quedó muy lejos del de Abd el-Krim. La figura de este poderoso líder local se envolvió en un cierto halo de misterio y aventura, lo que lo hizo muy del interés de los periodistas, e incluso proliferaron biografías acerca de su figura. De lo más recordado de su historia fue su relación con Silvestre, dos enemigos irreconciliables cuyas vidas se cruzaron en múltiples ocasiones. Al margen de estos dos protagonistas, pocos marroquíes de la época se hicieron realmente famosos, aunque podríamos aludir a un «moro amigo», como se les denominaba en la época. Nos referimos a Abd el-Kader, líder de la cabila de Beni Sicar, fronteriza a Melilla, que se mantuvo fiel a España en 1921, a pesar del peligro, pues su papel se consideraba importante para salvar la plaza. Se le organizaron diversos homenajes y aún hoy conserva una calle en Melilla.

Con respecto a estos «moros amigos», fue muy relevante para el imaginario colectivo la creación de los Regulares, unas unidades que resultaban muy llamativas para la población española, incluso exóticas, y que disolvían el concepto del *otro*, porque el «moro» también podía luchar por España. Tras el Desastre de Annual, el conocimiento de que muchas unidades se habían pasado al enemigo redujo su prestigio. Sin embargo, con la situación calmada volvieron a ser bien consideradas y generaban mucha expectación por su exotismo, lo que llevó a que su presencia fuera habitual en la literatura o el cine.

EL ARTE DE LA PLUMA Y LA GUERRA DEL RIF

La Guerra del Rif (1921-1927) hizo correr ríos de tinta en España y fue uno de los temas más consumidos por el público. Además de su presencia en los periódicos, se publicaron ensayos, crónicas, novelas, obras de teatro e incluso poesías que demuestran el interés por los productos culturales relativos a aquello que era noticia y que, muchas veces, animó a utilizar el conflicto como reclamo. En este sentido, lo más destacado fue el impacto en lo novelístico, con un ciclo literario que incluyó obras novedosas y vanguardistas, que no solo influyeron en la memoria de la campaña militar, sino que, además, se hicieron cierto hueco en la historia de la narrativa española.

Desde 1909, el tema marroquí, que llevaba años sin apenas influir en la literatura española, volvió al primer plano y comenzaron a aparecer obras. La mayoría de novelas eran muy maniqueas y en muchas todavía sobrevivía un orientalismo que había sido habitual en el siglo XIX, del que son buen ejemplo

obras del granadino Isaac Muñoz, como *La fiesta de la sangre* (1909), *Bajo el sol del desierto* (1914) o *Esmeralda de Oriente* (1914). Sin embargo, hubo relatos con enfoques menos reduccionistas de la realidad, como *Un sol bárbaro, muere* (1911), de Luis Antón del Olmet, novela en la que el protagonista es un rifeño que duda entre alinearse con los españoles o luchar contra ellos y en la que un uso extremo de la violencia define a ambos bandos. También daba una perspectiva diferente a la habitual *En la guerra* (1909), de Carmen de Burgos, muy crítica con el Estado español y que ponía de relieve muchos de los problemas del país. También podemos referirnos a relatos breves, como los publicados en 1914 por el médico y periodista Víctor Ruiz Albéniz: *La carga de Taxdirt* y *Bu Suifa*. A este autor se le apodaba Tebib Arrumi (el médico cristiano), porque había sido médico rural en el Rif, algo que se notó en el profundo conocimiento de su geografía, cuando lo habitual era escribir de una realidad totalmente ajena, o que, como mucho, se circunscribía a Melilla y sus alrededores. La primera versaba de la carga de caballería protagonizada por el teniente coronel Cavalcanti, mientras que la segunda era un relato «desde dentro» de la sociedad rifeña, aunque trufado de tópicos.



De arriba abajo y de izquierda a derecha: Portada de la primera edición de la novela *El blocao*, de José Díaz Fernández, publicada en 1928. Fue una novela original e insólita en el panorama narrativo de la época, así como una aportación imprescindible para reconstruir la atmósfera de la Guerra de Marruecos. Portada y contraportada de la primera edición de la novela *Águilas de acero*, de Rafael López Rienda, publicada en 1926. Está ambientada en la Guerra de Marruecos y denota claros tintes autobiográficos. Fue adaptada al cine con el título *Águilas de acero o los misterios de Tánger*, dirigida por Florián Rey en 1927. Portada de las primeras ediciones de la trilogía *La forja de un rebelde*, de Arturo Barea, publicada entre 1941 y 1946. Fue escrita durante el exilio del autor. Tuvo una exitosa adaptación como serie de televisión en 1990 dirigida por Mario Camus. Portada de la primera edición de *La Legión*, de José Millán-Astray, publicada en 1923. Con descripciones vibrantes, el autor, fundador del cuerpo, relata el origen de la Legión, la personalidad de los legionarios y el espíritu de la vida legionaria. Portada de la primera edición de la novela *La pared de la tela de araña*, de Tomás Borrás, publicada en

1924. Es una de sus mejores obras, en la que, a pesar de conocer Marruecos y ser testigo de una guerra cruel, prefirió recrear un país exótico entre la ficción y la realidad. Portada de la primera edición de la novela *Diario de una bandera*, de Francisco Franco, entonces comandante, publicada en 1922. El texto es un relato épico del sufrimiento, del compañerismo, del amor a España y a la bandera ganado con la sangre de los legionarios. Portada de la primera edición de *Los caballeros de la Legión*, del legionario Carlos Micó, publicada en 1922. Tuvo una acogida extraordinaria por parte de la crítica y fue uno de los primeros libros en hablar del Tercio. Es un texto evocador y poético escrito por un periodista que se enroló en el Tercio de Extranjeros para conocer por qué se hablaba así de aquellos hombres. Portada de la primera edición de *Notas marruecas de un soldado*, de Ernesto Giménez Caballero, publicada en 1923. La obra refleja las experiencias como soldado en el Protectorado español de Marruecos del autor, pionero del fascismo en España.

En torno a los inicios de la campaña también destacaron algunas crónicas periodísticas, por la calidad de su prosa y lo arriesgado de sus temas, entre las que podemos destacar las de Eugenio Noel, Manuel Ciges Aparicio o Carmen de Burgos[23], esta última considerada la primera mujer corresponsal de guerra en España. Los tres ofrecieron una versión trágica de la guerra, que no tenía reparo en mostrar sus aspectos más terribles, como las salvajes mutilaciones demostradas por los restos hallados en el barranco del Lobo[24]. Este tipo de trabajos tuvo que lidiar con una complicada censura, de hecho, Eugenio Noel se pasó un año en la cárcel por la crítica al Ejército en uno de sus textos. A pesar de estos ejemplos, la etapa dorada de las crónicas llegó justo después de Annual, cuando no había periódico que se preciara que no tuviera su corresponsal en Marruecos. Entre las más destacadas podemos aludir a las del político socialista Indalecio Prieto, como corresponsal de *El Liberal*; o las de Eduardo Ortega y Gasset, de *La Libertad*[25]. Ambas poseen un gran atractivo por buscar más allá de la «verdad oficial» y por ofrecer una perspectiva que no temía dejar en evidencia a los políticos o los militares, con temas como la incompetencia militar, la corrupción de la administración o los vicios de la oficialidad. Además, ambos estuvieron en Marruecos, algo que no podían decir todos los cronistas, pues era bien sabido que muchos no salían de Melilla y algunos ni siquiera de la Península. Menos conocidas, pero tanto o más valiosas, fueron las crónicas escritas por el gallego Xosé Ramón Fernández-Oxea (alias Ben-Cho-Shey) y por el catalán Josep Maria Prous i Vila[26]. Ambos destacaron por su mordacidad, humanismo y por palpar con maestría la situación de los soldados destinados a Marruecos en contra de su voluntad, desde la visión privilegiada de serlo ellos mismos, al haber sido movilizados después del Desastre. Además, poseen una notable calidad literaria y son una fuente valiosa para los historiadores. También podemos destacar crónicas de protagonistas del Desastre, como Eduardo Pérez Ortiz o

Francisco Basallo[27], que estuvieron en algunos de los principales episodios y fueron prisioneros de Abd el-Krim durante año y medio.

Todas las obras referidas poseen un gran valor para la historia e incluyen diversos testimonios que nos aportan mucha información. Sin embargo, en este sentido, ninguna se acerca al trabajo escrito más influyente para la historia, y también para la memoria, del Desastre de Annual: el *Expediente Picasso*. El informe instruido por el general de división Juan Picasso, aunque no sea una crítica, conviene recordarlo porque superó todas las expectativas de rigor y exhaustividad. Presenta una investigación precisa y cuidada que reveló, en toda su crudeza, lo que había sucedido en el verano de 1921. Este demoledor expediente, que podía haber quedado como algo interno del Ejército, fue llevado al Congreso de los Diputados por el presidente Sánchez Guerra y de ahí saltó en forma de fragmentos a la prensa, que pronto ejercieron influencia en la opinión pública. Los múltiples testimonios recogidos por Juan Picasso, con cautela y una buena metodología, nos ofrecen más información que ninguna otra fuente y hoy la historiografía sigue analizando el Desastre con el planteamiento general establecido por Picasso, lo que demuestra su validez[28].

De vuelta a la literatura, el ciclo más destacado también lo encontramos con posterioridad al Desastre de Annual, sobre todo por la relevancia adquirida por las obras de Ramón J. Sender y José Díaz Fernández. Este ciclo duró hasta llegada la Segunda República y destacó por la variedad de enfoques que se utilizó, entre los que destacaba una narrativa social como la de los autores señalados, que convivió con la típica literatura bélica de perspectiva romántica, habitualmente de ínfima calidad y que aprovechaba el telón de fondo de la guerra, que tenía tirón comercial, para historias simples de hazañas heroicas o aventuras amorosas. Este tipo de novela de corte social se preocupó mucho más por los individuos y exploraba aspectos como la condición del ser humano, el sufrimiento de los soldados, el hastío y la monotonía, la incomprensión de la guerra o los recuerdos del hogar. La consideración de la muerte como algo épico y honorable, muy del Romanticismo del siglo XIX, pero que siguió muy vigente en el XX, dejaba en estas obras paso a la idea del sinsentido, de entregar vidas en vano, lo que las suele convertir en alegatos antimilitaristas.

De las publicadas inmediatamente después del Desastre con este enfoque, la más interesante es *Notas marruecas de un soldado* (1923), de Ernesto Giménez Caballero, un relato desmitificador de la guerra y muy crítico con militares y políticos, escrito con un estilo elegante y muy cuidado. Relataba

experiencias de lo cotidiano, que su autor había vivido de primera mano al haber sido movilizado, y sin un ápice de épica. El Ejército aparecía como una «vieja máquina» que funcionaba mal; y el Rif como un territorio sin valor, «un hueso para un perro», por el que era absurdo luchar. La obra alcanzó gran relevancia, pero le generó a Giménez Caballero numerosos problemas con la censura.

Las que más trascendencia adquirieron tardaron un poco más, pues vieron la luz con la guerra ya terminada. Nos referimos a *El blocao*, de José Díaz Fernández (1928), e *Imán*, de Ramón J. Sender (1930), que nos interesan especialmente porque se acabaron convirtiendo en las más populares e influyentes, junto con la posterior *La forja de un rebelde. La ruta*, de Arturo Barea (1944), y desempeñaron un importante papel en la configuración de la memoria colectiva española acerca del tema. *El blocao* es una obra breve, compuesta por siete relatos cortos ambientados cerca de Tetuán en los que la guerra en sí apenas tiene importancia, pues no hay episodios militares y casi no se habla de ellos. Solo hay una vida en campaña caracterizada por un lento y anodino día a día, en el que el sufrimiento, la tristeza, la inhibición sexual o la sensación de abandono son características esenciales. Es una obra vanguardista que prefiguró el realismo social que cobró más peso durante la República. *Imán*, por su parte, es una novela protagonizada por un soldado aragonés que sufre el Desastre en toda su extensión y que participa en varios de los episodios más célebres del mismo. Aunque en primera persona, por lo que apenas tenemos una noción de lo que está ocurriendo más allá de lo que él percibe. En su desesperada carrera hacia Melilla se irá desgastando física y mentalmente; salvará la vida, pero queda destrozado. No obstante, no era una persona que idealizara su vida anterior, como ocurre en otros relatos, sino que ya la consideraba trágica, lo que ayuda a que el relato sea una crítica de la sociedad española de la época. El antibelicismo es muy marcado y desmitifica episodios de la campaña como la defensa de Igueriben o las cargas de la caballería del Regimiento Alcántara, que aparecen como muertes y más muertes, y muestra en toda su crudeza las barbaridades de la guerra. Ramón J. Sender ridiculiza la idea de los «héroes» a través de su protagonista, que afirma que: «Nosotros somos lo que en la prensa y en las escuelas llaman héroes. Llevar sesos de un compañero en la alpargata, criar piojos y beber orines, eso es ser un héroe»**[29]**. Su éxito llegó, sobre todo, en los años de la República y es probable que sea la obra más importante de toda la literatura en torno a Marruecos que se ha analizado aquí.

No es nuestra intención hacer un registro exhaustivo de obras, sino simplemente señalar los ejemplos más representativos. Para terminar con la novela social, aunque su antibelicismo sea menos explícito, también podemos destacar *La pared de la tela de araña*[30], de Tomás Borrás (1924), muy valorada por la crítica de entonces, en la que la toma y retirada de Xauen adquieren protagonismo y deja a un lado el recurso del Desastre de Annual, tan habitual.

Si dirigimos nuestras miradas hacia una narrativa más belicista, ninguna resulta tan característica como la protagonizada por la Legión, tan común que casi podríamos hablar de un subgénero propio, que afectó a crónicas, libros de memorias y, sobre todo, novelas. El mito de la Legión era un reclamo comercial y esta literatura contribuía a incrementarlo, lo que generaba una retroalimentación que encajaba muy bien con los deseos de Millán Astray de nutrir el halo de su unidad. Esta narrativa ayudó a la forja de una memoria heroica de los legionarios, hombres de vidas complicadas que habían llegado a Marruecos escapando de su pasado y que contribuían al bien de la patria con sus hazañas. Entre las crónicas destacó el *Diario de una bandera*, de Francisco Franco (1922), por la relevancia que luego adquirió su autor, que amplificó su difusión durante la dictadura y se convirtió en una obra de referencia para la historia y la memoria de la guerra; *La Legión*, de José Millán Astray (1923) o *Los caballeros de la Legión: el libro del Tercio de Extranjeros*, de Carlos Micó España (1922[31]). Todas ellas escritas desde dentro y con un interés por transmitir una buena imagen del Tercio.

La producción fue mucho más numerosa en cuanto a novelas, por la enorme cantidad de obras modestas y con argumentos reiterativos que trataron de aprovechar el interés de los lectores. En algunas, la línea entre realidad y ficción fue difusa, como en las *Memorias del legionario Juan Ferragut*, escritas por Julián Fernández Piñero. Estos relatos se fueron publicando como crónicas en la revista *Nuevo Mundo* e incorporaban continuamente hechos nuevos que se estaban produciendo, lo que aumentaba la sensación de que el protagonista podía ser un soldado real, pues, además, no las firmaba su autor, aunque sí lo hizo cuando se recogieron en un libro[32]. Aunque estas novelas apenas destacaron por su calidad literaria, sí lo hizo *Tras el águila del César. Elegía del Tercio, 1921-1922*[33], de Luys Santa Marina, caracterizada por planteamientos formales novedosos, por una gran riqueza lingüística y por un nivel de violencia extremo que la llevó a ser censurada en la dictadura de Primo de Rivera, en la Segunda República y en la dictadura de Franco.

Si analizamos algunos elementos generales de estas obras podemos referirnos a la habitual presencia de un protagonista más individual que colectivo, que encajaba muy bien con los ideales inspiradores de la Legión y que, poco después, entroncaron a la perfección con los ideales fascistas. El propio *Diario* publicado por Francisco Franco fue el *Diario de una bandera*, no el suyo, con lo que daba a entender esta importancia del grupo por encima de los individuos. También la violencia fue un elemento común alrededor de la Legión y los deseos de venganza generados por el Desastre de Annual facilitaron justificar un uso indiscriminado de ella. Esta violencia se podía manifestar en ejecuciones de enemigos, razias a poblados o, en contadas ocasiones, llegar a los extremos de Luys Santa Marina y ser muy explícito con las decapitaciones o el uso que les daban a las cabezas de los *moros*, con las que incluso jugaban[34]. Hasta llegó a dar descripciones, más o menos evidentes, de prostitución y violaciones, aspectos a los que no se atrevía a llegar casi ninguna obra de su tiempo. Tampoco aparecían apenas en estas obras aspectos de la violencia de la Legión hacia sí misma o hacia otras unidades del Ejército español, pues era bien conocido que, a menudo, protagonizaban trifulcas y peleas[35] y que los castigos podían ser brutales. Lo que había era una idealización de la vida en campaña, en la que los soldados, generosos y desinteresados entre ellos, confraternizaban constantemente; y también del valor de unos soldados que iban al combate con alegría, como demuestra este fragmento de Carlos Micó: «Los hombres están contentos porque van a entrar en fuego, a satisfacer su afición o su instinto combativo. La algazara, el chiste y el donaire recorren las filas»[36]; que también aparecía en crónicas como en la del propio Franco: «El día transcurre en el fuerte entre los gritos y hurras de los legionarios cada vez que “cazan” algún tirador enemigo; ¡es tan divertida la “caza” del paco!»[37]. Otro elemento muy habitual en estas obras era el oscuro pasado de los protagonistas, que enderezaban sus vidas gracias a la Legión, como le sucedía al protagonista de la novela breve *El héroe de la Legión*, de José María Carretero[38], que no solo pasó de ser un «bala perdida» a un hombre de provecho y un patriota[39], sino que, además, tuvo una meteórica carrera militar que lo llevó de soldado raso a capitán en apenas dos años.



Un sacerdote celebra misa ante el monumento en memoria de los caídos en Monte Arruit. Tarjeta postal de la época.

Esta literatura estaba además muy masculinizada, aunque eso no fue un rasgo exclusivo de la que se centraba en la Legión, sino que se puede hacer extensiva a toda la que hemos analizado. Una de las pocas excepciones es, precisamente, Carmen de Burgos, que para protagonizar su novela corta *En la guerra* eligió a una mujer española, casada con un comandante destinado a Melilla. Sin embargo, lo habitual es que el papel de la mujer fuera muy residual, comprensible, en parte, por su escasa presencia en el Ejército y porque si saltaba al primer plano solía ser por el cliché de la trama amorosa.

Versos, dramas y canciones «allá por tierra africana»

Aunque le dediquemos más espacio a la prosa, no podemos dejar de aludir a la importancia de otras manifestaciones literarias, como la poesía o el teatro, que, además, tuvieron una enorme difusión social a través de algunas composiciones particularmente populares y que se ganaron un lugar privilegiado en la memoria colectiva española.

En cuanto a la poesía, quedaron muy lejos los largos romanceros que habían alcanzado gran popularidad durante la Guerra de África y el género apenas fue más allá de composiciones de escasa calidad o de coplillas populares. Aunque hubo excepciones en forma de poemas de mayor calidad, de la mano de autores como José Echegaray, Ramón Goy de Silva o José del Río Sainz, la Guerra del Rif no supuso una marcada inspiración para los poetas españoles, como sí lo fue la Guerra Civil. Es entre la poesía popular donde encontramos ejemplos que llegaron a tener mucha difusión, aunque

más a través del boca a boca que de la letra escrita. Una de las canciones populares más conocidas, aún hoy bastante recordada, fue:

En el barranco del Lobo
hay una fuente que mana
sangre de los españoles
que murieron por España
pobrecitas madres
cuanto sufrirán
al ver que sus hijos
a la guerra van[40].

Este tipo de composiciones se movieron, sobre todo, entre el tono trágico, como la canción anterior; y el patriótico, con una fuerte exaltación nacional y del Ejército. También tuvo un papel destacado el humor, con la frecuente banalización de la guerra y sus penalidades, que permitía evadirse y reforzaba la camaradería. Un buen ejemplo es el de esta coplilla, que el soldado Josep Maria Prous i Vila recogió en su diario porque se la había oído cantar a los legionarios y que se hizo bastante popular entonces:

Abd el-Krim subió a los cielos
a pedir a Dios perdón
y le respondió san Pedro:
«¡Pídeselo a la Legión!»[41].

La presencia del líder rifeño en el cancionero popular fue muy común y una de las mejores demostraciones de la magnitud de su popularidad.

De todos modos, si hablamos de popularidad, los versos vinculados a la Guerra del Rif que más lejos llegaron en el acervo folclórico fueron dos canciones de tal éxito que aún hoy muchos españoles sabrían recitar alguno de sus versos. La primera de ellas es el pasodoble *La banderita española*, que formaba parte de *Las corsarias*, humorada cómico-lírica que se estrenó en 1919[42]. El pasodoble comenzaba con una referencia inequívoca a Marruecos: «Allá por la tierra mora / allá por tierra africana / un soldadito español / de esta manera cantaba»; pero la parte más famosa fue, con diferencia, la última estrofa:

Banderita tú eres roja
banderita tú eres gualda;
llevas sangre, llevas oro
en el fondo de tu alma.
El día que yo me muera,
si estoy lejos de mi patria,
solo quiero que me cubran
con la bandera de España.



Portada del 9 de octubre de 1921 del semanario *La Hora*, con viñeta firmada por el periodista gráfico Ricardo Martín en la que aparece un legionario herido acompañado por una mujer que le ofrece bebida. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

Su éxito fue tan rotundo que superó al de cualquier otra canción de la época. La única vinculada a la Guerra del Rif con que se puede comparar es el cuplé de 1921 compuesto por Fidel Prado Duque con música de Juan Costa Casals. Nos referimos a *El novio de la muerte*, que, tras arrasar allá donde se interpretaba, fue adoptada por Millán Astray como marcha oficial de la Legión, hasta terminar por convertirse en su himno[43]. Sus primeras líneas cuentan también con un lugar privilegiado en la memoria colectiva española:

> Nadie en el Tercio sabía
> quién era aquel legionario,
> tan audaz y temerario,
> que a la Legión se alistó.
> Nadie sabía su historia,
> mas la Legión suponía
> que un gran dolor le mordía
> como un lobo el corazón[44].

Por último, si analizamos el teatro tenemos que hablar de su decaimiento, un proceso que se venía produciendo desde finales del siglo XIX y que se aceleró por el éxito del cine, que restó valor a la dramaturgia como formato de recreación de hechos reales. La Guerra de África que comenzó en 1859 generó un auténtico *boom* en el teatro español, mientras que la campaña iniciada justo cincuenta años después apenas fue aprovechada por el género dramático. Antes de 1921, el tema más prolífico fue precisamente el cabo Noval, de cuya *hazaña* trataron obras como *El cabo Noval*[45], de Julio Sánchez Godínez; o *El cabo Noval: episodio trágico de la guerra de Melilla*[46], de Francisco Jiménez Campaña. Pero, en general, con muy poca repercusión. El Desastre de Annual, que hizo de nuevo de Marruecos el centro de atención, favoreció un pequeño repunte de obras de teatro, algunas de las cuales registraron cierto éxito. La más destacada fue *Voluntarios a Melilla. Apropósito hispanomarroquí en un acto*[47], que, según una crónica de la época, no iba más allá de una sucesión de escenas «para hacer destacar las heroicidades de los soldados que luchan en África»[48], pero que, sin embargo, había logrado ganarse al público. Acumuló 131 representaciones en Madrid en la temporada 1921-1922, en la que fue la quinta obra más representada. También destacaron *¡Responsables!*[49], un atípico y polémico drama centrado en las responsabilidades del Desastre de Annual, que camufló personajes y lugares con nombres ficticios, pero dejaba bien claras sus intenciones, pues era muy crítico con la política de la Restauración y con el Ejército; y *Prisioneros en el Rif*[50], que abordó otro controvertido tema como el de los cautivos españoles en manos de Abd el-Krim, aunque, en este caso, no pasó de ofrecer una arquetípica historia de amor.

CAPTURAR LA GUERRA EN IMÁGENES

La cultura visual en España había dado un vuelco entre los tiempos de la Guerra de África y la del Rif. Si las imágenes de la campaña militar de 1859 habían sido responsabilidad de pintores y dibujantes, las de 1909 en adelante salieron, sobre todo, de las cámaras de los fotógrafos. La evolución tecnológica, que permitía una gran versatilidad de los equipos con un coste bajo hacía muy fácil tomar capturas y, para la sociedad, se fueron convirtiendo en un complemento habitual para informarse acerca de la guerra, en especial a través de la prensa, que además vivió de la mano de la contienda un éxito sin precedentes en España. El semanario ilustrado *Nuevo Mundo* alcanzó la extraordinaria cifra de 266 000 ejemplares distribuidos poco

tiempo después del Desastre de Annual, así como tiradas tan impresionantes como los 125 000 ejemplares en 1913 o los 100 000 de la revista *Blanco y Negro* en 1920, ambos buenos ejemplo de esta calurosa acogida del público[51]. Además de la prensa, las fotografías se difundieron mucho también a través de cromos o tarjetas postales, que se vendían con frecuencia en colecciones como algo que perdurara. También era habitual colocar fotografías en lugares públicos, como en las redacciones de los periódicos, para que fuesen vistas desde la calle.

En general, la fotografía era casi siempre favorable con el Ejército español y quedó claro en 1909, cuando se solía omitir cualquier contenido que pudiese resultar escabroso y primaban los cuarteles limpios y ordenados, soldados disciplinados o escenas tranquilas de la vida en campaña. La censura establecida en julio de ese año no solo afectó a las noticias, sino también a grabados y fotografías. Baldomero Argente, de *Nuevo Mundo*, que no entendía la medida, señalaba que:

> Temen los cautos que grabados y notas depriman el espíritu nacional. Todo lo contrario: lo exaltan: una lámina trágica, despierta la ira con más vigor que cien alocuciones. El dolor no deprime el espíritu, sino en los agotados; lo instintivo es la reacción contra el mal, y en facilitarla y acrecentarla la Prensa es un decisivo factor[52].

No obstante, esto no convencía al Gobierno y, aunque de vez en cuando aparecían contenidos de cierta crudeza, como fotos de cadáveres, que superaban la censura, eran algo excepcional y algunos editores de periódicos reconocían haber reservado «fotografías de trágico relieve, esperando a que el triunfo de las armas españolas […] hiciera que lo que entonces pudo calificar la prudencia como nota deprimente, llegara a ser apreciado algún día como inspiración enérgica para todos los espíritus»[53]. Al final, y gracias, en parte, a la censura, las imágenes más célebres de 1909 fueron las de las ocupaciones del Gurugú y Zeluán, dos éxitos, mientras que las de 1921 fueron las de la posición de Monte Arruit cubierta de cadáveres, el símbolo del fracaso. El impacto fotográfico de 1921 fue incomparable, es posible que el mayor que se produjo en España antes de la Guerra Civil. Las terribles imágenes se quedaron grabadas en las retinas de cientos de miles de españoles, que pudieron imaginar con mucho más conocimiento lo que de verdad había sucedido en el Rif. Su influencia fue muy importante a la hora de incrementar el clamor por la depuración de responsabilidades y, junto con las revelaciones del *Expediente Picasso* y el problema de los primeros, fue uno de los aspectos que más desestabilizó al régimen político de la Restauración, al convertirse en crónica de su fracaso.



El cineasta Ricardo Baños, de Hispano-Films, Barcelona, filma en el campo de batalla. *Revista Nuevo Mundo*, 30 de septiembre de 1909. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

La comparativa entre ambos desastres nos lleva a pensar lo que pudo haber cambiado la memoria del Desastre de Annual con un nivel de censura mayor, por ejemplo al evitar la presencia de fotógrafos en Monte Arruit. Quizá la respuesta nos la den las operaciones de 1924, con respecto a las cuales la fotografía brilló por su ausencia, pues no se permitía ilustrar la magnitud de la tragedia. Muy diferente fue la situación desde 1925, cuando los medios se llenaron de capturas de un episodio victorioso como fue el desembarco de Alhucemas. La cobertura que se hizo a la acción fue impresionante, algo nunca visto en una operación militar, y permitió a la sociedad española acercarse de un modo especialmente veraz a lo sucedido. Hubo fotógrafos en barcos, aviones y en las playas en las que se realizó el desembarco. Entre las imágenes, destacaron los disparos de artillería desde los buques, soldados que alcanzaban la orilla y columnas en avance por las playas, también arengas de los oficiales, asaltos de casas próximas a la costa o posados de soldados. Por su parte, la censura de la dictadura se aseguró de que no llegaran fotografías que pudiesen deslucir tales operaciones.



Desembarco de Alhucemas (1929), óleo de José Moreno Carbonero. El académico malagueño, reputado retratista y pintor de temas históricos, realizó esta idealización de la operación militar del desembarco por encargo gubernamental. Museo del Prado. Dominio público.

En conjunto, las campañas de Marruecos supusieron un hito en la fotografía de guerra española, en el que participaron muchos de los grandes fotógrafos de la época, como José Luis Demaría López, alias Pepe Campúa, José María Díaz Casariego, Alfonso Sánchez Portela, Carlos Lázaro, Salvador Lázaro o Bartolomé Ros. Pese a su excelente trabajo, su fotografía fue casi siempre «de retaguardia», pues no existen apenas capturas en el frente, como sí fue habitual en la Guerra Civil, y la mayoría de imágenes que parecían retratar combates eran posados. La fotografía fue además muy utilizada con fines propagandísticos, algo favorecido por la visión acrítica que había de ella y de la facilidad para manipularla[54]. Así, sirvió, por ejemplo, para defender la labor «protectora» de España en Marruecos o con fines patrióticos, como demuestra la importancia de la bandera española, que los soldados se afanaban en colocar para la foto, algo que a veces parecía más importante que asegurar la posición ocupada[55]. La fotografía también fue relevante para difundir una imagen más realista del *moro*, ya fuese aliado o enemigo, que condicionó el imaginario colectivo.

El éxito de la fotografía quitó mucho sentido a la pintura para recrear hechos recientes y apenas hubo cuadros destacados. Ejemplos como los de Antonio Muñoz Degrain del cabo Noval o la defensa de Igueriben; o los de Mariano Bertuchi en torno a algunas operaciones militares fueron bastante excepcionales y tuvieron poca repercusión. Ni siquiera las victoriosas operaciones entre 1925 y 1927 hicieron proliferar las pinturas y son excepcionales ejemplos como el óleo *El desembarco de Alhucemas* (1929), de

José Moreno Carbonero, laudatorio con un Primo de Rivera que aparece en un torpedero de la Marina saludando a las tropas que están a punto de proceder al desembarco. Con respecto al dibujo, se siguió usando de formas diversas y fueron habituales las postales o cromos acerca de la campaña, que podían encontrarse incluso en las tabletas de chocolate. La imagen satírica tuvo un papel especial, ya que no se vio desplazada por la fotografía y fue muy distribuida a través de la prensa, lo que ayudó a mantener el abuso de los estereotipos negativos acerca de los marroquíes y dar una visión exagerada y grotesca que tenía menos alcance que en etapas anteriores por el peso de la fotografía. Esta imagen satírica también fue muy crítica con los políticos y el Ejército español, a los que se parodió con mucha frecuencia.

Junto con la fotografía, el cine fue el otro avance tecnológico clave a la hora de fijar imágenes y memorias de este conflicto. De hecho, esta fue la primera campaña militar que tuvo una presencia significativa en los cines españoles y lo hizo con fuerza en su inicio, pues en 1909 los noticiarios en las salas de proyección se convirtieron en algo habitual. Destacaron los de productoras extranjeras, especialmente Gaumont y Pathé, pero también las hubo españolas, algunas incluso de ámbito local, que financiaron filmaciones de los soldados propios para mostrar la preocupación por los paisanos destinados a Marruecos, algo que ya era habitual en la prensa local.



Cromo de Chocolates Juncosa que reproduce el hecho heroico del cabo Noval dentro de la Guerra del Rif. El industrial Evaristo Juncosa narró la historia del declive colonial español en los cromos de sus chocolates. Imagen del autor.



Los de Igueriben mueren pero nunca se rinden (1924), óleo de Antonio Muñoz Degrain. El cuadro hace referencia al episodio de 1921, cuando se había desencadenado la guerra tras el acuerdo de reparto del territorio de Marruecos entre Francia y España y las tribus rifeñas de Abd el-Krim presentaron una fuerte resistencia. El comandante Benítez se atrincheró en la ladera del monte Igueriben para proteger Annual. Tras cinco días de asedio de los rifeños, se ordenó la retirada del destacamento y la respuesta fue: «Los de Igueriben mueren pero no se rinden». Museo de Málaga. Dominio público.

El éxito de la guerra en los cines en 1909 tuvo cierta continuidad durante los años siguientes, aunque de manera mucho menos intensa, para luego repuntar con más fuerza que nunca en 1921. De nuevo, la mayor parte del pastel se la repartieron Gaumont y Pathé, con una abundante variedad temática en sus noticieros, que podían mostrar desde un acorazado disparando hasta los hospitales de la Cruz Roja, pasando por la construcción de blocaos o

la entrada de tropas españolas en alguna posición ocupada. Este cine apenas pudo hacer crítica social o del Ejército porque era el medio más afectado por la censura y los militares estaban muy preocupados por su utilización propagandística. De ello, el mejor modelo fue Millán Astray, que facilitó, e incluso promocionó, las filmaciones acerca de la unidad militar que fundó. De la manipulación propagandística del cine resulta muy revelador el testimonio del soldado Josep Maria Prous i Vila, quien afirmaba que tras 21 días comiendo solo galletas les habían llevado tres sacos de pan tierno, porque iban a hacer una grabación mientras lo repartían: «Y así nuestras familias podrán ver que no nos falta el pan de cada día». También les habían dado ropa limpia, con lo que el resultado de la grabación diferiría bastante de la realidad cotidiana de la tropa[56].

Al margen de los noticiarios, hubo algunas películas de ficción ambientadas en Marruecos, en general con poco éxito en los primeros años, salvo, quizá, *La España trágica o La narración de un soldado* (1918) de Rafael Salvador, con una parte dedicada a Marruecos, rodada en Tetuán y varias ciudades andaluzas, que fue un éxito de crítica y público[57]. Varias más conocieron el éxito después del Desastre de Annual, aunque sin ápice de las innovaciones temáticas y estéticas que hemos visto en la literatura social, al tener casi siempre tramas tópicas, que incluían una historia amorosa y un desbordante patriotismo. Destacaron películas como *Por la patria: memorias de un legionario* (Rafael Salvador, 1921), *Alma rifeña* (José Buchs, 1922), *Los héroes de la Legión* (Rafael López Rienda, 1927) o *Águilas de acero* (Florián Rey, 1927). Esta última fue, posiblemente, la más famosa e influyente, con una trama centrada en las intrigas y el espionaje en la ciudad de Tánger, pero que también se filmó en Tetuán, Axdir, Fez, Casablanca o Marrakech, lo que le dio una gran variedad de escenarios de origen real. El guion era de Rafael López Rienda, reputado escritor y corresponsal de la época, así como figura clave del cine de ficción basado en las guerras de Marruecos, pues suyo era también el guion de *Alma rifeña*, además de haber dirigido *Los héroes de la Legión*, un filme que resultó, sobre todo, una exaltación de este cuerpo militar. López Rienda apostó por un realismo que rechazaba el exotismo, pero, a la vez, por un fuerte patriotismo y exaltación del Ejército y el colonialismo españoles.



Cartel de la película, estrenada en 1918 y dirigida por Rafael Salvador, *La España trágica o La narración de un soldado*. Aquel año de 1918 había llegado a Jerez un grupo de cineastas liderado por Rafael Salvador para rodar el filme. La cinta, una de las primeras acerca del mundo del toro y el bandolerismo y que cosechó un gran éxito, presenta esa España trágica de desigualdades entre regiones, conflictividad laboral y revueltas e injusticias sociales que constituía el escenario de las primeras décadas del siglo XX. Rafael Salvador Films.

CONMEMORAR CON MONUMENTOS Y EL CULTO A LOS CAÍDOS

Desde los hechos del barranco del Lobo se insistió en la necesidad de honrar la memoria de los muertos. Aunque, a excepción de los oficiales, la mayoría no pasó de recibir homenajes colectivos o de que su nombre apareciese en las listas publicadas en los periódicos. Algunos interpretaban las muertes en Marruecos como infructuosas e injustas, mientras que, para otros, eran patrióticas y servían como modelo de virtud. El extremo en este último sentido lo representaba la Legión, por su idealización de la muerte hasta la saciedad, hasta llegar a considerarla la mayor recompensa a la que aspiraba un soldado. Cuando se producían múltiples bajas sin ningún resultado tangible

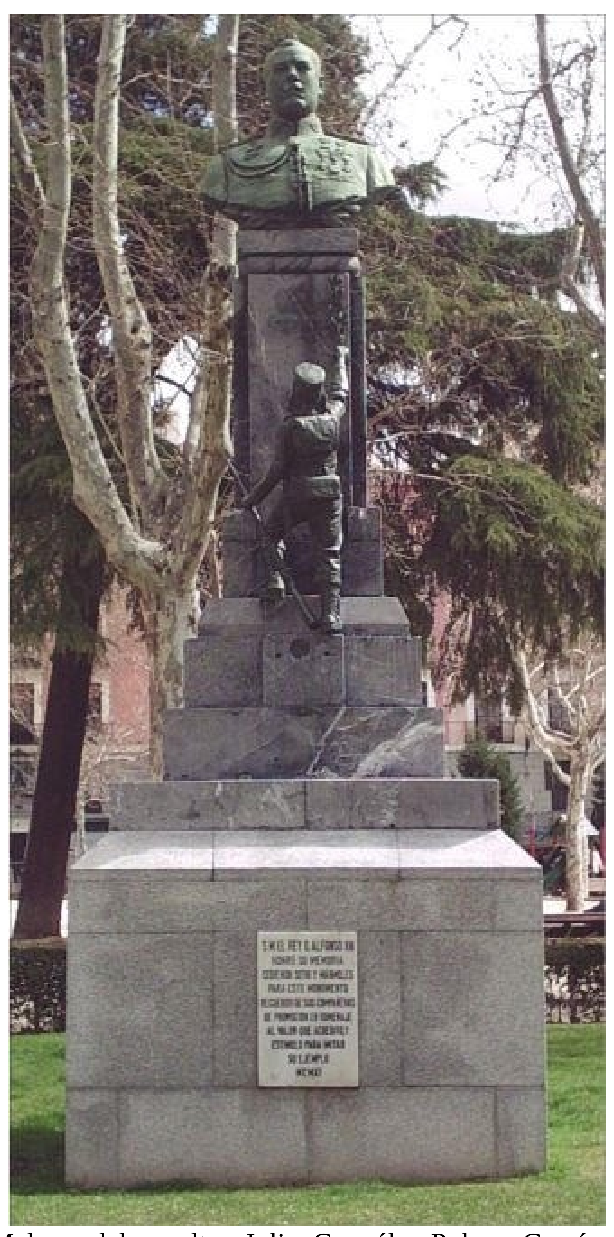
solo quedaba celebrar el sacrificio para aquellos que querían mantener encendida la llama de la guerra y los monumentos constituyeron una forma muy visual e impactante de llevar al espacio público una memoria cargada con unas connotaciones determinadas.

El inicio de la guerra coincidió con un momento álgido del monumento conmemorativo en España, en el que predominaron los de signo nacionalista o patriótico, buena parte de ellos de temática militar[58]. Por ello, no sorprende que en 1909 se iniciara la construcción de varios monumentos, como los del capitán Melgar (Julio González-Pola, 1911) y el cabo Noval (Mariano Benlliure, 1912), ambos situados en la madrileña plaza de Oriente. El primero de ellos lo costeó el Ejército, por lo que era un homenaje corporativo; mientras que el segundo, el más destacado, fue financiado con una suscripción popular encabezada por la reina, lo que ya reflejaba su carácter de monumento más popular. La efigie del cabo Noval, al igual que todo lo que se generó alrededor de su figura, sirvió para enseñar al pueblo que el sacrificio por la patria era algo digno de valor y que cualquiera, por humilde que fuera, podía llegar a ser un héroe nacional. La propia forma de la estatua reforzaba la idea, con una alegoría de la patria, una mujer con una gran bandera que envuelve al soldado.

En el propio territorio marroquí se erigieron algunos monumentos sencillos para homenajear hechos lo más cerca posible al lugar donde se habían producido, como el monolito a la famosa carga de caballería de Taxdirt de 1909. De todos ellos, el más célebre fue uno de los más humildes, una sencilla cruz de madera de varios metros decorada con coronas de laurel, levantada en Monte Arruit en 1921, al lado de la fosa donde se enterraron los cerca de 3000 muertos encontrados en la posición y sus alrededores. Este símbolo del sacrificio, en cuyo modesto altar se realizaron múltiples homenajes, fue tratado con mucho respeto, aunque a partir de cierto momento se alzaron voces que pedían su retirada, sobre todo desde el Ejército, pues lo consideraban un símbolo de la derrota a la vista de los rifeños. A esa fosa se llevaron restos de soldados de otras posiciones, aunque los que murieron más cerca de Melilla se trasladaron a la ciudad.

Melilla capitalizó la conmemoración de la Guerra del Rif, en especial en el cementerio de la Purísima Concepción. El mayor homenaje fue, sin duda, el Panteón de los Héroes de Melilla, un mausoleo concebido en 1909 cuyo recuerdo quedó ligado sobre todo al Desastre de Annual. No se inauguró hasta 1915, cuando los muertos del barranco del Lobo ya descansaban en otros lugares y solo se trasladaron algunos. Sin embargo, desde el verano de 1921,

el panteón se convirtió en lugar de continuos enterramientos, homenajes y visitas de autoridades, al tiempo que se hicieron suscripciones para rematar el monumento, que se culminó en 1925 con la colocación de un gran ángel de bronce. Durante la dictadura de Primo se trasladaron al panteón la mayor parte de los muertos del Desastre enterrados por todo el Rif, lo que incrementó aún más su valor como símbolo del suceso. En el tratamiento a los muertos de estos años podemos apreciar cierta democratización de la memoria de la guerra, aunque no al nivel de ejemplos de la Primera Guerra Mundial, como las listas de nombres de soldados muertos o los monumentos al soldado desconocido, aunque hubo propuestas en ambos sentidos. La falta de un sistema de identificación hizo imposible reconocer a los muertos y, aunque ya era tarde para cuando más falta hizo, el 17 de agosto de 1921 se decidió implantar la «Medalla de identidad del Ejército Español», para seguir el ejemplo de otros ejércitos en la Primera Guerra Mundial.



Monumento al capitán Melgar, del escultor Julio González-Pola y García, que se encuentra en los Jardines de Lepanto de Madrid. Fue inaugurado el 21 de diciembre de 1911. Ángel Melgar y Mata fue un militar español que participó en la campaña de África. Peleó en las hostilidades previas a la Guerra de Marruecos como capitán del 9.º Batallón de Cazadores de Arapiles. Murió en 1909 durante las acciones desastre del barranco del Lobo, en Melilla. Se le concedió la Cruz Laureada de San Fernando a título póstumo. Dominio público.

Después del Desastre fueron constantes los homenajes, tanto nacionales como locales, incluso en pequeñas localidades que recordaban a sus muertos. El más destacado funeral fue el del teniente coronel Fernando Primo de Rivera, enterrado con grandes honores en Melilla en octubre de 1921. Además, en noviembre de 1923, ya durante la dictadura de Primo de Rivera, fue trasladado a Madrid pasando por Málaga, un recorrido salpicado de homenajes y que incluyó la imposición póstuma de la Laureada por parte de

Alfonso XIII. Además, la sepultura fue uno de los monumentos más destacados vinculados al Desastre, ya que era obra del prestigioso escultor Mariano Benlliure. Otros monumentos reseñables fuera de Melilla fueron la estatua al comandante Benítez y a los héroes de Igueriben en Málaga, que demostraba el valor de este episodio como uno de los más fáciles de ensalzar del Desastre; o el de la duquesa de la Victoria, delante del madrileño hospital de San José y Santa Adela, que rendía homenaje a la labor de esta noble con los heridos en la campaña. El desembarco de Alhucemas, a pesar de su éxito, apenas dio lugar a monumentos significativos, aunque tuvo presencia en la estatua ecuestre de Miguel Primo de Rivera en Jerez, su ciudad natal, obra de Benlliure, que lleva en el basamento una escena vinculada al plan de operaciones previo a Alhucemas y otra a los frutos de la victoria en forma de campesinos marroquíes arando. También podemos referirnos a la estatua que se erigió en Pamplona en honor a José Sanjurjo en 1929, que derivaba, sobre todo, de su éxito en Marruecos, aunque el propio monumento no aludía a la guerra. Sí lo hizo el de la plaza de España de Melilla a la memoria de todos los soldados muertos, hecho con una suscripción iniciada después del desembarco de Alhucemas e inaugurado en 1931. Se trata de un obelisco con un soldado anónimo de bronce que mira al Gurugú. Sin ser un monumento al soldado desconocido, sí que esa figura anónima quería ser un homenaje sin nombre, un soldado estereotipado que recordara a todos los que perdieron la vida en la larga Guerra del Rif.



Remate del Panteón de los Héroes del cementerio de la Purísima Concepción de Melilla. Fue sufragado en parte con el sobrante de la suscripción nacional para socorrer a las familias de los caídos en la Guerra de Marruecos. Su construcción empezó en 1911 con piedra negra del monte Gurugú según proyecto de José de la Gándara. En 1924 se instaló la estatua de Niké, diosa griega de la victoria. Fotografía del autor.



Monumento al cabo Noval, del escultor Mariano Benlliure, ubicado en los Jardines del Cabo Noval de Madrid. Fue erigido en homenaje a la heroicidad de Noval, muerto en la Guerra de Marruecos en 1909 por avisar a sus compañeros de la inminencia de una emboscada enemiga, e inaugurado en 1912 con la presencia de Alfonso XIII. Dominio público.

Además de los monumentos, otra forma de conmemoración muy significativa por su presencia en el espacio público fue el callejero, que, habitualmente, recogía lo más destacado de los conflictos bélicos y no pocas ciudades españolas tenían una calle de Tetuán que recordaba a la victoria conseguida en 1860. Con el Desastre hubo diversos intentos por dedicar calles al sacrificio protagonizado por el Ejército. No obstante, nombres como Annual o Monte Arruit resultaban demasiado funestos y, en su lugar, se dio protagonismo a otros como el del comandante Benítez (que dio nombre a calles en Melilla, Madrid, Málaga o Barcelona); Fernando Primo de Rivera e incluso militares menos conocidos, como el capitán Félix Arenas o el teniente Diego Flomesta. En las descubiertas de estos nombres se solía exaltar el sacrificio de los homenajeados, que casi siempre habían perdido la vida en medio de una abultada representación de autoridades políticas y militares.



Monumento del escultor Coullaut Valera al capitán Félix Luis Arenas Gaspar en Molina de Aragón (Guadalajara). Fue inaugurado en 1928 en un acto solemne al que acudió el rey Alfonso XIII y parte de su gabinete.

La historia del capitán Arenas es la de un valiente soldado español que, como muchos otros, no tuvo miedo a la muerte. Fue heroica su determinación al asumir el riesgo de salvar a sus compañeros en una campaña que se sabía perdida.

Nació en Puerto Rico en 1892 porque su padre, capitán de artillería, estaba destinado allí. Aunque pronto la familia regresó a España a Molina de Aragón, de donde eran oriunda.
A los 14 años ingresó en la Academia de Ingenieros, a los 18 ya era teniente y con 21 alcanzó el grado de capitán. Se diplomó con 26 años en la Escuela Superior de Guerra. En octubre de 1913 fue enviado con las tropas que batallaban en el norte de África agregado a la Compañía de Aerostación en Tetuán.
Tras el Desastre de Annual, el capitán Arenas se encontraba en Melilla al mando de una Compañía de Telégrafos. Con sus hombres, tomó en ascenso el río Zeluán hasta la cabecera de la llanura de Beni Sidel, donde se dio cuenta de que el enemigo les cerraba el paso. Tuvo que tomar el mando de todo el ejército que se batía en retirada y, con verdadero peligro, cedió su caballo a un sargento herido para que pudieran evacuarlo. Siempre en retaguardia, Arenas fue sosteniendo el empuje moro hasta retirarse a Tistutín y a Monte Arruit. En la defensa del primero, ya había demostrado valor y genio militar. Dirigió con templanza la retirada al valle y, muy próximo ya al refugio de Monte Arruit, cayó muerto de un balazo en la cabeza.
En 1924 le fue concedida a título póstumo la Cruz Laureada de San Fernando. Dominio público

CONCLUSIONES

A lo largo de las páginas de este capítulo hemos podido ver cómo durante la Guerra del Rif se percibió lo que estaba sucediendo en Marruecos de determinada manera, condicionada por diferentes factores, y que tal percepción fue fundamental en la definición de la memoria colectiva española en torno a la campaña. La forma de ver lo que sucedía respondió, en buena medida, a la evolución de los medios de comunicación, los modos de representación, las tendencias artísticas y la evolución política y social. La imagen nos ofreció uno de los mejores ejemplos. Los grabados, dibujos o pinturas fueron comprobando que la progresiva aparición de la fotografía les «comía el terreno». Era muy distinto imaginar un hecho a través del pincel de un artista que hacerlo a través de una fotografía, pues esta dejaba menos espacio a la imaginación. Durante la Guerra de África las representaciones visuales habían sido muy importantes, pero su relevancia no estuvo a la altura de la de los textos, como el célebre *Diario de un testigo de la Guerra de África*, de Pedro Antonio de Alarcón. Sin embargo, para el Desastre de Annual, las capturas de los fotógrafos resultaron tanto o más importantes que las descripciones escritas a la hora de transmitir a los españoles la magnitud de hechos tan desgraciados como el de Monte Arruit. La censura primorriverista tomó buena nota de lo sucedido entonces y de los restos de los caídos en la retirada de Xauen que se recuperaron en las operaciones posteriores o bien no se hicieron fotografías o bien no se difundieron.

Este recorrido ha tenido limitaciones y, por ejemplo, no hemos profundizado en las memorias personales, que resultan más difíciles de rastrear, aunque se puede hacer gracias a fuentes como la correspondencia. No obstante, nos hemos podido acercar a la producción escrita y visual más destacada a la que estuvieron expuestos los españoles de la época y que, necesariamente, tuvo que condicionar su forma de pensar y recordar lo que había sucedido en la guerra de su país en territorio norteafricano. También hemos podido examinar los principales referentes de esta memoria, tanto los hechos históricos y su interpretación, como los personajes más célebres y recordados; así como el modo en que mecanismos de manipulación de la opinión pública, como la propaganda o la censura, operaron para llevarla de la mano hacia determinadas visiones.

Es indudable que la Guerra del Rif se hizo mucho hueco en la memoria colectiva española durante el primer tercio del siglo XX, un eco que se ha ido apagando con el paso de las generaciones, pero que se mantiene vivo por todo lo que aquel conflicto supuso para España. Durante la Segunda República decayó el interés, aunque la cercanía a los hechos y el éxito de obras literarias como *Imán* o *El blocao* ayudó a que siguiera siendo algo ampliamente conocido. En la dictadura de Franco la situación fue distinta, porque el régimen potenció mucho la memoria de la guerra, pero muy especialmente la parte vinculada a Franco, a la Legión o a los militares africanistas. Además, el Protectorado y la ayuda marroquí durante la Guerra Civil favorecieron que los temas de Marruecos tuviesen una notable vitalidad, pero eso cambio desde la independencia del sultanato en 1956, cuando el régimen perdió el interés y el olvido comenzó a ganar terreno. Desde la Transición, el interés por la Guerra del Rif ha sido relativo; interesa de forma notable a los aficionados a la historia militar, lo que ha generado cierta producción divulgativa. En el mundo académico ha sido un tema secundario de estudio, aunque por suerte en las últimas dos décadas el incremento de los estudios ha sido considerable. Mientras que en el ámbito social ha tenido muy bajo impacto, en parte por el poco interés en la creación de productos culturales con verdadera repercusión, a pesar de que el conflicto parece lo suficientemente atractivo para que esto no fuese así. Quizá el centenario del Desastre, que, sin duda, favorecerá una recuperación de su memoria, ayude a que el conocimiento acerca del suceso haga honor a la decisiva importancia que tuvo en la historia de España.



Fuerzas españolas posan ante los cañones de artillería pesada de 150 mm. Archivo de Jorge Bosch Díaz. Colección Sánchez Vigil.

[…] En este modestísimo trabajo, me propongo que quienes sigan la profesión periodística gráfica conozcan y aprendan como en momentos en que el corazón trata de contagiar su sensibilidad emotiva a la máquina fotográfica para paralizarla, el repórter o quien aspira a serlo debe templar su alma, controlar sus nervios y aprovechar esa emoción que sentimos dentro para transmitirla a la placa. Es así como nuestra misión es eficaz. Es así como las lágrimas que escapaban de mis pupilas, cuando en aquel día inolvidable me encontré frente a frente con los prisioneros escuálidos y rotos, fueron las mismas que más tarde vi salir a quienes contemplaban las fotografías de ellos por mí obtenidas[1].

Alfonso Sánchez Portela, fotógrafo

11

LA FOTOGRAFÍA: DE LA GUERRA DE ÁFRICA A LA GUERRA DEL RIF (1859-1927)

Juan Miguel Sánchez Vigil

INTRODUCCIÓN

La fotografía de guerra en España, como paradigma del fotoperiodismo, inició su andadura en la contienda africana de 1859-1860, apenas tres años después del final de la Guerra de Crimea (1853-1856) entre el imperio ruso y el reino de Grecia, uno de los primeros conflictos internacionales en los que estuvieron presentes reporteros gráficos. En las sucesivas contiendas de Marruecos, la fotografía mostró todas las caras de la guerra, en positivo y en negativo, y su evolución permitió pasar de una función meramente documental entre 1860 y 1893, a la informativa, con la presencia de periodistas y reporteros gráficos en los lugares donde se producía la noticia.

La proximidad, la cercanía de las tropas solo fue posible cuando los avances técnicos lo permitieron, con cámaras de menos peso y rollos de celuloide. La tipología de imágenes reproducidas en la prensa desde mediados del siglo XIX, así como las conservadas en instituciones públicas y privadas, responde a tres modelos: el primero en la Guerra de 1860 como recurso ilustrativo para los grabados con tomas estáticas debido a los recursos técnicos y con los fotógrafos en el rol de observadores; el segundo en la Guerra de Margallo de 1893 como recurso documental, aplicado mediante el fotograbado directo, con los profesionales actuando de notarios; y el tercero a partir de la Guerra del Gurugú o del barranco del Lobo en 1909, desarrollado en las dos décadas posteriores como recurso expresamente informativo y en el que los fotógrafos pasaron a ser reporteros gráficos con imágenes de impacto y reconocimiento social.

Más allá de la teorización y de las herramientas, el núcleo de la fotografía es el autor, a cuya visión personal se deben los fragmentos de historia. Muchos de los reporteros gráficos, al igual que los periodistas, escribieron

memorias, crónicas y ensayos a partir de sus experiencias. En sus creaciones quedó el patrimonio y la denuncia, la euforia y la frustración. El gran Alfonso Sánchez Portela (Alfonsito), con tan solo 19 años, describió en 1922 la aventura del encuentro y entrevista con Abd el-Krim y los prisioneros de Annual y Monte Arruit en el inédito «Al fin en el campo enemigo», al igual que hizo Luis de Oteyza en *Abd el-Krim y los prisioneros* para la editorial Mundo Latino.

Además de los fotoperiodistas, hubo otros protagonistas que trabajaron en retaguardia como retratistas de estudio que desarrollaron una actividad profesional que generó miles de imágenes, las cuales, aun no siendo de operaciones militares, deben considerarse documentos gráficos de guerra, como lo son también las fotos tomadas por aficionados. Entre ellas, las de los propios soldados, jefes y oficiales, sobre todo a partir de la segunda década del siglo XX cuando Kodak comercializó cámaras de fácil manejo y tamaño reducido que los militares llevaron con sus enseres.

Entre 1893 y 1927, año del final de la Guerra del Rif, no dejaron de publicarse imágenes de los sucesivos conflictos, incluso en aquellos meses en los que la información fue menos intensa durante la campaña del Kert (1911-1912), la toma de Anyera (1916) o los enfrentamientos en Kudia Rauda (1919), si bien el mayor número de fotos se captó en la Guerra del Gurugú (1909-1910) y tras el Desastre de Annual, incluido el desembarco de Alhucemas. Las fotos cuantificadas en los principales diarios y revistas de tirada nacional se aproximan a 10 000 entre 1893 y 1927.

La revista con mayor número de ilustraciones fue *Mundo Gráfico* con casi 3000, gran parte entre 1921 y 1925; *Actualidades* y *Nuevo Mundo* superaron las 500 reproducciones tan solo en 1909, *Blanco y Negro* reprodujo 1300 fotografías entre 1893 y 1927 y *Nuevo Mundo* 2000 entre 1909 y 1927. En cuanto a los diarios, *ABC* fue el más prolífico con 1100 imágenes, más de la mitad del Desastre de Annual y sus consecuencias. La comparativa entre el número de imágenes publicadas en los conflictos de 1909 a 1920 (4364 fotos) y de 1921 a 1927 (5147) arroja una diferencia de un millar a favor del segundo periodo, con casi 4000 entre 1921 y 1925.

LA GUERRA DE 1860

La tecnología fotográfica en 1860 no permitía las tomas en los frentes de batalla debido a las limitaciones en cuanto al volumen y peso de las cámaras, los objetivos y las placas, así como a las dificultades para preparar los

líquidos de revelado y positivado en los laboratorios ambulantes. A pesar de ello, el escritor y periodista Pedro Antonio de Alarcón contrató al fotógrafo Enrique Facio y llevó entre sus pertenencias una máquina, como narró en el prólogo de *Diario de un testigo de la guerra de África*:

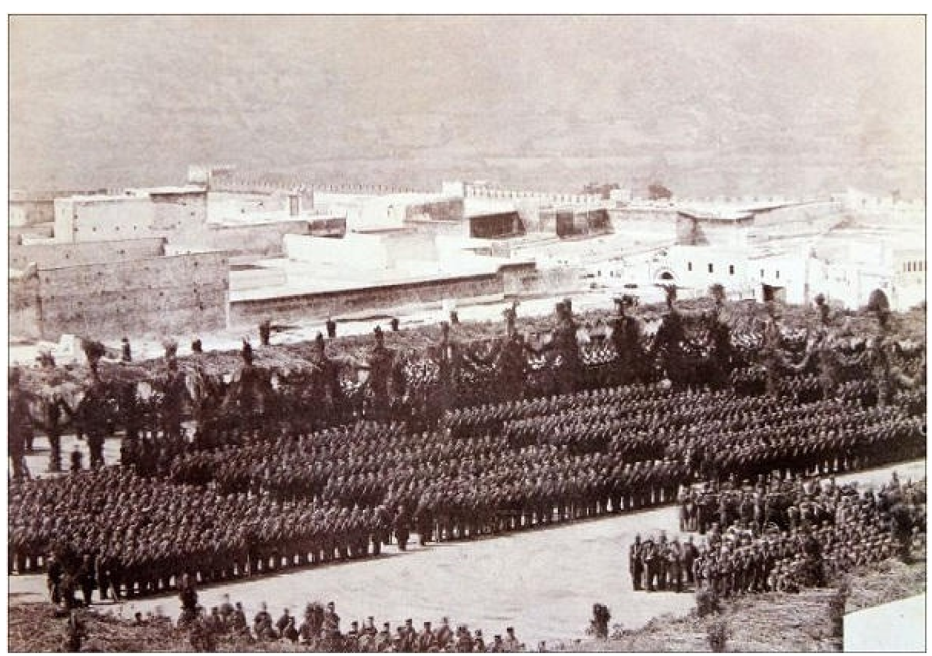
> Otro preparativo mucho más singular llevé a cabo en Málaga, que me costó bastante dinero y no me dio al fin gran resultado en África. Tal fue la recluta que hice de un fotógrafo, con su máquina y demás útiles de arte, mediante un ajuste alzado, a fin de sacar panoramas de los terrenos que recorreríamos, retratos de cristianos, moros y judíos, y vistas de las ciudades que conquistásemos. Cábeme la gloria de que aquel aparato fotográfico, llevado por mí al imperio de Marruecos, fuese el primero que funcionara en él, así como tengo a dicha el haber sido yo también el primero que utilizó en aquella tierra el nobilísimo arte de la imprenta, publicando, como publiqué un periódico en Tetuán, según se refiere más adelante […] En cuanto a la fotografía tuve que desistir de mis esperanzas a poco de acampar en Sierra-Bullones, pues las continuas lluvias y otros contratiempos me demostraron que era casi imposible sacar vistas en aquellos parajes y circunstancias[2].



Enrique Facio. El Serrallo de Ceuta, 1860. Archivo de Palacio (Patrimonio Nacional).

Facio[3], pintor y fotógrafo de origen italiano, desarrolló su actividad en Málaga desde mediados del siglo XIX. En 1857 figuraba en el padrón de la localidad con estudio en el número 4 de la calle Siete Revueltas. *El Museo Universal*, editado por Gaspar i Roig, empleó algunas de sus fotografías para la elaboración de los grabados que ilustraron las crónicas de guerra, especialmente retratos de estudio de los jefes y oficiales, y el 15 de enero de 1860 reprodujo una vista del Serrallo de Ceuta. En la colección de *cartes de visite* de Alarcón, que conserva la Fundación Lázaro Galdiano, se encuentran varios retratos de personajes relacionados con la Guerra de África: el general O'Donnell, Muley el-Abbas, Carlos Navarro Rodrigo, corresponsal de *La*

Época, y los dibujantes Charles d'Iriarte y José Vallejo Galeazo, autores de las ilustraciones del *Diario de un testigo de la guerra de África*.



Enrique Facio. Tropas en Ceuta. Archivo de Palacio (Patrimonio Nacional).



Los generales O'Donnell y Prim. *Cartes de visite* de Jean Laurent. Colección Sánchez Vigil.

Otro fotógrafo que tomó imágenes del conflicto fue el cordobés José Requena López[4], militar de carrera, miembro de la Sociedad Fotográfica de Cádiz y experto en litografía. Su estancia en Ceuta se documenta desde el 26 de noviembre de 1859 y participó en los combates de Samsa, Castillejos, Tetuán y Wad Ras. En 1861 compuso el álbum *Trages y costumbres de*

Tetuán[5], del que regaló un ejemplar a la reina Isabel II, con 50 fotografías de vistas y retratos, 15 de ellas acerca de la Guerra de África: oficiales de Mallorca, Bailén, Soria y Aragón y vistas de Ceuta y Tetuán.

En los estudios se generaron miles de retratos, con paradigma en el del reputado Jean Laurent, que incluyó en su *Catálogo de los retratos que se venden en casa de J. Laurent* (1861) a 13 generales: Leopoldo O'Donnell, Juan Prim, Antonio Ros de Olano, Rafael Echagüe, Juan de Zavala, José Antonio Turón, Félix Alcalá Galiano, José MacCrohon, Diego de los Ríos, Tomás Cervino, Domingo Dulce, Carlos María de Latorre y el duque de San Lorenzo. Los ofertó también en el catálogo de 1863, junto con los de la familia real, y el 15 de noviembre de 1867 anunció en *La Correspondencia de España* la venta de reproducciones a la albúmina del cuadro del general O'Donnell pintado por Joaquín Sigüenza entrando victorioso en Madrid a su regreso de la batalla de Tetuán: «Es una fotografía de gran tamaño cuya ejecución honra al Sr. Laurent y constituirá un precioso cuadro de alta y elocuente importancia histórica que gracias a la fotografía se pone al alcance de las fortunas de todos los amantes de las glorias nacionales».

La censura de textos e imágenes de guerra se realizó a partir del 12 de noviembre de 1859, cuando el Ministerio de Gobernación ordenó a los gobernadores civiles de cada provincia la retirada de las publicaciones susceptibles de atentar contra la seguridad del Estado, o que afectaran en cualquier medida al Ejército[6]. El objetivo era evitar observaciones y visiones negativas de las decisiones o actuaciones militares o políticas, así como el control de aquellos datos que facilitaran información al enemigo acerca de las acciones y lugares en las que estas se llevaban a cabo, o bien del estado físico o anímico de la tropa.

LA CAMPAÑA DE 1893

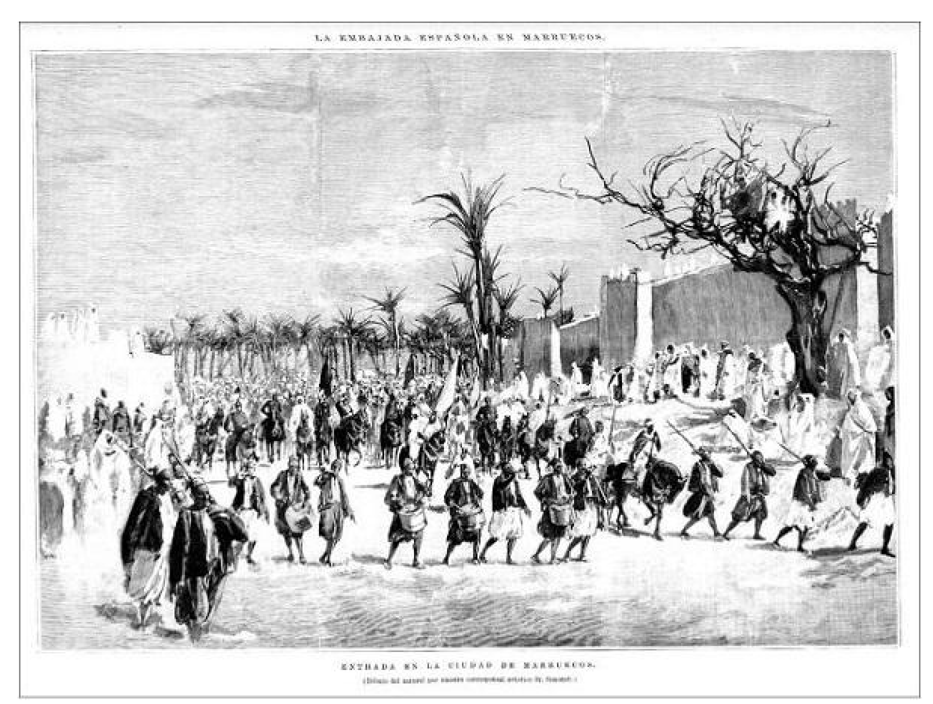
A partir de 1880 se produjo un cambio radical en la fotografía al contar con placas secas al gelatinobromuro, emulsionadas de fábrica y, por tanto, listas para su montaje en los chasis y la toma inmediata. Por otra parte, a comienzos de la década de 1890 se fundaron las dos primeras revistas ilustradas de gran tirada: *Blanco y Negro* (1891) y *Mundo Gráfico* (1894), que abrieron una nueva vía de comunicación y difusión a través de páginas específicas que se denominaron, genéricamente, «actualidad gráfica».

El análisis de la prensa de la época nos permite conocer los corresponsales que partieron hacia Marruecos nada más declararse la guerra. Prácticamente

todos los diarios de tirada nacional enviaron informadores, pero no hubo apenas fotógrafos. La información gráfica se dio, fundamentalmente, en las revistas ilustradas, si bien todavía predominaba el dibujo sobre la fotografía, no solo por la falta de reporteros, sino por los costes de producción de los grabados. La guerra del 93 contó con tres autores de excepción: Manuel Compañy, Francisco Monserrat y Francisco Echagüe, el primero prestigioso reportero madrileño y los otros dos jóvenes militares de familias vinculadas al Ejército. Junto con ellos, la figura del dibujante Enrique Simonet, enviado especial de *La Ilustración Española y Americana*, que empleó sus propias fotografías para elaborar las ilustraciones.

No fue fácil obtener fotografías de la guerra, tampoco de los tipos marroquíes, no solo por la falta de recursos o por las limitaciones técnicas, sino por una cuestión cultural ante la creencia de que al obtener la imagen se perdía parte del alma, como indicó José Boada Romeu, corresponsal de *La Vanguardia* en Melilla:

> Los moros son enemigos por temperamento, y aun por prescripción coránica, de toda clase de dibujos que reproduzcan ya personas, ya objetos. Creen que al grabar en el papel la imagen de lo dibujado, se le roba al objeto parte de su esencia. Así se explica se hallen todos los monumentos musulmanes, con rarísimas excepciones, desprovistos de dibujos de seres animados e inanimados. Temen a una máquina fotográfica más que a un fusil, y en su ignorancia confunden cualquier objeto de forma cuadrada con la máquina, como dicen ellos, siendo objeto su vista de manifestaciones de desagrado y de que vuelvan la espalda cuantos moros se hallen en las inmediaciones[7].



Entrada de la Embajada en Marrakech, por Simonet. Ilustración a partir de fotografía. *La Ilustración Española y Americana*, 28 de febrero de 1894. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

En la Biblioteca Nacional de España[8] se conserva el álbum titulado *Melilla 1893 a 1894*, elaborado por la fototipia Henrich y Cía (Barcelona), compuesto por 24 albúminas que reflejan el tipo de imágenes al uso. Los documentos recogen trabajos realizados por los ingenieros del Ejército en las posiciones españolas para proteger los asentamientos, garantizar su defensa y ampliar los sistemas de comunicación. Los temas son diversos: fuertes, puentes, campamentos, trincheras, baterías y caminos. Sin duda, fueron realizados por un profesional, dada la calidad y las impecables composiciones.

La mirada amable de los grabados en la prensa delata que la información gráfica fue censurada. Sin embargo, desde el oficialismo, las quejas por las informaciones falsas fueron constantes. El Gobierno aplicó la ley de Policía e Imprenta de 26 de julio de 1883 y, a partir del 23 de octubre de 1893, la previa censura «para rectificar los hechos falsos». Martos de la Fuente, periodista del diario conservador *La Correspondencia de España*, escribió el 19 de octubre: «Algunos parece que nos consideran como enemigos de España y que se guardan de nosotros más que de los moros». La censura se endureció en diciembre, días después de que una comisión de periodistas acordara solicitar a los militares las líneas rojas acerca de la información. El 4 de diciembre, Martínez Campos dictó un bando del que dio referencia toda la prensa, en el que advertía de que serían pasados por las armas como reos de

traición o delito contra el derecho de gentes todos aquellos que contraviniesen sus órdenes. Varios periodistas abandonaron Melilla, unos por no arriesgarse a ser detenidos y otros como protesta. Martínez Campos autorizó después a que cada corresponsal telegrafiase por cable ochenta palabras diarias con el resumen de los acontecimientos[9].

Manuel Compañy: pionero del reporterismo de guerra

Nada más estallar el conflicto de 1893, Manuel Compañy, popular retratista y reportero gráfico de la revista *Blanco y Negro*, envió a uno de sus empleados a Melilla, el operador Vicente Vázquez, y él se incorporó en noviembre. En la sección «Actualidades» salieron las primeras ocho fotos con un pie común: «Crónica artística, fotográfica y literaria de los sucesos de Melilla». El sábado 28 de octubre se reconocía el interés de los lectores por las imágenes: «El número de hoy obtendrá seguramente tan buen éxito como el anterior, por los curiosos grabados que publica, reproducidos de las fotografías remitidas por sus corresponsales especiales en Melilla y por el reputado fotógrafo Sr. Compañy». El 4 de noviembre, *Blanco y Negro* publicó en portada el retrato del general Manuel Macías, sucesor de Margallo, realizado en el estudio de Fernando Debas[10] y en el interior ocho fotografías de la firma Compañy; dos semanas después, la revista anunciaba un aumento de la tirada a 40 000 ejemplares.

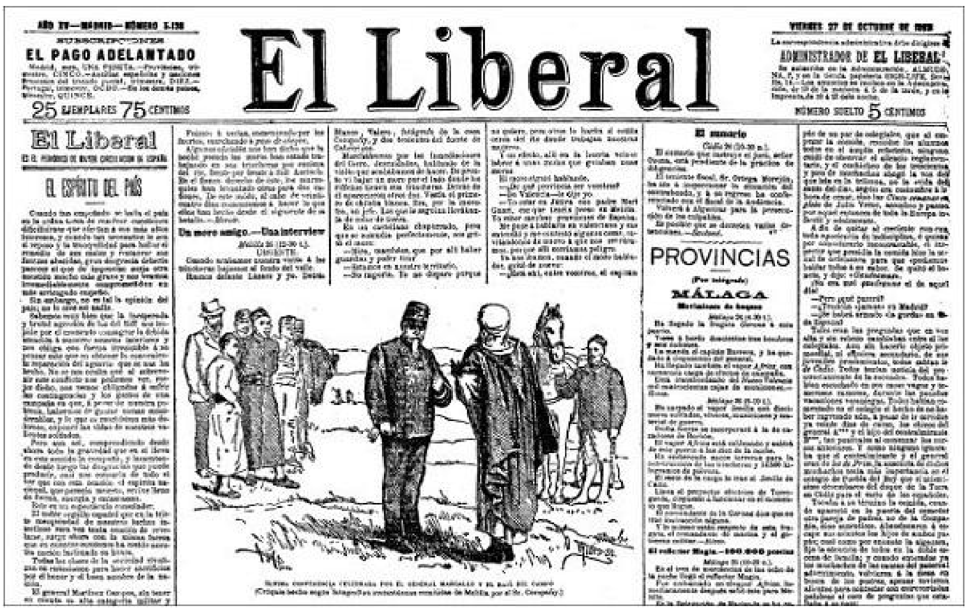


Compañy. Operaciones en Rostrogordo y Horcas Coloradas. *Blanco y Negro*, 2 de diciembre de 1893. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

El 2 de diciembre, Compañy publicó una serie de imágenes del frente: «Avanzadas de Rostrogordo», «Atrincheramiento en horcas coloradas» y «Trincheras de Horcas Coloradas», que ilustraron un artículo de Luis Bermejo, y en el número del día 9 aparecieron las primeras fotos de heridos que causaron gran impacto social y, en consecuencia, mayor demanda, porque

se anunció un nuevo aumento de la tirada a 42 500 ejemplares. Las imágenes que Compañy envió desde Melilla sirvieron también de referencia para la elaboración de los dibujos y grabados de línea que ilustraron las crónicas de Luis Morote en *El Liberal*. El 16 de octubre el periodista escribió[11]:

> El fotógrafo que ha enviado Compañy [Vicente Vázquez] ha obtenido ya una porción de instantáneas, sorprendiendo a los moros en un instante en que no estaban apercibidos para la defensa contra la fotografía. Porque eso sí, sienten una repugnancia invencible a que los saquen a la vergüenza pública, como ellos entienden que es el retrato. Hoy, estando sentado con Domingo Blanco y con Oliver a la puerta de un café, entre moro y turco, rifeño y español, ha obtenido varias instantáneas.



EL PAGO ADELANTADO

25 EJEMPLARES 75 CÉNTIMOS

El Liberal

NÚMERO SUELTO 5 CÉNTIMOS

El Liberal

EL ESPÍRITU DEL PAÍS

Un moro amigo.—Una interview

El sumario

PROVINCIAS

MÁLAGA

Conferencia entre el general Margallo y el bajá. Ilustración a partir de fotografía de Compañy. *El Liberal*, 27 de octubre de 1893. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

Gracias a las ilustraciones y a las constantes alusiones que los periodistas hicieron de su intensa actividad, Compañy alcanzó mucha popularidad. Ricardo de la Vega elogió su presencia en las primeras líneas de combate y le citó en el poema cómico «El Kaid de Anyera»[12]:

> Alah no puede vernos ni pintados
> por eso odia a Compañy y a su raza,
> porque nos saca a relucir de pronto
> con sus fotografías instantáneas.



Compañy. Melilla vista desde el vapor Rabat. Albúmina reproducida en *Blanco y Negro*, 28 de octubre de 1893. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

En enero de 1894 fue acreditado por los militares para acompañar a la Embajada de Marrakech, con objeto de facilitar más imágenes para *El Liberal*, noticia recogida por *El Correo Militar* el 18 de enero: «*Isla de Luzón* saldrá está noche para Melilla, llevando al capitán Sr. Álvarez […] Telegrafían de Tánger que se ha concedido permiso al Sr. Compañy para que acompañe a la embajada». Sin embargo, el diario no publicó esas imágenes y el último dibujo a partir de sus fotos salió el 2 de enero de 1894 con el título: «De un viaje a Tánger. El mercado».

Una parte de aquellas fotografías fueron reproducidas en una serie de cuadernos y en un extraordinario álbum conservado en el Archivo del Palacio Real, de gran valor por ser pieza única. Los cuadernos, compuestos por una serie de 5 unidades editadas por Hauser y Menet, con 12 fotograbados cada uno, fueron anunciados el 4 de diciembre de 1893 en *El Liberal*: «Melilla. Episodios del natural. Álbumes de 12 vistas a 1,50 pesetas. De venta en todas las librerías de España». Fueron comercializados por la Librería Gutenberg de J. Ruiz y Compañía (calle Príncipe, 14 de Madrid), en formato tarjeta postal**[13]**.



Compañy. «Misa de campaña en Victoria Grande». Álbum de Melilla dedicado a la infanta Isabel de Borbón, con imágenes tomadas en 1893 y positivadas en 1899. Archivo de Palacio (Patrimonio Nacional).

En cuanto al álbum, fue elaborado para la infanta Isabel de Borbón en 1899 a petición del conde de la Corzana. Se compone de 40 fotografías con los siguientes temas: vistas de Melilla y alrededores, retratos de los generales y jefes moros, así como escenas de la contienda[14]. De especial interés son los retratos de los generales Margallo, uno de ellos *posmortem*, y Martínez Campos, el zafarrancho de combate a bordo del crucero Conde de Venadito, las conferencias entre las representaciones oficiales de ambos países, la construcción del puente sobre el río Oro, las avanzadas en campo enemigo y una imagen del capitán Francisco Ariza y su guerrilla paramilitar compuesta por presidiarios. Algunas de estas imágenes fueron reproducidas mediante fotograbado directo en *Blanco y Negro* y por dibujo en *El Liberal*.

Francisco Monserrat: fotógrafo aficionado

El oficial del cuerpo de sanidad militar Francisco Monserrat Fernández realizó un interesante conjunto documental que se conserva en dos colecciones particulares. Antonio Gómez Andrés[15] encontró un grupo de negativos en un terreno de su propiedad situado en la zona de la Marina Alta de Alicante, compuesto por tres grupos de placas en soporte vidrio y diferente formato: 6 × 15 (estereoscópicas), 10 × 15 y 13 × 18 cm. Varios de los negativos estereoscópicos coinciden con los positivos de la colección Sánchez Vigil, compuesta por 74 imágenes numeradas y con explicación del tema

(albúminas sobre cartón con cenefa y línea roja), tres de ellas con información al dorso, lo que permitió conocer la autoría. La característica principal en cuanto a los contenidos es la diversidad: vistas generales y parciales de los campamentos, tipos de la zona, instalaciones, edificios, obras públicas, construcciones, cementerios, transportes, actividades de la vida cotidiana, fuertes, cuarteles, soldados españoles, áscaris y vistas de Melilla.



Francisco Monserrat. Guerra de África, 1893. Fuerte de San Lorenzo, tienda del general Martínez Campos y campamento en las afueras de Melilla. Tarjetas estereoscópicas.

Francisco Echagüe: la embajada de Martínez Campos

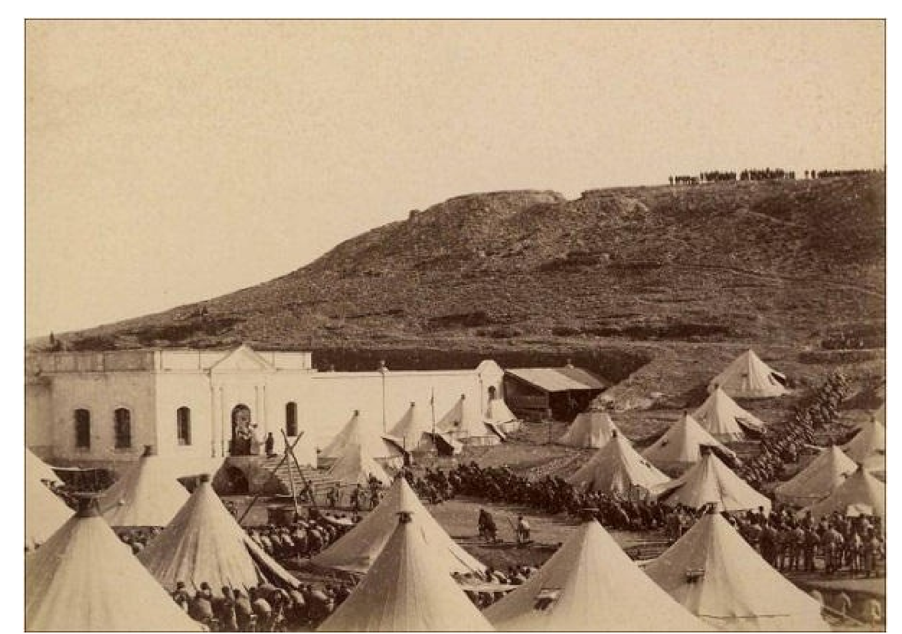
El Gobierno Sagasta envió al general Martínez Campos para que pacificara la zona y llevara a cabo gestiones diplomáticas con el sultán Muley Hassan. La Embajada española fue documentada fotográficamente por Francisco Echagüe

Santoyo, entonces capitán de ingenieros[16]. El 18 de enero de 1894 el general y su comitiva embarcaron en Melilla en el crucero Conde de Venadito con rumbo a Mazagán, donde arribó el día 22. Acompañado por los corresponsales de prensa se dirigió hacia Marrakech y se instaló en el palacio de la Mamounia.

Los acontecimientos fueron descritos en la prensa con profusión de detalles. Destacaban las crónicas de Rodrigo Soriano para *La Época*, que recogió después en el libro *Moros y Cristianos. Notas de viaje*[17]. Echagüe realizó un centenar de placas de las que una parte fue reproducida en *Recuerdo del viaje de la Embajada Española en 1894* y en *La Ilustración Española y Americana*[18]. Se trata de una carpeta con 40 láminas en formato 20 × 25 cm en las que se reproducen 111 fotografías de diferentes formatos, desde 18 × 24 a 4,5 × 6 cm. En cuanto al contenido, se centra en la actividad militar y en la sociedad marroquí, con estampas populares, arquitectura, monumentos, fiestas, etc. Las fotografías constituyen un documento excepcional, no solo por la función específica que cumplen como documento e información de guerra, sino desde el punto de vista geográfico, antropológico y etnográfico. Por su participación en la embajada fue condecorado con la medalla de Caballero de Carlos III[19]. En el Archivo Histórico Militar de Madrid[20] se conserva una colección de 49 albúminas acerca de la Embajada, en su mayoría de temas militares (solo 15 son vistas, paisajes y tipos), que es probable que fueran realizadas por Francisco Echagüe.



Campamento de *El Imparcial*. Ilustración de *Recuerdo del viaje de la Embajada Española en 1894*, de Francisco Echagüe (Lámina 15).



Melilla. Misa de campaña. Cementerio nuevo, 1893. Archivo Histórico Militar. Sig. FO7053.

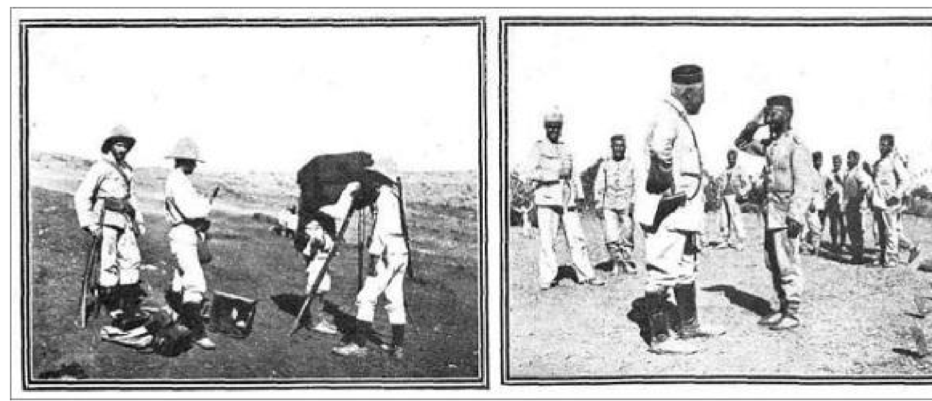
LA GUERRA DEL GURUGÚ

La Guerra de 1909 fue la primera a la que acudieron los reporteros gráficos de manera masiva. La prensa movilizó a los jóvenes fotógrafos que despuntaban en los diarios y semanarios ilustrados, lo que demostraba la fuerza comunicativa de la imagen. En aquella contienda se curtieron muchos de los que después cubrieron la información relativa a los sucesos del Rif y, posteriormente, la Guerra Civil de 1936. Además de las fotos informativas y de las oficiales tomadas por el Ejército, entre ellas las topográficas y las aéreas, se abrieron y desarrollaron otras tres vías de captación y difusión: los retratos de estudio, que proliferaron masivamente; las tarjetas postales, objeto de colección desde principios del siglo XX; y los libros y álbumes ilustrados.

Los estudios fotográficos se vieron desbordados debido a la recluta de soldados. Tanto en los puntos de origen como en los de destino se generaron miles de retratos de jóvenes que, si bien en principio tenían una función meramente privada, se convirtieron en testimonio y memoria social. Estos retratos, generalmente en formato tarjeta postal (10 × 15 cm) llenaron álbumes, colgaron de las paredes y adornaron aparadores y mesillas y en sus reversos quedaron palabras de amor, resignación, miedo o despedida.

Fotografías oficiales

En la contienda del Gurugú, el Ejército realizó tareas fotográficas con el objetivo concreto de conseguir información. Esa misión correspondió a la Brigada Obrera y Topográfica del Estado Mayor, que empleó las imágenes para sus estudios del terreno y para la elaboración de la cartografía. Portaban cámaras de gran formato, trípodes, cajas con chasis y negativos en soporte vidrio, además de los complementos, entre ellos diversos objetivos. Una selección de sus trabajos se publicó en la carpeta *Vistas panorámicas de las campañas del Rif*[21], compuesta por 93 fotografías en 39 láminas sin texto introductorio, reproducidas en dípticos y trípticos de 18 × 24 cm. Otro servicio militar fue el Depósito de Guerra, dependiente del Cuartel General del Ejército de Operaciones de Melilla, que contó con un taller de fotografía formado por un sargento, tres cabos y cuatro soldados, mandados por el teniente Ramos.

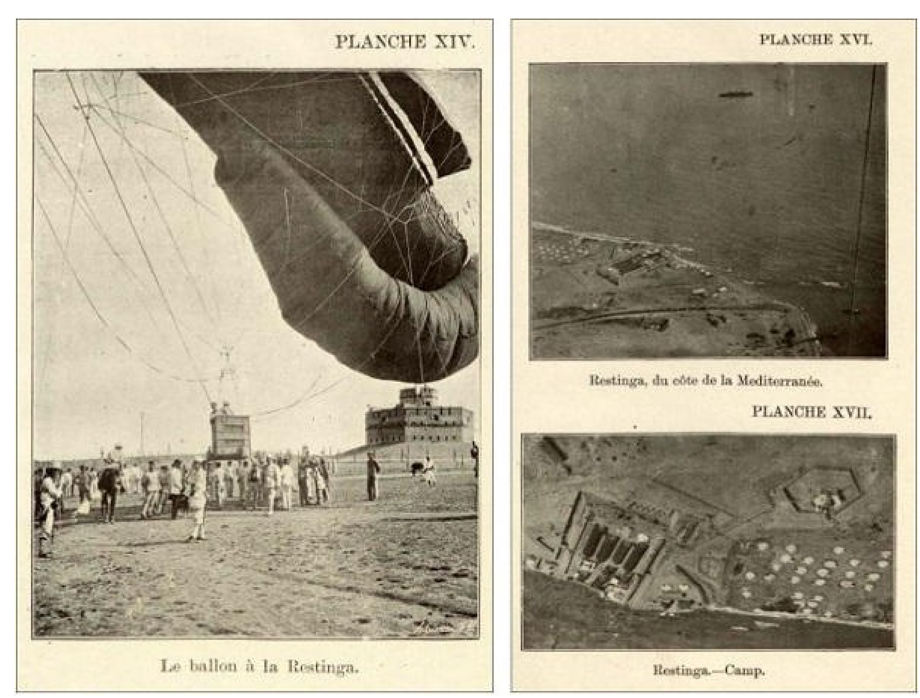


Soldados de la Brigada Obrera y Topográfica tomando fotografías y el teniente coronel Manuel Figueras felicitando a un soldado. *Actualidades*, 13 de octubre de 1909. Fotos Suárez y Rivero. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

La novedad en cuanto a las fotografías militares se produjo al entrar en juego la Compañía de Aerostación, al mando del capitán Antonio Gordejuela. El 15 de diciembre de 1884 se había creado por Real Decreto el servicio de Aviación Militar, denominado a partir de 1896 Servicio de Aerostación Militar, con sede en los alrededores de Guadalajara y mandado por el comandante de ingenieros Pedro Vives Vich. El 10 por ciento de su presupuesto inicial fue para la adquisición de equipos fotográficos con los que obtener placas y las correspondientes copias positivas para la elaboración de croquis y dibujos.

Según las *Enseñanzas de la Campaña del Riff en 1909*, publicadas por el Estado Mayor del Ejército, la foto aérea tenía por objetivo adquirir conocimiento del campo enemigo, «obteniéndose a tal efecto perspectivas, croquis e imágenes desde la barquilla del globo, la observación del enemigo y

la corrección del fuego de artillería»[22]. Además de asignatura, fue herramienta empleada en las proyecciones de placas positivas para la divulgación y debate de los contenidos[23]. A la fotografía aérea se dedicaron grandes especialistas, entre ellos Emilio Herrera, Miguel García de la Herrán o José Ortiz Echagüe, destinado a Melilla en 1909 con la primera unidad aerostática que se encargó del reconocimiento del terreno con dos globos: Urano (esférico) y Reina Victoria (cometa).



Vistas aéreas tomadas en Melilla desde los globos aerostáticos. Ilustración del artículo «La Génie à Mélilla», de José Marvá. *Memorial de Ingenieros del Ejército*, octubre de 1909.

El uso y aplicación de las fotografías tomadas desde los globos fue descrito por el general José Marvá y Mayer en «La Génie à Mélilla» [La ingeniería en Melilla], publicado en octubre de 1909 en un monográfico ilustrado de la revista *Memorial de Ingenieros del Ejército*. Los aparatos empleados fueron los dos citados, uno del tipo Sigsfold-Parsoval y el otro esférico, desde los que el capitán Gordejuela tomó en el mes de octubre las imágenes que ilustraron el artículo. En uno de los globos subieron Ramón Alba y José Campúa, reporteros gráficos de *Blanco y Negro* y *Nuevo Mundo*, para obtener imágenes con las que informar a sus lectores de la contienda, hecho pionero en la historia de la fotografía aérea.

Los reporteros gráficos: Alfonso y Campúa

En la Guerra de 1909 los reporteros estuvieron en primera línea con riesgo para sus vidas. *La Unión Mercantil* de Málaga publicó una extensa relación

de los periodistas y fotógrafos de la prensa de tirada nacional, con comentarios acerca de su personalidad y profesionalidad[24], y el general francés Torcy en la obra *Los españoles en Marruecos en 1909* recogía a los siguientes reporteros gráficos: Ramón Alba, Francisco Goñi y Ricardo del Rivero (*Actualidades*, *Blanco y Negro* y *ABC*), Alfonso y Ernesto (*Semana Ilustrada*, *Heraldo, Libertad*), Alonso (*Nuevo Mundo, Por Esos Mundos*), Arija (*Sucesos*), Campúa (*Nuevo Mundo, Por Esos Mundos*), Luque (*La Unión Ilustrada*), Matamala (*Actualidad*, Barcelona), Rittwagen (*Correspondencia de España*, *Ilustración Española y Americana*, *Central News*). Sin embargo, no cita a Manuel Asenjo, uno de los primeros colaboradores de *Blanco y Negro*, con agencia en la glorieta del emperador Carlos V de Madrid. Su actividad fue intensa desde finales del siglo XIX y facilitó además material a toda la prensa de la época. En 1910 el editor Alberto Martín, especialista en publicaciones ilustradas, lanzó por entregas semanales, en cuadernillos de formato folio, la obra de Manuel Corral Caballé *Crónica de la guerra de África en 1909,* ilustrada con 140 instantáneas de Asenjo de los lugares del conflicto (32 de ellas láminas), más otro centenar de retratos de los personajes implicados en la contienda.



Alfonso Sánchez García. Álbum de la guerra de Melilla. Portada del número 1.

Los dos grandes reporteros fueron Alfonso y Campúa, cuya actividad fue reconocida no solo por la prensa, sino por los políticos y los propios militares. Alfonso Sánchez García, formado en el estudio de Compañy, reportero por excelencia en la Guerra de 1893, se dio a conocer en la prensa a partir de 1902, con sus colaboraciones en la *Revista Moderna, El Heraldo* y *El*

Imparcial y, en 1904, como responsable de fotografía del diario *El Gráfico*. En 1909 viajó a Marruecos como corresponsal de guerra contratado por *El Heraldo* y *El Liberal* y fue condecorado con la Cruz de Primera Clase de la Orden del Mérito Militar por su intensa actividad y su labor. Con sus imágenes ilustró el *Álbum de la Guerra de Melilla*, de gran popularidad y difusión, compuesto por 10 cuadernos de 25 imágenes cada uno. Volvió a estar presente en las décadas de 1920 y 1930 y en la Guerra del Rif a partir de 1921, en esta ocasión junto con su hijo Alfonso Sánchez Portela. Muchos de sus reportajes fueron excepcionales, como las operaciones de Anyera en 1916, la reconquista de Annual o el desembarco de Alhucemas.

Campúa (José Luis Demaría López) publicó más de 400 fotografías entre 1909 y 1920. Se formó, al igual que Alfonso, en el estudio de Compañy, a quien consideró su maestro. A partir de 1900 empezó a colaborar con *El Globo* y posteriormente con *Nuevo Mundo*, para el que cubrió la Guerra de África a partir de 1909. Su trabajo en Marruecos comenzó en agosto de 1907, enviado por *Nuevo Mundo* a Tánger y Casablanca para cubrir los enfrentamientos entre el Ejército francés y los rifeños. En julio de 1909 regresó a Melilla como corresponsal de *Nuevo Mundo* tras los sucesos del barranco del Lobo. Sus imágenes, muchas de ellas en portada, fueron comentadas el 29 de julio en el semanario: «Su redactor artístico Sr. Campúa, que desde hace varios días se encuentra en el campo rifeño, ha enviado fotografías notabilísimas de los sangrientos combates allí librados, pudiendo decirse, a pesar de cuanto se ha publicado en otros periódicos, que son estas las primeras notas gráficas que se han visto de este interesante asunto». En enero de 1910 le fue concedida la Cruz Roja de Primera Clase, junto con el reportero Ramón Alba, a petición del general Tovar, por su comportamiento en la acción de Taxdirt.



NUEVO MUNDO

Año XVI | Madrid 29 Julio 1909 | Núm. 812

LAS VICTIMAS DE LA GUERRA

El ferrocarril minero del Rif convertido en tren militar para el traslado de los heridos. Nuestra fotografía representa una de las bateas, en la que hay colocadas cuatro camillas

Campúa. Traslado de heridos en el ferrocarril minero del Rif. *Nuevo Mundo*, 29 de julio de 1909. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

A finales de 1911 regresó a Marruecos para cubrir las operaciones en el río Kert y en febrero de 1912, tras la pacificación de parte del territorio, acompañó a Alfonso XIII en su periplo por Melilla y alrededores. A finales de ese mes, le concedieron la medalla de Caballero de la Real Orden de Isabel la Católica. Luca de Tena escribió en 1915: «Justo es reconocer públicamente que a los esfuerzos y a las iniciativas de Campúa, continuados después por los demás fotógrafos que han seguido sus huellas, se debe en gran parte la prosperidad de que hoy goza la prensa gráfica española»[25]. En abril de 1917 fue condecorado con la Gran Cruz de Alfonso XII por su labor profesional y en 1920 fue nombrado director de la revista *Mundo Gráfico* y cedió la cámara a su hijo, José Demaría Vázquez.

Las tarjetas postales y la censura

Además de la prensa, un nuevo elemento fue clave en la difusión de las imágenes: las tarjetas postales, empleadas no solo en la comunicación personal, sino como objeto de colección con grandes tiradas. Se publicaron numerosas series dedicadas a la campaña militar editadas por empresas especializadas y por los propios fotógrafos, como fue el caso de Campúa y la colección titulada «Campaña de Melilla», con 10 series de 10 imágenes cada una, es decir un centenar de temas, todos de gran calidad. Añadió después otras dos series (A y B), más varias tarjetas sueltas.

El diario *ABC* también lanzó colecciones de tarjetas que fueron muy populares. Entre los productores destacaron Josep Thomas y Lacoste, dos de las empresas más reputadas, con sede en Barcelona y Madrid, respectivamente. La tipografía Lacoste era sucesora del afamado estudio fotográfico Laurent[26] y otros talleres donde se imprimieron tarjetas fueron V. L. de Sevilla, A. Cavilla de Tánger, O. B. de Sabadell y Photo-Hall (Demetrio López) de Málaga.



Campúa. El teniente coronel Burguete arengando al Batallón Figueras. Tarjeta postal, 1909. Serie 2.ª, n.º 10.

La profusión informativa y la producción de tarjetas activaron la censura y, en consecuencia, las quejas de los periodistas. Así, Rafael Gasset, de *El Imparcial*, publicó una nota el 13 de septiembre de 1910 en la que denunciaba la falta de libertad. El general francés Torcy señaló que la censura previa estuvo vigente en las comunicaciones telegráficas enviadas desde Melilla, ejercida «de modo correcto y caballeroso por cultos miembros de brillantes cuerpos de Estado Mayor» y que se agudizó con la guerra de 1909,

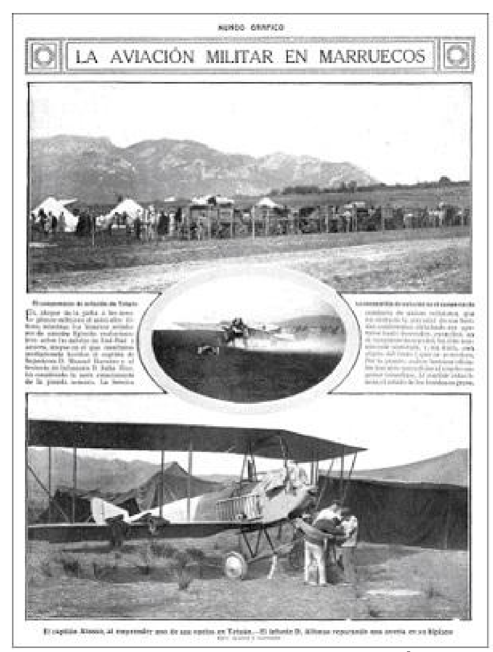
«obedeciendo las instrucciones severamente restrictivas que de Madrid llegaban»[27].

Gracias a Torcy conocemos a tres de los censores: los comandantes Gonzalo Gutiérrez Renán, Andrés Pérez de la Greda y Antonio Rabadán, el único con formación acerca de fotografía y tal vez por ello elegido para la tarea. Era miembro de la Sociedad Fotográfica de Madrid y un reconocido *amateur* en los círculos de la capital, amigo de Antonio Cánovas del Castillo y Vallejo (Kâulak) y redactor jefe de la revista *La Fotografía* entre 1903 y 1905, en la que firmó con el seudónimo Alcor. Publicó en el prestigioso anuario *Photograms of the year* en 1906, 1907 y 1908 y en noviembre de 1909 participó en la Exposición Internacional de Toronto (Canadá).

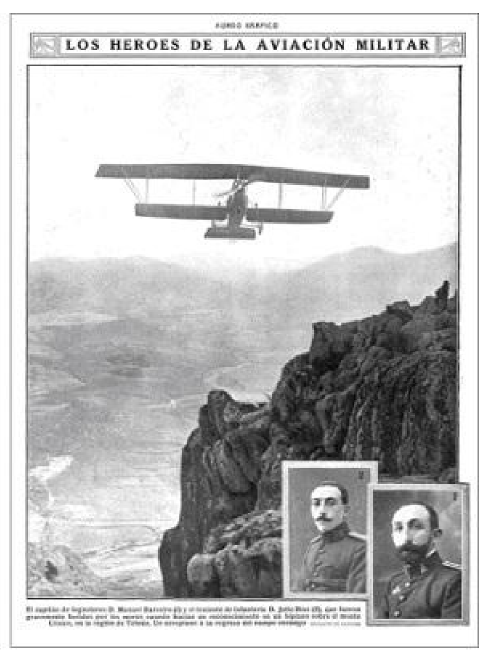
LA CAMPAÑA DEL KERT Y LAS OPERACIONES DURANTE EL PROTECTORADO

En agosto de 1911 fue atacado un destacamento de la Brigada Obrera Topográfica del Estado Mayor cerca de Izhafen y murieron varios soldados. Comenzó así la denominada Campaña del río Kert, cuyo objetivo fue la estabilización de las posiciones en ambas orillas, que se desarrolló entre agosto de 1911 y junio de 1912. Posteriormente, tuvieron lugar otros enfrentamientos en Kaddur y el 25 de octubre de 1912 se instituyó el Protectorado. En 1913 se tomaron Tetuán, Alcazarquivir y Arcila y, en 1914, el Gobierno aumentó de manera considerable el presupuesto del Ejército para la intervención en África, pues pasó de 237,7 millones de 1912 a 310, es decir más de un 30 por ciento.

Uno de los reporteros más activos fue Campúa: «*Mundo Gráfico* ha enviado a Campúa, el insuperable redactor fotógrafo que tan brillantemente acreditó su arte y su denuedo en la anterior campaña. Ofrecerá muy pronto a sus lectores fotografías interesantísimas de los sangrientos sucesos que actualmente se están desarrollando en tierra africana, del modo insuperable que Campúa sabe hacer estas cosas» (*La Noche*, 29 de diciembre de 1911).


MUNDO GRÁFICO

LA AVIACIÓN MILITAR EN MARRUECOS


MUNDO GRÁFICO

LOS HEROES DE LA AVIACIÓN MILITAR

Reportajes de la aviación en la Guerra de África. *Mundo Gráfico*, 2, 12 y 19 de noviembre de 1913. Fotos Alonso y Rectoret. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

Entre 1911 y 1914 la fotografía aérea fue de nuevo protagonista. En la campaña del río Kert la Compañía de Aerostación estuvo al mando del capitán Celestino García Antúnez y fue clave para trazar los planos de la zona. Dos años después, en 1913, por Real Decreto de 28 de febrero, se creó el Servicio de Aeronáutica Militar Español, que unía aerostación y aviación y que se encargó de los vuelos de reconocimiento en Marruecos, dirigidos por el citado Pedro Vives, ya con el rango de coronel. Este nuevo Servicio fue estructurado en dos secciones: Aerostación y Aviación, al mando de los comandantes Antonio Cué y Alfredo Kindelán, respectivamente. El 22 de octubre de 1913, Pedro Vives organizo una escuadrilla compuesta por 11 aeroplanos para combatir al Raisuni en las zonas del Fondak y en el valle de Wad Ras, que tuvo su sede en el aeródromo de Sania Ramel (Tetuán), y que estuvo compuesta por 8 pilotos y 6 observadores encargados de las tomas fotográficas[28]. Durante el mes de noviembre de 1913 la revista *Mundo Gráfico* dedicó varios reportajes al papel de la aviación en las campañas de Marruecos.

En los años del Protectorado la fotografía tuvo dos vertientes para los profesionales. De una parte, la informativa, dedicada a las noticias en torno a los enfrentamientos y a las actividades socioculturales y, de otra, la tradicional en los estudios o galerías, si bien muchos de los autores compaginaron ambas y sus nombres aparecen en la prensa al pie de los retratos, los paisajes rurales y urbanos o las operaciones militares[29].

Durante la Primera Guerra Mundial la prensa dio prioridad a la información acerca de los acontecimientos en Europa y Marruecos pasó a segundo plano. Ciertamente, en ese periodo los enfrentamientos se redujeron considerablemente, salvo excepciones como la sublevación de Anyera en 1916, de la que realizaron excelentes reportajes Alfonso Sánchez García y Lázaro. En esos años se publicaron imágenes de África en las revistas ilustradas, no solo en las de información general ya acreditadas, como *Blanco y Negro* o *Nuevo Mundo*, sino en las de reciente creación, como *Mundo Gráfico* (1911) o *La Esfera* (1914). Coincidiendo con el fin de la contienda mundial, el general Berenguer retomó las operaciones en el Protectorado, con duros enfrentamientos en la zona de Tetuán (Kudia Rauda) en julio de 1919.

LA GUERRA DEL RIF. FOTOGRAFÍAS DEL DESASTRE Y LA RECONQUISTA

En los años veinte, los reportajes fotográficos de relevancia fueron considerados grandes «éxitos» por responsables de la prensa y se relacionaban con la venta de ejemplares. Durante esa década, todas las revistas ilustradas españolas se disputaron corresponsales, periodistas y fotógrafos, con el fin de llevar a sus lectores imágenes de impacto[30]. En lo que se refiere a los contenidos, las nuevas herramientas y materiales, así como la evolución del modelo informativo-gráfico, con prioridad de las imágenes frente a los textos, y la formación de los reporteros, basada en las experiencias, dieron como resultado imágenes más vivas y con mayor proximidad a los hechos y a sus protagonistas. La característica fue la diversidad, resumida en cinco temas generales: retratos individuales o de grupo (soldados, jefes, oficiales, civiles), operaciones militares y movimiento de tropas (combates, asaltos, baterías, convoyes, reparto de víveres, aguadas), vistas de localidades y escenarios (ciudades, pueblos, montes, puertos) y actividades en la retaguardia (mercados, fiestas, tipos populares, etc.).

Tras el Desastre de Annual, miles de soldados se retrataron en los estudios antes de partir al frente y muchos de ellos llevaron cámaras de pequeño formato entre sus pertenencias con las que dejar constancia de la vida cotidiana, de la intrahistoria. Kodak comercializó en septiembre de 1921 la máquina Vest Pocket con el eslogan: «El Kodak del soldado», con una ambigua frase publicitaria por el doble sentido del término: «El obsequio de despedida».



Anuncio de la cámara Vest Pocket (El Kodak del soldado). *La Esfera*, 15 de octubre de 1921. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

La profusión de cámaras en la tropa fue comentada por Ernesto Giménez Caballero en *Notas marruecas de un soldado* (1923), memorias en las que empleó el término «kodesco» como sinónimo de «pintoresco»: «Aquí en África se derrocha el Kodak. Cuando termine la campaña, la Patria va a

conocer por primera vez la geografía de su zona marroquí. Yo he hecho también mis fotografías»[31].

Al comenzar la reconquista de las plazas perdidas, los reporteros gráficos acompañaron a los militares en vanguardia, lo que les permitió captar terribles imágenes de los cadáveres de los soldados que fueron publicadas en la prensa a finales de octubre de 1921. *El Imparcial* fue el primero en hacerlo el día 27 con imágenes de Alfonso en Monte Arruit y, al día siguiente, *ABC* con las de Lázaro y Litrán, en cuya portada se veía a un grupo de sacerdotes de los Hermanos de la Doctrina Cristiana dando sepultura a los soldados muertos. El periodista Gregorio Corrochano justificó las imágenes por la necesidad de que se conociera en toda España la crueldad de los rifeños y por su valor documental:

> Por obligación de patriotismo dedicamos hoy totalmente nuestra información gráfica a la publicación de fotografías obtenidas en Monte Arruit. Al mirarlas, sobre la congoja del dolor surgirá en todos los pechos españoles… Clamores de venganza son esas fotografías que ofrecen el horrendo espectáculo de dos mil hermanos nuestros destrozados, profanados, convertidos en trágico montón de despojos […][32]

La presencia de los periodistas y fotógrafos en vanguardia fue un hecho. El periodista y fotógrafo Juan Luque, colaborador del *Diario de Barcelona*, en el artículo «Avance postal» publicó el 24 de octubre de 1921: «La harca periodística ha salido para Zeluán en una camioneta. Nosotros hemos ocupado un lugar en camión habilitado para llevarnos hasta aquel poblado […] Llegamos a las nueve de hoy […] no dudamos y con nuestra cámara fotográfica damos un rodeo […] Siete kilómetros separan Zeluán de Monte Arruit […] La carretera está bien conservada. Por los bordes de la misma no se encuentran como en la de Zeluán, cadáveres de españoles». Arturo Barea, ante la fotografía reproducida en la página de un diario que mostraba a los soldados que partían desde Ceuta hacia Melilla, y cuyo significado era la solidaridad, mostró su indignación por la indiferencia del general Cabanellas ante el sufrimiento de los soldados:

> «El general X arengando a las heroicas fuerzas de la columna de socorro de Ceuta antes de embarcar para Melilla». Allí estaba yo, en alguna parte entre los «héroes». La información que ilustraba la fotografía contaba que la arenga del general había sido escuchada con emoción y recibida con aclamaciones entusiásticas […] Las únicas aclamaciones que yo recuerdo fueron maldiciones y blasfemias. Mientras el viejo barbudo general se paseaba arriba y debajo de las filas, nosotros le llamábamos entre dientes «cabrón» «hijo de puta» […].[33]

La fotografía contribuyó a crear conciencia social. El 24 de octubre de 1921 el servicio de higiene del Ejército recuperó el retrato de una mujer y un bebé entre las ropas de un soldado muerto, con una dedicatoria en el reverso:

«A mi querido Francisco, para que siempre que mires esto te acuerdes de quien mucho te quiere, 7 febrero 1921». La imagen fue publicada por *ABC* y la esposa del soldado le reconoció. Juan Ferragut, que siguió a los legionarios durante todo el año 1922 para *Nuevo Mundo*, escribió el 13 de enero acerca de la cualidad de la fotografía y su función en la guerra y en la sociedad:

> Hoy han llegado al campamento varios periodistas y fotógrafos. Enseguida se han formado grupos que han posado ante las máquinas. Los reporteros disparaban sin cesar sus objetivos, impresionando escenas en las que parecía forzado coger una nota pintoresca […] Yo le temo a esos objetivos enfocados hacia nosotros, como si al mismo tiempo que nuestros rostros pudieran impresionar nuestras almas.



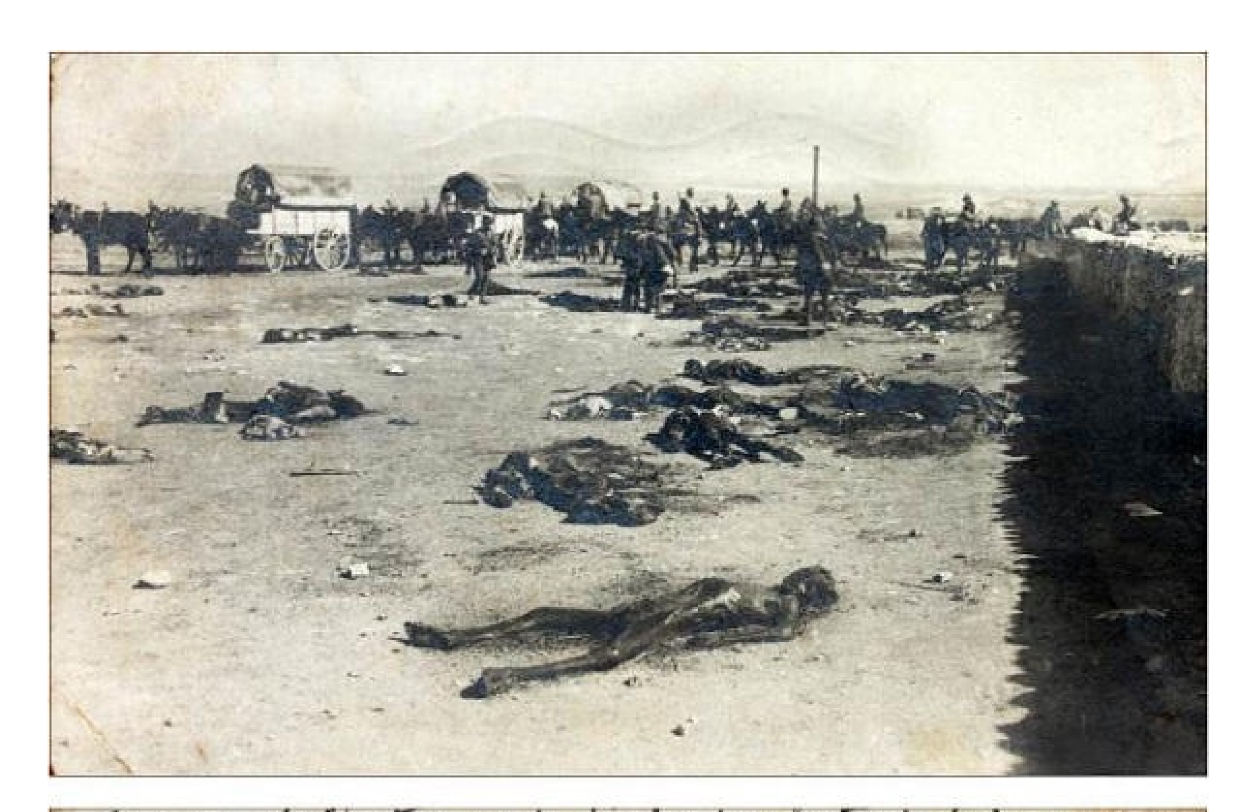
Lázaro. Rebeldes rifeños. *Mundo Gráfico*, 14 de septiembre de 1921. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

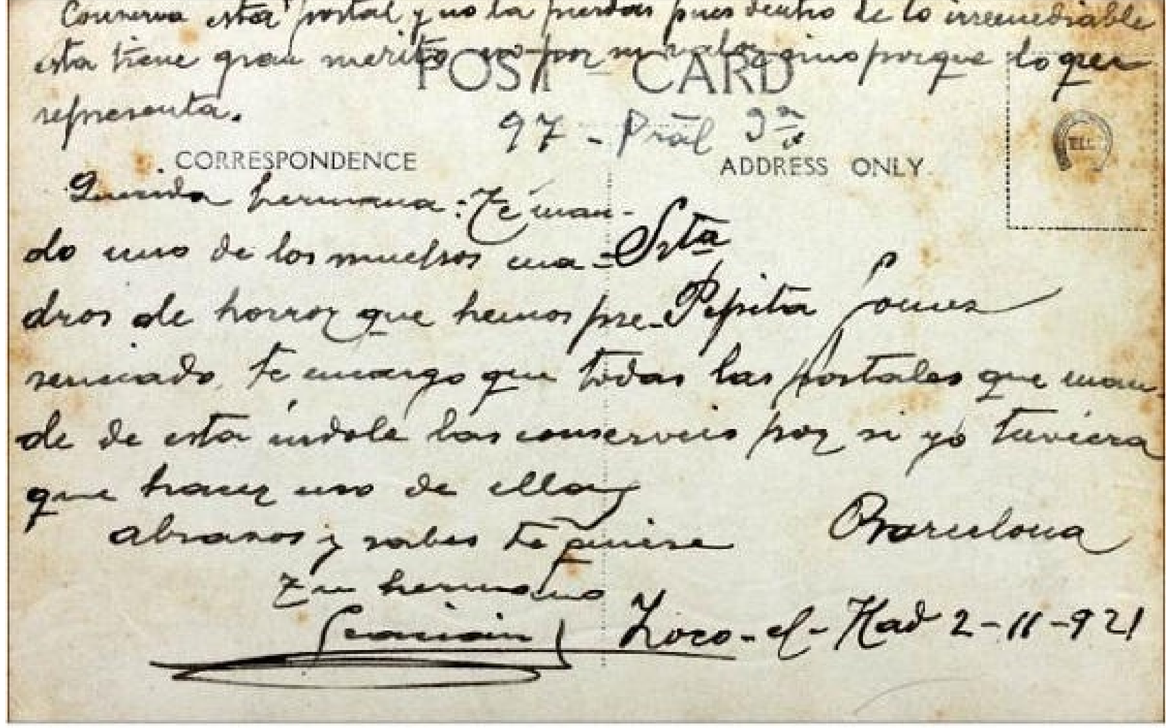
De las actividades del enemigo apenas se reprodujeron fotografías en la prensa, salvo las de prisioneros, heridos o muertos. Con la firma Regnaul al pie, *Nuevo Mundo* publicó varias imágenes tituladas de forma genérica «La harca enemiga» y con la de Lázaro cuatro fotos el 31 de agosto y el 14 de septiembre de 1921. Todas de calidad y cuidadas en cuanto a composición. Es significativo que pasaran inadvertidas a la censura al tratarse de rifeños armados. Según García Palomares, Lázaro debió de pactar con algún cabecilla de las cabilas locales, algo ciertamente improbable desde nuestro punto de vista, teniendo en cuenta que era militar**[34]**. Otra hipótesis es que comprara o requisara los positivos o bien los negativos y que los enviara a la revista, en cuyo caso le fueron atribuidas al realizar las copias.

La comunicación de los soldados con la familia se realizó por carta y a través de las tarjetas postales, cuyas tiradas fueron millonarias. Se editaron

series con escenas morbosas editadas por *El Imparcial* y por la empresa Postal Expres. En una de ellas, fechada el 2 de noviembre de 1921 en Zoco el Had, Gracián Gómez manifestaba sus miedos:

> Conserva esta postal y no la pierdas pues dentro de lo irremediable esta tiene gran mérito, no por su valor, sino porque (sic) lo que representa. Querida hermana: te mando uno de los muchos cuadros de horror que hemos presenciado, te encargo que todas las postales que mande de esta índole las conservéis por si yo tuviera que hacer uso de ellas. Abrazos y sabes te quiere tu hermano Gracián.





Conserva esta postal y no la pierdas pues dentro de lo irremediable esta tiene gran merito no por [illegible] sino porque lo que representa.

POST CARD

97 - Pral 3a

CORRESPONDENCE

ADDRESS ONLY

Querida hermana: Te mando uno de los nuestros cuadros de horror que hemos presenciado, te encargo que todas las postales que mande de esta índole las conserveis por si yo tuviera que hacer uso de ellas

abrazos y sabes te quiere

Tu hermano

Gracián

Zoco-el-Had 2-11-921

Srta Pepita Gómez

Barcelona

Lázaro. Tarjeta postal (anverso y reverso) enviada por Gracián Gómez el 2 de noviembre de 1921 a su hermana Pepita en la que muestra su preocupación y confiesa el horror vivido. Pide a la familia que guarde las postales como prueba. Colección Sánchez Vigil.

El impacto social fue extraordinario y la censura dio la orden de retirada de circulación ateniéndose a la ley de Jurisdicciones de 1906, que permitía llevar a cabo tal acción al entender que se atentaba contra el Ejército o la

patria, pero ya era tarde porque, a finales de 1921, circulaban millares de tarjetas por todo el país.

Reporteros en la Guerra del Rif

La relación de reporteros que cubrieron la información durante la Guerra del Rif se reduce a una treintena, si bien la mayoría había estado presente en los conflictos desde 1909, en especial los Alfonso, Campúa, Díaz Casariego, Lázaro, Ricart o Zegrí. Julio Romano entrevistó para *La Esfera* a tres de los grandes: Alfonso, Campúa hijo y Díaz Casariego[35]; el primero relató la experiencia con Abd el-Krim y los prisioneros españoles, el segundo voló sobre Axdir en el hidroavión pilotado por Ramón Franco y el tercero participó en combate en Nador con los Regulares. Aquellas experiencias fueron la base del aprendizaje no solo por las vivencias, sino porque entendieron el valor de la fotografía como elemento informativo, por su capacidad para transmitir los sucesos con un golpe de vista, por su valor como memoria y documento histórico.

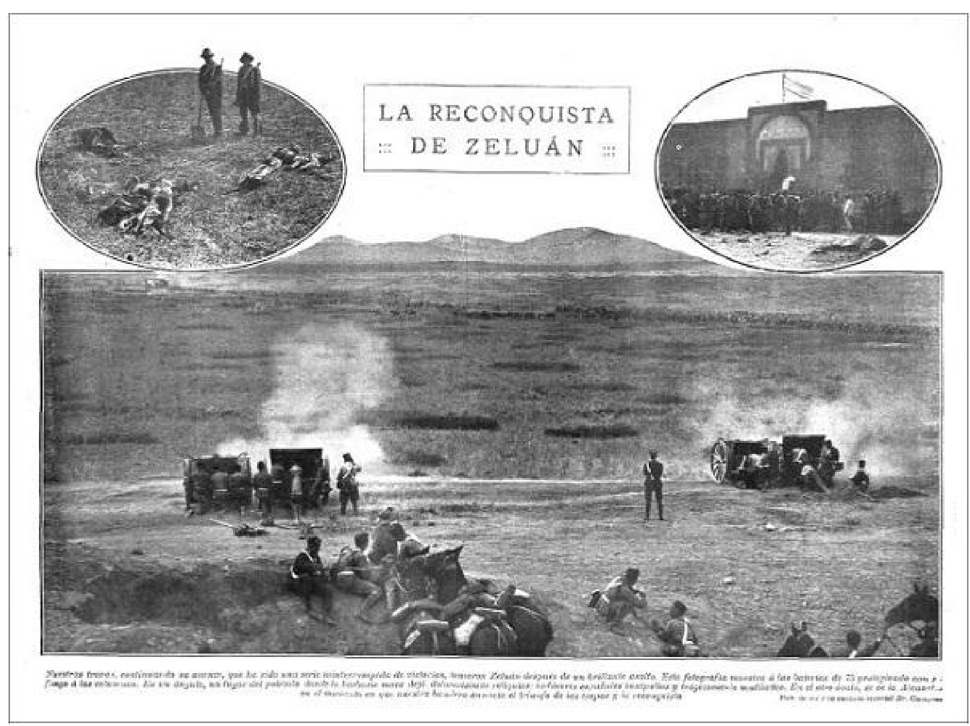
La aportación de Alfonso Sánchez Portela (Alfonsito) al fotoperiodismo, y en especial a la Guerra de África, fue excepcional, con documentos históricos fundamentales para el análisis de los acontecimientos. Además de estar presente en la reconquista de Monte Arruit y del reportaje de los prisioneros de Abd el-Krim, cubrió la operación de las Esponjas, el rescate de los cautivos en 1923, el desembarco de Alhucemas y el asalto a Yebel Malmusi en 1925. Las características que definen su obra son la proximidad o cercanía a los hechos y a los protagonistas, acompañando a las tropas, jefes y oficiales; los planos generales y el amplio campo de visión; el compromiso ético y la elección del tema.

Campúa hijo (José Demaría Vázquez) tomó el relevo de su padre en 1920 en las publicaciones de Prensa Gráfica[36], donde se reprodujeron más de 200 imágenes con su firma. Su primer reportaje en África lo realizó durante las operaciones de reconquista de Monte Arruit y en lugares adyacentes a partir de agosto de 1921. El 2 de octubre de ese año se comentaba en *Nuevo Mundo*:

> Este no es el Campúa tradicional. Es «Campuita», como le llaman en la plaza melillense. «Campuita», hijo de Campúa, ha heredado de su padre todas las cualidades de fotógrafo artista que hicieron célebres las páginas de *Nuevo Mundo* y de *Mundo Gráfico. Campuita* es hoy el fotógrafo artista en Melilla. El número de *La Esfera* que se pondrá a la venta es una maravilla, de fotografías obtenidas por la máquina de «Campuita», el diminuto y el audaz. No queremos ser los últimos en felicitar a *Prensa Gráfica* y a Pepito Campúa por sus triunfos constantes, que tan brillantemente se están revelando con motivo de la campaña de Melilla.


La victoriosa ocupación de Yebel-Malmusi, Cuernos de Xauen y Morro Viejo, por nuestras tropas

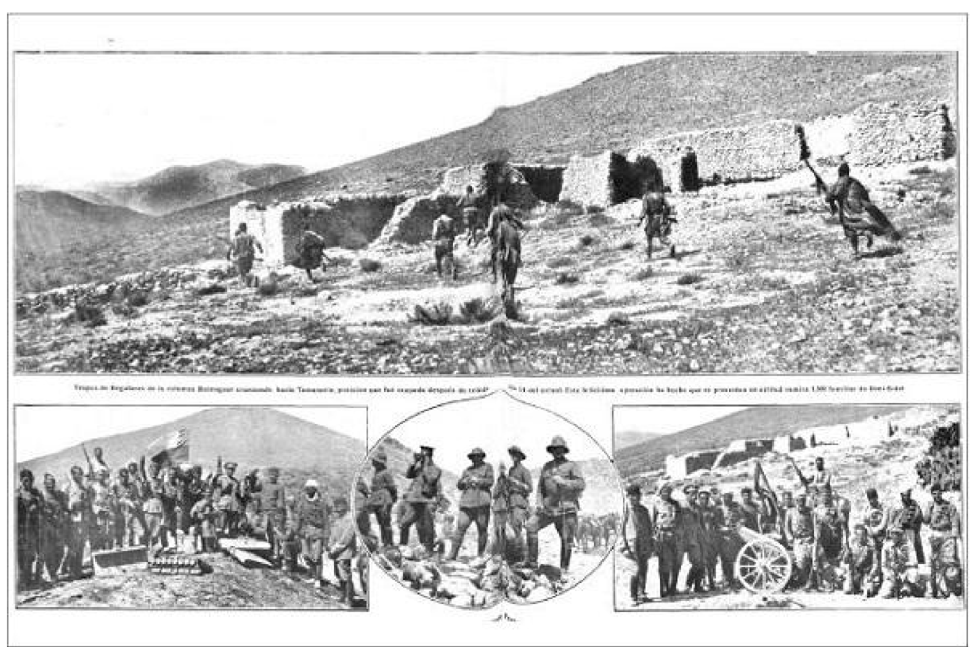
Alfonso. Reportaje de la ocupación de Yebel-Malmusi, Morro Viejo y los cuernos de Xauen. Arriba, a la derecha, explosión de una bomba en Malmusi, foto comentada en *El Sol* por Rafael López Rienda. *Mundo Gráfico*, 23 de septiembre de 1925. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.


LA RECONQUISTA
DE ZELUÁN

Campúa. La reconquista de Zeluán, 17 de octubre de 1921. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

Los jóvenes Campúa y Alfonso compitieron profesionalmente, al igual que habían hecho sus padres desde que se conocieron en el estudio de Manuel Compañy, y sus reportajes ilustraron de forma habitual las páginas de las revistas hasta el final de las operaciones militares en 1927.

José Díaz Casariego comenzó su actividad en 1913 en el grupo Prensa Gráfica y realizó excelentes reportajes en Marruecos a partir de 1921, entre ellos los dedicados al Raisuni y Abd el-Krim, este último con Alfonso y Luis de Oteyza. Estuvo en el desembarco de Alhucemas y en la toma de Aydir por la Legión en noviembre de 1925. Entre 1921 y 1925 publicó 250 imágenes en la prensa y el periodista Antonio de Lezama le citó en el prólogo del libro *La cruz de Monte Arruit. Memorias de un voluntario de regulares*: «Pepe Díaz, el bravísimo redactor artístico de Prensa Gráfica, muy querido compañero mío, recorría, no sólo como corresponsal, sino como soldado honorario de la policía indígena, el campo de batalla […]»[37].



Díaz Casariego. Ocupación de Tamasusin. Mundo Gráfico, 26 de abril de 1922. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

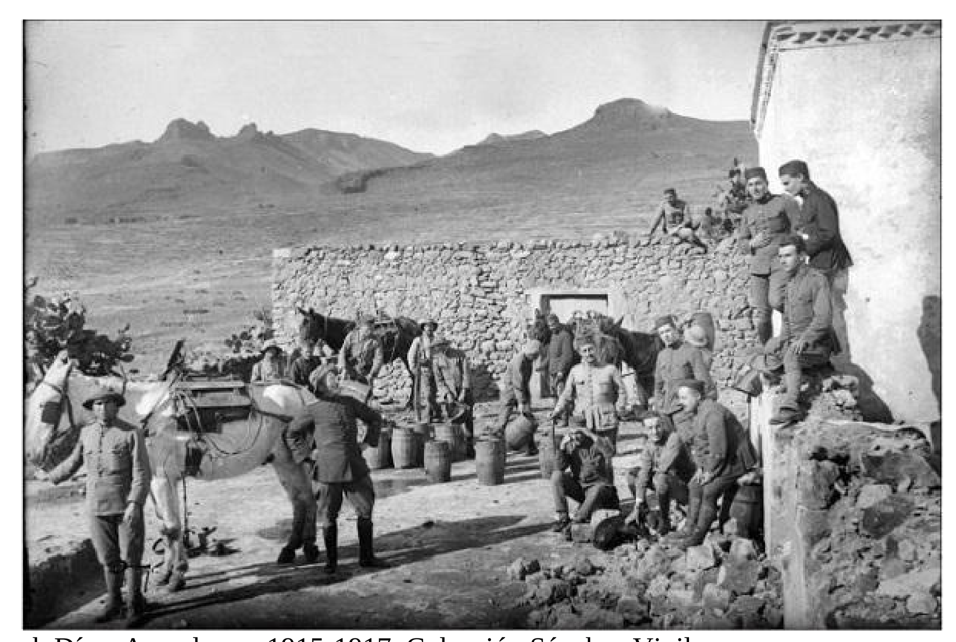
Periodistas y militares fotógrafos

Algunos periodistas emplearon la cámara, entre ellos cinco de gran prestigio: Guillermo Rittwagen, Rafael López Rienda, Víctor Ruiz Albéniz, Eduardo Ortega y Gasset y Juan Luque García. El polifacético Rittwagwen era además escritor y bibliófilo. Comenzó en el diario *El Último* de Málaga y en 1905 *La Correspondencia de España* le contrató para cubrir la información en Marruecos. En 1906 asistió a la Conferencia de Algeciras y en 1907 fue corresponsal del diario *The Daily Telegraph* de Londres. Además, sus textos y fotografías fueron habituales en *La Mañana, Actualidades, La Ilustración Española y Americana, La Ilustración Artística, Cosmópolis, Por Esos*

Mundos, Hojas Selectas, Vida Marítima, Nuevo Mundo, La España Moderna y *La Esfera*. Para *La Correspondencia de España* cubrió la contienda de 1909 y por su trabajo fue condecorado con la Medalla de Campaña y la Cruz Roja del Mérito Militar. Entre 1910 y 1920 publicó numerosos artículos y libros.

Rafael López Rienda fue periodista, escritor y director de cine, con una amplia bibliografía acerca de la guerra de la que citaremos *Abd el-Krim contra Francia* (1925). Fundó y dirigió el *Diario Marroquí*. Escribió para una decena de periódicos, en especial para *El Sol*, del que fue corresponsal, y entre sus guiones cinematográficos destacan *Alma rifeña* (1922) y *Los héroes de la Legión* (1927). Entre julio de 1924 y finales de 1926 publicó medio centenar de fotos tomadas en puntos calientes. Fue condecorado en varias ocasiones por sus crónicas.

El médico, periodista y escritor Ruiz Albéniz, apodado Tebib Arrumi (médico cristiano), usó la cámara en el desembarco de Alhucemas para ilustrar sus crónicas y sus fotos fueron reproducidas en *Nuevo* Mundo y *Mundo Gráfico*. Eduardo Ortega y Gasset, político, abogado y periodista, fue enviado por *La Libertad* como corresponsal tras el Desastre de Annual, y sus imágenes se difundieron en series de tarjetas postales.

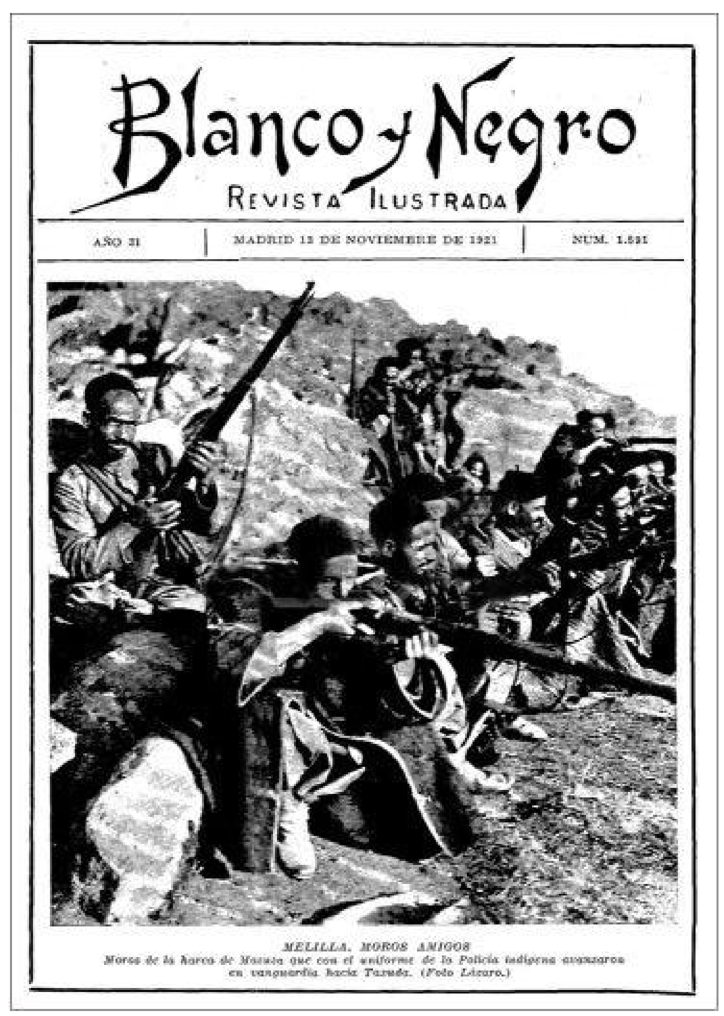


Jorge Bosch Díaz. Aguada, ca. 1915-1917. Colección Sánchez Vigil.

Juan Luque, con estudio en Melilla, fue cronista y fotógrafo en *La Unión Ilustrada* de Málaga desde 1909 y corresponsal en la Guerra del Rif para *El Liberal, La Voz, El Sol, Informaciones* y *Diario de Barcelona,* en cuyas crónicas hizo referencias habituales a la fotografía. En 1923 fue condecorado, junto con el reportero Litrán, con la Cruz del Mérito Militar[38].

El uso de la cámara por los militares fue también habitual como herramienta documental, con un doble carácter: aficionado y profesional. Entre los primeros, los ejemplos fueron varios: el oficial de sanidad Francisco Monserrat en 1893, Rodrigo Carrillo de Albornoz y Vergara, autor de las imágenes del libro de José Boada Romeu *Allende el Estrecho. Viajes por Marruecos. Impresiones y recuerdos* (1895), el capitán Morris, ayudante de general Marina, que publicó en la revista *Actualidades* en julio de 1909, el médico de la Armada Emilio Gutiérrez Pallardó con el reportaje de su barco para *La Ilustración Española y Americana* en octubre y noviembre de 1909 y en enero de 1910 o el entonces capitán González Tablas, de quien se publicó en la revista *Mundo Gráfico* el 24 de enero de 1912 la fotografía del general Aldave al pie de Monte Arruit.

Más prolífico fue el capitán Manuel Lorduy Dini, cuyas fotos de la campaña de 1909 se publicaron en *La Ilustración Española y Americana* y *La Ilustración Artística* y *Actualidades*, que fue condecorado con la Cruz de Primera Clase del Mérito Militar con distintivo rojo por su actuación en la contienda. El 3 de junio de 1921, como teniente coronel, fue encargado de instruir procedimientos acerca del Desastre de Annual.


Blanco y Negro
REVISTA ILUSTRADA

AÑO 31 | MADRID 13 DE NOVIEMBRE DE 1921 | NÚM. 1.591

MELILLA. MOROS AMIGOS
Moros de la harca de Mazuza que con el uniforme de la Policía indígena avanzaron en vanguardia hacia Taxuda. (Foto Lázaro.)

Lázaro. Moros amigos combatiendo en Taxuda. Blanco y Negro, 13 de noviembre de 1921. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

Un paradigma del amateurismo fue el eminente radiólogo Jorge Bosch Díaz, con varios destinos en África entre 1914 y 1924, que conformó un archivo fotográfico de gran calidad y rico en contenido. En 1914, tras obtener plaza en Sanidad por oposición, fue destinado al 2.º Batallón del Regimiento de Infantería África n.º 68 y permaneció en activo hasta diciembre de 1924. Vivió dos etapas en Melilla, la primera entre 1914 y 1917 y la segunda entre agosto de 1921 y 1924. En el ínterin, diseñó y patentó varios útiles: botiquín de urgencia, hospital de campaña, ducha ocular y el radiozono. Las imágenes de Bosch, captadas durante sus dos estancias en África, son de gran calidad y denotan un conocimiento técnico, con escenas diversas que reflejan por una parte la vida cotidiana de los soldados y por otra su actividad médica, además de retratos y vistas[39].

Entre los profesionales el paradigma fue Carlos Lázaro Muñoz, uno de los mejores fotoperiodistas. Publicó en la prensa más de 600 imágenes entre 1914 y 1927, la mitad de ellas en el diario *ABC*, y más de un centenar en la revista

Blanco y Negro. Ingresó en la Academia de Infantería en 1905 y primero fue destinado al Regimiento de Infantería África n.º 68. En 1910 fue nombrado jefe de la Sección Ciclista del Regimiento de Melilla, en 1914 (2 y 6 de junio, 14 y 19 de julio, y 16 y 22 de agosto) realizó vuelos sobre los alrededores de Zeluán para sacar fotos del campo enemigo y fue ascendido a capitán y en 1926 a comandante. Al inicio de la Guerra Civil fue nombrado teniente coronel, ya en 1948 alcanzó el grado de general de brigada y cerró su carrera como general de división. Fue autor de numerosas tarjetas postales reproducidas sin su nombre por Postal Express y Hauser y Menet.

La profusión de fotografías y su presencia en lugares y momentos críticos dificultan la selección de un reportaje concreto, pero es de gran interés, por ejemplo, el de la pacificación de Anyera (*La Ilustración Artística*, 5 de junio de 1916). Su obra se caracteriza por la cercanía a las zonas de combate, por la pulcritud en la composición y por la carga informativa de los contenidos. En junio de 1921 fue condecorado por su actitud en las operaciones de 1920 con la Medalla de 1.ª Clase del Mérito Militar con distintivo rojo.

En 1921 recorrió las cabilas haciendo trabajos para la Oficina Indígena (escuelas, aguadas, poblados y jefes moros notables) y hasta 1925 continuó desarrollando una intensa actividad a las órdenes del coronel Manuel Goded. El 17 de marzo de 1925 realizó panorámicas del enemigo en la zona de Tafersit, Benítez y Tizi Alma, después participó en el desembarco de Alhucemas con una columna de vanguardia en la playa de la Cebadilla y en la toma de Morro Viejo. Fue designado para intervenir en todos los asuntos relacionados con la sumisión de Abd el-Krim a los franceses y se hizo cargo de los prisioneros españoles. En octubre de 1926 participó en la toma de Xauen y el 1 de octubre de 1927 le fue otorgada la Cruz de la Orden Militar de María Cristina. La Agencia Efe conserva un extraordinario conjunto documental compuesto por cerca de 600 tarjetas postales fotográficas.

Fotografías aéreas

La fotografía formó parte del plan de instrucción oficial de las unidades militares de aviación, donde se aprendían las herramientas y la técnica para obtener imágenes. En la década de los veinte se empleó de manera habitual en los aviones con objetivos específicos, en especial después del Desastre de Annual en las operaciones de reconquista. En 1918, el general Francisco Echagüe se encargó de la Jefatura de Aviación y abrió varias escuelas para la formación de pilotos, mejoró la calidad de los aparatos e incorporó los nuevos

modelos utilizados en la Primera Guerra Mundial, como los Havilland, Bristol y Breguet.


NUESTRA AVIACIÓN EN MARRUECOS

Acciones de la aviación en Marruecos. *Mundo Gráfico*, 4 de enero de 1922. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

A comienzos de 1920 la tomas de fotografías en los vuelos de reconocimiento eran habituales: «Volando durante la tarde de ayer, en un aparato de la escuadrilla aérea los capitanes Montero y Legórburu, para tomar fotografías de los alrededores, sufrió una pequeña avería el motor, logrando el capitán Montero aterrizar»[40]. Tras el Desastre de Annual se potenció aún más la aviación con la instalación de ametralladoras en los aeroplanos. En esa etapa se emplearon varios modelos de aeronaves con diversas misiones, entre ellas las de fotografiar el campo enemigo con las cámaras Mampel de campaña[41].

El uso de aviones en el desembarco y operaciones de Alhucemas fue decisivo, hasta el punto de que la Comandancia General felicitó al Servicio de Aviación Militar por los trabajos fotográficos realizados en Azib de Midar, en las cuencas de los ríos Guis y Nestor y en los parajes de los alrededores[42]. El Servicio Fotográfico Aéreo fue el encargado de los reportajes y cada imagen se documentaba indicando, además del tema y la fecha, el aparato, la altura y los nombres del piloto y el observador.

En el programa de formación publicado en 1928 por la Jefatura de Instrucción de Aviación Militar, apenas unos meses después del alto el fuego definitivo en Marruecos, se incluyó la fotografía como un elemento más entre las actividades preceptivas: conferencias, armamento, tiro y bombardeo,

ejercicios en vuelo, tiro de ametralladora, fotografía contra tierra, tiro de ametralladora fotográfica (aparato contra aparato) y combate individual y bombardeo. Los ejercicios se dividieron en dos grupos según la práctica en tierra o en aire. Para el conocimiento de las máquinas fotográficas se dedicaban cuatro horas de clase de un total de 265, las mismas que al conocimiento del uso del oxígeno, las formaciones en tierra, la meteorología o el bombardeo. Entre los ejercicios en aire, a los que se adjudicaban 35 horas de vuelo, se encontraba el «tiro foto individual», con una dedicación de una hora y quince minutos.

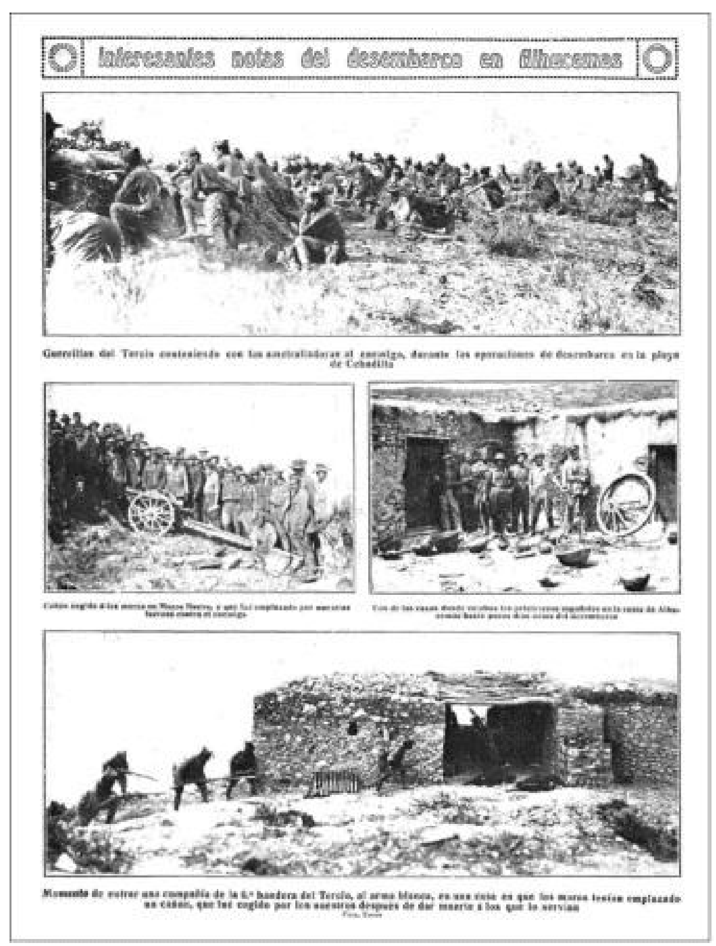
El desembarco de Alhucemas y el fin de las operaciones

Con el desembarco de Alhucemas «culminó el proceso progresivo de afianzamiento de la fotografía para mostrar al público hechos contemporáneos»[43]. A partir de mayo de 1925 se dio información de los enfrentamientos en la zona francesa, si bien muy controlada. El periodista López Rienda, del diario *El Sol*, convivió con algunas columnas francesas y envió crónicas y fotografías detalladas de las operaciones. El 20 de mayo solicitó permiso para seguir a las tropas de los generales Colombat, Freydemberg y Cambais, pero le fue denegado y el 29 publicó lo siguiente: «Los enviados de Prensa que aquí estamos haciendo la crónica de estos acontecimientos, un americano, un inglés, un italiano, cuatro franceses y yo, seguimos haciendo inútiles esfuerzos por asomarnos al Uarga. Pero el Estado Mayor francés pone una cauta sordina a nuestros entusiasmos profesionales»[44]; es decir, que la censura se aplicó tanto por las autoridades españolas como por las francesas.

El primer ataque tuvo lugar el día 8 de septiembre a las 8 de la mañana y estuvieron presentes los principales fotoperiodistas: Alfonso, Díaz Casariego, Zegrí, Zarco, Litrán, Perera, Costa Salas y Luque. Dos días después, *La Correspondencia Militar* publicó imágenes de los barcos que participaron en las maniobras: el acorazado francés *París*, el crucero francés *Strasbourg*, el portaglobos *Homard*, el globo *T-71* y el buque hospital *Villarreal* de la escuadra española. El 14 de septiembre la redacción de *La Correspondencia Militar* ponía en valor las excelentes tomas: «Esta interesantísima fotografía obtenida por nuestro redactor gráfico Luque en la campaña denota la brillantez con que se hizo el desembarque y la rapidez, previsión y ejecución de los servicios».

Alfonso fue de los primeros en hacer fotos en tierra para los diarios *La Voz* y *El Sol*, publicadas los días 12 y 14, y el 15 se dieron imágenes en el

Heraldo de Madrid (Ortiz) y *ABC* (Zegrí). Alfonso también envió fotos a *Nuevo Mundo*, mientras que Díaz Casariego las hizo para *Mundo Gráfico*.


Interesantes notas del desembarco en Alhucemas

Zarco. Desembarco de Alhucemas y asalto de la Legión a Morro Nuevo. Mundo Gráfico, 16 de septiembre de 1925. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

Durante el año 1926 la información gráfica se redujo de manera considerable en las revistas, si bien los diarios mantuvieron corresponsales en Melilla. El 22 de mayo, los generales José Sanjurjo, Manuel Goded y Alberto Castro Girona hicieron un viaje desde Aydir hasta Melilla, en sentido inverso a la marcha de Fernández Silvestre, para escenificar así la ocupación del territorio. Cuatro días después, el 26, Abd el-Krim se entregó a las autoridades francesas y López Rienda, el único periodista español que estuvo presente en tan histórico momento, describió los hechos y tomó cuatro excelentes imágenes reproducidas en *El Sol* el 3 de junio.

La censura

Acerca de la censura de imágenes tras el Desastre de Annual, Antonio Jesús González recoge la noticia del periodista Rafael Fernández de Castro de la

agencia Fabra, quien captó imágenes de los soldados muertos en Monte Arruit y veló las placas a petición del general Sanjurjo[45]. Juan Luque, el corresponsal y reportero gráfico del *Diario de Barcelona*, dejó numerosos espacios en blanco el 14 de septiembre con la nota «censurado» para indicar a los lectores los textos e imágenes que se habían prohibido. En los fondos de Medios de Comunicación Social del Archivo General de la Administración del Estado se guardan fotografías de Prensa Gráfica con el sello de la censura en el reverso relativas al rescate de los prisioneros de Abd el-Krim en enero de 1923[46].

Aunque el Gobierno retiró la censura a finales de 1921, los militares no lo hicieron hasta finales de agosto de 1922, por lo que muchos de los periodistas protestaron e incluso algunos fueron expulsados, como Francisco Hernández Mir, por su conducta «perturbadora, con publicación de noticias y artículos de carácter tendencioso y deprimente»[47].

Tras el golpe de Estado de septiembre de 1923 se puso en marcha el Negociado de Información y Prensa, dirigido por el general Adolfo Vallespinosa y por el teniente coronel Pedro Rico Parada, jefe de la Oficina de Informaciones, que intermedió con la prensa. Durante el año 1924, la información textual y gráfica se redujo a partes y fotos oficiales. El 20 de septiembre, el Gobierno transmitió a la prensa que «Los iniciadores y propagadores de noticias que tendieran a perjudicar los intereses del país, serán sometidos a consejos de guerra sumarísimos»[48], por lo que la información en torno a Marruecos estaría controlada hasta finales de 1927, cuando se declararon finalizadas las operaciones militares en África.



Repatriación de soldados al término de la guerra. Díaz Casariego. Franco en la Guerra de África. Biblioteca Nacional de España.

Porque a muchos que todavía preveían adónde iban a parar, el llamado sentido del honor, con la fuerza de su nombre seductor, les ha arrastrado consigo, de modo que, vencidos por esa palabra, han ido de hecho a precipitarse por voluntad propia en desgracias irremediables, y se han granjeado además un deshonor que, por ser consecuencia de la insensatez, es más vergonzoso que si fuera efecto de la suerte.

Tucídides[1]

EPÍLOGO
Antes y después de Annual

Lorenzo Silva

Afronta el que escribe estas líneas la responsabilidad que implican con un sentimiento de pudor e intrusión. Cabe dudar que un libro acerca de Annual que cuenta con la firma de los más caracterizados historiadores y especialistas deba cerrarse con las palabras de quien no pasa de ser un aficionado a la historia que ha tenido la temeridad de acercarse varias veces desde la ficción literaria al episodio que motiva este libro. Poco puede aportar al conocimiento histórico quien, más que trabajar para ahondarlo y ensancharlo, ha procurado instruirse mínimamente, gracias al trabajo de otros, para no cometer errores demasiado gruesos a la hora de novelar lo que españoles y marroquíes vivieron sobre los riscos del Rif —pero no solo allí— hace ahora cien años.

Por eso renuncio desde ahora a buscar en el Desastre y sus alrededores algún aspecto en el que pueda completar o añadir algo a lo que ya han señalado quienes han estudiado el asunto con más profundidad, y opto por indagar en dos cuestiones que cada vez me interesan más como narrador: lo que una historia es antes de producirse, esto es, las ideas que la preceden y en muchos casos la precipitan; y lo que de ella resulta cuando ya se ha producido, o lo que es lo mismo, sus consecuencias, que la desbordan y suelen ir más allá de los designios de sus artífices. Y entre estas últimas, para hacer honor a mi gremio, dedicaré un apartado especial a las repercusiones del Desastre y la Guerra de Marruecos en la ficción, tanto literaria como audiovisual.

No espere el lector una aproximación erudita a ninguna de las dos —o tres — cuestiones enunciadas. Tampoco soy filólogo, ni crítico literario, solo un lector y observador curioso, que anota lo que ve y lee y lo comparte por si puede servirle a alguien.

UN DESASTRE ANUNCIADO

Una de las impresiones que con más fuerza me acompaña en los últimos años a propósito de Annual, o por ampliar el foco, de la sangrienta y trágica campaña marroquí, es su carácter de catástrofe no solo predecible, sino meticulosamente predicha. La España de principios de siglo XX no era una potencia capacitada para emprender con alguna garantía una aventura que exigía el sometimiento militar de un extenso y dificultoso territorio. El Marruecos que se le adjudicó era el país menos indicado para aspirar a ese objetivo —incluso con más y mejores medios que los que tenía España—. Y quienes asumieron el protagonismo de la empresa lo hicieron sobre premisas y con aspiraciones que abocaban al costoso descalabro que acabó suponiendo. Sabido es que la pacificación acabó completándose, pero nada menos que quince años después del establecimiento del Protectorado, tras desechar y prácticamente volver del revés la estrategia que se había seguido en un principio y para acabar influyendo muy poco en el devenir futuro del territorio y el pueblo «protegidos», mientras que la campaña marroquí supuso, por el contrario, una verdadera refracción en la historia del país «protector».

España fue a Marruecos con la pretensión de civilizarlo y cambiar su destino, pero todo lo que consiguió fue desencadenar dentro de sí la barbarie e hipotecar su propio porvenir. Y lo más triste del caso es que hubo quien vio claro que así sucedería, y no solo lo vio, sino que lo dio a la imprenta. Su caso es uno más de los que confirman esa teoría según la cual quien quiera en España que se guarde un secreto no tiene más que ponerlo en un libro. Con la perspectiva del tiempo, pocas veces se habrá formulado un augurio tan preciso, exhaustivo y demoledor. El augur en cuestión no es otro que Ángel Ganivet, un espíritu más bien atormentado, y no siempre lúcido ni certero en sus análisis, pero que aquí lo clavó de manera sobrecogedora. En su *Idearium español*, publicado en 1897, se pueden leer estas palabras:

> ¿Puede darse absurdo mayor que una empresa colonial de España en África? Si estamos aún en la convalecencia de la colonización americana, si tenemos aún dos grandes colonias que, en lugar de darnos las fuerzas que nos faltan, son dos sangrías sueltas, dos causas de disolución de lo poco que habíamos conseguido fundar, ¿cómo vamos a acometer nuevas empresas colonizadoras? Si así lo hiciéramos, más tarde recibiríamos el pago: un desastre económico, una guerra civil, otro ensayo republicano, un nuevo ataque a nuestra independencia, cualquiera de esas cosas y otras peores a elegir[2].

Tan solo erró en la secuencia —la República vino antes que la Guerra Civil—, pero no dejó ni una calamidad por prever, sin omitir la muy precaria independencia que, a partir de 1936, iban a tener las dos Españas resultantes de la fractura, una bajo la influencia de Italia y Alemania y la otra de la Unión

Soviética. Si bien la fórmula bajo la que España se hizo cargo del norte de Marruecos no era nominalmente una colonia —posibilidad en la que pensaba Ganivet al escribir ese pasaje—, tenía rasgos en común con ella, y el país «protegido» unas circunstancias de las que también se ocupa Ganivet en las páginas de su *Idearium*:

> España tiene un interés, demasiado visible para que necesite de aclaraciones, por conservar el territorio del otro lado del Estrecho alejado, cuanto más mejor, de la acción política de Europa, y este interés por nadie estará mejor servido que por los que actualmente lo sirven. Si nosotros nos dejásemos llevar de esos deseos tradicionales, sin contar, como no contamos hoy, con los medios indispensables para completar la obra del ejército y de la política, y lográsemos establecer nuestro protectorado o dominación sobre Marruecos, quizá no serviríamos más que de introductores de los famélicos comerciantes de Europa; y en tanto que estos recogían la utilidad práctica del cambio de poder, nosotros recogeríamos la odiosidad del pueblo dominado, que vería en nuestra acción la causa manifiesta de todos los ataques dirigidos contra sus sentimientos exclusivistas y por naturaleza refractarios a la civilización europea. Seríamos, pues, factores inconscientes de intereses contrarios a nuestros intereses y obreros de nuestra propia ruina[3].

Señala Ganivet, a estos efectos, que la España finisecular ya no es un pueblo pujante o ansioso de expansión, sino «un pueblo experimentado y escarmentado que, por falta de memoria, aprovecha poco y mal sus escarmientos y su experiencia»[4]. Y advierte contra la propensión de los españoles a hacer de una idea un medio para guerrear, una pulsión que los conduce a las armas y a buscar en su uso la forma de realizarse: «De esta suerte, las ideas, en lugar de servir para crear obras durables, que fundando algo nuevo destruyen indirectamente lo viejo e inútil, sirven para destruirlo todo, para asolarlo todo, para aniquilarlo todo, pereciendo ellas también entre las ruinas»[5]. Cuesta hallar una descripción más exacta del curso belicista que iba a tomar la implantación del Protectorado marroquí, para medro de los que en la guerra cifraban sus expectativas y para desgracia de todos los demás, empezando por los jóvenes a los que se sacó de los campos o de las fábricas para morir en Marruecos.

Y eso que eran otras las intenciones, en algún caso nobles, que abrigaban quienes postulaban, contrariamente a la idea de Ganivet, la necesidad de que España se implicara en Marruecos. Por todos ellos, puede y debe citarse el caso del regeneracionista Joaquín Costa, que entendía que era responsabilidad histórica de España ayudar al reino de Marruecos a salir de la postración y el atraso en que vivía, entre otras razones por los vínculos, tan estrechos como no los tenía nadie, entre españoles y marroquíes. Para Costa, igual que a través del norte de África había llegado a la oscura España medieval la civilización de oriente, al abatido Marruecos contemporáneo debía llegar la civilización occidental a través de la península ibérica, cuya forma misma era

la de una mano tendida desde Europa al continente africano. Esta y otras ideas las expuso en una sonada conferencia que dio en el Ateneo de Madrid el 30 de marzo de 1894, y que se recogió en un suplemento al número 9 de la revista *España en África*, en enero de 1906, esto es, en vísperas de la Conferencia de Algeciras. Cabe suponer que algún peso tuvo en quienes allí representaban los intereses de España, frente a otras potencias como Francia, Gran Bretaña o Alemania, a las que Costa consideraba menos idóneas para contribuir al progreso de Marruecos, además de perseguir siempre sus intereses propios y contrarios a los españoles.

El título de aquella conferencia, *Los intereses de España y Marruecos son armónicos*, denotaba su actitud bienintencionada, la de un pueblo que mira a otro pueblo hermano con verdadera solidaridad, y desde ella se propone contribuir sinceramente a su bienestar y su progreso. Para ello, Costa renuncia a cualquier imposición por las armas y recuerda el choque bélico de 1859, que para Ganivet era ejemplo de una política de vana exaltación patriótica, en lugar de buscar el bien perdurable de la nación, aunque, según Costa, la generosidad en la victoria permitió sentar las bases de una cooperación provechosa. Con ella, España debe persuadir a Marruecos de lo mucho que puede aportarle, desde esa proximidad profunda entre ambos pueblos, y ofrecerle su ayuda como Marruecos ayudó a España en los siglos XVI y XVIII, frente al enemigo inglés, o en 1808 frente al invasor francés.

Releer hoy los argumentos de Costa para justificar la misión tutelar de España en Marruecos, pese a que los formula desde el respeto e incluso el amor a la nación un día maestra, poco antes víctima y siempre hermana, transmite una incómoda percepción paternalista en la que pueden atisbarse las semillas del fracaso: la historia enseña que ningún pueblo lleva bien que otro se crea en posición de superioridad y autorizado a señalarle el camino que debe seguir, por buenas que sean las intenciones, nobles los objetivos y pacíficos los medios. Por otra parte, pretender que España desplazase sin más a Francia o al Reino Unido de sus múltiples y poderosos intereses, mediante un pacto con un país postrado y en declive como lo era el Marruecos de finales del XIX, tenía mucho de proyecto ingenuo, cuando no ilusorio.

En todo caso, pronto quedó acreditada la inviabilidad de esa pretensión, en la misma Conferencia de Algeciras, y ya que la propuesta regeneradora y solidaria de Costa para Marruecos iba a quedar en el limbo de las ideas irrealizadas, se podría al menos haber tomado nota de sus advertencias. Quizá habrían ayudado a hacer algo más fecunda y algo menos gravosa, en todos los sentidos, la implantación del Protectorado español supeditado al de Francia

que derivó del tratado finalmente suscrito por los franceses con el sultán Muley Hafid en Fez en marzo de 1912.

Con una sensación sombría se leen estas líneas:

> No es tampoco que falte aquí una minoría de Campeadores inéditos y Pizarros en agraz, que viven en pleno romancero morisco y en plena epopeya del Cid, que sienten bullir en sus venas la sangre caliente de los guerrilleros de la Edad Media y de los conquistadores de América, y sueñan con otra Navas de Tolosa y otro asalto de Tánger, y fantasean consagraciones de mezquitas en iglesias y constitución de encomiendas y feudos en las vertientes casi vírgenes del Atlas. Sólo que esos que piensan de tal modo son supervivientes de otra edad, notas discordantes que se apartan de la idea nacional[6].

En gran medida, esas notas discordantes iban a componer, para mal del país, la sinfonía del Protectorado, o al menos la de su instauración, con la consiguiente e inevitable quiebra en el seno de la nación que tenía que ponerles los muertos. Fueron por delante algunos de esos Campeadores y Pizarros, en lugar de aquellos que proponía Joaquín Costa en la misma conferencia:

> España debe fundar en Ceuta […] instituciones […] para que la juventud marroquí aprenda de profesores españoles la medicina, física, química, astronomía, geología, historia natural, geografía e historia; hacer de Ceuta y de Melilla poblaciones bilingües; sustituir los presidios por institutos y escuelas especiales, adonde puedan enviar sus hijos los moros de las kábilas fronterizas; crear una imprenta arábiga, que difunda por todos los ámbitos del Imperio […] los progresos de la ciencia moderna; establecer una facultad de derecho indígena, con la mira de formar un plantel de jurisconsultos que en su día puedan servir de base a la organización de la justicia en el Imperio, y otra facultad de medicina, que ahuyente poco a poco la turba de charlatanes y ensalmadores a quienes está hoy confiada la salud de los marroquíes, y otra facultad militar, que inicie a los oficiales del Sultán en las artes modernas de la guerra […]. Lo mismo que de la ciencia, ha de decirse de la administración y del trabajo. España debe inspirar al Gobierno marroquí el gusto por las obras públicas, prestándole a sus ingenieros […] y señalarle la apertura de nuevos puertos comerciales; iniciarle la apertura de nuevas líneas de comunicación, construyendo cuatro o cinco trozos de carretera a partir de Ceuta, de Santa Cruz de Mar Pequeña y de Melilla; colonizar los campos de estas plazas del modo más intensivo posible transformándolas en poblaciones civiles y agrícolas de importancia […] encauzar hacia Marruecos parte de emigración hispano-argelina, removiendo los obstáculos que dificultan allí la vida de nuestros colonos […]; enseñarle a alumbrar aguas para riego, enviándoles ingenieros y sobre todo colonos alicantinos y murcianos de esos que han enseñado prácticamente a Francia el modo de fertilizar los abrasados llanos de la Argelia […]; convertir a Ceuta en lo que fue en otro tiempo, ciudad eminentemente fabril y manufacturera, ejemplo y estímulo, y al propio tiempo, escuela y plantel de operarios y de fabricantes para todo el Moghreb […][7]

Para qué transcribir más: la idea está clara, pero, como es sabido, algunas de esas propuestas se realizaron solo en parte a lo largo de los más de cuarenta años del Protectorado, otras no se acometieron en absoluto y ninguna, por intereses personales de todos conocidos, se antepuso de forma decisiva a la empresa de conquista militar del territorio, lo que hizo esta mucho más costosa y sangrienta, cuando tal vez se podría haber contribuido a

evitar el recurso a las armas. Lo que sí se aceleró fue la puesta en explotación de las minas de hierro del Rif, que tanto lucro iban a reportar en esa bélica segunda década del siglo XX a quienes también sabemos, gracias entre otros a los trabajos de María Rosa de Madariaga[8], sin que esos beneficios revirtieran en Marruecos ni sirvieran para atraerse a sus gentes a colaborar con la potencia protectora. No me resisto a anotar un detalle que puede parecer anecdótico, pero que juzgo harto significativo.

Hace unos años recibí un correo electrónico de Jaime MacPherson, bisnieto de Enrique MacPherson, el escocés que, junto con Clemente Fernández, consiguió del Rogui en el año 1908 la primera concesión para explotar las minas de Beni Buifrur. Según me contaba, su bisabuelo conoció a Clemente Fernández en un viaje de tren, vio que llevaba un trozo de mineral de hierro que había sacado de las minas rifeñas y le convenció para que se asociaran e intentaran explotarlas. Me comentaba además que ganaron al conde de Romanones por la mano, pero que luego no tuvieron más remedio que asociarse con él y que la aventura le costó a su bisabuelo la salud y la vida y poco ganó con ella.

Adjuntaba al mensaje una copia de la concesión original del Rogui y de su traducción, y una más que sabrosa confidencia: en la contabilidad de la sociedad que explotaba las minas, la Compañía Española de Minas del Rif, figuraba este elocuente apunte: «10 000 reales para un caballo para S. M. Alfonso XIII».

Lo explícito de la anotación excusa su glosa.

Por si lo anterior no resultara ya bastante amargo, en lo que toca a la estrategia militar seguida durante la primera parte de la campaña marroquí, con el resultado trágico de la masacre de Annual —y algunas otras—, disponemos de un documento de excepción, poco conocido y apenas citado, entre otras razones porque de él solo se imprimieron doscientos ejemplares y no se destinaron a circulación pública. Se trata del estudio que con el título de *Acción militar de España en el Imperio de Marruecos. Bosquejo de un plan de campaña* se imprimió en el año 1898 en la Imprenta y Litografía del Depósito de Guerra, y cuyo autor es José Álvarez Cabrera, entonces comandante de caballería, que se titula como «Jefe que fue de la misión militar española cerca del Sultán de Marruecos». Es un trabajo riguroso y detallado, un buen ejemplo de inteligencia militar obtenida sobre el terreno por un profesional competente que no perdió el tiempo durante los años que pasó en tierras marroquíes. Sus análisis son de una meticulosidad extraordinaria: como ejemplo ilustrativo, cuando habla de Larache no solo

describe su entorno, sus vías de comunicación o su sistema hidrográfico, pasando por la playa más ventajosa para realizar un eventual desembarco —y donde, por cierto, se acabó produciendo—, sino que describe con todo lujo de detalles la artillería —piezas y calibres— de que disponen sus fortificaciones, lo que prueba que no desperdició la visita.

Pues bien, en la lectura de sus consideraciones militares, de cara a una futura intervención de la que —él sí— es decidido partidario por razones geoestratégicas, aparecen para el lector que desde hoy evoca Annual nuevos motivos para la melancolía. Por comenzar por alguna parte, veamos lo que dice del Rif:

> No creemos, dadas las condiciones de la región geográfica que se conoce con el nombre de «El Rif», el que las naciones europeas conviniesen nunca en desembarcar sus efectivos en aquellas montañas inaccesibles, hacerlo sería un grave error político, y sobre todo militar[9].

Y más adelante, desarrolla y afianza la idea:

> Insigne locura sería penetrar por comarcas montañosas y avanzar por terrenos desconocidos o ásperos y sin recursos, incomunicándose con la base de operaciones, alejándose del mar, y sin marchar sobre objetivos vulnerables sufrir toda clase de penalidades para encontrar sólo dificultades, como sucedería avanzando desde Melilla[10].

«Insigne locura». No puede decirse que el comandante se anduviera con paños calientes a la hora de alertar a sus jefes. Pero hay algo más. El autor del estudio conoce bien al potencial enemigo y advierte contra el siempre letal exceso de confianza:

> Las movilizaciones son rápidas, y rápidas porque un moro calza sus babuchas, si las tiene, arregla su espingarda, coge un pan negro y un puñado de higos secos y sin más preparativos se presenta, andando leguas sin descanso, al sitio del llamamiento. En estas marchas hay indudablemente que admirar dos cualidades de los moros: su resistencia y su sobriedad[11].

Alabanza a Dios único y solo es duradero su reino.

A la Compañía Española que componen los señores Duque de Alhefes, Conde de Romanones, Don Juan Antonio, Don Manuel, Don Eduardo Marín, Don Alfonso Elmoler, Clemente Fernández, el saludo para vosotros y la piedad de Dios y sus bendiciones os acompañen. Y después: las relaciones de nuestro Señor con la Compañía son excelentes, como igualmente lo son con vuestros empleados de las minas.

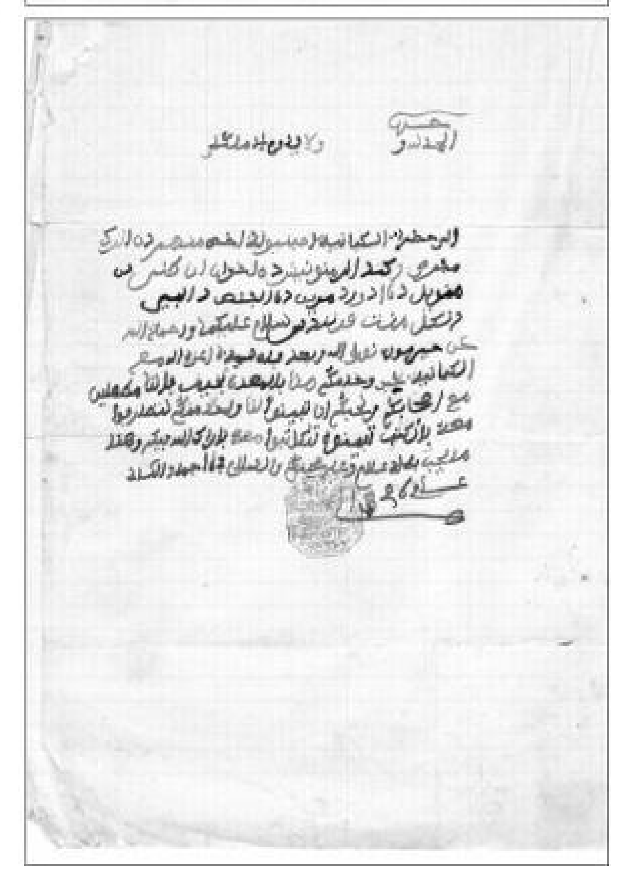
Nosotros vecinos de vuestros amigos queremos que nombreis por escrito un encargado vuestro con el que podamos tratar y suscribir contrataciones.

Que la gracia de Dios sea con vosotros y nada mas tenemos que notificaros.

Y por la amistad y la paz.

En 16 de Jumad segundo del año 1326 (Julio de 1908)

Hay un sello que dice:
El Fazid ben Mohamed El Maslti



Documento por el que se ceden los derechos de explotación de las minas del Rif. Colección Jaime MacPherson.

Por lo demás, tanto la infantería como la caballería de los marroquíes, por su indisciplina y falta de instrucción para operar como un conjunto armónico, presentan carencias que una fuerza bien instruida y cohesionada puede aprovechar, pero en ningún caso conviene darles ventajas innecesarias. Y es de lo más pertinente recoger aquí esta advertencia, bien precisa:

> Las retiradas en los países semisalvajes y guerreros, como el de Marruecos, son las operaciones más difíciles y las que deben preverse y someterse a un detenido estudio. Algunos ejemplos en las guerras irregulares nos demuestran la facilidad de que una retirada táctica se convierta en desastre. En enero de 1842 les aconteció a los ingleses en el Afghanistán (sic): 17 000 hombres tenía el ejército que dejaron en el campo atrincherado de Cabul (sic) y que se dirigió a la frontera de la India, pero sólo *uno* llegó a Jellalabad (sic) para poder dar la noticia, los restantes, incluso el general en jefe, fueron sacrificados o prisioneros; otros casos podrían presentarse para probar la necesidad que existe de que las líneas ofensivas en estos países puedan convertirse en líneas de retirada y administrativas […]. En esa misma retirada […] no tenía el ejército inglés ni aun línea de comunicaciones, les llegó a faltar hasta el municionamiento, e internándose en terribles desfiladeros quedaron tendidos en terrible reguero de cadáveres, por no contar en su retirada con puntos de apoyo, en los cuales se hubiera reorganizado la columna bajo la protección del fuego de los fuertes[12].

En el caso de la retirada de Annual sí se contaba con una línea de comunicación —una pista—, pero los hechos demuestran hasta qué punto la maniobra no había sido estudiada, la cadena de posiciones intermedias resultaba insuficiente y, para colmo, el repliegue careció de una adecuada dirección. Fue una verdadera desgracia para aquellos miles de soldados estar mandados por quien no solo carecía de la aptitud para anticipar los riesgos de las operaciones, sino incluso de la de aprovechar el estudio que alguien le había dado hecho, con aviso expreso de la catástrofe sin paliativos a la que se exponía y acabó arrojando a quienes estaban a sus órdenes. La negligencia militar, que en alguna ocasión se ha querido relativizar o incluso absolver, fue tan absoluta como imperdonable y vino a culminar el desacierto político que condujo al Gobierno de la nación a implicarla en una aventura que la sobrepasaba y comprometía, de manera igualmente previsible —y prevista— y que se organizó sobre bases que estaban lejos de atender a los intereses de los españoles y a los de los marroquíes, por más armónicos que estos pudieran ser, según Joaquín Costa. Concediendo que tuviera razón, lo que desde la acción del Protectorado se hizo atendió más a intereses particulares, en franca contradicción con ese interés común. Y lo más devastador del episodio fue que la población española tuvo plena conciencia de ello, porque, desde mucho antes de que los hechos sucedieran, quienes en su seno asumían la obligación de razonar acerca de los asuntos públicos así lo habían advertido.

En 1894, 1897 y 1898 habían quedado ya expuestas a la sociedad española las razones que había en el terreno político, administrativo y militar para no hacer lo que finalmente se hizo, con tan luctuosos resultados. Podrán otros decir que los hechos que les torcieron el camino como pueblo fueron fruto de fuerza mayor o azar impredecible. No así en este caso. En Annual y en Marruecos se estrelló España como estaba anunciado. Eso le otorgó al Desastre su irresistible poder refractor, en los términos que con visión profética y exacta había anticipado Ganivet.

UNA VICTORIA *MA NON TROPPO*

Con cierta frecuencia, entre quienes tienen de él noticia, que tampoco son mayoría en la sociedad española actual, se presenta el desembarco de Alhucemas de septiembre de 1925 como una suerte de desquite o compensación del enorme revés que para España supuso el Desastre de Annual, quizá porque permitió poner el pie en esa bahía a la que nunca llegó Silvestre y por cuya conquista sacrificó a sus soldados. Hay quien incluso detiene ahí el relato de la Guerra de Marruecos, como si ahí se hubiera acabado todo y se hubiera recompuesto el orden natural de las cosas, que exigía la derrota de los montañeses marroquíes ante el poderío militar europeo. Fue, eso es verdad, el último episodio de aquella guerra para algunos. Caso singular, por la importancia histórica que adquirió luego y por la utilización que hizo, con habilidad incuestionable, de su participación en la campaña de África, fue Francisco Franco, entonces coronel y que de resultas de aquello ascendió a general y no volvió a tener un destino en el Protectorado de Marruecos hasta 1935, como comandante en jefe y cuando ya estaba pacificado por entero. Sin embargo, el desembarco de Alhucemas solo fue el pórtico de lo que se podría llamar la parte «invisible» de la Guerra de África, que todavía se prolongó casi dos años más y de cuyos rigores y dificultades podían dar buena cuenta quienes no los eludieron: esos que luego estuvieron en las filas de los sublevados contra la República, como Sanjurjo, Goded, Mola o Varela, y algunos otros que se sintieron en la obligación de defenderla, como Pozas.

Me parece muy interesante ese periodo, no solo porque se habla y se ha escrito acerca de él mucho menos que de Annual o Alhucemas, sino porque en él terminan de cuajarse personajes que van a ser determinantes para la manera en que la campaña marroquí terminará de precipitar el descarrilamiento histórico de los españoles, confirmando el vaticinio de

Ganivet. La jefatura superior de la campaña corre a cargo de Sanjurjo, que va a ser la cabeza visible del golpe de 1936, pero en su primera línea se distinguen hombres como Mola, cerebro y arquitecto de esa rebelión; Varela, que será uno de los jefes militares de las fuerzas sublevadas —y el encargado, gesto muy simbólico, de imponerle la Laureada a su generalísimo vencedor —; o Pozas, que como ministro de la Gobernación de la República tomará la decisión de armar a las milicias de los partidos, del mismo modo que como jefe militar en Marruecos armaba a las harcas leales para utilizarlas como fuerza de choque contra las insumisas.

En la dirección efectiva de esta parte más desconocida de la campaña, que, en buena medida, es una enmienda a la totalidad de las calamitosas tácticas previas a Annual, pero también de las «gestas» de reconquista con que se labraron su prestigio jefes como Franco o Millán Astray, se encuentra el general Manuel Goded Llopis, mano derecha y cerebro en la sombra de Sanjurjo, a quien aventajaba notoriamente en ciencia militar y que tuvo buen cuidado de mantenerlo a su lado hasta haber acabado con el último foco de resistencia. Este jefe, tal vez el más preparado y competente de su generación, secundó el alzamiento contra la República, e incluso podría haberlo encabezado, tras la muerte de Sanjurjo, con más cualificación y méritos de guerra que quien finalmente lo hizo. Para su desgracia, lo fusilaron en Barcelona, condenado en consejo de guerra por ponerse al frente de una sublevación pésimamente organizada por los militares golpistas de la guarnición y desbaratada por los responsables del orden público en Cataluña. Eso le privó de representar un papel en los actos posteriores de aquella tragedia, pero en el desenlace de la Guerra de Marruecos no solo fue actor principal, sino también un minucioso cronista cuya lectura es muy esclarecedora.

Resulta el libro que escribió al respecto, titulado *Marruecos, las etapas de la pacificación*, y publicado en 1932, sumamente valioso, entre otros motivos, por su sinceridad a la hora de dar cuenta de los errores cometidos en la campaña marroquí y de las grandes dificultades con que siguió tropezando incluso después del desembarco de Alhucemas, de las que él mismo fue testigo y estuvo a punto de ser desdichado protagonista. Sucedió en la noche del 11 de septiembre de 1925, en la playa de los Frailes, la estrecha lengua de tierra que tras el desembarco ocupaba con sus fuerzas, mucho menos ventajosa que la amplia playa de la Cebadilla, donde habían desembarcado, entre otras, las tropas a las órdenes de Franco. Esa noche, Abd el-Krim, identificando aquel punto como el más débil de la línea enemiga, lanzó un

ataque con lo más escogido de sus fuerzas, que no estuvo lejos de cumplir su objetivo, en palabras de quien hubo de soportarlo: «Romper nuestro frente y arrojarnos al mar». No tiene desperdicio la descripción que de aquel ataque nocturno ofrece Goded:

> La particularidad de este ataque, por primera vez observada por el autor en la campaña marroquí, fue el método, la dirección de un mando único y experto con que fue conducido por el enemigo. La iniciación de los asaltos por medio de señales luminosas, perfectamente visibles y observadas por mí, la paralización de fuego simultáneamente en toda la línea al cesar cada asalto, la preparación artillera cronometrada en plena noche, los ataques de tanteo, los objetivos perfecta y certeramente señalados, son detalles que daban la sensación de luchar con un ejército regular y organizado, obediente a un mando único y capacitado. Posteriormente, en todo el desarrollo de las campañas de 1926 y 1927 se pudo observar frecuentemente estas nuevas características en el modo de combatir de los rifeños, que unidas al empleo intensivo que en ellas hicieron de la fortificación y de las armas automáticas instaladas en abrigos cubiertos, dieron a estas campañas un sabor de guerra europea, que si bien las hicieron más difíciles permitieron en cambio que nuestras acciones fueran más brillantes, más enérgicas, más decisivas[13].

Aquel ataque fue repelido y, a comienzos del mes siguiente, se logró consolidar y asegurar el desembarco con la conquista de Axdir, en una operación dirigida por el propio Goded. Pero lo que como resultado de esas operaciones controlaban los españoles tan solo era una estrecha franja de tierra a partir de la bahía. Abd el-Krim contaba aún con un ejército de 60 000 hombres y de las 66 tribus que había en el Protectorado español 40 se mantenían insumisas[14]. Estaba lejos la pacificación y aún iba a costar muchos combates y muchas bajas conseguirla.

Abd el-Krim resistió hasta mayo de 1926, hasta el 18 de ese mes no se consumó la reconquista de Annual, por una columna encabezada por el coronel Pozas, y hasta agosto de ese año no se verificó, tras la costosa toma de Ketama, la conexión de las dos zonas del Protectorado, oriental y occidental. Los combates para reducir a las tribus rebeldes eran cada vez más duros, y a veces tan apurados que llegaban a poner en riesgo de aniquilación a unidades enteras: les pasó a las columnas de los coroneles Pozas y Mola en la operación de Senhaya de abril de 1927. La lucha se prolongó hasta el 10 de julio de ese mismo año, cuando cinco columnas culminaron la toma del Yebel Taria, en el Ajmás. De todo ello da pormenorizada cuenta Goded, que dirigió en persona algunas de aquellas operaciones y que coordinó todas desde la jefatura del Estado Mayor de Sanjurjo. Quizá lo más relevante del relato sea su descripción de cómo se fraguó aquella victoria, por cómo termina de poner en contexto el fracaso de Annual y lo oneroso, en todos los sentidos, de aquella empresa bélica.

A grandes rasgos, y resumiendo mucho, afirma Goded que el éxito partió de la premisa de rectificar el uso erróneo que se había venido haciendo de todas las armas, y que ignoraba tanto las condiciones del teatro de operaciones como la calidad y los recursos del enemigo. La campaña se atuvo a dos conceptos principales: el primero, el abandono de la táctica anterior, que se basaba en el establecimiento de posiciones fijas, abocadas al asedio y a la inferioridad, y su sustitución por la formación de poderosas columnas móviles, que trasladaban la fuerza de un lado a otro sin verse por lo general en desventaja; el segundo, la utilización intensiva de tropas indígenas, reclutadas entre las tribus que se iban sometiendo, para emplearlas contra las que se resistían, y enfrentar estas a combatientes con su misma idiosincrasia, resistencia y adaptación al terreno, al tiempo que se ahorraban las vidas de los nacionales y, de paso, se mitigaba el rechazo que la guerra producía en la población española[15].

Quizá por esto, porque entre 1926 y 1927 el grueso de las fuerzas españolas que entraban en combate en África estaba formado por marroquíes, disminuyó a partir del desembarco de Alhucemas y en el relato posterior la percepción de que la guerra continuaba, aunque lo hiciera con una ferocidad inaudita. Hay que anotar, así lo reconoce el propio Goded, que el servicio a los españoles estaba retribuido para los auxiliares marroquíes con la disponibilidad de armas, que se les permitía usar con ese solo propósito —concluidas las operaciones, debían devolverlas— y con el derecho al pillaje sobre los bienes de las tribus derrotadas —que al término de cada conquista se llevaban consigo cuando marchaban de vuelta a sus territorios de origen—. Se puede imaginar, y para quien le suponga alguna dificultad no deja de dar cuenta de ello el cronista y cerebro de la campaña, con qué fiereza y determinación atacaban aquellos soldados, cuñas de la misma madera. Con ellos se redujo a la sumisión a aquellos que de otra manera nunca se habrían sometido y se acabó sin más con quienes se resistían hasta la muerte a ser «protegidos».

Una victoria así alcanzada, tras quince años de guerra, que Goded cifra en dieciocho porque los cuenta desde la masacre del barranco del Lobo de 1909, no deja de ser un triunfo relativo, en términos militares. Pero si tenemos en cuenta sus connotaciones sociales y políticas, por todos los destrozos que la implantación por las armas del Protectorado produjo en la sociedad española —y en la marroquí, empujada al final a una lucha fratricida en beneficio de la potencia protectora, con agravamiento de las enemistades ancestrales entre las tribus que la componían—, la sensación de desastre se hace mucho más

amplia y exhaustiva y va más allá de las matanzas y los sucesivos descalabros.

La experiencia no solo dejó heridas profundas a los dos pueblos que la protagonizaron, sino que además, en el caso del español, produjo una galería de personajes troquelados en una escuela de violencia, con perfiles incluso de barbarie, que iban a marcar su inmediato porvenir. Uno tiende a solucionar las cosas del modo en que ha aprendido a solucionarlas, y lo que en África aprendieron algunos —con más intensidad los que se quedaron hasta el final para resolver la papeleta que la debacle de Annual había planteado a la potencia protectora— fue cualquier cosa menos el arte de afrontar los conflictos por procedimientos para reconducir los desacuerdos. En Marruecos, a raíz de Annual y hasta seis años después de Annual, se forjaron combatientes implacables. Y cuando llegó el momento en que el descontento que acumulaba la nación, tras corroer hasta los cimientos la monarquía y embarrarle el campo a la República, desembocó en el enfrentamiento civil, no faltaron los dispuestos a empuñar las armas y hacerlo sin darle cuartel al enemigo. Está ese espíritu en las instrucciones reservadas de Mola a los sublevados en el verano de 1936, pero también en el laconismo brutal del bando de proclamación de la República en Jaca en 1930, dictado por el capitán —y antiguo oficial del Tercio— Fermín Galán, o en las arengas a los suyos de Buenaventura Durruti, que no dejaba de celebrar que cuando el pueblo tuviera armas podría usarlas sin titubeos porque el Estado burgués le había dado la instrucción necesaria, en parte gracias a las campañas de Marruecos.

No erraron en sus previsiones ni Mola ni Durruti: el golpe se produjo con contundencia hacia los desafectos, y la respuesta fue igualmente destemplada. Una vez que las armas llegaron a las milicias —repartidas en Madrid por Pozas, y en Barcelona arrebatadas a los rebeldes derrotados— se utilizaron sin ningún reparo contra hombres inermes. Seguramente no alcanzó nunca Ganivet a imaginar todos los detalles, pero en ellos se terminó de cumplir su oscura profecía. Lo peor de los desastres que nunca debieron producirse es que lo desequilibran todo de tal manera que proyectan su fuerza destructiva mucho más allá de lo que les cabe prever a quienes se los representan antes de ocurrir.

EL RELATO O EL OLVIDO

El Desastre de Annual, y por extensión la Guerra de África, condicionada en todo su desarrollo posterior por el recuerdo y la necesidad de catarsis de esa bochornosa tragedia nacional, se pueden ver como el gran punto de inflexión de la historia de la España contemporánea. Hasta ese momento, pese a todos los contratiempos y todas las grietas que asomaban en el edificio, el régimen de la Restauración, solución en la que paró el agitado y convulso siglo XIX español, resistía, bien que a duras penas. A partir de aquella súbita y abrumadora mortandad en el Rif, el entramado constitucional de 1876 y aun la misma monarquía como forma de Gobierno estaban irremediablemente acabados. El monarca optó por procurarse una prórroga precaria a lomos de una dictadura militar, pero esta no hizo más que profundizar en la inviabilidad de una solución monárquica para el cúmulo de males que pesaban sobre el país. La salida republicana se hizo tan ineludible como azarosa e incierta, porque repúblicas las hay de muchos tipos y casi habría podido decirse que cada uno tenía en la cabeza la suya propia y contraria a todas las demás. Una vez puestas sobre el tapete las contradicciones y enemistades que aquella república acogía en su seno, y abierta por muchos a un tiempo la vía de la violencia como remedio para sacudirse de encima a quienes tenían otra visión del mundo y del país, el mismo conflicto que había precipitado la crisis proporcionó los estrategas, los soldados y la masa de maniobra de la Guerra Civil que iba condicionar la historia de España hasta finales del siglo XX. Si es que en los años que llevamos del XXI hemos acertado, que a menudo podría dudarse, a desembarazarnos de ella.

Me he referido antes en estas mismas líneas al fenómeno como *refracción*: en esas despobladas colinas de Annual, en esa infortunada e inoportuna guerra colonial en Marruecos, se torció el curso de nuestra historia. Es posible que los desequilibrios, las injusticias y las corruptelas que padecía la sociedad española de entonces hubieran conducido igual a una confrontación civil, pero Annual y Marruecos decidieron la que al fin tuvimos.

Y, sin embargo, ni Annual ni Marruecos han generado en la ficción un eco a la altura de la trascendencia que tuvieron, para los españoles de entonces y para los que hemos venido después. Se podría decir, pensando en hechos casi coetáneos, que no fue inferior a la que pudiera tener la Gran Guerra para británicos, franceses o alemanes. Piénsese en la cantidad —y calidad— de la literatura o la narración audiovisual que cualquiera de esos tres países produjeron y siguen produciendo —ahí está la reciente película británica *1917* — a partir de ese episodio histórico que tanto los conmocionó. Si se compara

con lo que en España se ha hecho acerca de la Guerra de Marruecos, produce sonrojo.

No es que no haya literatura de mérito, que la hay, acerca del Desastre de Annual y sus consecuencias. Lo que sorprende es su escasez. Aparte de los dos grandes clásicos, la novela *Imán*, de Ramón J. Sender, y *La ruta*, segunda parte de *La forja de un rebelde*, la autobiografía novelada de Arturo Barea, apenas si se puede mencionar algún otro título de fuste entre quienes fueron contemporáneos de los hechos. Si acaso, cabe añadirles *El blocao*, de José Díaz Fernández, y las *Notas marruecas de un soldado*, de Ernesto Giménez Caballero. Pero, en ambos casos, se trata de títulos menores, en comparación con los anteriores y con lo que un acontecimiento de ese calibre habría producido en otras literaturas. Tampoco los muchos y por otra parte valiosos, testimonios de otros veteranos de Marruecos, como las *Memorias del cautiverio*, del sargento Basallo, o *La barbarie organizada*, del antes mencionado Fermín Galán, alcanzan un nivel literario digno de mención. Mientras se desarrollaba la guerra en África, los novelistas españoles andaban ocupados con otras cosas.

Y *a posteriori* de los hechos, la cosecha no iba a ser mejor. De nuevo, no se puede decir que la historia no tuviera quien se fijara en ella y, entre otros, pueden mencionarse títulos de mérito como la *Historia del cautivo* de Juan Antonio Gaya Nuño y *El desastre de Annual*, dentro de los Episodios Nacionales Contemporáneos de Ricardo Fernández de la Reguera y Susana March, o, más recientemente, novelas como *Doce balas de cañón*, de Rafael Martínez Simancas, o las de Luis Cazorla Prieto, desde *La ciudad del Lucus* hasta *Las semillas de Annual*. Sin embargo, entre los novelistas españoles, que tanto han indagado en otros episodios históricos más remotos, o posteriores, como la Guerra Civil, la preocupación por ahondar en el relato acerca de la guerra marroquí ha sido más bien anecdótica y excepcional. Diríase que importa más lo que vino después, como si pudiera desligarse, y lo que hubo antes, como si fuera irrelevante que en Marruecos se terminara de consumar la descomposición del sistema.

Para la escasez de la literatura contemporánea, comparada con la que hechos análogos generaron en otros países, tengo una explicación ominosa. A las trincheras de Europa fueron en 1914 jóvenes de toda condición, incluidos los brillantes universitarios de Oxford y Cambridge, y por eso tenemos documentos literarios tan sobresalientes como *Adiós a todo eso*, de Robert Graves, uno de aquellos que cambiaron las aulas por el barro y la bayoneta. A la Guerra de Marruecos solo fueron los pobres, que en aquella época eran en

España o analfabetos o poco instruidos, y, salvo excepciones, no pensaban en literaturas. Barea era uno de esos pobres y por eso, y por su inquietud intelectual y la educación que recibió de caridad, tenemos *La ruta*. Sender no era pobre y habría podido librarse, pero era un cabezota aragonés y por no contentar a sus mayores se comió la campaña y lo que allí vio y allí le contaron poco menos que le obligó a escribir *Imán*.

En el poco interés posterior influyó sin duda el trauma de la Guerra Civil, que lo ocupaba todo e invisibilizaba lo demás, pero también el éxito, institucionalizado por la dictadura, de un relato somero y hueco, al que solo le interesaba Marruecos como el campo de batalla en el que obtuvieron sus laureles guerreros los vencedores de la Guerra Civil, encabezados por su caudillo. Para ese relato no era útil, ni siquiera conveniente, ahondar en las sombras de la campaña, más allá del Desastre de Annual, que o bien se cargaba a la torpeza de un muerto —Silvestre— o a un régimen igual de difunto —la monarquía alfonsina—, sin entrar en los vicios constitutivos del empeño y mucho menos en los que cabía señalar en aquellos que allí se labraron nombre y gloria. Para cuando llegó la democracia y desapareció esta objeción, ya habían pasado muchos años de los hechos, los pocos que los habían vivido ya eran demasiado mayores y seguía siendo la Guerra Civil el acontecimiento histórico que llamaba la atención por encima de cualquier otro. La paradoja es que se repitiese que aquella contienda civil la habían desencadenado los africanistas sin preguntarse qué significaba serlo, y que ese desinterés por la tragedia africana conviviera con una memoria familiar en la que rara vez faltaba la figura de alguien —un abuelo, un tío abuelo— que había estado en África o que se había dejado el pellejo allí.

La consecuencia es que, a juicio de este escritor y lector de novelas, tenemos muchas menos de las que deberíamos tener, entre otras cosas para poder contribuir desde la ficción literaria a promover una reflexión crítica y un mejor conocimiento de un acontecimiento de tan extraordinaria significación. Y este hecho es, a su vez, síntoma de nuestra desidia a la hora de elaborar el relato colectivo de los hechos esenciales, que explica nuestra triste propensión al olvido y a la peor de sus formas, que es la desmemoria selectiva, tan peligrosa en manos de quienes gustan de enrolar al prójimo incauto en sus cruzadas particulares.

Y si pensamos, como hoy piensan muchos, y quizá no sin fundamento, que es la imagen la única manera de influir en la conversación pública de manera efectiva, el diagnóstico es aún más desolador. En torno a la Guerra de Marruecos, en torno al conjunto de la historia del Protectorado, que a otros les

habría dado para dar a luz un género cinematográfico en sí mismo, no hay más que un puñado de películas rancias y antiguas y alguna que otra serie que aborda la historia de forma tangencial. De todas ellas, y dejando aparte el cine documental —donde hay que citar *Rif 1921, una historia olvidada*, de Manu Horrillo— apenas merecen una mención indulgente los episodios marroquíes de la versión televisiva de *La forja de un rebelde*, dirigida en 1990 por Mario Camus para TVE. El resto son artefactos tan superficiales como olvidables y nadie ha llegado jamás a producir, aunque alguna vez se ha planteado, una película o una serie que se enfrente al desafío de narrar como se merecería el Desastre de Annual.

Hay quien dice que las derrotas no deben contarse, pero si miramos a nuestro alrededor encontramos ejemplos que refutan esa teoría y lo hacen con éxito. Pensemos en producciones como *Gallipoli* (1981), de Peter Weir, acerca del descalabro australiano en la Primera Guerra Mundial; o *1864* (2014), la serie danesa acerca de la llamada Guerra de los Ducados, el conflicto que enfrentó a Dinamarca con Prusia y que supuso el declive como potencia de la primera y empujó el auge de la segunda. Hay algo higiénico y hasta terapéutico en contar, y contar bien, esas encrucijadas de la historia en las que se tomó el camino equivocado y se pagó por ello un alto precio. Es una forma de honrar a las víctimas de esos errores, y quizá también de ayudar a redimirnos de ellos y de sus consecuencias. Quizá algún día alguien lo entienda entre nosotros, y quizá entonces podamos dar a quienes pagaron el precio de aquellas funestas decisiones una paz que sirva para hacer más sólida y más verdadera la paz de sus herederos.

Si se me permite un pequeño apunte personal para cerrar estas líneas, esa es la intención que me condujo en su día, hace ya veinte años, a novelar los terribles acontecimientos a los que se enfrentaron los soldados destinados en las dos posiciones costeras de Sidi Dris y Afrau, en las proximidades de Annual, en julio de 1921[16]. La ficción literaria, lo mismo que la audiovisual cuando tiene detrás a un artista hondo y solvente, sirve para eso que a la historiografía, por su propia naturaleza y por el rigor científico al que está obligada, tiende a escapársele: apresar la emoción, la experiencia humana primordial de los individuos que se ven arrojados contra los rompeolas de la historia, que en ellos se ven interpelados en lo más profundo de su condición y que en los casos extremos acaban pagando el precio más alto, la pérdida de la propia vida y el fin de la propia existencia.

Años después de la publicación del libro me llegó la imagen de uno de los protagonistas, uno de aquellos jóvenes tragados por el desastre en uno de los

dos emplazamientos de mi ficción. Se trataba del médico de Sidi Dris, el teniente Luis Hermida Pérez, a cuyo trasunto ficticio le dedicaba en el libro páginas duras y estremecedoras —piénsese en un solo médico atendiendo a los heridos que se iban acumulando en una posición con 300 hombres sitiados durante días—, y que dio la casualidad de que era conocido de la familia de una lectora. Gracias a eso tenía una fotografía de aquel hombre, con su uniforme. La mirada de aquel joven, capturada por la cámara, atravesó el tiempo y me llegó con ella el alma de uno de aquellos miles que en esos días murieron, sacrificados inútilmente en el altar de una aventura sin sentido. Olvidarlos, no restituirles a sus vidas dilapidadas el valor y la dignidad que tenían, se me antojó inaceptable.

«La muerte —sostiene Walter Benjamin— es la sanción de cuanto puede contar el narrador»[17]. Y todavía dice algo más: «La novela no es significativa por presentarnos instructivamente el destino propio de otra persona, sino porque este nos transmite, en virtud de la llama que lo va consumiendo, ese calor que no obtendremos nunca de nuestro destino. Lo que lleva al lector a la novela es así la esperanza de calentar el frío de la vida mediante esa muerte de que lee»[18]. Por eso no podemos olvidarlos, por eso estamos condenados a contar su historia; no podemos aspirar a entender, sin ella, la que a todos nos concierne.

Lorenzo Silva,
Illescas, 5 de marzo de 2021

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

AEF *Archivos de Ministerio francés de Asuntos Exteriores*
AGA *Archivo General de la Administración*
AGMAB *Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán*
AGMM *Archivo General Militar de Madrid*
AGP *Archivo General de Palacio*
AHFAM *Archivo Histórico de la Fundación Antonio Maura*
AHPCE *Archivo Histórico del Partido Comunista de España*
Archivo del Congreso. Serie Histórica
Archivo Nacional del Reino Unido [http://www.nationalarchives.gov.uk]
BNE *Biblioteca Nacional de España*
FAM *Fondo Antonio Maura*

FUENTES HEMEROGRÁFICAS

El Imparcial, 22 de agosto de 1925, 2. Declaraciones del general Primo de Rivera.

El Noticiero, s/f, «Crónica de la dictadura desde su génesis hasta su terminación».

El Telegrama del Rif, «Los acuerdos adoptados acerca de las próximas operaciones», 2 de septiembre de 1925.

El Telegrama del Rif, 29 de julio de 1925.

El Telegrama del Rif, 9 de septiembre de 1925.

Revista de Tropas Coloniales, n.º 9, septiembre de 1925.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

BOE, Gaceta de Madrid, 29 de marzo de 1925
Diario Oficial del Ministerio de la Guerra, n.º 211/1909
Memorial de Infantería, 1922.

FUENTES PRIMARIAS IMPRESAS

ÁLVAREZ CABRERA, J., 1898: *Acción militar de España en el Imperio de Marruecos. Bosquejo de un plan de campaña*, Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra.

Anuario, 1909: *Anuario Militar de España*, Madrid, Depósito de la Guerra.

Anuario, 1931: *Anuario Militar de España*, Madrid, Depósito Geográfico e Histórico del Ejército.

ARMADA, R., 1926: *Memoria de la fase de prácticas en la Comandancia General de Melilla*, Biblioteca de la Escuela de Guerra del Ejército.

ARTIGAS ARPÓN, B., 1925: *La epopeya de Alhucemas (Los alicates rotos)*, Madrid, Casa Pérez.

AYENSA, E., 1930: *Del Desastre de Annual a la Presidencia del Consejo*, Madrid, Caro Raggio.

AZNAR ZUBIGARAY, M., 1926: *La España de hoy*, La Habana, La moderna poesía.

BACON, R., 1919: *The Dover Patrol (1915-1917)*, vols. I y II, London, Hutchinson & Co.

BASALLO, F., 1924: *Memorias del cautiverio*, Madrid, Editorial Mundo Latino.

BASTOS ANSART, F., 1921: *El desastre de Annual*, Barcelona, Minerva.

BAYO, A., 1928: *Dos años en Gomara*, Madrid, Imprenta de Cleto Vallinas.

BERENGUER, D., 1918: *La guerra en Marruecos; ensayo de una adaptación táctica*, Madrid, Librería Fernando Fe.

BERENGUER, D., 1923: *Campañas en el Rif y Yebala, 1921-1922: notas y documentos de mi diario de operaciones*, Madrid, Sucesores de R. Velasco.

BERENGUER, D., 1948: *Campañas en el Rif y Yebala*, Madrid, Ediciones Ares.

BETA, comandante [pseud. de José García Benítez], 1917: *Apuntes para historiar tres años de reformas militares (1915-1917)*, Madrid, Imprenta de Bernardo Rodríguez.

BOADA ROMEU, J., 1895: *Allende el Estrecho. Viajes por Marruecos. Impresiones y recuerdos*, Barcelona, Seix.

BOADO Y CASTRO, J., 1895: *El fusil Mauser español modelo 1893*, Zaragoza, Litografía de E. Portabella.

BORRÁS, T., 1924: *La pared de la tela de araña*, Madrid, Marineda.

CABANILLAS, A., 1922: *La epopeya del soldado*, Madrid, Imprenta clásica española.

CABANELLAS, V., 1926: *De la campaña de Yebala en 1924. Asedio y defensa de Xauen*, Madrid, Imprenta Latina.

CAMBA, A., 1921: *El ejército como escuela ciudadana*, Jerez, M. Hurtado.

CAMBA, A., 1926: *Un año en Tetuán. Enero 1924-Enero 1925. (Tipos, paisajes y costumbres tetuaníes)*, Ceuta, Tipográfica Parres y Alcalá, Sucesores de A. Sierra.

CANELLA SECADES, F. de B., 1904: *Algo sobre la reorganización del Ejército*, Córdoba, Imprenta del Diario de Córdoba.

CENSO, 1913: *Censo de la población de España, según el empadronamiento hecho en la Península e Islas adyacentes el 31 de diciembre de 1910*, Madrid, Instituto Geográfico y Estadístico.

COMANDANTE GENERAL DE LARACHE, 1917: *Consultorios Indígenas. 1915-1917, Instrucciones para el funcionamiento de los consultorios indígenas*, Larache, BNE, Colección García Figueras.

CORDÓN, A., 1971: *Trayectoria (recuerdos de un artillero)*, Colección Ebro, Paris, Librairie du Globe.

COSTA, J., 1906: *Los intereses de España y Marruecos son armónicos*, Madrid, Imprenta de España en África.

DÁVILA JALÓN, V., 1978: *Una vida al servicio de España*, Madrid, Prensa Española.

De Annual a la República. La Comisión de Responsabilidades, 1931: documentos relacionados con la información instruida por la llamada «Comisión de Responsabilidades» acerca del desastre de Annual, Madrid, Javier Morata Editor.

De Annual a la República. El Expediente Picasso; las responsabilidades de la actuación española en Marruecos, 1931: Madrid, Javier Morata Editor.

DELGADO TORO, J., 1924: *Servicio de Campaña de la Infantería en Marruecos*, s. n.

DÍAZ DE VILLEGAS Y BUSTAMANTE, J., 1930: *Lecciones de la experiencia: enseñanzas de las campañas de Marruecos*, Madrid, Imprenta de S. Rodríguez.

DOLLA, A., 1912: «Los campos de instrucción y de tiro», *Memorial de Infantería*, vol. I, n.º 6, 670-679.

ECHAGÜE, F., 1894: *Recuerdo del viaje de la Embajada Española en 1894. Fotografías del capitán de ingenieros D. F. Echagüe*, fototipias de Hauser y Menet, Biblioteca Nacional de España, Sig. 17-LF/178.

Expediente Picasso, 1931: Madrid, Ediciones Morata.

EZA, vizconde de, 1923: *Mi responsabilidad en el desastre de Melilla*, Madrid, Gráficas Reunidas.

FABRE, C., 1931, *La tactique au Maroc*, Paris, Charles Lavauzelle.

FERNÁNDEZ DE ALCALDE, D. A., 1908: *Procedimientos médico-legales para evitar la tuberculosis en el Ejército. Ponencia presentada al 1.er Congreso Nacional contra la Tuberculosis*, Valladolid, Imprenta de Julián Torés.

FERNÁNDEZ PIÑERO, J., 1939: *Memorias del legionario Juan Ferragut*, Madrid, Mundo Latino.

FRANCO BAHAMONDE, F., 1922: *Diario de una Bandera*, Madrid, Pueyo; Sevilla, Editorial Católica Española, 1939; Madrid, Afrodisio Aguado, 1956; Madrid, Doncel, 1976.

FRANCO BAHAMONDE, F., 1986: *Papeles de la Guerra de Marruecos*, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco.

GALÁN, F., 1931: *La barbarie organizada. Novela del Tercio*, Madrid, Editorial Castro.

GALLEGO RAMOS, E., 1905: *Proyecto de reorganización y mejora del Ejército de Tierra*, Guadalajara, Colegio de Huérfanos de la Guerra.

GALLEGO RAMOS, E., 1909: *La campaña del Rif, 1909: orígenes, desarrollo y consecuencias*, Madrid, Imprenta de A. Marzo.

GARCÍA ÁLVAREZ, M. y GARCÍA PÉREZ, A., 1929: *Operaciones en el Rif*, Toledo, J. Peláez.

GARCÍA FIGUERAS, T., 1925: *Recuerdos de la Campaña (del vivir del soldado)*, Jerez, Litografía jerezana.

GARCÍA PÉREZ, A., 1908: *La cuestión del Norte de Marruecos*, Barcelona, Revista Científico-Militar y Biblioteca Militar.

GARCÍA PÉREZ, A., 1926: *Heroicos infantes en Marruecos*, Toledo, Imprenta del Colegio de Huérfanos de María Cristina.

GIMÉNEZ CABALLERO, E., 1923: *Notas marruecas de un soldado*, Madrid, Imprenta E. G.

GIMÉNEZ LABRADOR, M., 1929: *Toques de clarín*, Manresa, Imprenta y encuadernación del Batallón de Montaña Reus, n.º 6.

GIRAULT, R., 1919: *Diplomatie européenne et impérialismes. Histoire des relations internationales contemporaines, tome 1, 1871-1914*, Paris, Masson.

GODED LLOPIS, M., 1932: *Marruecos. Las etapas de la pacificación*, Barcelona, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones.

GÓMEZ HIDALGO, F., 1921: *Marruecos. La tragedia prevista*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo.

GÓMEZ-JORDANA SOUZA, F., 1976: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, Madrid, Editorial Nacional.

GÓMEZ-JORDANA SOUZA, F., 2005: *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*, Málaga, Algazara.

GONZÁLEZ, M., 1915: *El protectorado francés en Marruecos y sus enseñanzas para la acción española*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

GONZÁLEZ DELEITO, F., 1920: *Enseñanzas médico-militares de la actual campaña. I. El reclutamiento*, Madrid, Imprenta de Valentín Tordesillas.

GUERRERO, R., 1895: *Crónica de la guerra del Rif*, Barcelona, Maucci.

GUILLÉN, P., 1923: *Prisioneros en el Rif*, Madrid, Establecimiento tipográfico de J. Amado.

HERNÁNDEZ MIR, F., 1926: *Del desastre a la victoria; ante las hordas del Rif*, Madrid, Librería Fernando Fe.

HIDALGO DE CISNEROS, I., 1966: *Cambio de rumbo*, București, Editura Politică.

JEVENOIS LABERNADE, P., 1925: «Estudio del empleo de la artillería en los desembarcos», *La Guerra y su preparación. Estado Mayor Central del Ejército*, n.º 2, 34-49.

Historia, 1947-1981: *Historia de las campañas de Marruecos*, 4 vols., Madrid, Servicio Histórico Militar.

IBÁÑEZ MARÍN, J., 1899: *La educación militar*, Madrid, Imprenta de Felipe Marqués.

Inspección de Sanidad de la 7.ª Región, 1911: *Cartilla Sanitaria de Higiene Sexual*, Valladolid, Imprenta del Colegio Santiago.

LÓPEZ CASTILLO, A., 2018: *Diario de un almeriense en la Guerra de Marruecos*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses.

LUQUE Y COCA, A. de, 1916: *Antecedentes para un Proyecto de Ley Orgánica Militar que en su día ha de presentarse a las Cortes*, Madrid, Depósito de la Guerra.

MENESES, E., 1922: *La cruz de Monte Arruit. Memorias de un voluntario de Regulares*, Madrid, Juan Pueyo.

MARTÍNEZ CAMPOS Y DE LA VIESCA, A., 1922: *Melilla, 1921*, Madrid, Tipografía Yagües.

MARVÁ Y MAYER, J., 1902: *Ciencias aplicadas al arte militar*, Madrid, Ateneo de Madrid.

MILLÁN ASTRAY, J., 1922: *La Legión*, Madrid, Editorial Palomeque.

MILLÁN ASTRAY, J., 1923: *La Legión*, Madrid, V. H. Sanz Calleja.

MIR, M., 2006: *Diario de un pistolero anarquista*, Barcelona, Destino.

MOLA, E., 1922: *Para los oficiales de Infantería en Marruecos*, Logroño.

MORAL SANDOVAL, E., (dir.), 1992: *Actas del Consejo de Ministros. Alfonso XIII. Presidencia del General Primo de Rivera. Directorio Civil (1925-1930)*, Madrid, Ministerio de Relaciones con las Cortes y de la Secretaría del Gobierno.

NIDO Y TORRES, M., 1921: *Misión política y táctica de las fuerzas indígenas en nuestra zona de penetración al Norte de Marruecos. Cooperación y articulación táctica de las tropas europeas con las antedichas, en un Ejército colonial probable*, Ceuta, Imprenta del Regimiento Serrallo, n.º 69.

NOEL, E., 1910: *Notas de un voluntario*, Madrid, Imprenta de Primitivo Fernández.

NOEL, E., 1912: *Lo que vi en la guerra: diario de un soldado*, Barcelona, Imprenta La Neotipia.

OSUNA SIRVENT, A., 1922: *Frente a Abd el Krim*, Madrid, Imprenta de Samarán.

PARACHE, A., 1911: *Correrías por el Muluya*, Valladolid, Imprenta del Colegio Santiago.

PAREJA, L., s. f.: «La guerra irregular en zonas montañosas (Yebala)», BNE, Colección García Figueres.

PÉREZ ORTIZ, E., 1923: *De Annual a Monte Arruit y dieciocho meses de cautiverio. Crónica de un testigo*, Melilla, Artes Gráficas Posta-Express.

PÉREZ ORTIZ, E., 2010: *18 meses de cautiverio. De Annual a Monte Arruit*, Madrid, Intefolio.

PRIETO, I., 2001: *Crónicas de guerra. Melilla 1921*, Málaga/Melilla, Algazara/uned Melilla.

QUINTANA MARTÍNEZ, E., 1928: *La marina de guerra en África: la tragedia del Concha (1913). El desastre y la reconquista (1921-1924), el desembarco de Alhucemas (1925), campañas de 1926 y 1927 (la pacificación)*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones.

RAMOS WINTHUYSSEN, J., 1921: *Tropas indígenas y Ejército colonial*, Sevilla, Gómez Hnos.

Reglamento, 1881: *Reglamento Táctico de Infantería*, Madrid, Depósito de la Guerra.

Reglamento, 1898: *Reglamento para la Instrucción Táctica de las Tropas de Infantería*, 3 vols. Madrid, Depósito de la Guerra.

Reglamento, 1908: *Reglamento provisional para la Instrucción Táctica de las Tropas de Infantería*, Madrid, Depósito de la Guerra.

Reglamento, 1914: *Reglamento Táctico de Infantería, Madrid*, Imprenta del Colegio de María Cristina para Huérfanos de la Infantería.

Reglamento, 1925: *Reglamento para el Empleo Táctico de las Grandes Unidades*, Madrid, Depósito de la Guerra.

RUIZ ALBÉNIZ, V., 1922: *Las responsabilidades del desastre. Ecce homo: prueba documental y aportes ineditos sobre las causas del derrumbamiento y consecuencias de él*, Madrid, Biblioteca Nueva.

SÁINZ GUTIÉRREZ, S., 1924: *Con el general Navarro en operaciones en el cautiverio*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.

SÁNCHEZ PÉREZ, A., 1930: *La acción decisiva contra Abd-el Krim: operaciones en el Rif central en colaboración con el ejército francés*, Toledo, Colección Bibliográfica Militar.

SÁNCHEZ PORTELA, A., 1922: *Al fin en el campo enemigo*, inédito.

SÁNCHEZ RODRIGO, J., 1922: *Diario de un soldado en la Campaña de Marruecos 1921-1922*, Serradilla, El Cronista.

SAN MARTÍN LOSADA, E., 1922: *Sueldos, haberes y gratificaciones del personal del Ejército*, Madrid, Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares.

SANTA MARINA, L., (1924) 1980: *Tras el águila del César. Elegía del Tercio, 1921-1922*, Barcelona, Planeta.

SANTIAGO GUERRERO, M., 1926: *La columna Saro en la campaña de Alhucemas*, Barcelona, Tipografía La Academia, Herederos de Serra y Russell.

SHEEAN, V., 1926: *Adventures among the Riffi*, London, George Allen & Unwin.

SOLDEVILLA, F., 1910: *El Año Político 1909*, Madrid, Imprenta Rojas.

SOLDEVILLA, F., 1926: *El año político 1925*, Madrid, Imprenta de Julio Cosano.

SORIANO, R., 1895: *Moros y cristianos: notas de un viaje (1893-1894). Melilla, Argelia, la embajada del General Martínez Campos a Marruecos*, Madrid, Librería Fernando Fe.

TORCY, L. J. G. de, 1912: *Los españoles en Marruecos en 1909*, prefacio del general Bonnal, suplemento *España y Francia en Marruecos a principios de 1911*, G. C. A. R. S. (trad.), Madrid, Victoriano Suárez/Paris-Nancy, Berger Levrault et cie.

TORNER DE LA FUENTE, E., 1888: *Fortificación en campaña. Noticia sobre algunos progresos que se han propuesto recientemente*, Madrid, Imprenta del Memorial de Ingenieros.

TRONCOSO, J. M., 1925: *Actuación de nuestra artillería en Marruecos. Desembarco de Alhucemas*, BNE, AFRGFC/148/4, Colección García Figueras.

VALDÉS CAVANNA, J. M., 2007: *Comandante Valdés. Memorias de África*, Madrid, De librum tremens.

VALDÉS MARTEL, J., 1928: «El restablecimiento de la situación militar en la zona francesa de Marruecos en 1925», *Memorial de Infantería* (extracto del relato publicado por los capitanes Lostaunau-Lacay y Montjean, en la *Revue Militaire Francaise*), 361-376.

VARELA, J., 1929: «La obra de España en Marruecos. Artículo escrito en el Libro de Oro de la Exposición Hispano Americana de Sevilla. 1929», texto mecanografiado en BNE Áfr. GF, caja 401-5.

«Vejota», 1925: *Los soldados de Infantería de Tenerife en Campaña. Cartas de Marruecos*, Laguna de Tenerife, Imprenta de N. Vera.

VILLAPLANA GONZÁLEZ, C., 1930: *Los dos primeros años de la sanidad militar del Rif*, manuscrito.

FUENTES SECUNDARIAS

Abd-el-Krim et la République du Rif. Actes du colloque international d'Études Historiques et Sociologiques, 18-20 de enero de 1973, 1976, Paris, François Maspero.

ALARCÓN, P. A. de, 2011: «Historia del diario de un testigo de la guerra de África y confesión sobre los motivos de la participación en la misma», en J. A. Yeves (ed.), *Una imagen para la memoria. La carte de visite. Colección de Pedro Antonio de Alarcón*, Madrid, Fundación Lázaro Galdiano.

ALBALADEJO ASENSIO, M. I., 2015: *La evolución de los sistemas de ascenso y de provisión de destinos en el Ejército*, tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de Educación a Distancia.

ALBI DE LA CUESTA, J., 2014: *En torno a Annual*, Madrid, Ministerio de Defensa.

ALLENDESALAZAR, J. M., 1990: *La diplomacia española y Marruecos, 1907-1909*, Madrid, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional, Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe.

ALONSO, J. R., 1974: *Historia política del Ejército español*, Madrid, Editorial Nacional.

ALONSO BAQUER, M., 1986: «La selección de la elite militar española», en M. Hernández Sánchez-Barba y M. Alonso Baquer (eds.), *Las Fuerzas Armadas españolas. Historia institucional y social*, Madrid, Alhambra, vol. V, 49-59.

ALONSO IBÁÑEZ, A. I., 2004: *Las Juntas de Defensa Militares*, Madrid, Ministerio de Defensa.

ÁLVAREZ, J. E., 2001: *The Betrothed of Death: The Spanish Foreign Legion during the Rif Rebellion 1920-1927*, Westport, Greenwood Press.

ÁLVAREZ JUNCO, J., 1990: *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza Editorial.

ÁLVAREZ JUNCO, J., 2001: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.

ÁLVAREZ MALDONADO Y MUELA, R., 2001: «Dardanelos. La campaña de Gallípoli», *Operaciones anfibias. De Gallípoli a las Malvinas, Monografías del Ceseden*, 47, VI Jornadas de Historia Militar, Madrid, Instituto español de Estudios Estratégicos, 49-69.

AMATE BLANCO, J. J., 2013: «La Legión como respuesta a las necesidades militares», en M. Aragón Reyes (dir.), *El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida*, Bilbao, Iberdrola, vol. III, 349-371.

ANTÓN DEL OLMET, L. y GARCÍA GARCÍA, J., 1923: ¡Responsables!: Epopeya en tres actos y en prosa, Madrid, Establecimiento tipográfico de J. Amado.

ARENAS POSADAS, C., 2019: *Por el bien de la patria. Guerras y ejércitos en la construcción de España*, Barcelona, Pasado y Presente.

ARMIÑÁN ODRIOZOLA, J. M. y L. de, 1930: *Francia, el dictador y el moro. Páginas históricas*, Madrid, Javier Morata Editor.

ARQUÉS, E., 1953: *Tres sultanes a la porfía de un reino*, Tetuán, Editora Marroquí.

ATIENZA PEÑARROYA, A., 2012: *Africanistas y junteros: el Ejército español en África y el oficial José Enrique Varela Iglesias*, tesis doctoral, Valencia, Universidad Cardenal Herrera-CEU.

AYACHE, G., 1981: *Les origines de la guerre du Rif*, Paris-Rabat, Publications de la Sorbonne-smer.

BALFOUR, S., 2002: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península.

BALFOUR, S., 2006: *El fin del Imperio Español (1898-1923)*, Barcelona, Crítica.

BALFOUR, S., 2018: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península.

BALLBÉ, M., 1983: *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Madrid, Alianza Editorial.

BALLENILLA GARCÍA DE GAMARRA, L., 2010: *La Legión, 1920-1927. La creación de una unidad colonial*, Murcia, Fajardo el Bravo.

BAREA, A., 2001: *La forja de un rebelde II. La ruta*, Madrid, Bibliotex, Biblioteca El Mundo.

BAREA, A., 2006: *La Ruta*, Barcelona, Random House Mondadori.

BEN-AMI, Sh., 1983: *La dictadura de Primo de Rivera 1923-1930*, Barcelona, Planeta.

BENEYTO, J. M. y PEREIRA, J. C. (dirs.), 2015: *Historia de la Política Exterior de Española en los siglos XIX y XX*, 2 vols, Madrid, Ediciones CEU.

BENJAMIN, W., 2009: *Obras*, libro II, vol. 2, Madrid, Abada Editores.

BERENGUER FUSTÉ, D., 1918: *La guerra en Marruecos: ensayo de una adaptación táctica*, Madrid, Librería Fernando Fe.

BERENGUER FUSTÉ, D., 1923: *Campañas en el Rif y Yebala 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones*, Madrid, Sucesores de R. Velasco.

BLANCO NÚÑEZ, J. M., 2013: «El desembarco de Alhucemas», *Cuaderno de Historia Militar 2. Operaciones conjunto-combinadas,* Torino, XXXIX Congreso Internacional de Historia Militar, 27-50.

BLOND ÁLVAREZ DEL MANZANO, C., 2012: «El Protectorado. Firma del convenio hispano-francés y guerra del Rif 1912-1927», *Revista de Historia Militar*, extra «Centenario del Protectorado de Marruecos», 101-133.

BONAMUSA, F., 1999: «España y las Guerras de África», en A. Vaca Lorenzo (ed.), *La guerra en la historia*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.

BOYD, C., 1990: *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, Alianza Editorial.

BOYD, C., 2003: «El rey-soldado», en J. Moreno (dir.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 215-237.

BRUCE, R. B., 2008: *Pétain: Verdum to Vichy*, Washington, D. C., Potmac Book, Inc.

BRU SÁNCHEZ-FORTÚN, A., 2016: «Los ascensos de guerra (1909-1922). Su repercusión en el nacimiento y desarrollo de las juntas de defensa», *Revista de Historia Militar*, (119), 13-66.

BRU SÁNCHEZ-FORTÚN, A. y MESA GUTIÉRREZ, J. L. de, 2012: «El debate sobre el ejército colonial en España, 1909-1914», *Revista de Historia Militar*, n.º 112, 65-124.

CABALLERO AUDAZ, El, 1930: *El héroe de la Legión*, Madrid, La Novela Semanal.

CABRERA, M., 1998: «Vida parlamentaria», en M. Cabrera (dir.), *Con luz y taquígrafos. El Parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, Taurus, 145-209.

CABRERA, M., 2003: «El rey constitucional», en J. Moreno (dir.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 85-110.

CABRERA, M., 2011: *Juan March*, Madrid, Marcial Pons.

CABRERA, M. y MARTORELL, M., 1998: «El parlamento en el orden constitucional de la Restauración», en M. Cabrera (dir.), *Con luz y taquígrafos. El Parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, Taurus, 23-64.

CAÑELLAS ROMERO, J., 2004: *Juan Luque. Corresponsal del Diario del Barcelona en Melilla*, Melilla, Consejería de Cultura.

CAPELÁSTEGUI, P., 1985: *El tema marroquí en la pintura española (1860-1926)*, Memoria de Licenciatura, Madrid, Universidad Autónoma.

CARDONA, G., 1983: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Madrid, Siglo XXI.

Carrasco García, A., 1999: *Las imágenes del desastre. Annual 1921*, Madrid, Almena.

Carrasco García, A., 2000: «Las tropas de África en las campañas de Marruecos», *Serga. Historia militar del siglo XX*, n.º especial 1, 53-95.

Carrasco García, A. (coord.), 2001: *Las campañas de Marruecos, 1909-1927*, Madrid, Almena.

Carrasco García, A., Mesa Gutiérrez, J. L. de y Domíngez Llosa, S. L., 2011: *Alhucemas 1925. Las imágenes del desembarco*, Madrid, Almena.

Casado y Escudero, L., 1923: *Igueriben, VII de junio-XXI de julio MCMXXI. Relato auténtico de lo ocurrido en esta posición, desde el día en que fue ocupada hasta aquél en que gloriosamente sucumbió, por el único oficial superviviente*, Madrid, Imprenta de G. Hernández y Galo Sáez (edición facsímil a cargo de sus nietos).

Casado y Escudero, L., 2007: *Igueriben*, Madrid, Almena.

Cassinello Pérez, A., 2013: «El ejército español en Marruecos. Organización, mandos, tropas y técnica militar», en M. Aragón Reyes (dir.), *El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida*, Bilbao, Iberdrola, vol. III, 271-297.

Chaillard, G., 2008: *Le nouvel art de la guerre*, Paris, L'Archipel.

Cierva, R. de la, 1982: *Francisco Franco. Biografía histórica*, Barcelona, Planeta.

Connelly Ullman, J., 1972: *La semana trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*, Barcelona, Ariel.

Contreras Cervantes, R. Á., 2016: *Intrahistoria del desastre de Annual: orden de batalla de la Comandancia General de Melilla*, Madrid, Ministerio de Defensa.

Cordero Torres, J. M.ª, 1944: *El africanismo en la cultura hispánica contemporánea*, Madrid, Cultura Hispánica.

Danigo, F., 2010: *France and the Rif War: Lessons from a forgotten counterinsurgency war (Northern Morocco April 1925-May 1927)*, Quantico, Marine Corps University.

Dardé, C., 1998: «El sistema político y las elecciones», en J. Tusell y F. Portero (eds.), *Antonio Cánovas y el sistema político de la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Díaz Francés, M., 2016: *J. Laurent 1818-1886*, Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

DÍAZ MORLÁN, P., 2015: *Empresarios, militares y políticos: la Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967)*, Madrid, Marcial Pons.

DOUGHERTY, D. y VILCHES DE FRUTOS, M.ª F., 1990: *La escena madrileña entre 1918 y 1926. Análisis y Documentación*, Madrid, Fundamentos.

DUROSOY, M., 1976: *Avec Lyautey, homme de guerre, homme de paix*, Paris, Nouvelles Éditions Latines.

EDESA FERNÁNDEZ, B., GIL GRIÑÁN, A. y RIESGO, J. M., 2000: *La campaña de África, un encuadre aéreo*, València, Diputació de València.

ESCRIBANO BERNAL, F., 2018: «El Ejército español en África», *Desperta Ferro Contemporánea*, n.º 30, *El desastre de Annual*, 6-11.

ESCRIBANO BERNAL, F., 2020a: «Marruecos: el Tercio en campaña 1920-1927», en *Cuadernos de Historia Militar, Cien años de La Legión, 1920-2020*, 22-41, Madrid, Desperta Ferro Ediciones.

ESCRIBANO BERNAL, F., 2020b: «Las campañas de Marruecos (1860-1927): la transformación del Ejército», en *Lecciones aprendidas de la Historia. Las campañas militares en África (1860-1975)*, 9-32, Madrid, Ministerio de Defensa.

ESCUDERO CUEVAS, S., 1982: *Memorias de Annual*, Melilla, Asociación de Estudios Melillenses.

ESPADAS, M., 1981: «La política exterior española en la crisis de la Restauración», en *Historia de España y América*, vol. XVI, n.º 2.

ESPLUGA OLIVERA, M., 2013: «Las campañas de Marruecos, gestas y desastres», en M. Aragón Reyes (dir.), *El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida*, vol. III, 299-323, Bilbao, Iberdrola [www.lahistoriatrascendida.es].

FANJUL, J., 1907: *Misión Social del Ejército*, Madrid, Imprenta de Eduardo Arias.

FATJÓ GÓMEZ, P., 2018: «La alimentación de los soldados en el Ejército español, 1859-1914», *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7, 14.

FERNÁNDEZ, M., 1985: *España y Marruecos en los primeros años de la Restauración (1875-1894)*, Madrid, CSIC.

FERNÁNDEZ GARCÍA, F., 2015: «Fotografía aérea histórica e historia de la fotografía aérea en España», en *Ería*, 98.

FERNÁNDEZ-OXEA, X. R. (Ben-Cho-Shey), 1985: *Crónicas de Marruecos. Tras la rota de Annual*, Barcelona, Sotelo Blanco.

FERNÁNDEZ RIERA, V., 2013: *Xauen 1924. La campaña que evitó un nuevo Annual*, Madrid, Almena.

FERNÁNDEZ RIVERO, J. A., 1994: *Historia de la fotografía en Málaga durante el siglo XIX*, Málaga, Miramar.

FERNÁNDEZ RIVERO, J. A., 2004: *Tres dimensiones en la historia de la fotografía: la imagen estereoscópica*, Málaga, Miramar.

FERNÁNDEZ RIVERO, J. A., 2011: «La fotografía militar en la guerra de África: Enrique Facio», en *XII Jornadas de Historia de Ceuta*, Ceuta, Instituto de Estudios Ceutíes.

FERNÁNDEZ RIVERO, J. A., 2011b: «Facio Fialo, Enrique», en *Diccionario Biográfico Español*, vol. XVIII, Madrid, Real Academia de la Historia, 425-426.

FLORES ALONSO, Á. y CICUENDES ORTEGA, J. M., 1990: *Guerra aérea sobre el Marruecos español 1913-1927*, Madrid, Museo del Aire.

FONTAINE, P., 1958: *Abd-el-Krim. Origine de la rebellion nord-africaine*, Paris, Les Sept Couleurs.

FONTENLA BALLESTA, S., 2012: «Las campañas del Rif», *Revista de Historia Militar*, extra «Centenario del Protectorado de Marruecos», 135-160.

FONTENLA BALLESTA, S., 2017: *La guerra de Marruecos (1907-1927). Historia completa de una guerra olvidada*, Madrid, La esfera de los libros.

FRIEYRO DE LARA, B., 2000: *El reclutamiento militar en la crisis de la Restauración: El caso riojano (1896-1923)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.

GABRIELLI, L., 1953: *Abd-el-Krim et les* événements *du Rif 1924-1926*, Casablanca, Éditions Atlantides.

GAJATE BAJO, M., 2012: *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*, Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED.

GAJATE BAJO, M., 2019: «Las campañas de Marruecos y la opinión pública. Una puesta al día», *Hispania*, LXXIX (263), 727-756 [https://doi.org/10.3989/hispania.2019.018].

GANIVET, A, 1981: *Granada la Bella. Idearium*, Lisboa, Amigos do Livro Editores.

GARCÍA FELGUERA, M. S., 2006: «José Spreafico, Enrique Facio y Sabina Muchart: Nuevos datos sobre fotógrafos malagueños del siglo XIX y principios del XX», en *Boletín de Arte*, 26-27, Málaga, Universidad de Málaga, 37-71.

GARCÍA FIGUERAS, T., 1966: *La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912)*, tomos I y II, Madrid, Instituto de Estudios Africanos.

GARCÍA GARCÍA (ADELFLOR), A., 2008: *En la Guerra de África*, Gijón, VTP.

GARCÍA MORENO, J. F., 1986: *Servicio militar universal y personal en España. Procedencia social y formación del soldado, clase de tropa profesional y oficial de carrera en el Ejército Español de Tierra desde 1913 a 1936*, tesis doctoral inédita, 5 vols., Zaragoza, Universidad de Zaragoza.

GARCÍA PALOMARES, A., 2014: *El origen del periodismo de guerra actual en España: el análisis de los corresponsales en el conflicto del norte de África entre 1893 y 1925*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense.

GARCÍA VALVERDE, M., 2016: *La guerra de Melilla y el Rif; el Regimiento almeriense de la Corona*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Fundación Unicaja.

GERSHOVICH, M., 2000: *French military rule in Morocco*, London, Frank Cass & Co.

GOEBEL, M., 2015, *Anti-Imperial Metropolis: Interwar Paris and the Seeds of Third World Nationalism*, Cambridge, Cambridge University Press.

GOMÁ ORDUÑA, J., 1947: *Historia de la Aeronáutica española*, Madrid, Prensa Española.

GÓMEZ ANDRÉS, A., 2019: *Un testigo de la primera guerra del Rif. El médico y fotógrafo valenciano F. Monserrat* [https://leer.amazon.es].

GÓMEZ APARICIO, P., 1976: *Historia del periodismo español*, vol. 3, Madrid, Editora Nacional.

GÓMEZ BARCELÓ, J. L., 2007: «Fotografía española en Marruecos: realidades soñadas, ensoñaciones recreadas», en *Mélanges de la Casa de Velásquez*, n.º 37-1.

GÓMEZ NAVARRO, J. L., 1991: *El régimen de Primo de Rivera*, Madrid, Cátedra.

GÓMEZ OCHOA, F., 1991: «Por una nueva interpretación de la crisis final de la Restauración: el gobierno Maura de 1921 y la reforma económica de Cambó», *Investigaciones Históricas*, n.º 11, 251-271.

GONZÁLEZ, A. J., 2015: *Fotógrafo de guerra. La fotografía de guerra en España, 1859-1939*, Córdoba, Diputación.

GONZÁLEZ, M. J., 1990: *Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, Siglo XXI.

GONZÁLEZ, M. J., 1997: *El universo conservador de Antonio Maura. Biografía y proyecto de Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva.
GONZÁLEZ, M. J., 2003: «El rey de los conservadores», en J. Moreno (dir.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 113-149.
GONZÁLEZ CALBET, M.ª T., 1987: *La Dictadura de Primo de Rivera. El Directorio Militar*, Madrid, El Arquero.
GONZÁLEZ CALLEJA, E., 1999: *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Madrid, csic.
GONZÁLEZ CALLEJA, E., 2005: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*, Madrid, Alianza Editorial.
GONZÁLEZ-RUANO, C., 1996: *Viaje a África: por las rutas posibles de los posibles prisioneros*, Madrid, Mapfre.
GRANT, N., 2015: *Mauser Military Rifles*, Oxford, Osprey.
GUDÍN DE LA LAMA, E., 2008: «1923. Jornadas de Tizzi Assa: un ejército entre la espada y la pared», *Aeroplano*, 26, 34-55.
GUERRERO ACOSTA, J. M. (ed.), 2015: *El Protectorado español en Marruecos. Repertorio biográfico y sentimental*, Bilbao, Iberdrola [www.lahistoriatrascendida.es].
GUERRERO MARTÍN, A., 2017: «El impacto de la Gran Guerra en el ejército español», *Revista de Estudios en Seguridad Internacional* (RESI), 3(2), 129-146 [https://doi.org/10.18847/1.6.8].
GUERRERO MARTÍN, A., 2017b: «La enseñanza para la formación de oficiales durante el primer tercio del siglo XX», *Revista de Historia Militar*, n.º 121, 53-61.
GUERRERO MARTÍN, A., 2018: «Los procedimientos tácticos en las campañas de Marruecos», *Revista digital de guerra colonial*, (3), 41-61 [http://www.guerracolonial.es/medias/files/3.3.-los-procedimientos-tacticos-en-lascampanas-de-marruecos-3.pdf].
HARRIS, W., 1927: *France, Spain and the Rif*, London, Edward Arnold & Co.
HERRERO PÉREZ, J. V., 2003: «De la División Orgánica a la Brigada Mixta. La evolución de las Grandes Unidades en España, 1914-1939», *Revista de Historia Militar*, n.º 93, 109-134.
HERRERO PÉREZ, J. V., 2017: *The Spanish Military and Warfare from 1899 to the Civil War*, London, Palgrave Macmillan.
IGLESIAS AMORÍN, A., 2014: *La memoria de las guerras de Marruecos en España (1859-1936)*, tesis doctoral inédita, Santiago de Compostela,

Universidade de Santiago de Compostela [http://hdl.handle.net/10347/12057].

IGLESIAS AMORÍN, A., 2019: «La evolución de la imagen de las guerras de Marruecos y su difusión en la opinión pública (1859-1927)», *Revista Universitaria de Historia Militar*, 16, 104-131.

IGLESIAS AMORÍN,, A. e IGLESIAS IGLESIAS, N., 2016: «La presencia de las guerras de Marruecos en el teatro español (1859-1930)», *Hispanic Research Journal*. 18-2, 131-145.

ISABEL SÁNCHEZ, J. L., 2013: «La formación de los oficiales de Infantería entre 1909 y 1921», en M. Aragón Reyes (dir.), *El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida*, Bilbao, Iberdrola, vol. III, 324-348.

JENSEN, G., 2005: *Franco: Soldier, Commander, Dictator*, Washington, D. C., Potomac Books.

JENSEN, G., 2007: «The Spanish Army at War in the Nineteenth Century: Counterinsurgency at Home and Abroad», en W. H. Bowen y J. E. Álvarez (eds.), *A Military History of Modern Spain: From the Napoleonic Era to the International War on Terror*, Westport, Praeger, 15-36.

JIMÉNEZ CAMPAÑA, F., 1911: *El Cabo Noval: episodio trágico de la guerra de Melilla: ensayo dramático en dos actos y en verso*, Madrid, Imprenta de G. López de Horno.

JIMÉNEZ MOYANO, F. J., 2006: «El desembarco de Alcázar Seguer», *Revista de Historia Militar*, n.º 99, 57-74.

JOVER, J. M.ª, 1979: *1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial*, Madrid, Fundación Universitaria Española.

KENNEDY, P., 1980: *The Rise of the Anglo-German Antagonism: 1860-1914*, London, George Allen & Unwin.

KIER, E., 1996: «Culture and French Military Doctrine before World War», en P. J. Katzenstein, *The culture of National Security. Norms and Identity in World Politics*, New York, Columbia University Press, 186-215.

KINDELÁN, A., s. f.: *Ejército y Política*, Madrid, Editorial Ares.

LARIOS, A., 1999: *El Rey, piloto sin brújula. La Corona y el sistema político de la Restauración (1875-1902)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

LÁZARO ÁVILA, C., 2001: «La forja de la Aeronáutica militar: Marruecos», en A. Carrasco (coord.), *Las campañas de Marruecos, 1909-1927*, 129-161, Madrid, Almena.

LÁZARO ÁVILA, C., 2015: «La intervención aérea en Alhucemas», *Desperta Ferro Contemporánea*, n.º 11, *El desembarco de Alhucemas, 1925*, 44-47.

LÓPEZ BARRANCO, J. J., 2003: *La guerra de Marruecos en la narrativa española (1859-1927)*, Madrid, Universidad Complutense.

LÓPEZ BARRANCO, J. J., 2006: *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*, Madrid, Mare Nostrum.

LÓPEZ DE OCHOA, E., 1930: *De la Dictadura a la República*, Madrid, Zeus.

LÓPEZ MONDÉJAR, P., 1992: *Las fuentes de la memoria II. Fotografía y sociedad en España, 1900-1939*, Madrid, Ministerio de Cultura.

LOUSTAUNAU-LACAU, G. y MONTJEAN, P., 1927: «Au Maroc français en 1925, le rétablissement de la situation militaire», *Revue Militaire Française*, octubrediciembre, 329-344.

LYAUTEY, P., 1957: *Lyautey l'Africain: textes et lettres du Marechal Lyautey presentes par Pierre Lyautey*, Paris, Plon.

MACÍAS FERNÁNDEZ, D., 2013: «Las campañas de Marruecos 1909-1927», *Revista Universitaria de Historia Militar*, 2(3), 58-71 [https://ruhm.es/index.php/RUHM/article/view/86].

MACÍAS FERNÁNDEZ, D., 2019: *Franco «nació en África»: los africanistas y las campañas de Marruecos*, Madrid, Tecnos.

MACÍAS FERNÁNDEZ, D., 2020: «Orígenes y fundación de la Legión (1920)», en *Cuadernos de Historia Militar, Cien años de la Legión (1920-2020)*, Madrid, Desperta Ferro Ediciones.

MADARIAGA, M.ª R. de, 2002: *Los moros que trajo Franco… La intervención de tropas coloniales en la Guerra Civil española*, Barcelona, Martínez Roca.

MADARIAGA, M.ª R. de, 2008: *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, 3.ª ed., Melilla, Ciudad Autónoma de Melilla/UNED Centro Asociado de Melilla.

MADARIAGA, M.ª R. de, 2005: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza Editorial.

MADARIAGA, M.ª R. de, 2016: *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, 3.ª reimp., Madrid, Alianza Editorial.

MADARIAGA, M.ª R. de, 2009: *Abd-el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia*, Madrid, Alianza Editorial.

MADARIAGA, M.ª R. de, 2012: «De la guerra del Rif al bombardeo de Guernica: un crimen silenciado», en VV. AA., *El bombardeo de Gernika*

y su repercusión internacional, Gernika-Lumo, Fundación Museo de la Paz de Gernika.

MADARIAGA, M.ª R. de, 2013: *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del protectorado español*, Madrid, Alianza Editorial.

MADARIAGA, M.ª R. de, 2015: «La República del Rif. Un ensayo pionero de Estado moderno en el Magreb», *Desperta Ferro Contemporánea*, n.º 11, *El desembarco de Alhucemas, 1925*, 30-34.

MADARIAGA, M. ª R. y LÁZARO ÁVILA, C., 2003: «La guerra química en el Rif (1921-1927): estado de la cuestión», *Historia 16*, 324, 50-85.

MANSOOR, P. R., 2012: «Hybrid Warfare in History», en W. Murray y P. R. Mansoor (eds.), *Hybrid Warfare: Fighting Complex Opponents from the Ancient World to the Present*, New York, Cambridge University Press, I-XXIII.

MARÍN ARCE, J. M.ª: 1991: *Santiago Alba y la crisis de la Restauración*, Madrid, uned.

MARÍN FERRER, E., 2012: *Atlas ilustrado de las guerras de Marruecos 1859-1926*, Madrid, Susaeta.

MARTÍN CORRALES, E., 2002: *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica siglos XVI-XX*. Barcelona, Bellaterra.

MARTÍN CORRALES, E., 2002b: «Un siglo de relaciones hispano-marroquíes en la pantalla (1896-1999)», en VV. AA., *Memorias del cine. Melilla, Ceuta y el Norte de Marruecos*, Melilla, Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma de Melilla.

MARTÍNEZ, J., 1992: *Los primeros veinticinco años de cine en Madrid. 1896-1920*, Madrid, Filmoteca Española.

MARTÍNEZ CANALES, F., 2018: *Taxdirt 1909*, Madrid, Almena.

MARTÍNEZ DE BAÑOS CARRILLO, F., 2009: *Aduares y gumías: Melilla 1909*, Zaragoza, Delsan.

MARTÍNEZ DE LA CASA, A., 2001: «La Legión», en *La Legión española: 75 años de historia (1920-1995)*, Málaga, Brigada de Infantería Rey Alfonso XIII de la Legión, vol. I.

MARTÍNEZ RODA, F., 2012: *Varela. El general antifascista de Franco*, Madrid, La esfera de los libros.

MARTORELL, M., 2011: *José Sánchez Guerra. Un hombre de honor (1859-1935)*, Madrid, Marcial Pons.

MARTORELL LINARES, M. A., 1997: «La crisis parlamentaria de 1913-1917: la quiebra del sistema de relaciones parlamentarias de la Restauración»,

Revista de Estudios Políticos, n.º 96, 137-161.
MAS CHAO, A., 1988: *La formación de la conciencia africanista en el ejército española (1909-1926)*, Madrid, Servicio Geográfico del Ejército.
MAURA, duque de y FERNÁNDEZ ALMAGRO, M., 1948: *Por qué cayó Alfonso XIII. Evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado*, Madrid, Ediciones Ambos Mundos.
MAYORGA NOVAL, M., 2009: *El cabo Noval. En el centenario de la Campaña de 1909*, Madrid, Ministerio de Defensa.
MCLEAN, R., 2002: *Royalty and diplomacy in Europe, 1890-1914*, Cambridge, Cambridge University Press.
MEAKER, G. H., 1978: *La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923*, Barcelona, Ariel.
MESA GUTIÉRREZ, J. L. de, 2001: «1919-1927, casi una década de sangre», en A. Carrasco (coord.), *Las campañas de Marruecos, 1909-1927*, 129-161, Madrid, Almena.
MESSMER, P. y LARCAN, A., 1985: *Les Écrits militaires de Charles de Gaulle: Essai d'analyse thématique*, Paris, Presses universitaires de France.
MICÓ, C., 1922: *Los caballeros de la Legión*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.
MIGUEL FRANCISCO, L., 2008: *1925. Nuestro día en Alhucemas. Las unidades de carros de asalto en el desembarco de Alhucemas*, Valladolid, Galland Books.
MIGUEL FRANCISCO, L., 2014: *Morir en África: La epopeya de los soldados españoles en el desastre de Annual*, Barcelona, Crítica.
MIRALLES, R., 1996: *Equilibrio, hegemonía y reparto. Las relaciones internacionales entre 1870 y 1945*, Madrid, Síntesis.
MOGA ROMERO, V., 2006: *De fortaleza a ciudad. Melilla en las revistas ilustradas de finales del siglo XIX*, Melilla, Ediciones Bellaterra.
MOLA VIDAL, E., 1940: *Obras completas*, Valladolid, Librería Santarén.
MOLINER PRADA, A. (ed.), 2009: *La Semana Trágica de Cataluña*, Barcelona, Nabla Ediciones.
MORALES LEZCANO, V., 2002: *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*, Granada, Editorial Universidad de Granada.
MORALES LEZCANO, V., 2004: *Las relaciones hispano-marroquíes en el marco de la historia de las relaciones internacionales contemporáneas*, Madrid, UNED.

MORENO LUZÓN, J., 1998a: *Romanones, caciquismo y política liberal,* Madrid, Alianza Editorial.
MORENO LUZÓN, J., 1998b: «Partidos y Parlamento en la crisis de la Restauración», en M. Cabrera (dir.), *Con luz y taquígrafos. El Parlamento en la Restauración (1913-1923),* Madrid, Taurus, 67-102.
MORENO LUZÓN, J., 2003: «El rey de los liberales», en J. Moreno (dir.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 153-186.
MORTERA PÉREZ, A., 2010: *Ametralladoras en España (1867/1936),* Valladolid, AF.
MUÑOZ BOLAÑOS, R., 2001a: «La campaña de 1909», en A. Carrasco (coord.), *Las campañas de Marruecos, 1909-1927*, 9-83, Madrid, Almena.
MUÑOZ BOLAÑOS, R., 2001b: «Operaciones militares (1910-1918)», en A. Carrasco (coord.), *Las campañas de Marruecos, 1909-1927*, 85-127, Madrid, Almena.
MUÑOZ BOLAÑOS, R., 2006: «Las Campañas de Marruecos (1859-1927)», en VV. AA., *Aproximación a la Historia Militar de España*, Madrid, Ministerio de Defensa, tomo II, 599-614.
MUÑOZ BOLAÑOS, R., 2015: «La derrota de Abd-el-Krim», *Desperta Ferro Contemporánea*, n.º 11, *El desembarco de Alhucemas*, *1925*, 36-43.
MUÑOZ BOLAÑOS, R., 2016: «*Gott mit uns*: la organización del Reichsheer durante la República de Weimar (1919-1933)», en E. Martínez Ruiz, J. Cantera Montenegro y M. de Pazzis Pi Corrales (eds.): *La organización de los Ejércitos*, Madrid, Cátedra Extraordinaria Complutense de Historia Militar, vol. II, 1182-1222.
MUÑOZ BOLAÑOS, R., 2017: «El fuerte contra el carro de combate: la doctrina militar francesa en el periodo entreguerras», en E. Martínez Ruiz, J. Cantera Montenegro y M. de Pazzis Pi Corrales (eds.): *Frontera y Fortificación*, Madrid, Actas, 829-865.
MUÑOZ BOLAÑOS, R., 2020: «Cartografía del poder aéreo en el periodo de entreguerras (1919-1939)», *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura*, 19, 161-184.
NAVAJAS ZUBELDÍA, C., 1991: *Ejército, Estado y Sociedad en España (1923-1930)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.
NEILA, J. L., 2003: *Regeneracionismo y política exterior en el reinado de Alfonso XIII (1902-1931),* Madrid, Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales (CEHRI).
NERÍN, G., 2005: *La guerra que vino de África*, Barcelona, Crítica.

NIÑO, A., 2000: «Política de alianzas y compromisos coloniales para la "Regeneración" internacional de España, 1898-1914», en Tusell, J. *et al*. (eds.): *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED.

NÚÑEZ CALVO, J. N., 2001: «La Marina de guerra en las campañas de Marruecos», en A. Carrasco (coord.), *Las campañas de Marruecos, 1909-1927*, 194-255, Madrid, Almena.

OMISSI, D. E., 1990: *Air Power and Colonial Control: The Royal Air Force, 1919-1939*, Manchester/New York, Manchester University Press.

ORTEGA Y GASSET, E., (1922) 2008: *Annual. Relato de un soldado e impresiones de un cronista,* A Coruña, Ediciones del Viento.

ORTIZ ECHAGÜE, J., 2013: *Norte de África*, Madrid, La Fábrica.

OTEYZA, L. de, 1922: *Abd el-Krim y los prisioneros*, Madrid, Mundo Latino.

OTEYZA, L. de, (1922) 2000: *Abd-el-Krim y los prisioneros,* Melilla, Ciudad Autónoma de Melilla.

PALMA CRESPO, A. D., 2014: «Enrique Facio y el nacimiento de la fotografía de guerra en España», en *Fotocinema*, 9.

PANDO DESPIERTO, J., 1985: «Alhucemas», *Historia 16*, n.º 114, 11-23.

PANDO DESPIERTO, J., 1994: *El mundo militar a través de la fotografía: España y el hecho internacional 1860-1921: valores estéticos, sociológicos y políticos*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia.

PANDO DESPIERTO, J.: 1999: *Historia secreta de Annual*, Madrid, Temas de Hoy.

PANDO MORENO, J., 2008: *Historia secreta de Annual*, Barcelona, Altaya.

PARDO, A., 2004: «Guerra y psicología», *Revista Profesional española de terapia cognitivo-conductual*, 2.

PASCAL, J. 2009: «L'Armée Française face á Abd-el-Krim ou la tentation de mener una guerre conventionelle dans une guerre irrégulière 1924-1927», *Stratégique*, 93-96, 319-338.

PAYNE, S. G., 1968: *Los militares y la política en la España contemporánea*, Colección España Contemporánea, Paris, Ruedo Ibérico.

PAYNE, S. G., 2016: *El camino del 18 de julio. La erosión de la democracia en España (diciembre de 1935-julio de 1936)*, Madrid, Espasa.

PENNELL, C. R., 2000: *Morocco since 1830. A History*, London, Hurst & Company.

PEREIRA, J. C. (coord.), 2009: *Historia de las Relaciones Internacionales contemporáneas*, Barcelona, Ariel.

PÉREZ FERNÁNDEZ-TURÉGANO, C., 2014: «La Alta Comisaría de España en Marruecos: estudio institucional y prosopográfico», en J. Alvarado Planas y J. C. Domínguez Nafría (eds.), *La administración del Protectorado español en Marruecos, 157-201*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

PEYRON, M., 2020: *The Berbers of Morocco: A History of Resistance*, London, I. B. Tauris.

PEZZI, R., 2005: *Los presidios menores de África y la influencia española en el Rif*, Málaga, Algazara.

POLTI, C., 2016: *Imperial violence, anti-colonial nationalism and international society. The politics of revolt across Mediterranean empires, 1919-1927*, Fiesole, European University Institute.

PORTE FERNÁNDEZ-ALFARO, P. la, 1997: *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España (1921-1923)*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense.

PORTE FERNÁNDEZ-ALFARO, P. la, 2001: *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

PORTE FERNÁNDEZ-ALFARO, P. la, 2003: *El desastre de Annual y la crisis de la Restauración en España*, Madrid, Universidad Complutense.

PROUS I VILA, J. M., (1936) 2011: *Cuatro gotas de sangre*, Barcelona, Barril & Barral.

PROVENCE, M., 2005: *The Great Syrian Revolt and the Rise of Arab Nationalism*, Austin, University of Texas Press.

PUELL DE LA VILLA, F., 1986: «Las Fuerzas Armadas en la crisis de la Restauración. Las Juntas Militares de Defensa», en M. Hernández Sánchez-Barba y M. Alonso Baquer (eds.), *Las Fuerzas Armadas españolas. Historia institucional y social*, Madrid, Alhambra, vol. V, 81-126.

PUELL DE LA VILLA, F., 1987: «La cuestión artillera», *Hispania*, n.º 165, 279-308.

PUELL DE LA VILLA, F., 1989: «Evolución de los sistemas de ascensos y destinos de la oficialidad española», en *Les armées espagnoles et françaises. Modernisation et réforme entre les deux Guerres Mondiales, Annexes aux Melanges de la Casa de Velázquez*, Rencontres, 4, 163-176.

PUELL DE LA VILLA, F., 1995: *Origen, vida y reclutamiento del infante español (1700-1912)*, tesis doctoral, Madrid, UNED.

PUELL DE LA VILLA, F., 1996: *El soldado desconocido: de la leva a la mili (1700-1912)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

PUELL DE LA VILLA, F., 2001: «Educación de adultos en el servicio militar español», *Historia de la Educación*, n.º 20, 307-331.

PUELL DE LA VILLA, F., 2019a: «El Ejército de Tierra en tiempos de la Gran Guerra: reorganizaciones y reformas», *Revista de Historia Militar*, n.º extraordinario 1, 15-43.

PUELL DE LA VILLA, F., 2019b: «Causas del antimilitarismo y anti-belicismo de la ciudadanía española: la incidencia del Servicio Militar (1808-2001)», *Revista UNISCI*, n.º 51, 43-68.

QUESADA GONZÁLEZ, J. M., 2010: «Origen de la Escala de Complemento», *Revista de Historia Militar*, n.º extraordinario, 13-52.

QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, A., 2008: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

RAMOS OLIVER, F., 2013: «Las guerras de Marruecos», *Entemu. Aportaciones a cinco siglos de la Historia Militar de España*, (17), 165-185.

REYERO, C., 1999: *La escultura conmemorativa en España. La Edad de Oro del monumento público (1820-1914)*, Madrid, Cátedra.

REY REGUILLO, F. del, 1999: «Las voces del antiparlamentarismo conservador», en M. Cabrera (dir.), *Con luz y taquígrafos. El Parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, Taurus, 275-328.

RIQUER I PERMANYER, B. de, 1996: *El nacionalismo español contemporáneo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

RIVET, D., 1976: «Le commandement français et ses réactions vis-à-vis du mouvement rifain 1924-1926», en *Abd-el-Krim et la République du Rif. Actes du colloque international d'Études Historiques et Sociologiques*, 18-20 de enero de 1973, Paris, François Maspero, 101-135.

RIVET, D., 1988: *Lyautey et l'institution du protectorat français au Maroc: 1912-1925 (Histoire et perspectives méditerranéennes)*, 3 vols., Paris, L'Harmattan.

ROMERO MAURA, J., 1989: *La Rosa de Fuego. El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Madrid, Alianza Editorial.

ROMERO SALVADÓ, F. J., 2002: *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica.

ROS ANDREU, J. B., 1932: *La Conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor. (Escenas «crudas» de la famosa retirada de Xauen y del glorioso*

desembarco de las tropas españolas en Alhucemas), Las Palmas, Tipográfica La Provincia.

RUBIO MÁRQUEZ, D., 2014: *Regeneracionismo en la Armada: la política naval española y los proyectos de creación de una nueva Escuadra (1899-1909)*, tesis doctoral, Madrid, uned.

RUIZ ALBÉNIZ, V., 1921: *España en el Rif. Estudios del indígena y el país. Nuestra actuación de doce años. La guerra del veintiuno*, Madrid, Biblioteca Hispania. Edición facsímil de La Biblioteca de Melilla, 2007, con introducción de Vicente Moga Romero.

RUIZ FERNÁNDEZ, C., 1976: *Campúa. Redescubrir a un fotógrafo poliédrico*, Madrid, La Fábrica.

SALAS LARRAZÁBAL, R., 1992: *El Protectorado de España en Marruecos*, Madrid, Editorial mapfre.

SALAS LARRAZÁBAL, J. y Warleta Carrillo, J., 1986: «Setenta y cinco años de la Aviación militar española», *Revista de aeronáutica y astronáutica*, (547), 693-716.

SÁNCHEZ GODÍNEZ, J., 1910: *El Cabo Noval: drama histórico, dividido en tres cuadros, en prosa*, Madrid, Imprenta de Emiliano Sánchez.

SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J., 1992: «La población, el campo y las ciudades», en J. M. Jover Zamora (dir.), *Historia de España Menéndez Pidal. Los comienzos del siglo XX. La población, la economía, la sociedad, 1898-1931*, Madrid, Espasa-Calpe, vol. XXXVII, 175-433.

SÁNCHEZ MÉNDEZ, J. y Kindelán Camp, A., 2011: «La aviación militar española en la campaña de Marruecos (1909-1927)», *Aeroplano*, 29, 69-83.

SÁNCHEZ VIGIL, J. M., 2020: *Compañy*, Madrid, Fotodoc.

SÁNCHEZ VIGIL, J. M., 2020b: *La fotografía en la guerra de África. Imágenes de los Alfonso (1909-1927)*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense.

SÁNCHEZ VIGIL, J. M., OLIVERA, M. y MARCOS RECIO, Juan C., 2017: «Recuperación y análisis documental de fondos y colecciones fotográficas: las imágenes de la Guerra de África del capitán médico Bosch Díaz», en *Ibersid*, 11.

SANZ CALERO, B. y ESCRIBANO BERNAL, F., 2015: «La Caballería Regular de la Comandancia General de Melilla (1911-1958)», *Memorial de Caballería*, (81), 102-113.

SCHIAVON, M., 2016: *La guerre du Rif: Maroc, 1925-1926*, Paris, Éditions Pierre de Taillac.
SEGURA, M., 1912: *El alma de un soldado*, Madrid, Alrededor del Mundo.
SENDER, R. J., (1930) 1997: *Imán*, Barcelona, Destino.
SERRANO, C., 1999: *El nacimiento de Carmen: Símbolos, mitos, nación*, Madrid, Taurus.
Servicio Histórico Militar, 1951: *Historia de las campañas de Marruecos*, tomo II (SHM II) [http://bibliotecavirtualdefensa.es/BVMDefensa/es/consulta/registro.do?id=1754].
Servicio Histórico Militar, 1981: *Historia de las campañas de Marruecos*, tomo III (SHM III) [http://bibliotecavirtualdefensa.es/BVMDefensa/es/consulta/registro.do?id=1754].
SILVA, L., 2021: *El nombre de los nuestros*, ed. rev., Barcelona, Ediciones Destino.
SISLIN, J. D., 2018: «Chemical warfare in the interwar period: insights for the present?», *The Nonproliferation Review*, 25, 185-202.
SOTO MONTES, J., 1977: «Notas para la historia de las Fuerzas Indígenas del Antiguo Protectorado de España en Marruecos», *Revista de Historia Militar*, 33, 117-154.
SUÁREZ CORTINA; M., 2014: *Entre cirios y garrotes. Política y religión en la España contemporánea, 1808-1936*, Santander, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha-Editorial Universidad Cantabria.
SUEIRO SEOANE, S., 1993: *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la «cuestión marroquí», 1923-1930*, Madrid, uned.
SUS SUS, A. (ed.), 1983: *Historia de las Fuerzas Armadas*, 5 vols., Zaragoza, Palafox.
TAULER CID, B., 2020: «La Legión, historia de una organización para el combate», *Revista de Historia Militar*, (I extraordinario), 19-46.
TOGORES, L. E., 2016: *Historia de la Legión. La infantería legendaria: de África a Afganistán*, Madrid, La Esfera de los Libros.
TORRE DEL RÍO, R., 1988: «Los acuerdos anglo-hispano-franceses de 1907: una larga negociación en la estela del 98», en *Cuadernos de la Escuela Diplomática, segunda época*, n. 1.
TUCÍDIDES, 2003: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, J. J. Torres Esbarranch (trad. y notas), Madrid, Gredos.

TUSELL, J., 1987: *Radiografía de un golpe de Estado. El ascenso al poder del general Primo de Rivera*, Madrid, Alianza Editorial.

TUSELL, J., 1994: *Antonio Maura*, Madrid, Alianza Editorial.

Un africanista más, 1914: *La guerra y el problema de África*, Burgos, Marcelino Miguel.

USBORNE, C. V., 1936: *The Conquest of Morocco*, London, Stanley Paul & Co.

VALLÉS SALES, A., 2001: «Alhucemas, setenta y cinco años después. Análisis de la primera acción conjunta de las Fuerzas Armadas», *Boletín de información*, n.º 272, Madrid, Ministerio de Defensa.

VEGA BLASCO, A. de la, 2009: «El plan de Escuadra Maura Ferrándiz», *Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, n.º 57, 19-37.

VELASCO DE CASTRO, R., 2015: «El desembarco de Alhucemas en la prensa», *Desperta Ferro Contemporánea*, n.º 11, *El desembarco de Alhucemas, 1925*, 50-53.

VIGÓN SUERODÍAZ, J., 2014: *Historia de la artillería española*, 3 vols., Madrid, Ministerio de Defensa.

VILLANOVA, J. L. y MATEO DIESTE, J. L., 2017: «El jalifa y el Majzén del Protectorado español en Marruecos. Exaltación simbólica de un poder tutelado», *Ayer*, (108), 231-256.

RELACIÓN DE AUTORES

Julio Albi de la Cuesta es licenciado en Derecho y diplomático de carrera. Ha estado destinado en Dakar, Roma, Washington, Nueva Orleans y, como embajador, en Tegucigalpa, Quito, Lima y Damasco. Es académico correspondiente de la Real Academia de la Historia desde 2009 y autor, editor y coautor de numerosos libros de historia militar, entre los que destacan: *De Pavía a Rocroi* (Madrid, Desperta Ferro, 2017); *El Ejército carlista del Norte* (Madrid, Desperta Ferro, 2017); *¡Españoles, a Marruecos!* (Madrid, Desperta Ferro, 2018); y *Banderas olvidadas* (Madrid, Desperta Ferro, 2019).

José Carlos Aránguez Aránguez es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid con la tesis: «España y Francia frente al desafío del nacionalismo en el Protectorado de Marruecos (1930-1956): tensiones internacionales y conflictos internos» (2019). Posee un máster interuniversitario en Historia Contemporánea y el grado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido personal investigador en formación, contratado predoctoral en Formación de Profesorado Universitario (FPU) en el Departamento de Historia Moderna e Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid y en 2017 realizó una estancia de investigación en L'École des hautes études en sciences sociales (EHESS) en París.

Mercedes Cabrera Calvo Sotelo es doctora en Ciencias Políticas y catedrática de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos en la Universidad Complutense de Madrid. Es autora de: *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)* (Madrid, Alianza Editorial, 1994); *Juan March 1880-1962* (Madrid, Marcial Pons, 2011); *Jesús de Polanco (1929-2007). Capitán de empresas* (Madrid, Galaxia Gutenberg, 2015); *11 de marzo de 2004. El día del mayor atentado*

en la historia de España (Barcelona, Taurus, 2020). También es coautora con Fernando del Rey de *El poder de los empresarios. Política y economía en la España contemporánea (1875-2010)* (Barcelona, RBA, 2011, reed.) y directora de *Con luz y taquígrafos. El Parlamento en la Restauración (1913-1923)* (Barcelona, Taurus, 2017, reed.).

María Rosa de Madariaga Álvarez-Prida es doctora en Historia por la Universidad de París I (Panthéon. Sorbonne), diplomada en Lengua y Civilización árabes del Instituto Nacional de Lenguas y Civilizaciones Orientales (INALCO) de París, especialista en las relaciones hispanomarroquíes y exfuncionaria internacional en la UNESCO (París). Es autora de numerosas obras dedicadas al tema, entre sus últimas publicaciones cabe mencionar: *Los moros que trajo Franco* (Madrid, Alianza Editorial, 2015, 3.ª ed.); *Historia de Marruecos* (Madrid, Los Libros de la Catarata, 2017); y *Marruecos, ese gran desconocido. Breve historia del Protectorado español* (Madrid, Alianza Editorial, 2019, 2.ª ed.).

Ramón Díez Rioja es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Autónoma de Madrid con la tesis: «El desembarco de alhucemas. La operación definitiva del colonialismo español en marruecos (1911-1925)» (2019). Ha colaborado en obras colectivas con varios artículos, entre los que destacan: «La enseñanza de la historia en la educación primaria franquista» (2015); «General Francisco Gómez-Jordana Sousa. Experiencia y tradición en el origen del Estado Nacional (1936-1944) (2016)»; y «Las campañas de Marruecos en la prensa española (1909-1925): entre el sesgo y la censura» (2019).

Francisco Escribano Bernal es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Zaragoza y coronel de Caballería. Ha ejercido la docencia en la Academia General Militar y actualmente es profesor del Centro Universitario de la Defensa de Zaragoza. Está especializado en la conflictividad de la primera mitad del siglo XX y es miembro del grupo de investigación H24_20R «Historia de Europa en el s. XX: sociedad, política y cultura», reconocido por el Gobierno de Aragón. Es autor de numerosas publicaciones de Historia Militar, de las que destacan: «De la teoría a la práctica: el general Monasterio y la Caballería en la batalla del Alfambra» (2019); «La contraofensiva [Brunete]» (2019); «El yunque aragonés [Belchite]» (2020); «El Tercio en campaña. Marruecos 1920-1927» (2020); y

«Las campañas en Marruecos (1860-1927): la transformación del Ejército» (2020).

José Vicente Herrero Pérez es doctor en War Studies por el King's College London (KCL). Es autor de los libros *The Spanish Military and Warfare from 1899 to the Civil War* (California, Macmillan, 2017); y *Saucelle en las arribes del Duero: buscando su pasado* (Autoeditado, 2003); así como de los artículos «David Galula y su brújula de la contrainsurgencia» (2012); «De la división orgánica a la brigada mixta (la evolución de las grandes unidades en España (1914-1927)» (2003); y «La guerra de fortalezas en el periodo napoleónico (1796-1815)» (2001).

Alfonso Iglesias Amorín es doctor por la Universidad de Santiago de Compostela con la tesis: «La memoria de las guerras de Marruecos en España (1859-1936)» (2014) e investigador posdoctoral en la Universidad de Santiago, Grupo de Investigación HISPONA. Ha escrito diversas publicaciones vinculadas al colonialismo español en Marruecos, de las que destacan los artículos: «The Hispano-Moroccan Wars and the (de)nationalization of the Spanish People» (*European History Quarterly*, 2020); «La presencia de las guerras de Marruecos en el teatro español (1859-1930)» (*Hispanic Research Journal*, 2017); o «La cultura africanista en el Ejército español (1893-1975)» (*Pasado y Memoria*, 2016). Ha realizado estancias de investigación en el Trinity College de Dublín y en la Universidade do Porto. Además es editor de la *Revista Universitaria de Historia Militar* (RUHM) y coordinador del máster en Historia Militar de la USC.

Daniel Macías Fernández es doctor en Historia Contemporánea y profesor en la Universidad de Cantabria y en el máster Paz, Seguridad y Defensa del Instituto Universitario Gutiérrez Mellado (UNED). Es autor de los libros: *Franco «nació en África»: los africanistas y las Campañas de Marruecos* (Madrid, Tecnos, 2019); y *El Islam y el islamismo: religión e ideología* (Madrid, FINVESPOL, 2015). También ha elaborado los manuales universitarios: *Actores y Escenarios del Terrorismo Global* (Madrid, UNIR, 2018); y *Sociedad Contemporánea* (Barcelona, FUNIBER, 2014). Ha coeditado *La Guerra: Retórica y propaganda* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2015); *David frente a Goliat: guerra y asimetría en la edad contemporánea* (Madrid, IUGM, 2014); y *El Combatiente a lo largo de la Historia*

(Santander, PubliCan, 2012). También ha publicado en diversas revistas científicas y es autor de numerosos capítulos de libro.

Roberto Muñoz Bolaños es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Autónoma de Madrid y profesor en la Universidad Camilo José Cela, la Universidad Francisco de Vitoria y el Instituto Universitario Gutiérrez Mellado (UNED). Es autor de obras como *Fuerzas y Cuerpos de Seguridad en España, 1900-1945* (Madrid, Almena Ediciones, 2000); *Bagration y las ofensivas soviéticas de 1944* (Madrid, Almena Ediciones, 2010); *23-F. Los golpes de Estado* (Madrid, Última Línea, 2015); y *Las conspiraciones del 36* (Madrid, Espasa, 2019). También ha publicado en numerosas revistas científicas y ha colaborado en obras colectivas. Fue IV Premio Javier Tusell a Historiadores Noveles (2015) por su artículo «La última trinchera. El poder militar y el problema de la Unión Militar Democrática durante la transición y la consolidación democrática, 1975-1986».

Juan Carlos Pereira Castañares es doctor en Historia Contemporánea, Premio Extraordinario de Doctorado, diplomado en Altos Estudios Internacionales (SEI), en Derecho Comunitario (CEC) y en Defensa Nacional (Ministerio de Defensa). Es catedrático de Historia de las Relaciones Internacionales en la Universidad Complutense. Es autor de 20 libros y más de 50 artículos y colaborador de diversas revistas e instituciones públicas y privadas. Entre sus obras destacan: *Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas* (Barcelona, Ariel, 2001); y *La política exterior de España (1800-2003)* (Barcelona, Ariel, 2003). También ha coordinado la obra *Diccionario de Relaciones Internacionales y Política Exterior* (Barcelona, Ariel, 2008).

Fernando Puell de la Villa es doctor en Historia por la UNED y profesor de Historia Militar en el Instituto Universitario Gutiérrez Mellado (UNED). Es coronel retirado del Ejército y ha publicado numerosos libros, entre los que destacan: *Historia del ejército en España* (Madrid, Alianza Editorial, 2005); y su novísimo *Gutiérrez Mellado y su tiempo, 1912-1995* (Madrid, Alianza Editorial, 2020), así como ha realizado numerosas colaboraciones en publicaciones especializadas. Es miembro de los consejos editoriales del IUGM y de la *Revista de Historia Militar* y asesor de la *Revista Universitaria de Historia Militar* y Rúbrica Contemporánea. Preside la Asociación Española de Historia Militar (ASEHISMI) y es miembro de la Asociación

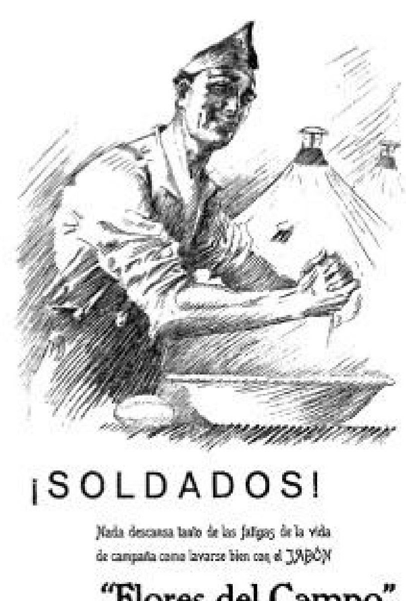
Española de Militares Escritores (AEME) y de la Asociación de Historiadores del Presente.

Juan Miguel Sánchez Vigil es licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense y doctor por la misma universidad con la tesis: «Documentación Fotográfica en España. Revista *La Esfera*» (1997). Es profesor de la Universidad Complutense y pertenece a los grupos de investigación GRIWEB y OTLET. Ha sido director de tesis doctorales y ha formado parte del elenco de autores de varias obras colectivas con artículos como: «La fotografía en los diarios impresos gratuitos españoles: aplicación y uso en *20 Minutos*, *Qué* y *Adn*» (IIBI, 2012); «Los catálogos editoriales como fuente bibliográfica» (*De re bibliographica*, 2012); «Nueva ecología de la información: el impacto digital en los diarios. Estudio preliminar» (UCM, 2011).

Lorenzo Manuel Silva Amador es licenciado en Derecho por la Universidad Complutense. Ejerció como abogado pero destacó por su faceta literaria: cuenta en su haber con cientos de relatos y artículos, un puñado de ensayos literarios e históricos, varios libros de poesía, una obra dramática, un par de libros de viajes y 26 novelas. Ha sido finalista o ganador de algunos de los premios literarios más prestigiosos del país y su obra ha sido traducida a más de una decena de idiomas. También ha escrito varios guiones de cine y televisión. En la actualidad, imparte talleres de narrativa el Centro de Poesía José Hierro de Getafe, la Universitat Pompeu Fabra y en otras escuelas e instituciones. En torno al norte de África, destacan: *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos* (Barcelona, Destino, 2001); y la novela *El nombre de los nuestros* (Barcelona, Destino, 2001).

«Dos de mis tíos, como muchos otros jóvenes, habían emigrado a América por no ir de quintos a la guerra de Marruecos».

Manuel Rivas, «La lengua de las mariposas», en *¿Qué me quieres, amor?*, Madrid, Alfaguara, 1999.



«¡SOLDADOS! Nada descansa tanto de las fatigas de la vida de campaña como lavarse bien con el jabón "Flores del Campo"».

Anuncio publicitario, *Revista de tropas coloniales*, n.º 4, abril de 1924.Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

Notas

[1] García Pérez, A., 1908, 8. <<

[2] García Pérez, A., 1908, 8. <<

[3] Cases, comte de las, 1842, *Mémorial de Sainte-Hélène. Suivi de Napoléon dans l'exil*, Paris, Ernest Bourdin, vol. I, 548. Tomado de Puell de la Villa, F., «El reclutamiento y la movilización», en *La Guerra de la Independencia Española, una visión militar*, Actas del VI Congreso de Historia Militar, Zaragoza, 31 de marzo-4 de abril de 2008, Madrid, Ministerio de Defensa. <<

[1] Anónimo: *Marruecos y España (Perfil de una obra)*, Madrid, Gráficas Casado, 1951, 7. <<

[2] Este trabajo forma parte de las investigaciones desarrolladas por el GHISTRI (Grupo de Investigación de Historia de las Relaciones Internacionales) —Referencia CM: CCGO7 UCM/HUM-2974. Código Grupo: 941072—, de la Universidad Complutense de Madrid, dirigido por el profesor Juan Carlos Pereira [juancp@ucm.es]. <<

[3] Se señala este hecho pues, en septiembre de 2019, el Gobierno alemán reconoció por primera vez este genocidio y comenzó a negociar el pago a las víctimas de esa masacre como reparación y al Gobierno de Namibia mediante programas de ayudas al desarrollo. <<

[1] Santa Marina, L., (1924) 1980, 79. <<

[2] Herrero Pérez, J. V., 2017, 7-12. <<

[3] Puell de la Villa, F., 2019a, 27. <<

[4] Beta, comandante [pseud. de José García Benítez], 1917, 21-25. <<

[5] Puell de la Villa, F., 2019a, 28-30. <<

[6] Martorell Linares, M. A., 1997. <<

[7] «Los proyectos militares del último gobierno», *La Correspondencia Militar*, 29 de octubre de 1913. <<

[8] «Reales Decretos de 30 de marzo de 1907 y de 28 de abril de 1915», *Gaceta de Madrid* (en adelante, GM), 31 de marzo de 1907 y 29 de abril de 1915, respectivamente. <<

[9] «Discurso del Ministro de la Guerra, Sr. Conde del Serrallo», *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, 18 de diciembre de 1914. <<

[10] «Real Decreto de 4 de enero de 1916», GM, 6 de enero de 1916. <<

[11] «Reales Decretos de 23 y 24 de enero de 1916», GM, 25 y 26 de enero de 1916, respectivamente. <<

[12] Luque y Coca, A. de, 1916. <<

[13] Puell de la Villa, F., 2019a, 35-38. <<

[14] «Real Decreto de 7 de marzo de 1918», GM, 8 de marzo de 1918 y «Ley de Bases para la Reorganización del Ejército, 29 de junio de 1918», GM, 30 de junio de 1918. <<

[15] Anuario, 1909. <<

[16] Anuario, 1931. Véase también Navajas Zubeldia, C., 1991, 165-166 y Herrero Pérez, J. V., 2017, 242. <<

[17] *Colección Legislativa del Ejército* (en adelante, CLE), 1914, n.º 205, art. 8; Cassinello Pérez, A., 2013, 273-274 y Herrero Pérez, J. V., 2017, 243-244. <<

[18] Gallego Ramos, E., 1905, 32. Sus Sus, A. (ed.), 1983, vol. II, 43-44. <<

[19] Mola Vidal, E.: «El pasado, Azaña y el porvenir», en Mola Vidal, E., 1940, 946. <<

[20] Acerca de los intentos de organizar un Ejército colonial, *vid.*, Bru Sánchez-Fortún, A. y Mesa Gutiérrez, J. L. de, 2012. Y acerca de las unidades indígenas, Ramos Winthuyssen, J., 1921; Soto Montes, J., 1977; Sus Sus, A. (ed.), *op. cit.*, vol. IV, 171-202; Carrasco García, A., 2000, 53-95 y Madariaga, M.ª R. de, 2002, 75-86 y 104-109. <<

[21] CLE, 1914, n.º 135. <<

[22] «Mehala» era el término tradicionalmente usado para referirse al ejército del sultán de Marruecos, representado en la zona del Protectorado español por el jalifa. <<

[23] Los batallones de los regimientos de línea de la guarnición permanente en Marruecos estaban integrados por 6 compañías de fusiles, en lugar de las 4 habituales, porque debían combinar su integración en las columnas de operaciones con la misión de guarnecer las plazas de soberanía. *Vid*. Tauler Cid, B., 2020, 37. <<

[24] Entre la amplísima bibliografía de los primeros años de la Legión, tienen especial interés tres recientes aportaciones: Ballenilla García de Gamarra, L., 2010; Amate Blanco, J. J., 2013 y Togores, L. E, 2016. <<

[25] Ni a Millán Astray ni a ninguno de los oficiales que se integraron en el Tercio en los primeros momentos les gustaba la terminología oficial, que perduró hasta la Guerra Civil. Para ellos, el Tercio fue siempre la «Legión» y, en cambio, preferían denominar legiones a los diferentes «tercios» que se fueron formando. *Vid*. Martínez de la Casa, A., 2001, 208. <<

[26] Herrero Pérez, J. V., 2017, caps. 1 y 5. <<

[27] Alonso Baquer, M., 1986, vol. V, 49-59. <<

[28] Acerca de la enseñanza militar en el periodo de las campañas marroquíes, *vid*. Isabel Sánchez, J. L., 2013; Guerrero Martín, A., 2017b y Herrero Pérez, J. V., 2017, 32-42. <<

[29] Herrero Pérez, J. V., 2017, 34-38. <<

[30] Una valoración positiva es la ofrecida por Isabel Sánchez, J. L., *op. cit.*, 340 y por Guerrero Martín, A., *op. cit.*, 55-56 y 60. En sentido contrario, *vid*. García Moreno, J. F., 1986, vol. II, 693, 696-698, 720-731, 733-735, 741-747 y 751-752. <<

[31] Jensen, G., 2005, 8-9 y 2007, 15-36. Se entiende por guerra híbrida el conflicto en el que al menos uno de los contendientes emplea a la vez fuerzas y métodos de combate regulares e irregulares; *vid*., por ejemplo, Mansoor, P. R., 2012. <<

[32] San Martín Losada, E., 1922. Para una visión crítica de los sueldos de la oficialidad, *vid*. Navajas Zubeldia, C., *op. cit*., 194-198. <<

[33] «Reales Decretos de 18 de febrero de 1891 y de 10 de marzo de 1920», GM, 20 de febrero de 1891 y 14 de marzo de 1920, respectivamente. <<

[34] Vigón Suerodíaz, J., 2014, vol. II, 299, nota 215. <<

[35] Para todo lo relacionado con ascensos y destinos de la oficialidad durante el primer tercio del siglo XX, *vid*. Albaladejo Asensio, M. I., 2015, cap. 3. <<

[36] Canella Secades, F. de B., 1904, 6. <<

[37] Puell de la Villa, F., 1996, 238-241. <<

[38] Acerca de la controversia de los ascensos por méritos en los primeros años de las campañas de Marruecos, *vid*. Bru Sánchez-Fortún, A., 2016. Y acerca de los africanistas, Mas Chao, A., 1988; Balfour, S., 2002, 2.ª parte, cap. 2; Madariaga, M.ª R. de, *op. cit*., 32-47 y Macías Fernández, D., 2019. <<

[39] «Ley Adicional a la Constitutiva del Ejército, 19 de julio de 1889», GM, 20 de julio de 1889. <<

[40] Puell de la Villa, F., 1987. <<

[41] Alonso Ibáñez, A. I., 2004, 56. <<

[42] CLE 1908, n.º 7. <<

[43] «Ley Constitutiva del Ejército, 29 de noviembre de 1878», GM, 30 de noviembre de 1878. <<

[44] Puell de la Villa, F., 1989, 170-176. <<

[45] Acerca de la génesis, desarrollo y desenlace de las Juntas de Defensa, *vid*. Puell de la Villa, F., 1986, Boyd, C. P., 1990 y Alonso Ibáñez, A. I., *op. cit*. <<

[46] Berenguer, D., 1918, 33-34. <<

[47] *Ibid*., 13. <<

[48] Censo, 1913, 402-403. <<

[49] Fernández de Alcalde, D. A., 1908, 4; González Deleito, F., 1920, 9-12, 24-25 y 44-45. <<

[50] Sánchez Jiménez, J., 1992, 275. <<

[51] *Vid*. Fanjul, J., 1907, XII, 21 y 56; Beta, comandante [pseud. de José García Benítez], *op. cit*., 63. <<

[52] Puell de la Villa, F., 2019b, 57-61. <<

[53] Puell de la Villa, F., 2019a, 22-23. <<

[54] «Real Decreto de 6 de octubre de 1910», GM, 7 de octubre de 1910. <<

[55] «Ley de Bases para el Reclutamiento y Reemplazo del Ejército y Real Decreto de 19 de enero de 1912, disponiendo la publicación de los artículos que forman la Ley de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército», GM, 30 de junio de 1911 y 21 de enero de 1912, respectivamente. <<

[56] Quesada González, J. M., 2010, 37-52. <<

[57] Ibáñez Marín, J., 1899, 66-69. <<

[58] Dolla, A., 1912. <<

[59] Puell de la Villa, F., 2001, 311-312. <<

[60] Marvá y Mayer, 1902, 91. <<

[61] El diseño de las trincheras carlistas revolucionó la fortificación de campaña y fue copiado y perfeccionado durante la Primera Guerra Mundial. «Eran unas trincheras sin parapeto […] quedando un hombre enteramente oculto. En los taludes de la excavación, había alternadamente pequeños socavones para poner los pies […]. Para hacer fuego, el tirador trepaba por ellos, descubriendo solo la cabeza […]. Para hacer el trazado se seguían generalmente las curvas de nivel, huyendo de las enfiladas y dominándose y flanqueándose sus diversos trozos, según los accidentes del terreno» (Torner de la Fuente, E., 1888, 98). <<

[62] Reglamento, 1881. <<

[63] Acerca de estos debates y de la incidencia del nuevo armamento en la conducción de las operaciones, *vid*. Herrero Pérez, J. V., 2017, cap. 3. <<

[64] Reglamento, 1898. Acerca de las características del fusil Mauser, *vid*. Boado y Castro, J., 1895. <<

[65] Los militares estadounidenses quedaron tan impresionados por el rendimiento y eficacia del Máuser modelo 1893 en los combates librados en el entorno de Santiago de Cuba, que se apresuraron a fabricar una copia inconfesa —el Springfield modelo 1903—, aunque, al final, Estados Unidos se vio obligado a pagar *royalties* al fabricante alemán, que presentó una demanda por violación de patente. *Vid*. Grant, N., 2015, 35. <<

[66] Reglamento, 1908. <<

[67] *Ibid.*, 1914. <<

[68] Martínez de la Casa, A., *op. cit*., 55; Cassinello Pérez, A., *op. cit*., 291-293. <<

[69] Reglamento, 1925. Véase también Herrero Pérez, J. V., 2003. <<

[70] La adopción y empleo de la ametralladora por el Ejército español ha sido tratada con sumo detalle por Herrero Pérez, J. V., 2017, cap. 4. Acerca de los diversos modelos utilizados, *vid*. Mortera Pérez, A., 2010. <<

[71] Berenguer, D., *op. cit.*, 100-102 y 107-108. <<

[72] Historia, 1947-1981, vol. II, 55, nota 28. <<

[73] Herrero Pérez, J. V., 2017, 210-211 y 213. <<

[74] Acerca de esta cuestión, *vid*. Herrero Pérez, J. V., 2017, 266-271. <<

[75] Franco Bahamonde, F., 1956, 181-182. <<

[76] Herrero Pérez, J. V., 2017, 208-218. <<

[1] Tebib Arrumi: «Tierras de Abd el Krim», *El Sol*, 20 de octubre de 1921. <<

[2] Acerca de las harkas, *vid*. Madariaga, M.ª R. de, 2009, 387-388. <<

[3] *Vid*. Madariaga, M.ª R. de, 2008, 558. <<

[4] Madariaga, M.ª R. de, 2009, 473-474. <<

[5] *Vid*. Karl Marx, artículo de fondo del *New York Daily Tribune*, 25 de septiembre de 1854, en *Revolución en España*, Barcelona, Ariel, 1960, 91-92. <<

[6] Madariaga, M.ª R. de, 2008, 577-578. <<

[7] *Ibid.*, 577. <<

[8] Madariaga, M.ª R. de, 2016, 371 y Madariaga, M.ª R. de, 2009, 193. <<

[9] Archivo General Militar de Madrid (en adelante AGMM), Documentos de Abd el-Krim, carpeta 13 (1920), Caja 1531. <<

[10] *Ibid*. Véase también en *El Telegrama del Rif*, 11 de agosto de 1920, el artículo de Cándido Lobera titulado «Abd-el-Krim el Jatabi ha muerto. Consejo de un viejo amigo». Como ya sabemos, el verdadero nombre de Abd el-Krim era Mohamed, mientras que el nombre con que llegó a ser conocido era propiamente el nombre de su padre. <<

[11] Madariaga, M.ª R. de, 2016, 145. <<

[12] Casado y Escudero, L., 1923, 53. <<

[13] *Ibid.*, 55. <<

[14] Pérez Ortiz, E., 1923, 189. <<

[15] Casado y Escudero, L., *op. cit.*, 53. <<

[16] Madariaga, M.ª R. de, 2009, 418-419. <<

[17] *Ibid.*, 419. <<

[18] *Expediente Picasso*, 1931, 268. <<

[19] Archivo de Vincennes, Marruecos español, 3H 134. <<

[20] *Ibid*. <<

[21] AEF, Papeles de Abd el-Krim, vol. 518. <<

[22] Informe del mariscal Lyautey al presidente del Consejo, ministro francés de Asuntos Exteriores, del 1 de octubre de 1924, Archivo de Vincennes, Marruecos español, 3H 134. <<

[23] Madariaga, M.ª R. de, 2009, 421. <<

[24] *Servicio Histórico Militar*, 1951, tomo IV, 113. <<

[25] *Ibid*., 113 y 148. <<

[26] *Ibid.*, 148. <<

[27] *Ibid.*, 76. <<

[28] Madariaga, M.ª R. de, 2016, 231. <<

[29] Madariaga, M.ª R. de, 2009, 395. <<

[30] AGA, Sección África, Fondo Marruecos, Caja M-2. Información del embajador de España en París, Quiñones de León, del 24 de diciembre, acerca de las gestiones del hermano de Abd el-Krim con objeto de adquirir armas. <<

[31] *Ibid*. Comunicado del cónsul español en Gibraltar, López Ferrer, al presidente interino del Directorio, de fecha 17 de octubre de 1924. <<

[32] *Ibid*. Informe del embajador de España en París, *vid. supra*, del 24 de diciembre de 1924. <<

[33] *Ibid*. Despacho del embajador de España en Londres, que recoge confidencias acerca de Matthews y sus relaciones con Gardiner, 30 de diciembre de 1924. <<

[34] *Ibid*. <<

[35] *Ibid*. Despachos del embajador de España en Londres acerca de «Agentes enemigos en el exterior de nuestra zona». <<

[36] *Ibid*. Despacho del embajador de España en Londres, del 20 de marzo de 1925. <<

[37] *Ibid*. Comunicación del presidente interino del Directorio al embajador de España en París y al cónsul general de España en Gibraltar. <<

[38] AGA, Sección África, Fondo Marruecos, Caja M-1. Del alto comisario interino al presidente del Directorio, 6 de febrero de 1925. <<

[39] AEF, Papeles de Abd el-Krim, vol. 518. Informaciones dadas por el Hach Hitmi. <<

[40] AGA, Sección África, Fondo Marruecos, Caja M-2. Declaraciones de Matthews al agente Searl, informe de Searl del 4 de febrero de 1925. Comunicación del embajador de España en Londres del 25 de febrero de 1925. <<

[41] Para todo lo que se refiere al papel de la aviación española en Marruecos, me he basado sobre todo en la obra colectiva, y abundantemente ilustrada (se trata de textos para una exposición fotográfica), Edesa Fernández, B., Gil Griñán, A. y Riesgo, J. M., 2000, en particular el artículo de Juan Manuel Riesgo titulado «La guerra aérea, 1913-1927, en Marruecos», cuyas informaciones provienen, en gran parte, de Gomá Orduña, J., 1947. <<

[42] Pérez Ortiz, E., *op. cit.*, 99. <<

[43] Madariaga, M.ª R. de, 2012, 96. <<

[44] Acerca de este viaje de M'hamed, el hermano de Abd el-Krim, a París, *vid*. AEF, Papeles de Abd-el-Krim, 111 (microfilm P 17975). <<

[45] AGA, Sección África, Fondo Marruecos. Despachos del embajador de España en París del 18 y el 20 de febrero de 1924. <<

[46] *Ibid*. <<

[47] *Ibid*. <<

[48] AGA, Sección África, Fondo Marruecos, Caja M-1. Resumen de Abad al embajador de España en París acerca del ofrecimiento de captura de Abd el-Krim. Abad había intentado ver al embajador sin conseguirlo y da cuenta de su visita a la embajada al cónsul de España en Orán, 3 de marzo de 1924. <<

[49] *Ibid*. <<

[50] *Ibid*. <<

[51] AGA, Caja 81/9979. Telegrama de Edmond de Marçais a José Abad, del 6 de diciembre de 1923. <<

[52] *Ibid*. <<

[53] Fontaine, P., 1958, 91. <<

[54] *Ibid*. <<

[55] *Ibid*. <<

[56] AGA, Caja 81/9981. <<

[57] Fontaine, P., *op. cit.*, 92. <<

[58] *Ibid*. <<

[59] AGA, Caja 81/9979. Carta del director de la Oficina de Marruecos, de la Presidencia del Directorio Militar, del 9 de enero de 1925. <<

[60] Acerca de las *mahkamas, vid*. Madariaga, M.ª R. de, 2008, 575-576. <<

[61] Berenguer Fusté, D., 1923, 10. <<

[62] F. O., 371/4527. <<

[63] Madariaga, M.ª R. de, 2016, 144-146. <<

[64] *Expediente Picasso, op. cit*., 36. <<

[65] Casado y Escudero, L., *op. cit*. Los sufrimientos causados por el cerco a esta posición, sobre todo la tortura de la sed, los describe con sentidas palabras el autor de este relato, único oficial superviviente de Igueriben. <<

[66] Pérez Ortiz, E., *op. cit.*, 9. <<

[67] *De Annual* a la República. La Comisión de Responsabilidades, 1931, 68 y 324. <<

[68] Testimonio personal de Omar el-Jatabi, primo de Abd el-Krim, aunque por la edad podría ser su hijo. Era hijo de Abd es-Selam, hermano del padre de Abd el-Krim. <<

[69] Archivo de Vincennes, Marruecos español, 3H Caja 100. Informe de la situación política y militar del 23 al 29 de diciembre de 1924, Dirección General de Asuntos Indígenas y del Servicio de Información. <<

[70] *Ibid*. Situación política y militar del 10 al 16 de febrero de 1925. <<

[71] *Ibid*. Situación política y militar del 3 al 9 de marzo de 1925. <<

[72] *Ibid*. Boletín periódico del 17 de enero de 1925. Residencia General de Francia en Marruecos, gabinete militar del comandante en jefe. <<

[73] Informe del general Serrigny. Archivo de Vincennes, Marruecos español, Caja 3H 100. <<

[74] *Ibid*. <<

[75] Rivet, D., 1976, 117. <<

[76] *Ibid.*, 115. <<

[1] Solo un mes después del Desastre de Annual apareció *España en el Rif*, un análisis muy crítico de los doce años de intervención española en el norte de Marruecos (Ruiz Albéniz, V., 1921). Con respecto a la difusión pública de esas campañas, *vid*. Gajate Bajo, M., 2019. <<

[2] Para tener una visión global, a la vez que concisa, del periodo, *vid*. Fontenla Ballesta, S., 2012; Muñoz Bolaños, R., 2006; Ramos Oliver, F., 2013. Como ejemplo de selección de episodios, *vid*. Espluga Olivera, M., 2013 y Marín Ferrer, E., 2012. <<

[3] *Vid*. el estudio de factores geográficos en Fontenla Ballesta, S., 2017, 37-43; Macías Fernández, D., 2013, 62-66; Salas Larrazábal, R., 1992, 11-25. <<

[4] Para los nombres de personajes y sus datos biográficos se sigue a Guerrero Acosta, J. M. (ed.), 2015. <<

[5] Es muy interesante el relato que dejó el médico de las minas de la caída del Rogui, Ruiz Albéniz, V., *op. cit*., 89-106. <<

[6] La principal fuente para la descripción de las operaciones militares del periodo 1909-1919 es la recopilación de documentos y su comentario realizados por el *Servicio Histórico Militar* en el tomo II de su *Historia de las campañas de Marruecos* (1951) (en adelante, SHM II). También, Muñoz Bolaños, R., 2001a. <<

[7] Para la actuación de la Armada, Núñez Calvo, J. N., 2001. <<

[8] La extensión de la revuelta ha llevado a considerar que se trató de «La Semana Trágica de Cataluña», título del libro colectivo coordinado por Antonio Moliner Prada (Moliner Prada, A. [ed.], 2009). <<

[9] Puede verse la organización y empleo de la Sanidad Militar en Martínez de Baños Carrillo, F., 2009, 58-67. <<

[10] En bastantes narraciones de la campaña se obvia la operación de Quebdana, a pesar de ser fundamental para lo ocurrido en las semanas siguientes. *Vid*. el relato completo de las acciones en SMH II, 131-147. <<

[11] El combate de Taxdirt en Martínez Canales, F., 2018. <<

[12] El teniente general Marina redactó un extenso e interesante informe acerca de las consideraciones tácticas de la toma de Zeluán, transcrito en SMH II, 191-193. <<

[13] En la defensa del Zoco el Had destacó el cabo Luis Noval, a cuyo recuerdo se ha dedicado un libro que resume bien toda la campaña (Mayorga Noval, M., 2009). <<

[14] Datos de bajas según la versión ofrecida en SMH II, 298. <<

[15] Para las operaciones entre 1910 y 1919, Muñoz Bolaños, R., 2001b. <<

[16] Acerca de la evolución del Ejército a consecuencia de las campañas de Marruecos y en el contexto de la Gran Guerra, *vid*. Albi de la Cuesta, J., 2014; Escribano Bernal, F., 2018; Guerrero Martín, A., 2017; Puell de la Villa, F., 1996, 296-301; Tauler Cid, B., 2020, 21-36. <<

[17] *Vid*. un resumen de la evolución táctica del Ejército español en Guerrero Martín, A., 2018. <<

[18] Acerca del convenio hispano-francés de 1912, Blond Álvarez del Manzano, C., 2012. <<

[19] Con respecto a la evolución institucional y normativa del Protectorado, *vid*. Pérez Fernández-Turégano, 2014, 158-166. En concreto, para la figura del jalifa y la estructura y relaciones de su gobierno (el Majzén), Villanova, J. L. y Mateo Dieste, J. L., 2017. <<

[20] Es reseñable que las fricciones entre los generales Alfau y García Menacho merecieran una gran atención en la versión oficial de la guerra publicada por el *Servicio Histórico Militar* (SHM II, 698-702 y 891-898). <<

[21] Para lo referente a la aviación, *vid*. Lázaro Ávila, C., 2001; Salas Larrazábal, J. y Warleta Carrillo, J., 1986. <<

[22] Para el nacimiento y crecimiento de los Regulares, Sanz Calero, B. y Escribano Bernal, F., 2015. <<

[23] Los compromisos y servidumbres del pacto con el Raisuni están analizados en Salas Larrazábal, 1992, 137-140. El pacto completo se encuentra en el tercer tomo del *Servicio Histórico Militar* sobre la *Historia de las campañas de Marruecos*, 1981 (en adelante, SHM III), 309-312. <<

[24] Para el caso particular de los ascensos por méritos de guerra y sus repercusiones en la situación política española, Bru Sánchez-Fortún, A., 2016. <<

[25] Puede verse la profunda reorganización del Ejército de África en las órdenes del 23 de agosto de 1916 y 11 de mayo de 1917 (SHM II, 835-858). <<

[26] La extensa carta póstuma del teniente general Gómez-Jordana es un documento imprescindible para comprender la evolución de la acción española en Marruecos. Se encuentra transcrito en SHM II, 869-882. <<

[27] Para la estructura de mando militar en el Protectorado, Escribano Bernal, F., 2020b, 15-18. <<

[28] La fuente básica para la descripción de las operaciones y la evolución orgánica de este periodo es SHM III. Véase también Mesa Gutiérrez, J. L. de, 2001. <<

[29] El general Berenguer había publicado en 1918 el libro *La guerra en Marruecos: ensayo de una adaptación táctica*, en el que reflexionaba acerca de la lucha contrainsurgente, que ya había practicado en Cuba (*vid*. Bibliografía). <<

[30] Escribano Bernal, F., 2020a, 23-27. <<

[1] «Facetas de la Campaña Marroquí. El armamento de la Infantería», en *Memorial de Infantería*, enero de 1922. <<

[2] Cordón, A., 1971, nota en pág. 67. <<

[3] Miguel Francisco, L., 2014, 512. El comentario aparece en una larga carta de Ricardo Fernández Tamarit, dirigida el 16 de mayo de 1921, a Silvestre, reproducida en págs. 507-521. Es uno de los documentos más expresivos en torno a ese general. <<

[4] Martínez Campos y de la Viesca, A., 1922, 307-337. <<

[5] Gómez Hidalgo, F., 1921, 200. <<

[6] Ruiz Albéniz, V., 1922, 166. <<

[7] Datos tomados del diario *El Telegrama del Rif*, de 1 de julio de 1921. <<

[8] Díaz de Villegas y Bustamante, J., 1930, 2. <<

[9] 9. Sánchez Pérez, A., 1930, 142. <<

[10] Ruiz Albéniz, V., *op. cit.*, 97. <<

[11] *El Imparcial*, de 25 de mayo de 1923. <<

[12] Eza, vizconde de, 1923, 272. <<

[13] Miguel Francisco, L., *op. cit.*, 508, carta citada. <<

[14] Ayensa, E., 1930, 276. <<

[15] Gómez Hidalgo, F., *op. cit.*, 157. <<

[16] *De Annual a la República. La Comisión de Responsabilidades*, 1931, 419.
<<

[17] Aznar Zubigaray, M., 1926, 115. <<

[18] Eza, vizconde de, *op. cit.*, 227-235, con información muy detallada, para julio de 1921. <<

[19] Berenguer, D., 1948, vol. II, 237. <<

[20] Eza, vizconde de, *op. cit.*, 30. <<

[21] Son muy curiosos, e hirientes, los varios apuntes que un militar de Regulares —probablemente el luego general Monasterio— escribió al respecto a lápiz en el ejemplar de la antes citada obra de Berenguer que poseo. Resulta singular que en algún libro se haya deducido de ello que Monasterio hizo una edición de esa obra. <<

[22] Berenguer, D., 1948, vol. I, 172. <<

[23] Berenguer, D., 1923, 8. <<

[24] Berenguer, D., 1948, vol. II, 37-38. <<

[25] Escudero Cuevas, S., 1982, 28-29. <<

[26] Dávila Jalón, V., 1978, 274-275. <<

[27] Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), Tribunal Supremo (T. S.), 50 N5, folio 1106v, declaración del teniente médico Joaquín D’Harcourt, de la Policía. <<

[28] *De Annual a la República, op. cit.*, 394, declaraciones del teniente coronel Dávila. <<

[29] Dávila Jalón, V., *op. cit.*, 396. <<

[30] Miguel Francisco, L., *op. cit.*, carta de Fernández Tamarit ya citada. **<<**

[31] AHN, T. S., 50 N5, folio 955 y sigs. <<

[32] *Ibid*., T. S., 50 N5, folios 1129-1133, para su declaración. <<

[33] Berenguer, D., 1948, vol. II, 267. <<

[34] Dávila Jalón, V., *op. cit.*, 399. <<

[35] AHN, T. S., 50 N6, folios 1284-1297, declaraciones de Fidel Dávila Arrondo. <<

[36] *De Annual a la República, op. cit.*, la afirmación figura en pág. 147. <<

[37] Berenguer, D., 1948, vol. II, 49. <<

[38] Berenguer, D., 1923, 11. <<

[39] *Servicio Histórico Militar*, 1981, 619-629, para los textos de ambos documentos. <<

[40] Pezzi, R., 2005, 46. <<

[41] Berenguer, D., 1948, vol. II, 289. <<

[42] Gómez-Jordana Souza, F., 2005, 117. <<

[43] Díaz Morlán, P., 2015, 11-96. <<

[44] Berenguer, D., 1923, 32-33. <<

[45] Aznar Zubigaray, M., *op. cit.*, 133. <<

[46] Miguel Francisco, L., *op. cit.*, carta de Fernández Tamarit, ya citada. **<<**

[47] AHN, T. S., 51 N1, folios 11-25v, declaraciones de Fernández Tamarit. <<

[48] *Ibid*., T. S., 51 N1, folios 51-73, declaraciones del teniente coronel Rafael Capablanca. <<

[49] Dávila Jalón, V., *op. cit.*, 461-463. <<

[50] Eza, vizconde de, *op. cit.*, 158-163, reproduce una carta que le envió Berenguer el 8 de junio. <<

[51] Bastos Ansart, F., 1921, 122. <<

[52] AHN, T. S., 50 N5, folios 1116-1123, declaraciones de Alzugaray. **<<**

[53] *Ibid*., T. S., 50 N7, folios 1367-1372, declaraciones de Manuel Ros. <<

[54] *Ibid*., T. S., 51 N1, folios 11-25v, declaraciones de Fernández Tamarit. <<

[55] Berenguer, D., 1918, 26. <<

[56] Arqués, E., 1953, 95. <<

[57] AHN, T. S., 50 N9, folios 1797-1801, informe del comandante Jesús Villar y 50 N8, folios 1699-1714v, con interesantes declaraciones de supervivientes, prestadas con motivo de la información que se abrió con motivo del revés. <<

[58] Bastos Ansart, F., *op. cit.*, 130. <<

[59] Gómez Hidalgo, F., *op. cit.*, 259. <<

[60] Berenguer, D., 1923, 40. <<

[61] AHN, T. S., 51 N1, folios 245-254, declaración de Tulio López. <<

[62] Dávila Jalón, V., *op. cit.*, 503. <<

[63] La de Fernández Tamarit, en sus declaraciones, ya citadas. <<

[64] Capablanca, en sus citadas declaraciones. <<

[65] Sánchez Pérez, A., *op. cit.*, nota en pág. 21. <<

[66] *De Annual a la República, op. cit.*, 229, datos aportados por el coronel Riquelme a la Comisión de Responsabilidades. <<

[67] La apreciación es del experimentado coronel Noguès, recogida en Schiavon, M., 2016, nota en pág. 155. <<

[68] *De Annual a la República, op. cit.*, 230, información facilitada por Riquelme. <<

[69] Declaraciones, ya citadas, de Fernández Tamarit, que aluden a una conversación que tuvo con Núñez de Prado. <<

[70] Casado y Escudero, L., 2007. <<

[71] AHN, T. S., 51 N12, folios 3220-3225, declaraciones del teniente Alfredo Erquicia en las que se hace eco de esa confidencia. <<

[72] Casado y Escudero, L., *op. cit.*, 112. <<

[73] Hernández Mir, F., 1926, 38-39. <<

[74] Bastos Ansart, F., *op. cit*., 141. <<

[75] «El soldado desconocido» y Osuna Sirvent, A., 1922, 55-61 describen con detalle la operación. <<

[76] Declaraciones, ya citadas, de Tulio López. <<

[77] AHN, T. S., 51 N1, folios 256-274v, declaraciones de Antonio Valcarce, capitán de Infantería y, entonces, alumno en prácticas de la Escuela Superior de Guerra. <<

[78] *Ibid*., T. S., 50 N8, folios 1754-1759v, declaraciones del comandante Manuel Llamas, que quedó al frente de los Regulares. <<

[79] «El soldado desconocido» y Osuna Sirvent, A., *op. cit*., 63-67, para una vívida descripción del revés. <<

[80] AHN, 50 N7, folios 1378-1382, para su testimonio. <<

[81] Declaración de Joaquín D’Harcourt, ya citada. <<

[82] Datos, no siempre coincidentes, extraídos de AHN, T. S., 50 N2, folios 358-369 y 51 N14, folios 3569-3570. <<

[83] AHN, T. S., 50 N3, folios 644-652v, declaración del capitán de estado mayor Emilio Sabaté, complementada con la ya citada de Valcarce. Ambos, por su posición, poseían datos de primera mano. <<

[84] *El Imparcial*, de 25 de mayo de 1923. <<

[85] Berenguer, D., 1923, 80. Sorprende la candidez con la que admite así esta muestra, totalmente desplazada, de su famosa impasibilidad. <<

[86] Dávila, nada partidario de Silvestre, hizo esta valoración en su ya citada comparecencia ante la Comisión de Responsabilidades. <<

[87] Así lo sostiene Aznar Zubigaray, M., *op. cit*., 144. <<

[88] Declaraciones, ya citadas, de Valcarce, testigo de lo que dice. <<

[89] En AHN, T. S., 51 N1, folios 133-134v, se recogen sus poco convincentes explicaciones. <<

[90] *Ibid*., T. S., 50 N8, folios 1581-1582, declaración del interesado. <<

[91] González-Ruano, C., 1996, 71-71. <<

[92] AHN, T. S., 51 N 11, folio 2869. <<

[93] *Ibid*., T. S., 51 N6, folios 1562-1566v, declaración del comandante médico Carlos Gómez Moreno. Se puede añadir que, cuando llegó a Melilla, en la noche del 22, «por no tener destinos en hospitales», no se presentó en los mismos, lo que parece poco encomiable en alguien de su profesión y en esas circunstancias. Eran las rigideces propias de aquel ejército. <<

[94] Antonio Sarmiento, «Episodios del revés de julio de 1921», en *Memorial de Ingenieros*, año LXXVII, n.º III, marzo de 1922, 119-141. En la investigación de Picasso figuran numerosos testimonios que confirman el excelente comportamiento de los zapadores. <<

[95] Su testimonio, en AHN, T. S., 51 N11, folio 2853 y sigs. <<

[96] *Ibid*., T. S., 50 N7, folios 1378-1382. <<

[97] *Ibid*., T. S., 50 N5, folios 1141-1147v, testimonio del comandante de Artillería Gonzalo Écija. <<

[98] Escudero Cuevas, S., *op. cit*., 62. <<

[99] AHN, T. S., 50 N5, folios 1116-1123. <<

[100] Para toda la retirada de la columna Navarro, hasta su aniquilación, son esenciales las extensísimas declaraciones del propio general, distribuidas entre AHN, T. S., 51 N10 y 51 N13, y Sáinz Gutiérrez, S., 1924, *passim*., así como los numerosos testimonios parciales prestados ante Picasso. También, Pérez Ortiz, E., 1923, *passim*., aunque sus opiniones están viciadas por la manía de infravalorar la actuación de todos, y de exaltar la suya propia. **<<**

[101] AHN, T. S., 50 N7, folios 1360-1366v para su declaración. <<

[102] El texto del telegrama, en *ibid*., T. S., 51 N10, folio 2709. <<

[103] *Ibid*., T. S., 51 N14, folios 3778-3783. Era de Regulares. <<

[104] *Ibid*., T. S., 50 N2, folio 310, para esta declaración. <<

[105] Berenguer, D., 1923. 64. <<

[106] En Eza, vizconde de, *op. cit.*, figura una interesante colección de telegramas cruzados entre distintas autoridades, en págs. 433-459. <<

[107] AHN, T. S., 51 N11, folios 2951v-2952, para esa frase en su declaración.
<<

[108]
[https://www.defensa.gob.es/Galerias/gabinete/ficheros_docs/2012/121001-imagenes-laureados-Alcantara.pdf]. <<

[109] AHN, T. S. 50 N2, folio 418, para el texto de la orden. <<

[110] Para operaciones navales, *vid.*, por ejemplo, *ibid.*, T. S., 50 N4 folios 905v-938v y 50 N5, 1112v-1115v. <<

[111] *Ibid*., T. S., 50 N5, folio 1027, información facilitada por el propio Regimiento Melilla. <<

[112] *Ibid.*, T. S., 50 N1, folios 202v-213v, para las declaraciones de García Esteban. <<

[113] La acusación aparece recogida en un informe del propio Picasso, en *ibid*., T. S., folio 1392v. <<

[114] *Ibid*., T. S., 51 N13, folios 3393-3399 para las pérdidas de todo tipo en Monte Arruit y datos adicionales. <<

[115] Del *Diario* de Juan Maroto, publicado en Miguel Francisco, L., *op. cit.*, 525-538. <<

[116] García Valverde, M., 2016, *passim*. Se trata de un estudio demasiado infrecuente en la historiografía española, que, al contrario de lo que sucede en otras latitudes, apenas presta atención a las trayectorias regimentales. <<

[117] Eza, vizconde de, *op. cit.*, 81. <<

[118] Hidalgo de Cisneros, I., 1966, vol. I, 97. <<

[119] AHN, T. S., 50 N5, folio 1047. <<

[120] Abunda la información de este desdichado suceso. *Vid.*, por ejemplo, *ibid.*, T. S., 50 N2, folio 441 y sigs.; 50 N4, folio 690 y sigs., y 939 y sigs.; 50 N5, folios 950v y siguientes. <<

[121] *Ibid.*, T. S., 51 N27, folio 42. <<

[122] García García (Adelflor), A., 2008, 124. <<

[123] AHN, T. S., 50 N2, folio 379. <<

[124] *Ibid*., T. S., 51 N8, folios 2173-2174. Para una exhaustiva relación nominal de las bajas y de los supervivientes, aunque sin datos numéricos, *vid*. Contreras Cervantes, R. Á., 2016, *passim*. <<

[125] Fernando Caballero Poveda, «La campaña de 1921, las cifras reales», en *Revista del Ejército*, n.º 522 y 523, julio y agosto de 1983. **<<**

[126] Según testimonio del propio jefe de Regulares, Núñez de Prado, en AHN, T. S., 50 N2, folio 392 y sigs. <<

[127] Martínez Campos y de la Viesca, A., *op. cit.*, 108. Es necesario precisar que, en un discurso en el Congreso, aplicó esa expresión solo a Berenguer. <<

[128] El texto aparece en la larga carta del general Ricardo Burguete, enemigo de Berenguer, publicada en el diario *La Voz*, de 5 de agosto de 1921. **<<**

[129] Testimonio del teniente Alfredo Erquicia, de la Policía, en AHN, T. S., 51 N12. La frase figura en folio 3229v. <<

[1] Omissi, D. E., 1990, 18-38. Polti, C., 2016. «The development of Air Control in Iraq»
[http://www.nationalarchives.gov.uk/pathways/firstworldwar/transcripts/afterm
<<

[2] Diario de Sesiones del Congreso (en adelante DSC), 10 de noviembre, 4077. <<

[3] DSC, 30 de junio de 1922, 3217. <<

[4] Berenguer, D., 1923, 90. Fontenla Ballesta, S., 2017, 272. *Servicio Histórico Militar*, 1981, vol. III, 477-482. <<

[5] Berenguer, D., *op. cit.*, 94. <<

[6] DSC, 10 de noviembre de 1921, 4082. <<

[7] Albi de la Cuesta, J., 2014, 433-441. Fontenla Ballesta, S., *op. cit.*, 273-274. <<

[8] *Servicio Histórico Militar*, 1981, vol. III, 483-484. <<

[9] DSC, 10 de noviembre, 4077-4078. <<

[10] Fontenla Ballesta, S., *op. cit.*, 277. <<

[11] Gomá Orduña, J., 1947, 577. Macías Fernández, D., 2019, 273-301. Pando Despierto, J.: 1999, 289-295. Sánchez Méndez, J. y Kindelán Camp, A., 2011, 69-83, 93. <<

[12] DSC, 30 de junio de 1922, 3217. <<

[13] Payne, S. G., 2016, 22. <<

[14] Porte Fernández-Alfaro, P. la, 1997, 269-270, 334-335, 283-285. <<

[15] AHFAM, Fondo Antonio Maura (FAM), caja 394, carpeta 6. <<

[16] Porte Fernández-Alfaro, P. la, *op. cit*., 408-409, 434. <<

[17] DSC, 14 de marzo de 1921, 77-102. DSC, 31 de marzo de 1922, 533-557. Porte Fernández-Alfaro, P. la, *op. cit.*, 439-440. <<

[18] *Diario oficial del Ministerio de Guerra*, 21 de septiembre de 1922. Porte Fernández-Alfaro, P. la, *op. cit*., 533. <<

[19] Porte Fernández-Alfaro, P. la, *op. cit.*, 685-688. Soto Montes, J., 1977, 117-154. <<

[20] Balfour, S., 2018, 163. Goded Llopis, M., 1932, 50. Muñoz Bolaños, R., 2006, 606-607. <<

[21] Goded Llopis, M., *op. cit.*, 68. <<

[22] Balfour, S., *op. cit*., 244-256. Fontenla Ballesta, S., *op. cit*., 342. Goded Llopis, M., *op. cit*., 69. Muñoz Bolaños, R, 2020, 171-173. <<

[23] Goded Llopis, M., *op. cit*., 66. <<

[24] Balfour, S., *op. cit.*, 242-246 y 256. Macías Fernández, D., *op. cit.*, 301-306. Muñoz Bolaños, R., 2016, 1218-1222. Sislin, J. D., 2018, 185-202. <<

[25] Fontenla Ballesta, S., *op. cit.*, 303. <<

[26] Macías Fernández, D., *op. cit.*, 308-309. <<

[27] Porte Fernández-Alfaro, P. la, *op. cit.*, 704. <<

[28] DSC, 21 de noviembre de 1922, 4171-4205. *Servicio Histórico Militar*, 1981, vol. III, 563-577. <<

[29] *El Sol*, 27 de diciembre de 1922. <<

[30] Balfour, S., *op. cit.*, 176-178. Harris, W., 1927, 248-253. <<

[31] Gudín de la Lama, E., 2008, 34-44. Porte Fernández-Alfaro, P. la, *op. cit*., 705. *Servicio Histórico Militar*, 1981, vol. III, 594-600. <<

[32] Balfour, S., *op. cit.*, 252. Macías Fernández, D., *op. cit.*, 301-306. **<<**

[33] *Servicio Histórico Militar*, 1981, vol. III, 604-605. <<

[34] Gomá Orduña, J., *op. cit.*, 579. <<

[35] Madariaga, M. R. de y Lázaro Ávila, C., 2003, 68. <<

[36] Balfour, S., *op. cit*., 178. Porte Fernández-Alfaro, P. la, *op. cit*., 724-725. <<

[37] *Servicio Histórico Militar*, 1981, vol. III, 608-609. <<

[38] *Ibid*., 610-611. <<

[39] Diario de Sesiones del Senado, 25 de noviembre de 1921, 2039. <<

[40] Álvarez, J. E., 2001, 91. Balfour, S., *op. cit.*, 184-188. Gómez-Jordana Souza, F., 1976, 64. Macías Fernández, D., *op. cit.*, 308-311. Madariaga, M.ª R., 2009, 327-337. <<

[41] Mola Vidal, E., 1940, 16. <<

[42] Atienza Peñarroya, A., 2012, 499-501. Balfour, S., *op. cit.*, 189-190. <<

[43] Atienza Peñarroya, A., *op. cit*., 502-505. Cierva, R. de la, 1982, vol. I, 235. Macías Fernández, D., *op. cit*., 398-402. Martínez Roda, F., 2012, 61. <<

[44] Cierva, R. de la, *op. cit.*, vol. I, 243. Fontenla Ballesta, S., *op. cit.*, 350. *Servicio Histórico Militar*, 1981, vol. IV, 14. <<

[45] AHFAM, FAM, caja 394, carpeta 8. <<

[46] Fontenla Ballesta, S., *op. cit.*, 350-354. Mola Vidal, E., *op. cit.*, 217. *Servicio Histórico Militar*, 1981, vol. IV, 14-16. <<

[47] Goded Llopis, M., *op. cit*., 128. <<

[48] Balfour, S., *op. cit.*, 196, 199-200. Fontenla Ballesta, S., *op. cit.*, 354. Payne, S., 1968, 298. Sheean, V., 1926, 313-314. <<

[49] Goded Llopis, M., *op. cit.*, 76-77. <<

[50] Armiñán Odriozola, J. M. y L. de, 1930, 208-212. Atienza Peñarroya, A., *op. cit.*, 519. Balfour, S., *op. cit.*, 311 y 316. <<

[51] Lyautey, P., 1957, vol. IV, 266-267. Pascal, J., 2009, 320-321. Usborne, C. V., 1936, 262. <<

[52] Danigo, F., 2010, 5. Goded Llopis, M., *op. cit.*, 115-125. Peyron, M., 2020, 153-154. <<

[53] Loustaunau-Lacau, G. y Montjean, P., 1927, 341. <<

[54] Fabre, C., 1931, 31. <<

[55] Chaillard, G., 2008, 81-82. Gershovich, M., 2000, 102. Muñoz Bolaños, R., 2006, 599-614. <<

[56] Harris, W., *op. cit.*, 219, 223-224. Pascal, J., *op. cit.*, 323. <<

[57] Danigo, F., *op. cit*., 6. Gershovich, M., *op. cit*., 131. Goebel, M., 2015, 162. Harris, W., *op. cit*., 223-227. Provence, M., 2005. <<

[58] Fontenla Ballesta, S., *op. cit.*, 373. <<

[59] Danigo, F., *op. cit*., 7. Harris, W., *op. cit*., 246-247. Loustaunau-Lacau, G. y Montjean, P., *op. cit*., 339. <<

[60] Gershovich, M., *op. cit.*, 134. <<

[61] Durosoy, M., 1976, 140. Harris, W., *op. cit.*, 239. Kier, E., 1996, 204-209. Messmer, P. y Larcan, A., 1985, 255. <<

[62] Bruce, R., 2008, 74. Muñoz Bolaños, R., 2017, 832-833. <<

[63] Goded Llopis, M., *op. cit*., 129. <<

[64] Bruce, R., *op. cit.*, 75. Danigo, F., *op. cit.*, 8. Goded Llopis, M., *op. cit.*, 128. Harris, W., *op. cit.*, 241, 266-272. <<

[65] Muñoz Bolaños, R., 2017, 839. Pascal, J., *op. cit.*, 323, 334-335. <<

[1] Artigas Arpón, B., 1925, 27. <<

[2] Soldevilla, F., 1926, 256. <<

[3] *Ibid.*, 257. <<

[4] Valdés Martel, J., 1928, 367. <<

[5] Archivo General de la Administración (en adelante AGA), África, caja M7-81-09985, exp. n.º 3. «Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas». <<

[6] La ponencia acerca del desembarco, redactada por el general Francisco Gómez-Jordana Sousa en: Carrasco García, A., Mesa Gutiérrez, J. L. de y Domínguez Llosa, S. L., 2011, Apéndice I, 188. <<

[7] *Ibid*., 192. <<

[8] AGA, África, caja M7-81-09985, exp. n.º 3. <<

[9] Madariaga, M.ª R. de, 2005, 150-152. <<

[10] *Ibid.*, 151. <<

[11] Todos los detalles del convenio, así como el seguimiento de las jordanas a través de la correspondencia entre Jordana y Primo de Rivera, en AGA, África, caja M10 81/9988. <<

[12] Sueiro Seoane, S., 1993, 260-261. Un análisis más detallado de las relaciones entre Pétain y Lyautey en Rivet, D., 1988. <<

[13] *Ibid*., 266-268. <<

[14] Valdés Martel, J., *op. cit.*, 361. <<

[15] AGA, África, caja M7-81-09985, exp. n.º 3. <<

[16] Los detalles de la ofensiva del Ejército francés en Valdés Martel, J., *op. cit*., 361-376. <<

[17] *El Imparcial*, 22 de agosto de 1925, 2. Declaraciones del general Primo de Rivera. <<

[18] «Los acuerdos adoptados acerca de las próximas operaciones», *El Telegrama del Rif*, 2 de septiembre de 1925. <<

[19] Archivo General de Palacio (en adelante AGP), Sección Reinados, Fondo Alfonso XIII, caja 12958, exp. 3. Noticias del campo rifeño. Planes y elementos de Abd el-Krim. <<

[20] *Ibid*. <<

[21] *El Telegrama del Rif*, 29 de julio de 1925. <<

[22] Bacon, R., 1919. <<

[23] Jevenois Labernade, P., 1925, 27. <<

[24] Santiago Guerrero, M., 1926, 157. <<

[25] Los detalles del plan de operaciones se encuentran en AGA, África, caja M7-81/9985. <<

[26] *Vid*. la investigación de Jiménez Moyano, F. J., 2006, 57-74. <<

[27] Quintana Martínez, E., 1928, 251. <<

[28] Miguel Francisco, L., 2008, 9. <<

[29] Blanco Núñez, J. M., 2013, 27. Un estudio detallado del plan Maura-Ferrándiz en Vega Blasco, A. de la, 2009, 19-37. Rubio Márquez, D., 2014, relaciona en su tesis doctoral el colonialismo español en Marruecos con el resurgir de la marina bélica. <<

[30] Quintana Martínez, E., *op. cit.*, 80. <<

[31] La Sociedad Española de Construcción Naval, también conocida como «La Naval» monopolizó la construcción naval en España desde 1909 hasta el estallido de la Guerra Civil en 1936. <<

[32] Quintana Martínez, E., *op. cit*., 82. <<

[33] AGA, África, caja M10-81/9988. <<

[34] Madariaga, M. ª R. y Lázaro Ávila, C., 2003, 50-85. <<

[35] Carrasco García, A. (coord.), 2001, 164-193. <<

[36] Lázaro Ávila, C., 2015, 47. <<

[37] R. D. 29 de marzo de 1925. Concesión de un crédito extraordinario de 907 200 pesetas para adquirir barcazas tipo «K». BOE, *Gaceta de Madrid*, 29 de marzo de 1925. <<

[38] Álvarez Maldonado y Muela, R., 2001, 56. <<

[39] *Ibid.*, 12. <<

[40] AGA, África, caja M7 81/9985, exp. n.º 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Telegrama de Primo de Rivera a Magaz. <<

[41] *Ibid*. Diario de las operaciones realizadas con motivo del desembarco en la bahía de Alhucemas. <<

[42] Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán (en adelante, AGMAB), 7634, parte de campaña del acorazado Alfonso XIII. <<

[43] AGA, África, caja M7 81/9985, exp. n.º 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Telegrama oficial del comandante de la Marina al general encargado de Despacho del cuartel general del alto mando. <<

[44] AGMAB, 7634. Partes de campaña del acorazado Alfonso XIII. <<

[45] Franco Bahamonde, F., 1986, 205. <<

[46] Sueiro Seoane, S., *op. cit.*, 277. <<

[47] Goded Llopis, M., 1932, 138. <<

[48] Troncoso, J. M., 1925, 6 anverso. <<

[49] Miguel Francisco, L., *op. cit.*, 30. <<

[50] AGA, África, caja M7 81/9985, exp. n.º 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. <<

[51] *Ibid*. <<

[52] Valdés Martel, J., *op. cit.*, 364. <<

[53] AGA, África, caja M7 81/9985, exp. n.º 3. Telegrama de Magaz a las embajadas españolas en el extranjero. <<

[54] *Ibid*. Telegrama de Sanjurjo a Primo de Rivera. <<

[55] *El Telegrama del Rif*, 9 de septiembre de 1925. <<

[56] *Revista de Tropas Coloniales*, n.º 9, septiembre de 1925. <<

[57] AGA, África, caja M7 81/9985, exp. n.º 3. Telegrama de Primo de Rivera a Magaz. <<

[58] Velasco de Castro, R., 2015, 50-53. <<

[59] AGA, África, caja M7 81/9985, exp. n.º 3. Telegrama de Sanjurjo a Primo de Rivera. <<

[60] Troncoso, J. M., *op. cit.*, 4. <<

[61] AGA, África, caja M7 81/9985, exp. n.º 3. Preparación y ejecución de las operaciones de desembarco y ocupación de la bahía de Alhucemas. Telegrama de Primo a Magaz. <<

[62] Blanco Núñez, J. M., *op. cit*., 49. <<

[63] AGA, África, caja M7 81/9985, exp. n.º 3. Telegrama del general en jefe al presidente interino del Directorio Militar. <<

[64] *Ibid.*, bajas en las operaciones de Alhucemas. **<<**

[65] Lázaro Ávila, C., *op. cit*., 47. <<

[66] AGMAB, 7634. Los partes de operaciones de los buques de la Escuadra de Instrucción, principalmente los acorazados Alfonso XIII y Jaime I, reflejan la intensidad de los disparos de la artillería rifeña sobre los buques y detallan los daños causados. <<

[67] Moral Sandoval, E., (dir.), 1992, 46-47. <<

[68] *Ibid*., 54. <<

[69] AGMM, África, rollo 682, carpeta 7. Negociación Uxda. <<

[70] Armada, R., 1926, 68. <<

[71] Moral Sandoval, E., (dir.), *op. cit.*, 64. <<

[72] AGMM, África, Rollo 675. <<

[73] Moral Sandoval, E., (dir.), *op. cit*., 85. <<

[74] *Ibid*., 139. <<

[75] *Ibid.*, 160. <<

[76] AGMM, África, caja 214. Orden General del día 10 de julio de 1927. <<

[77] *El Noticiero*, s/f. «Crónica de la dictadura desde su génesis hasta su terminación». <<

[1] Fernández-Oxea, X. R. (Ben-Cho-Shey), 1985, 83. <<

[2] Mir, M., 2006, 167. <<

[3] Fanjul, J., 1907, en Alonso, J. R., 1974, 452-453. <<

[4] Kindelán, A., s. f., 183, el subrayado es del original. <<

[5] Los muertos por enfermedad fueron 25 veces superiores a los caídos en combate. *Vid*. Cardona, G., 1983, 118. <<

[6] Datos extraídos de la tesis doctoral de Puell de la Villa, F., 1995, Cap. 7. <<

[7] Archivo General Militar de Madrid (en adelante, AGMM), Fondo Ultramar, 5794 / 7. <<

[8] Mola Vidal, E.: *El pasado, Azaña y el porvenir, las tragedias de nuestras instituciones militares*, en Mola Vidal, E., 1940, 933. <<

[9] Puell de la Villa, F., *op. cit*. <<

[10] Mola Vidal, E.: *El pasado, Azaña y el porvenir, las tragedias de nuestras instituciones militares*, en Mola Vidal, E., 1940, 934-935. <<

[11] En torno a la compleja cuestión de la débil nacionalización de España en el siglo XIX, algunas de las causas que manejan los especialistas en la materia son: las escasas políticas nacionalizadoras llevadas a cabo por el Estado liberal, que se construyó con enorme dificultad durante ese siglo y muy condicionado por las numerosas guerras civiles y por la actuación de espadones militares, quienes dinamitaban la estabilidad política; la falta de peligros externos que sirvieran de aglutinante nacional; la pérdida de las colonias y, con ellas, del viejo imperio en 1898; y la no participación en los grandes conflictos bélicos europeos durante la primera mitad del siglo XX. La ausencia de un régimen realmente representativo que permitiera mostrar la «voluntad del pueblo», la carencia de escuelas y la escasa escolarización o los deberes diferenciales en cuestiones nacionalizadoras (servicio militar) tampoco ayudaron. La debilidad de la identidad española es lo que permitió que surgieran nacionalismos periféricos tan vigorosos. A este respecto, buenos compendios de lo dicho en: Riquer i Permanyer, B. de, 1996 y Álvarez Junco, J., 2001. <<

[12] Mola, E., 1922. <<

[13] Puell de la Villa, F., *op. cit*. <<

[14] *Ibid.* <<

[15] En torno a las cuestiones antropológicas del servicio militar obligatorio entre finales del siglo XIX y principios del XX, *vid*. el interesante estudio de caso de Frieyro de Lara, B., 2000. <<

[16] Un relato complementario que muestra esas mismas dificultades para el Tercio de Extranjeros e incide en lo dicho en las presentes páginas en Macías Fernández, D., 2020. <<

[17] Declaraciones de Ataúlfo Saiz Carrero acerca de su padre, el soldado de cuota de Artillería Ataúlfo Saiz Paniagua (Comandancia General de Melilla, 1921-1923). Entrevista oral realizada por el autor del presente capítulo el 7 de diciembre de 2009 en Madrid. <<

[18] Anónimo: «Factores del éxito. La nivelación de marciales deberes», en *Memorial de Infantería*, enero de 1922, 103-104. <<

[19] Barea, A., 2006, 65 y Fernández-Oxea, X. R. (Ben-Cho-Shey), *op. cit.*, 22-23. <<

[20] Giménez Labrador, M., 1929, 12-13. <<

[21] Mir, M., *op. cit.*, 167. <<

[22] Documento del PCE, «Abajo la guerra de Marruecos», Madrid, julio de 1921, en Archivo del Partido Comunista. <<

[23] Varela, J., 1929. <<

[24] Goded Llopis, M., 1932, 438. La cifra real de soldados muertos en el barranco del Lobo continúa siendo objeto de controversia. Popularmente, se habló de 500 cadáveres, número que coincide con las 510 bajas aireadas por la prensa madrileña (74 muertos y 436 heridos graves). El periodista Eugenio Noel dijo haber visto llegar a Melilla 270 ataúdes cuando, a los tres meses, se conquistó el Gurugú. En Noel, E., 1912, 23. Sin embargo, el Ministerio de la Guerra solo registró oficialmente 93 muertos y desaparecidos en combate: 43 hombres del Batallón de Cazadores de las Navas y 50 del de Cazadores de Llerena, según los datos ofrecidos por el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, n.º 211/1909. <<

[25] «A los prisioneros españoles», *couplets* requisados a un niño ciego en Melilla, que cantaba y vendía partituras, obtenidas estas, atendiendo al interrogatorio y registro de la casa de los padres, en Almería por valor de 15 pesetas. En AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, Est. 2, Cuerpo 5, Tab. 6, Leg. 326, Carpeta 3. <<

[26] Fernández-Oxea, X. R. (Ben-Cho-Shey), *op. cit.*, 42. <<

[27] Valdés Cavanna, J. M., 2007, 237. <<

[28] Nerín, G., 2005, 9. <<

[29] Camba, A., 1921, 9-10. <<

[30] Fernández-Oxea, X. R. (Ben-Cho-Shey), *op. cit.*, 19. **<<**

[31] «Vejota», 1925, 12-13. <<

[32] Puell de la Villa, F., *op. cit*. <<

[33] Un africanista más, 1914, 37. <<

[34] AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, Est. 2, Cuerpo 4, Tab. 3, Leg. 253, Carpeta 6, El subrayado es del original. <<

[35] Un africanista más, *op. cit.*, 73. <<

[36] Berenguer, D., 1923, 94-95. <<

[37] Camba, A., 1926, 298. <<

[38] Pareja, L., s. f., 23. Documento del Fondo Tomás García Figueres, Biblioteca Nacional. **<<**

[39] García Álvarez, M. y García Pérez, A., 1929, 128. <<

[40] Ros Andreu, J. B., 1932, 103. <<

[41] Mola, E., 1922, 27. <<

[42] Bayo Ayala, R., 1907, *El combate en el Rif*, reproducido en Gallego Ramos, E., 1909, 84-88. <<

[43] Nido y Torres, M., 1921, 10. <<

[44] Pardo, A., 2004, 6. <<

[45] AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, Est. 2, Cuerpo 4, Tab. 3, Leg. 253, Carpeta 6. <<

[46] Segura, M., 1912, 294. <<

[47] Galán, F., 1931, 118. <<

[48] Camba, A., 1926, 301. <<

[49] Delgado Toro, J., 1924, 9. <<

[50] «Vejota», *op. cit.*, 47-48. <<

[51] López Castillo, A., 2018, 83. <<

[52] Meneses, E., 1922, 257. <<

[53] «Vejota», *op. cit.*, 16-17. <<

[54] Sánchez Rodrigo, J., 1922, 11. <<

[55] García Figueras, T., 1925, 36. <<

[56] Fernández-Oxea, X. R. (Ben-Cho-Shey), *op. cit.*, 52. <<

[57] Sánchez Rodrigo, J., *op. cit.*, 30. <<

[58] Mola Vidal, E.: *Dar Akobba, páginas de sangre, de dolor y de gloria*, en Mola Vidal, E., 1940, 25. <<

[59] Meneses, E., *op. cit.*, 260. <<

[60] Millán Astray, J., 1922, 46. <<

[61] «Vejota», *op. cit.*, 18. <<

[62] Barea, A., *op. cit.*, 14. <<

[63] Conferencia celebrada entre el Ministro de la Guerra y el teniente coronel Muga, ¿diciembre 1921?, en AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, No Clasificado (rollo 1224). <<

[64] García Figueras, T., *op. cit.*, 27-28. <<

[65] Franco Bahamonde, F., 1986, 33. <<

[66] Millán Astray, J., *op. cit*., 25. <<

[67] *Ibid.*, 58, 101. <<

[68] Ros Andreu, J. B., *op. cit.*, 31-32, 34. <<

[69] Barea, A., *op. cit.*, 43. <<

[70] Informaciones de *Mr*. Browne (sin fecha). Archivo General de la Administración (en adelante, AGA), África, 81/10350. <<

[71] Camba, A., 1926, 320. <<

[72] Santa Marina, L., (1924) 1980, 138. <<

[73] AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, No Clasificado (rollo 1224). <<

[74] Mola, E., 1922, 140. <<

[75] Inspección de Sanidad de la 7.ª Región, 1911, 6. <<

[76] Meneses, E., *op. cit*., 74-75. <<

[77] Informe de Sanidad Militar de la posición de Tafersit, en AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, Est. 3, Cuerpo 2, Tab. 7, Leg. 534, Carpeta 12. <<

[78] Barea, A., *op. cit.*, 95. <<

[79] Comandante general de Larache, 1917, 1. <<

[80] López Castillo, A., *op. cit.*, 67. <<

[81] Barea, A., *op. cit.*, 95. <<

[82] AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, Est. 3, Cuerpo 2, Tab. 1, Leg. 493, Carpeta 12. <<

[83] AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, Est. 2, Cuerpo 5, Tab. 8, Leg. 343, Carpeta 2. <<

[84] «Vejota», *op. cit*., 23. <<

[85] Fernández-Oxea, X. R. (Ben-Cho-Shey), *op. cit.*, 105. <<

[86] Galán, F., *op. cit*., 66 y Cabanellas, V., 1926, 41. <<

[87] Villaplana González, C., 1930, 141-143 (manuscrito). <<

[88] Meneses, E., *op. cit.*, 67-68. <<

[89] AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, Est. 2, Cuerpo 4, Tab. 9, Leg. 282, Carpeta 5. <<

[90] *Ibid*. <<

[91] Documento de 1927 firmado por el jefe de Sanidad, capitán médico y teniente médico, en Targuist. AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, Est. 3, Cuerpo 2, Tab. 7, Leg. 534, Carpeta 12. <<

[92] López Castillo, A., *op. cit.*, 65. <<

[93] AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, Est. 3, Cuerpo 2, Tab. 1, Leg. 493, Carpeta 12. <<

[94] Villaplana González, C., *op. cit*., 102-103. <<

[95] *Ibid*. <<

[96] Informe del coronel Rafael Herrera de 1920. AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, Est. 2, Cuerpo 4, Tab. 5, Leg. 258, Carpeta 6. <<

[97] *Ibid.* <<

[98] AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, Est. 3, Cuerpo 2, Tab. 7, Leg. 534, Carpeta 12. <<

[99] Parache, A., 1911, 13. <<

[100] Cabanillas, A., 1922, 72. <<

[101] Casado y Escudero, L., 1923, 49-50. <<

[102] García Pérez, A., 1926, 29. <<

[103] Barea, A., *op. cit.*, 78. <<

[104] Galán, F., *op. cit*., 106-107. <<

[105] «Vejota», *op. cit*., 74-75. <<

[106] Segura, M., *op. cit.*, 295. <<

[107] Barea, A., *op. cit.*, 77. <<

[108] Puell de la Villa, F., *op. cit*. <<

[109] *Ibid.*, 31. <<

[110] AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, Est. 2, Cuerpo 6, Tab. 7, Leg. 400, Carpeta 1. <<

[111] *Ibid.* <<

[112] Prieto, I., 2001, 107. <<

[113] Meneses, E., *op. cit.*, 66-67. <<

[114] Sánchez Rodrigo, J., *op. cit.*, 31. <<

[115] Barea, A., *op. cit.*, 84. <<

[116] «Vejota», *op. cit.*, 75. <<

[117] López Castillo, A., *op. cit.*, 62. <<

[118] Sánchez Rodrigo, J., *op. cit.*, 31. <<

[119] Ros Andreu, J. B., *op. cit.*, 118. <<

[120] Gran Bretaña, Francia, Holanda, Alemania y Estados Unidos tenían una dieta más variada y equilibrada que la española. Una buena síntesis de este tipo de cuestiones, si bien centrada en la alimentación peninsular y en tiempos de paz, en Fatjó Gómez, P., 2018, 138-159. <<

[121] Bayo, A., 1928, 53. <<

[122] López Castillo, A., *op. cit.*, 101. <<

[123] Acerca del consumo del fruto del madroño, declaraciones de Fernando Puell de la Villa en relación con su padre, el teniente Fernando Puell Sancho (último ciclo de la Guerra del Rif). Entrevista oral realizada por el autor del presente capítulo el 4 de septiembre de 2020. <<

[124] AGMM, Fondo África, Ministerio de la Guerra, Est. 2, Cuerpo 6, Tab. 4, Leg. 382, Carpeta 9. <<

[125] Sánchez Rodrigo, J., *op. cit.*, 20. <<

[126] Bayo, A., *op. cit.*, 148. <<

[1] «Palabras de oro», en *La Correspondencia Militar*, 25 de noviembre de 1903. <<

[2] Connelly Ullman, J., 1972, 279. <<

[3] La gestación del Partido Radical y su ideario, en Álvarez Junco, J., 1990. <<

[4] El movimiento obrero barcelonés, en Romero Maura, J., 1989. <<

[5] Connelly Ullman, J., *op. cit.*, 585-625; Suárez Cortina, 2014, 153-184. <<

[6] Moreno Luzón, J., 1998a, 257-9. <<

[7] Larios, A., 1999, 31ss; Dardé, C. 1998; Cabrera, M. y Martorell, M., 1998, 23-64. <<

[8] González, M. J., 1997, 129ss.; Tusell, J., 1994, 85ss. <<

[9] González, M. J., 2003; Cabrera, M., 2003. <<

[10] Moreno Luzón, J., 2003. <<

[11] González, M. J., 1990, 44ss. <<

[12] Porte Fernández-Alfaro, P. la, 2003, 110. <<

[13] Arenas Posadas, C., 2019, 187-194; Ballbé, M., 1983, 272-316; Balfour, S., 2002, 71-11; Boyd, C., 2003, 215-237; Quiroga Fernández de Soto, A., 2008, 48-52. <<

[14] Boyd, C., 1990, 69-94. <<

[15] Romero Salvadó, F. J., 2002. <<

[16] Moreno Luzón, J., 1998b, 67-102. <<

[17] Boyd, C., 1990, 123ss. Maura, duque de y Fernández Almagro, M., 1948, 311. <<

[18] Meaker, G. H., 1978, 200-253. <<

[19] González Calleja, E., 1999, 166-206. <<

[20] Cabrera, M., 2003, 103. <<

[21] Rey Reguillo, F. del, 1999. <<

[22] Tusell, J., 1994, 223ss. <<

[23] Moreno Luzón, J., 1998a, 384. <<

[24] Porte Fernández-Alfaro, P. la, *op. cit.*, 277ss. <<

[25] Gómez Ochoa, F., 1991. <<

[26] Martorell, M., 2011, 280ss. <<

[27] *Ibid*., 324. <<

[28] Cabrera, M., 1998, 151-161. <<

[29] Moreno Luzón, J., 2003, 182-184. <<

[30] Marín Arce, J. M.ª, 1991, 181ss.; Moreno Luzón, J., 1998a, 394-395. <<

[31] Martorell, M., *op. cit.*, 331-332. <<

[32] Tusell, J., 1994, 250-253. <<

[33] Tusell, J., 1987, 28-69. <<

[34] Boyd, C., 1990, 315; González Calbet, M.ª T., 1987, 72. <<

[35] Gómez Navarro, J. L., 1991, 126. <<

[36] González Calbet, M.ª T., *op. cit*., 80 y 182ss. <<

[37] Quiroga Fernández de Soto, A., *op. cit.*, 80-85; Cabrera, M., 2011, 132ss.
<<

[38] Gómez Navarro, J. L., *op. cit.*, Cap. II. **<<**

[39] Ben-Ami, Sh., 1983, Caps. IX y X; González Calleja, E., 2005, Caps. 3 y 6; Martorell, M., *op. cit*., 351ss. <<

[40] Boyd, C., 1990, 342-360; Gómez Navarro, J. L., *op. cit*., 371-380. <<

[1] Noel, E., 1912, 283. <<

[2] Barcelona había quedado casi incomunicada, por lo que no podía recibir noticias de Madrid, y la censura gubernamental trabajaba duro para atenuar la magnitud de la derrota. Estos factores contribuyeron a que ni siquiera en los últimos días de protestas violentas se supiese del descalabro en el Rif. <<

[3] *Vid*. Iglesias Amorín, A., x. <<

[4] *Actualidades*, 4 de agosto de 1909, 16. <<

[5] «La Cierva corresponsal», en *El Defensor de Granada*, 23 de julio de 1909, 3. <<

[6] Algunos ejemplos de la utilización de «desastre del Barranco del Lobo» en 1910 en *El Imparcial*, 1 de julio de 1910, 2 o *El Liberal*, 30 de julio de 1910, 3. La comparación con otros episodios apareció en «la fatídica acción del barranco del Lobo»: *El Salmantino*, 31 de julio de 1911. Cit. en Gajate Bajo, M., 2012, 258. <<

[7] Sebastian Balfour habla de un total de 180 muertos y más de 1000 bajas (Balfour, S., 2002, 58). Pablo la Porte, por su lado, eleva esta cifra de muertos al señalar que perdieron la vida el general Pintos, 5 jefes, 16 oficiales y unos 200 soldados (Porte Fernández-Alfaro, P. la, 2001, 44). <<

[8] Uno de los primeros testimonios fue una carta a su familia del propio Luis Casado y Escudero, que ya publicaban los periódicos en agosto de 1921: «Noticias interesantes», en *La Acción*, 13 de julio de agosto de 1921, 4. <<

[9] *Expediente Picasso*, 1931. <<

[10] López de Ochoa, E., 1930, 57-59. Bonamusa, F., 1999, 308. <<

[11] Fernández Riera, V., 2013, 244-245. El autor ofrece este dato y destaca que eran menos que los de Annual, pero incluso teniendo en cuenta los 600 las cifras estaría prácticamente a la par que la de 1921. <<

[12] Es cierto que, desde 1927, con la guerra ya terminada, hubo un intento por recuperarlas, pero fue tímido. <<

[13] Mayorga Noval, M., 2009, 121-128. <<

[14] Por ejemplo Jiménez Campaña, M., 1911, 47. <<

[15] Recogidos en Mayorga Noval, M., *op. cit.*, 161-163. <<

[16] Cohen, G., cit. en *ibid*., 162. <<

[17] Muchos de estos casos fueron recogidos con indignación en el *Expediente Picasso*, que los calificaba de totalmente reprobables y los avalaban numerosos testimonios. <<

[18] Casado y Escudero, L., 1923, 198-201. <<

[19] Según los datos que Juan Pando obtuvo de la relación que el general Juan de Ampudia facilitó a Antonio Maura (Pando Moreno, J., 2008, 41). <<

[20] *Expediente Picasso, op. cit*., 74. <<

[21] *Ibid.*, 336. <<

[22] Oteyza, L.: «Abd-el-Krim y los prisioneros», en *La Libertad*, 8 de agosto de 1922, 1-2. Oteyza, L. de, (1922) 2000. <<

[23] Las de Eugenio Noel (*Notas de un voluntario*) y Manuel Ciges Aparicio (*Entre la paz y la guerra*) se recogieron más tarde en formato libro. **<<**

[24] *Vid.*, por ejemplo, Noel, E., 1910, 48-49. <<

[25] Prieto, I., 2001; Ortega y Gasset, E., (1922) 2008. <<

[26] Prous i Vila, J. M., (1936) 2011; Fernández-Oxea, X. R. (Ben-Cho-Shey), 1985. <<

[27] Basallo, F., 1924; Pérez Ortiz, E., 2010. <<

[28] Payne, S. G, 1968; Balfour, S., *op. cit.*; Madariaga, M.ª R. de, 2005. <<

[29] Sender, R. J., (1930) 1997, 135. <<

[30] Borrás, T., 1924. <<

[31] Franco Bahamonde, F., 1922; Millán Astray, J., 1923; Micó, C., 1922. <<

[32] Fernández Piñero, J., 1939. <<

[33] Santa Marina, L., (1924) 1980, 33. <<

[34] *Ibid*., 33 y 36. <<

[35] Como en las de Antonio Cordón, Prous i Vila o la novela de Arturo Barea.
<<

[36] Micó, C., *op. cit*., 132. <<

[37] Franco Bahamonde, F., 1976, 172. El término «paco» se refería al ruido al disparar del fusil Remington de 11 mm (una especie de *pa-cumm*) de modo que el apelativo de «paco» se usó pata referirse a los francotiradores enemigos. <<

[38] Caballero Audaz, El, 1930. <<

[39] De origen noble, había perdido grandes sumas de dinero en el juego, y ya cuando cobra su primer dinero en la Legión, el primero que ha ganado por sí mismo, lo valora más y decide no gastarlo. Caballero Audaz, El, *ibid*., 24 y ss. <<

[40] Cit. en Mayorga Noval, M., *op. cit.*, 77. <<

[41] Prous i Vila, J. M., *op. cit.*, 122. En 1973 en *Blanco y Negro* aún se recordaba esta «vengativa copla que cruzó nuestro país» al recordar al jefe rifeño: «El dinero de Abd-el-Krim», en *Blanco y Negro*, 13 de enero de 1973, 1, 56. <<

[42] Con música de Francisco Alonso y letra de Enrique Paradas y Joaquín Jiménez. (N. del E.: en la primera versión musical del pasodoble se interpreta «tierra lejana» [https://www.youtube.com/watch?v=HaH49_uAy5I&feature=emb_title]). <<

[43] Roche, A.: «El novio de la muerte se estrenó en Málaga», en *Sur.es* [http://www.diariosur.es/v/20110213/malaga/novio-muerte-estrenomalaga-20110213.html]. <<

[44] Cit. en Cordón, A., 1971, 88. <<

[45] Fue estrenado el 22 de enero de 1910 en el Teatro Real de Madrid, con el actor Felipe Calleja como el cabo Noval. Sánchez Godínez; J., 1910. <<

[46] Jiménez Campaña, M., *op. cit*. <<

[47] No nos ha sido posible localizar una copia de esta obra, que ni siquiera se encuentra en el espléndido catálogo de la Biblioteca Nacional. <<

[48] «Novedades teatrales», en *El Imparcial*, 5 de noviembre de 1921, 3. <<

[49] Antón del Olmet, L. y García y García, J., 1923. <<

[50] Guillén, P., 1923, 7. <<

[51] López Mondéjar. P., 1992, 79. <<

[52] Argente, B.: «La guerra y la prensa», en *Nuevo Mundo*, 16 de septiembre de 1909, 8. <<

[53] *Nuevo Mundo*, suplemento especial del 30 de septiembre de 1909. El texto era parte del pie de una fotografía de dos meses antes en la que se veía a «los soldados de Figueras besando con devoción filial el cadáver de su teniente coronel D. José Ibáñez Marín, que sucumbió el 23 de Julio, da color vivo a la frase que define el Ejército como una gran familia de hombres honrados». <<

[54] Aunque la edición fotográfica era pobre, la simple elección del objeto o el pie de foto bastaban para dar la visión deseada. <<

[55] Prieto, I., *op. cit.*, 100. <<

[56] Prous i Vila, J. M., *op. cit.*, 117. <<

[57] Martínez, J., 1992, 67 y 164. <<

[58] Serrano, C., 1999, 195. Reyero, C., 1999, 184. <<

[1] Sánchez Portela, A., 1922. <<

[2] Alarcón, P. A. de, 201, 83. <<

[3] Acerca de la actividad de Enrique Facio (1833-1897) son fundamentales los trabajos de Juan Antonio Fernández Rivero, Antonio David Palma Crespo y María de los Santos García Felguera. <<

[4] Palma Crespo, A. D., 2014, 298-324; Fernández Rivero, J. A., 2011, 459-492. <<

[5] Archivo General de Palacio. FOT. 595; Álbum 10200927. <<

[6] Gómez Aparicio, P., 1976, 509. <<

[7] Boada Romeu, J., 1895, 99. <<

[8] Biblioteca Nacional; 17/LF/141. <<

[9] Guerrero, R., 1895, 293. <<

[10] Los hermanos Edgar y Fernando Debas fueron retratistas oficiales de la Casa Real. Sus galerías fotográficas fueron de las más populares en Madrid durante el último tercio del siglo XIX. <<

[11] Manuel Compañy ideó las «ambulancias fotográficas», que consistían en un servicio para todo tipo de trabajos fotográficos a modo de agencia. Dos de los fotógrafos que estuvieron a su servicio y que se formaron en su galería fueron Alfonso y Campúa, además del periodista José María Carretero Novillo (*El Caballero Audaz*), que trabajó como aprendiz junto a Campúa. Datos tomados de Sánchez Vigil, J. M., 2020. <<

[12] Vega, R. de la, 1893, «El kaid de Anyera», *El Liberal*, 17 de diciembre. <<

[13] Moga Romero, V., 2006. En 1997, la Consejería de Cultura de la Ciudad de Melilla editó un facsímil con tres de los cuadernos: *Melilla 1893. Compañy Fotógrafo* (1, 3 y 5), Fototipia de Hauser y Menet, Conmemorativa de la Semana del Libro, Melilla, Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte. <<

[14] Álbum de la Guerra de África, Sign. 10240786 y recibo por importe de 1000 pesetas, Sign. AG, legajo 326. Archivo de Palacio. Patrimonio Nacional. <<

[15] Gómez Andrés, A., 2019. <<

[16] Francisco Echagüe Santoyo. Expediente Archivo General Militar de Segovia AGMS/1.ª/83E/Exp.0. <<

[17] Soriano, R., 1895. <<

[18] Echagüe, F., 1894. <<

[19] «Embajada a Marruecos. Recompensas», *El Día*, 26 de marzo de 1894. <<

[20] Archivo Histórico Militar. Depósito de la Guerra. Signaturas I-644 / F07047-F07094. <<

[21] *Vistas panorámicas de las campañas del Rif. Tomadas por la Brigada Obrera y Topográfica de E. M*. Madrid, Estado Mayor Central, 1909, Biblioteca Nacional. Signatura SG/1848. <<

[22] Ortiz Echagüe, J., 2013, 34. <<

[23] Acosta, J. M. de, 1922, «Observadores de aerostación», *Blanco y Negro*, 12 de noviembre. <<

[24] Soldevilla, F., 1910, 383. Tomado de *La Unión Mercantil*. <<

[25] Luca de Tena, fundador de *Blanco y Negro*, reconoció la supremacía de la competencia. Luca de Tena, T., 1915, «Intimidades periodísticas. Nuevo Mundo y Blanco y Negro», *La Correspondencia de España*, 14 de enero. <<

[26] El fondo Laurent se conserva en el Instituto del Patrimonio Cultural de España (IPCE). La Biblioteca Nacional de España, el Archivo de Palacio y otras instituciones conservan positivos de gran calidad. Acerca de Laurent son fundamentales el libro de Díaz Francés, M., 2016 y el catálogo de la exposición homónima *La España de Laurent, 1856-1886. Un paseo fotográfico por la historia* (2018), editado por el Ministerio de Cultura y Deporte. <<

[27] Torcy, L. J. G. de, 1912. <<

[28] Flores Alonso, Á. y Cicuendes Ortega, J. M., 1990, 19. <<

[29] Gómez Barceló, J. L., 2007, 61-63. <<

[30] *Ibid.*, 61. <<

[31] En el texto describe sus experiencias y las excursiones a las localidades que visitó en sucesivos permisos. A pesar de ello, fue crítico con la situación en Marruecos. Giménez Caballero, E., 1923, 127 y 233. <<

[32] Corrochano, G., 1921, «Los horrores de Monte Arruit», *ABC*, 28 de octubre. <<

[33] Barea, A., 2001, 146. <<

[34] García Palomares, A., 2014, 273. <<

[35] Romano, J., 1926, «Por el aire y por la tierra. Los héroes del reportaje fotográfico», *La Esfera*, 10 de abril, 11-16. **<<**

[36] Ruiz Fernández, C., 1976; Altabella, J., 1976, «Campúa», *ABC*, 25 de enero. <<

[37] Meneses, E., 1922, IV. <<

[38] Cañellas Romero, J., 2004. <<

[39] El fondo Bosch fue recuperado en 2017 y se compone de medio millar de fotografías, con una primera referencia en Sánchez Vigil, J. M., Olivera, M. y Marcos Recio, Juan C., 2017, 65-71. <<

[40] «Nuestra acción en Marruecos», *La Libertad*, 31 de diciembre de 1920. <<

[41] Fernández García, F., 2015, 217-240. <<

[42] *ABC*, 6 de mayo de 1926. <<

[43] Iglesias Amorín, A., 2014, 293. <<

[44] López Rienda, R., 1925, «La situación en la zona francesa», *El Sol*, 21 de mayo; «Combates en el Yebel Bibane», *El Sol*, 29 de mayo. **<<**

[45] González, A. J., 2015, 40. <<

[46] AGA. Signaturas Cultura (03) 082 F1347, F1489, F1677, F1079. <<

[47] *La Libertad*, 26 de agosto de 1922. <<

[48] «La constitución del nuevo Directorio», *El Sol*, 20 de septiembre de 1923.
<<

[1] Tucídides, 2003. <<

[2] Ganivet, A., 1981, 184. <<

[3] *Ibid*., 196. <<

[4] *Ibid*. <<

[5] *Ibid*., 199. <<

[6] Costa, J., 1906, 22. <<

[7] *Ibid*., 31. <<

[8] *Vid*. Madariaga, M.ª R. de, 2008. <<

[9] Álvarez Cabrera, J., 1898, 20. <<

[10] *Ibid*., 48. <<

[11] *Ibid.*, 54. <<

[12] *Ibid*., 50-51. <<

[13] Goded Llopis, M., 1932, 205-206. <<

[14] *Ibid*., 249. <<

[15] *Ibid.*, 251. <<

[16] Silva, L., 2021. <<

[17] Benjamin, W., 2009, 53. <<

[18] *Ibid*., 59. <<